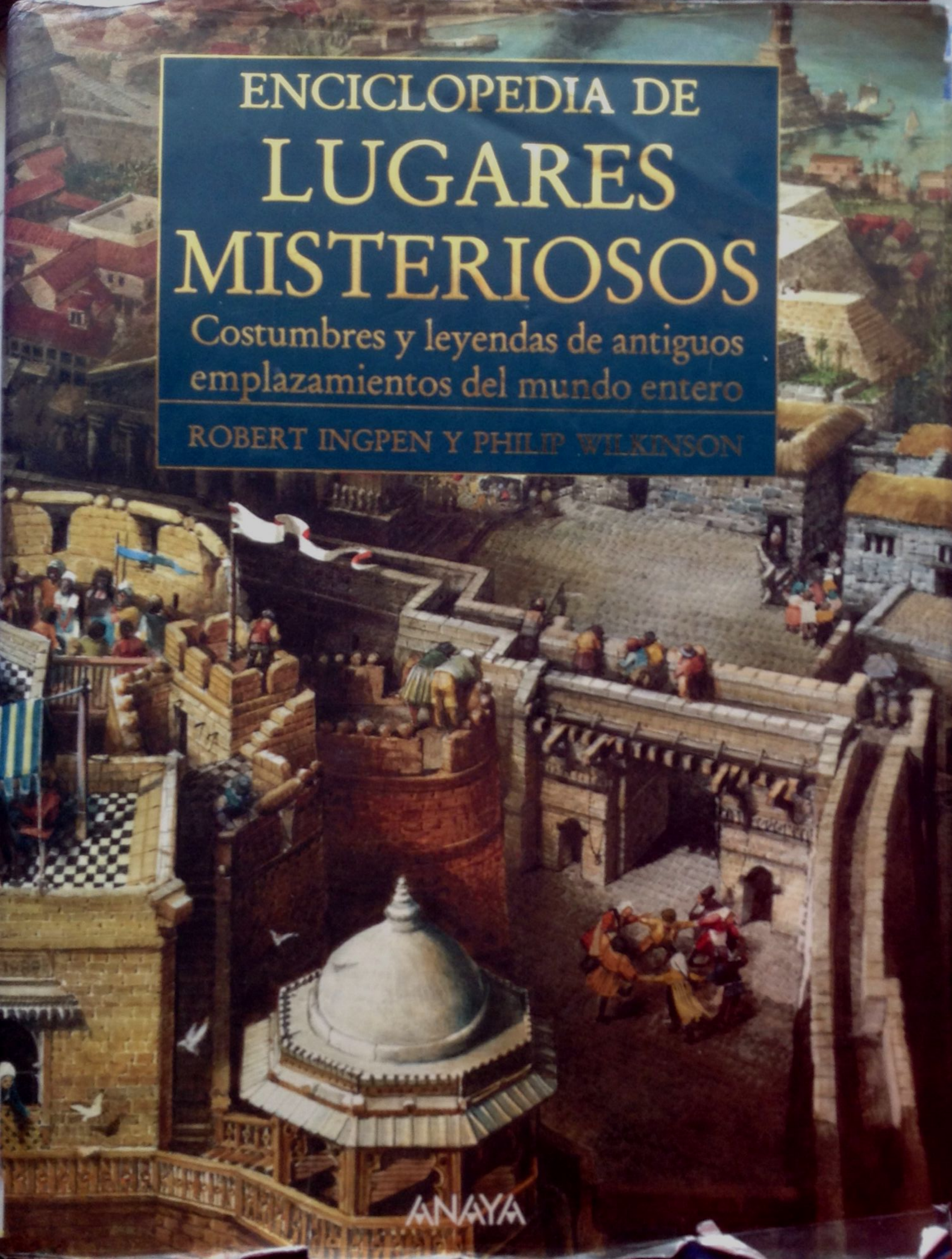
ENCICLOPEDIA DE LUGARES MISTERIOSOS

Costumbres y leyendas de antiguos emplazamientos del mundo entero

ROBERT INGPEN Y PHILIP WILKINSON



ANAYA

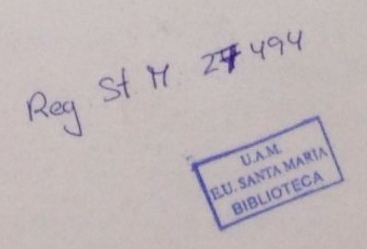
ENCICLOPEDIA DE LUGARES MISTERIOSOS

Costumbres y leyendas de antiguos emplazamientos del mundo entero

ENCICLOPEDIA DE LUGARES MISTERIOSOS

Costumbres y leyendas de antiguos emplazamientos del mundo entero

ROBERT INGPEN Y PHILIP WILKINSON



ANAYA

Para E. M. W. y a la memoria de N. L. W.

Título original: *Encyclopedia of Mysterious Places*
Traducción de María Durante

Telémaco, 43. 28027 Madrid

1.ª edición, septiembre 1992

ISBN: 84-207-4508-1
Impreso en Singapur - Printed in Singapore

CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN

Este libro versa sobre la imaginación. La que los pueblos antiguos pusieron en juego para transformar su entorno, con el fin de procurarse refugio y levantar templos y santuarios donde hallarían su identidad espiritual. La imaginación creadora que utilizaron para construir, utilizando los materiales que tenían a mano, edificios únicos en su entorno y en su época. Trata también de las peculiares interacciones entre la vida, costumbres y ceremonias de aquellos pueblos y los edificios que erigieron.

Es asimismo un libro creado para estimular nuestra imaginación cuando pensamos en aquellos lugares. Los hemos llamado «lugares misteriosos» porque, para cualquiera que no sea un especialista, un lugar que dista cientos o miles de años de nosotros encierra inevitablemente muchos misterios. Cuando contemplamos sus vestigios, se nos plantean innumerables cuestiones y, aunque los arqueólogos han resuelto un gran número de enigmas, hay otros para los que sólo se ha hallado una respuesta hipotética. Surgen preguntas fundamentales sobre la finalidad de muchos edificios antiguos: ¿A qué se destinaba exactamente Stonehenge? ¿Qué religión se practicaba en los grandes templos de piedra de Malta? Otras preguntas se refieren a las motivaciones básicas que guiaban a aquellos pueblos primitivos: ¿Qué indujo a los aztecas y a sus antepasados centroamericanos a realizar sacrificios humanos? ¿Qué incitó a los pueblos de Ellora o Petra a excavar sus templos en roca viva, como si fueran gigantescas esculturas?

Algunas estructuras y lugares están tan envueltos en mitos que resulta difícil determinar si existieron en la forma que normalmente se les atribuye: el laberinto del palacio de Minos en Cnosos, la Torre de Babel. Y aún no se conoce el motivo del destino fatal de otros muchos lugares: ¿Por qué desaparecieron civilizaciones tan brillantes como las de Mohenjo-Daro y Harappa en el Indo? ¿Por qué abandonaron los asirios su gran ciudad de Jursabad inmediatamente después de haberla edificado? Este tipo de preguntas, que no se pueden contestar con verdadera certeza, vienen a sumarse al misterio que rodea aquellos lugares. Y nos vemos obligados a recurrir a la imaginación para proceder a la reconstrucción de los hechos.

Sin embargo, no todo es misterio. La arqueología, disciplina sumamente exacta y estricta, nos ha revelado muchos datos sobre los lugares que explora. En el presente libro hemos utilizado la información facilitada por los arqueólogos para reconstruir los lugares seleccionados. Además, hemos intentado completar las lagunas con hipótesis razonadas sobre lo que pudo haber acontecido. De modo que, cuando nos referimos al asentamiento prehistórico de Skara Brae, podemos ofrecer datos bastante exactos sobre los edificios, que se han conservado en excelentes condiciones durante más de 4.500 años. Pero tenemos mucha menos seguridad al hablar de sus habitantes y sus costumbres. En cuanto a otros lugares, como el teatro de Epidauro, disponemos de mucha más información –gracias a los testimonios hallados en textos y vasos pintados– sobre el aspecto y el atuendo de la gente. En cambio, desconocemos algunos detalles del edificio de los que no queda ningún vestigio.

También hemos pretendido recrear el espíritu de aquellos lugares. En términos visuales, esto ha supuesto por lo general la inclusión de al menos una ilustración (que suele ser la primera de cada capítulo) que ofrece una recreación ficticia en la que se evoca un mito, un personaje clave, un símbolo importante o un acontecimiento crucial de la historia de aquel lugar. Dichas ilustraciones pretenden servir de complemento a otras, históricamente más exactas, facilitándole al lector una nueva perspectiva de la cultura, el ambiente y los mitos de cada emplazamiento.

Civilizaciones antiguas

Algunos de los lugares que figuran en este libro representan los considerables progresos realizados por la humanidad antes del desarrollo de la cultura urbana que denominamos civilización. Estas culturas precivilizadas poseen notables cualidades propias y pueden ser muy sofisticadas. Los lugares de culto de Tarxien y Stonehenge, por ejemplo, no pueden haberse construido sin un plano meticuloso, una rigurosa organización y un profundo sentido artístico. En menor grado, incluso otros asentamientos como Skara Brae y Biskupin sólo pudieron erigirse gracias a la disciplinada cooperación de expertísimos canteros o carpinteros según el caso. Por lo tanto, no debemos menospreciar estas culturas primitivas por no ser «civilizadas» en el sentido moderno y vago del término.

Lo mismo sucede con ciudades más grandes, como Catal Hoyuk en Turquía y Pueblo Bonito en Nuevo México, separadas por millares de kilómetros y millares de años. Son lugares que se encuentran en el umbral de la civilización. Poseen la mayoría de las características que solemos asociar con la vida urbana y, sin embargo, sus poblaciones no sabían leer ni escribir. En culturas como éstas podemos observar el nacimiento de la civilización. Pero al tratar cada cultura como una entidad individual es posible analizar las cualidades particulares de cada una de ellas. Y son estas peculiaridades, y no el lugar que ocupan en la historia de la civilización, lo que las hace tan fascinantes para nosotros.

Los lugares que presentamos en estas páginas constituyen una minúscula muestra de los emplazamientos que se podían haber elegido para representar a las grandes civilizaciones de nuestro mundo. Las antiguas civilizaciones, desde Mesopotamia y Egipto, pasando por el Egeo, Grecia y Persia, hasta Roma y Bizancio, presentan indiscutibles puntos en común, ya que tanto los vehículos comerciales como las conquistas fomentan las influencias mutuas entre diversos lugares. Gran parte de la civilización occidental moderna es heredera de estas culturas; de ahí que las analicemos más detenidamente. Ello no quita que existan otros lugares tan interesantes como aquéllos, en particular las culturas que se desarrollaron independientemente de este grupo central: las ciudades de Centroamérica, el imperio chino, la cultra jemer de Camboya. Aparte de éstos, hay lugares menos conocidos que en algún momento de su historia también entran en el crisol de la civilización: Petra, la ciudad nabatea de Jordania, por hallarse en las rutas comerciales; Mistra, la pequeña ciudad bizantina del Peloponeso, que por un breve periodo de tiempo se convirtió en el centro de todo un imperio.

La mayoría de estos lugares son ciudades o partes de ciudades. Hay diversas definiciones del concepto de ciudad y, por consiguiente, del de civilización. Uno de los requisitos básicos es que un número relativamente elevado de gente viva en un área relativamente reducida, con comercios especializados, una religión organizada y amplios proyectos de construcción que requieran arquitectos o constructores especializados. A veces también se considera como requisito la lengua escrita. Todos estos elementos fomentan la vida interdependiente, la seguridad personal de los habitantes y, al menos para algunos miembros de la población, la posibilidad de obtener beneficios de su trabajo y la movilidad social.

¿Pero cómo surgieron originalmente las ciudades? Existen numerosas teorías a este respecto; una de ellas, muy difundida, consideraba que el auge de la agricultura permitió que la población prosperara y al mismo tiempo proporcionó excedentes alimentarios. A consecuencia de ello, determinados sectores de la población ya no necesitaron cultivar sus propios productos, por lo que se reunieron en comunidades urbanas en las que practicaban la artesanía y el comercio, elementos característicos de la vida en la ciudad. Sin embargo, esta teoría pasa por alto que muchas sociedades (entre ellas las de la antigua China y el antiguo México) estuvieron mucho tiempo dedicadas a la agricultura antes de empezar a edificar ciudades. Otra antigua teoría, basada en las enseñanzas de la Biblia y en el hecho de que la escritura se desarrollara originalmente en Mesopotamia, defendía que el concepto de ciudad surgió inicialmente en Mesopotamia, para extenderse poco a poco por todo el mundo. Pero descubrimientos recientes, como los de la ciudad turca de Catal Hoyuk, han puesto de manifiesto que existieron comunidades urbanas más antiguas fuera de Mesopotamia. Tam-


SKARA BRAE
STONEHENGE
BISKUPIN
SANTA SOFÍA
DELFOS
TOPKAPI
EPIDAURO
BOGAZKÖY
TROYA
MISTRA
CATAL HÖYÜK
MICENAS
RODAS
JURSABAD
TARXIEN
CNOSOS
BABILONIA
ALEJANDRÍA
PETRA
UR
PERSÉPOLIS
LEPTIS MAGNA
SAQQARA
KARNAK
ABU SIMBEL
GRAN MURALLA CHINA
PEKÍN
NARA
YOSHINOGARI
MOHENJO-DARO
TAJ MAHAL
ELLORA
ANGKOR
PUEBLO BONITO
CHICHÉN ITZA
TENOCHTITLAN
COPÁN
MACHU PICCHU
GRAN ZIMBABWE
ISLA DE PASCUA

bién hubo culturas urbanas independientes en Centroamérica y en China.

No cabe duda de que en la creación de la mayoría de las ciudades interviene toda una serie de causas. Para producir excedentes alimentarios suficientes es preciso una agricultura eficaz. El acceso a las materias primas más preciadas (como la obsidiana en el caso de Catal Hoyuk o el cobre en muchos otros lugares) permite a los artesanos fabricar objetos con los que a su vez pueden comerciar los mercaderes. La convivencia de personas dispares hace necesarios unos servicios –como murallas defensivas, sistemas de riego y desagüe, edificios públicos y religiosos– típicos de la vida urbana. La necesidad de controlar a los habitantes y proporcionarles dichos servicios supone a su vez el desarrollo no sólo de un gobierno sino también de una clase administrativa, compuesta por personas que pueden pertenecer a otro estrato social, como el de los comerciantes o, más frecuentemente, el de los sacerdotes. Es decir, la ciudad surge de la conjunción de una serie de factores como los que acabamos de exponer esquemáticamente.

Otro factor clave era el poder y, sin duda, éste se refería no sólo a la autoridad militar, sino también al poder para distribuir los bienes. Con el fin de comerciar o de controlar la oferta y la demanda, la ciudad tenía que dominar una considerable porción de territorio circundante. Tenía que ser un centro al que acudía la gente para llevar la materia prima o para adquirir productos en los mercados. O bien, como en el caso de la ciudad nabatea de Petra, tenía que ser al menos un lugar en donde se pudiera controlar el comercio local. Los últimos estudios realizados sobre estas civilizaciones primitivas recalcan la importancia del territorio que rodeaba las ciudades. En muchas civilizaciones antiguas suele aparecer un modelo de diez o doce ciudades independientes formando un grupo, y cada una de ellas en el centro de un área de unos 1.500 kilómetros cuadrados.

La investigación arqueológica seguirá arrojando luz sobre modelos semejantes y nuestros conceptos variarán con el tiempo. Cada generación tiene una perspectiva histórica diferente a la de la generación anterior, y no sólo porque sus conocimientos sean mayores. Todos somos hijos de nuestra propia civilización. Así, los historiadores de principios del siglo XX adoptaron el difusionismo, concepto según el cual las cosas se inventan en un lugar y en un momento determinados para luego extenderse paulatinamente por todo el planeta; y la aparición de nuevos tipos o estilos de artefactos descubiertos por los arqueólogos se debería a que el área había pasado a manos de un nuevo pueblo con distintas habilidades. Era una visión cultural que concordaba con la situación política de la época, en la que la construcción de imperios para llevar la «civilización» al resto del mundo se consideraba una actividad respetable.

Pero ahora se sabe que muchos desarrollos clave aparecieron de forma independiente en distintas partes del mundo y en diferentes épocas. Por ejemplo, si bien en cierta época se pensó que la escritura había surgido en Mesopotamia, extendiéndose desde su cuna, en la actualidad ha quedado demostrado que también se inventó en Centroamérica y en China, sin que hubiera relación alguna entre estas culturas. Otro ejemplo es el desarrollo de la construcción en piedra. Los victorianos y, lamentablemente algunos escritores europeos posteriores, consideraban impensable que el pueblo indígena de Zimbabwe hubiera sido capaz de edificar las grandes murallas de piedra de Gran Zimbabwe sin la dirección de alguna fuerza «civilizadora» externa. Sin embargo, en la actualidad las pruebas arqueológicas nos han convencido de que se trataba de un pueblo de geniales canteros y diseñadores que destacaba por derecho propio.

Las preocupaciones cotidianas siguen orientando nuestra concepción de los lugares antiguos. La era de la informática nos ha permitido plantearnos Stonehenge como una enorme máquina de calcular y la civilización antigua en términos de su eficiencia a la hora de procesar información. Todos estos puntos de vista amplían nuestro conocimiento, pero sólo ofrecen una imagen parcial.

Algunos conceptos importantes

Desgraciadamente, nuestra experiencia actual también incide –en ocasiones negativamente– en nuestra comprensión de algunos de los conceptos implicados en el estudio de estos lugares antiguos. Así, del mismo modo que una ciudad antigua es muy distinta de una moderna, muchísimas palabras –tales como sacerdote, imperio y ejército– poseen significados diferentes según de que época se trate.

En la actualidad solemos concebir, por ejemplo, un imperio como una unidad política muy cerrada, amplia, pero administrada de forma rigurosa por la autoridad del poder central. Sin embargo, para muchos pueblos antiguos el imperio era básicamente una zona de influencia política y económica, un área geográfica cuyos habitantes eran súbditos del emperador, a quien estaban obligados a pagar tributos y por quien luchaban en tiempos de guerra. El primer gran ejemplo del concepto moderno de imperio probablemente no surja hasta la época de los romanos.

De manera similar, el mundo antiguo tenía un concepto mucho más dinámico del «ejército» que el que tenemos en nuestros días. Una gran potencia podía tener un ejército permanente reducido, pero en tiempos de guerra lo reforzaba con hombres procedentes de los estados dependientes. Las campañas solían realizarse en determinadas estaciones del año: las guerras no siempre han sido tan implacables como lo son actualmente.

Los sacerdotes constituyen otra de las clases sociales cuyo papel ha ido modificándose continuamente. En el mundo antiguo solían ser hombres muy poderosos. Ellos oficiaban en las ceremonias que controlaban la fertilidad de los campos y la buena fortuna del monarca en las batallas, por lo que eran personajes fundamentales para el éxito de sus culturas. Por lo tanto, en las civilizaciones antiguas el papel del sacerdote era mucho más importante que el de un mero líder espiritual. El sacerdote podía ser un administrador de alto rango, un consejero del rey o un rico terrateniente.

Redes de comunicación y relaciones

Los lugares analizados en el presente libro se han considerado como entidades individuales. Esperamos con ello haber sido capaces de recrear el ambiente y las características peculiares de cada uno. Son precisamente estas peculiaridades las que nos incitan a seguir reflexionando sobre ciudades como Babilonia y Pekín, emplazamientos como Angkor y Stonehenge, imaginando cómo era la vida en aquellos lugares, admirando la capacidad de sus constructores, volviendo a narrar sus hazañas y sus mitos.

Pero el hecho de considerar este amplio abanico de lugares de manera individual no debería hacernos perder de vista el papel que desempeñaron en la historia de la humanidad. En efecto, ningún lugar, y en particular ninguna ciudad, puede vivir en absoluto aislamiento. Incluso una ciudad como Nara, capital de Japón, país tradicionalmente aislado, recibió gran influencia de China, mientras que en Pekín –lugar que solemos considerar totalmente apartado del mundo exterior– acudían embajadas de todo el mundo. La mayoría de las ciudades dependían de las comunicaciones para poder sobrevivir. Los guardianes del Machu Picchu, apostados en sus torres vigía para avistar a los viajeros que llegaban a la capital por las carreteras del imperio inca, los reyes de Cnosos o de Mohenjo-Daro que enriquecían el reino minoico o el valle del Indo gracias al aceite y al grano que recibían de los campesinos bajo su dominio, el pueblo de Gran Zimbabwe que comerciaba con mercaderes orientales, los emperadores persas que recibían en Persépolis tributo de sus estados vasallos, todos ellos se encontraban en núcleos establecidos en las rutas de comunicación.

En la actualidad siguen comunicándose con nosotros, aunque a veces el mensaje sea difícil de descifrar. Pero resulta fascinante lo que podemos entrever a partir de los hallazgos arqueológicos, las leyendas y las reconstrucciones como las realizadas en el presente libro. Desde la perspectiva del siglo XX, en el que la vida urbana a menudo parece incivilizada, también puede constituir una fuente de inspiración.



EUROPA

El continente europeo proporciona imágenes seductoras de la vida prehistórica y pruebas convincentes sobre el desarrollo de la civilización. Estructuras tales como los grandes alineamientos prehistóricos de piedra de Europa occidental representan los primeros monumentos religiosos a gran escala. Como ejemplo de ello citamos en el libro Stonehenge y los templos de Malta, en particular el de Tarxien. Pero también podríamos haber elegido otros monumentos megalíticos, de los muchos que existen, desde Avebury, cerca de Stonehenge, hasta Carnac, en Bretaña.

Aunque las viviendas prehistóricas que subsisten son menos espectaculares, los lugares conservados, tales como Skara Brae en la isla de Orkney y el poblado de Biskupin en Polonia, a pesar de sus reducidas dimensiones, son muy interesantes.

Pero los emplazamientos prehistóricos son marginales en esta parte del libro. Nos centraremos en el Egeo, en el que quedan muy notables huellas de diversas culturas. Entre ellas, la civilización minoica de Creta y la cultura micénica de Grecia han dejado suficientes vestigios arquitectónicos como para permitirnos llevar a cabo las reconstrucciones que constituyen el objeto de este libro.

Naturalmente, también se ha reconstruido con toda clase de detalles la civilización griega clásica posterior. En este caso, la gran acumulación de datos facilitados por los escritores de la antigüedad y los arqueólogos modernos han hecho que los emplazamientos griegos más antiguos resultaran inadecuados en un libro sobre lugares misteriosos. Sin embargo, también ellos presentan sus enigmas, destacándose el complejo religioso de Delfos y el centro teatral de Epidauro. El último periodo histórico de esta parte de Europa viene representado por Rodas con su enigmático coloso.

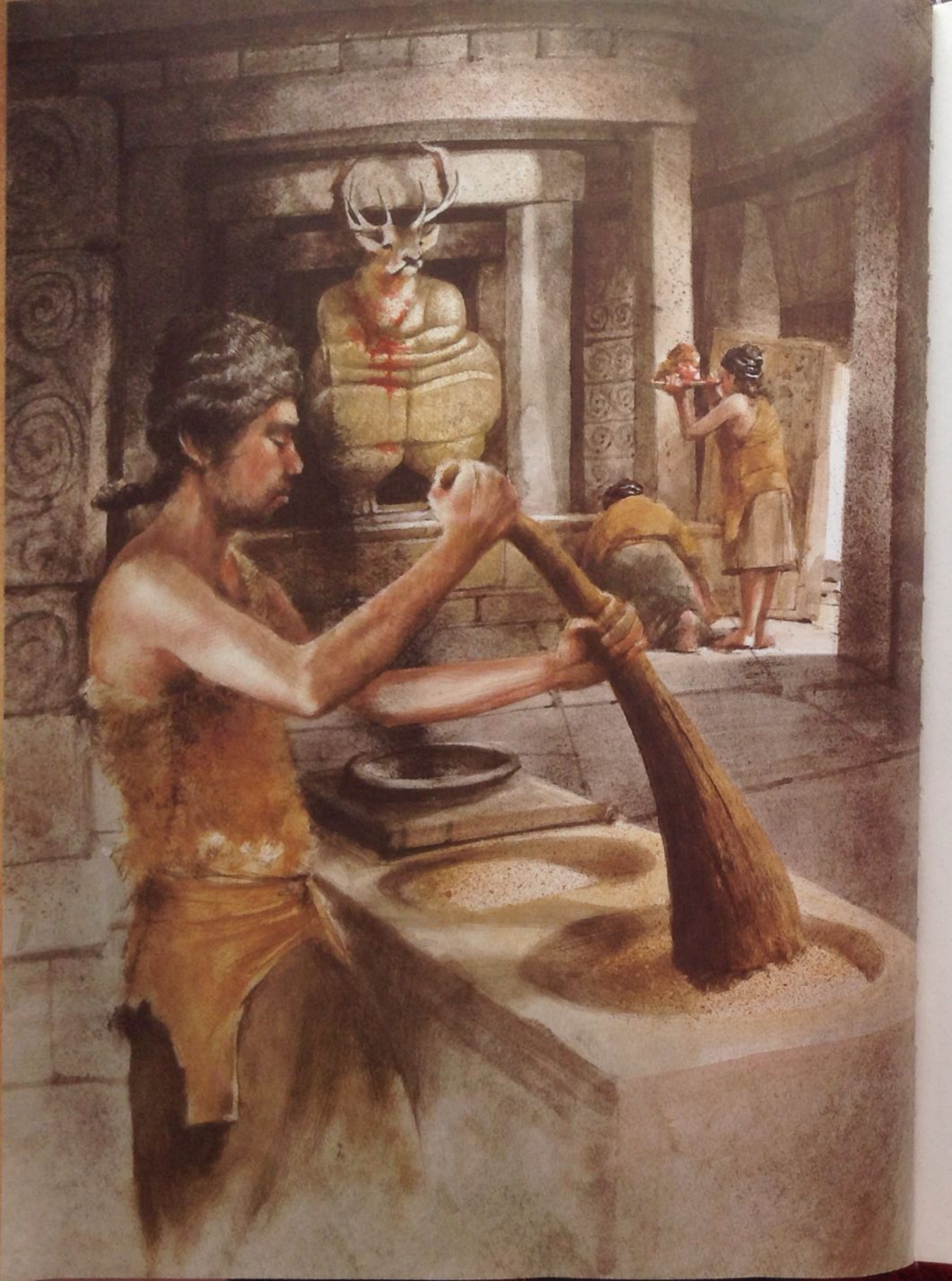
A continuación nos volvemos hacia Oriente. En primer lugar se encuentra el imperio bizantino, la rama oriental del imperio romano, que llegó a convertirse por derecho propio en una importante potencia. En este contexto, hablaremos de Santa Sofía –la gran iglesia de la capital, Constantinopla– y de Mistra, una pequeñísima ciudad al sur de Grecia que se convirtió en un centro importante en los últimos tiempos del imperio. Por último, analizamos Topkapi, el palacio de los sultanes otomanos que sustituyeron a los emperadores bizantinos de Constantinopla.

Centros de peregrinación

No sabemos a ciencia cierta el número de personas que acudían a Stonehenge cada año para el solsticio de verano. Pero lo que sí sabemos es que se necesitó un ejército de trabajadores para levantar aquellas piedras. También es posible que la gente acudiera desde lugares muy remotos. En las islas británicas, y especialmente en la región de Stonehenge, se han encontrado objetos micénicos. Aunque no los trajeran necesariamente viajeros procedentes del Egeo, la movilidad de los pueblos micénicos pudiera hacer pensar lo contrario.

Otros lugares más convencionalmente civilizados atrajeron a la gente por diversos motivos. Cnosos fue, al parecer, un centro religioso y punto de redistribución de las riquezas del Egeo. Micenas fue el cuartel general fortificado de una potencia militar de gran influencia. Delfos era un centro de peregrinación religiosa con gran poderío político. En Epidauro se celebraba un famoso festival. Santa Sofía era un foco espiritual de la cristiandad y Topkapi el núcleo de un imperio muy diferente, al que acudían los vasallos para rendir pleitesía al sultán.

Gran cantidad de lugares misteriosos europeos son famosos hace mucho tiempo. Desde luego, existen excepciones –descubrimientos más recientes– como el hallazgo de Skara Brae en 1850. Pero lo habitual son los emplazamientos que han perdurado a través de la historia, los mitos y los relatos de los viajeros. Y aunque muchos de estos relatos sean a veces cuentos chinos que nos alejan de su realidad en lugar de acercarnos a ella, hemos de regresar a aquellos vestigios y maravillarnos, como lo hicieron los primeros viajeros, al contemplar sus piedras.



Bajo la protección de una estatua megalítica, ante la que se presentan ofrendas, un isleño maltés muele grano en un molino comunal. Cuando esta actividad se efectuaba en un templo, constituía una parte del culto por el que se pedía la fertilidad de la tierra para el siguiente año.

TARXIEN

Templos megalíticos de la isla de Malta, hacia 3600-2500 a. de C.

Situada en el mar Mediterráneo, a unos 80 kilómetros al sur de Sicilia, la isla de Malta no parece muy alejada de la civilización. Pero hace 5.500 años estaba lo suficientemente lejos de otros emplazamientos como para que sus gentes llevaran una vida aislada y se desarrollaran de una manera original. Nos han dejado un serie de impresionantes templos de piedra que constituyen las manifestaciones más antiguas en Europa occidental de una religión organizada en torno a un templo y de una planificación arquitectónica consciente.

Los primeros colonizadores de Malta, que llegaron probablemente de Sicilia hacia el año 5000 a. de C., pertenecían a la edad de piedra. Encontraron una isla en la que abundaba la piedra y que era lo suficientemente grande como para poder practicar una agricultura básica suficiente para su sustento. Se asentaron en ella y se dedicaron al cultivo de cereales –trigo y cebada– y de lentejas, y a la cría de ganado vacuno, ovino y caprino. Pero la isla no era un emplazamiento perfecto. No había pedernal para hacer herramientas, por lo que tuvieron que recurrir al hueso o al cuerno, o a importar la piedra de Sicilia y de otras islas del Mediterráneo.

Los templos megalíticos

Las construcciones que nos dejó aquel pueblo tienen un sello muy particular, sólo comparable con algunos emplazamientos de Otranto, en el tacón de la bota de Italia. Existen numerosos templos diseminados por Malta y la cercana isla de Gozo. Los más espectaculares se encuentran en Tarxien y Hal Saflieni, hoy en los alrededores de la capital, La Valletta. Aunque más grande que la mayoría de los otros templos malteses, el de Tarxien presenta muchas de las características típicas de éstos. Está construido con enormes bloques de piedra (que los arqueólogos denominan megalitos); consiste en pares de cámaras semicirculares, cada uno de los cuales está conectado al siguiente por un pequeño y estrecho pasadizo. El par de cámaras de mayores dimensiones se encuentra en la parte frontal del templo, próximo a su entrada principal, y las cámaras van disminuyendo de tamaño al ir penetrando en el interior del templo. Algunos de los bloques de piedra están decorados con un sorprendente dibujo de motivos foliares; sin embargo, el exterior del templo carece de decoración, lo cual pudiera hacer pensar que sus primitivos usuarios concedían mayor importancia al interior. Todos estos rasgos son comunes a la mayoría de los monumentos megalíticos de Malta, aunque las construcciones difieren en tamaño y complejidad. En la actualidad no quedan más que ruinas, pero se puede reconstruir a grandes rasgos el aspecto que tenían originalmente, entre los años 3600 y 2500 a. de C. Pero ¿a qué se destinaban exactamente? Si eran templos, ¿a qué dioses estaban dedicados y qué ceremonias se celebraban en ellos?

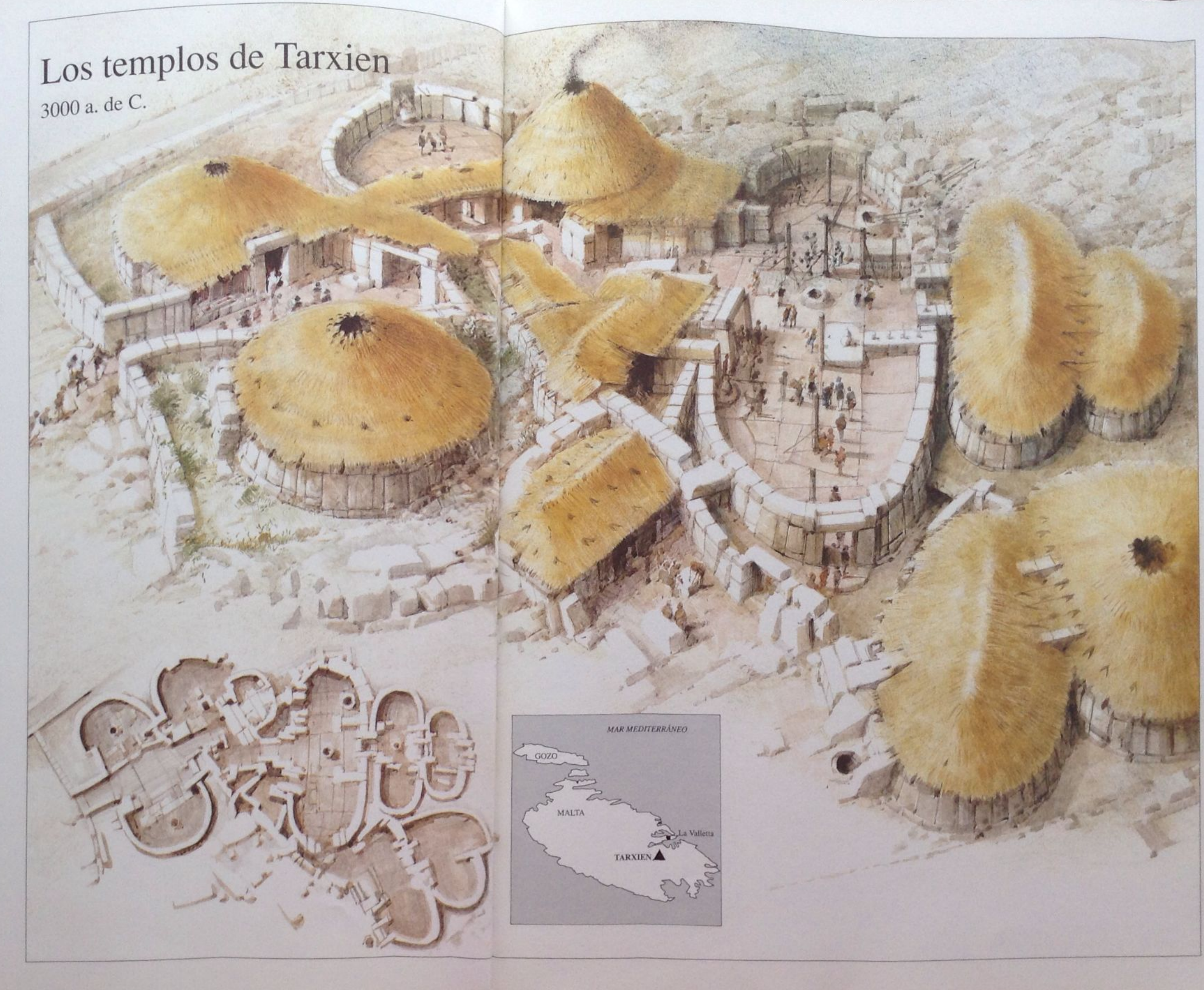
Los orígenes de la religión

Para contestar a estas preguntas, hemos de retroceder hasta las más antiguas construcciones de Malta, que consisten en cámaras excavadas en la roca. Al igual que los templos posteriores, estas cámaras tienen un diseño poco frecuente, formado por habitaciones lobuladas. Los restos humanos encontrados en ellas nos indican que eran tumbas. Algunas son simples cámaras mortuorias en las que apenas hay espacio más que para el cadáver. Con el tiempo estas tumbas aumentaron de tamaño y se convirtieron en algo más elaborado. Los arqueólogos suponen que se transformaron en templos en los que se practicaba algún tipo de culto a los antepasados o alguna ceremonia relacionada con la veneración de los muertos.

En este caso, Malta representaría uno de los grandes pasos adelante en la evolución humana: el desarrollo

Los templos de Tarxien

3000 a. de C.



Esta ilustración presenta una parte de los templos de Tarxien en proceso de construcción. Todavía en la actualidad se pueden ver las paredes de grandes bloques de piedra. Aunque no se han conservado las cubiertas de estos edificios, se supone que eran de paja. El plano (parte inferior izquierda) muestra los pares de cámaras semicirculares de diferente tamaño, unidos por estrechos pasillos.

de la religión organizada. Y esto es muy significativo, ya que, al menos en Europa, tenemos pocas pruebas concluyentes de que, antes de esta época, existiera una religión de este tipo. Los arqueólogos han encontrado estatuas más antiguas que podrían representar dioses, aunque también podrían haber tenido otra finalidad (los ídolos suelen tener el mismo aspecto que las muñecas antiguas). Y aunque estas figuras tuvieran finalidad religiosa, probablemente se utilizaran en las casas o en algún pequeño santuario local. Las tumbas megalíticas halladas en Europa sugieren que en sus proximidades se celebraban ceremonias religiosas, pero no existe ningún lugar de culto que nos revele en qué pudo haber consistido esta práctica. Hasta que aparecen las construcciones de Malta no hallamos ningún templo con finalidad religiosa.

No conocemos con certeza el motivo por el que las tumbas maltesas pasaron de ser simples agujeros a convertirse en estructuras complejas. Pero sí es evidente que las construcciones exteriores que han dado fama a Malta están edificadas siguiendo el modelo de aquellas estructuras más antiguas. No es probable que fueran viviendas humanas, pues no se han encontrado en ellas los vestigios propios de un habitáculo humano (pucheros, vasijas, basura). Tampoco se han hallado restos de enterramientos, de modo que no debían de ser tumbas. Los fragmentos de cerámica descubiertos en su interior no debían de pertenecer a vasijas utilitarias, sino quizás a cuencos para ofrendas. Si a esto añadimos que las estatuas halladas (algunas demasiado grandes para ser muñecas) parecen figuras de culto y que muchas de las losas de piedra se asemejan a altares, parece muy probable que estas construcciones fueran templos.



Restos de una figura obesa de piedra procedente del templo de Hagar Qim.

Una deidad misteriosa

Es difícil saber cómo se utilizaron los templos y a qué deidad estaban dedicados. Incluso las estatuas que se han encontrado resultan enigmáticas. Tanto éstas como las que han aparecido en otros lugares europeos se denominan «Venus gorda» o «madre tierra», aunque muchas de ellas, en las que se representa una figura muy gruesa sentada sobre un banco de piedra, no tienen ningún rasgo sexual. No obstante, presentan una característica común: son tan gordas que para la estética moderna occidental han de describirse como obesas. Para muchas culturas «primitivas», la obesidad es símbolo de fertilidad (una persona bien nutrida indica la abundancia de cosechas) y un dios de la fertilidad es el tipo de deidad que cabría esperar que venerase una comunidad agrícola prehistórica.

Tenemos otra prueba de la relación de la deidad con la tierra y sus frutos. Es probable que el sacrificio de animales desempeñase un papel importante en los ritos que se llevaban a cabo en los templos malteses. No siempre es fácil comprobar que un pueblo primitivo realizaba estas ceremonias, pues no basta con hallar restos de huesos animales en un determinado emplazamiento, ya que muchas sociedades carnívoras dejan este tipo de restos. Además, algunos pueblos utilizan huesos para fabricar instrumentos sencillos. Pero en el caso de Malta ocurre algo diferente. Parece ser que se escondieron deliberadamente trozos de huesos y de cuernos en nichos de las paredes del templo, como si tuvieran un significado o un poder sagrado especial.

Hay un dato que sugiere que los templos también se destinaban a otro fin y que subraya la importancia de la agricultura para esta comunidad. En uno de los templos de Kordin hay una piedra alargada de coralina que en uno de los lados tiene una fila de siete profundas perforaciones. David Trump, uno de los expertos en prehistoria de Malta, ha sugerido que se trataba de una piedra de moler comunal. Aunque nos parezca que esta actividad no es propia de un templo, no resulta sorprendente en una comunidad agrícola. Los templos primitivos no eran edificios a los que se acudía esporádicamente para asistir a actos de culto; las sociedades primitivas probablemente les sacaban pleno rendimiento. Además, moler el grano bajo la mirada de la deidad podría considerarse un acto religioso que garantizaría una buena amasada y propiciaría una buena cosecha para el año siguiente.

Podemos imaginarnos una hilera de personas que se arrodillan ante la piedra para moler su grano mientras otras esperan su turno en las cámaras exteriores del templo. A juzgar por los restos de sus huesos y por los relieves encontrados, estos malteses primitivos eran relativamente bajos y de cabeza algo alargada; algunos llevaban el pelo liso y otros, probablemente los sacerdotes y sacerdotisas, lo llevaban recogido en una trenza o en un peinado parecido a la peluca de los abogados ingleses. Cuando habían molido una cantidad simbólica de grano en el templo, terminaban en casa esta tarea.

La dama durmiente y sus hermanas

No todas las estatuas halladas en el templo responden al modelo de cuerpo obeso y asexuado. También se han encontrado algunas notables figuras femeninas. Dos de ellas, halladas en Hal Saflieni, son figuras recostadas sobre un largo banco semejante a aquel en el que suelen estar sentadas las figuras obesas. La gran figura recostada, que suele denominarse la «dama durmiente», está desnuda de cintura para arriba y, aunque sus rasgos son ligeramente desproporcionados (tiene la cabeza algo pequeña), está esculpida con mucho más realismo que las figuras de culto obesas.

También se han encontrado algunas estatuillas femeninas de pie. Puede que representen alguna forma de religión popular mágica o familiar, con escasa o ninguna relación con los templos.

El poder del sacerdote

La arquitectura de los templos de Malta fue evolucionando con el tiempo. A medida que los constructores adquirían mayores conocimientos (y acaso también a medida que los ritos se hacían más complejos), fue aumentando el tamaño de algunos de los templos. El de Tarxien es un buen ejemplo de ello.

Inicialmente estaba constituido por tres pequeños santuarios, pero, poco a poco, éstos se fueron uniendo para formar un único edificio. El templo de Mnaidra muestra un proceso de agregación similar. En los demás lugares de la isla, cuanto más antiguos son los templos, más pequeños suelen ser, más sencilla su planta y menor el número de cámaras. En los edificios más primitivos se dejaba la piedra sin labrar o se decoraba con marcas aisladas y superficiales. Los canteros de épocas posteriores realizaban marcas más abundantes y profundas. Más tarde empezaron a cincelar la piedra con sencillos dibujos de hojas estilizadas. Por último, esta decoración se fue enriqueciendo con un tallado más delicado y un trazo más seguro.

Tal vez los malteses ampliaran y mejoraran sus templos para poner al servicio de sus dioses sus nuevos conocimientos. Pero también hubo otras razones. En aquellos tiempos, los sacerdotes ostentaban el poder. Controlaban la riqueza y la fertilidad del suelo, tenían la llave del bienestar y de la prosperidad de la isla. Aquellos cuyos templos eran más grandes y estaban más profusamente decorados ostentaban mayor poder y riqueza. Algunos arqueólogos han localizado la distribución en la isla de los templos de mayor tamaño, sugiriendo que cada uno de ellos era un centro de influencia «territorial». Incluso podríamos considerar a los sacerdotes como príncipes. Aunque está por demostrar la equivalencia entre poder político y vestigios arquitectónicos, se pone de manifiesto la importancia del sacerdote en este tipo de sociedad. Sin embargo, no hay que exagerar su influencia. Cuando hacia los años 2800-2500 a. de C. esta sociedad basada en el templo alcanza su apogeo, se estima que la población total de la isla es de unas mil o dos mil personas, reunidas en torno a dos o tres templos principales.

La disposición general de los templos también nos revela el poder de los sacerdotes. El hecho de que las habitaciones interiores fueran más pequeñas indica que se reservaban para un número reducido de personas. Separar al sacerdote o a la sacerdotisa del resto de la población en un «santuario» o «sanctasanctórum» los señala como personas dotadas de privilegios especiales y de poder en la comunidad.

Un laberinto subterráneo

Otra estructura que pone de manifiesto el poder del sacerdote para ordenar la realización de grandes proyectos son las cámaras subterráneas del hipogeo de Hal Saflieni. Es un laberinto con tres niveles de pasadizos y cámaras. Algunas de las veinte cámaras horadadas en la roca son naturales y otras fueron excavadas en roca caliza. Consta de un grupo principal de cámaras con múltiples alcobas laterales. Los arqueólogos de principios del siglo XX hallaron en ellas millares de huesos humanos. Se calcula que entre 6.000 y 7.000 personas fueron enterradas en aquel lugar. Existen en Malta otras tumbas excavadas en la roca y otras similares en Cerdeña y Portugal, pero ninguna está tan bien construida ni es tan compleja como este hipogeo.



Fragmento de decoración en espiral hallado en un templo maltés.

Su gran tamaño y complejidad parecen indicar que se utilizaba para celebrar ceremonias funerarias y para otros fines. Entre algunas habitaciones sólo es posible comunicarse a través de unos agujeros perforados en la pared. Algunos autores los denominan «agujeros del oráculo»: una persona situada en la habitación exterior hacía una pregunta y oía una respuesta procedente del interior; esto es sólo una hipótesis, ya que la idea del oráculo es muy posterior y no hay pruebas de que existiera en Malta. Tampoco es muy probable que los constructores primitivos tuvieran suficientes conocimientos de acústica para producir deliberadamente este efecto.

Construcción de los templos

Puede resultar difícil imaginar a un arquitecto profesional que viviera hace 5.000 años en una isla mediterránea prehistórica. Pero algo muy parecido tuvo que existir porque se han encontrado auténticas maquetas de los edificios. Una de ellas, encontrada en Tarxien, muestra la fachada de un templo. Otras nos ofrecen una imagen de la planta.

Los malteses disponían de gran cantidad de piedra por lo que no tuvieron demasiados problemas de transporte. A pesar de ello, tuvieron que desplazar grandes bloques de piedra caliza. Las numerosas bolas de piedra encontradas cerca del templo de Tarxien pueden darnos una explicación. Sir Themistocles Zammit, arqueólogo de principios del siglo XX, fue su descubridor. Pensó que poseían un significado ritual e imaginó una especie de juego religioso en el cual las bolas se meterían por los agujeros de unas losas perforadas que también se encontraron en el lugar. Sin embargo, es más probable que losas y bolas formaran una especie de rodamiento, sobre el que se transportarían los grandes bloques de piedra hasta el lugar deseado.

Los primeros templos se construyeron con escombros y sólo las paredes exteriores y los dinteles eran megalíticos. Pero en otros edificios posteriores como el de Tarxien se utilizaron casi exclusivamente grandes bloques de piedra. El sistema de cubierta utilizado constituye uno de los grandes misterios de la construcción de los templos, pues ninguno se ha conservado con la techumbre intacta. Existen pruebas de que las paredes interiores eran abovedadas, es decir, que las piedras se iban colocando en hileras concéntricas de diámetro cada vez menor, produciéndose un efecto de bóveda, con las paredes convergiendo hacia el centro. De este modo, la apertura superior resultaba menor que si se hubieran construido paredes verticales. La apertura se cubriría con una techumbre de enramado u otro material perecedero.

La desaparición de una cultura

Las poblaciones de la Malta prehistórica alcanzaron una cultura bastante avanzada, que sin embargo no iba a durar. Hacia los años 2500-2400 a. de C. los templos fueron abandonados y la gente desapareció. Aunque se desconoce la razón de estos hechos, las ceremonias de fertilidad que se celebraban en los templos arrojan cierta luz sobre la cuestión. Una sequía prolongada o el agotamiento de los suelos, con la consiguiente hambruna, podían acabar con la mayor parte de una población que practicaba una agricultura de subsistencia sobre un territorio limitado. Para los supervivientes la antigua religión de la fertilidad habría fracasado. Así la desaparición de la gente y de sus templos sería simultánea.

Sabemos cómo eran físicamente los pobladores de Malta; conocemos también sus medios de subsistencia, basados principalmente en la agricultura y la explotación de la piedra. Y podemos deducir que su religión estaba estrechamente ligada a la fertilidad del suelo. Resulta impresionante su capacidad para diseñar y construir templos, lograda al parecer con un mínimo de ayuda procedente de fuera de la isla. Sin embargo, no conocemos sus relaciones con Sicilia o la península italiana. No sabemos de dónde vinieron ni a dónde fueron después de abandonar sus templos. A pesar de su esplendorosa arquitectura, siguen siendo un enigma.



Los habitantes de Skara Brae tenían que protegerse del intenso frío con gruesas prendas de piel; además, aislaban sus casas del viento cubriéndolas con montones de tierra.

SKARA BRAE

Casas de piedra milagrosamente conservadas en las Orcadas, datadas en torno a los años 3100-2500 a. de C.

En las islas Orcadas se encuentran algunos de los restos prehistóricos más importantes del norte de Europa. Las casas de piedra de algunas aldeas aisladas, como la de Skara Brae, milagrosamente conservadas a pesar de su antigüedad, nos proporcionan muchos datos sobre el modo de vida en aquellas zonas nórdicas antes de que llegaran las comodidades de la civilización. Pero Skara Brae es también un enigma para sus descubridores: ¿De qué fecha datan exactamente estos asentamientos? ¿Qué tipo de comunidad vivía en ellos y qué relación tenía, caso de que tuviera alguna, con otras comunidades de las islas Orcadas o de lugares más distantes?

Los arqueólogos vienen planteándose estas cuestiones desde que se descubrió el pueblo en 1850, cuando una tormenta arrastró la capa de arena que cubría sus muros, dejando al descubierto media docena de casas de entre 4,6 y 6,4 metros de lado. Sus muros de piedra estaban rodeados por un montículo de tierra y desperdicios, que probablemente servía para disimular las viviendas y proteger a sus habitantes contra los vendavales y el frío. Cada casa tenía una sola puerta, casi ninguna tenía ventanas y todas ellas estaban equipadas con mobiliario de piedra, estantes y camas empotradas, por ejemplo.

Gordon Childe, eminente arqueólogo que dirigió las excavaciones de Skara Brae a finales de la década de 1920, dató estos edificios hacia el año 500 a. de C. Además, Childe sugirió que Skara Brae era un poblado «picto», aunque hoy se admite que los romanos utilizaban el término «picto» para referirse a los pueblos que vivían al norte de la muralla de Antonino. Este término no se utilizó hasta el año 297 de nuestra era. Pero en 1936, Stuart Piggott demostró, comparando el estilo de los restos de cerámica encontrados con los de otras zonas, que aquellas ruinas eran muy anteriores a los pictos o al pueblo que vivió allí 800 años antes. Cuando en la década de los años 70 se volvió a investigar en aquel asentamiento, se fecharon algunos huesos de animales mediante carbono radiactivo. Gracias a este procedimiento, se calcula que la aldea estuvo habitada entre los años 3100 y 2480 a. de C.

Una casa típica

La vivienda mejor conservada de Skara Brae se encuentra en la zona sur de la aldea; los arqueólogos la denominan Casa 7. Es una vivienda típica del poblado, de planta prácticamente cuadrada, con las esquinas redondeadas y unos 5 metros de lado. Se accedía a ella a través de un pasadizo cubierto que comunicaba las distintas casas entre sí. La puerta de entrada se cerraba con una barra de piedra. Las paredes eran también de piedra, de unos 2 metros de grosor; es probable que algunas casas tuvieran una especie de «revoco» de barro. El suelo era de tierra, pero en torno a la puerta estaba cubierto de losas de piedra. En el centro de la vivienda se situaba el hogar, limitado por cuatro losas de piedra verticales que servían para aislar y proteger el fuego.

El fuego constituía el núcleo de todas las actividades que se desarrollaban en la vivienda. En un extremo de la misma había un espacio elevado donde se encontró un cuenco de hueso de ballena y dos pucheros; probablemente era la zona donde se comía lo que se cocinaba en el fuego. En diversos puntos de las paredes había camas de piedra empotradas. Sobre ellas se pondrían colchones de brezo o paja y mantas de piel. Además, es probable que estos lechos de piedra tuvieran unos postes de madera para colgar pieles y de este modo evitar las corrientes de aire. Esto es lo que se hacía en las casas de las islas Hébridas.

Algunos autores han subrayado el hecho de que en ciertas casas de Skara Brae las camas más pequeñas están a la izquierda y las más grandes a la derecha; además, en dos casas se encontraron cuentas de collares en las camas de la izquierda. Se

(Izquierda) El asentamiento en la actualidad a vista de pájaro; se puede apreciar gran parte del mobiliario de piedra. En el año 2500 a. de C., cuando se construyó la última de las casas, la costa estaba más alejada del poblado.

(Derecha) Reconstrucción de un interior que muestra el hogar central rodeado por camas de piedra, «aparadores» y cajones de lapas. Los escasos recursos madereros de la isla se utilizaban probablemente como soporte de las techumbres de paja o hierba.



pensó que estas camas eran las que se reservaban para las mujeres, ya que en ciertas sociedades modernas de las islas escocesas las mujeres dormían tradicionalmente en camas situadas a la izquierda. Pero no hay motivo para suponer que dicha tradición se haya mantenido a lo largo de 4.500 años, ni que sólo las mujeres llevaran collares en Skara Brae, ni que las mujeres durmieran en camas más pequeñas (lo que supondría que los hombres eran los miembros dominantes de aquella sociedad). También cabe pensar que en las camas más grandes se acostaran varias personas.

Entre otros elementos de las casas cabe citar los estantes de piedra, que harían las funciones de los aparadores escoceses modernos, las alacenas empotradas en la pared para guardar cosas y unos curiosos cajones de piedra empotrados en el suelo, que, por lo que se ve, se sellaban con barro para cerrarlos herméticamente. Por este motivo, piensan los arqueólogos que pudieran llenarse de agua para almacenar lapas que se usarían como cebo para la pesca. En efecto, las lapas constituían un cebo excelente, siempre que estuvieran blandas; esto se conseguía dejándolas a remojo en agua dulce. Los cajones de lapas ofrecían la doble ventaja de tener el cebo a mano y además suficientemente reblandecido.

Basura reveladora

Por tanto, la comunidad de Skara Brae vivía en casas reducidas y bien diseñadas, con mobiliario de piedra,





construido con fines similares a los que tendría hoy, por lo que nos resulta fácil imaginar la vida de aquella comunidad. Sin embargo, hay cosas extrañas en Skara Brae. Las viviendas están rodeadas por un montículo que no es un simple terraplén de tierra. Skara Brae está construido dentro de un «muladar» formado por excrementos, huesos, cenizas de turba y otros residuos domésticos.

En las comunidades rurales primitivas no era infrecuente que las viviendas se construyeran en estercoleros, lo cual no significaba que necesariamente la gente viviera en condiciones de extrema suciedad, aunque el hecho de que se encontraran huesos en las camas de Skara Brae parece indicar que la gente solía llevarse un pedazo de carne a la cama y luego dejaba el hueso roído entre el brezo o la paja del jergón. Pero los desperdicios de los muladares de Skara Brae los habían dejado genera-



Capucha sencilla.

ciones anteriores cuyas viviendas han desaparecido. Los habitantes posteriores utilizaron estos estercoleros como protección, excavando en ellos pasadizos y casas que luego reforzaron con paredes de piedra.

En cuanto a las personas que dejaron aquellos montículos de desperdicios, parece que llevaban un tipo de vida similar al de posteriores habitantes del lugar. Se pueden ver restos de sus viviendas en los cimientos de las casas del asentamiento posterior; tienen una estructura parecida, con el hogar en el centro, estantes y puertas con trancas. La principal diferencia es que en las viviendas más antiguas las camas estaban empotradas en nichos.

También se encontraron capas de basura dentro de las casas. En principio se pensó que, cuando los moradores originales abandonaron la aldea, los que vinieron después utilizaron las viviendas como basureros. Sin embargo, daba la impresión de que aquellas acumulaciones de tierra, conchas, cornamenta y huesos habían sido colocadas con sumo cuidado.

La explicación más plausible es de tipo religioso. Al parecer, existen pruebas en otros lugares de las Orcadas de que, cuando se abandonaban las casas, se llevaba a cabo una ceremonia durante la cual se llenaban las viviendas con restos relacionados con sus antiguos moradores, en algunos casos incluso con restos humanos. Se levantaba la techumbre y se iba rellenando la casa para que nadie más pudiera volver a habitarla. Esta costumbre confirma la identificación de la casa con la familia que vivía en ella, vínculo que explica también, hasta cierto punto, que a veces se enterrara a algunas personas dentro de sus muros. Por ejemplo, debajo del muro de la Casa 7, cerca de una de las camas, enterraron a dos ancianas.

Estas ceremonias indican una cultura más refinada que la que se pudiera suponer a juzgar por los estercoleros que rodean las casas. Además sus pobladores apenas notarían la basura, cercada como estaba por hiladas de piedras y una capa de turba. Otro indicador del grado de refinamiento alcanzado por los pobladores de Skara Brae son las pequeñas alcobas de piedra anexas a la sala principal. Varias de ellas tenían un desagüe que corría por debajo del asentamiento y probablemente hacían las veces de apartamentos privados.

La gente y su entorno

El mundo de Skara Brae era un mundo de tierra y piedra. No había mucha madera y la que había tenían que reservarla para usos determinados. Las puertas de las casas serían seguramente de madera y también se utilizarían tablas para sujetar la techumbre (aunque es probable que se sirvieran de huesos de ballena, del



Cuentas de collar, pendientes y broche, todos ellos de hueso.

mismo modo que los primitivos habitantes de Siberia utilizaban huesos de mamut).

La tierra era suficientemente fértil como para encontrar pastos adecuados y al parecer se criaba ganado lanar y bovino. Los habitantes de las Orcadas castraban al ganado. Los huesos de las ovejas nos indican que no tenían que matar a los animales jóvenes cuando llegaba el invierno y que había suficiente forraje para mantenerlo durante toda esta estación. Se han encontrado muy pocos huesos de cerdos, lo que nos indica que debía de haber muy pocos árboles, ya que los pueblos primitivos solían dejar que los cerdos forrajearan en el bosque. Los animales salvajes y los domésticos proporcionaban pieles para abrigarse y para hacer cobertores para las camas. La pesca representaba uno de los elementos de la dieta. El pueblo se hallaba a más distancia del mar de lo que lo está en la actualidad –hay que tener en cuenta la erosión del litoral–, aunque lo suficientemente cerca como para poder ir a pescar bacalao y otros peces. Probablemente también comían plantas, aunque tenemos pocos restos de ellas.

La comunidad en su contexto

Una de las cosas más llamativas de Skara Brae son las reducidas dimensiones del poblado. No es muy probable que en aquella época pudiera vivir en las Orcadas una población muy numerosa. Aunque había otras aldeas parecidas a Skara Brae, estos asentamientos no debieron de ser numerosos ni grandes. El mayor fue, al parecer, el de Noltland, con un área cuatro veces mayor que la de Skara Brae, aunque tampoco llegó a ser una ciudad. Es decir, que aunque por aquellas fechas se empezaban a desarrollar en tierra firme algunos «reinos», la sociedad de Skara Brae consistía probablemente en un grupo familiar sencillo y cooperativo en el que todos sus miembros tenían igual o parecida categoría.

No conocemos la relación que aquellas poblaciones tenían con las de otras islas de las Orcadas o con Escocia. En Skara Brae no se encontró nada que no hubiera sido manufacturado allí. Sin embargo, las decoraciones de las vasijas halladas en Skara Brae son parecidas a las que se encontraron en tierra firme, lo cual parece indicar una influencia de su cerámica.

Alfareros y canteros

Los habitantes de Skara Brae sabían hacer vasijas y decorarlas con dibujos muy elementales: líneas onduladas o en zigzag y temas geométricos básicos. Las vasijas eran funcionales aunque no de muy buena calidad.

Mucho mejores eran los objetos de hueso tallado, desde leznas y raspadores para curtir pieles hasta cuentas de collares, broches y pendientes, así como objetos de mayor tamaño, tales como cinceles y azuelas. También hacían objetos de piedra. Probablemente los fabricaban en la Casa 8, construcción exenta en el extremo occidental de la aldea. En ella no hay cajones de lapas ni aparadores ni camas, aunque sí hay un hogar en el centro. Es posible que fuera un taller comunitario. En él se encontró un gran número de esquirlas de pedernal, de lo cual se deduce que allí se fabricaban objetos de sílex calentando y enfriando sucesivamente la piedra para facilitar la labor de corte con escoplo. El suelo estaba cubierto de piedras que se habían resquebrajado con el calor del fuego utilizado para estos menesteres. Hay restos de otros edificios exentos en las afueras del poblado, que quizás fueran también edificios comunitarios, talleres o cocinas por ejemplo.

Los habitantes de las Orcadas eran excelentes canteros. Las losas de piedra se apilan con cuidado, formando fuertes muros, ligeramente desplazadas hacia dentro cuanto más arriba, de modo que la abertura de la techumbre es más pequeña que la superficie del suelo (cosa que además suponía un ahorro de madera). El mobiliario de piedra también está trabajado con sencillez y precisión.

Los ejemplos más notables de esta habilidad de los habitantes de Skara Brae los constituyen unos objetos profusamente tallados, tales como bolas de piedra con decoración en espiral, y otros de finalidad desconocida. Uno de ellos es una piedra ovalada con varias puntas, parecida a una maza, pero excesivamente decorada para ser una herramienta. Otro es una esfera cubierta de afiladas puntas. La explicación más convincente es que estos objetos se utilizaran en ceremonias de culto, ya que no parecen tener aplicación práctica.

¿Sabían escribir?

Una de las cuestiones más enigmáticas sobre Skara Brae es saber si ciertas inscripciones pueden representar algún tipo de escritura, tal vez relacionada con las runas escandinavas.



Uno de los misteriosos objetos de piedra hallados en el emplazamiento.

Algunas de las piedras encontradas en el lugar tienen marcas, básicamente combinaciones de líneas verticales y diagonales, que parecen intencionadas, aunque no elementos decorativos. Cuando se sostenía que la escritura se había inventado en un momento y en un lugar determinados, divulgándose luego desde Mesopotamia al resto del mundo, resultaba difícil imaginar que se utilizara algún tipo de escritura en un lugar

tan remoto y primitivo. Pero hoy se admite que la escritura se inventó de forma independiente en diferentes lugares y épocas, y por lo tanto cabe la posibilidad de que los habitantes de Skara Brae supieran escribir.

Pero no es muy probable que tuvieran una escritura plenamente desarrollada, pues una reducida comunidad, cuyo medio de vida era la agricultura de subsistencia, con un comercio prácticamente inexistente, poco podía necesitar un lenguaje escrito. Tampoco sabrían contar, tendrían un sistema de gobierno sencillo y no necesitarían enviar mensajes escritos de una a otra aldea. Sin embargo, es posible que tuvieran una escritura elemental. Las marcas podrían representar nombres de dioses o de antepasados. Aunque no hay que descartar que fuesen simplemente elementos decorativos. Si se trata de inscripciones, nunca llegaremos a interpretarlas, pues son muy escasas y no se parecen a ninguna otra escritura conocida; incluso su semejanza con las runas resulta discutible.

Una Pompeya neolítica

Los forasteros que visitaron Skara Brae, admirados por su estado de conservación, la bautizaron con el nombre de «Pompeya neolítica». Estos comentarios fomentaron especulaciones sobre las razones por las que llegó a abandonarse un conjunto de construcciones útiles. Existen varias teorías al respecto. La aldea no presenta indicios de un final violento. En principio se pensó que una fuerte tormenta de arena, del calibre de la que dejó al descubierto el poblado en el siglo XIX, lo había enterrado, dejándolo inhabitable. Pero ya hemos visto que sus primitivos habitantes rellenaban las casas con restos intencionadamente.

Está demostrado que las casas volvieron a ser ocupadas después de estar parcialmente rellenas con restos y que una tormenta de arena posterior acabó por rellenarlas del todo y taparlas. Pero esta segunda oleada de ocupantes probablemente vivió en Skara Brae mucho después de los individuos que construyeron el poblado y sus descendientes inmediatos. La suerte que corrieron resulta también un misterio.

STONEHENGE

El mayor y más antiguo de los emplazamientos ceremoniales británicos, utilizado regularmente entre los años 3200 y 1650 a. de C. aproximadamente

Stonehenge, uno de los emplazamientos prehistóricos más famosos del mundo, es también uno de los más misteriosos. Cuanto más analizamos el caso de Stonehenge, más desconcertante nos parece. Además del conocido círculo de grandes piedras verticales, hay otras piedras, así como un terraplén circular y un extraño anillo de pozos rellenos. Todos estos elementos parecen plantearnos la misma pregunta: ¿para qué servía esto?. Y seguimos sin hallar respuesta.

Otra curiosidad de Stonehenge es la manera en que está construido. Las piedras verticales y las horizontales van unidas como si fueran de madera y estuvieran ensambladas por un carpintero. No cabe duda de que los pobladores de la llanura de Salisbury estarían más acostumbrados a trabajar con madera, abundante en el lugar, que con piedra, que escaseaba. Entonces, ¿por qué utilizaron la piedra en esta ocasión?

Por último, ¿qué significan los alineamientos astronómicos que se han descubierto en Stonehenge? ¿Representaba este monumento un sofisticado ordenador de la edad de piedra para pronosticar las fechas de los eclipses? ¿O acaso la astronomía de Stonehenge tiene un significado más prosaico? La mejor manera de contestar a estas preguntas es analizar la historia de Stonehenge. No se construyó de una vez, sino que fue evolucionando; y cada una de sus etapas nos revela datos sobre su uso.

Los comienzos

El primer Stonehenge era muy sencillo. Consistía en una zanja y un terraplén circulares, con un gran edificio circular de madera en el centro. Todavía hoy se pueden ver los restos del terraplén, construido entre los años 3200 y 2700 a. de C. Se calcula que dicho talud tendría unos 2 metros de alto por 6 de ancho y 98 de diámetro. La construcción central resulta más difícil de describir, pues hace mucho tiempo que desapareció. Pero, según se deduce de los agujeros de los postes, puede haber tenido unos 30 metros de diámetro y seguramente una cubierta de paja o brezo. La disposición de este primer Stonehenge ya resulta muy significativa, pues la entrada principal estaba orientada al sur; aunque, probablemente, el uso principal de Stonehenge en aquella época estuviera menos relacionado con la observación del cielo que con el culto a los muertos. Parece que el edificio principal era un depósito en el que se dejaban los cadáveres hasta que se incineraban y se enterraban los restos.

Entre los años 2700 y 2200 a. de C. se añadió a Stonehenge una serie de cincuenta y seis hoyos que forman un anillo dentro del terraplén. Se conocen con el nombre de «agujeros de Aubrey», por el nombre de un anticuario del siglo XVIII, John Aubrey, que fue quien los descubrió. Muchos de estos agujeros contienen restos humanos incinerados, pero los arqueólogos han demostrado que los hoyos fueron excavados mucho antes de que en ellos se enterraran las cenizas, lo que podría indicar que originalmente no estaban destinados a este fin.

En la década de los años 60 el astrónomo Gerald Hawkins planteó una de las teorías más en boga sobre la utilización de Stonehenge. Según Hawkins, el círculo de agujeros sería una calculadora prehistórica para predecir los eclipses de luna, pues observó que se pueden conocer si se colocan seis piedras en seis de los agujeros de Aubrey, según una disposición especial, y luego se van moviendo por el círculo, a razón de un agujero por año.

Sin embargo, si el principio sobre el que se basa dicha teoría hubiera sido bien conocido en la edad de piedra, lo encontraríamos también en otros monumentos de la época. Lo fundamental es el número cincuenta y seis, pues el sistema no es válido con un número de agujeros diferente. Pero en ningún otro monumento neolítico se encuentra una hilera de cincuenta y seis piedras o agujeros. Lo más evidente de los alineamientos astronómicos de Stonehenge sigue siendo lo más significativo, a saber, que el día del solsticio de verano el sol sale prácticamente por encima de la piedra conocida como Heel Stone (el Menhir de la Punta).

Lo más probable es que los agujeros de Aubrey fueran pozos de ofertorio sobre los que se verterían las libaciones rituales. Luego se sellarían con creta local, que al ser blanca serviría para reconocer el lugar del ofertorio. Las libaciones constituían una forma habitual de hacer ofrendas a los dioses. Además, en otros monumentos se han hallado agujeros parecidos con muestras que indican haber contenido líquidos, aunque también es posible que sólo se tratase de agua de lluvia. De ser cierta esta teoría, cabe suponer que para los pobladores de los años 2700 a 2200 a. de C. los dioses del mundo subterráneo serían tan importantes como los dioses del cielo.

La cerámica de vasijas

La época de los agujeros de Aubrey coincide con un notable cambio en el tipo de cerámica que se encuentra en los enterramientos y otros emplazamientos arqueológicos de las islas británicas. Se han descubierto muchos enterramientos de esta época en los que junto al cuerpo aparece una característica vasija de barro. En un principio se pensó que la aparición de este tipo de cerámica, denominada «de vasijas», podría indicar la llegada de nuevos habitantes. Pero no existen pruebas de que se haya producido una invasión de «pobladores de vasijas», y probablemente lo que ocurrió es que cambiaron los gustos en materia de alfarería. Esto podría tener algún significado religioso si dichas vasijas fueran vasos sagrados, como en la actualidad se supone, pues es fácil imaginar que existiera un culto en el que se celebraran libaciones y se bebieran líquidos consagrados.



Enterramiento con vasija cerámica.

La llegada de las piedras

Entre los años 2200 y 2000 a. de C. se comenzó a levantar un círculo de piedras. Lo más misterioso es la distancia que tuvieron que recorrer dichas piedras, pues se trata de bloques de caparrosa azul procedentes de los montes Preseli, en el sur de Gales, a unos 322 kilómetros de Stonehenge. Podemos imaginar un viaje épico en el que un ejército de británicos trasladaran las piedras por barco por el canal de Bristol, remontando los ríos y arrastrándolas por tierra sobre rodillos. Aunque la verdad podría ser más prosaica y tal vez se debiera a que las glaciaciones hubieran arrastrado las piedras hasta aquel lugar, lo cual también explicaría otro misterio, pues en los montes Preseli hay piedras de caparrosa de mejor calidad que la que se utilizó en Stonehenge. Si los constructores hubieran podido elegir, habrían optado por las mejores.

Entre los años 2000 y 1600 a. de C. se colocaron los grandes menhires que en la actualidad se suelen asociar con Stonehenge. Se trata de enormes bloques de sarsen, una variedad de piedra caliza, que sobresalen hasta cuatro metros de altura, estando enterrados casi otro metro y medio. Proceden de las Marlborough Downs, colinas situadas a unos 27 kilómetros al norte de Stonehenge. El transporte y colocación de las piedras habrían de resultar muy trabajosos para una gente equipada simplemente con palancas de madera y rodillos. Además, entre las colinas y Stonehenge hay un profundo barranco por el que habrían de trepar o que tendrían que salvar dando un largo rodeo.

Los bloques de piedra fueron colocados con notable exactitud. El emplazamiento de Stonehenge tiene una ligera pendiente –unos 38 centímetros de oeste a este, y unos 15 de norte a sur–, pero las piedras horizontales que forman dintel están perfectamente niveladas. A pesar de sus rudimentarias herramientas, los canteros midieron y plantaron los bloques de piedra con toda precisión.

Otro ejemplo de su maestría son las espigas que ensamblan las piedras verticales y las horizontales, que más parecen obra de carpintero que de cantero. Esto confirma otros detalles que conocemos sobre los habitantes de Stonehenge. Los demás monumentos que quedan de ellos –especialmente numerosos túmulos funerarios– demuestran que apenas sabían manejar las piedras de gran tamaño.

Los túmulos son básicamente de tierra, con unas piedras a la entrada. Y los demás círculos rituales y otros monumentos por el estilo están construidos a base de piedras pequeñas sin labrar o postes de madera. Parece lógico pensar que los dinteles de Stonehenge fueran hechos por un equipo de carpinteros, y así fue.

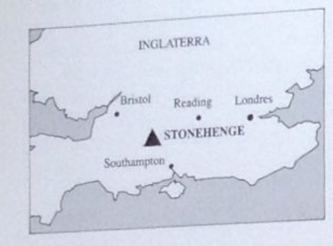
Una vez colocados los grandes bloques de sarsen y los grupos de trilitos (o dólmenes), se modificó una vez más la disposición de Stonehenge, trasladándose al centro los bloques de caparrosa azul y colocándolos en forma de elipse dentro del espacio delimitado por los trilitos.

Ésta es prácticamente la disposición que ha llegado hasta hoy, aunque sólo se conserva aproximadamente la mitad de las piedras originales y su aspecto actual es, por lo tanto, muy diferente. Hacia el año 1650 a. de C. debía de ser un lugar bastante oscuro. Desde el centro sólo se verían unas estrechas líneas de paisaje por entre los apretados bloques de sarsen. No cabe duda de que lo que se veía entre piedra y piedra era muy importante, teniendo en cuenta la posibilidad de que Stonehenge fuera un «observatorio» para estudiar el sol y las estrellas. Aunque las ranuras entre los bloques de piedra eran muy estrechas, no producen un efec-

Madrugada del solsticio de verano en Stonehenge

Año 1650 a. de C.

No conocemos exactamente el tipo de ceremonias que se celebraban en Stonehenge en su época de esplendor, hacia el año 1650 a. de C. Pero el efecto del sol saliendo por un punto en línea con la Heel Stone (extremo superior derecho) y el centro del monumento debía de producir un temor reverencial. El rayo de luz alargaría la silueta de los sacerdotes y las ya enormes piedras.



to lo suficientemente exacto como para poder predecir la posición y el momento en que sale el sol. El punto del horizonte por el que sale depende del punto donde está situado el observador e incluso de cómo coloca la cabeza. Pero el hecho de que se produzcan alineamientos como el del sol cuando sale por encima de la Heel Stone en la madrugada del solsticio de verano hace de Stonehenge un extraordinario centro ritual. En el momento crítico de la ceremonia del solsticio, el haz de luz que corta las sombras entre las piedras debía de representar un mágico recordatorio de los repetidos ciclos del tiempo y las estaciones.

Una fuente de poder

No se puede saber a ciencia cierta por qué los carpinteros de Stonehenge utilizaron piedra tallada en la última fase de sus construcciones, pero es probable que fuera por los acontecimientos vividos por entonces en la sociedad británica. Hacia el año 2000 a. de C. se produjo un cambio. Los enterramientos de los jefes eran cada vez más grandes y su contenido –particularmente las armas– cada más espectacular. Los jefes tenían cada vez más atribuciones y querían ponerlas de manifiesto. Prueba de ello es este nuevo Stonehenge, aunque es algo más que un símbolo de prestigio social. La religión era en aquellos tiempos una fuente de poder de la que Stonehenge era su símbolo.



En la ilustración se aúnan tres imágenes minoicas: el toro, la diosa portadora de serpientes y las mujeres con el pecho descubierto. También los artistas minoicos representaban unidos a los seres humanos y a los animales peligrosos por la fascinación que sentían ante las fuerzas creadoras y destructoras de la naturaleza.

CNOSOS

Centro de la civilización minoica de Creta entre los años 2000 y 1450 a. de C. y emplazamiento del legendario laberinto

La isla egea de Creta fue el centro de una de las civilizaciones más antiguas, desarrollada en torno a importantes palacios: los de Festo, Maliá, Mirto, Zacro y principalmente el de Cnosos, situado sobre una colina en la zona septentrional de la isla, a unos 5 kilómetros al sur de lo que hoy es Herakleion. Hasta la fecha no se han podido descifrar los escritos que nos dejaron los habitantes de Creta entre los años 1900 y 1400 a. de C., de modo que ni siquiera sabemos cómo se llamaban a sí mismos. Según la tradición, en Cnosos vivía el legendario rey Minos, así que, cuando los primeros arqueólogos buscaron un término para designar sus descubrimientos, acuñaron el de minoico, con el que nos referimos desde entonces a los habitantes de Cnosos.

Los griegos de la antigüedad creían que en Cnosos, en un gran palacio construido sobre la ladera de la colina, había vivido el rey Minos. En el centro del palacio estaba el laberinto, diseñado por Dédalo, inventor y habilísimo artesano, en el que el rey Minos tenía encerrado al Minotauro, horrible monstruo mitad toro, mitad hombre. Según la leyenda, Minos se había convertido en el terror de Grecia por culpa del Minotauro, ya que todos los años los griegos tenían que pagarle como tributo siete muchachos y siete doncellas que el monstruo devoraba. Cuando llegó el momento de pagarle por tercera vez el tributo, Teseo se ofreció a acompañar a las víctimas y matar a la fiera; se adentró por el laberinto, mató al Minotauro y volvió a salir guiándose por un hilo que le había dado Ariadna. Pero aun después de muerto, el Minotauro se vengó terriblemente en la familia del héroe. Teseo había prometido a su padre, Egeo, que, en caso de salir victorioso de su empresa, quitaría las velas negras de su nave y las sustituiría por velas blancas. Pero, embriagado por el éxito obtenido y por su amor hacia Ariadna, olvidó la promesa hecha a su padre, el cual vio acercarse a las costas griegas una nave con velas negras y, desesperado, se arrojó al mar.

¿Quiénes eran los minoicos?

No se sabe con certeza quiénes eran los minoicos ni de dónde procedían, ni cuál era su religión ni su tipo de gobierno. Parece que llegaron a Creta hacia el año 7000 a. de C., procedentes probablemente de Asia Menor.

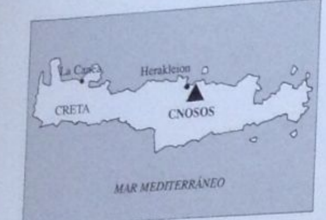
También existen otros enigmas. Primero: aunque era un pueblo poderoso, como lo demuestran las riquezas de sus palacios y la abundancia de sus productos por las costas del Egeo, ni Cnosos ni los demás palacios cretenses estaban fortificados. Segundo: sus pinturas, especialmente la que nos muestra a un atleta saltando por encima de los cuernos de un toro, sugieren inquietantes aspectos de prácticas misteriosas. Tercero: su civilización prácticamente desapareció cuando se destruyeron sus palacios; pero todavía no se ha puesto en claro tan dramático fin, si fue debido a un desastre natural, a una invasión o a una crisis interna.

Los minoicos nos han dejado una serie de restos que nos permiten hacernos una idea de su cultura. Los más famosos son los cinco palacios de Creta. Los palacios representaban el núcleo principal de la vida minoica: en ellos se ejercían las tareas de gobierno y administración, la mayoría de las actividades artísticas y el control del comercio. Cuando Arthur Evans realizó las excavaciones del palacio de Cnosos, descubrió decenas de enormes tinajas que se utilizaban para almacenar grandes cantidades de aceite –según algunos cálculos, casi 300.000 litros–, lo cual suponía una ingente riqueza.

Comercio y sociedad

El comercio representaba una importante fuente de poder para los minoicos, pueblo isleño y de expertos marineros, lo que les permitía mantener la paz en el Egeo y fomentar el intercambio de mercancías. Las naves cretenses surcaban el Egeo comer-

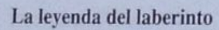
El palacio de Cnosos, un amplio complejo dispuesto alrededor de un patio central, cumplía muchas funciones. Los aposentos reales se encontraban en el ala oriental (extremo derecha), en tanto que los numerosos almacenes estaban hacia poniente. Además, en la zona occidental, pero más próximos al patio, se encontraban los salones oficiales y de recepción, en los que se celebraban ceremonias públicas.



El palacio de Minos, Cnosos Año 1500 a. de C.

Plano del palacio:

Aposentos oficiales	A
Aposentos privados	B
Talleres	C
Puertas de acceso	1
Patio central	2
Salón del trono	3
Santuario principal	4
Almacenes	5
Gran escalinata	6
Patio de poniente	7
Teatro	8



La leyenda del laberinto

Aunque el laberinto era sólo una metáfora que aludía a la multitud de pasadizos y escaleras del palacio, sigue siendo una potente imagen mítica. Los laberintos han sido siempre lugares mágicos: sitios siniestros en que uno se puede perder si no está alerta o lugares fantásticos de los que uno puede salir si es lo suficientemente hábil. El primer laberinto, el de Cnosos, al que va unido el mito del hilo de Ariadna, surge ante nuestra imaginación con la misma fuerza que el auténtico palacio.

ciando con las islas de los alrededores. Además, los minoicos intercambiaban mercancías con pueblos del norte de África y del Mediterráneo oriental. Exportaban materia prima y cerámica, e importaban artículos de lujo: oro y plata de las islas del Egeo, alabastro de Egipto, marfil de Siria y plumas de avestruz del norte de África. De Italia y del centro de Europa traían estaño para alearlo con cobre.

Semejante abundancia de ricas mercancías parece indicar la existencia de un fuerte contingente de artesanos locales. En las ciudades próximas a los palacios debían de vivir muchos de ellos; también las casas ricas de campo solían tener un taller anexo y los palacios contaban con su propio equipo de artesanos. Es muy probable que entre los palacios y los artesanos existiera una especie de relación feudal, similar a la que existía entre los palacios y la comunidad agrícola. Los gobernantes exigirían tributos bajo forma de determinado porcentaje de los productos manufacturados o agrícolas, permitiendo a los trabajadores que dispusieran del resto de los artículos o de los frutos de la tierra. Otra posibilidad, sobre todo en lo referente a los obreros que vivían en palacio, es que existiera algún tipo de esclavitud.

Tampoco se sabe con seguridad quiénes eran los habitantes de Cnosos. La abundancia de imágenes religiosas y rituales hizo pensar a Arthur Evans que el personaje más importante de palacio podría ser un «rey-sacerdote». Posteriormente se observó que la leyenda del rey Minos surge muy al final de la historia de los palacios y los autores de la Grecia clásica la incorporan a sus escritos todavía más tarde. Desechando la teoría sobre el rey Minos, algunos especialistas consideran que los palacios son fundamentalmente lugares de ritual de los templos, en tanto que otros, que subrayan las actividades comerciales de los cretenses, los ven más bien como centros de redistribución de mercancías. Si tenemos en cuenta la importancia del comercio y de la religión, veremos que la idea de que fueran un centro con doble propósito –no olvidemos la teoría del rey-sacerdote– no resulta tan descabellada.



Maqueta de la época de una casa minoica de pequeñas dimensiones.

Arquitectura práctica

La riqueza de las gentes de Cnosos tiene que haber sido considerable. Sus palacios son magníficos edificios. Tanto el de Cnosos como los demás están constituidos por un gran conjunto de apartamentos privados y salones públicos, almacenes y salas de baño, pasillos y escalinatas, todo ello desordenadamente agrupado en torno a un patio central. A diferencia de los griegos de la antigüedad, los minoicos no valoraban la simetría externa de sus edificios; da la impresión de que iban añadiendo, sin orden ni concierto, alas, salas y pórticos, según los necesitaban. Y, sin embargo, cada estancia es muy bella en sí y muchas de ellas están decoradas con frescos de sorprendente elegancia.

Una de las cosas que más nos llama la atención son las enormes escalinatas, como la que conduce a los apartamentos privados del primer piso. Y no sólo por lo impresionantes que resultan sus grandes bloques de piedra, perfectamente tallados, sino porque pone de manifiesto que los minoicos estaban adelantadísimos en lo que se refiere a técnicas sanitarias. La escalera tiene un canal de desagüe, cortado en zigzag, con esquinas y cavidades para evitar que se desbordaran las aguas sucias que se vertían desde los aposentos de los pisos de arriba. Todo el palacio de Cnosos revela lo importante que para los minoicos era la limpieza, aunque las bañeras de los suntuosos cuartos de baño no cuenten con un sistema de fontanería como los que tenemos en la actualidad.

Debido al clima de Creta, de inviernos frescos y veranos calurosos, muchas habitaciones son prácticamente subterráneas, excavadas en la roca de la colina sobre la que se levanta el palacio, por lo que resultan frescas en verano y fáciles de calentar en invierno. Los porches, balcones corridos y galerías sirven para protegerse del sol y para proporcionar abrigo en los meses más fríos.

El palacio está construido básicamente con grandes bloques de adobe, a menudo reforzados con vigas de madera; de madera eran también las columnas originales. Este tipo de construcción, y no la de piedra, era la adecuada para Creta, donde son frecuentes los terremotos.

Los aposentos reales estaban decorados con un gusto exquisito, cosa que podemos imaginar por las restauraciones que llevó a cabo Arthur Evans, aunque se hayan criticado algunas de las reconstrucciones que hizo en los frescos. Pero aunque no sean absolutamente fidedignas, están en consonancia con los fragmentos originales que se han conservado. Estos frescos nos dan la imagen de lo que debió de ser la aristocracia minoica. En ellos se representa a personas morenas y esbeltas, y en concreto a las mujeres con un pecho algo exagerado.

El desarrollo del palacio

La primitiva cultura neolítica cretense, con sus pequeñas comunidades rurales, no se transformó inmediatamente en el elaborado sistema palaciego sobre el que se basaba la civilización minoica. Las excavaciones que se llevaron a cabo en la colina sobre la que se asienta el palacio de Cnosos revelaron que se trata de un montículo artificial, formado por los restos de anteriores asentamientos, desde luego nada primitivos. Los más recientes –inmediatamente anteriores a la construcción del palacio– eran bastante complejos, con calles empedradas y casas de buen tamaño. Éstas se integraron en el primer palacio de Cnosos, que fue en principio una serie de edificios conectados entre sí, entre los años 1900 y 1700 a. de C. Hacia finales de este periodo se derribó la mayor parte de las casas, excavándose en su lugar hoyos en los que se enterraron los restos del palacio. Poco después se cubrieron dichos hoyos, construyéndose encima de ellos un patio empedrado, que se transformaría en el patio occidental del «nuevo» palacio, cuya reconstrucción se llevó a cabo hacia el año 1700 a. de C. siguiendo un plan coherente.

Aunque los arquitectos del año 1700 a. de C. lograron un estilo unificado, recurriendo a una decoración a base de columnas cilíndricas lisas, pintadas de rojo, tuvieron que supeditarse a una gran variedad de funciones: las zonas de ceremonia, entre ellas el salón del trono; los aposentos reales; los talleres de los artesanos; y los almacenes, que ocupaban nada menos que 60 metros de la fachada occidental del palacio.

No es de extrañar que se relacionara con este palacio la leyenda del laberinto, puesto que cualquier forastero se habría perdido por aquella serie de habitaciones, pasillos y escaleras. La impresión de poderío que emanaba del palacio se vería reforzada por la sensación de que era un edificio que se tragaba a la gente. No hace falta imaginar que existiera un auténtico laberinto (no se han hallado pruebas arqueológicas del mismo), pues el propio palacio era un laberinto.

Los otros dos grandes palacios minoicos de Creta –Maliá y Festo– muestran la misma variedad de usos: almacenes, talleres y aposentos, construidos alrededor de un patio central. Ambos edificios tienen menores dimensiones, pero de su disposición se deduce que se utilizaron de manera semejante, respondiendo a necesidades también semejantes.



Estatua de la diosa de las serpientes.

El auge de los palacios

Es imposible reconstruir con exactitud el desarrollo de la sociedad cretense, pero a juzgar por los hallazgos de las excavaciones y extrapolando las actividades de otras civilizaciones semejantes, se puede suponer que unos años antes de que se construyeran los palacios se produjo un notable adelanto en la agricultura cretense, que debió conllevar no sólo una mejora en la salud de sus habitantes, sino un excedente de productos alimenticios. Esto a su vez requeriría la construcción de almacenes en puntos estratégicos de la isla para guardar y redistribuir dichos excedentes. Estos centros tendrían que estar bien situados y contar con un amplio espacio para almacenar cereales y aceite; al poco tiempo se convertirían en lugar de residencia de una elite poderosa que, al controlar el abastecimiento de los alimentos, tendría poder sobre las vidas de los isleños.

El poder supone una categoría social, la cual necesita símbolos. No es de extrañar que los palacios fueran centros de actividades artesanas y artísticas. Los artesanos se congregaban en los palacios, fabricando para sus amos –y para la gente de los alrededores– magníficos objetos suntuarios. Algunos palacios tenían sus especialidades: en Festo se fabricaban grandes cantidades de objetos de bronce, Zacro era famoso por su marfil y los joyeros de Maliá hacían piezas dignas de admiración. El palacio de Cnosos era tan grande que en él se desarrollaban distintos tipos de actividades artísticas, aunque sobresalían sus talladores de gemas y grabadores de sellos.

Los sellos cretenses son unos de los productos más interesantes de la civilización minoica. Los primeros sellos, que no eran sino una versión de los sellos cilíndricos que se utilizaban como identificación en las civilizaciones de Asia Menor, estaban hechos de un material relativamente blando, como el marfil o la esteatita. Posteriormente se fue dominando el arte de tallar cristal de roca, ágata, cornalina y jaspe. Los grabados de los sellos –animales, personas y ceremonias– nos ofrecen valiosísimos testimonios de la religión de los cretenses, de sus ropas y de su interés por la naturaleza. Además son objetos exquisitamente tallados, de gran valor intrínseco.

Con bronce se fabricaban artículos de lujo para la elite que habitaba en los palacios, desde vasos hasta armaduras, así como herramientas: sierras, hachas, palancas y piquetas. Posteriormente se fue utilizando el bronce con mayor profusión y con fines decorativos. Tan fuerte era en Creta la tradición de la artesanía del metal que perduró hasta el periodo micénico.

Las clases dirigentes vivían con gran lujo, rodeadas de objetos artísticos: piezas de cerámica decorada en blanco y negro, vasijas de piedra, adornos de oro y marfil, objetos de bronce, todo ello símbolo de riqueza y privilegio. Y también los propios artesanos serían lo suficientemente estimados como para llevar una vida relativamente holgada.



Vasija ceremonial de piedra en forma de cabeza de toro.

El resto de la población consistía en su mayor parte en campesinos que vivían en pequeñas comunidades rurales, probablemente en grupos tribales unidos por lazos familiares que existían ya antes de la civilización palaciega del siglo XX a. de C. Tendrían que pagar a sus señores como tributo una gran parte de la cosecha y además estarían sujetos al servicio militar, aunque parece que la sociedad palaciega se mantuvo casi siempre en paz.

Un lenguaje desconocido

Cuando Arthur Evans excavó Cnosos, entre los hallazgos más interesantes encontró unas tablillas grabadas con misteriosas inscripciones, de imposible interpretación. Lo único que pudo hacer Evans fue clasificarlas en tres tipos distintos. El primero y más primitivo era un sistema de jeroglíficos, es decir, símbolos de los objetos representados y otros símbolos de interpretación menos evidente. Y luego había otros dos tipos de inscripciones que parecían más evolucionadas, cuyos símbolos, aunque probablemente derivados de los primitivos jeroglíficos, no eran simples pictogramas. Evans llamó a estos dos tipos de escritura «lineal A» y «lineal B». Basándose en los yacimientos arqueológicos en los que se encontraron, fue posible fechar aproximadamente las tablillas. Las más antiguas eran las de los jeroglíficos, todas ellas grabadas en tiempos de los primeros palacios, antes del año 1700 a. de C. Luego están las tablillas con escritura lineal A, grabadas en la época de los primeros palacios y después de que se reconstruyeran, hacia 1700 a. de C. Este dato confirmaba la hipótesis de los arqueólogos de que los palacios no habían sido conquistados por una potencia extranjera en 1700 a. de C., sino que fueron reconstruidos por las mismas poblaciones que los habían habitado anteriormente. La escritura lineal B es posterior; la mayoría de las tablillas datan del final del periodo palaciego, época en la que parece bastante probable que se produjera el dominio de una potencia extranjera.

En vida de Evans no se llegó a descifrar ninguna de las inscripciones, pero en 1939 se encontraron en la Grecia continental, en Pilo y posteriormente en Micenas, inscripciones del tipo lineal B. No cabía duda: la escritura lineal B era micénica y fue este pueblo el que dominó Creta después de los desastres que se produjeron en la isla a mediados del siglo XV a. de C.

En 1952 se consiguió una convincente interpretación de la escritura lineal B, pues ya se habían encontrado varios miles de tablillas de este tipo. El arquitecto británico Michael Ventris sorprendió a la comunidad de arqueólogos cuando anunció que la escritura lineal B era una versión primitiva del griego. Las conclusiones de Ventris se han aceptado de manera general, facilitándose con ello nuestro conocimiento de la civilización micénica. Pero hasta ahora no se ha descubierto nada que nos permita interpretar la escritura minoica lineal A, ya que contamos con escasísimas inscripciones de este tipo. De momento, parece poco probable que lleguemos a conocer la lengua hablada y escrita de los minoicos y, a la hora de querer interpretar los textos cretenses, los arqueólogos habrán de limitarse a hacer extrapolaciones basándose en otros hallazgos.



Fragmento de escritura lineal B, con una lista de productos agrícolas, y vasija minoica de época avanzada.

La religión minoica

Las pinturas murales del palacio nos proporcionan las claves de la religión minoica. Con frecuencia aparece el hacha doble, sobre todo en la sala que Evans bautizó con el nombre de «cámara de las hachas dobles» y en otras habitaciones de reducidas dimensiones que parecen oratorios. Este símbolo puede haber tenido una importancia parecida a la de la cruz para los cristianos. Otro punto clave es la importancia de las divinidades femeninas. Son famosas las estatuillas cretenses que representan mujeres con el pecho desnudo y con serpientes en la mano. Llevar el pecho desnudo podría interpretarse como símbolo de la fertilidad, pero esta teoría habrá de considerarse con prudencia, ya que todas las mujeres minoicas, incluso las que se representan en actividades sociales, aparecen con los pechos al aire.

Las representaciones de las divinidades femeninas se derivan probablemente de las estatuillas de mármol encontradas abundantemente en el archipiélago de las Cícladas. Eran seguramente ídolos que invocaban la protección de diosas tales como la madre tierra, culto que estaría en consonancia con la fascinación minoica por la naturaleza. Los palacios estaban llenos de pinturas de plantas y animales, muchos de ellos marinos. Además, los palacios se levantaban en emplazamientos con magníficas vistas.

Las excavaciones más recientes realizadas en Cnosos han sacado a la luz algunos almacenes con gran número de objetos religiosos. Además de las estatuas de diosas con serpientes, se encontraron piezas de cerámica que representaban animales y plantas, frutas y flores, peces y caracolas, lo que confirma igualmente el amor de los minoicos por la naturaleza. La existencia de ánforas y vasijas de piedra para guardar vino y aceite y los restos de huesos de ciervo sugieren que se hacían ofrendas y que se sacrificaban animales.

Estos hallazgos confirman lo que ya sabíamos de los habitantes de Cnosos. Sin embargo, las excavaciones de 1979 ofrecieron un descubrimiento sorprendente. En los sótanos de un edificio situado a unos 350 metros de distancia del palacio, en el que también había objetos religiosos, se encontraron los huesos de cuatro niños. Muchos de ellos tenían señales de haber sido cortados con un cuchillo, como para quitarles la carne; había además parte del esqueleto de una oveja, también con señales de haber sido degollada.

Por los restos hallados, se ha podido deducir que los niños gozaban de buena salud. Existen varias teorías para explicar su trágico fin. Una es que se tratara de un asesinato, lo que no concuerda con los objetos religiosos encontrados en el mismo lugar. También podría tratarse de un acto de canibalismo en el periodo de crisis que vivió Cnosos al final de la época minoica, aunque no es una teoría muy sostenible. Lo más probable, según Peter Warren, es que se tratase de un sacrificio para evitar males mayores. No se encuentran restos humanos en ningún otro lugar en Cnosos, lo cual parece confirmar la teoría de que el sacrificio humano no formaba parte normalmente de la religión minoica, sino que los sacerdotes lo utilizaban como último recurso.

Esto está en consonancia con lo que se sabe sobre sacrificios de animales en la religión minoica a juzgar por los sellos de piedra en los que se representan sacrificios de toros y cabras. Se degollaban los animales y se recogía su sangre, que se ofrecía a los dioses vertiéndola sobre el suelo. Si estos sacrificios eran habituales en tiempos de prosperidad, cabe pensar que se ofrecieran sacrificios humanos en tiempos de crisis.

Los sellos cretenses de piedra también revelan las ceremonias realizadas en los santuarios de Cnosos y de otros palacios minoicos. Se ejecutaban danzas para invocar la presencia del dios, así como reverencias y saludos rituales ante la figura de culto, y se presentaban ofrendas, entre ellas libaciones; luego se celebraba la ceremonia del ofrecimiento de una túnica a la diosa, en la que la estatua objeto de culto o las sacerdotisas vestían la túnica del ofertorio.

Los toros cretenses

Una de las cuestiones más intrigantes sobre la civilización cretense son las ceremonias en las que se saltaba sobre un toro, tal y como se representan en los frescos de Cnosos, pues no se sabe si recogen escenas reales o si aluden a escenas de una mitología desaparecida.

Los especialistas modernos opinan que la ceremonia –en la que un atleta salta por encima de los cuernos de un toro– se celebraba de hecho y tenía un sentido religioso, aunque no se ponen de acuerdo sobre el lugar en el que se llevaba a cabo. Según Evans, se celebraba en los patios de los palacios, pero otros arqueólogos aducen que esto no podía ser, pues no reunían las condiciones necesarias para tan peligroso ejercicio. Recientemente se ha descubierto una estructura parecida a un ruedo cerca de uno de los palacios, lo cual podría significar que, efectivamente, Evans estaba equivocado.

¿Qué tipo de religión podría fomentar entre sus fieles la práctica de actividades tan peligrosas? La fascinación de los minoicos por la naturaleza no basta para explicar estos hechos, pero una característica de la geografía cretense explicaría el respeto, e incluso el temor, de este pueblo ante la naturaleza; nos referimos a la frecuencia de los terremotos. No es de extrañar que los isleños profesaran culto a un animal tan violento e imprevisible como los terremotos que de vez en cuando asolaban sus hogares. Los escritores de la antigüedad confirman esta teoría. Homero decía que a Posidón, dios griego del mar y de las tempestades, también llamado «el que hace estremecer la tierra», «le agradaban sobremanera los toros». Es posible que los cretenses trataran con ello de aplacar a un dios precursor de Posidón.

El principio del fin

Hacia el año 1700 a. de C. un terremoto destruyó parcialmente los palacios de Creta; probablemente esto ya había sucedido en otras ocasiones, aunque nunca con tanta violencia. Sin embargo, el poderío de los cretenses, en cuyas actividades comerciales no incidiría negativamente ni siquiera un fuerte terremoto, les permitió reconstruir el palacio de Cnosos con renovado esplendor.



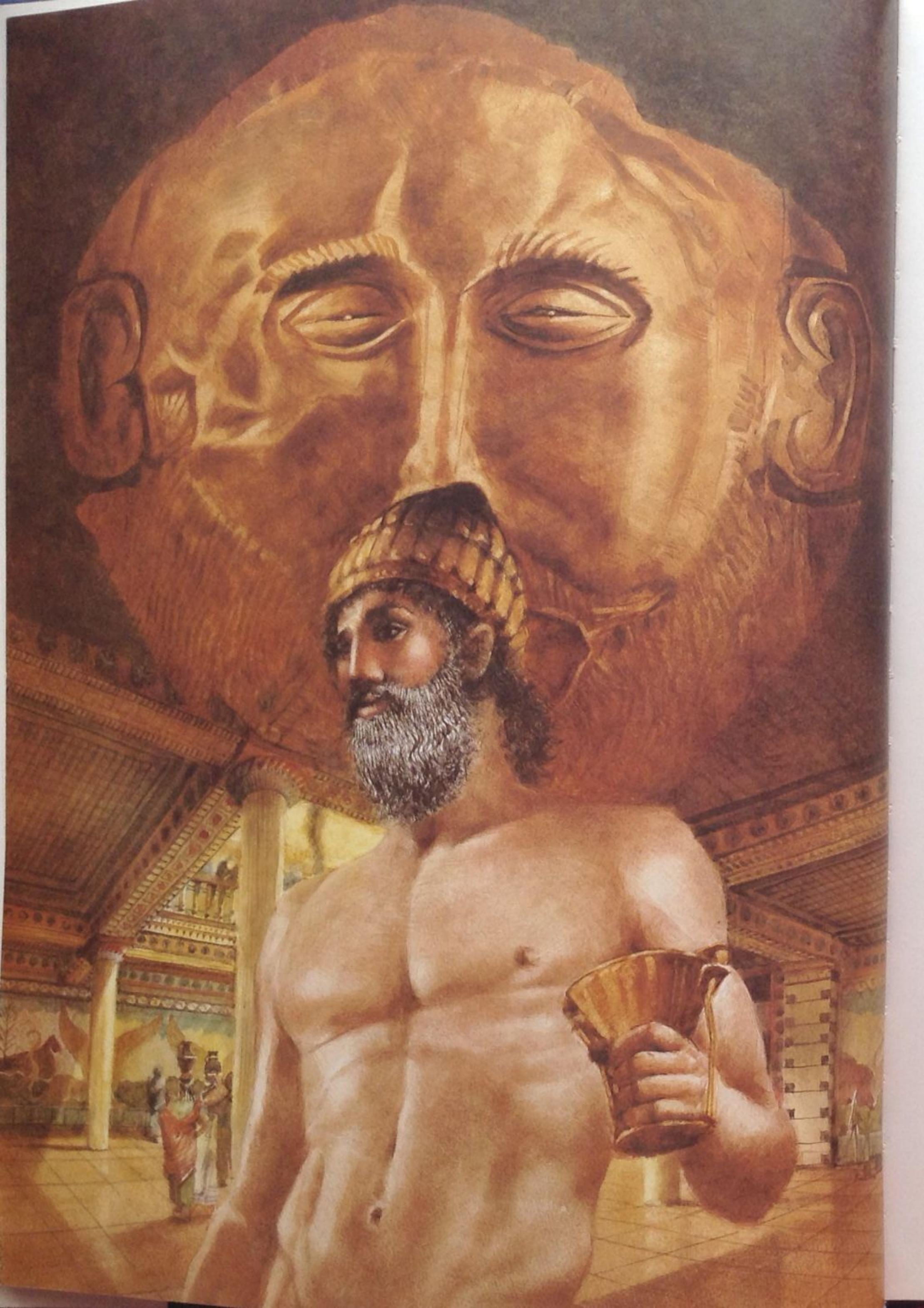
La suerte de saltar el toro.

El golpe definitivo se produjo 250 años después y los daños fueron tan considerables que no se pudo efectuar reconstrucción alguna. Lo que más intrigó a los arqueólogos fue que los daños causados parecían distintos de los de la ocasión anterior y, sin embargo, no existían pruebas de que se tratara de una invasión.

La clave fundamental se encontró cuando los geólogos comenzaron a analizar el material excavado por Evans para descubrir el palacio. Cnosos quedó cubierto por cenizas volcánicas hacia el año 1450 a. de C., época en la que se produjo la erupción de la isla de Tera, situada a unos 110 kilómetros de distancia de Creta. Las cenizas que salieron despedidas del volcán fueron a caer sobre Creta. Además la consiguiente onda de choque hizo zozobrar las naves minoicas, poniendo fin a su poderío marítimo. No se podía reconstruir el palacio ni seguir realizando actividades comerciales.

Sin embargo, Cnosos no aparece como una Pompeya minoica, la ciudad romana en la que la gente pereció petrificada mientras caminaba por la calle cuando el Vesubio entró repentinamente en erupción. Da la impresión de que los minoicos tuvieron conocimiento del peligro que se avecinaba y pudieron huir por mar. Algunos especialistas piensan que antes de la erupción se produjo un terremoto y los minoicos tuvieron tiempo de prepararse para huir. Probablemente se hicieron a la mar antes de que se dejaran sentir los efectos del consiguiente maremoto.

Aunque consiguieran escapar, posiblemente ya sabían que su época de esplendor se acercaba a su fin. Se iniciaba la hegemonía de los belicosos pobladores de Micenas, en la península griega. Si todavía no representaban un peligro para los minoicos antes de la erupción de Tera, lo serían a partir del año 1450 a. de C. La época de los pacíficos comerciantes había llegado a su fin.



MICENAS

Patria de los reyes guerreros de la península griega entre los años 1600 y 1100 a. de C. aproximadamente y legendario emplazamiento del palacio de Agamenón

Los pobladores de la península griega entre los años 1600 y 1100 a. de C. aproximadamente nos han dejado abundantes restos. Uno de los emplazamientos más importantes fue el de Micenas, en una pequeña colina situada a unos 19 kilómetros del golfo de Argos, al sur de Grecia. Este emplazamiento tenía múltiples finalidades: era palacio real, lugar de residencia de los súbditos del rey y enterramiento. Pero, sobre todo, era una ciudadela fortificada, con grandes puertas y enormes murallas que rodeaban la base de la colina.

En la actualidad Micenas se nos aparece como una fortaleza aislada, de aspecto desolador, en la que probablemente vivía una reducida población. Sin embargo, era el centro de algo mucho más importante. Se ha encontrado un número relativamente grande de objetos de la época micénica en lugares tan distantes como las islas Cícladas, el sur de Italia, Sicilia, la región occidental de Asia Menor, Chipre y Egipto. Se hallaron vasos micénicos en diversos puntos de la costa de Chipre; en más de sesenta yacimientos arqueológicos de Siria y Palestina se descubrieron objetos importados en aquella época de la península griega; y las piezas de cerámica micénica llegaron a más de veinte lugares de Egipto, pagándose su precio en oro. Los micénicos eran lo suficientemente ricos y poderosos como para desplazarse por el Egeo e imponer su voluntad sobre muchas potencias vecinas. Pero carecían de algunas materias primas como los metales preciosos, por lo que necesitaban a sus vecinos tanto como éstos los necesitaban a ellos.

Guerrero micénico; en segundo plano, una de las salas de audiencia de palacio. Algunos detalles de la reconstrucción se basan en el palacio de Pilo, pero serían muy parecidos en Micenas. En la parte superior, máscara de oro batido de un rey de Micenas, descubierta por Heinrich Schliemann.

No cabe duda de que el comercio micénico se extendía por una amplia zona. Además, algunos vestigios hallados en Melos y Rodas parecen indicar que existían asentamientos micénicos en estos lugares. Pero ¿podríamos afirmar que los micénicos llegaron a controlar un imperio propiamente dicho? ¿Qué aporta Micenas a los orígenes de la cultura clásica griega? ¿Y cuál fue exactamente su relación con los pueblos de la civilización minoica? Para hallar respuesta a estas preguntas, hemos de remontarnos a los orígenes de la civilización micénica.

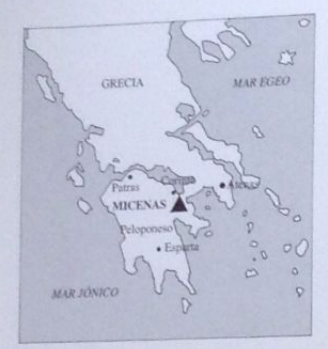
¿Quiénes eran los micénicos?

Hacia el año 1600 a. de C. en Grecia existía la cultura heládica. Sus pobladores vivían de la agricultura, en casas de piedra con porche, fabricaban algunos objetos de bronce, cazaban con arco y enterraban a sus muertos en hoyos o túmulos. Llevaban una vida sencilla, en comparación con la de los palacios cretenses o la de Troya VI. Pero hacia el año 1600 a. de C. aumentó la prosperidad y comenzaron a aparecer centros de poder, señalados por la mayor elaboración de sus enterramientos, en lugares como Eleusis, Lerna y especialmente Micenas.

Este cambio se debió, en parte, al contacto con la civilización cretense. Los micénicos adoptaron de los minoicos las técnicas de pintar sobre las paredes, decorar cerámica y fabricar sellos. Probablemente el contacto entre ambas culturas significó para los micénicos nuevas relaciones comerciales en el Egeo. Pero existe una diferencia primordial entre ambas culturas: a diferencia de los pacíficos minoicos, los micénicos eran guerreros y los objetos más impresionantes hallados en sus tumbas son las armas y las armaduras. Al tiempo que aprendían de los minoicos las normas de la actividad comercial, los micénicos desarrollaban una tradición propia, la de oportunistas guerrilleros acostumbrados a realizar incursiones por el Mediterráneo en busca de botín y tributos. La combinación de ambas actividades les aportó riqueza y éxito.

¿Está justificado que llamemos «griegos» a aquellos micénicos? ¿Es posible establecer los estrechos paralelismos que han llevado a algunos autores a referirse a Micenas como si se tratara del centro estratégico de

En la ilustración, una vista panorámica de Micenas. En ella se ve el palacio situado sobre la colina. En la parte inferior dominan las imponentes murallas, la puerta perfectamente custodiada por dos leones y el enterramiento de planta circular. Detrás de éste se aprecian las casas de los militares de alta graduación.



La ciudadela de Micenas

Año 1500 a. de C.

Agamenón, el gran guerrero homérico? Una clave para hallar la identidad de los pobladores de la península griega se presentó cuando Michael Ventris probó que la escritura lineal B era una forma primitiva de griego. Un conjunto de tablillas de escritura lineal B descubiertas en Pilo, el palacio micénico mejor conservado, menciona ofrendas a los mismos dioses y diosas de la Grecia clásica. Es decir, los pobladores de Micenas eran griegos por su lengua y por al menos uno de los demás elementos importantes de su cultura.

Pero por atractivo que resulte, es mucho menos seguro poder identificar a estas gentes con personajes concretos de los poemas de Homero. Los arqueólogos de otros tiempos se dejaron llevar por la tentación. Así, bautizaron con el nombre de Tesoro de Atreo, padre de Agamenón, una de las más grandiosas construcciones de Micenas. Se trata de una estructura circular en forma de colmena abovedada de unos 14,5 metros de diámetro, a la que se llega a través de un estrecho corredor, y cubierta por un montículo de tierra. De hecho, no se trata de un tesoro, sino de un enterramiento, aunque se desconoce el nombre de su ocupante. En cada uno de los bloques de piedra de la bóveda, finamente tallados,

se ve un clavo de bronce, del que pendería algún adorno de bronce (probablemente un florón); también la monumental portada, con un impresionante dintel de 120 toneladas, estaría profusamente decorada. El edificio es un *tholos*, tipo de tumba que se puso de moda en la península griega en el siglo XIII a. de C. y que sustituyó a las simples fosas. Evidentemente se trata de la tumba de algún personaje importante, tal vez de alguno de los reyes guerreros de Micenas.

Desgraciadamente, la tumba fue saqueada al poco de ser construida y quedan pocos objetos que puedan permitirnos identificar a su ocupante. Pero el meticuloso análisis de los restos hallados en ella y en sus alrededores ha puesto de manifiesto algunos fragmentos de oro y otros metales preciosos, lo que nos permite imaginar la magnificencia de su contenido original.

La vida en la ciudadela

Las piezas de cerámica de la península revelan una influencia minoica, especialmente antes de la desaparición de la civilización palaciega de Creta. Con marfil se tallaban cajas, placas y estatuillas, entre ellas la famosa cabeza real con casco reforzado con colmillos de jabalí. Entre otras artes decorativas figuraban el damasquinado y la pintura mural.

Las tablillas de escritura lineal B ofrecen información sobre las actividades comerciales y profesionales. Aunque estas tablillas proceden principalmente de Pilo, la sociedad de Micenas sería muy similar. Entre los oficios que se mencionan figuran los de panadero, broncista, alfarero, cantero, mensajero y heraldo, pastor, carpintero y abatanador. La imagen que emerge es la de un agrupamiento de población típico: suficiente demanda como para que florezcan los oficios especializados y una clase dirigente que requiere objetos suntuarios que le hagan la vida más agradable y le proporcionen al mismo tiempo símbolos de categoría social.

De todos estos objetos, los más impresionantes son obra de orfebres micénicos, entre ellos una copa de oro, un vaso de ofertorio en forma de cabeza de león, algunas coronas y discos decorativos de oro, que se cosían en las túnicas femeninas a modo de enormes lentejuelas, y las máscaras de oro batido, todo ello procedente de las tumbas reales. Las máscaras nos presentan los rostros de los auténticos gobernantes micénicos, con rasgos lo suficientemente diferenciados como para que podamos pensar que son verdaderos retratos, nada favorecedores.

En Micenas existía otro oficio que suele florecer en las comunidades urbanas primitivas: el de armero. Se han hallado espadas, dagas y lanzas de diferentes tamaños. En una tumba real había tres esqueletos y casi un centenar de espadas. La calidad de las armas nos asombra tanto como su cantidad. Algunas tienen el pomo de oro cincelado, con dibujos en forma de espiral y cabezas de dragón. Otras tienen damasquinado de oro o plata y representan escenas heroicas (en una muy famosa se ve una cacería de leones).

En Dendra, en las proximidades de Micenas, se encontró una armadura hecha de placas de bronce, que supuestamente irían engarzadas entre sí; sería muy incómoda y restringiría los movimientos, pero tal vez se tratara de una armadura ceremonial, símbolo del carácter inexpugnable del personaje que la llevaba.



Copa de oro llamada copa de Néstor.

El complejo de palacio

La ciudadela albergaba a un gran número de personas y muchas otras se refugiarían en ella y contribuirían a su defensa en tiempos de guerra. En la ciudadela, además del propio palacio, situado en el centro, había muchísimas casas, entre ellas un grupo en el límite suroeste, otro cerca del extremo oriental del emplazamiento triangular y algunas más junto a la Puerta de los Leones, en el extremo norte. Algunas de ellas, como la Casa de las Columnas, eran construcciones de piedra que pertenecían a jefes militares o a familias ricas. Pero la presencia de un taller junto a palacio parece indicar que también trabajaban allí artesanos, que probablemente vivían dentro de las murallas en casas más modestas.



Armadura de bronce.

A pesar de la influencia minoica, todos estos edificios son de un estilo más sobrio que el palacio de Cnosos. Los micénicos no adoptaron las columnatas y escalinatas que adornan las fachadas de los palacios minoicos. Parece como si sus edificios estuvieran pensados para refugiarse del mundo exterior y resultan tan austeros como las murallas que rodean la ciudadela. Sus habitantes eran conscientes de que tenían que defenderse, pues su poderío militar podía verse amenazado por fuerzas externas. Otra diferencia es que el patio –tan importante para los minoicos– era menos fundamental en la arquitectura micénica, porque los palacios micénicos eran básicamente un *mégaron*, es decir, una gran sala rectangular porticada, semejante a las grandes casas de las poblaciones heládicas que habitaron antes que los micénicos la península griega.

Pero en el interior de los palacios los micénicos vivían con gran lujo. Los techos artesonados estaban decorados con dibujos geométricos y las paredes con pinturas figurativas. Se han descubierto fragmentos de frescos en Micenas y Tirinto, al sur de Micenas, y en ambos casos se detecta la influencia minoica en el colorido y el dibujo de las figuras. Sin embargo, no es muy probable que los micénicos alcanzaran el refinamiento de sus vecinos cretenses en las instalaciones sanitarias y de aireación.

Los dioses de Micenas

Tanto en Micenas como en otros palacios de esta época sorprende la ausencia de templos o edificios religiosos. Apenas queda algo más que un par de estancias dedicadas al culto, a pesar de tener un elaborado panteón de dioses, entre los cuales se contaban aquellos que, según las tablillas, llevaban los mismos nombres que los correspondientes dioses griegos.

La escasez de hallazgos arqueológicos da lugar a una imagen confusa. La religión micénica debe mucho a la Creta minoica: los dioses serpiente del hogar en terracota, el sacrificio de animales y algunos ídolos recuerdan las costumbres cretenses. Incluso el culto a los dioses Zeus y Posidón puede tener este mismo antecedente. Lo más original de la religión micénica tal vez sean sus fastuosas ceremonias mortuorias: cuando moría un guerrero, se sacrificaban también sus dos caballos.

La sociedad micénica

No conocemos con exactitud la organización cuyo centro era Micenas. La sociedad, fielmente descrita en algunas tablillas, era rígidamente jerárquica. Estaba compuesta, de arriba abajo, por el rey, los jefes militares, los oficiales, los terratenientes, los concejales y los artesanos, y cada uno desempeñaba un papel muy concreto. Sin embargo, la organización del gobierno y del estado no resulta tan clara. Aunque poderoso y extenso, no se puede decir que el estado micénico fuera un imperio; lo más probable es que se tratara de una confederación de pequeños estados dependientes de una autoridad central.

Lo que sí es más seguro es que Micenas fuera el centro de una red de redistribución de bienes. Al igual que Cnosos, estaba rodeada por pueblos y aldeas que producían y recogían materias primas que luego se distribuían por esta red de poblaciones, desde las que se volvían a distribuir convertidas en productos manufacturados. El poder central controlaba este proceso, quedándose con parte de los beneficios.

Las tablillas de escritura lineal B halladas en Pilo ponen de manifiesto la fuerza y complejidad de semejante sistema económico, dejando bien claro que se trataba de un sistema, es decir, de algo cuidadosamente regulado y controlado por las autoridades. Por ejemplo, en un grupo de tablillas figuran listas de nombres masculinos, divididos en grupos y asignados a diferentes lugares; no cabe duda de que son listas de soldados a los que se les había asignado la misión de custodiar determinados tramos de las costas griegas. En las mismas tablillas aparecen inventarios de ruedas de carro y armaduras, y en otras también listas de nombres, probablemente de esclavas. En otros grupos de tablillas aparecen cantidades de grano y las tierras en las que éste se cultivaba. Estas listas están igualmente relacionadas con nombres particulares, terratenientes o renteros. Hay una serie de tablillas que dan listas de cantidades de bronce y cuentas en las que se especifica la cantidad de metal que había que entregar a los oficiales de las diferentes guarniciones. Además de los archivos de Pilo, hay otros procedentes de Micenas, con referencias a hierbas y especias. La mayoría de las tablillas parecen asientos de impuestos y de ellas se deduce que existía un sistema administrativo perfectamente organizado.



Puerta de los Leones, entrada principal de la ciudadela.

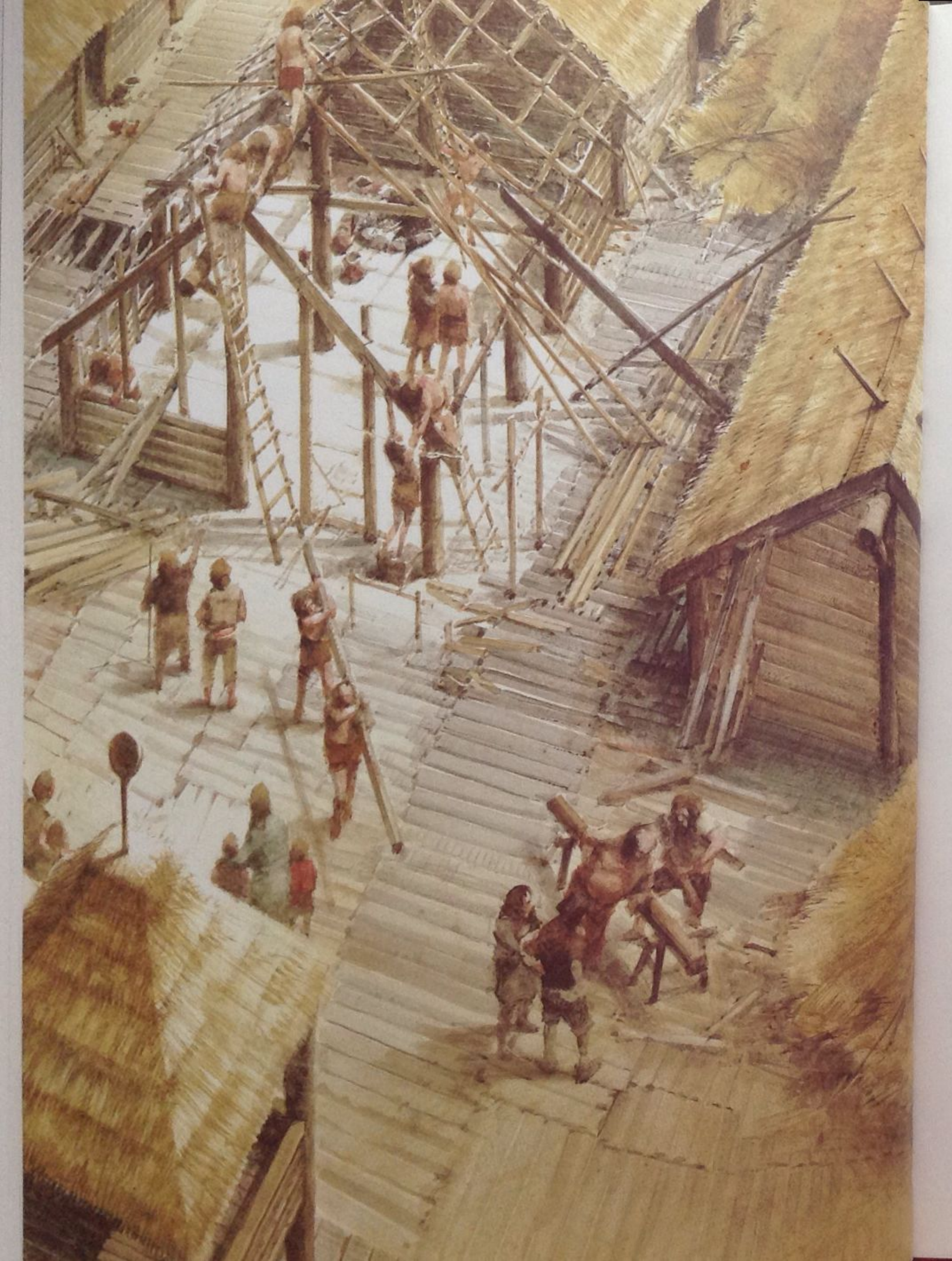
El ocaso de Micenas

Durante la segunda mitad del siglo XIII a. de C. cambia la suerte de este pueblo. Hacia el año 1250 a. de C. se produce una serie de incendios que arrasan el mundo micénico, seguida de otra al cabo de 50 años y de otra más 50 años después de ésta. La primera oleada destruye la mayoría de las casas que se encontraban fuera de la ciudadela; la segunda, la propia ciudadela de Micenas, así como las de Dendra, Tirinto, Crisa, Gla y Tebas. En la tercera oleada desaparecieron otras plazas fuertes.

A pesar de ello, no desapareció la cultura micénica; de hecho, parece poco probable que una penetración externa fuera la causa de su destrucción, pues la cultura griega siguió siendo micénica aun después de los incendios de los palacios. Tampoco parece que los incendios tuvieran una causa natural, ya que no consta que fueran épocas de grandes sequías.

La explicación más plausible es que se tratara de una revolución intestina. El éxito y esplendor de las familias más privilegiadas provocarían las envidias de aquellos que, aunque vivieran desahogadamente, pensaban que podían vivir mejor. Pero los que fomentaron la revuelta no adoptaron el sistema redistributivo o al menos no fueron capaces de controlarlo durante mucho tiempo. Tras el breve periodo de florecimiento que siguió a la primera oleada de incendios, la cultura micénica comenzó a desintegrarse.

Al regresar a una economía de tipo predominantemente rural, desaparecen las actividades artísticas. Dejó de utilizarse la escritura lineal B; ya no había demanda de delicados objetos de marfil, ni grandes paredes en palacio sobre las que pintar frescos; la cerámica fue diversificándose de una región a otra, señal de que la red de comunicaciones se desintegraba. Aquello era el ocaso de la cultura micénica.



BISKUPIN

Poblado fortificado polaco de los años 700-400 a. de C. aproximadamente

El asentamiento forticado de Biskupin, a unos 230 kilómetros al oeste de Varsovia, en Polonia, nos ofrece la imagen de la vida en una comunidad de la Europa oriental entre los siglos VIII y V a. de C. Aunque las casas y las fortificaciones eran de madera, se han conservado por haber quedado cubiertas por depósitos de arena y barro. Los trabajos de excavación que se llevaron a cabo con éxito en la década de los años 30 quedaron parcialmente destruidos por las fuerzas nazis durante la Segunda Guerra Mundial, con lo que en la actualidad sólo podemos hacer suposiciones sobre lo que debió de ser la vida en esta comunidad rural centroeuropea.

El poblado se asentaba en una península que se proyecta sobre el lago Biskupin, en terreno pantanoso, lo que significa que había que construir las casas sobre plataformas de madera y había que cubrir también el suelo con planchas de madera. El asentamiento tenía una extensión aproximada de 2 hectáreas. Durante la primera fase de su ocupación, hacia el año 720 a. de C., el poblado estaba rodeado por una cerca de madera, que se trataba de una especie de enorme cajón de 6 metros de alto por 3 de ancho, relleno de tierra. En la parte que limitaba con el lago había además un rompeolas de 7 metros de anchura. La cerca tenía una puerta de 8 metros y, a juzgar por los restos, se supone que había también algunas torres vigía.

En varias ocasiones fue preciso reconstruir Biskupin. La estructura de madera y la proximidad de las casas favorecían los incendios, que se propagaban con mucha facilidad. Pero era una sociedad muy solidaria y las reparaciones se efectuaban con toda celeridad.

En el interior había más de un centenar de casas, la mayoría de ellas consistentes en una amplia habitación, aunque algunas tenían dos. Las puertas de las casas se abrían a mediodía para aprovechar la luz y el suelo era de planchas de madera colocadas sobre montones de varas de abedul para aislarlo del cieno. También tenían un hogar de piedra, cubierto con una capa de barro para aislarlo de la madera y evitar el peligro de incendio.

Las casas estaban dispuestas en hileras, con una techumbre continua y entre ellas había una docena de «calles» paralelas, cubiertas de troncos, lo que les daba un aspecto acanalado que los arqueólogos denominan «camino de rollizos»; además había otro camino de troncos que rodeaba el poblado por el interior de la cerca.

Hacia el año 560 a. de C. las dimensiones de Biskupin eran algo más reducidas: había desaparecido una calle, las casas estaban más juntas y eran menos numerosas, pero su disposición seguía siendo prácticamente igual.

Los pobladores de Biskupin

Se calcula que en el poblado vivían unas 700 personas. Como las casas eran todas iguales, los arqueólogos suponen que no había «jefe» ni clase superior, aunque también es posible que para aquellas gentes el tamaño de las casas no tuviera nada que ver con la categoría de las personas o que el jefe que controlaba el poblado viviera en otro lugar. Desde luego, la construcción revela que se trataba de gente muy organizada y el hecho de que las casas estuvieran adosadas, con paredes comunes, demuestra que existía un alto grado de cooperación. Además necesitaban defenderse, ya que de lo contrario no se habrían congregado dentro de una fortificación.

Sus actividades eran agrícolas e industriales. Quedan vestigios de ganado mayor, cerdos, ovejas y cabras, y en menor cantidad de ciervos y jabalíes, y en el lodo del lago se han hallado restos de un arado y granos de trigo, avena y legumbres.

También fabricaban tejidos, a juzgar por los husos y pesas de telar que se han encontrado en algunas casas, y las leznas halladas en otras demuestran que sabían curtir el cuero; asimismo trabajaban el metal, al principio el bronce y luego el hierro, lo cual fue causa de varios incendios que destruyeron parcialmente el poblado en distintas ocasiones.

En cuanto a sus actividades comerciales, se deducen de algunas cuen-

Vistas desde lo alto, las hileras de casas dan una impresión muy ordenada; no cabe duda de que el poblado estaba perfectamente organizado, ya que en él convivían 700 personas. En invierno las aguas y ventiscas dejarían el poblado incomunicado. En la imagen, los aldeanos se disponen a apagar un incendio que dio lugar a la reconstrucción que se ilustra en la página 44.

tas de cristal y ámbar, probablemente procedentes del Báltico, y de otros objetos originarios de Hungría e Italia, aunque ello no significa que tuvieran relaciones directas con tan distantes países. El poblado no formaba parte de una red de comercio, sino que sería un puerto de escala de los mercaderes locales.

Una cultura fortificada

Biskupin no es el único poblado fortificado de aquella época que existe en Polonia, pero sí el mejor conservado. Se trata de asentamientos de pueblos que se clasifican en la categoría de la «cultura de las urnas». Se cree que era un antiguo pueblo eslavo que vivía amenazado por los habitantes de Pomerania, oriundos del Báltico.

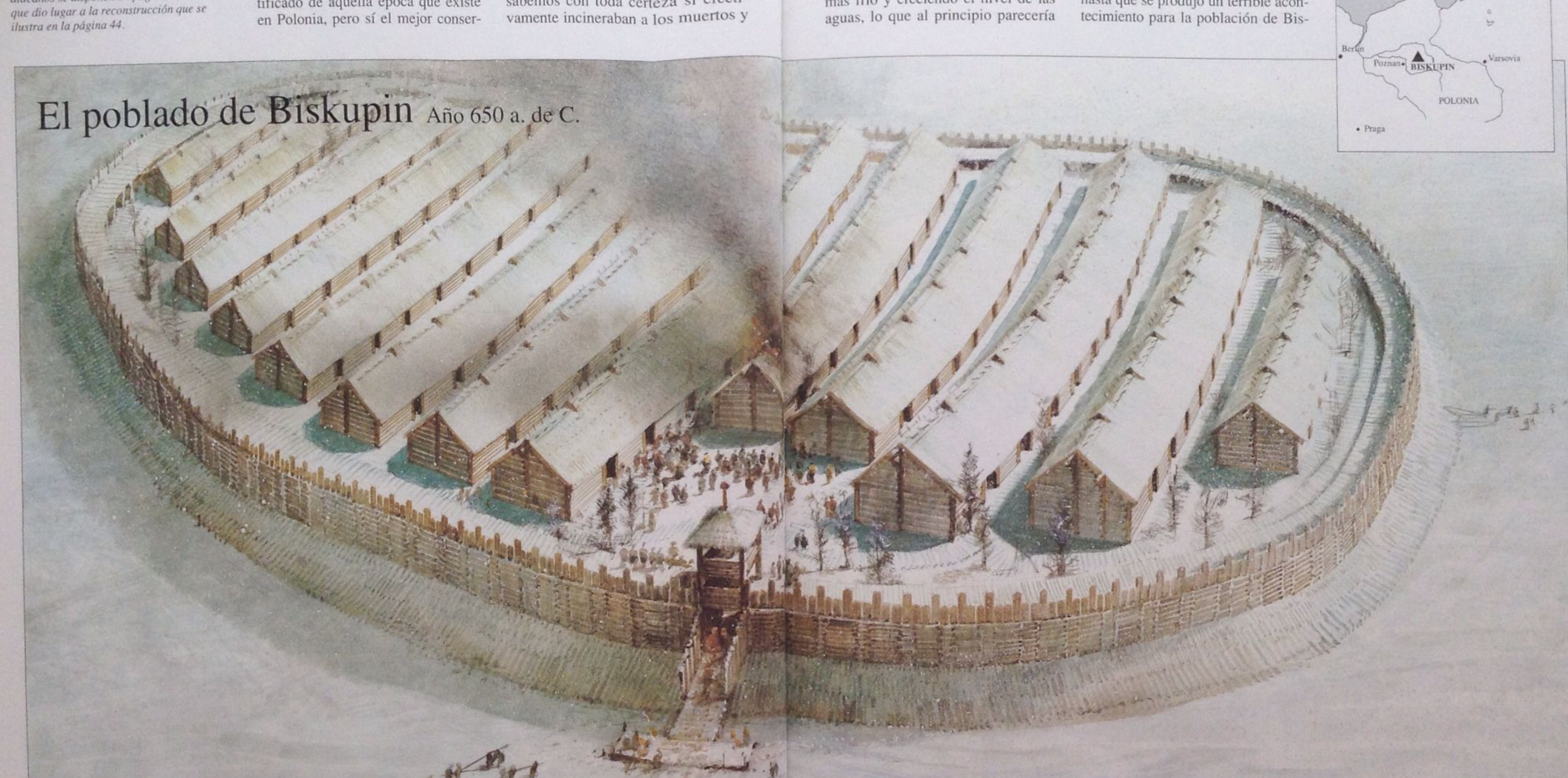
Desgraciadamente, no se han hallado restos de enterramientos en Biskupin, cosa que se explica por las condiciones pantanosas del terreno de los alrededores, de modo que no sabemos con toda certeza si efectivamente incineraban a los muertos y enterraban sus cenizas en urnas, como es típico de esta cultura.

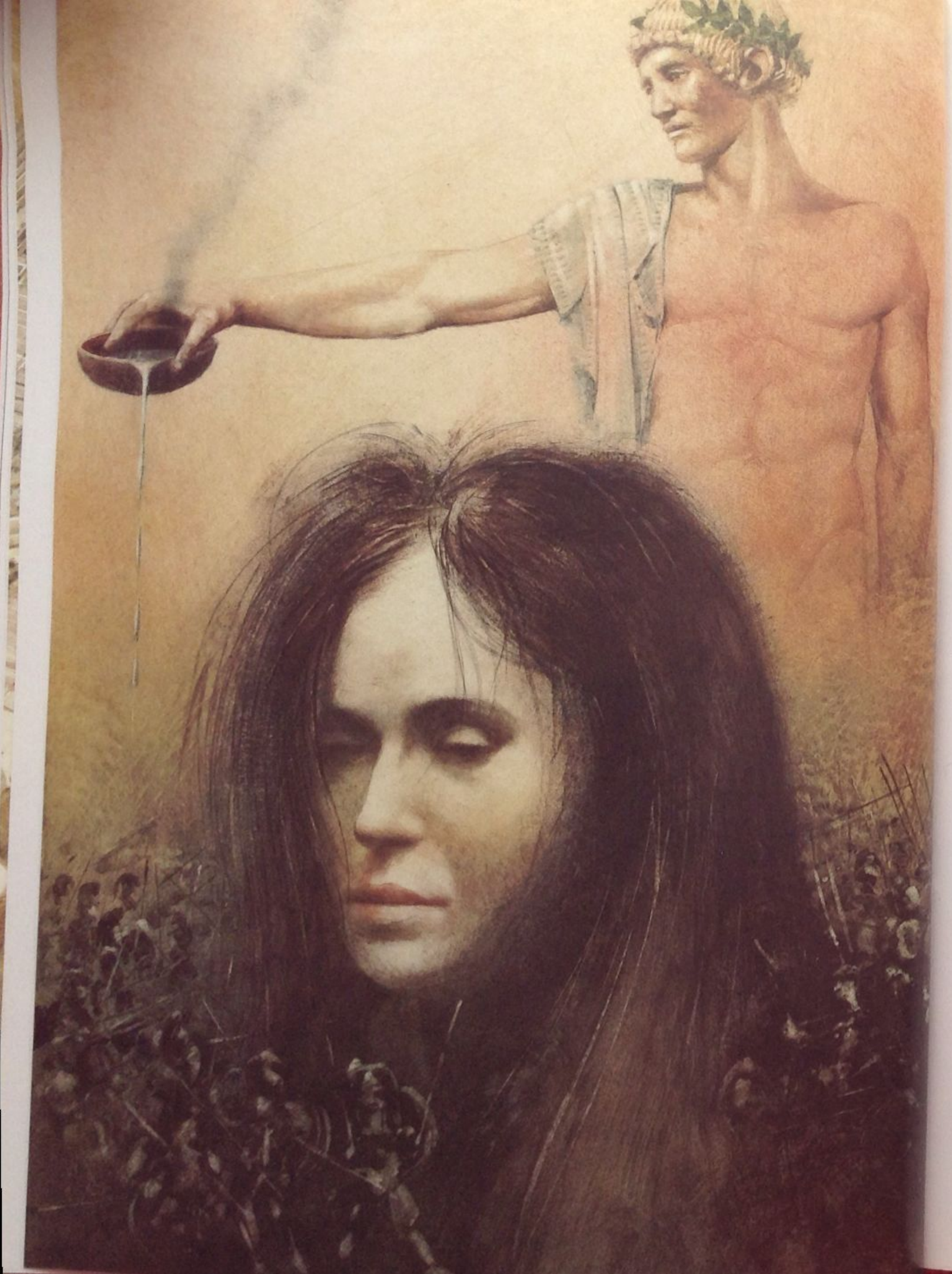
Crece el nivel de las aguas

Cuando se construyó originalmente Biskupin, el nivel del lago era mucho más bajo que el que tiene en la actualidad y es muy probable que en algunas épocas del año fuera simplemente un terreno pantanoso. Pero a lo largo de los siglos fue cambiando el clima de esta región, haciéndose más frío y creciendo el nivel de las aguas, lo que al principio parecería una ventaja, pues el lugar resultaría más fácil de defender. Hasta que las aguas subieron tanto que se convirtieron en un problema. Los hallazgos demuestran que en una segunda fase los habitantes de Biskupin, apremiados por la necesidad, tuvieron que reconstruir las casas a mayor altura y hacerlas más deprisa y de peor calidad.

Esta construcción improvisada solucionó el problema de momento, hasta que se produjo un terrible acontecimiento para la población de Biskupin: una inundación dejó el poblado inhabitable. Pero curiosamente, gracias a ello se conservaron intactas las maderas de sus casas y 2300 años después los arqueólogos se pudieron beneficiar de lo que para este pueblo fue una desgracia.

El poblado de Biskupin Año 650 a. de C.





Las primeras sacerdotisas del oráculo de Delfos eran probablemente jóvenes vírgenes, aunque posteriormente este papel fue desempeñado por mujeres de más edad. El personaje en segundo término ofrece una libación al dios Apolo.

DELFOS

Santuario del dios Apolo en la Grecia clásica y «ombligo del mundo»

Delfos es uno de los santuarios más antiguos de Grecia. Situado al norte del golfo de Corinto, sobre el valle del río Plisto, en la ladera del monte Parnaso, este conjunto de edificios consagrado al dios Apolo tuvo gran relevancia en la religión y la política de la Grecia antigua. Su emplazamiento, en un hermoso paisaje montañoso y en una región en la que son frecuentes los terremotos, lo convierte en un lugar especial. Sabemos cuántos edificios había en aquel lugar y podemos reconstruirlos con cierta precisión. Algunos, como el templo de Apolo, el teatro y el *tholos* son bien conocidos de todos los que han estudiado la arquitectura griega. Pero ¿qué finalidad tenía el santuario, qué significaba para los griegos de la antigüedad y por qué se sentían tan atraídos por él? ¿Y qué tienen que ver las historias del oráculo de Delfos con los vestigios arquitectónicos que nos han quedado?

La patria del oráculo

Incluso en la actualidad, la mayoría de las personas que han oído hablar de Delfos también han oído hablar de su oráculo. En la antigüedad la gente acudía desde todos los puntos del mundo helénico para consultar el oráculo y pedirle consejo. Las respuestas solían estar encubiertas en forma de acertijo o, si parecían sencillas y directas, podían tener un doble sentido que se volvía en contra de quien las escuchaba. Uno de los ejemplos más famosos es el del rey Creso, a quien se le anunció que, si entraba en guerra con los persas, destruiría una gran potencia; lo que menos podía figurarse es que lo que se iba a poner en peligro era su propio reino.

Los orígenes del oráculo se remontan a tiempos muy remotos. Según la tradición, el héroe Delfos era capaz de adivinar el futuro en las entrañas de los animales. Otro héroe, Parnaso, que da nombre al monte, lo hacía observando el vuelo de las aves. También se leía el porvenir echando a suertes guijarros, por ejemplo, y en la mitología se habla incluso de un grupo de mujeres llamadas las Triai, palabra que también designa las piedras utilizadas para adivinar el porvenir.

Pero entre todos estos métodos para conocer el futuro, existía uno característico de Delfos. Como el santuario estaba consagrado a Apolo, dios de la adivinación, era natural que la suya fuese la principal voz del oráculo; el dios hablaba a través de una sacerdotisa, la pitia, que en los primeros tiempos tenía que ser una muchacha virgen. Posteriormente se solía elegir una mujer de más edad, aunque seguía poniéndose la túnica de las jóvenes, como símbolo de que, tras su elección, llevaría una vida pura, alejada de su familia y dedicada exclusivamente al oráculo.

La pitia actuaba según un ritual muy exigente. Previamente se ofrecía una cabra a Apolo; se rociaba el animal con agua fría y, si éste se estremecía, se interpretaba como señal de que el dios accedía a hablar a través de la pitia. Entretanto, ésta se purificaba bañándose en una fuente sagrada y, tras encender una hoguera de hojas de laurel, impregnaba su cuerpo con el humo purificador. Una vez acabado el sacrificio y la limpieza ritual, la mujer se sentaba tras un biombo en un trípode, el trono de Apolo, en un lugar recóndito del templo del dios. La persona que hacía la consulta tenía que sacrificar el animal previamente y luego aguardaba en un rincón del templo mientras la pitia entraba en trance y comenzaba a emitir gritos, que eran los oscuros mensajes del dios, que los sacerdotes de Apolo interpretaban; éstos escribían el mensaje en verso y se lo entregaban a la persona que había hecho la consulta, la cual sacaba sus propias conclusiones del misterioso mensaje.

A pesar de lo enigmáticas que eran las respuestas del oráculo, su fama se extendió por doquier y la gente acudía en tropel a Delfos para consultarlo y adorar a Apolo; entre otros, visitaron el santuario Edipo, Agamenón, Filipo de Macedonia y

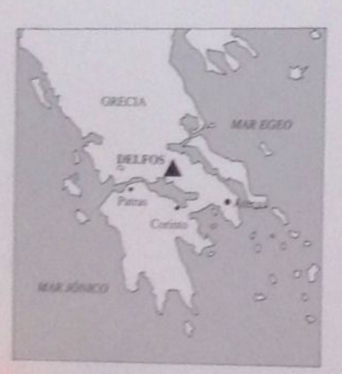
Dejando atrás las estatuas y tesoros ofrecidos por diferentes ciudades-estado griegas, la vía sagrada conduce hasta el tempo de Apolo, que domina el santuario. Situado en la ladera de una colina, su emplazamiento resultaba muy espectacular.

Alejandro Magno. Al acrecentarse la fama del oráculo, Delfos se convirtió en centro de peregrinaciones. En un principio, el oráculo sólo hablaba una vez al año, el día del cumpleaños de Apolo, pero luego lo hacía todos los meses de primavera, verano y otoño. En la época más gloriosa de la civilización griega, en el siglo VI a. de C., el santuario de Apolo en Delfos era uno de los centros de culto más visitados de Grecia. Sólo decayó en el año 546 a. de C., cuando un incendio destruyó parcialmente el templo, que se volvió a reconstruir; desde entonces su fama no tuvo rival.

En el centro del mundo

Existía otro mito que hacía de Delfos un lugar muy particular y que se refería a cómo Zeus localizó el centro del mundo. Según la leyenda, el dios soltó a la vez dos águilas, una desde el extremo occidental del mundo y otra desde el extremo oriental. Se suponía que el punto en el que se encontrasen sería el centro del mundo. Las aves echaron a volar la una hacia la otra a idéntica velocidad y se encontraron en Delfos. En recuerdo de ello, en el siglo IV a. de C. se colocó en Delfos la famosa piedra *omphalós* (en griego, ombligo), flanqueada por dos águilas.

Esta leyenda subraya la importancia que para los griegos tenía Delfos, aunque no hemos de olvidar otro he-



El santuario de Delfos

Año 375 a. de C.

1. TEMPLO DE APOLO
2. TEATRO
3. PÓRTICO
4. TESORO ATENIENSE

cho. Y es que las piedras ombligo ya aparecían en otras religiones del Egeo mucho antes de la época clásica; incluso en Delfos se encontraron tres, lo cual parece indicar que ya era un lugar de culto desde la más remota antigüedad. Atraídos por la abundancia de sus manantiales y la belleza del lugar, los sacerdotes primitivos debieron de practicar allí cultos de los que no tenemos noticia alguna. Pero uno de sus símbolos, la piedra circular *omphalós*, pasó a formar parte de la mitología griega como representación de las religiones primitivas.

Y en el centro de Grecia

El oráculo contestaba básicamente a consultas de tipo político o religioso; estas últimas solían precisar de la interpretación de los sacerdotes, que aconsejaban actuar «según la costumbre de la ciudad» o «según las costumbres ancestrales» y, sobre todo, según los dioses del monte Olimpo (y naturalmente, según Apolo), junto con los dioses locales y Dioniso. Resulta sorprendente que los sacerdotes de Delfos, tan tradicionales, hicieran referencia a Dioniso, dios habitualmente venerado con orgiástico frenesí. Pero es que este frenesí habría de ser muy parecido a los enloquecidos trances de la pitia. El caso es que los sacerdotes de Delfos se las arreglaban para combinar el violento culto de Dioniso con el culto más templado de Apolo y durante los tres meses de invierno, en los que el oráculo no actuaba, era a Dioniso a quien se veneraba en Delfos.

Sin embargo, Delfos era algo más que un centro religioso, ya que se pedía consejo al oráculo no sólo sobre cuestiones personales sino también sobre temas políticos y muchas de las respuestas del oráculo indican que Apolo, o al menos sus sacerdotes, tenían un acertado –aunque algo conservador– sentido político, que era muy apreciado.

El asesoramiento político era particularmente importante en un momento en el que Grecia iniciaba su expansión política, fecha que coincidió con el auge de Delfos. Muchas de las ciudades griegas comenzaban a establecer colonias para ampliar su área de influencia y para dar salida a la creciente población de su patria. Y los gobernantes acudían a Delfos para preguntarle al oráculo dónde debían establecer sus colonias.

De este modo, los representantes de la mayoría de las ciudades griegas visitaban Delfos con frecuencia y el santuario se convirtió en lugar de encuentro habitual para los ciudadanos griegos. Muchas ciudades erigieron tesoros en Delfos, que son una especie de templetes que jalonan la vía sagrada que sube por la colina hasta el gran templo de Apolo. En ellos depositaban sus ofrendas las gentes de las diferentes ciudades (Atenas, Tebas, Corinto, etc.). Los tesoros, aunque de reducidas dimensiones, eran edificios magníficos, adornados con estatuas y bajorrelieves de extraordinaria calidad. Baste como muestra el tesoro de Sifnos, una de las islas griegas más ricas, con grandes yacimientos de oro. Estaba decorado con frisos en los que se representaban escenas de la guerra de Troya, el juicio de Paris y la gigantomaquia –enfrentamiento entre dioses y gigantes–, de calidad comparable a la de los frisos del Partenón.

Las esculturas de Delfos son de extraordinaria belleza y muchas se han conservado. Además de las esculturas de los tesoros y del templo de Apolo, había una enorme estatua del dios, de 15 metros de altura, sobre la terraza del templo. Los escritores de la antigüedad la describen como una estatua dorada, aunque no se sabe si el adjetivo hace referencia a su color o a que realmente era de oro. Se costeó gracias a un impuesto que tuvieron que pagar los focios por haber mantenido a mercenarios con bienes procedentes de los tesoros. La obra de arte más famosa de todas las que se han conservado en Delfos es la del *Auriga* de bronce.



Bajorrelieve del tesoro de Sifnos.

El santuario de Apolo

El propio santuario, es decir, el lugar donde se guardaban todas estas riquezas, se encontraba dentro de un recinto amurallado, en la ladera de la colina; la entrada principal estaba en la parte baja y desde allí los peregrinos subían por un tortuoso camino, la vía sagrada, pasando por delante de los tesoros de las diferentes ciudades griegas hasta llegar al propio santuario. La experiencia tiene que haber sido inolvidable; el peregrino tenía ante sí un magnífico templo de columnas dóricas, rodeado de estatuas. También la entrada al santuario era impresionante. A la derecha se veía la estatua de un toro sobre un elevado pedestal, dedicado a Apolo por los corcirios hacia el año 480 a. de C. A la izquierda había un grupo de estatuas, regalo de los atenienses en el año 460 a. de C., en señal de agradecimiento por haber vencido a los persas en la batalla de Maratón. Cerca de allí se encontraba el caballo de madera de Argos, construido en el año 414 a. de C. para celebrar una victoria de los argivos sobre los espartanos. También cerca de la entrada y a lo largo del camino estaban colocadas algunas estatuas erigidas por argivos y espartanos. Más adelante se encontraban los nichos en los que se metían las ofrendas y más arriba los tesoros, templetes decorados con frisos alusivos a la riqueza y devoción de quienes los habían mandado construir.

Una vez pasados los tesoros, el visitante llegaba al pie del podio de piedra sobre el que se levantaba el templo de Apolo, rodeado de estatuas, entre ellas varias del propio dios, erigidas por diferentes representantes de las ciudades-estado griegas. El templo fue reconstruido tres veces, la última en el siglo IV a. de C., y ésta es la que mejor conocemos. Era un edificio sencillo, rodeado de columnas dóricas. Su belleza radicaba en sus hermosas proporciones y en los grupos escultóricos de los dos frontones. El relieve oriental representaba la llegada de Apolo a Delfos, en carro y acompañado por su hermana Ártemis y por Leto, su madre. En el frontón occidental se veía el sol poniente y la otra deidad importante de Delfos: Dioniso.



Esfinge de Naxos.

Detrás del templo se levantaba un fuerte muro de contención para evitar los corrimientos de tierras y proteger el templo contra los desprendimientos de piedras.

El funcionamiento del santuario

Estas riquezas y tesoros procedentes de todo el mundo helénico requerían un buen sistema administrativo. Los habitantes de la localidad se ocupaban de los asuntos cotidianos, pero, con el tiempo y al convertirse Delfos en un centro de encuentro tan importante, surgió la necesidad de nombrar un consejo que se ocupara de su buen funcionamiento. Este consejo o liga se conoce con el nombre de anfictionía y sus miembros se ocupaban de administrar el templo y su patrimonio. Este tipo de consejo surgió en principio para administrar los bienes del templo de Deméter junto a las Termópilas. Entre sus miembros figuraban hombres procedentes de la Grecia central, que habían sido elegidos por su estirpe más que por representar a su ciudad.

Las anfictionías representaban la unidad de Grecia: las antiguas tribus que habían ocupado la región que actualmente conocemos como Grecia se congregaban para discutir temas de interés común. De este modo, aqueos y dorios, jonios y tesalios fraguaban juntos el destino de la comunidad helénica. Y al reunir todos aquellos elementos raciales, las anfictionías adquirían un enorme poderío; como consecuencia del mismo, se declaró al santuario independiente de la Fócide.

Se han conservado los datos de la gestión del santuario en los asientos contables del siglo IV a. de C.; sabemos además que el consejo acuñaba una moneda que gozaba de cambio favorable frente a otras monedas, como era la dracma. Durante este siglo, para llevar a cabo, una vez más, tareas de reconstrucción, se utilizaron a pleno rendimiento los recursos económicos. Tenemos inscripciones que indican que cada parte del proyecto salió a pública subasta, abriéndose suscripciones para su financiación en las ciudades-estado.

Atracción atlética

Por aquella época había otra atracción que arrastraba a Delfos a tanta gente como el propio oráculo: los juegos píticos. Estas competiciones son de muy antigua tradición; de hecho tienen su origen en el festival que se celebraba en honor de Apolo, pero en el siglo VI a. de C. se volvieron a organizar. Las anfictionías se hicieron cargo de los juegos, organizando, además de las actividades artísticas que habían sido el elemento principal de los mismos en épocas anteriores (canto, recitado, teatro, música), acontecimientos deportivos. Entre éstos figuraban desde las carreras a pie, que se celebraban en un estadio que había más arriba del santuario, hasta las carreras de carros en un hipódromo situado en el llano. Los juegos se celebraban con mayor frecuencia y crecieron en popularidad, prolongándose hasta mucho tiempo después de haber desaparecido la civilización helénica. Incluso en el año 66 de nuestra era, el emperador romano Nerón acudió a los juegos píticos, ordenando entonces que muchas de las estatuas de Delfos fueran trasladadas a Roma. Estos juegos eran los más importantes después de los olímpicos.

Los juegos píticos fueron fuente de inspiración para la escultura más famosa de Delfos. Nos referimos al *Auriga*, magnífica estatua de bronce a la que le faltan el carro y los cuatro caballos que la completaban originalmente. La obra fue donada por un tirano de Gela, de nombre Polizalos, vencedor de los juegos píticos en el año 478 a. de C. aproximadamente. El *Auriga* es un joven de 1,80 m de estatura, que sostiene en la mano derecha las riendas de los caballos. Viste una túnica bien ceñida por debajo de los brazos para evitar que los pliegues revoloteen con la velocidad de la cuadriga y ciñe alrededor de la frente la corona del vencedor.

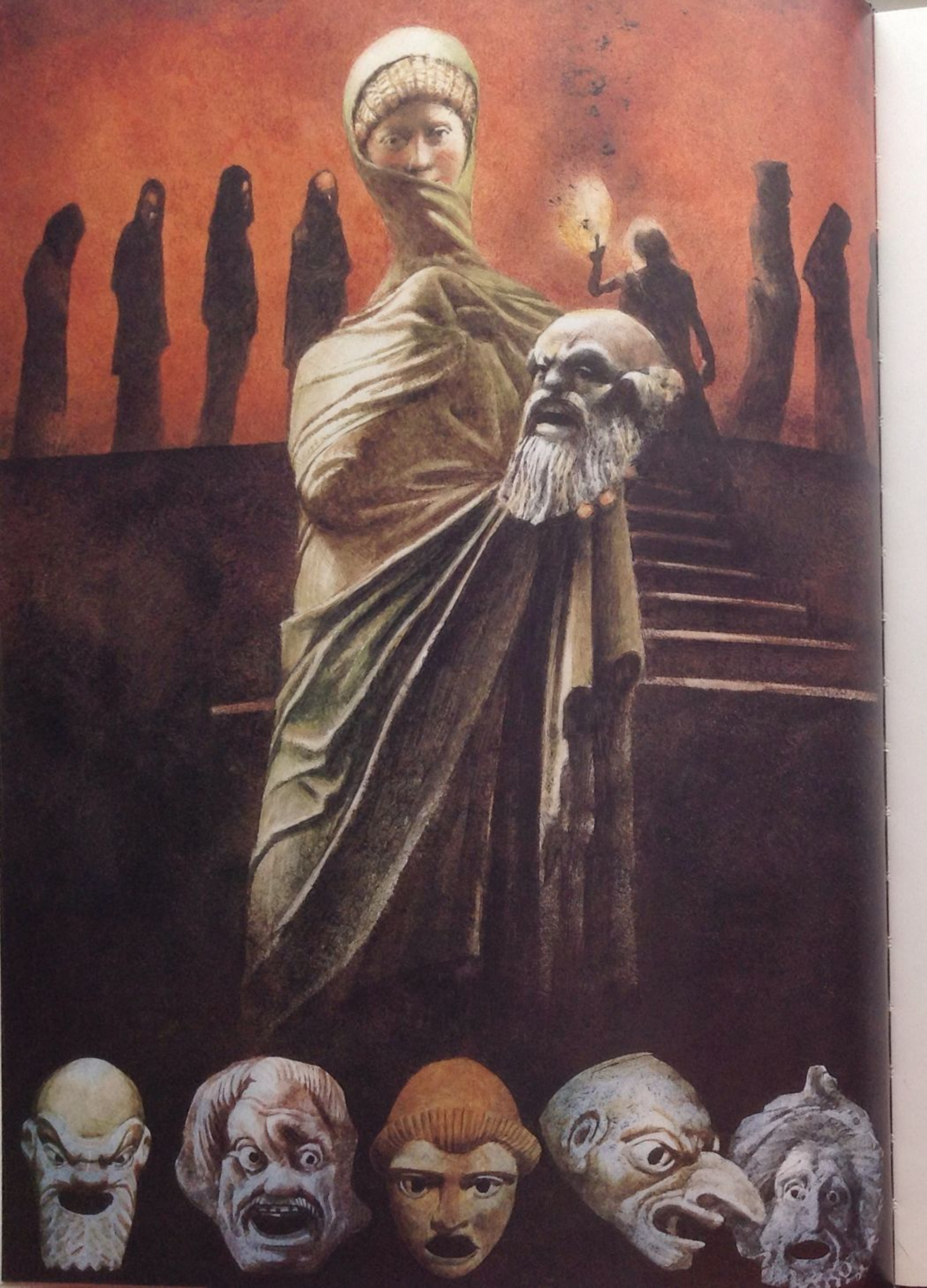
Los últimos años de Delfos

La historia de Delfos no carece de contratiempos. En el siglo VI a. de C., cuando estaba en la cumbre de su esplendor, padeció los efectos de una guerra santa entre facciones rivales; luego se produjeron nuevos enfrentamientos durante las guerras entre Atenas y Esparta en la década del 440 a. de C. y otros hacia el 350 a. de C. El santuario de Apolo no salió indemne, pero, como hemos visto, se llevaron a cabo las reconstrucciones a partir del año 373 a. de C.

La fama del santuario se prolongó durante los periodos helenístico y romano y se siguieron recibiendo ofrendas, entre otras, una magnífica estatua de piedra que representa a un filósofo ya dentro del estilo de mediados del siglo III a. de C., y una cabeza que es probablemente el retrato de Flaminio, general romano del siglo II a. de C.

Pero los sacerdotes de Apolo ya no ejercían la misma influencia que en épocas anteriores y, cuando el poder político comenzó a depender de las conquistas militares, el santuario perdió su papel de fuerza unificadora.

Sin embargo, Delfos no perdió su esplendor. Aun después de que Nerón hubiera ordenado llevar a Roma un gran número de estatuas, quedaban suficientes como para dejar sin aliento a Pausanias, según se pone de manifiesto en su *Guía de Grecia*, escrita en el siglo II d. de C. El ocaso de Delfos no se produce hasta que se cristianiza el imperio romano y el emperador Constantino saquea el santuario. Delfos empieza a considerarse irrelevante para los asuntos del mundo romano. Hasta ese momento el lugar había ejercido un magnetismo sobre los visitantes que todavía se siente en nuestros días.



La musa de la tragedia era una diosa que presidía todos los teatros griegos. En esta ilustración la vemos con una serie de máscaras, unas dignas y otras grotescas.

EPIDAURO

Emplazamiento del teatro griego mejor conservado y santuario de Asclepio, dios de la medicina

Al norte de la península de la Argólide, a 30 kilómetros de Corinto y a 50 de Atenas, se encuentra Epidauro, una ciudad relativamente pequeña, pero independiente y con una característica especial que atraía a personas de todas las condiciones y de lugares muy distantes: el santuario de Asclepio, dios de la medicina. En la actualidad, la ciudad nos interesa por un motivo diferente: además de las ruinas del santuario, en ella se encuentra el teatro mejor conservado de la Grecia clásica. Dicho teatro nos permite imaginar lo que eran las representaciones de las obras de aquellos tiempos.

El culto al curandero

En su origen, Epidauro estaba consagrado a Meleatas, héroe local cuyo culto quedó posteriormente integrado en el del dios Apolo. Asclepio era hijo de Apolo y de una mortal llamada Corónide, por lo que él también era mortal; pero al igual que el héroe Heracles, fue divinizado por sus hazañas en la tierra. Es posible que en todo ello haya algo de verdad y que existiera un curandero llamado Asclepio con tanta fama que, al morir, se le divinizara y que tuviera alguna relación con el dios Apolo. Aunque también es posible que los orígenes de Asclepio sean puramente míticos; desde luego, los mitos que lo rodean son enormemente sugerentes.

Asclepio era un dios de los infiernos y tenía grandes dotes de curación. Su símbolo era la serpiente, animal que para los griegos vivía tanto encima como debajo de la tierra y que favorecía la salud por sus relaciones con el mundo subterráneo y a causa de su conocimiento de las hierbas medicinales, fundamento igualmente de las facultades de Asclepio. De éste se decía que había sanado enfermedades incurables e incluso que había resucitado a personas muertas. A veces bastaba simplemente con que el enfermo procediera a una limpieza ritual y pasara una noche en el santuario de Epidauro para que recuperara la salud.

El culto a Meleatas, Apolo y Asclepio en Epidauro data de tiempos muy antiguos. A Meleatas se le veneraba ya en el siglo VIII a. de C. El culto de Apolo-Meleatas todavía existía en el siglo IV a. de C. Y, por último, el culto a Asclepio se inició probablemente en el siglo V a. de C., es decir, mucho antes de que se construyera el magnífico santuario de Epidauro.

A comienzos del siglo V a. de C. se celebraba en su honor un festival que tenía lugar a finales de abril o primeros de mayo, justo después del festival de Posidón en el istmo de Corinto, para que la gente que había acudido a este último pudiera desplazarse fácilmente a Epidauro. De este modo, además de las personas que iban durante todo el año al santuario a título individual en busca de curación o para adorar a Asclepio, en la época del festival acudía una gran muchedumbre procedente de todos los puntos de Grecia.

No sabemos exactamente en qué consistía dicho festival. Probablemente se celebraban limpiezas rituales, sacrificios de animales y magníficos banquetes. Pero sí sabemos que había competiciones, tanto artísticas –canto, danza y teatro– como deportivas, entre éstas la lucha.

El santuario

El desarrollo del culto exigía unos edificios en consonancia con su popularidad, por lo que en el siglo IV a. de C. se construyó un gran templo, cuyas dimensiones ponen de manifiesto la importancia del culto, pues incluso el famoso santuario de Zeus en Olimpia careció de templo hasta el siglo V a. de C. El templo de Asclepio se construyó con piedra caliza, aunque las columnas dóricas son de piedra de Corinto y, como en los demás edificios de Epidauro, la cubierta es de teja. Los frontones estaban decorados con bajorrelieves de un escultor local llamado Timoteo, pero la gran estatua del dios que se encontraba dentro del templo era obra de Trasímedes de Paros. Era

En el teatro de Epidauro, que podía albergar a 14.000 espectadores, tenían cabida personas procedentes de todos los puntos de Grecia. No se sabe exactamente cómo era el edificio que se ve detrás del escenario, pero seguramente tenía tres puertas y una especie de grúa para que pudieran «volar» por la escena algunos elementos y ocasionalmente los actores.



una pieza con incrustaciones de oro y marfil, en la que el dios aparecía sentado en un trono, con un cetro en la mano y un perro sentado a sus pies, y en la que también figuraría al menos una serpiente.

En el santuario había una hospedería para acoger a los peregrinos, puesto que la ciudad de Epidauro estaba relativamente lejos, y un edificio llamado *ábaton*, o enfermería. Tras la limpieza ritual, el enfermo pasaba la noche en el *ábaton* y el dios se le aparecía en sueños y le aconsejaba el tratamiento adecuado para sus males.

El edificio más curioso del santuario es el *thymele* circular, rodeado de columnas y en forma de laberinto de piedra, de uso desconocido. Podría tratarse de un lugar donde se guardaban las serpientes, o de la tumba de Asclepio, o tal vez en él se celebraban los sacrificios.

La construcción y el mantenimiento de estos edificios estaba a cargo de un grupo de cuatro ciudadanos y del sacerdote de Asclepio; sus inscripciones nos revelan algunos detalles sobre el proyecto de construcción. Por estos documentos sabemos que el arquitecto del templo se llamaba Teodoto y que por los planos y la supervisión de las obras se le pagaron 353 dracmas anuales durante los cuatro años que, aproximadamente, duraron los trabajos de construcción del templo.

El teatro

Justo fuera del santuario se encuentra el teatro, el más famoso de los

El teatro de Epidauro Año 300 a. de C.

que se han conservado de la antigüedad. Es muy probable que estuviera relacionado con el santuario, pero no sabemos qué tipo de obras se representaban en él. Los arqueólogos ven dificultada su labor ya que todos los textos que han llegado hasta nuestros días vieron la luz en Atenas; pero el teatro de Dioniso de esta ciudad se encuentra en mucho peor estado que el de Epidauro, así que, si pretendemos imaginar las representaciones de Epidauro, hemos de basarnos en los textos atenienses y en las piedras de Epidauro.

Comencemos por las piedras. No se sabe con certeza quién fue el arquitecto, aunque el escritor Pausanias, en su obra *Guía de Grecia*, hace referencia a Policleto, el mismo que construyó el *thymele*, que trabajaba en Epidauro hacia el año 360 a. de C. Pero los especialistas modernos Von Gerkan y Muller-Wiener, autoridades en el estudio del teatro, son partidarios de una fecha posterior, probablemente hacia comienzos del siglo III a. de C., basándose en la decoración de los frisos y en cierta semejanza con el teatro de Dioniso en Atenas. La fecha de su construcción tiene importancia porque demuestra que el culto a Asclepio ya estaba muy arraigado cuando se construyó el teatro. Además debía de existir una fuerte tradición de arte dramático en Epidauro (aparte de la existente en Atenas), que ocasionó la construcción del teatro.

El teatro estaba formado por tres partes principales: el *théatron*, o gradas, es decir, el gran espacio en forma de abanico donde se sentaban los espectadores; la *orchestra*, o foso, espacio circular delante del *théatron* donde se representaba la acción; y la *skene*, hoy escenario, que entonces se utilizaba como nuestras candilejas, es decir, el espacio en el que, tras un telón de fondo, se preparaban los actores antes de entrar a escena.

Las dimensiones del *théatron* resultan impresionantes, con capacidad para unas 14.000 personas y una disposición que garantiza la visibilidad desde cualquier punto y buenas condiciones acústicas. Hay una serie de escaleras radiales y un pasillo horizontal a dos tercios de altura para que los espectadores pudieran acceder fácilmente a sus asientos, que eran de madera y estaban construidos sobre las gradas de piedra. Los espectadores de categoría, tales como sacerdotes y autoridades que juzgaban las obras, se sentaban en las primeras filas, en asientos con respaldos de piedra, en tanto que los demás ciudadanos y los peregrinos ocupaban el resto de los asientos; no cabe duda de que los espectadores eran fundamentalmente personas que acudían a visitar el santuario de Asclepio y de que el teatro estaría a rebosar durante los festivales.



Asclepio, dios de la medicina.

Debajo del *théatron* se encontraba la *orchestra*, palabra que en griego significa «lugar para la danza», porque allí se realizaban también danzas religiosas, que originalmente se bailarían en corro (de ahí su forma circular); el origen de la tragedia está precisamente en estas danzas en honor de los dioses y en los ditirambos (combinación de danza y coros). En medio de la *orchestra* había un altar, como símbolo de que la representación de ditirambos y piezas dramáticas formaba parte del culto.

Detrás de la *orchestra* y lejos de las gradas donde se sentaba el público, estaba la parte más misteriosa del edificio, la *skene*, estructura rectangular hecha con tablas sobre una base de piedra. Proporcionaba al mismo tiempo una pared de fondo al escenario y un lugar para almacenar los equipos necesarios para la representación. Tenía puertas (generalmente tres), por las que salían los actores. La pared visible se decoraba con un telón o con paneles móviles. Con el tiempo, al complicarse la acción con el aumento del número de actores y con la utilización de efectos especiales como máquinas voladoras (según refieren algunas fuentes atenienses), la *skene* fue adquiriendo mayor importancia, aunque no sepamos con toda exactitud cómo era este elemento primordial del teatro.

Lo que se veía desde las gradas

¿Cómo era el espectáculo que se ofrecía al público? Para poder contestar a esta pregunta, hemos de analizar las grandes obras que se representaban en el teatro de Dioniso en Atenas. Lo que más nos sorprendería en la actualidad sería ver que en cualquier obra aparecían en escena dos grupos bien diferenciados: los actores y el coro.

El coro, tanto si bailaba como si cantaba, constituía una parte muy importante de la obra. En el Antikenmuseum de Basilea, hay un ánfora de cerámica de figuras rojas que nos da una idea del aspecto de un coro de tragedia en los años 500-490 a. de C. Las figuras llevan túnicas cortas adornadas con motivos geométricos y se cubren la cabeza con máscaras, que tenían incluso pelo artificial. Las seis figuras están de pie y emparejadas en actitud de duelo junto a una tumba, con las manos extendidas y las rodillas ligeramente flexionadas. Del otro lado de la tumba debía de haber otras seis figuras masculinas, ya que los coros más antiguos siempre estaban formados por doce miembros, además de un músico que tocaba el *aulós* (una flauta doble). En tiempos de Sófocles y Eurípides el número de personas en el coro aumentó a quince.

Los actores tenían un aspecto muy distinto si intervenían en una tragedia o si lo hacían en una comedia, aunque siempre salían muy caracterizados. En cuanto salía a escena, el actor griego dejaba de ser un individuo y por eso ocultaba completamente su cuerpo. Sobre todo en los primeros tiempos, se tapaba la cabeza con una máscara, como los miembros del coro; la parte de la cara era flexible y ajustada, completamente diferente de lo que hoy imaginamos cuando pensamos en una máscara. Los rasgos típicos de la máscara trágica –pelo, cejas y ojos estilizados, y boca abierta– habían evolucionado ya en los tiempos en que se construyó el teatro de Epidauro. La ropa también servía para disimular la personalidad del actor. Llevaba prendas con mangas largas y calzaba botas altas, de gruesa suela y con puntas en forma de pico (los *kotornoi* o coturnos), que le daban un aspecto muy extraño.

Los actores cómicos se disfrazaban de muy distinta manera. Cuando Aristófanes escribía piezas de la comedia antigua (aproximadamente entre los años 450 y 388 a. de C.) los disfraces eran como una segunda piel, con rellenos en el vientre y en las nalgas y enormes penes artificiales. El origen de tan grotesca costumbre se encuentra en el hecho de que la comedia se deriva de los cánticos fálicos que se cantaban en zonas rurales durante los festivales de Dioniso. Otra característica de la comedia antigua es la aparición de coros de animales –aves, ranas, avispas–, que añadían variedad y colorido a los disfraces que se veían en escena. En la comedia nueva de autores como Menandro (342-292 a. de C.) se utilizaban disfraces más convencionales con mangas largas.

El vestuario, particularmente las máscaras y los disfraces de la comedia antigua, debían de resultar muy vistosos. En un teatro de las dimensiones del de Epidauro era fundamental que se viera bien a los actores. Los decoradores utilizarían elementos para ambientar las obras, por ejemplo, colgando un telón de fondo en el que estuvieran pintados edificios, cuyas puertas serían las de la *skene* y por ellas saldrían los actores.

El espectáculo integraba además algunos elementos mecánicos. Por ejemplo, el personaje de Prometeo «encadenado», que permanecía inmóvil durante la representación, entraba en escena en una especie de plataforma con ruedas denominada *ekkyklema*; y seguramente también se utilizarían grúas para mantener en el aire a personajes que «volaban», como sucedía en algunas tragedias de Eurípides o en algunas comedias de Aristófanes que se representaban en Atenas. Esta grúa sería una especie de montante que iría por debajo del escenario con un poste elevado en el centro, cruzado por un travesaño largo y móvil con un contrapeso para subir y bajar al actor. Era un artilugio algo aparatoso pero bastante elemental.

Obras y festivales

¿Cómo eran las obras de teatro que allí se representaban? Cuando se construyó el teatro de Epidauro, la comedia antigua de Aristófanes, con sus grotescos disfraces y sus satíricos argumentos y parodias, había dejado paso a la comedia nueva, cuyo mejor exponente son las obras de Menandro, representadas en Atenas entre los años 323 y 263 a. de C., que describen la vida de gente acomodada, en situaciones reales y un ambiente bastante normal. La tragedia también había evolucionado, pasando de los dramas rituales de Esquilo a las obras más naturalistas de Eurípides, aunque seguían siendo piezas de mucha gesticulación, fuertes personajes y brillante lenguaje, que se desarrollaban en una impresionante ambientación, digna de la obra.



Ánfora de figuras negras.

El público acudía al teatro para divertirse, pero también para participar en un rito religioso, que en Atenas formaba parte del festival de Dioniso. El culto a este mismo dios, junto con el festival de Asclepio, dios de la medicina, debió de ser el origen del teatro de Epidauro. De modo que el teatro era fundamentalmente una experiencia espiritual, aunque no necesariamente solemne, sobre todo porque se trataba del dios Dioniso. Otro de los atractivos de estos acontecimientos teatrales era que, en cada festival, un número determinado de autores solicitaba oficialmente permiso para competir con un número fijo de obras. Cuando se aceptaba a un autor, las autoridades elegían a un patrocinador de posición acomodada que financiaba la puesta en escena y pagaba a los actores. Luego las obras se representaban en presencia de las autoridades que premiaban (normalmente con una recompensa simbólica, como podía ser una corona de laurel) la obra que les parecía mejor.

El ocaso del santuario

Con la difusión del cristianismo fue decayendo el culto de Asclepio, que ciertamente tiene algunos paralelismos con la vida de Cristo: sus padres eran un dios y una mortal; también él tenía el don de sanar a la gente, realizando curas milagrosas y resucitando a los muertos; y murió, pero se hizo dios después de la muerte. Es posible que estas similitudes molestaran a los cristianos, induciéndoles a fomentar la destrucción del santuario.

Por lo que respecta al teatro, también dejó de utilizarse, aunque sus piedras corrieron mejor suerte, pues el *théatron* quedó enterrado, no se sabe si a causa de un corrimiento de tierras o debido a depósitos acumulados a lo largo de los siglos. Conservadas de este modo, las gradas fueron descubiertas en el siglo XIX por los arqueólogos y constituyen el mejor ejemplo de lo que fue un teatro griego. En él se pueden oír todavía en nuestros días las voces de algunos actores del siglo XX cuando recrean las grandes obras dramáticas de la Grecia clásica.

El coloso *pudo haber sido una estatua arcaica, como la que se representa en la ilustración, o una figura más clásica. Fue preciso un importante sistema de andamiajes para sujetarla durante su construcción.*

RODAS

Patria del *Coloso*, la más misteriosa de las siete maravillas del mundo

El coloso de Rodas es la más misteriosa de las siete maravillas del mundo. No conocemos con exactitud su emplazamiento, su aspecto, ni la forma en que lo erigieron. En torno a él se ha urdido tal entramado de mitos y referencias que resulta difícil distinguir la fantasía de la realidad. *El coloso* se desmoronó al cabo de medio siglo a consecuencia de un terremoto, por lo que pocos autores clásicos tuvieron oportunidad de verlo. Afortunadamente, algunas personas escribieron sus impresiones sobre él, gracias a lo cual ahora podemos hacernos una idea de su historia y de su aspecto.

La comunidad de Rodas

La isla de Rodas se encuentra en el Mediterráneo septentrional, frente a la costa del actual sureste de Turquía, y posee una superficie de unos 1.110 kilómetros cuadrados. Cuando los dorios griegos la ocuparon, se dividió en tres ciudades-estado independientes que alcanzaron suficiente prosperidad para crear sus propias colonias. Pertenecían a la confederación de Atenas y poseían constituciones democráticas. No obstante, en el año 407 a. de C., se escindieron de Atenas y se unieron para formar el estado de Rodas, cuya nueva capital, situada al norte de la isla, también se llamaba Rodas.

El nuevo estado de Rodas conoció una gran prosperidad. La isla, estratégicamente situada entre Egipto, Chipre y el Egeo, reunía todas las condiciones para beneficiarse del comercio marítimo. A principios del siglo III a. de C., Rodas ya era el más rico de todos los estados griegos. La ciudad de Rodas era reflejo de esta riqueza. Fue construida siguiendo un modelo clásico, con sus calles regularmente dispuestas en forma de parrilla, y llegó a tener más de 60.000 habitantes.

Los puertos de la ciudad de Rodas eran también muy prósperos. Se eligió el lugar perfecto para los amarraderos, pues la costa está protegida por varias barras de arena que se adentran hasta cien metros en el mar. Disponía de puertos para navíos militares (así como comerciales), pues Rodas se había convertido en una fabulosa fuerza política contra la piratería que amenazaba el comercio.

Pero no todo fue un camino de rosas para los rodios. Sufrieron la conquista de Mausolo, rey de Caria. Luego fueron conquistados por los persas, bajo cuyo yugo permanecieron hasta que Alejandro Magno conquistó a su vez la isla en el año 340 a. de C. A la muerte de Alejandro se les reconoció a los rodios su independencia, si bien mantuvieron estrechas relaciones con Alejandría, a la que proveían de bienes procedentes de Oriente, al tiempo que distribuían las mercancías egipcias por el Mediterráneo. Una vez más, la isla conoció la prosperidad y el poder. Su éxito parecía asegurado cuando se aliaron con el rey alejandrino Ptolomeo y lucharon victoriosamente contra Antígono de Macedonia. La victoria fortaleció sus vínculos con Egipto y su comercio se hizo aún más seguro. Pero Antígono decidió presionar a Rodas, pidiéndole que se aliara con él en su guerra contra Ptolomeo; al negarse los rodios, envió a su hijo Demetrio a sitiar la ciudad.

Demetrio, militar de gran fama y especialista en tomar ciudades, se confió. Contaba con unos 40.000 soldados, numerosos obreros y sofisticadas máquinas para asediar la ciudad. Pero los rodios resistieron con éxito. Se ganaron su libertad y se aliaron con Antígono contra todos sus enemigos excepto Ptolomeo el egipcio. Éste fue el triunfo que inspiró la construcción del *Coloso de Rodas*.



En honor a Helios

Los rodios eligieron a Helios, dios griego del sol, para conmemorar su victoria. Aunque Helios no tenía grandes santuarios como el consagrado a Apolo en Delfos, era un dios muy destacado en la religión popular griega y los rodios le profesaban particular veneración.

Helios era el dios patrono de los tres estados rodios: Lindos, Yalisos y Camiros; de hecho, estos tres estados llevaban los nombres de los tres hijos del dios. El culto a Helios era una forma obvia de unificar la isla. No es, pues, sorprendente que el sacerdocio de Helios fuera un nombramiento de estado, ni que la ciudad de Rodas organizara juegos, procesiones y sacrificios en su honor. Cabras y cabritos, vacas y terneras eran sacrificados periódicamente a Helios y hay un extraño relato de una cuadrilla de caballos que fueron conducidos mar adentro en honor del dios.

Los pueblos de la Grecia continental no despreciaban estas celebraciones organizadas por Rodas. Muchas ciudades-estado griegas enviaban representantes a los juegos de Rodas, lo que significaba que la ciudad era un importante centro reconocido por todo el mundo griego.

La gran estatua de Helios, erigida en algún lugar cercano a la costa, señalaría a todos los viajeros la importancia y la unidad de la isla, el orgullo de la gente hacia su dios local y la tenacidad con que defendieron su ciudad sitiada.

Los misterios del *Coloso*

A pesar de su gran fama, sabemos muy poco del *Coloso de Rodas*. Los escritores clásicos nos hablan de una enorme estatua de Helios, de unos 33 metros de altura, cuya construcción requirió unos doce años. No precisan su emplazamiento ni ofrecen una descripción detallada de su aspecto. Y la breve vida de la estatua no nos sirve de ayuda. Apenas cincuenta y seis años después de su construcción se desplomó a consecuencia de un terremoto.

Por lo tanto, muchas de las descripciones más recientes del *Coloso* se basan, por así decirlo, en las fértiles imaginaciones de sus autores. Según una importante tradición, la estatua estaba a horcajadas en la bocana del puerto, por lo que los barcos tenían que pasar por debajo. Pero esto es totalmente imposible. Los broncistas de Rodas, por muy expertos que fueran, no pudieron construir una estructura tan enorme. Y en cualquier caso, la bocana del puerto medía unos 400 metros. Es más probable que la figura de Helios estuviera erguida con las piernas juntas.

La construcción del *Coloso*

Disponemos de más información sobre la construcción de la estatua. En cierto relato, el escritor Filo de Bizancio dedica un pasaje a su edificación. Al parecer, las distintas partes del mismo se fundían una a una, se soldaban al resto y se reforzaban las juntas con puntales de hierro. El artista empezó por tallar una sólida plataforma de mármol blanco en la que plantar *El coloso*. Luego situó los pies sobre la misma, a continuación las piernas y así sucesivamente. En otras palabras, si nos atenemos al relato de Filo, cada parte fue fundida en la posición que había de ocupar en la estatua. Esto significaba que a medida que se iban fundiendo nuevas partes y que la estatua iba adquiriendo altura, las partes inferiores eran sostenidas mediante un montón cada vez más grande de tierra o un andamiaje.

Se utilizaron barras de hierro y bloques de piedra para reforzar *El coloso* por dentro, con lo que la estructura contaba con una fuerza adicional procedente de los puntales diagonales y una estabilidad mayor debida al peso adicional, sobre todo de las partes inferiores. Este revolucionario método de construcción fue ideado por el escultor Cares de Lindos.

El método supuestamente utilizado por Cares, que consistía en fundir las piezas sobre la misma estatua, habría impuesto determinadas condiciones de forma y aspecto a ésta. Así como es muy poco probable que estuviera a horcajadas sobre el puerto, posiblemente sus brazos tampoco se extendieran en ángulo recto con el cuerpo. Uno de los brazos podría estar alzado en posición vertical sujetando una antorcha, símbolo de la luz del sol, mientras que el otro colgaría a lo largo del cuerpo. La figura resultante, en forma de columna, no habría sido demasiado difícil de fundir o de sujetar durante su construcción. También habría sido bastante estable una vez acabada.

El emplazamiento de la estatua

Ninguno de los autores clásicos nos dice con exactitud dónde se hallaba *El coloso*. La entrada al puerto sigue siendo la hipótesis más probable, aunque no es posible que tuviera una pierna a cada lado del canal. Es natural que la gente de Rodas eligiera este lugar para expresar su orgullo y su identidad, pues todos los forasteros podían verlo al llegar en sus naves. Más tarde, colocar grandes estatuas en las bocanas de los puertos se convirtió en algo habitual.

Reynold Higgins, autor del relato más reciente sobre *El coloso*, hace dos objeciones a su emplazamiento en el puerto. Primero, los rodios no habrían malgastado una parte tan valiosa de territorio, dejando allí sus ruinas después de que se desmoronara; segundo, según un escritor clásico, el coloso aplastó muchas casas al caer. Por consiguiente, Higgins propone un lugar en la calle de los Caballeros de Rodas, donde se hallaba el templo de Helios.

No puede llegarse a una conclusión definitiva a este respecto. Es posible que el emplazamiento del puerto se considerara lo suficientemente sagrado como para dejar las ruinas en una porción tan valiosa de costa. La referencia a las casas aplastadas se explica peor, pero pudiera ser que el escritor clásico se confundiera con las casas que probablemente quedaron destruidas por el propio terremoto. Luego no hay que descartar el puerto como posible emplazamiento del *Coloso*.

La caída

El terremoto se produjo hacia el año 226 a. de C. Según el geógrafo Estrabón, la estatua se quebró a la altura de las rodillas y la cabeza, el torso y los muslos quedaron tirados en el lugar en que cayeron. Estrabón también dice que los rodios consultaron un oráculo, que les prohibió volver a levantar *El coloso*. Cuando desapareció la influencia del oráculo, varias personas trataron de restaurar la estatua. Pero hasta los más expertos ingenieros de Grecia y Egipto fracasaron. Posteriormente, cuando Rodas formaba ya parte del imperio romano y la ciudad había perdido su poder político, se permitió que los vestigios del *Coloso* permanecieran allí en recuerdo del antiguo esplendor de la ciudad.

Tal vez los sabios que se reunieron en la isla en tiempos de los romanos y que constituyeron una especie de comunidad académica exageraran la importancia del *Coloso*. Panecio, filósofo estoico, y Posidonio, historiador, científico y filósofo, fueron los dos académicos más prominentes de la isla. Hacia el año 672 d. de C., cuando los árabes se apoderaron de Rodas, los vestigios de la estatua ya apenas poseían significado para los dirigentes o los demás habitantes de la isla. Quedaron satisfechos de poder vender el metal como chatarra y *El coloso de Rodas* entró a formar parte de la leyenda.



El emplazamiento del Coloso *sigue siendo un misterio. Pero no es posible que estuviera a horcajadas del puerto. Tal vez estuviera situado en uno de los embarcaderos, o en un islote, como se muestra en la ilustración.*





Bizancio se hallaba magníficamente situada en el Cuerno de Oro, actualmente en Turquía, en la unión de Europa con Asia. Rodeada de agua por tres lados (el Cuerno de Oro, el mar de Mármara y el Bósforo), su posición estratégica facilitaba la defensa de la ciudad. Los romanos la ocuparon en el año 196 d. de C., pero más tarde la ciudad recuperó su independencia. En el siglo IV varios pueblos amenazaban Roma: los godos, los francos, los alamanes. Constantino, emperador entre los años 307 y 337, se dio cuenta de que Bizancio podía convertirse en la segunda capital del imperio. Y así ocurrió en el año 330, cuando pasó a llamarse Constantinopla. La denominación de Bizancio se reservaba para el grupo de provincias sujetas al gobierno de la ciudad. En el año 395 el imperio romano se escindió en dos partes.

Los «bárbaros» siguieron acosando Roma hasta que cayó en poder de los visigodos en el año 410. Desde ese momento el imperio bizantino, con centro político en Constantinopla, tomó el relevo de la civilización clásica.

Uno de los más ilustres emperadores de Bizancio fue Justiniano (527-565). Durante su reinado se realizaron grandes obras, en las que también intervino su esposa, Teodora, mujer de carácter e influencia excepcionalmente fuertes. Justiniano era un dirigente militar de renombre y había defendido sus fronteras luchando contra los sasánidas en el este y contra los godos en Italia y el norte de África. Fue un gran reformador de la justicia y codificó las leyes civiles romanas. En la actualidad se le recuerda también por sus edificios públicos, en particular por Santa Sofía, la gran iglesia de la sabiduría divina, situada en el corazón de Constantinopla, un edificio que marcó la arquitectura cristiana e islámica de los siglos siguientes.

La luz penetra en Santa Sofía principalmente por los tragaluces del balcón y de la cúpula. Los juegos de luz sobre los mosaicos, iconos y otros elementos decorativos realizados con metales preciosos creaban un brillo dorado.

SANTA SOFÍA

La gran iglesia del emperador Justiniano en Constantinopla

En Santa Sofía se combina una gran idea individual (un amplio espacio central cubierto por una imponente cúpula) con los talentos de toda una serie de artistas y artesanos. En la actualidad la gran cúpula sigue en su sitio y el espacio que ésta cubre es tan impresionante como entonces. Pero las joyas, adornos y numerosos mosaicos han desaparecido, junto con los ritos que originalmente se celebraban en esta iglesia.

El día de la destrucción

A principios del reinado de Justiniano, en el lugar donde luego se erigió Santa Sofía ya existía una iglesia, fundada por Constantino en el año 360, que sufrió daños y fue restaurada, aunque sobrevivió hasta el 15 de enero del año 532, fecha de la famosa Sedición de la Nike. El pueblo se había reunido en el hipódromo para jalear a sus aurigas favoritos. Normalmente los seguidores se dividían en dos grupos, los azules y los verdes. Cada facción poseía también sus propias ideas políticas: los azules eran más conservadores, los verdes más liberales. Pero en aquella ocasión, ambos grupos se unieron contra el emperador, pues querían que se redujeran los impuestos. Las facciones se sublevaron y saquearon la ciudad, destruyendo numerosos edificios, entre ellos la iglesia original de Santa Sofía.

Justiniano, después de un discurso reconciliador de la emperatriz Teodora, consiguió calmar los ánimos, devolver la paz a la ciudad y seguir adelante con su política sin apenas modificarla. También tuvo oportunidad de construir una Santa Sofía más imponente que la anterior. A juzgar por la rapidez con que se levantó el edificio, probablemente ya tuviera intención de hacerlo anteriormente. Una iglesia grande y nueva le permitiría unir a los cristianos del mundo en torno a Constantinopla.

Construcción de la iglesia

Era la primera vez que se proyectaba la construcción de una cúpula de tales dimensiones. Los cálculos de los empujes y las cargas, la localización de los soportes, su dimensión, todas las curvas y ángulos, requerían los

Santa Sofía Año 563

La impresión etérea ofrecida por el interior de la gran iglesia de Justiniano contrastaba con el aspecto macizo de su exterior, con sus cúpulas, contrafuertes y refuerzos de mampostería. A pesar de la solidez del edificio, la cúpula cedió y tuvo que ser reconstruida con unos parámetros levemente modificados. Su planta, con una cúpula central rodeada de otras cúpulas menores y de galerías, sirvió de modelo para otras muchas iglesias cristianas e islámicas.



conocimientos de un matemático. Justiniano contaba con los servicios, no de uno, sino de dos matemáticos, Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto, ambos grandes arquitectos además de afamados maestros de las ciencias geométricas y mecánicas. Amén de resolver el problema que planteaba soportar el peso de una estructura como aquélla, también tuvieron que hallar una solución de diseño para encajar una cúpula circular en un edificio de planta cuadrada.

Tuvieron que hacer frente a ambos problemas a la vez. Cuatro arcos macizos soportaban la mayor parte del peso de la cúpula y al mismo tiempo defendían la planta cuadrada que se hallaba por debajo de ésta. Los espacios triangulares que quedaban entre los arcos y la base de la cúpula fueron rellenados con mampostería, lo que permitía dirigir el peso hacia abajo, en dirección a los machones. Dichos triángulos de piedra, llamados pechinas, fueron la solución adoptada en los edificios rematados por un cúpula. En las partes este y oeste y a un nivel más bajo, se hallaban unas semicúpulas de menor tamaño y por debajo de éstas otras semicúpulas aún más pequeñas. Estas cúpulas menores hacían la fun-

ción de contrafuertes y repartían el peso de la carga de la cubierta, soportando su estructura. Los pequeños contrafuertes, en forma de torre, de las fachadas norte y sur también contribuían a este efecto.

Se estima que las obras empezaron en el año 532 y acabaron a tiempo para la consagración de la iglesia en el año 537. Esta rapidez en la construcción y la originalidad del diseño han inducido a pensar que la reconstrucción ya estaba prevista antes de que la iglesia original fuera destruida. El que el propio Justiniano participara en el diseño de los planos también ha levantado especulaciones. Los arquitectos debieron consultar al emperador sobre una obra de aquella envergadura.

Las iglesias del mundo romano tenían una planta semejante a la de la basílica romana: un largo rectángulo en uno de cuyos extremos se hallaba el altar. Pero la iglesia de Justiniano tenía un diseño centralizado, mucho más ancho y cuadrado. La idea no era totalmente nueva, pues ya había sido aplicada a la iglesia de los Santos Sergio y Baco en Constantinopla. Pero Santa Sofía era atrevida por su tamaño y por el reducidísimo peralte de su cúpula central, que creaba un fuerte empuje hacia el exterior.

En el año 557, la cúpula quedó parcialmente destruida a consecuencia de un seísmo. Antemio ya había muerto, pero Isidoro seguía vivo y construyó una cúpula de mayor peralte, que es la que se ha conservado hasta nuestros días. Las reconstrucciones parciales de los siglos X y XIV no afectaron excesivamente al diseño, aunque las modificaciones introducidas tras la conquista musulmana en 1453 alteraron considerablemente el aspecto de la iglesia. Se añadieron minaretes exteriores, se sacó el mobiliario que contenía y además se taparon muchos mosaicos con pinturas y anchas tablas con textos islámicos.

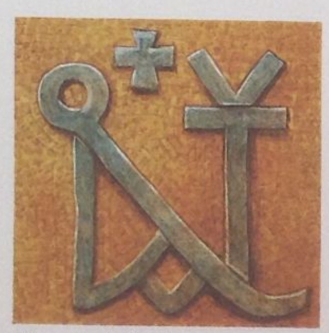
Reacciones suscitadas en su época

Las personas que tuvieron ocasión de contemplar la iglesia una vez construida apenas podían dar crédito a sus ojos. El historiador Procopio se quedó maravillado ante la aparente ausencia de pilares sólidos que sostuvieran la cúpula. También le impresionó la forma en que los rayos del sol penetraban por las ventanas para posarse sobre el oro de los mosaicos y la plata del retablo y de los ornamentos del altar. Asimismo le admiró la obra maestra de ingeniería que constituía el edificio. Fue capaz de apreciar el complejo sistema de puntos de apoyo utilizado y, en particular, la manera en que cada parte de la iglesia se apoyaba en la parte contigua, de forma que el peso de la cúpula se iba repartiendo hasta el suelo. Reacciones similares se suscitaron después de la restauración de la cúpula.

Desde su construcción el interior de la iglesia ha inspirado un respeto casi universal. Incluso Mehmet el Conquistador, que tomó Constantinopla con sus jenízaros, quedó admirado la primera vez que entró en Santa Sofía y no quiso destruir este gran símbolo del imperio bizantino y de la cristiandad.

Decoración

A pesar de lo sorprendente de la perfecta distribución del espacio en el interior del edificio, aún más llamativas resultaban la decoración y las piezas accesorias o de mobiliario, muchas de las cuales han desaparecido. Al entrar en el edificio, se atravesaba en primer lugar dos antesalas o *nártex*, cámaras estrechas dispuestas a lo ancho del edificio. La primera antesala era más pequeña y de paredes desnudas; la segunda tenía las paredes revestidas de mármol y el techo abovedado y decorado con mosaicos en los que había representados dibujos geométricos, estrellas y cruces ribeteadas de oro. En la época de Justiniano las procesiones imperiales se detenían en esta sala antes de entrar en la nave. Pero con todo lo espléndido de su decoración, la entrada a la nave provocaba una sorpresa incomparablemente mayor. Sus paredes y entrepaños estaban revestidos de grandes losas de mármol cuyos coloridos se destacaban sobre un fondo de mármol más claro. En algunos lugares este revestimiento se aplicó cuidando meticulosamente cada detalle. A menudo se cortaba una losa de mármol en dos mitades, que luego se colocaban una al lado de otra, de tal manera que sus vetas idénticas se repetían como en un espejo. En otros lugares se aprovechaba el sutil contraste natural de las tonalidades de piedra.



Monograma de Justiniano.

Otro de los grandes aciertos decorativos de Santa Sofía eran los capiteles de las columnas situadas a ambos lados de la nave. Están finamente tallados, en un estilo que adoptaron posteriormente muchas iglesias bizantinas y que se inspira en los capiteles corintios de la arquitectura clásica; pero los motivos foliares se repiten tanto que cada capitel parece una verdadera cepa con sus hojas, raíces y zarcillos. A diferencia de su aplicación en la construcción romana y griega, este tallado se continúa por los arcos, prueba de la afición bizantina por los bajorrelieves.

Por encima se hallaban los mosaicos. Si bien en la actualidad Santa Sofía es famosa por sus mosaicos figurativos, su colocación es posterior a la construcción del edificio original. A juzgar por los vestigios que han llegado hasta nuestros días, muchos de los mosaicos originales, como los del *nártex*, tenían dibujos geométricos o símbolos. Un mosaico está compuesto a base de pequeñas piezas llamadas teselas. En la época de la construcción de Santa Sofía las teselas solían ser trocitos de cristal que se coloreaban adhiriendo una lámina de oro o de otra sustancia coloreada en la parte posterior antes de su colocación. Gracias a esta combinación de oro y cristal, los mosaicos absorbían y reflejaban la luz. Como dijo Pablo Silenciario, un funcionario de justicia, las teselas emitían «rayos de luz dorada tan intensa que hacían daño a la vista al contemplarlos».

Ninguno de los antiguos escritores que describieron Santa Sofía menciona de forma específica los mosaicos figurativos, hecho que resulta sorprendente pues aparecían en muchas iglesias de la época. Pero según Pablo, hasta en el centro de la cúpula, donde habría cabido esperar que apareciera la figura de Cristo, sólo había una sencilla cruz.

El interior del templo

El altar era el núcleo de la iglesia y estaba rodeado de doseles de incomparable riqueza. En la nave, frente al santuario, se hallaba el ambón, tribuna semejante a un púlpito, al que se accedía por dos escaleras y que estaba rodeado por un cerramiento semicircular, en cuyo recinto cabía un coro. Sus columnas, de capiteles dorados, soportaban un arquitrabe sobre el que podían colocarse lámparas o cruces.

Por detrás del cerramiento, un pasillo elevado (*solea*) conducía al cancel, un muro abierto de tres cuerpos con columnas, parapetos y arquitrabe plateados. Las lámparas colocadas por encima del arquitrabe arrojaban su luz sobre la plata, resaltando los distintos dibujos labrados: monogramas de Justiniano y Teodora, imágenes de Cristo y de la Virgen, ángeles, profetas y santos. El cancel era muy bajo, por lo que no le quitaba luz al altar y constituía un rico marco para éste y para las ceremonias que allí se celebraban.

El altar, con su baldaquín o cimborrio de plata, poseía adornos de oro, joyas y sedas bordadas con hilo de oro. Todos los elementos que lo rodeaban poseían superficies reflectantes para bañar de luz el santuario.

Pompa y ceremonia

Los legos no podían ocupar más que la nave central (sin acercarse al ambón ni a la *solea*), las naves laterales y las galerías. Los hombres ocupaban la nave central y las mujeres los demás espacios. Probablemente los fieles se situaran según su rango social en las áreas delimitadas por incrustaciones de mármol verde en el suelo de la iglesia. Se participaba en los oficios de pie.

Los bizantinos empezaron a celebrar la Eucaristía en el siglo II. Los oficios se iniciaban con la entrada de los sacerdotes, que cruzaban el *nártex* en dirección a la nave central, encabezados por un diácono, portador del evangelio, seguido por el sacerdote de mayor rango, que en Santa Sofía, solía ser el propio patriarca. Los demás miembros del clero seguían a éste, cantando el salmo del introito. La procesión avanzaba por la *solea* hacia el santuario, el evangeliario se colocaba encima del altar y el patriarca ocupaba su trono en el centro de la plataforma llamada *sintronón*, situada detrás del altar y con los asientos dispuestos en gradas; los demás sacerdotes se sentaban a ambos lados del patriarca. Desde el ambón se procedía a la lectura de la Biblia. Para la lectura de los evangelios, la parte más importante de la ceremonia, se traía el evangeliario desde el altar, donde se volvía a colocar nada más acabar. A veces el patriarca daba a continuación un sermón desde su trono, para explicar algunos pasajes de los textos leídos.



Justiniano y su corte.

Luego los sacerdotes bajaban del *sintronón* para la Eucaristía. Se presentaban las ofrendas ante el altar, mientras los sacerdotes entonaban cánticos religiosos. Las ofrendas se bendecían y se colocaban en el altar. Primero comulgaban los sacerdotes y después los fieles que lo desearan.

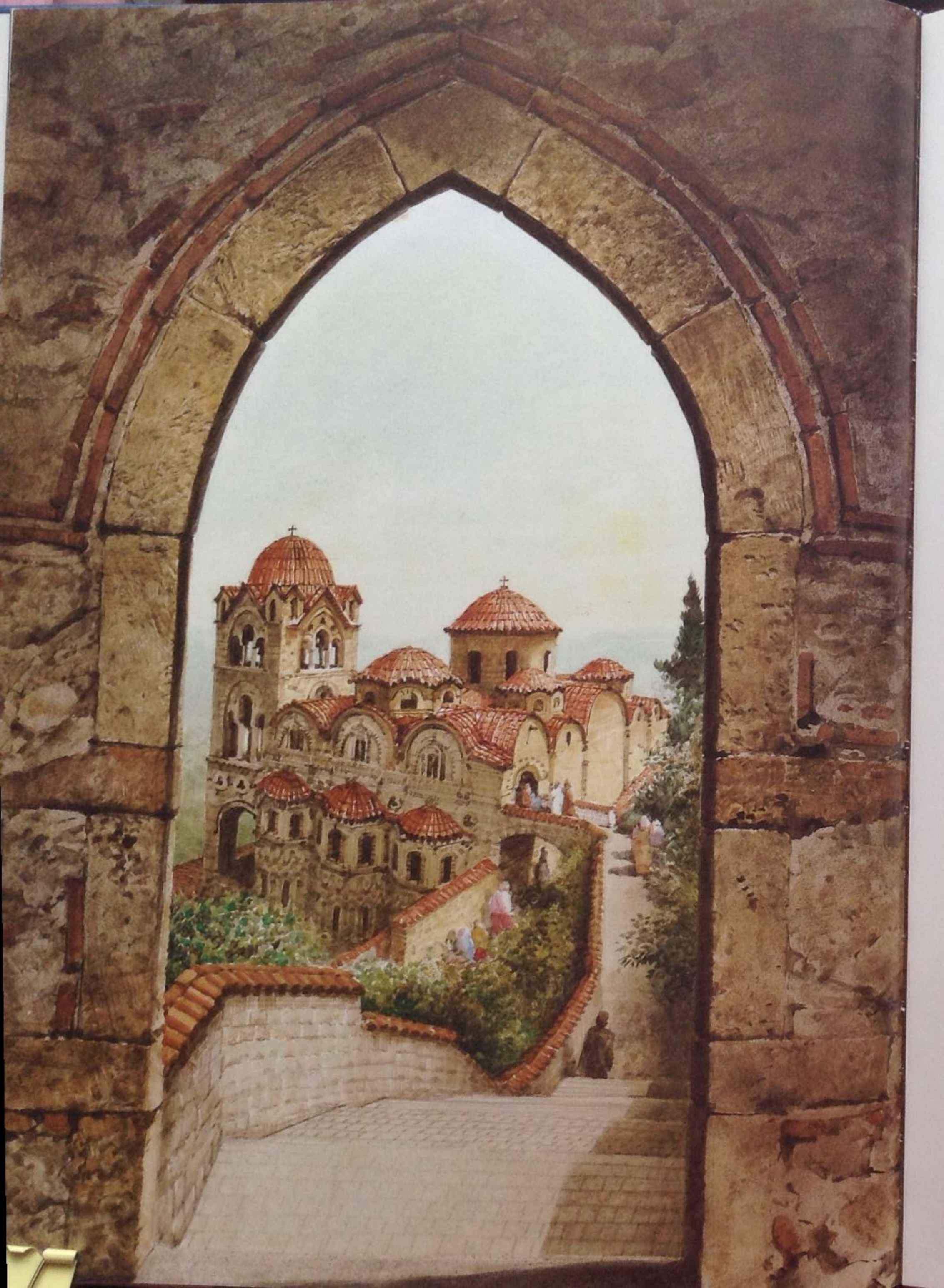
La ceremonia se desarrollaba con gran lentitud. En un edificio de las dimensiones de Santa Sofía los fieles congregados podían ser numerosísimos y, en cualquier caso, lo eran los sacerdotes. En época de Justiniano Santa Sofía contaba con sesenta sacerdotes, cien diáconos, cuarenta diáconas, noventa subdiáconos y muchos otros religiosos de órdenes menores. Cuando el emperador asistía a los oficios, la ceremonia era todavía más solemne, pues debía acompañar al patriarca hasta el cancel y esperar con un cirio en la mano mientras el patriarca ocupaba su trono. Entonces, Justiniano depositaba su ofrenda ante el altar antes de salir del cancel y ocupar su trono, situado en la nave lateral sur. El emperador también participaba en la ceremonia de las ofrendas y, por supuesto, comulgaba. En cambio, la emperatriz, aunque presente en la iglesia, no participaba en los oficios.

Hacia la unidad

Como edificio religioso, la iglesia de Santa Sofía fue un gran éxito. El aspecto exterior macizo contrasta con la riqueza de la ornamentación interior, reflejo de la importancia que los cristianos bizantinos concedían al desarrollo interior de la persona. Sus amplias naves y rico mobiliario constituían un entorno perfecto para la celebración de sus ceremonias religiosas.

Pero Santa Sofía fue algo más que el gran templo de la vida religiosa del imperio. Justiniano pretendía construir un lugar en el que el estado y la Iglesia pudieran alcanzar su unidad. La gran iglesia debía ser un elemento de cohesión del imperio, al igual que las reformas jurídicas y las conquistas militares.

¿Alcanzó Justiniano sus propósitos? Uno de sus objetivos era unificar los dos grandes grupos religiosos, monifisitas y ortodoxos. Pero aunque gracias a Santa Sofía se produjo una expansión de la fe ortodoxa, no se logró la unificación de estos dos grupos. Además, la política de Justiniano y, en particular, sus campañas militares y sus finanzas dejaron las arcas del tesoro muy disminuidas. Sus conquistas militares en Italia y el norte de África fueron efímeras. Sin embargo, la cultura nacida de Santa Sofía se perpetuó y hasta los conquistadores islámicos que se adueñaron de la ciudad quedaron maravillados por su arquitectura y la convirtieron en mezquita.



El monasterio de Pantanassa enmarcado por un arco en la parte oriental de la colina de Mistra. Su arquitectura es típica de la ciudad, con paredes de piedra y cubiertas de azulejo. El macizo campanario y la eventual utilización de arcos ojivales denotan la influencia de Europa occidental, divulgada por los cruzados franceses.

MISTRA

Desaparecida capital bizantina del sur de Grecia

Si la magnífica ciudad de Constantinopla y la basílica de Santa Sofía, mandada edificar por Justiniano, supusieron la culminación del imperio bizantino, posteriormente la pequeña ciudad de Mistra, situada sobre una escarpada colina en la península griega, representó el imborrable recuerdo del imperio en sus últimos años. Su emplazamiento es impresionante. Construida sobre una cumbre del macizo del Taigeto, a unos 6 kilómetros al noroeste de Esparta, resulta fácil de defender por ser inaccesible en algunos puntos y poderse aislar en el resto. Estas mismas condiciones tan adecuadas para una fortaleza no parecen las más idóneas para una ciudad. Las cuestas son muy empinadas y pedregosas, y las obras de construcción habrán supuesto muchísimas dificultades, máxime teniendo en cuenta la escasa tecnología con que contaban los albañiles y canteros medievales. Además, en lo alto de la colina escaseaba el agua y los habitantes tenían que recurrir a recoger el agua de lluvia en grandes aljibes o a subirla en cubos desde el valle.

Cruzados y emperadores

La historia de Mistra comienza en la época de las cruzadas. En el año 1204 d. de C. las tropas de la cuarta cruzada tomaron Constantinopla, repartiéndose los territorios pertenecientes a los emperadores bizantinos entre los hombres que habían mandado las fuerzas de la cristiandad. Entre ellos se contaban dos nobles franceses oriundos de Champagne, Geoffroi de Villehardouin y su sobrino Godofredo, a quienes se les concedió el principado de Morea, de extensión semejante al Peloponeso, región de Grecia que se extiende al sur del istmo de Corinto. Les resultó fácil conquistar gran parte del territorio, ya que los griegos no estaban acostumbrados a luchar; con la ayuda de otro francés, Guillermo de Champlitte, no tardaron en dominar la mayor parte del Peloponeso. En 1210 Godofredo asumió el título de príncipe de Morea.

Pero los franceses no lograron dominar toda Grecia. El sucesor de Godofredo, su hijo Godofredo II, no pudo tomar el sur de la región ni la fortaleza de Monemvasia. Hubo de contentarse con su pequeño principado y dedicó todas sus energías a gobernarlo en paz. Cuando murió repentinamente en 1246, le sucedió su hermano Guillermo.

Éste era mucho más ambicioso y en 1248 amplió sus dominios por el sureste, llegando hasta Mistra, no lejos de Esparta, su ciudad natal. Incluso estando en manos francesas, la región de Mistra era muy vulnerable, pues en el macizo del Taigeto vivían los milengos, tribu guerrera de origen eslavo, que amenazaban continuamente el palacio de Godofredo. El príncipe necesitaba otra plaza fuerte y rápidamente reconoció la capacidad defensiva de la zona y mandó construir el castillo. Cuenta la tradición que se le llamó Myzethra, nombre de un tipo de queso, porque el anterior propietario de aquella finca era un quesero.

En 1259 los bizantinos, al mando de su emperador Miguel VIII Paleólogo, atacaron la fortaleza, hicieron prisionero al príncipe y le obligaron a devolver el castillo de Mistra, instaurando en él al gobernador bizantino de Morea, que tomó posesión del lugar en 1262. Desde entonces Mistra fue una plaza fuerte bizantina, desarrollándose alrededor del castillo la ciudad. Los griegos comprendieron que podían vivir allí sometidos a la autoridad de gente que hablaba su propia lengua y el metropolitano de Lacedemonia, patriarca de la iglesia ortodoxa, se mudó a esta ciudad. Con el tiempo, el lugar adquirió especial importancia dentro del imperio, siendo elegidos sus gobernantes entre los miembros de la familia imperial. Llegó a ser un centro intelectual y artístico, con especial desarrollo de la pintura. Y, por último, se convirtió en lugar de refugio de los propios emperadores.

Centro militar

Ante todo, Mistra era una fortaleza y cuando los bizantinos pretendieron apoderarse de Morea, Mistra pasó a ser su centro de operaciones. Los bizantinos contaban con fuerzas locales y con mercenarios turcos, y gracias a esto ganaron varias victorias en 1263, aunque al oeste, Andravida, la capital francesa, se les resistía. Al año siguiente cambiaron las tornas y los franceses recuperaron algunas ciudades, excepto Mistra, que resultó inexpugnable. Era necesario alcanzar una tregua y los bizantinos vieron la necesidad de ampliar sus dominios por medios diplomáticos. Los emperadores comprendieron que, mediante alianzas con princesas francesas, tendrían que compartir sus dominios con los franceses, pero afianzarían al mismo tiempo su propio poder. El castillo y la ciudad de Mistra eran esenciales por motivos de seguridad y siguieron en sus manos durante 200 años.

La importancia de Mistra y de la provincia de Morea se puso de manifiesto cuando, en 1349, el emperador Juan VI Cantacuceno nombró a su hijo Manuel gobernador de Mistra con el título de déspota; debido a las deficientes comunicaciones con Constantinopla, Manuel gobernó Mistra según su política personal y, gracias a sus dotes de buen diplomático y administrador, lo hizo con éxito. A su muerte el despotado pasó a manos de su hermano Mateo y luego a las de un hijo de éste, Demetrio.

En 1384 la llegada al poder en Constantinopla de una nueva dinastía imperial, la de los Paleólogos, puso fin al gobierno de Demetrio, ya que a partir de esa fecha los déspotas se eligieron entre los miembros de la nueva familia. Éstos mantuvieron estrechos vínculos entre la metrópoli y Mistra y ampliaron sus dominios por Morea. Fruto de ello fue el florecimiento de las obras de construcción iniciadas por los Cantacucenos y la expansión de la vida cultural.

La ciudad bizantina

Mistra estaba dominada por el castillo, construido originalmente por los franceses y que coronaba la colina por el extremo suroeste de la ciudad. La ciudadela, o ciudad alta, se extendía desde las murallas del castillo hasta otro lienzo de murallas que rodeaban la colina más abajo. En esta zona, de forma triangular y perfectamente defendida, se encontraban el palacio de los déspotas y las viviendas de los nobles. Por debajo de ella, hacia el este, había otra zona también amurallada, la ciudad media, con las iglesias más importantes, mansiones nobles y otras viviendas más pequeñas. Por el este se prolongaban los arrabales, ya sin amurallar, con casas más humildes en las que vivían los ciudadanos más pobres.

La población total de la ciudad ascendía a unos 20.000 habitantes, la mayoría de los cuales eran griegos que buscaron la protección de Bizancio poco después de llegar a la localidad los primeros dignatarios imperiales en 1262. Muchos de ellos vivían en la parte noreste de la ciudad baja. Al poco tiempo llegaron otros bizantinos procedentes de Monemvasia, en el sureste de Grecia, y se instalaron en mansiones situadas en la ciudad media y alta.

Cuando los gobernadores bizantinos y, luego, los déspotas llegaron a Mistra, encontraron una mansión que había sido la vivienda de los gobernadores franceses. Al déspota Manuel Cantacuceno le pareció muy pequeña y le añadió varios salones de recepción, aposentos para sí y para sus cortesanos en el piso superior, dos torres y una azotea. Los Paleólogos le añadieron nuevas habitaciones de tipo más utilitario –almacenes, despachos para los funcionarios– y otro gran salón de ceremonias con un trono situado en un ábside semicircular. Esto no ha de interpretarse como un alarde de ostentación por parte de los déspotas, ya que el propio emperador visitó Mistra en dos ocasiones a principios del siglo XV y requeriría unas instalaciones adecuadas para las recepciones y ceremonias.

Aparte del gran palacio, los talleres y dependencias del séquito, y un par de iglesias, una de las cuales era la de Santa Sofía de los déspotas, en la ciudadela había muy pocos edificios. La mayoría de las casas se encontraban en la ciudad media y en la baja. En esta última, como escaseaba el terreno, los edificios estaban muy aglomerados y las calles eran muy estrechas. Tiendas y casas de distinto tamaño, algunas con aljibe propio, se arracimaban por las laderas de la colina.

Cristianismo y cultura

Hoy día nos sorprende que hubiera tantas iglesias en Mistra, casi una en cada esquina. De paredes de piedra y tejado o cúpulas de azulejo rojo, resultaban muy hermosas desde fuera; pero, como la de Santa Sofía de Constantinopla, aún lo eran más por dentro. Las paredes estaban decoradas con frescos y las pinturas de algunas de ellas eran de excelente calidad. ¿Cómo se explica que hubiera un número tan elevado de iglesias en tan remoto lugar, en los confines del imperio?

Todo empezó antes de que los déspotas hicieran de Mistra un enclave crucial del imperio bizantino. El hombre que hizo de la ciudad una joya de la arquitectura era un sacerdote de nombre Pacomio, que desempeñaba un importante cargo en la administración y que además tenía un gran amor por los edificios religiosos. Su obra más importante fue la abadía que se conoce como el Brontoquion, de la que él mismo se nombró abad y en la que hizo construir una iglesia dedicada a Nuestra Señora Hodeghetria, palabra que en griego significa «la que guía el camino». Obtuvo además del emperador grandes extensiones de tierra, que le garantizaban el futuro del monasterio e incrementaban su poder.

Con sus cinco cúpulas de azulejo y su campanario, la Hodeghetria se erguía en medio de la colina, cerca de la muralla que separaba la ciudadela de la ciudad media. A distintas alturas de las paredes de piedra corrían tres o cuatro hileras horizontales de ladrillos que le daban una ligereza desacostumbrada en los otros edificios de Mistra. En el interior había frescos, esculturas y relieves de mármol de gran calidad, realizados por los mejores artistas, seguramente mandados venir de Constantinopla.

Patriarcas, profetas y santos están representados en el interior de la iglesia, así como escenas de la vida de Cristo, desde la natividad hasta la resurrección. En muchas pinturas aparecen varios acontecimientos juntos, lo que produce un efecto que nos hace pensar en un cómic medieval. La paleta es limitada: fundamentalmente rojos y verdes, con oro en los nimbos de los santos, pero los colores están aplicados a brochazos de gran expresividad. El estilo recuerda el de los mosaicos de las iglesias de Constantinopla, que probablemente los artistas conocerían cuando aprendieron el oficio en la capital.

Los metropolitanos de Mistra mantenían estrechos lazos con Constantinopla; de muchos de estos altos dignatarios de la Iglesia apenas sabemos nada, pero uno de ellos, Nicéforo Moscópulos, estaba muy relacionado con la capital; fue él quien mandó construir la iglesia metropolitana (equivalente a una catedral), otro edificio con hermosísimas pinturas murales. Igualmente fomentó que muchos intelectuales fueran de Constantinopla a Mistra y un importante número de ellos acabó por ingresar en el monasterio fundado por Pacomio.



El emperador Manuel II Paleólogo.

Otras iglesias posteriores, como la de Peribleptos y la de Pantanassa (del año 1428), están también impresionantemente decoradas. No se sabe si los artistas que mandó llamar Pacomio se quedaron a vivir en Mistra y crearon escuela o si llegaron nuevos artistas de Constantinopla. Lo más probable es que, en vista del trabajo que había en Mistra, los pintores de Pacomio iniciaran una tradición que habría de prolongarse en la ciudad, formando aprendices que luego se dedicaron a decorar nuevos edificios.

Centros académicos

Los altos dignatarios eclesiásticos de la categoría de Pacomio y de Nicéforo eran capaces de atraer, además de a pintores, a prestigiosos intelectuales, movimiento que también fomentaban algunos déspotas, especialmente Manuel y Mateo Cantacuceno. Hacia el año 1407 llegó a Mistra el filósofo Jorge Gemisto Pletón y su presencia transformó la vida intelectual de la ciudad. Gemisto era partidario de las doctrinas del filósofo griego Platón y, por lo tanto, se encontraba muy a gusto en Grecia, sobre todo porque fue muy bien acogido por el déspota Teodoro II, que era también un intelectual. Gemisto reunió a su alrededor a un grupo de intelectuales que, al tiempo que discutían muy eruditas cuestiones filosóficas, trataban de aplicar estas ideas al gobierno y a la vida de su época.

Como bien indica Steven Runciman, especialista en historia de Mistra, los bizantinos se consideraban herederos del imperio romano. Pero esta tradición, centrada en Constantinopla, que por aquellas fechas estaba arruinada, llegaba a su ocaso. No es de extrañar que un filósofo platónico que vivía en Grecia buscara inspiración en la cultura griega clásica. Gemisto propuso la creación de un nuevo estado griego pagano, con una organización de tipo socialista bajo un dictador benévolo. Aunque su proyecto resultó inviable, los bizantinos volvieron los ojos hacia Mistra en busca de salvación cuando los emperadores de Constantinopla comenzaron a tambalearse bajo la amenaza del poderío turco.

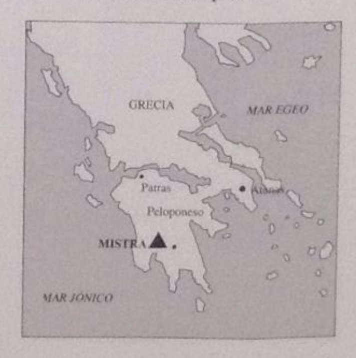
Los últimos años del despotado

El reinado del déspota Teodoro II fue largo y turbulento. Tuvo que hacer frente a una nobleza revoltosa, a la amenaza de la invasión turca y a problemas fronterizos, por lo que, con frecuencia, le quedaba poco tiempo para los estudios que tanto fomentaba. Siendo el heredero del trono, murió poco antes que el emperador, con lo que dejó el camino expedito para su hermano Constantino.

Constantino, lejos de la capital y sabedor de que el imperio se derrumbaba, rompió con las tradiciones y se hizo coronar en Mistra. En opinión de Steven Runciman, la ceremonia debió de ser algo inusual. No había en Mistra iglesia capaz de contener a las multitudes que normalmente acudían a presenciar la coronación del emperador, pero también es cierto que muchos dignatarios que hubieran asistido a ella de celebrarse en Constantinopla no pudieron desplazarse a Mistra. Es posible que la coronación de Constantino no fuese más que una ceremonia de relumbrón, propia de un imperio que se tambaleaba. Sin embargo, fue un momento de esplendor para Mistra, el último antes de que, cuatro años después, cayera Constantinopla, pereciendo el emperador a las puertas de la ciudad.

Para los déspotas aquello fue el principio del fin. Sin la ayuda del sultán no eran capaces de defender Morea contra los rebeldes de Albania. Y tras la caída de Constantinopla los turcos podían imponer todavía más su voluntad a los griegos bizantinos. Les obligaron a pagar un fuerte tributo al sultán y, cuando los déspotas comenzaron a endeudarse, se produjeron fuertes represalias militares. En el año 1460 los turcos conquistaron Grecia, hecho que puso fin a la vida de la última y más remota de las ciudades bizantinas.

La civilización de Mistra fue un logro extraordinario, que en parte recogía las tradiciones griega y romana, basándose, a pesar de su aislamiento, en su contacto con la metrópoli; y a pesar de sus orígenes militares, el asentamiento fue algo más que una plaza fuerte. En sólo dos siglos de existencia aquella ciudad de reducidas dimensiones se convirtió en la esencia de todo un imperio.



1 Puerta principal
2 Segunda puerta
3 Puerta del eunuco blanco
4 Salón del trono
5 Harén
6 Tesoro
7 Pabellón del sagrado manto
8 Pabellón del sofá
9 Pabellón de Bagdad
10 Diván bajo la cúpula

N

Vista aérea del palacio en la que se puede observar la extensión de sus edificios y los numerosos patios. La casa real ocupaba una zona relativamente pequeña, en el harén y sus inmediaciones, al noroeste. El resto eran dependencias oficiales y los aposentos de los funcionarios y la guardia de palacio.

TOPKAPI

Palacio de los sultanes otomanos y centro de su harén

A finales del siglo XIV d. de C. los emperadores bizantinos, otrora tan poderosos, se convirtieron en vasallos de los turcos otomanos. En el siglo XV los turcos dominaban todo el territorio que rodeaba Constantinopla y no tardaron en tomar la ciudad. Los emperadores bizantinos, tales como Constantino XI Dragases, que fue coronado en Mistra, intentaron reorganizar las fuerzas cristianas de Occidente, pero la alianza entre los griegos bizantinos y Roma resultó inviable y Constantinopla se vio asediada. Al fin, en 1453 los bizantinos perdieron el dominio de la ciudad, que pasó a manos de Mehmet II, sultán conocido con el sobrenombre de «el conquistador». La ciudad había perdido su antiguo esplendor, los palacios de los emperadores bizantinos estaban medio derruidos e incluso las murallas se venían abajo.

Mehmet II mandó construir una nueva muralla a lo largo de la costa, con una gran compuerta defendida por dos cañones. Se le dio el nombre de Topkapi, es decir, puerta de los cañones y, cuando Mehmet comenzó a construir allí cerca su nuevo palacio, sobre la primera colina y dominando el mar, se le denominó palacio de Topkapi. Anteriormente, poco después de haber conquistado la ciudad, Mehmet había mandado construir un palacio en la tercera colina. Pero cuando en el año 1465 concluyeron las obras de Topkapi, Mehmet se trasladó a él, reservándose el otro palacio para las mujeres del harén del difunto padre de Mehmet.

Topkapi, situado en la confluencia de los tres mares que prácticamente rodean la ciudad –el Cuerno de Oro, el Bósforo y el mar de Mármara–, constituía una incomparable atalaya. Además estaba cerca del centro de la ciudad, del corazón de la ciudad bizantina, donde habían estado el palacio imperial y la iglesia de Santa Irene, y no lejos de la gran iglesia de Santa Sofía.

Los sucesores de Mehmet siguieron realizando obras en Topkapi y lo que hoy podemos reconstruir procede básicamente del siglo XVI. Pero el palacio conservó su carácter esencial. Abundaban en él patios umbrosos y exuberantes jardines, espléndidos salones y suntuosos aposentos, lujosos muebles y abundantes decoraciones. Era de piedra, aunque de vez en cuando se le añadía algún pabellón de madera, y por supuesto tenía tallas y artesonados como todavía se ven en los barrios antiguos de la ciudad. Topkapi nunca fue un palacio de altas torres ni de salones de elevados techos. La mayoría de los edificios son bajos, con grandes aleros. Esta característica, junto con los abundantes patios y las paredes cubiertas de azulejos, contribuyó a que el palacio resultara muy agradable, ya que el calor allí es muy intenso a pesar de la brisa del mar.

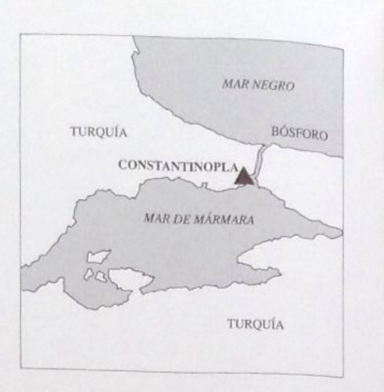
Topkapi no sólo era la residencia del sultán. En él también habitaban el harén, protagonista de muchas intrigas domésticas, los jenízaros (las poderosas tropas del sultán) y muchos funcionarios que ayudaban a administrar el imperio otomano.

Los patios del palacio

Topkapi tenía que cumplir muchas funciones, pues, además de ser la residencia del sultán, era la sede del diván, organismo gubernamental del imperio. Había también una escuela palatina, una ceca, un hospital, las residencias de los jenízaros y las dependencias domésticas propias de una comunidad de semejante envergadura. No es de extrañar que la disposición del palacio fuera un tanto caótica, ya que se le iban añadiendo patios o pabellones según las necesidades. Así el conjunto se iba extendiendo por la colina frente al mar.

Sin embargo, se impuso cierto orden al organizar el palacio alrededor de unos cuantos patios, cada uno de los cuales estaba rodeado de edificios que cumplían funciones específicas. El primer patio era una amplia zona de servicios, a la que el público tenía acceso, con almacenes, el arsenal, talleres, una panadería y el hos-

El sultán Mehmet II el Conquistador, con miembros de su séquito, ante la puerta principal de palacio. En la puerta había numerosos aposentos destinados a la guardia imperial, encargada de vigilar incesantemente a todos aquellos que entraban o salían de palacio.



pital. En este patio se ubicaban también la residencia de la guardia y las habitaciones de los criados que trabajaban en las zonas exteriores del palacio. Con el tiempo, el primer patio fue adquiriendo una fama espantosa, pues fue allí donde se fraguó la mayoría de las rebeliones organizadas por los jenízaros para seguir manteniendo su poder militar. Pero en el patio se veía también un recordatorio constante del poder del sultán: en uno de sus extremos estaba la fuente en la que el verdugo se lavaba las manos y limpiaba sus armas de la sangre de los traidores y de los infieles.

En el segundo patio se encontraba el diván. El acceso a esta parte del palacio era más restringido, aunque podían entrar en ella todos los que estuvieran relacionados con el diván. A lo largo de uno de los laterales del patio se alineaban las cocinas, con sus famosas cúpulas, de modo que había mucho movimiento de criados que llevaban comida a las distintas dependencias del palacio. Cada cocina tenía su cometido: por ejemplo, una preparaba la comida de los miembros del diván, otra la de las mujeres del harén, otra la del propio sultán. Tenemos documentos del siglo XVII que nos indican la cantidad de carne que se consumía a diario: doscientas ovejas, cien corderos, cuarenta terneras, doscientos pollos. Y aunque estas cifras pudieran parecernos una exageración, hemos de tener en cuenta el elevado número de soldados, eunucos y funcionarios que había que alimentar, por no mencionar la legión de criados.

Puerta imperial, palacio de Topkapi

Año 1478

En el centro del patio había un huerto famoso por sus árboles frutales. A este huerto daban las estancias cubiertas de cúpulas en las que se reunía el consejo del diván. Este sencillo edificio, en el que se encontraba la cámara del consejo, los archivos y el despacho del gran visir, era realmente el centro del imperio otomano, donde se aprobaban las leyes y se administraba justicia. Desde una salita anexa, por una ventanilla a la que llamaban «el ojo del sultán», éste podía observar las deliberaciones del consejo.

El diván se reunía cuatro veces por semana y en aquellas ocasiones el palacio estaba más concurrido que de costumbre. Los dos primeros patios se llenaban de funcionarios y jenízaros, contándose en ocasiones hasta 10.000 personas. Pero en esas ocasiones, el ruido y bullicio habituales dejaban paso a ordenados desfiles y a un silencio sepulcral, ya que todas estas gentes tenían prohibido hablar a menos que el sultán o los altos dignatarios les dirigieran la palabra.

Como cuerpo central del gobierno del imperio, el diván controlaba las finanzas: el tesoro interno –donde se encontraba el dinero procedente de todos los puntos del imperio otomano– se hallaba también en el segundo patio del palacio. Los funcionarios del tesoro interno pagaban trimestralmente todos los gastos del gobierno y luego enviaban el resto al tesoro imperial. En el tesoro interno se archivaban todos los recibos de impuestos y notas de pago.

En el tercer patio se encontraba el salón del trono, en el que el sultán recibía a los representantes de países extranjeros y a los altos dignatarios que acudían a comunicarle los asuntos que se ventilaban en el diván. El sultán tenía además una serie de salones de recepción, que luego se pusieron a disposición del tesoro. En estos salones «oficiales», repletos de tesoros, el sultán recibía a sus huéspedes, los cuales contaban luego las maravillas que encerraba el palacio otomano. Hoy nos parecen exageradas sus descripciones de rubíes del tamaño de un huevo o de diamantes más gordos que una avellana, pero lo cierto es que la riqueza del sultán era fabulosa.

El resto de los edificios de esta zona eran básicamente los destinados a la escuela del palacio. En la Turquía otomana la educación se impartía fundamentalmente en las mezquitas y era de tipo religioso. Pero en el



Casco con damasquinado de oro.

palacio los alumnos se adiestraban en las artes que los capacitarían para el servicio del sultán; de esta escuela salían los mejores oficiales y no es una exageración decir que la institución constituía uno de los pilares fundamentales del éxito del imperio otomano. Los alumnos ingresaban en una de las clases de introducción, pero los más dotados pasaban a cursos superiores de enseñanza especializada según las necesidades del sultanato. Así que los que demostraban talento para las artes marciales se formaban en el departamento militar, los contables y recaudadores de impuestos en el departamento del tesoro y los futuros organizadores aprendían logística en el departamento del comisario. Los alumnos más sobresalientes entraban a formar parte de la cámara del consejo privado, organismo que trabajaba en íntima colaboración con el sultán.

El harén

Cuando se construyó Topkapi, las dependencias domésticas se quedaron en el antiguo palacio, pues el nuevo era básicamente un centro administrativo y diplomático. Hacia el año 1540, el sultán Solimán el Magnífico dispuso que la corte se trasladara a Topkapi, aunque probablemente las estancias destinadas por aquel entonces a la casa real no fueran más que unos pabellones de madera adosados a una de las fachadas del palacio. Posteriormente, el sultán Murat III (1574-95) inició la construcción del conjunto de edificios de piedra que se encuentran en el ala izquierda del segundo y tercer patios y que se conocen como el harén. Éste estaba constituido no sólo por las dependencias de las mujeres y de los eunucos que las custodiaban, sino también por las habitaciones de los jóvenes príncipes y las estancias destinadas al sultán. Era un palacio (en el sentido moderno de residencia de un gobernante) dentro del palacio.

Sus dimensiones eran considerables, pues aún hoy tiene más de 300 habitaciones, muchas de ellas de tiempos de Murat, aunque, por ser estancias privadas, son sorprendentemente pequeñas. En el harén no se celebraban recepciones oficiales y por ello el ambiente era más íntimo; incluso los patios son pequeños, algunos apenas algo más grandes que un pozo, para que entre aire fresco pero no el calor del sol.

Aunque el sultán disponía de aposentos en el harén, esta parte del palacio era en muchos aspectos el dominio de las mujeres de la familia real, la principal de las cuales era la favorita del sultán, o reina madre, personaje de gran influencia sobre el trono y que, junto con su confidente, el jefe de los eunucos negros, solía fomentar las intrigas en palacio. En una comunidad tan cerrada como aquélla abundaban las discordias y las medidas que se tomaban para ponerles fin solían ser muy drásticas. Por ejemplo, cuando un sultán accedía al trono, existía la tradición de asesinar a sus posibles rivales; así sucedió en 1595, cuando Mehmet III mandó ejecutar a sus hermanos. Su sucesor, Ahmet I, abolió tan bárbara costumbre, aunque dispuso que se encerrase a estos «rivales» en unas dependencias del harén que se conocían como «la jaula». Allí se les atendía con todo el boato debido a los miembros de la familia real, aunque no tenían libertad de movimiento. Según algunos autores, la vena de locura que se detecta en la familia real durante el siglo XVII puede ser consecuencia de esta práctica.

Parece que el traslado del harén a Topkapi se debió precisamente a la ambición de una mujer. Era ésta Roxelana, segunda *kadin* o concubina favorita de Solimán el Magnífico. Tras la muerte de la reina madre y la desaparición de la primera *kadin*, que se fue a vivir con su hijo, Roxelana adquirió una prepotencia extraordinaria. Consiguió que se condenara a muerte al gran visir y se nombrara en su lugar a un miembro de su familia y luego convenció a Solimán para que mandara asesinar a su hijo mayor, heredero del trono, con el fin de dejar vía libre a sus propios hijos. Alcanzó su máximo triunfo cuando Solimán la convirtió en esposa legal. El traslado del harén a Topkapi no fue sino un paso más en su escalada hacia el poder.

La costumbre de tener el harén al cuidado de eunucos negros posiblemente se deba a Roxelana. Estos eunucos eran algo más que vigilantes. Los escritores de la época describen sus dotes musicales, su encanto y generosidad, así como su gran dedicación a los niños del harén, de los que eran inseparables compañeros hasta que, cuando aquéllos cumplían

Una de las mujeres del harén.

los once años, se los llevaban a otras dependencias del palacio; por ello debieron de ejercer una considerable influencia en el carácter de los sultanes.

El dominio del sultán

Aunque la mayoría de las habitaciones eran relativamente pequeñas, el sultán tenía unos amplios aposentos junto a los de la reina madre. El mayor era el salón del sultán, una estancia cubierta por una cúpula, construida en el siglo XVI por el arquitecto Sinán. Ambos extremos de la misma estaban adornados con delicadas columnas de mármol azulado y las paredes estaban cubiertas de azulejos del mismo color. En ella se reunían el sultán y sus favoritas a escuchar música.

Próximos a este salón se hallaban los baños, que representaban una parte primordial de la vida otomana por la importancia que el islam concede a la limpieza. Estos baños eran los más suntuosos de Topkapi, con suelos y bañeras de mármol, alcobas y armarios de taracea y paredes cubiertas de azulejos. Además de los propios baños, había un vestuario y una sala de masajes.

Una de las estancias más hermosas del harén era una sala construida por Sinán para el sultán Murat III, cuya decoración se ha conservado y nos sirve de indicación de lo que tiene que haber sido el harén en su época de esplendor. Los azulejos tienen motivos geométricos que recuerdan hojas y flores (el islam prohibía la representación de figuras humanas), además de inscripciones caligráficas con citas del Corán. A ello hay que añadir las puertas doradas, las vistosas alfombras turcas, las elegantes lámparas colgadas de las paredes y las hornacinas de fina talla. En tal marco se movían el sultán y su familia, ataviados con ricas prendas de terciopelo y brocado, y luciendo alhajas y enjoyadas armas.

La vida en el harén

Las mujeres del harén eran esclavas del sultán, lo cual no implicaba que tuvieran que hacer trabajo físico. Muchas de ellas ocupaban puestos oficiales dentro de la jerarquía del harén, tenían considerable categoría y contaban con séquito propio. No obstante, al no poder salir del palacio ni tener relación con personas ajenas al harén, su vida debía de resultar algo aburrida.

Sin embargo, podían ir ascendiendo de categoría si superaban algunas pruebas. Cuando una joven ingresaba en el harén, se ponía al servicio de una de las favoritas y así aprendía las costumbres del harén; ello le



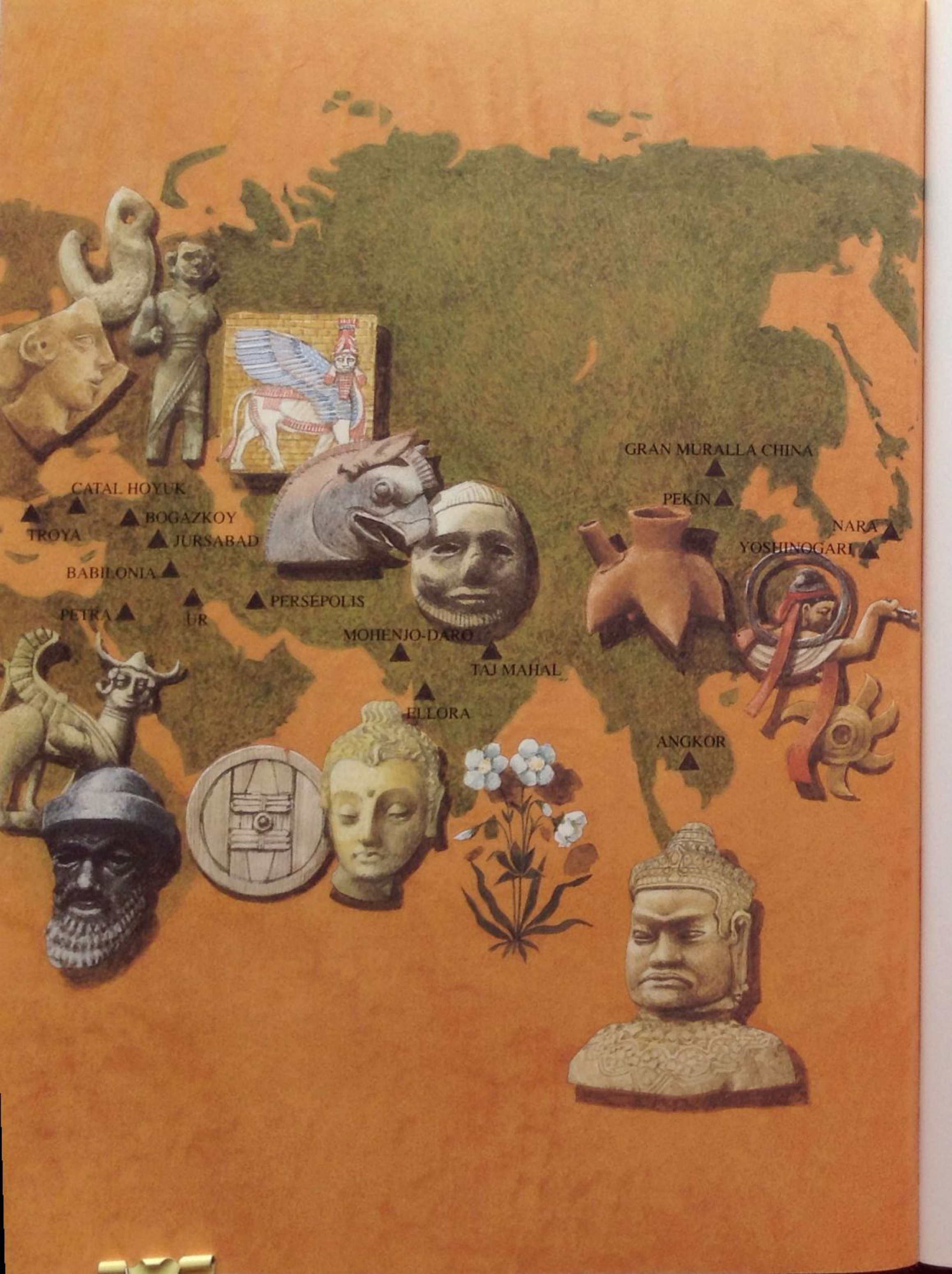
El sultán Solimán el Magnífico.

daba también ocasión de que el sultán se fijase en ella. Si lo hacía, se le concedían aposentos y criados propios y, si le daba al sultán un hijo, podía ser nombrada *kadin*, es decir, miembro del grupo de las favoritas, personas muy próximas al sultán y que ejercían gran influencia en la corte. A partir de aquel momento podría favorecer la pretensión al trono de su propio hijo y, si tenía éxito, se convertiría en reina madre, es decir, en la mujer más poderosa del imperio.

La que no lograba atraer la atención del sultán todavía podía ascender por otras vías, ora subiendo de categoría en el séquito del que había entrado a formar parte originalmente, ora entrando al servicio de alguna de las favoritas, o convirtiéndose en confidente de la reina madre, o desempeñando alguno de los cargos importantes, como el de guardiana de las joyas o ama de guardarropa.

Los últimos años de Topkapi

El palacio siguió siendo residencia del sultán hasta el siglo XIX. Aunque sufrió modificaciones, ninguna cambió radicalmente su carácter, ni alteró el papel que desempeñaba en la vida del imperio. Pero hacia 1853 el sultán Abdul Mecit I, comprendiendo que la vida de la corte había cambiado mucho, se trasladó a un nuevo palacio situado en Dolmabase, en el Bósforo. Topkapi siguió albergando los harenes de anteriores sultanes y se convirtió en «un palacio de lágrimas».



ASIA

Desde un punto de vista occidental tradicional, Asia es principalmente notable por las culturas de lo que los arqueólogos europeos denominaron «Oriente próximo». Mesopotamia es la cuna de nuestras primeras civilizaciones. Ciudades como Ur, Uruk, Lagash y Babilonia nos proporcionan los datos más antiguos sobre actividades como el uso de la escritura y el de la rueda.

Sin embargo, esta parte del libro no comienza por Mesopotamia sino por Anatolia, en un lugar más apartado de la civilización occidental que las grandes ciudades sumerias: Catal Hoyuk, asentamiento prehistórico que algunos autores definen como la primera ciudad. Sus habitantes no sabían leer ni escribir y para algunos expertos esto es requisito indispensable para que pueda hablarse de «civilización». Pero su refinado gusto artístico, el desarrollo de su religión, su explotación de los recursos locales y la técnica de sus construcciones ponen de manifiesto una cultura que estaba en el albor de la civilización. Es además un lugar que plantea muchas cuestiones sobre su religión, su arte y las grandes zonas del asentamiento que todavía no se han excavado.

Otros lugares de Asia nos resultan más familiares. En la Biblia se habla de Ur, de Babilonia conocemos sus famosos jardines colgantes y la Torre de Babel, y Homero y muchos escritores después de él nos han descrito Troya. En muchos aspectos estas culturas no nos resultan en absoluto ajenas. Baste recordar la epopeya de *Gilgamés*, la obra literaria más antigua que se conserva, escrita en tablillas asirias de barro. El texto nos ofrece la lucha del héroe contra el mal, su peregrinar en pos del amor y de la amistad, sus ansias de inmortalidad.

No es de extrañar que nos fascinen otras culturas posteriores de esta zona, como la asiria (que en nuestro libro está representada por la ciudad de Jursabad) o la persa (representada por Persépolis).

No sabemos quiénes eran ni de dónde procedían los primeros pobladores de Mesopotamia, que se asentaron hacia el año 4500 a. de C. a orillas de los ríos Tigris y Éufrates, entre los que construyeron un complicado sistema de irrigación mediante canales. Muchos de esos pueblos eran nómadas, pero la necesidad de construir y mantener los sistemas de irrigación les obligó a asentarse en núcleos de población, aunque las ciudades y el desarrollo de la escritura no aparecieron hasta el tercer milenio a. de C. Entre las ciudades más antiguas cabe citar Uruk, a orillas del Éufrates. En ciudades como ésta se desarrollaron los pictogramas, que darían lugar a la escritura cuneiforme, y los templos monumentales, ambos herencia de Gilgamés (rey de Uruk) y de los habitantes de Ur y de Babilonia. Su refinada civilización y su riqueza agrícola se verían frenadas, cuando no destruidas, por los gobernantes posteriores, particularmente por persas y asirios.

Pero, a pesar de nuestra predilección por Mesopotamia y los pueblos de su entorno, no hemos de olvidar muchas otras civilizaciones asiáticas. Sólo con el subcontinente indio se podría escribir un libro como éste. De esa zona hemos elegido Mohenjo-Daro como representante del valle del Indo –una civilización fluvial muy refinada, que desapareció misteriosamente–. De Ellora nos atrajeron sus connotaciones religiosas y la originalidad de sus construcciones excavadas en la roca. Una fascinación similar es la que ejerce otro santuario mucho más moderno, el Taj Mahal.

También China es una región de exuberante riqueza. De ella hemos elegido dos de sus enclaves más famosos: la Gran Muralla y la Ciudad Prohibida de Pekín.

Por último figuran algunos emplazamientos de otras civilizaciones menores y más aisladas. En el extremo oriental Angkor representa el florecimiento de la cultura jemer, en tanto que Yoshinogari y Nara nos dejan vislumbrar varios siglos de historia japonesa.

El objetivo de esta sección del libro es acercar al lector lugares muy remotos, de gran riqueza y diversidad, y hacer que le resulte un poco más familiar el fascinante continente asiático.



Los santuarios de Catal Hoyuk contienen extraordinarias decoraciones. Las paredes están adornadas con cabezas de toro de escayola con cuernos de verdad y dibujos de buitres. En la ilustración vemos un enterramiento bajo una plataforma mientras se ofrecen sacrificios.

CATAL HOYUK

Ciudad de Anatolia que constituye uno de los asentamientos urbanos más antiguos y cuyos orígenes se remontan aproximadamente al año 7200 a. de C.

¿Dónde se encontraba la ciudad más antigua del mundo? Hace cincuenta años los arqueólogos habrían dicho que en Mesopotamia, la tierra entre los dos ríos, el Tigris y el Éufrates, «cuna de la civilización», donde surgieron las grandes ciudades de Ur y Babilonia. Allí nació la vida urbana y desde allí se difundió por Asia y Europa el concepto de ciudad. Pero a fines de la década de 1950 se produjo un acontecimiento que modificó esta teoría. Al sur de la región central de Turquía, bajo un cerro situado en la llanura de Konya, a unos 320 kilómetros de Ankara, se descubrieron los restos de Catal Hoyuk, ciudad que data aproximadamente del año 7200 a. de C., es decir, mucho más antigua que cualquiera de las que hasta la fecha se han descubierto en Mesopotamia. En ella se han encontrado los elementos característicos básicos de una ciudad: una religión organizada, una sociedad constituida por clases sociales y fuerzas laborales especializadas, y una población relativamente numerosa (más de 6.000 habitantes).

La ciudad tenía una ubicación ideal, en la llanura de Konya, que había sido un lago hasta el decimosexto milenio a. de C. Cuando se secó, quedó un terreno fértil en el que se podía cultivar cereales y en el que había ricos y húmedos pastos, en comparación con lo que era habitual en la Anatolia central. Sin embargo, aquella región era bastante salvaje y en sus proximidades había zonas pantanosas en las que abundaban leones, gacelas y onagros; en cuanto a las montañas de Taurus, que se extendían por el sur y por el oeste, estaban pobladas de leopardos y osos, aunque sus bosques también proporcionaban abundante madera.

El descubrimiento de Catal Hoyuk planteó más preguntas que respuestas. ¿Se trataba de la ciudad más antigua del mundo? ¿Cómo llegó a desarrollarse tan lejos de otros centros urbanos conocidos? ¿Por qué sus habitantes construyeron esas extrañas viviendas sin puertas en cuyo interior se veían cabezas de toro y cuernos de animales hechos de yeso? ¿Quiénes eran sus pobladores y cómo vivían?

Una ciudad sin calles

En Catal Hoyuk las casas eran de adobe, con vigas de madera, verticales en las esquinas y horizontales bajo la techumbre, que era plana, con canalones de yeso para que el agua de lluvia desaguara por el patio más cercano. En este sentido no eran muy distintas de las casas de otras ciudades antiguas. Pero lo que sí es diferente es que los edificios estaban completamente pegados unos a otros, sin calles entre medias y con muy pocos espacios abiertos. Sus habitantes pasaban de una casa a otra por la azotea y entraban en las casas por arriba, bien por una trampilla, bien por la puerta de un cuartucho construido en la propia azotea. No todas las casas tenían la misma altura, de modo que utilizarían escalerillas de madera para pasar de una vivienda a otra.

Además de servir de vía pública, este espacio plano situado sobre las viviendas se utilizaría en el buen tiempo como ampliación de la vivienda y como taller o lugar de trabajo. Muchas de las actividades que en la actualidad realizamos dentro de casa se harían probablemente en aquellos tiempos al aire libre.

La mayoría de los edificios era de ladrillos, todos ellos del mismo tamaño. De hecho, los habitantes de Catal Hoyuk utilizaban un sistema de medidas basado en las dimensiones de la mano (unos 8 centímetros) y del pie (unos 32 centímetros). Y los ladrillos tienen precisamente 1 x 2 x 4 manos. También las viviendas tienen medidas normalizadas: por lo general tienen 6 metros de largo por 4,5 de ancho, y las habitaciones, los huecos de las puertas, los hogares y los hornos son del mismo tamaño.

Esta curiosa disposición de la ciudad tenía una ventaja primordial, ya que al hallarse la entrada de las casas en la parte superior, se impedía

Catal Hoyuk era una ciudad sin calles. Se accedía a las viviendas por las azoteas y se utilizaban escaleras para conectar los diferentes niveles. Gracias a esto y al reducido número de puertas y ventanas, la ciudad era fácil de defender. Los buitres que sobrevuelan la ciudad son símbolo de la muerte. Los habitantes dejaban los cadáveres a su alcance para que dejaran el esqueleto limpio antes de proceder a su enterramiento.

el acceso de fieras y enemigos, sin tener que construir una muralla para fortificar la ciudad. Y este sistema era en cierto modo más eficaz que el de la muralla, pues, en cuanto se logra abrir una brecha en ésta, cae la ciudad. Pero si un atacante lograba introducirse en una de las viviendas de la zona exterior de la ciudad, lo único que tenían que hacer sus habitantes era salir por la azotea llevándose la escalera, con lo que dejaban al intruso perdido ante aquellos muros por los que no podía avanzar. Resulta significativo que no existan pruebas de que Catal Hoyuk haya sido jamás conquistada o saqueada.

El interior de las casas, aunque escasamente ventilado, tiene que haber sido muy fresco. En las viviendas, de reducidas dimensiones, había unas plataformas que, además de servir de nichos donde se guardaban los cadáveres de los miembros de la familia, se utilizarían como bancos de trabajo durante el día y como camas durante la noche. A pesar de su modestia, las viviendas estaban muy cuidadas y se enjalbegaban todos los años. En cuanto a los desperdicios, se amontonaban en patios especiales y luego se cubrían de cenizas.

Los pobladores y sus oficios

Los habitantes de Catal Hoyuk eran analfabetos, por lo que no nos queda ningún documento escrito suyo, y como las excavaciones no son todavía suficientemente profundas, no se conocen con exactitud sus orígenes. Es posible que procedan del sur de Anatolia, donde se encontraron pinturas rupestres (en las cuevas de Kara'In y de OktzIt'In) de características semejantes a las de Catal Hoyuk. Esta teoría se ve reforzada por el hecho de que el estudio médico de los huesos hallados en la ciudad revela que sus habitantes pade-



cían hiperostosis, enfermedad que se caracteriza por un engrosamiento de los huesos. El portador de esta enfermedad es el mosquito de la malaria, existente precisamente en el sur de Anatolia.

Los habitantes de Catal Hoyuk eran relativamente altos. Los hombres solían medir hasta 1'70 metros y llegaban a vivir una media de 34 años, que para entonces era una edad avanzada. Las mujeres solían alcanzar los 31 años y medían aproximadamente 1'55 metros. Se alimentaban de cereales, probablemente en forma de gachas, así como de carne y leche de oveja y cabra. En los alrededores de la ciudad se cultivaban la escanda y el trigo duro. Los artesanos fabricaban objetos de barro y de madera.

La artesanía textil estaba también muy avanzada en Catal Hoyuk, a juzgar por los restos de tejido hallados en un nicho dentro de una calavera; a pesar de que, hacia el año 5880 a. de C., se produjo un incendio que dejó el tejido carbonizado, al estar metido en una cámara cerrada

Representación de la fertilidad.



se conservó perfectamente su trama, en la que se observa que era obra de artesanos que conocían perfectamente el arte de hilar y tejer. Aunque no se han hallado semillas de lino, es probable que los tejidos fueran de este material.

Podemos recabar más información sobre los tejidos a partir de otras fuentes, tales como las huellas dejadas sobre el barro del suelo por esteras de junco, que tenían un dibujo diagonal similar a uno que se usa en las alfombras modernas de Anatolia. En cuanto a las pinturas murales de los santuarios, también forman un dibujo parecido al de los *kilim* que se encuentran hoy día en muchas casas de esta zona. Los habitantes de Catal Hoyuk conocían los tintes, que extraían de hierbas como el glasto (que da un tinte azul), la rubia (rojo) y la gualda (amarillo). En las pinturas de las paredes quedan todavía rastros de rojo, que se combinaría con la vistosa decoración de las esteras, la ropa y las vasijas de madera.

Es de suponer que un gran número de personas se dedicaban a las artes decorativas, ya que muchas de las paredes estaban cubiertas de pinturas que se han podido reconstruir parcialmente. Los motivos predilectos son los de animales como toros, ciervos y leopardos, pero también aparecen figuras humanas (cazadores, bailarines y acróbatas), además de flores y dibujos geométricos.

Fuentes de riqueza

Aparte de estas actividades artísticas, es probable que los habitantes de Catal Hoyuk tuvieran que dedicarse a otros asuntos para procurarse los bienes necesarios para el mantenimiento de la ciudad.

Hoy día nos puede parecer preocupante su proximidad a los dos volcanes, el Hasan Dag y el Karaca Dag; pero junto a ellos se encontraba la obsidiana, roca volcánica parecida al cristal, que puede cortarse para fabricar cuchillos o pulirse para hacer espejos. Cualquier grupo de personas capaz de controlar los yacimientos de este mineral tenía la posibilidad de fabricar tanto valiosísimas herramientas como objetos suntuarios de gran importancia.

De obsidiana son una gran variedad de herramientas, armas, adornos y objetos domésticos, muchos de los cuales están finamente tallados, cuchillos con puntas muy afiladas y espejos perfectamente pulidos. No sabemos cómo conseguían unas superficies tan lisas, ni cómo podían agujerear las cuentas de obsidiana, pero lo hacían con una habilidad asombrosa. Es de suponer que en aquellos tiempos la maestría de estos artesanos provocara en otros pueblos un profundo respeto.

Los habitantes de Catal Hoyuk también sobresalían en otra técnica.



Artículos de uso diario: una vasija, un huso, cuchillos y un colmillo decorado de jabalí.

En esta región de Anatolia abundan los yacimientos de cobre y, ya con anterioridad al año 7000 a. de C., los pueblos de esta zona descubrieron que podían martillear el cobre crudo para hacer herramientas sencillas y fíbulas. Mil años después ya sabían fundir el mineral para fabricar cuentas y otros objetos pequeños. De todos modos, la explotación metalúrgica reportaría a los habitantes de Catal Hoyuk menos beneficios que la de la obsidiana. Todavía estaba por llegar la época gloriosa de la metalurgia en Anatolia.

Convivir con los muertos

Catal Hoyuk es una ciudad de santuarios. De los 139 edificios excavados hasta la fecha, 40 se utilizaban, al parecer, para fines religiosos. Puede darse la casualidad de que los arqueólogos hayan trabajado principalmente en el «barrio sagrado» de la ciudad y que, a medida que prosigan las excavaciones y queden al descubierto otras zonas, la proporción no sea tan elevada. Pero de momento parece evidente que estamos ante una sociedad predominantemente religiosa.

Los santuarios estaban adornados con pinturas murales y frisos de barro, fundamentalmente con motivos animales: ciervos perseguidos por cazadores, leopardos, toros. Las decoraciones más notables son las cabezas de toro con cuernos de verdad que se encuentran en las paredes de muchos santuarios. El toro ha sido siempre un símbolo de vida, de virilidad y de acción, como lo atestiguan las pinturas rupestres más primitivas, entre las cuales cabe citar las del sur de Anatolia, de donde se supone que proceden los habitantes de Catal Hoyuk, y luego, en épocas mucho más recientes, los frescos del palacio de Cnosos.

También se han encontrado estatuillas de diosas y en los bajorrelieves de los templos aparecen a veces senos femeninos, que serían símbolos de fertilidad y que garantizarían la fecundidad de la tierra y la abundancia de las cosechas. Hay pocas estatuas masculinas, aunque algunos autores suponen que los toros simbolizan el sexo masculino.

Las estatuillas de diosas representan la maternidad, con los rasgos exagerados comunes en las diosas-madre de la antigüedad. Algunas están pariendo, en pie, con las manos y las piernas separadas, y otra lo hace sentada; algunas dan a luz a toros o carneros y otras a seres humanos.

Naturalmente, los símbolos de la muerte también aparecen representados en los santuarios de Catal Hoyuk; cabe subrayar las pinturas que muestran unos buitres picoteando unas figuras humanas que evidentemente son cadáveres, pues les falta la cabeza. Es posible que las aves formaran parte de un antiguo ritual de la muerte. El arqueólogo James Mellaart, que fue el primero que excavó Catal Hoyuk y que es todavía hoy la suprema autoridad en la materia, cree que sus habitantes celebraban «enterramientos celestes». Colocaban al muerto sobre una plataforma para que no pudieran tocarlo animales como los perros, pero, naturalmente, al alcance de las aves y los insectos, que se irían comiendo la carne hasta dejar el esqueleto mondo. Entonces lo trasladarían con sumo cuidado y lo enterrarían bajo una de las plataformas en la vivienda de sus familiares.

No todos los cadáveres se encontraban en las mismas condiciones en el momento de enterrarlos. Algunos tienen esqueletos completamente articulados, con restos de grasa; a otros los enterraban en peores condiciones y tienen algunos huesos desprendidos o carecen de otros. Esto se puede explicar al menos por dos razones: una, por la habilidad de las personas que manejaban los cadáveres, y otra, porque tal vez los enterramientos se celebraban una vez al año, en la época en que se decoraban los santuarios y las viviendas. En opinión de James Mellaart, la gente se trasladaba a una vivienda provisional mientras se celebraban los ritos de enterramiento y se enjalbegaban las casas. En cualquier caso, para los habitantes de Catal Hoyuk era importante la decoración anual de los santuarios, probablemente acompañada por ceremonias de consagración que recordaban la continua sucesión de las estaciones.

La mayoría de los enterramientos se hacían debajo de las plataformas de las propias viviendas, aunque no siempre sucedía así. Sólo hay una casa en la que la media de enterramientos por generación es de siete, número que cabría esperar dada la dimensión de las casas. A muchos otros –probablemente sacerdotes y sacerdotisas– los enterraban en los santuarios. En estas sepulturas se han encontrado objetos más ricos que en las de las viviendas. Otro detalle que nos revela la distinta categoría social es que en las casas se enterraba a las mujeres en las plataformas más grandes y a los hombres en las más pequeñas.

Una economía urbana

El emparejamiento de los símbolos de la fertilidad y la muerte en los santuarios es bastante natural, pues representa la conciencia de la existencia de un ciclo natural –desde el nacimiento hasta la muerte– que es vital para la supervivencia. Si bien esto es propio de una religión de tipo rural, en la que se pide la continuación del ciclo de crecimiento, muerte y renacimiento, también es adecuada para una ciudad que depende de los productos de la agricultura de los alrededores.



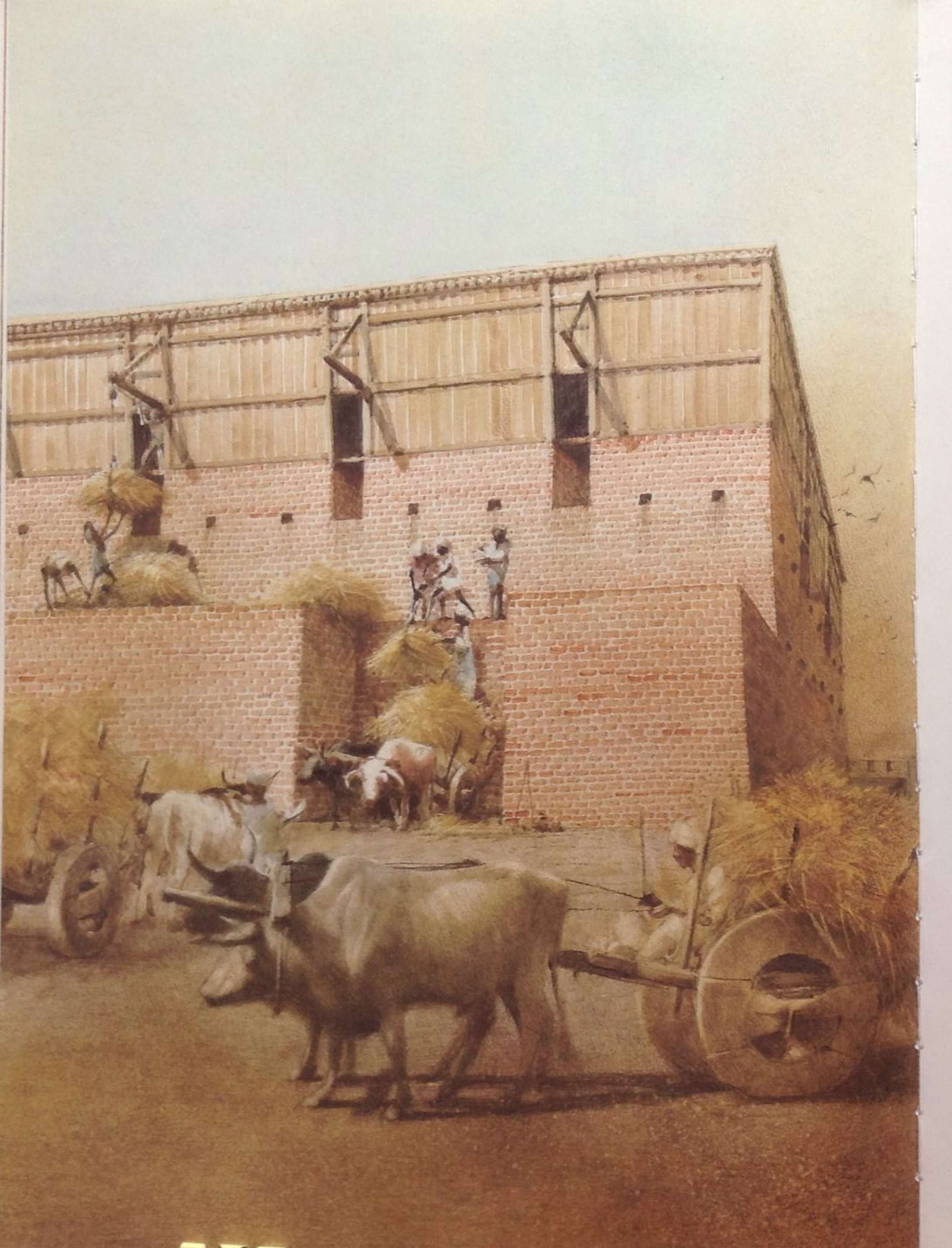
Pintura en la que aparecen un buitre y unas figuras sin cabeza que simbolizan la muerte.

Supone además una religión organizada, con gran número de sacerdotes, lo que se pone de manifiesto por la cantidad de personas enterradas en los santuarios. Si existía una clase numerosa de sacerdotes, es de suponer que también existieran otras clases de especialistas que fabricaban objetos necesarios para el culto. En las zonas que hasta ahora se han excavado no hay vestigios de la labor de tejedores, alfareros o carpinteros, aunque se han encontrado muchos objetos acabados. Es posible que en el futuro se descubra alguna zona de la ciudad en la que vivían y trabajaban estos artesanos.

También es probable que tuvieran relaciones comerciales con otras regiones para procurarse las materias primas que no se podían encontrar dentro del recinto de la ciudad o en sus inmediaciones.

La ciudad se encuentra en una zona bastante inhóspita, con pocos recursos naturales, a excepción de juncos y arcilla. De las montañas de Taurus, a unos 80 kilómetros al sur, traían la madera, así como cobre y plomo. Acigel, aproximadamente a 200 kilómetros al noroeste de la ciudad, proporcionaba grandes cantidades de obsidiana, que también se encontraban en el volcán más cercano, el de Hasan Dag; con ellas se fabricaban herramientas, puntas de flecha y objetos suntuarios tales como espejos. El pedernal y algunos objetos de alfarería procedían de Siria, mientras que los materiales utilizados para los tintes se importaban de otros lugares. Por otro lado, la alfarería de Catal Hoyuk se encuentra en lugares tan alejados como Cilicia, a 160 kilómetros al sureste.

Los arqueólogos que trabajan en Catal Hoyuk han identificado hasta la fecha catorce niveles de edificación. Y sin embargo sólo se ha descubierto una mínima sección de la ciudad. Una gran parte de su historia, desde su fundación hasta su desaparición, sigue siendo un enigma.



Las carretas de bueyes llegaban de los campos de la ribera del Indo cargadas de cereales. Para algunos arqueólogos, el granero era una especie de «banco». Indudablemente su contenido representaba la riqueza de un imperio.

MOHENJO-DARO

Ciudad del valle del Indo que floreció entre los años 2400-1800 a. de C. aproximadamente y fue un próspero centro agrícola

La buena calidad del suelo y un eficaz sistema de explotación agraria son esenciales para que se desarrolle una civilización urbana. En muchas partes del mundo se han aglomerado poblaciones alrededor de una zona que reunía estas condiciones, aunque no fuera la ubicación más ideal en otros aspectos. Sirva como ejemplo el pueblo egipcio, capaz de soportar una sucesión de periodos de inundaciones y de sequía con tal de beneficiarse de las fértiles tierras de la ribera del Nilo. Las poblaciones que vivían a orillas del Indo entre los años 2400 y 1800 a. de C. tuvieron que enfrentarse a problemas todavía más graves. Además de soportar inundaciones periódicas, tuvieron que sobrevivir en un terreno cenagoso, plagado de fieras y de insectos portadores de enfermedades.

Pero valía la pena el esfuerzo. La civilización del valle del Indo se extendió por más de setenta asentamientos –situados básicamente a orillas del río o de sus afluentes–, entre los que cabe destacar las grandes ciudades de Mohenjo-Daro y Harappa. Las inundaciones causaron graves daños en Mohenjo-Daro en diversas ocasiones, pero sus habitantes se resistieron a abandonar la ciudad, en la que vivían 40.000 personas. No cabe duda de que dependían de manera vital de la fertilidad de la tierra y de las crecidas del río, elementos esenciales para comprender el gran misterio de su civilización: el motivo de su decadencia económica y de la destrucción de sus ciudades.

La ciudad junto al río

Mohenjo-Daro es, de todas las ciudades del valle del Indo, la que nos proporciona más datos sobre sus edificios y sus habitantes, ya que Harappa fue saqueada en el siglo XIX y sus ladrillos se utilizaron para la construcción de la línea del ferrocarril Lahore-Karachi.

Mohenjo-Daro estaba compuesta de dos partes. En la llanura estaba la ciudad baja, y al oeste, sobre un montículo artificial, se levantaba la ciudadela. La ciudad baja consistía en calles con casas de ladrillo. Eran edificios sencillos y utilitarios, pero bien construidos. Las casas más grandes tenían un patio central y pocas ventanas que dieran a la calle, en parte por razones de seguridad, en parte por evitar el calor; su tamaño indica que en ellas vivían familias bastante numerosas y varios criados; evidentemente, la clase media de Mohenjo-Daro gozaba de cierto desahogo económico.

Los ladrillos utilizados en la construcción eran cocidos, aunque a veces los del interior de los edificios eran de adobe, más baratos; luego se enyesaban las paredes interiores, pero no las exteriores, que en las casas más ricas aparecen a veces decoradas con frisos de ladrillos verticales y horizontales.

Además de estas casas más importantes, había otras más pequeñas, e incluso viviendas de una sola habitación, generalmente en las esquinas y con la puerta sobre la calle principal, que eran probablemente para los serenos que vigilaban la ciudad por la noche.

La planificación de la ciudad estaba muy bien concebida. El plano de la misma consistía en una serie de calles anchas atravesadas por otras más estrechas, cruzadas, a su vez, por callejones. Todas estas vías contaban con un eficaz sistema de alcantarillado, lo cual pone de manifiesto la riqueza de un municipio dispuesto a facilitar a sus ciudadanos los servicios necesarios. Las aguas fecales salían de las casas por tuberías de barro y canales, y de allí pasaban al alcantarillado general, hecho de ladrillo por debajo de la calle y al que se accedía, para su limpieza, por unas bocas cuyas cubiertas se podían levantar. Los arqueólogos han descubierto montones de basura –causantes de algún atasco– junto a estos registros del alcantarillado.

La impresión que nos dan estas viviendas, al igual que las de otras ciudades del valle del Indo, es la de una vida acomodada pero sin ostenta-

El granero era el eje de la ciudad. A su alrededor había un gran espacio para facilitar la llegada y salida de mercancías. Detrás del granero se ve el gran complejo de la piscina, probablemente un lugar de culto que para algunos arqueólogos está relacionado con los orígenes del hinduismo. Detrás de la piscina se ven los patios del seminario; junto a ellos habría seguramente un gran templo.

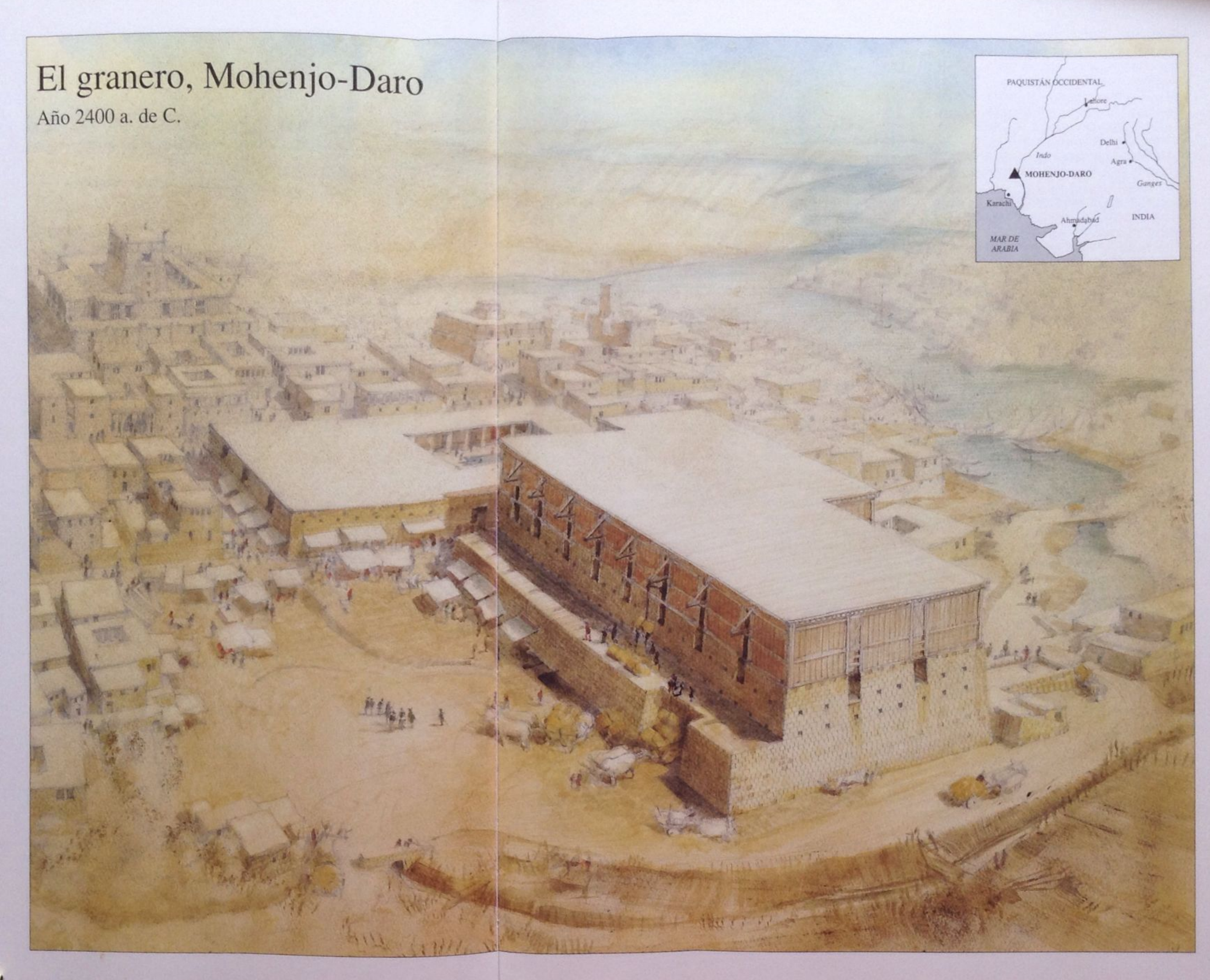
ción. Las numerosas herramientas y armas de cobre y bronce que se han descubierto están perfectamente fabricadas, pero carecen de la profusión de ornamentación que tienen otras armas suntuarias y simbólicas que utilizaban algunos pueblos primitivos. Lo mismo se puede decir de las alhajas, relativamente sencillas. Mayor riqueza muestran algunas tallas de hueso y de marfil, probablemente piezas de algún mueble de madera desaparecido; pero, por lo general, da la impresión de qûe a los habitantes de Mohenjo-Daro, seguros de su posición, no les gustaba hacer alarde de su bienestar económico.

Pero hay pruebas de que esta seguridad no estaba totalmente justificada. El estudio de los restos de las casas revela que tuvieron que ser reconstruidas en varias ocasiones para reparar el daño causado por las inundaciones. Esas reparaciones eran cada vez de peor calidad y a menudo las casas se dividieron en viviendas más pequeñas: la población aumentaba al tiempo que disminuía su prosperidad. En los últimos tiempos la vida en la ciudad debió de ser muy dura.

La riqueza del campo

La prosperidad de Mohenjo-Daro procedía de la tierra, como se pone de manifiesto en la otra parte de la ciudad, la ciudadela, situada al oeste sobre un montículo artificial coronado por una plataforma de adobe. Estaba defendida por una serie de torres de ladrillo reforzado con gruesas vigas horizontales. Esta parte de la ciudad es la que mejor se ha estudiado.

Probablemente el edificio más importante era un enorme granero de unos 45 metros de largo por 23 de ancho, situado sobre una elevada plataforma de ladrillo; sus paredes tenían un perfil ligeramente prismático,



como si se tratara de una fortaleza. Por encima de la plataforma había una entrecámara de ladrillo con canales de ventilación para la buena conservación del grano y sobre ésta un gran silo de madera. En uno de los laterales otra plataforma de ladrillo facilitaba el acceso a las carretas de bueyes para la carga y descarga de los cereales.

Es significativo que este edificio tuviera aspecto de fortaleza, ya que, según algunos autores, el granero de Mohenjo-Daro, al igual que el de Harappa, eran una especie de «bancos» en los que se guardaba la auténtica riqueza de la civilización del Indo. Por supuesto que la idea de banco es un concepto bastante moderno, pero no cabe duda de que el grano era un recurso muy valioso para aquellos pueblos, que tenían que conservarlo y protegerlo de las inundaciones, en un edificio construido en consonancia con su valor.

Además de las carretas de bueyes, que conocemos por los modelos de juguete que se han hallado en Mohenjo-Daro, los pueblos del Indo utilizaban barcos para transportar el grano. Algunas de las construcciones de la ciudad tienen aspecto de haber sido muelles y hay constancia de que el curso del Indo cambió en épocas posteriores: la ciudad estaba entonces mucho más próxima al río. Un sistema de transporte tan desarrollado es propio de un pueblo para el que el comercio tenía gran importancia, teoría que se confirma con la existencia de sellos, eficaz medio de identificar las mercancías. Lamentablemente, no ha sido posible interpretar las inscripciones de estos sellos, ya que son muy escasos los caracteres que aparecen en ellos.

Los sellos del Indo viajaban por muy lejanas rutas, hasta la ciudad de Ur y los países ribereños del golfo Pérsico, lo que nos plantea un enigma. Existen algunos documentos sumerios que citan un país llamado Dilmun, que ejercía una misteriosa atracción sobre los pueblos de Mesopotamia. Dilmun estaba situado en Oriente y algunas inscripciones lo mencionan como si fuera un paraíso terrenal. Las naves de Dilmun transportaron madera a la ciudad mesopotámica de Lagash hacia el año



Estatua de un sacerdote en esteatita.

2450 a. de C. y posteriormente descargaron esta misma mercancía en Babilonia.

Hacia el año 1950 a. de C. las tablillas de Ur citan naves que descargaron productos más valiosos, entre ellos oro, plata, lapislázuli y objetos de marfil y hueso. Aunque algunos arqueólogos han identificado Dilmun con la isla de Bahrein, en el golfo Pérsico, la misteriosa tierra podría ser el valle del Indo. Tampoco hay que descartar que las poblaciones del Indo utilizaran Dilmun-Bahrain como puerto intermedio en la ruta hacia Mesopotamia.

La gran piscina

El otro centro de importancia en la ciudad es un edificio de ladrillo de grandes dimensiones, sencillo pero de cuidada construcción, que alberga una gran piscina de 12 metros de largo por 7 de ancho y 2,5 de profundidad, con paredes impermeables, hechas de ladrillo cocido y argamasa de yeso, revestidas de betún. Alrededor de la piscina había pequeñas habitaciones con baños particulares. De estas habitaciones partía una escalera de piedra que conducía al piso superior.

Se supone que este centro tenía una finalidad religiosa más que higiénica, ya que la limpieza ritual es parte integrante de muchas religiones, entre ellas el hinduismo. Lo más probable es que los baños individuales fueran para los sacerdotes, que vivían en el piso de arriba y que procederían a sus abluciones antes de salir a presidir las ceremonias purificadoras de los fieles en la piscina.

El retrato más completo y llamativo de todos los encontrados en Mohenjo-Daro es seguramente el de un sacerdote. Se trata de una estatuilla de esteatita de unos 18 centímetros de altura, pero magníficamente tallada. De nariz larga, se le muestra con barba, pero con el bigote recortado, y tiene los ojos entornados, como si estuviera meditando. Lleva una túnica con adorno trebolado, motivo recurrente tanto en las esculturas de Mesopotamia y Egipto como en las del valle del Indo y frecuente en el arte religioso, razón por la que los arqueólogos opinan que se trata de un sacerdote o de un rey-sacerdote.

También es posible que la estatua represente a un dios, aunque es muy distinta de otras estatuas de dioses que se han conservado. En las ciudades del valle del Indo se ha hallado un gran número de estatuillas femeninas, de voluminosos pechos y fina cintura, que parecen indicar que estos pueblos veneraban a una divinidad femenina; también en este caso nos hallamos ante un culto a una diosa de la fertilidad por parte de una civilización cuya principal fuente de riqueza era la agricultura.

Otra explicación podría ser que estas figuras femeninas, más toscas que sus equivalentes masculinos, representaran un culto popular o doméstico, en tanto que las estatuas masculinas fueran símbolos de la religión oficial de la gran piscina.

La razón por la que existen tantas dudas sobre la religión del valle del Indo radica en que todavía no se ha descubierto ningún templo en Mohenjo-Daro. Según una leyenda muy antigua, debajo del monasterio budista construido en época más reciente en la parte oriental de la ciudadela se encuentran los restos de un templo del periodo de la civilización del Indo. Esta tradición no carece de fundamento, ya que, además de que levantar un templo sobre las ruinas de otro anterior es una práctica bastante frecuente, en este caso el emplazamiento idóneo para el templo principal de la ciudad es precisamente la ciudadela.

Los sellos del Indo

Algunas claves para conocer su religión nos las proporcionan los sellos hallados en Mohenjo-Daro y en Harappa, exquisitamente tallados en piedra blanda y generalmente cuadrados. Normalmente tienen una inscripción en la parte superior y un dibujo en relieve, generalmente de un animal, en la parte inferior. Las inscripciones suelen ser muy breves, por lo que resultan muy difíciles de descifrar. Los animales son todavía más crípticos que las inscripciones. En algunos casos aparece una especie de antílope con un solo cuerno, lo cual significaría que estos sellos contienen la representación más antigua del unicornio. Algunos autores opinan que se ha dibujado el animal de perfil y por ello sólo se le ve un cuerno, pero cuando aparecen toros, lo que ocurre con frecuencia, aunque se los represente de perfil, tienen los dos cuernos. El carácter sagrado del unicornio se manifiesta en que se representa ante una especie de incensario.

En los sellos de Mohenjo-Daro también aparecen toros, rinocerontes, tigres, cocodrilos, elefantes, etc. Uno de los más frecuentes es el toro brahmánico, especie con largos cuernos, robusto cuello y gruesa papada, que todavía hoy es para los hindúes un animal sagrado.

Si estas representaciones del toro brahmánico parecen anunciar las creencias del hinduismo en Mohenjo-Daro, otra imagen de los sellos lo confirma. Se trata de una figura humanoide, que lleva en la cabeza un tocado con tres cuernos y que tiene tres caras. Está sentada con las piernas cruzadas, en actitud que recuerda la del loto, *asana* del yoga. Estas características son parecidas a las del dios hindú Siva, sobre todo cuando se representa como señor de los animales, particularmente en un sello en el que aparece rodeado por un rinoceronte, un tigre, un elefante y un unicornio.

Aunque estos sellos no nos permiten por sí solos afirmar que los habitantes de Mohenjo-Daro practicaran una forma primitiva de hinduismo, si a ello añadimos la limpieza ritual, podemos suponer que esta religión ya había comenzado a desarrollarse en la época de la civilización del Indo.

Sello con toro y una inscripción en hindú.

Marea creciente, ciudad menguante

Se han propuesto muchas teorías para explicar la ruina de esta próspera civilización y es probable que en cada una de ellas haya algo de verdad. Entre los factores que debieron de intervenir en este caso cabe citar el colapso del sistema de irrigación; la división de la región en una serie de territorios provinciales, con la consiguiente pérdida de poder político por parte de Mohenjo-Daro y de Harappa; una invasión extranjera; el agotamiento del suelo por un exceso de cultivo y la malaria.

Existen pruebas de que la causa decisiva del desastre fue una inundación extraordinaria y prolongada, y no las habituales inundaciones anuales del Indo. El análisis de los sedimentos acumulados pone de manifiesto que se produjo un «encharcamiento», proceso que consiste en la acumulación de lodo procedente de un lago estancado. Es como si el río hubiera estado represado y no hubiera podido fluir hacia el mar, quedándose encharcados los alrededores de la ciudad. En cierto modo, eso fue lo que sucedió. El valle de Indo estaba sometido a los movimientos de la corteza terrestre; en uno de ellos se elevaron las tierras entre Mohenjo-Daro y el mar, y las aguas del río retrocedieron, dejando a la ciudad convertida en una isla. Primero se inundarían las calles de la ciudad baja y se atascaría el sistema de alcantarillado. La única solución sería volver a construir casas sobre las viviendas anteriores, con la esperanza de que las aguas no siguieran subiendo.

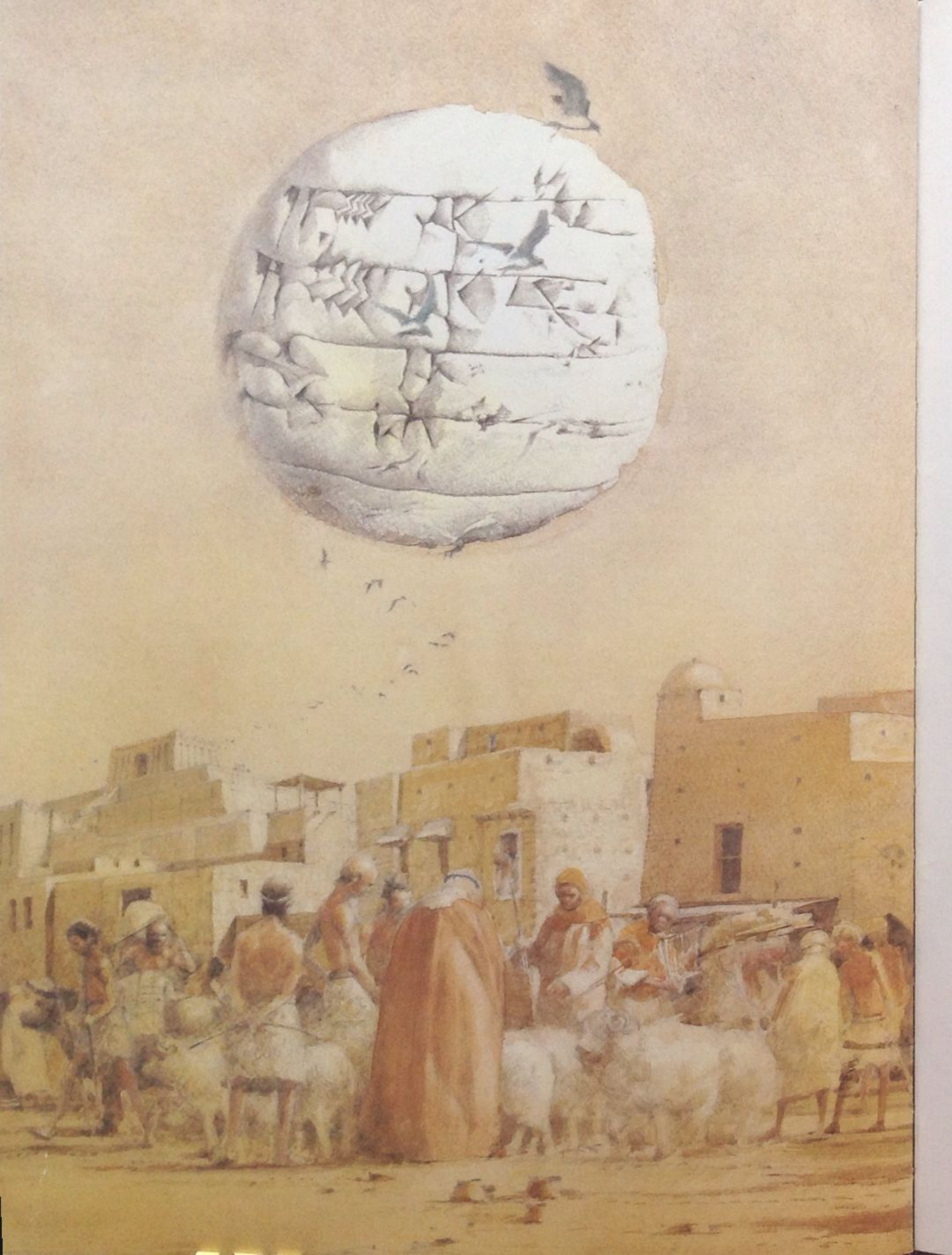
Sin embargo, aunque lograran ponerse a salvo, un cambio tan considerable tiene que haber supuesto un auténtico desastre ecológico para los habitantes de Mohenjo-Daro. Los campos estarían inundados, con lo que desaparecería la fertilidad del suelo. A pesar de que todavía podían seguir dedicándose al comercio, era esencial reconstruir la ciudad y asegurarse una reserva de alimentos. Entre tanto, causarían estragos la malnutrición y la malaria. A juzgar por los vestigios de las casas, la ciudad terminó por convertirse en un tugurio.

No se sabe a dónde fueron a parar los habitantes de Mohenjo-Daro cuando finalmente abandonaron la ciudad. Es posible que se refugiaran en otras ciudades más pequeñas del valle del Indo, o que se trasladaran al Punjab, o que huyeran hasta las faldas del Himalaya. Lo que sí se sabe con seguridad es que hacia el año 1700 a. de C. la ciudad estaba totalmente abandonada.

Durante gran parte de su historia la civilización del Indo es en muchos aspectos una civilización aislada, que muestra cierto paralelismo con Mesopotamia, otra de las grandes civilizaciones con las que los pueblos del Indo tuvieron relación. Pero estas similitudes (ciudad bien planificada, conocimiento de la escritura, utilización de sellos, etc.) son más generales que específicas y bastante habituales en aquella época. Los contrastes son mucho más evidentes.

Aunque no entendamos el lenguaje del Indo, no cabe duda de que es muy distinto del sumerio. Y el arte de Mohenjo-Daro y de Harappa –sellos, piezas de cerámica y esculturas de piedra– tiene una calidad propia.

La impresión más perdurable es que nos hallamos ante un pueblo con la suficiente seguridad en sí mismo como para mantener su personalidad y su independencia; no necesitaban copiar el arte de otros pueblos, conocían su propia capacidad. Pero esta seguridad tenía un punto débil. Si no hubiera sido por el desastre de las inundaciones, podían haber sobrevivido durante muchos siglos, ejerciendo una mayor influencia. Pero el río del que dependían sus vidas acabó siendo demasiado poderoso.



Por encima de las calles de Ur destacaba la alta silueta del zigurat, que recordaba a sus habitantes el poder del templo. La tablilla de barro con inscripciones cuneiformes que aparece en la parte superior simboliza la importancia de la escritura en la cultura sumeria.

UR

Ciudad sumeria que floreció entre los años 4000-2000 a. de C. y cuna de la literatura más antigua; en ella se encuentran el zigurat y unos magníficos enterramientos reales

En el capítulo XI del Génesis están escritas estas palabras: «Y cogieron ladrillos en vez de piedras y alquitrán en vez de cemento. Y dijeron: "Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance el cielo, para hacernos famosos y para no dispersarnos por la superficie de la tierra"».

El pueblo del que habla la Biblia era el de los antepasados de Abraham, quienes, entre los años 5300 y 3500 a. de C. aproximadamente, se asentaron en la región llamada Sumer o Mesopotamia, es decir, la tierra que se halla entre el Tigris y el Éufrates. Entre ellos estaban los ubaidianos y varios grupos de nómadas semitas del suroeste, así como gentes procedentes del sur de Irán. Encontraron una tierra fértil, pero sin piedra y por ello construyeron sus edificios a base de ladrillo. Fundaron varias ciudades, que eran ciudades-estado independientes, pero con una cultura uniforme: la civilización sumeria.

¿Qué tenían en común estas ciudades sumerias? En primer lugar, una lengua y una escritura que les facilitaba la comunicación, tanto de documentos legales y operaciones comerciales como de mitos y leyendas. En segundo lugar, tenían un sistema de comercio que, aunque supusiera la competencia entre unas ciudades y otras, daba un aspecto muy similar a todos los estados. Y, por último, tenían una religión única, que produjo algunas de las muestras arquitectónicas más destacadas de esa época, a saber, los zigurats, el más hermoso de los cuales era el de Ur.

Ur, la ciudad del pueblo de Abraham, era una de las más grandes de Mesopotamia. Situada en el centro de una pantanosa, pero fértil, región agrícola, Ur tiene una larga historia, en la que destacan dos periodos. El primero, casi 4.000 años antes del nacimiento de Cristo, es el de los grandes enterramientos reales, que tanto nos dicen sobre la vida y la muerte de los reyes y cortesanos de aquellos tiempos. El segundo, hacia el año 2000 a. de C., es una especie de renacimiento de la cultura sumeria, en la que se construye el edificio más famoso de la ciudad: el zigurat.

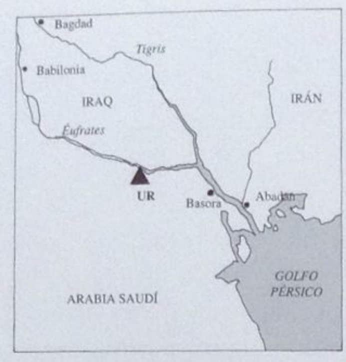
Contemplando los yacimientos arqueológicos de Ur en la actualidad, resulta difícil imaginar cómo era la ciudad en su época de esplendor. Aunque quedan bastantes restos del gran zigurat, no son sino una sombra de lo que debió ser el edificio original. Y todavía es más difícil reconstruir las casas. Pero Ur encierra misterios mucho más profundos que éstos. Las ricas tumbas reales que han sido descubiertas contenían joyas de oro y lapislázuli, así como restos humanos, al parecer de víctimas ofrecidas en sacrificio. ¿Qué secreto encierra esta civilización refinada y bárbara a un tiempo?

Los secretos de las tumbas

En 1923 el arqueólogo británico Leonard Woolley descubrió la necrópolis de Ur; la riqueza de los objetos hallados en las tumbas le indujo a pensar que se trataba de enterramientos reales de los años 2800-2600 a. de C. Se encontraron unos 2.000 cuerpos, de los cuales dieciséis tenían adornos que parecían indicar que se trataba de personajes de la más alta alcurnia. Los demás eran probablemente cortesanos –servidores, soldados o músicos–, cada uno de ellos con los atributos correspondientes a su cargo, pero sin los ricos objetos hallados en las tumbas de la familia real. Woolley dedujo que, así como a los faraones egipcios los enterraban con figuras de madera que representaban a sus criados para que les sirviesen en la otra vida, los reyes sumerios se hacían acompañar de los cadáveres de sus auténticos servidores.

Al irse adentrando en las primeras tumbas, se confirmó esta teoría. Los arqueólogos descubrieron en primer lugar cinco cuerpos masculinos, con copas y dagas, y luego diez cuerpos femeninos muy enjoyados, con tocados y collares de piedras preciosas. Después vieron los restos de una carreta con bueyes, más cuerpos, un co-

El zigurat era una gran plataforma recubierta de ladrillos a la que se accedía mediante una escalera triple. Es una de las versiones más antiguas de las «montañas–templo», a la vez centro del poder espiritual y del terrenal, tanto por las ceremonias que en él se celebraban como por el poder material de los sacerdotes para contratar al ejército de trabajadores que necesitaban para construir y mantener el templo.



fre, gran número de ofrendas y un par de cabezas de leones de plata, que formaban probablemente parte de la ornamentación de un trono.

En otra cámara, situada debajo de la primera excavación, se encontraron los cuerpos de soldados, mozos de cuadra, criadas y del propio rey. En una tercera cámara, próxima a la anterior, estaba el cuerpo de la reina, cubierto de collares de cornalina, lapislázuli, ágata, calcedonia, plata y oro. Entre esos adornos se descubrió un sello con su nombre, Puabi.

En excavaciones posteriores se encontraron otras tumbas parecidas, entre ellas la del rey Meskalamdug, con muchísimos más objetos: más de cincuenta cuencos de cobre, numerosas vasijas de oro y plata, magníficas armas y un casco de oro batido en forma de peluca. En algunas tumbas reales había un puñado de servidores; en otras hasta ochenta. Pero en cualquier caso, la mayoría de los esqueletos hallados por Woolley correspondían a personas jóvenes, lo cual parece indicar que se trataba de sacrificios rituales, teoría que se refuerza por el hecho de que, junto a cada cuerpo, se encontró una copa, como si hubieran bebido un veneno ya dentro de la tumba.

Es fácil imaginar el ritual de dichos enterramientos reales. En primer lugar, se colocaría el cadáver del monarca, normalmente dentro de un sarcófago, y junto a él tres o cuatro servidores de los más allegados, que beberían el veneno. Entonces se sellaría la tumba interior con ladrillos de adobe, enluciéndose luego la pared. Después entraba en la cámara exterior la solemne procesión funeraria: las mujeres de la corte con suntuosas diademas y tocados de oro y plata, los músicos tañendo arpas adornadas con incrustaciones, los mozos conduciendo carretas cargadas con ofrendas, seguidos de otros criados. Todos conocían su destino y, al parecer, aceptaban su papel dentro de aquel ritual previamente establecido. Pasaban ante un grupo de soldados que hacían guardia a la puerta y se colocaban ordenadamen-

El zigurat, Ur Año 2000 a. de C.

te, aguardando el momento final. Una vez concluido el ritual, otros servidores entraban en la tumba, colocaban los cadáveres, sacrificaban los bueyes y luego se marchaban. Fuera se celebraba el funeral, ofreciéndose libaciones, mientras tocaban los músicos y se cubría con tierra el hoyo.

Algunos autores pretenden que no se trata de enterramientos reales, sino de testimonios de un ritual de fertilidad, en el que se suponía que la muerte conducía a una renovación de la vida. Pero la riqueza de los objetos encontrados y la ubicación de los enterramientos en el centro de la zona sagrada de la ciudad hacen que muchos arqueólogos sean partidarios de la interpretación de Woolley. De hecho, cabe pensar que un ritual de fertilidad como éste fuera acompañado de algún enterramiento anual, pero a lo largo de los 600 años en los que se utilizó este tipo de tumbas sólo se realizaron dieciséis enterramientos. Por otra parte, es posible que en la ceremonia de un funeral real estuviera presente la idea de fertilidad. La muerte de un monarca podría relacionarse con un ritual de renovación antes de que accediera al trono su sucesor.



Cabeza de rey con diadema de oro.

La edad dorada de Ur

Si bien Ur era ya una ciudad importante antes de la época de las tumbas reales, la ciudad empezó a desarrollarse hacia el año 2500 a. de C. Aunque no podamos afirmarlo con toda seguridad, es muy probable que la causa de este florecimiento fuera un aumento de población propiciado por una serie de buenas cosechas y una mayor prosperidad gracias al auge del comercio fluvial. Otro factor que influyó en el crecimiento de la ciudad fue la necesidad de organizar un sistema de regadío, necesario en aquella región situada entre dos ríos y, por tanto, sujeta a épocas de sequía y de inundaciones.

Ur llegó al apogeo de su influencia hacia el año 2000 a. de C., bajo el próspero reinado de Ur-Namu. Éste dividió el reino en unos cuarenta distritos, administrados por otros tantos gobernadores civiles, a los que se sumaron, en determinadas zonas, unas guarniciones militares, con sus correspondientes mandos, directamente responsables ante el rey.

Desde las ciudades de Ur y de Uruk, el rey Ur-Namu controlaba la zona situada entre los bajos Tigris y Éufrates, la región de Assur (ciudad situada Tigris arriba y que posteriormente llegaría a ser una de las capitales de los asirios) y la ciudad de Susa (patria de los elamitas, al este del Tigris, en lo que hoy es Irán). Naturalmente, esta expansión proporcionó a Ur-Namu grandes riquezas, que utilizó en parte para reconstruir las capitales de su reino, levantando edificios más permanentes que los mandados construir por sus antecesores. En muchos edificios se sustituyeron los ladrillos de adobe, que se deterioraban durante la estación de las lluvias, por ladrillos cocidos al fuego, más resistentes.

El mundo del templo

El edificio en que Ur-Namu invirtió más riqueza y esfuerzos fue el gran templo o zigurat. Como tantos otros lugares de devoción, se basa en la imagen de una montaña, por la que asciende el sacerdote o el fiel con el fin de estar más cerca del cielo, de la divinidad. El zigurat era de planta cuadrada, de 63 por 43 metros, con una altura de unos 30 metros. Aunque en nuestros tiempos esto no nos parezca una altura extraordinaria, hay que pensar que el zigurat se construyó a base de ladrillos cuyas dimensiones eran de 38 centímetros.

Originalmente, el zigurat tenía tres terrazas, a las que se accedía por una triple escalera destinada a algún tipo de uso ceremonial; su forma era de pirámide truncada, semejante a una montaña. En la parte superior se encontraba el propio santuario, en el que se llevaban a cabo los ritos más sagrados de la religión mesopotámica. Las paredes exteriores estaban cubiertas de ladrillos cocidos al fuego, la mayoría de ellos con el nombre de Ur-Namu estampado, aunque algunos llevaban los nombres de determinados sucesores suyos, lo que prueba que el templo fue restaurado en diversas ocasiones.

El interior del zigurat es de adobe macizo y sólo se podía entrar en el santuario que se encontraba sobre la última terraza. En la época de intensas lluvias la humedad se filtraba hasta el centro de la masa de adobe, por lo que era preciso dejar, en la fachada de ladrillo, algunos agujeros de desagüe. El zigurat se levantaba en el recinto sagrado de la ciudad, donde también se encontraba el palacio de Ur-Namu, es decir, se destacaba como el edificio más importante de la ciudad más notable de su época.

Por los testimonios escritos, sabemos que los pueblos de Mesopotamia tenían muchísimos dioses, más de 2.000. Esto se debe a que los sumerios tenían la costumbre de venerar a un dios personal, que cuidaba de los intereses de cada individuo e intercedía por él ante las divinidades más poderosas. Originalmente, estos dioses estaban relacionados en su mayoría con algún aspecto del mundo natural y tenían en muchos casos forma de animal. Posteriormente aparecen en las esculturas sumerias con rasgos humanos. La divinidad más importante era Nanna, el dios luna, y la gran cantidad de lunitas de cobre que se encontraron en el zigurat confirman que en él se veneraba a Nanna y a su esposa Ningal.

Además de cumplir funciones religiosas, el templo representaba para los sumerios el centro de la vida de la ciudad y en él trabajaban muchas personas. Aparte de quienes se dedicaban a su construcción y mantenimiento –artistas, albañiles y obreros–, estaban los escribas y administradores, cuya labor era esencial para dirigir todas estas tareas. Y, naturalmente, era preciso alimentar, vestir y alojar a todas estas personas, de modo que el templo tenía que contratar también a cocineros, panaderos, cerveceros, hilanderos y tejedores. Según los archivos del templo de la ciudad mesopotámica de Lagash, trabajaban en este templo 1.200 personas y es probable que en el de Ur fueran todavía más. Este ejército de trabajadores, junto con los sacerdotes y escribas que los dirigían, constituía la institución más poderosa de la ciudad.



Colgante en forma de águila con cabeza de león.

Se anotaba todo

Para su buen funcionamiento, una ciudad necesita cierta burocracia, que a su vez precisa documentos escritos, además de un sistema de contabilidad, para saber quién ha pagado los impuestos, quién tiene deudas y quién es responsable de los proyectos municipales. La escritura es también esencial para los comerciantes, que necesitan anotar tratos y mantener su contabilidad.

Los sumerios utilizaron la escritura mucho más que los pueblos que les precedieron. Por ello, si pretendemos conocer a fondo su cultura, debemos estudiar la escritura sumeria. Los documentos que tenemos son tablillas de barro sobre las que los escribas practicaban unas marcas mediante un estilete de madera. A este tipo de escritura se le denomina *cuneiforme*, es decir, en forma de cuña. Una vez secas, las tablillas se almacenaban y así han llegado hasta nuestros días.

Los sumerios tenían una próspera clase de escribas, cuya formación era muy rigurosa, pues tenían que aprender 2.000 signos diferentes para poder mantener los archivos de la ciudad y el templo. Con el tiempo pasaron a escribir relatos y poemas que llevaban muchas generaciones transmitiéndose oralmente. Con ello nos dejaron la literatura escrita más antigua.

Muchas de las tablillas de estas fértiles regiones contienen datos sobre la agricultura. Los campesinos cultivaban cereales –sobre todo, cebada–, recogían juncos y criaban ganado. Otras tablillas describen oficios como los de albañil, carpintero y herrero, y profesiones como las de cocinero o médico.

Las ciudades-estado de Mesopotamia contaban con un buen sistema de comunicaciones, lo que propiciaba el florecimiento de la economía de mercado. Uno de los aspectos de ese sistema era la escritura cuneiforme y el otro el transporte fluvial, sobre todo por el Éufrates. Aunque no tuvieran grandes recursos, los sumerios podían importar materias primas y vender productos manufacturados. A juzgar por los objetos hallados en las tumbas reales, dominaban el arte de trabajar los metales y las incrustaciones. Las inscripciones más frecuentes hacen referencia a las transacciones comerciales. Por ellas sabemos que las piedras semipreciosas que se utilizaban en joyería, como el lapislázuli y la cornalina, llegaban a Ur procedentes de Irán y Afganistán, y la cornalina la importaban también del valle del Indo. De Anatolia traían el oro y la plata de Elam y de las montañas de Taurus, en tanto que el estaño procedía de Afganistán. El Éufrates era una excelente vía de comunicación, sobre todo para transportar cargamentos pesados, como madera de cedro, que se bajaba flotando por el río desde Siria, y piedra para la construcción.

Las tablillas de Mesopotamia nos dan una excelente visión de la vida intelectual de aquel pueblo. Tenían una legislación elaborada y convirtieron la moral tradicional de «ojo por ojo» en un curioso sistema de multas. El código legal de Ur-Namu establecía una multa de diez siclos de plata a todo aquel que le cortara a otro un pie y una multa de una mina de plata por romperle a otro un hueso. También a través de las tablillas conocemos su literatura, que a su vez proporciona datos sobre su religión.

Las tablillas educativas resultan muy reveladoras, ya que contienen listas de hechos y nombres que los estudiantes tenían que copiar y memorizar. Una de las asignaturas más importantes eran las ciencias naturales, con listas de aves, insectos y otros animales. Había también listas de rocas y minerales, así como de ciudades. En otras tenemos ejemplos de formas gramaticales y de problemas matemáticos. En cuanto a las tablillas de contenido literario, las hay con poemas épicos sobre dioses y héroes, con himnos a sus dioses y a sus reyes, y con proverbios y fábulas que reflejan la sabiduría popular. Aunque el objetivo principal era que los futuros escribas llegaran a dominar la escritura cuneiforme, adquirían muchos conocimientos adicionales practicando con todas estas listas.

En una tablilla se describe un día normal en la escuela. El método de enseñanza era primitivo y la disciplina muy severa. El colegial ha de ser puntual si no quiere que el maestro lo azote; en la escuela recita de memoria lo que está escrito en una tablilla, hace una copia en otra y se lleva deberes para casa, tanto escritos como orales. Recibe castigos corporales si habla, si se pone de pie en clase y si hace faltas al escribir.



Arpa hallada en una tumba real.

Esta educación produjo la clase administrativa que necesitaba una civilización urbana con intensas relaciones comerciales. La escritura que creó proporciona a los historiadores contemporáneos los medios esenciales para conocer la vida de los antiguos pobladores de Mesopotamia.



BOGAZKOY

Ciudadela montañosa y capital de los guerreros hititas entre los años 1700-1200 a. de C.

Los hititas fueron el pueblo más poderoso de Anatolia durante el periodo comprendido entre los años 1700 y 1200 a. de C. Conocemos su nombre por el Antiguo Testamento, pero los hititas bíblicos eran un pueblo diferente que procedía de la región que hoy es Siria. Hay documentos asirios que hacen referencia a estos pueblos, a los que denominan hatti, nombre con que se designaba originalmente a los anatolios. Su capital era Bogazkoy, en Turquía central. Los hititas anatolios eran bajos y robustos, de anchos hombros; su carácter, tan rudo como su aspecto físico, los hacía proclives a la vida militar. Pero, comparados con los asirios, famosos por su crueldad con sus prisioneros, los hititas eran humanitarios en la victoria. Y sus leyes revelan este humanitarismo.

La patria de los hititas era una alta meseta de Anatolia central, de terreno rocoso y clima extremado: inviernos muy fríos, con nieve, veranos secos y calurosos, y lluvias torrenciales en primavera. Pero tenía una gran ventaja: en aquella inhóspita región, los lugares escarpados resultaban fáciles de defender. Tal era el caso de Hattussa (o Hattush), cercana al actual pueblo de Bogazkoy, en Turquía.

Guerreros hititas con sus carros a la salida de una de las puertas de Bogazkoy. Su mejor recurso era la velocidad, ya que utilizaban los carros para romper las líneas de infantería enemiga.

Fue un jefe hitita, de nombre Labarnas, el que eligió aquel emplazamiento en el año 1650 a. de C. aproximadamente. Reconstruyó la fortaleza que había en el lugar, reforzando la muralla y recuperando el palacio original, y la convirtió en su capital. Después se hizo nombrar rey con el nombre de Hattusilis I, fundando la dinastía que conocemos como el «antiguo reino» hitita, cuyos monarcas ejercieron el poder desde Bogazkoy.

Hattusilis y sus sucesores gobernaron sobre una zona de Anatolia. No tenían acceso al mar, por lo que estaban rodeados de enemigos, contra los que luchaban constantemente. Los documentos hititas citan los nombres de algunos de ellos (países como Arzawa, Mira y Hapalla), aunque no sabemos exactamente dónde estaban estos lugares. Sin embargo, esta falta de costas les daba la ventaja de que al menos sus enemigos no podían unirse para atacarlos por mar y los hititas supieron, en esto como en otras muchas cosas, sacar provecho de un supuesto inconveniente.

En la capital

Bogazkoy es en la actualidad un enigmático montón de piedras desparramadas que casi forman ya parte del paisaje que las rodea. Sin embargo, puede revelarnos muchos datos sobre la vida de los hititas.

El emplazamiento es una fortaleza natural, con empinados riscos por el norte y el este; con sólo amurallarla por el sur y por el oeste sus habitantes se encontraban en un lugar prácticamente inexpugnable. Esto fue lo que se hizo en tiempos del antiguo reino y, para cuando el imperio hitita estaba constituido (hacia el año 1200 a. de C.), la ciudadela estaba totalmente fortificada. Todavía hoy subsisten vestigios de esta muralla de dimensiones sorprendentes. Además de la muralla exterior, había otra fortaleza interior, también rodeada de murallas, en la que se encontraban el palacio real y otros importantes edificios. Aparte de ser gruesas y fuertes, las murallas son notables por otras razones: al estar construidas sobre un terraplén, los hititas podían responder a los ataques enemigos desde una gran altura.

El perfil de la muralla tenía forma de prisma, más ancho por abajo, para dificultar la labor de los arietes enemigos y la colocación de escaleras exteriores; además, las piedras que se catapultaran desde fuera rebotarían sobre una superficie inclinada y el daño sería mínimo. Había túneles por debajo del terraplén, por los que los defensores podían salir y atacar al enemigo por sorpresa desde la retaguardia o huir en caso de peligro. Y además, había murallas interiores, de modo que la ciudad podía defenderse por sectores si el enemigo obtenía una victoria parcial.

Una de las consecuencias de este sistema fue que el rey quedaba muy

Bogazkoy, un gran emplazamiento montañoso, era una magnífica fortaleza natural. Los hititas construyeron una doble muralla para reforzar las defensas naturales. En lo alto de la colina, el gran templo y el palacio constituían un fortín dentro de la ciudadela para el rey y los sacerdotes.



aislado de sus súbditos. Este distanciamiento le confería un misterio divino y, de hecho, los reyes hititas tenían enorme poder, tanto físico como psicológico.

Alrededor del palacio se encontraban las dependencias de la servidumbre, es decir, pajes, porteros, mozos de cuadra, un chambelán, un médico, un recitador de oraciones y la guardia personal. Quedan vestigios de las dependencias que existían para mantener a todo este séquito: cocinas, despensas y una vaquería.

El rey y su familia vivían dentro de la muralla, en un edificio parecido a un serrallo; pero había otra residencia oficial (la «casa halentuwa»), que el rey y la reina utilizaban para ceremonias de corte, y un palacio aparte para los príncipes.

El palacio era un centro de ceremonias (incluso de tipo religioso) y, al poder ejercer su influencia sobre el abastecimiento y la demanda de bienes, era además un importante centro económico. A finales del periodo hitita, en el siglo XIII a. de C., el palacio era todavía más complejo, pues se le había añadido una serie de patios que conducían a distintos aposentos reales y un salón de recepciones.

Fuera del palacio vivía una comunidad todavía más numerosa, pero tanto en el palacio como en la ciu-

La ciudadela de Bogazkoy

Año 1600 a. de C.

N
0 metros 500
Colonia asiria ("Karum")
Gran templo I
Tablillas
Ciudadela (Buyuk Kale)
Nisantepe (inscripción)
Castillo amarillo
Ciudadela meridional
Puerta de los leones
Castillo nuevo
Templo IV
Templo II
Puerta del rey
Templo V
Templo III
Puerta de la esfinge

dad se daba esa mezcla de buena organización y fiero individualismo que es típica del pueblo hitita. Las calles estaban bien planificadas, eran rectas y contaban con un sistema de alcantarillado; pero las casas, de adobe con cimientos de piedra, eran de formas y dimensiones muy diversas. Las ventanas eran pocas y pequeñas; la cubierta plana, de barro y broza sostenida por vigas de madera, y en las habitaciones, muy modestas, vivían juntos animales y personas.



Estela en la que aparece Teshub, dios del tiempo.

La sociedad hitita

Los habitantes de la ciudad procedían de muy diversos estamentos sociales. En la parte inferior de la escala estaban los esclavos; por encima de ellos los campesinos, que se dedicaban al cultivo de productos tales como cebada, espelta, fruta, legumbres, aceitunas, cebollas y lino, además de cuidar del ganado, vacuno y lanar, y de las colmenas –la miel se utilizaba en la antigüedad para endulzar los alimentos–. Aunque pobres, los campesinos desempeñaban un papel fundamental para los hititas de Bogazkoy, ya que se necesitarían grandes cantidades de alimentos para mantener a una población de más de 30.000 personas, número de habitantes que llegó a tener la ciudad en su época de esplendor.

A continuación estaban los artesanos: alfareros, carpinteros y tejedores. Estos últimos hilaban y tejían el lino que cultivaban los campesinos, convirtiéndolo en prendas de vestir. Los hombres llevaban túnicas hasta las rodillas, aunque había otras más largas que probablemente eran de ceremonia. La ropa de las mujeres era parecida, y en invierno llevaban por encima capas largas. Los soldados vestían una especie de camisa y una falda corta, parecida a la de los escoceses. El rey se vestía como los soldados para combatir y con túnica larga para las ceremonias oficiales; se le suele distinguir porque lleva en la cabeza un tocado de forma cónica.

En Bogazkoy también trabajaban herreros. Se solía pensar que los hititas eran los herreros más antiguos del mundo y que guardaban con celo los secretos de su arte. Hoy se sabe que esto no es cierto y que la idea de que estos artesanos eran depositarios de un «secreto de estado» se deriva de la interpretación errónea de un documento. Pero es cierto que el hierro era muy importante para los hititas, sobre todo hacia el final de la época del imperio, pues con él fabricaban herramientas, armas y seguramente armaduras. Se fundía el mineral en los yacimientos y luego se llevaba a las forjas de la ciudad, donde se elaboraban los objetos. Un proceso similar se seguía con la piedra: se cortaba en bloques en la cantera y luego se llevaba al taller del escultor.

Por encima de los artesanos estaban los funcionarios, los nobles y los altos dignatarios, generalmente emparentados con el rey, bien por lazos de sangre, bien por matrimonio. Entre ellos había vasallos, nobles a quienes el rey concedía tierras a cambio de que le jurasen fidelidad y le facilitaran tropas en tiempos de guerra. Este sistema feudal era un factor fundamental para garantizar las victorias de los hititas. A los estados conquistados se les imponía un régimen parecido. El rey enviaba a uno de sus nobles como gobernador, al que se le pagaba con productos de la tierra, en tanto que al rey se le facilitaban tropas y un tributo que le pagaba el pueblo conquistado. Los pagos quedaban especificados mediante un tratado y los funcionarios se ocupaban de la redacción del mismo y de que se cumplieran sus cláusulas. Existía además la costumbre de que se intercambiaran regalos entre el rey y los estados vasallos, con el fin de estrechar los vínculos entre el conquistador y sus nuevos súbditos.

En la cúspide de la estructura social estaban el rey y la reina, la cual desempeñaba un importante papel en las ceremonias oficiales y en las tareas de gobierno; si enviudaba, seguía gobernando por derecho propio. Tal vez en esto se pueda detectar cierta influencia de las sociedades prehistóricas de Anatolia, seguramente de tipo matriarcal. También es posible que la continuidad de la reina en el gobierno aportara un elemento de estabilidad en una región inestable y belicosa.

La jurisprudencia

Entre los miles de tablillas que se descubrieron en Bogazkoy en el siglo XIX, había unas en las que estaban recogidas las leyes hititas. Muchas de ellas se basan en juicios reales, es decir, en el concepto moderno del «precedente». Además, frecuentemente son casos de tipo práctico, referentes al valor de los productos en el mercado y no al delito y su castigo.

El precio de los productos se controlaba rigurosamente. La unidad de valor era el siclo de plata; por ejemplo, un barril de aceite valía dos siclos, dos quesos valían un siclo y una prenda de ropa de lana valía veinte siclos. Ello no significa que hubiera que pagar exactamente las monedas –la mayor parte de las transacciones eran de trueque–, pero el siclo representaba la unidad de valor. Los salarios de los campesinos se determinaban de manera parecida, con lo cual el rey y los funcionarios podían ejercer un estricto control sobre la vida económica del país, aun a los niveles más bajos.

El derecho penal era sorprendentemente humanitario. La pena de muerte quedaba reservada sólo para casos de asesinato, violación y traición. Los castigos que se aplicaban a otros delitos se basaban en el principio de compensación: si uno le robaba a su vecino, estaba obligado a restituirle bienes por valor equivalente a lo robado; si le quemaba la casa, tenía que reconstruírsela. No quedan documentos que recojan procesos, por lo que ignoramos si en los juicios se aplicaba correctamente esta legislación. Pero los que tenemos –investigaciones sobre delitos cometidos por altos funcionarios– ponen de manifiesto que los hititas estaban dispuestos a interrogar a los testigos con todo rigor con el fin de llegar al fondo de una cuestión.

La lucha por la supremacía

Mientras en el interior se imponía la justicia, en el resto de Anatolia los hititas trataban continuamente de imponer su supremacía. Ya el primero de los monarcas del antiguo reino, Hattusilis I, entró en guerra con los habitantes de Arzawa, región occidental o suroccidental de Anatolia, para controlar sus reservas de estaño. Otros enemigos eran los hurritas que, procedentes de Mesopotamia, se extendieron por el sureste de Anatolia, y los habitantes de a Alepo, por el norte. En los últimos años de su reinado, Hattusilis logró vencer a todos ellos, excepto Alepo, pero su nieto Mursilis, que le sucedió en el trono, se impuso sobre ellos y conquistó el norte de Siria hacia el año 1595 a. de C. Espoleados por estas victorias, los hititas conquistaron Babilonia, una de las grandes potencias de la época. Pero no lograron mantener esta posesión mucho tiempo, ya que la necesidad de enfrentarse con enemigos más cercanos a su patria obligó a Mursilis a abandonar esta ciudad.

Estas son las líneas generales de la historia hitita, tanto durante el antiguo reino como durante el imperio (1450-1180 a. de C. aproximadamente): campaña tras campaña con el fin de cobrarse tributos de los pueblos vecinos, controlar las rutas comerciales del Éufrates y defender su propio territorio en Anatolia central, aparte de enfrentarse de cuando en cuando a alguna de las grandes potencias de la región.

Para lograr estas victorias, los hititas necesitaban un ejército numeroso y bien organizado. Su sistema «feudal» les permitía reclutar un gran número de hombres, llegando a reunir en ocasiones hasta 30.000 soldados. Tenían un sistema «decimal» de mando (cuerpos de cien hombres, divididos en unidades de diez), con el rey a la cabeza del ejército. Y una disciplina rígida y eficaz.

Se ha hallado una gran variedad de armas: espadas y puñales, además de hachas y arcos. Pero su instrumento de lucha más importante era el carro, que utilizaban no como los egipcios, que lo usaban como una plataforma móvil desde la que disparaban sus flechas, sino lanzándolo por entre las líneas de la infantería enemiga y causando pánico y mutilaciones a su paso. La habilidad de los aurigas hititas les reportó un gran número de victorias.



La puerta del rey, una entrada de la ciudad.

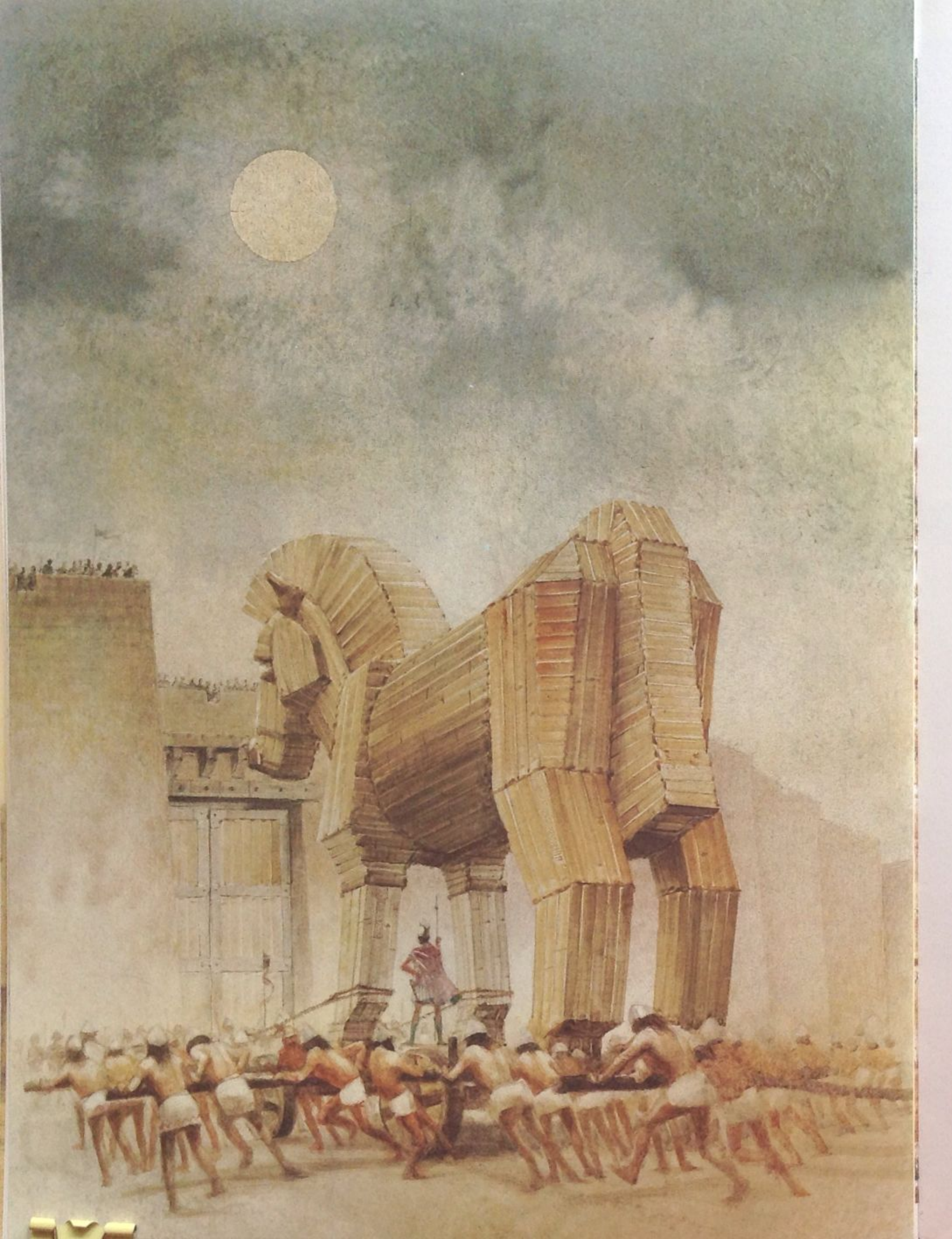
La más famosa de entre ellas fue la que consiguieron sobre los egipcios en Qadesh hacia el año 1286 a. de C., en una época muy dolorosa para Bogazkoy. El rey hitita Muwatallis se vio obligado a trasladar la capital porque Bogazkoy había sido asolada por los gasga, un belicoso pueblo del noreste. Apenas había logrado Muwatallis repeler la agresión, cuando tuvo que enfrentarse a los egipcios, al mando de Ramsés II, que avanzaba por el norte de Siria.

La batalla que se produjo en la estratégica ciudad de Qadesh es una de las más antiguas que se han registrado en detalle. Se conoce únicamente a través de documentos egipcios, pero éstos no menosprecian la capacidad de los hititas. Los factores que incidieron de manera decisiva en el resultado fueron, por una parte, la habilidad de los espías hititas, que facilitaron al faraón datos falsos sobre la posición de las tropas enemigas, y por otra la decisiva maniobra de sus carros de combate.

La batalla de Qadesh fue una gran victoria hitita, pero no resultó definitiva. Hacia el año 1285 a. de C. murió Muwatallis, al que sucedió su hijo y en seguida su hermano Hattusilis III; éste comprendió que era peligroso seguir enfrentándose a los egipcios y que la mejor manera de librarse de sus ataques era aliarse con ellos. También Egipto deseaba la paz, ya que ambas naciones vivían bajo la amenaza de los asirios, cada vez más poderosos por el este. De modo que se concertó la boda de la hija de Hattusilis con Ramsés y los egipcios aceptaron reconocer la soberanía hitita en el norte de Siria.

Pero los asirios seguían provocando hostilidades que conducirían al ocaso del imperio hitita. Se adueñaron de Isuwa, una zona en el curso superior del río Éufrates, con importantes yacimientos de cobre y, por tanto, vital para los hititas. Aunque el siguiente monarca hitita, Tudhaliyas IV (hacia 1250-1220 a. de C.), logró invadir Chipre, que también tenía yacimientos de cobre, los asirios y otros enemigos aguardaban al acecho.

De repente se produjo una catástrofe natural. Las cosechas empezaron a perderse y los hititas tuvieron que comprar grano egipcio, por lo que todavía era más importante que siguieran controlando las vías de comunicación. El golpe final lo asestaron las oleadas de población que, procedentes del noroeste, invadieron la costa del mar Egeo y tomaron Chipre, valiosa fuente de cobre para los hititas. Después atacaron Siria, con lo que los hititas perdieron una importante fuente de tributos. Al verlos debilitados, el pueblo gasga aprovechó la oportunidad e invadió los territorios que todavía quedaban en manos hititas. La capital no les interesaba y además, por aquella época, ya quedaban en ella pocas cosas de valor. Así que, hacia el año 1180 a. de C., le prendieron fuego y no quedó de ella piedra sobre piedra.



Según una famosa leyenda, los griegos convencieron a los troyanos de que aceptaran el regalo de un caballo de madera en el que iban escondidos los soldados enemigos. Por la noche, los griegos salieron del caballo y abrieron las puertas de la ciudad a sus tropas.

TROYA

Ciudad de Anatolia que floreció entre los años 2500 y 1400 a. de C. y cuya historia es famosa desde los tiempos de la Grecia clásica hasta nuestros días

Hay lugares fascinantes, cuya historia se ha narrado en muchos países, en muchos idiomas y a lo largo de muchos siglos. Uno de ellos es Troya, ciudad de Asia Menor en la que se desarrolló la *Ilíada* de Homero, obra que trata sobre la guerra desencadenada por Paris al raptar a Helena y que acabó con la destrucción de la ciudad tras diez años de lucha. La Troya de Homero se encuentra situada sobre un otero, en medio de una llanura azotada por los vientos. Tiene fuertes murallas, hermosos torreones, anchas calles y está coronada por el palacio del rey Príamo, con su salón del trono y sus aposentos recubiertos de mármol. La Troya de Homero es una ciudad muy principal y una importante plaza fuerte.

Pero no podemos tomarnos las descripciones de la *Ilíada* al pie de la letra, pues la guerra de Troya ya era historia lejana cuando se escribió este poema. Además, la obra de Homero es una versión embellecida de relatos que se habían transmitido oralmente, generación tras generación. En la época de esplendor de la civilización ateniense, es decir, en el siglo V a. de C., los personajes del poema de Homero habían adquirido ya la categoría de mito que tienen en la actualidad.

Sin embargo, para los griegos la guerra de Troya era un hecho histórico. El historiador griego Tucídides, que escribió sus obras hacia el año 400 a. de C., relata la guerra y sus antecedentes, aun admitiendo que sus fuentes son los poemas épicos y el testimonio de la «tradición». Pero como Tucídides vivió 850 años después de que se produjeran los acontecimientos que narra, es muy posible que la «tradición» haya distorsionado la realidad.

La ciudad ejerció, desde tiempos muy remotos, una atracción muy particular. Según la tradición, Troya estaba situada sobre una altura en Hisarlik, en Anatolia occidental. Allí encontraron los colonizadores del año 700 a. de C. aproximadamente un asentamiento llamado Ilión, nombre clásico de Troya, y allí acudieron los griegos, persas y romanos a empaparse en el ambiente de la famosa ciudad.

Los secretos de la colina

Hisarlik era un montículo en el que Heinrich Schliemann realizó las primeras excavaciones en 1870. Schliemann era un arqueólogo que tenía una fe ciega en lo que hacía y que estaba convencido de que iba a descubrir el emplazamiento de la Troya de Homero. La propia geografía de Hisarlik, junto con el hecho de que en esta zona soplan fuertes vientos (lo cual justificaría las palabras de Homero cuando habla de la «ventosa Troya»), encaminaron sus pasos hacia este lugar.

Los arqueólogos modernos lamentan que se iniciaran las excavaciones hace un siglo, pues Schliemann no trabajaba de manera científica y excavó galerías hasta el centro del montículo, destruyendo vestigios que hubiera debido examinar cuidadosamente. Además, retiró algunos objetos del lugar sin documentarlos adecuadamente y ahora no se sabe dónde se encontraron exactamente. Sin embargo, a la vista de la tarea que llevó a cabo, no nos queda más remedio que admirar la fe y la tenacidad de Schliemann.

Las capas del tiempo

Una de las sorpresas que nos reserva esta ciudad es su reducido tamaño: mide aproximadamente 137 x 182 metros, superficie que apenas puede albergar a un millar de personas en unas cuantas docenas de casas. No obstante, Troya es una ciudad de larga historia, que se va revelando en las distintas capas o niveles que constituyen el montículo. Cuando Schliemann y sus sucesores, más sistemáticos que él, fueron excavando el terreno, descubrieron nueve niveles diferentes que se pudieron fechar y que mostraban características bien definidas, además de otros subniveles de épocas intermedias.

La Troya imaginada por los griegos tenía templos con columnas clásicas dentro de sus murallas. Pero los edificios de la Troya primitiva y auténtica serían probablemente más sencillos y funcionales, quizás más parecidos a los de Micenas.

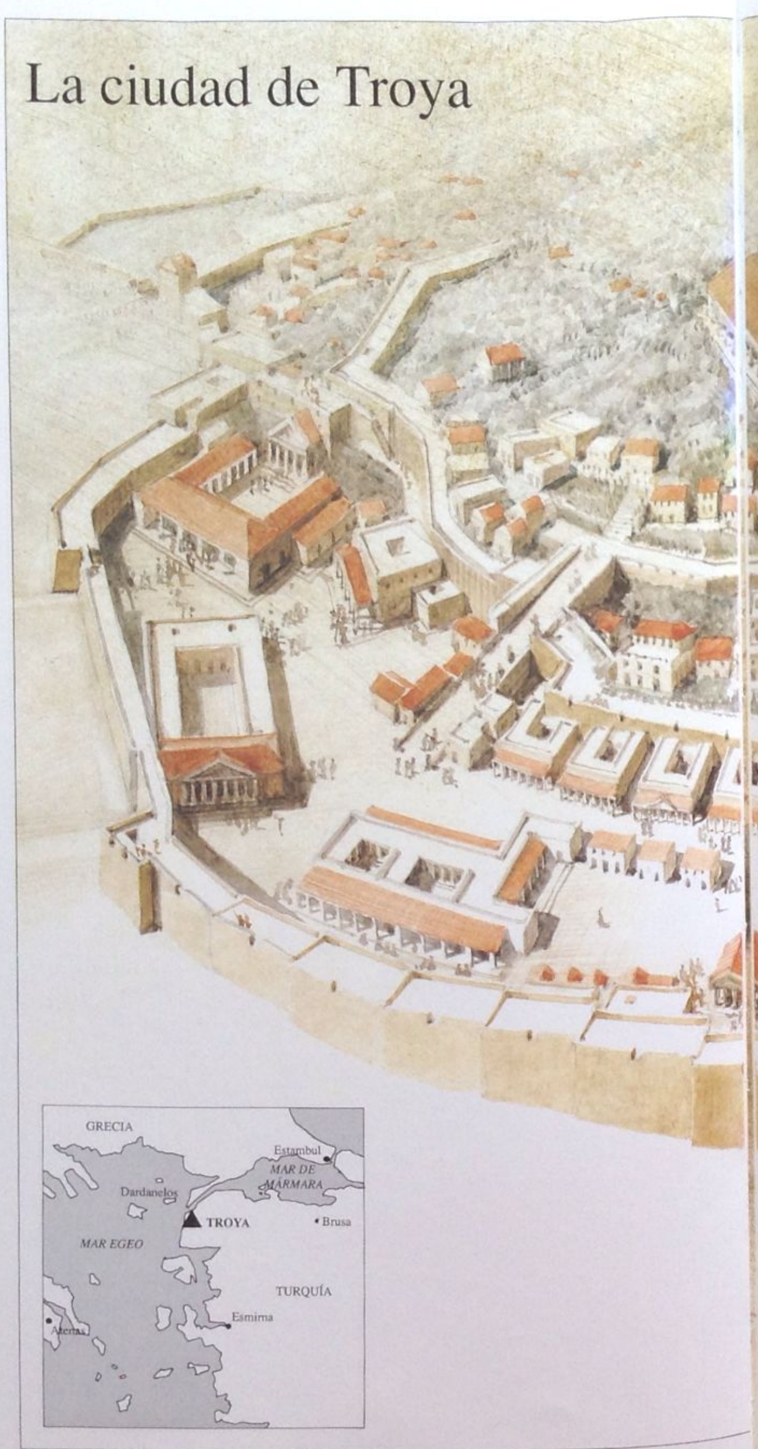
Analizar y fechar estas capas han sido tareas harto difíciles, sólo comparables con la de determinar si alguna de ellas corresponde a la Troya de Homero. Los arqueólogos modernos numeran la secuencia de las «Troyas» históricas con números romanos, empezando por la más antigua, Troya I, y terminando por la más reciente, Troya IX. Entre ambas se encuentran los dos asentamientos más interesantes, Troya II y Troya VI.

Troya en la edad del bronce antiguo

Troya II se sitúa en la edad del bronce antiguo. Algunos especialistas la fechan entre los años 2500 y 2200 a. de C.; otros en el periodo 2200-1400 a. de C. Por aquella época era una ciudad de unos 90 metros de diámetro, rodeada de una muralla de piedra y ladrillo, reforzada de trecho en trecho por torreones cuadrados que la convertían en una ciudadela. Dentro de la muralla había varios edificios, entre los que se destacaba uno de mayores dimensiones, que sería probablemente la vivienda del jefe.

Pero lo más sensacional de los hallazgos de Troya II fueron los objetos de oro, plata y bronce descubiertos por Schliemann. Cuando descubrió este «tesoro», lo sacó de allí con la ayuda de su esposa Sophie, por miedo a que los lugareños saquearan el emplazamiento por su cuenta, y siguió excavando aun a riesgo de que pudiera aplastarle algún derrumbamiento. Los objetos encontrados son excepcionales: copas, bandejas y otros recipientes; puntas de lanza y cobre; y una gran variedad de joyas, entre ellas varias diademas de oro, una de las cuales está formada por 16.000 piezas.

Schliemann bautizó inmediatamente el hallazgo con el nombre de «el tesoro de Príamo», rey de Troya, convencido de que aquélla era la Troya de Homero. En cualquier caso, los objetos demostraban que aquella pequeña ciudad formaba par-



te de una amplia red comercial que se extendía hasta Creta, Chipre, la península griega, Asiria y otras regiones de Anatolia. La importancia de Troya parecía indiscutible.

Pero otros autores más modernos han puesto en duda muchas de las teorías de Schliemann. Parece que no descubrió todo el tesoro junto, sino que fue guardando los objetos hasta que reunió una cantidad considerable, con el fin de causar mayor impacto. Tampoco es seguro que todos los objetos procedan del mismo nivel, pues Schliemann trabajaba con poco rigor científico. Y lo peor del caso es que el tesoro desapareció de Berlín durante la Primera Guerra Mundial, con lo cual ya no es posible estudiarlo más a fondo.

Pero aun antes de que desaparecieran, los hallazgos de Schliemann planteaban muchos enigmas. Ni siquiera él estaba absolutamente convencido de que hubiera descubierto la Troya de Homero. En sus primeros artículos sobre el tema pide la colaboración de otros expertos para solucionar los problemas. Pero fue preciso aguardar hasta después de la muerte de este gran pionero para poder estudiar sistemáticamente el emplazamiento. Y cuando esto sucedió, la atención de los expertos se centró en otros niveles más modernos.


Guerreros luchando cuerpo a cuerpo.

Troya VI

Al buscar en otro nivel la Troya de Homero, se trataba de localizar una época en la que la ciudad hubiera sido destruida de repente. Este nivel correspondía a Troya VI, arrasada hacia los años 1300-1250 a. de C., lo cual significaba que era un asentamiento de la edad del bronce moderno. Fue la ciudad de más larga vida de las nueve y su cultura era bastante parecida a la del nivel inmediatamente posterior.

Troya VI era más grande que los anteriores asentamientos, con un perímetro de 200 x 120 metros de lado. Estas reducidas dimensiones poco tienen que ver con la espaciosa ciudad de anchas calles que nos describe Homero, pero hay que tener en cuenta que el sentido de gran ciudad era en aquel tiempo muy diferente del nuestro. Aunque la ciudadela de Micenas era mucho más grande, la mayoría de las ciudades griegas eran similares en sus dimensiones a Troya. Además, tampoco sabemos si había otros edificios fuera de la muralla; es posible que hubiera algún poblado de casas de madera, cuyos habitantes se refugiarían en la ciudadela en tiempos de guerra.

En cualquier caso, no quedan vestigios de este poblado, pero podemos reconstruir gran parte de la ciudad, cuyos edificios eran de piedra. Hay restos importantes de la muralla por el oeste, el sur y el este de la ciudad (el lienzo norte fue destruido por Schliemann), construida a base de bloques de piedra caliza, bien labrados y encajados, los inferiores cortados en forma de prisma, más anchos por abajo, y por encima de ellos una hilera de bloques verticales. Este tipo de construcción es diferente del que se suele ver en otras fortificaciones del mundo egeo. Sus cimientos son muy profundos. Uno de los bastiones tiene un zócalo de siete metros por debajo del nivel del suelo; probablemente servía de base a una torre vigía de más de 20 metros de altura desde la que se controlaban todas las entradas y salidas de la ciudad por el este.

Dentro de las murallas había unas 25 casas de buen tamaño, construidas sobre terrazas que subían hasta el centro de la ciudadela; la mejor conservada es la llamada Casa de los Pilares, cerca de la puerta sur. De planta rectangular, tiene cinco habitaciones, un vestíbulo, una sala de 15 metros de largo y tres cuartos más pequeños. Se llama así por los dos pilares que sostienen el techo del salón. Su disposición es la típica de las casas de Troya VI, cuyo eje solía ser la gran sala principal; algunas tenían menos habitaciones, otra tenía planta en forma de L, pero por lo general todas estaban bien proporcionadas y eran de gran calidad. Cabe pensar que sus propietarios fueran miembros de la aristocracia.

En la terraza superior, hacia el extremo occidental de la ciudadela, se encontraría seguramente el palacio real, aunque no queda vestigio alguno del mismo porque los pobladores posteriores destruyeron prácticamente la obra anterior y construyeron un nuevo palacio sobre sus cimientos. Las suposiciones se basan en que todas las calles de la ciudadela convergen en este punto, que es además un emplazamiento ideal para la residencia del soberano. Probablemente sería una derivación del *mégaron*, con una gran sala central, rodeada de almacenes, talleres y aposentos de uso doméstico.

A juzgar por el tamaño de las casas de piedra y los espacios entre éstas y la muralla, los arqueólogos calculan que dentro de la ciudad no vivía más allá de un millar de personas, aunque fuera de las murallas pudieran vivir hasta 5.000.

Es posible que la ciudad ejerciera su influencia mucho más allá de la llanura sobre la que se levantaba. Se han hallado restos de cerámica micénica y algunos objetos de barro que imitan este tipo de cerámica. De Micenas procedía también un gran número de objetos, muchos de ellos suntuarios, entre los que cabe destacar un tablero de juego, varias fíbulas de plata y cuentas de marfil y de cornalina.

Aparte de esto, se encontraron piezas de cerámica y de barro procedentes de Chipre, y sellos cilíndricos que pueden ser hititas; por otra parte, las piezas de cerámica de la ciudad guardan bastante semejanza con las que se han encontrado en Lesbos por el sur y en Gallípoli por el norte, lo cual indica lo que podía ser el área de influencia troyana.

No se sabe muy bien lo que Troya enviaba a cambio a estas regiones. Desde luego, la ciudad era famosa por su cría de caballos. También se han encontrado muchas nueces de huso, pesas de piedra que servían para retorcer el hilo. Otra fuente de riqueza podría ser la pesca, ya que en aquella época la costa se hallaba mucho más cerca de la muralla occidental de la ciudad. Y, por último, las vasijas de barro gris típicas de Troya se han encontrado en lugares tan distantes como Chipre, Palestina y Siria.

La caída de Troya VI

Las circunstancias exactas de la decadencia y la caída de la ciudad resultan difíciles de comprender. Algunos arqueólogos suponen que se debieron a algún terremoto de los frecuentes en la región, que se habría producido a finales del periodo de Troya VI, aunque no destruyera toda la ciudad. Desde luego, los lienzos de muralla que se han conservado están agrietados, pero los troyanos tenían los medios y los conocimientos necesarios para haberlos reparado.

No cabe duda de que se produjo un acontecimiento que impidió reconstruir la fortificación. La Troya VIIa, en el siguiente nivel arqueológico, es una población mucho más pobre que la anterior, una paupérrima ciudad de chabolas, en la que las casas grandes están divididas en viviendas más pequeñas.

Carl Blegen, uno de los principales arqueólogos que trabajaron en las excavaciones, opinaba que el lugar había sido sitiado y que Troya VIIa era el resultado de una ciudad que tuvo que resistir el cerco de los ejércitos griegos. Sin embargo, existen pocas pruebas que confirmen una actividad militar en el periodo de Troya VIIa, que, en cualquier caso, es posterior a la ciudad homérica.

Volviendo a Troya VI, se observa que es posible que el terremoto no fuera la única fuerza destructiva. Existen también huellas de un incendio, tal vez obra del enemigo o debido a que, durante el terremoto, se hubieran caído las vigas de la techumbre de las casas sobre el hogar. Además, se han encontrado muchas armas en Troya VI y muchas de ellas son de tipo micénico: puntas de flecha y de lanza y un cuchillo. Por último, el aspecto que tienen los edificios arrasados que hay en la parte alta de la ciudadela parece obra de mano humana más que de las grietas y desmoronamientos propios de un terremoto.

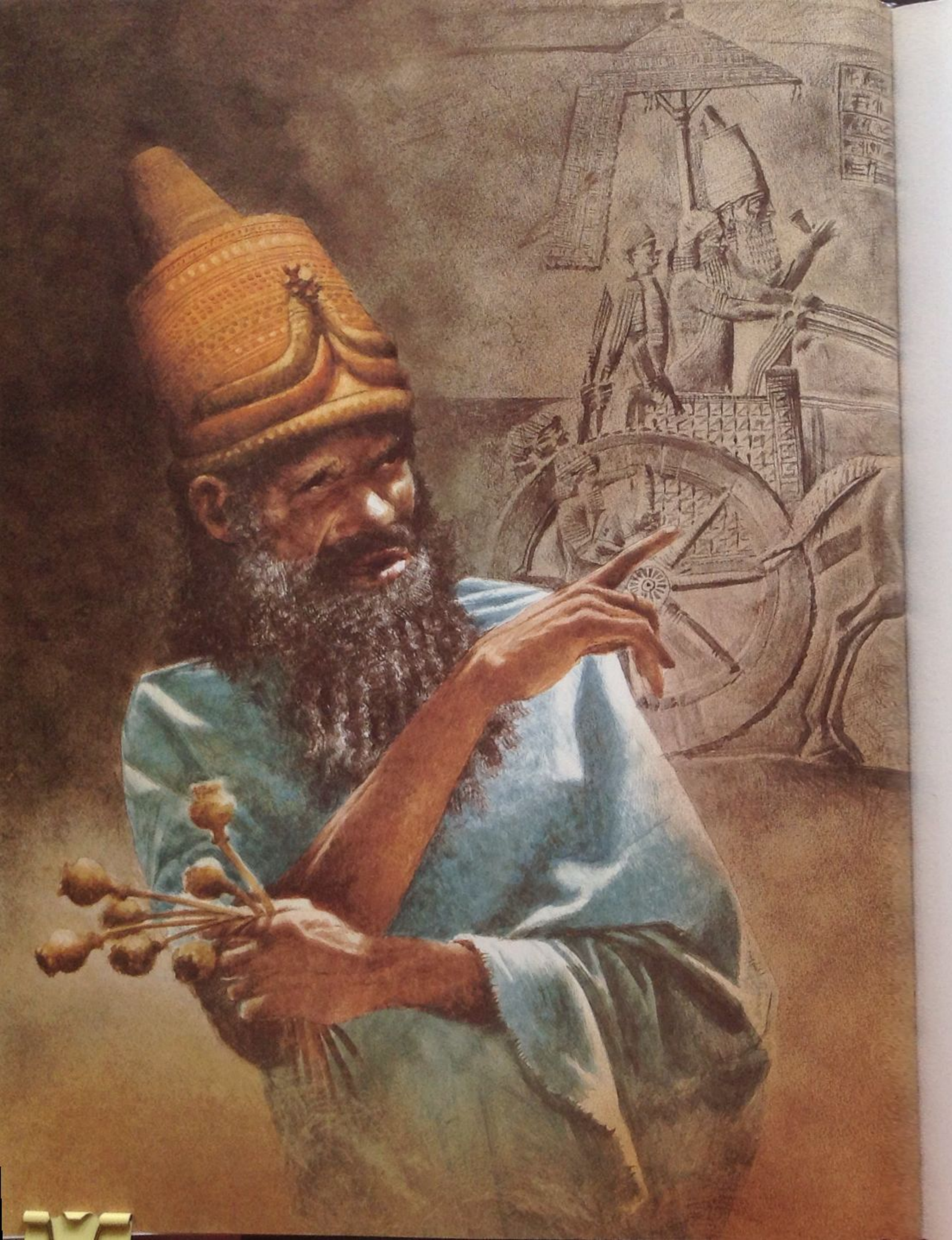
Es posible que las fuerzas que destruyeron Troya VI fueran al mismo tiempo obra de la naturaleza y de la voluntad humana, lo que explicaría el carácter de la siguiente ciudad, Troya VIIa. Asesinada la aristocracia guerrera y arrasada la ciudad por los griegos, los supervivientes del arrabal se habrían adueñado de lo que quedaba en pie en la ciudadela y habrían intentado rehacer sus vidas sobre aquellas ruinas. Aunque esta teoría sea muy plausible, deja sin explicar el hecho de que no perecieran las naves griegas con el mar de fondo provocado por el terremoto. Sin embargo, es posible que se refugiaran en la bahía próxima a Troya.


Moneda troyana.

Por otra parte, hemos de cuestionarnos la posibilidad de un asedio que durara diez años, ya que cuesta trabajo imaginar que la población de Troya (el millar de habitantes de la ciudadela y, por si fuera poco, los que vivían extramuros y que se habrían refugiado en ella) tuviera espacio suficiente para almacenar suministros para un periodo de tiempo tan prolongado. Lo más probable es que, como solía ser costumbre en aquella época, los griegos prepararan la campaña militar y atacaran una vez al año, y que durante la tregua se hubiera producido el terremoto.

También es posible que el supuesto «daño causado por el terremoto» fuera en realidad producido por los griegos. El escritor Michael Wood propone que los griegos, como los asirios, utilizaban arietes en forma de herradura –de aquí el origen de la leyenda del caballo de madera– para derribar las murallas. Pero hay que poner en tela de juicio esta teoría. En primer lugar, las murallas de Troya VI eran tan fuertes y sus cimientos tan profundos que ni el ariete más potente hubiera podido hacerles la menor brecha. En segundo lugar, tanto Homero como los bardos anteriores sabrían de sobra la diferencia entre un ariete y un dispositivo especial en forma de caballo de madera. Y, por sorprendente que resulte, es mucho más probable que los griegos trataran de engañar a un pueblo tan aficionado a los caballos como era el pueblo troyano en lugar de luchar denodadamente con el fin de derribar tan inexpugnables murallas.

Tal vez, cuando se excaven otros emplazamientos de Anatolia, podamos contar con más datos, incluso con documentos escritos, que arrojen más luz sobre la historia de esta ciudad y del conflicto del que fue víctima. Mientras tanto, hemos de dejarnos llevar por la imaginación. Para Schliemann, en el siglo XIX, Troya fue un mundo de opulencia; para Carl Blegen, en las décadas de 1930 y 1940, fue una víctima de las guerras relámpago de la prehistoria. Hoy, en una época de conciencia ecológica, no sería extraño que alguien explicara su destrucción como una combinación de desastre natural y de locura humana.



Con un ramillete de semillas de amapola en una mano, este adivino indica con la otra la dirección de la capital. Sargón elegiría el emplazamiento de Jursabad recurriendo a los consejos de sabios como éste. En segundo plano, bajorrelieves que decoraban el palacio.

JURSABAD

Capital asiria durante el reinado de Sargón II, 721-705 a. de C., misteriosamente abandonada a la muerte de éste

En las colinas que se levantan entre los cursos superiores de los ríos Tigris y Éufrates vivían los asirios, pueblo semita que se separó de la civilización sumeria tras la caída de la tercera dinastía de Ur, acaecida hacia el año 2000 a. de C. Desde su base en Assur, en lo que hoy es el norte de Irak, fundaron otras ciudades-estado, tales como Nínive y Arbela. Los asirios aprovecharon la fertilidad del suelo de Mesopotamia y la regularidad de las precipitaciones de la cuenca superior del Tigris, para explotar la agricultura, cultivando, entre otras cosas, cebada y sésamo, y la ganadería –vacas, ovejas y cabras–. Además tenían relaciones comerciales con los pueblos de Anatolia, a los que vendían cobre, y llegaron a establecer una colonia comercial en aquella región.

De tan modestos orígenes surgiría uno de los más importantes y temidos imperios del mundo antiguo. Los asirios crearon un poderosísimo ejército y un eficaz sistema para gobernar un extenso territorio; se hicieron acreedores de una reputación sin igual por la crueldad que demostraban con sus enemigos e impusieron al arte un sello personalísimo. Fueron además grandes constructores, como lo prueban Nínive, Assur, Nimrod y Jursabad, ciudades que se convirtieron en inexpugnables bastiones, símbolo de su poder.

De todas ellas, la más misteriosa es Jursabad, ciudad en cuya construcción se invirtieron muchos años y el trabajo de muchos miles de hombres. Parecía anunciar una nueva era para la civilización asiria y, sin embargo, desapareció con Sargón, el rey que ordenó su construcción.

El nacimiento de un imperio

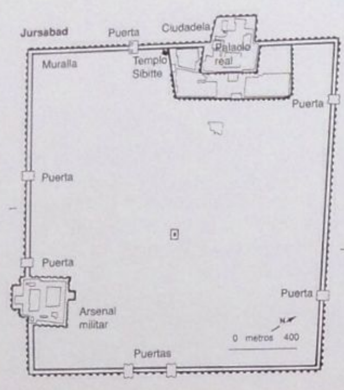
El imperio asirio no se gestó hasta después de la caída de los hititas, hacia el año 1200 a. de C., y aun entonces tuvo que librar duras batallas contra Babilonia, la otra gran potencia de la región. Los reyes que, en el periodo medio de la historia de Asiria (hacia 1363-1000 a. de C.), consiguieron más éxitos, los lograron mediante una política de alianzas, y no de enfrentamientos, con Babilonia. Así, el fundador del imperio, Assur-uballit I (hacia 1363-1328 a. de C.), se casó con una princesa babilónica para acabar con tanta guerra inútil. Uno de sus sucesores, Tiglath-pileser I (1114-1076 a. de C.), adoptó el sistema babilónico de pesas y medidas para fomentar el comercio con sus vecinos.

Tiglath-pileser fue uno de los mejores reyes asirios. Adoptó el uso del carro de guerra para fortalecer su imperio y sentó las bases para los triunfos de sus sucesores. Su reinado coincidió además con el desarrollo de la explotación del hierro en Asiria y la consiguiente producción de herramientas y armas.

Los siglos siguientes fueron menos brillantes, hasta que subió al trono Tiglath-pileser III (744-727 a. de C.), que se apoderó de Siria, derrocando a los urartianos. Luego infligió una gran derrota a los caldeos, que intentaban tomar Babilonia, y esta ciudad quedó bajo su control. Lo que fue más importante para sus sucesores es que logró conservar estos nuevos territorios, utilizando el ejército para imponer el poderío asirio mientras sus funcionarios recaudaban tributos en las tierras conquistadas.

Cuando Sargón II accedió al trono, en el año 721 a. de C., heredó un extenso y bien organizado imperio. Adoptó el nombre de un antiguo rey, casi legendario, y con ello hizo valer su poder y su influencia desde el primer momento, pues, habiendo usurpado el trono, el nombre le dio una credibilidad y un prestigio del que, de otro modo, hubiera carecido. Aunque pronto tendría ocasión de demostrar lo que valía. Tras la muerte de Tiglath-pileser, los pueblos conquistados comenzaron a sublevarse contra Asiria. Sargón sofocó rápidamente las revueltas, logrando una vez más importantes victorias en Siria y Babilonia, y además conquistó nuevos territorios, venciendo al rey frigio Midas en Anatolia.

La arquitectura asiria pretendía impresionar al espectador. Al patio central se entraba a través de una imponente puerta flanqueada por torres gemelas. El templo tenía un elevado zigurat de vivos colores y el palacio se levantaba sobre una plataforma a la que se accedía por una gran escalinata. El palacio era sólo una pequeña parte de la ciudad; en el plano se puede apreciar su emplazamiento junto a la muralla noroeste.





Sargón llevó a cabo importantes reformas civiles. Según documentos de la época (que, naturalmente, pueden no ser del todo imparciales), mandó reconstruir aldeas que estaban abandonadas, ordenó la construcción y el mantenimiento de canales, fundó una biblioteca y protegió a los eruditos. Su reinado coincidió con una época de grandes logros en el terreno artístico. Los escultores de Sargón crearon inigualables relieves para decorar sus palacios y los artesanos rivalizaron a la hora de producir objetos de cristal y metal. Fue un glorioso reinado.

Sin embargo, el rey estaba inquieto. Continuamente trasladaba la corte de lugar. Al principio estuvo en Assur, donde mandó reconstruir la muralla y decorar el recinto del templo con azulejos, al estilo babilónico. Luego se la llevó a Kalhu, reconstruyendo su palacio. Pero éste se convertiría en residencia del príncipe heredero, y entonces Sargón se trasladó a Nínive, en donde restauró el templo.

Después de todo, puede que este continuo trasladarse de una ciudad a otra no fuera sino una hábil maniobra de Sargón para demostrar su compromiso con esos lugares y ganarse la lealtad de sus vasallos. Pero, a pesar de toda esta actividad constructora, esas ciudades, que ya tenían nobles y hermosos edificios antes de la llegada de Sargón, no le ofrecieron al rey lo que tanto le hubiera complacido: un monumento a su persona, una ciudad que hubiera podido llamar suya. De modo que deci-

Palacio de Sargón, Jursabad

Año 705 a. de C.

dió construirla por su cuenta. En el emplazamiento que hoy conocemos como Jursabad, Sargón levantó la ciudad que los asirios llamaban Dur Sharrukin, la Ciudad de Sargón.



Dibujo que reproduce un detalle de la decoración de los muros del palacio.

La nueva capital del rey

Jursabad está ubicada sobre un terreno arcilloso, lo que facilita la fabricación de ladrillos. Además, se encuentra en un territorio fértil, y aunque la agricultura no era ni mucho menos la preocupación primordial de Sargón, al menos le garantizaba que allí crecerían frondosos árboles. En los bajorrelieves aparecen palmeras, higueras, naranjos y olivos, que proporcionaban sombra, además de sus frutos. Otra ventaja de aquel emplazamiento es que estaba cerca de una cantera de alabastro, indispensable para los relieves de la decoración.

Una vez elegido el sitio, las obras empezaron de inmediato. Sargón nombró un arquitecto, un funcionario llamado Tab-shar Ashur, y se hicieron los planos de la ciudad y de su palacio. La ciudad era de grandes dimensiones, de planta casi cuadrada, rodeada de murallas y con una superficie de 300 hectáreas. Tenía siete puertas, dos en cada lado de la muralla, menos en uno, que sólo tenía una. Probablemente el arquitecto se dejó llevar por un afán de orden y simetría al disponer así las puertas, ya que, desde el punto de vista de la circulación, algunas de ellas están de más. Por ejemplo, los vehículos que salían de las puertas por la cara suroeste llegarían a la carretera de Nínive, que también pasaba por una de las puertas de la cara suroeste. Pero estas consideraciones de tipo práctico tenían sin cuidado al rey, que sólo deseaba que la ciudad tuviera un aspecto impresionante y que estuviera bien protegida contra cualquier ataque enemigo.

Al entrar en el recinto, el forastero se perdía por un laberinto de calles, en su mayoría muy estrechas. De esta zona exterior es de la que tenemos menos vestigios; la mayoría de las casas serían de adobe, con un patio central y con pocas ventanas a la calle. Serían seguramente de una sola planta. Los ladrillos de estas casas desaparecieron hace muchísimo tiempo, pero los arqueólogos han desenterrado piedras que ponen de manifiesto que las calles estaban bien pavimentadas.

El hogar de Sargón

Del palacio real se han conservado los cimientos y algunas esculturas. Además se ha encontrado la correspondencia del arquitecto real, que nos aporta bastantes detalles sobre las tareas de construcción. Por estas cartas sabemos que hubo que importar la piedra y la madera (cedro del Líbano y otras maderas de Armenia). Incluso hay una carta en la que se queja de que la construcción de las naves que habían de transportar estos materiales era muy lenta, demorándose con ello las obras del palacio.

De cualquier modo, la demora se justifica porque, comparado con otros de la época, el palacio es enorme. Sólo los aposentos reales ocupan 300 metros cuadrados. Delante de ellos hay una zona todavía mayor en la que se encuentran los servicios: cocinas, panadería, despensas y caballerizas. En las despensas se guardaban herramientas y utensilios de cocina, además de comida y bebida. Las caballerizas eran grandes y evidentemente constituían una parte importante del palacio. Existen documentos que relatan la llegada de caballos procedentes de todos los puntos del imperio para poder contar con monturas siempre disponibles. El caballo era un elemento esencial en las guerras asirias y los aurigas exigían sólo los mejores animales del imperio.

Entre los edificios residenciales y los de servicios había una ancha rampa que conducía a una puerta triple adornada con bajorrelieves de demonios y genios; por ella se accedía al patio principal del palacio. Tres lados del patio daban a las tres zonas fundamentales del palacio. A la izquierda estaba la zona del templo, con varios templos pequeños y un gran zigurat de siete pisos. A la derecha había otras dependencias de servicios. Y de frente se entraba a los aposentos reales, detrás de los cuales estaban los salones de recepción y el salón del trono.

Una recepción oficial

Cuando un alto dignatario visitaba el palacio, no entraba al salón del trono cruzando los aposentos privados. La entrada oficial era a través de otro patio que se encontraba detrás de la zona de servicios de la derecha. De este modo la entrada resultaba muy impresionante, pues se apreciaba la longitud del salón y los relieves de toros alados con cabeza humana que había a ambos lados del trono, para destacar la figura del rey, situado en el centro.

A las gentes de la antigua Mesopotamia les llenarían de temor no sólo aquellos animales míticos que guardaban el trono, sino otros relieves, como el de un hombre que sujeta y domina a un león. En cierto modo, estos relieves significan: «El rey es tan poderoso que es capaz de vencer al rey de los animales»; pero también se cree que representan a Gilgamés, legendario héroe de Mesopotamia, gigante de enorme fuerza y valor. En cualquier caso, el mensaje que Sargón hacía llegar a sus súbditos en todos estos relieves, en los que aparecen sus enemigos derrotados condenados a muerte y las ciudades arrasadas, es que era inútil oponerse a él.

Los relieves asirios proporcionaban un marco perfecto tanto para las audiencias de peticiones al rey como para las de presentación de tributos por parte de sus vasallos o las de castigo a los traidores.

El arte de Jursabad y de otras ciudades asirias es relativamente limitado. Las esculturas son bajorrelieves con escasa perspectiva; muchas de las figuras aparecen de perfil, en posición estilizada y repetitiva, con temas limitados. A pesar de ello, son relieves que marcan un hito en la historia del arte. En ellos aparece ante nuestros ojos un mundo lleno de vida, el mundo de un glorioso imperio, luchador y poderoso. Y así vemos desfilar carros de combate y ejércitos en marcha, belicosos soldados que dan muerte a sus enemigos, arrasando lo que encuentran a su paso, pueblos cautivos, ciudades incendiadas... Cuando no están combatiendo, los asirios aparecen entregados a su entretenimiento favorito: la caza de uros, elefantes y leones.

Estos relieves asirios no tienen antecedentes en la historia del arte; se diría que surgieron espontáneamente de la necesidad interior de un pueblo por expresar sus ansias de poder y de conquista.

La realidad de la guerra

Los relieves del palacio nos recuerdan que los asirios eran famosos por sus dotes militares. En el campo de batalla utilizaban una combinación de infantería, caballería y carros de combate. En tiempos de Sargón mejoraron notablemente las técnicas de la infantería, siendo éste el primer rey que utilizó todo el potencial de los arqueros. Desarrolló además el uso del carro de combate, más grande que el de sus antecesores (iban en él el auriga, el arquero y un par de soldados con escudos) y con los lados más elevados para proteger a los ocupantes. Las tropas contaban con equipos de asedio, como los arietes que aparecen en algunos relieves, protegidos por doseles o pantallas sobre ruedas. A pesar de ello, los asedios resultaban muy costosos en hombres, tiempo y equipo, por lo que los asirios preferían los enfrentamientos en el campo de batalla.

La otra baza militar de Sargón es que supo darse cuenta de la importancia de contar con un ejército profesional disponible en cualquier momento, elemento fundamental dado que realizaba una campaña prácticamente todos los años. Además de los soldados regulares, Sargón contaba con una unidad especial que hacía las veces de guardia de corps y de escuadrones de choque en situaciones especialmente difíciles; los escuadrones de caballería tenían particular renombre. Y, por si fuera poco, aún podían reclutarse hombres para engrosar las filas de un ejército de varios cientos de miles de soldados.

En un ejército tan numeroso, la organización desempeñaba un papel primordial. El rey, según la tradición asiria, estaba al frente de una cadena de mando perfectamente organizada. Cuando el ejército se ponía en marcha iban en primer lugar los portaestandartes, seguidos por el rey con su guardia de soldados de elite; detrás marchaba la caballería, flanqueada por tropas de infantería, dispuesta a colocarse en posición de combate en cuanto hiciera falta. A continuación iba el grueso del ejército y, por último, los carros de la impedimenta, cargados de comida y equipos como escalas y arietes, en caso de que estuviera previsto un asedio.

Imagen de crueldad

Las escenas de violencia que aparecen en muchos de estos relieves, la costumbre asiria de empalar a sus víctimas en las afueras de las ciudades para escarmiento de sus enemigos y sus implacables campañas anuales evocan la imagen de un pueblo sediento de sangre, empeñado en imponerse en Oriente próximo a fuerza de crueldad. Fomentada por la poesía popular («Bajan los asirios cual lobo sobre el redil») y los relatos de la Biblia, la imagen subsiste hasta nuestros días. Pero ¿hasta qué punto se corresponde con la realidad?

Los asirios no eran tan crueles como a simple vista parece. Es cierto que utilizaban la táctica del terror, pero al castigar ejemplarmente a un traidor evitaban posteriores derramamientos de sangre. Normalmente no trataban con dureza a los pueblos conquistados. Con tal de que pagaran los tributos y obedecieran al gobernador impuesto por Asiria, los dejaban vivir en paz. Da la impresión de que la violencia de los relieves refleja más una táctica de terror para disuadir a los rebeldes que el testimonio de hechos acaecidos en Asiria.

En cuanto al sistema de funcionarios, perfectamente organizado, garantizaba el buen funcionamiento del imperio. A la cabeza del mismo había una red de unos treinta gobernadores provinciales, directamente responsables ante el rey y respaldados por una guarnición militar que garantizaba la ley y el orden. A juzgar por los documentos conservados, existía un buen sistema de comunicaciones entre el palacio y las provincias; los mensajeros recorrían todas las rutas del imperio y se han descubierto unas 2.000 cartas entre la capital y las provincias.

Estas rutas de comunicación garantizaban también el transporte de alimentos y materias primas desde todos los confines del imperio hasta las principales ciudades. Pero en este caso las provincias se encontraban en desventaja, ya que la economía de las regiones agrícolas se fue deprimiendo en favor de las ciudades más ricas.

Otro punto débil del sistema de gobierno asirio era la tendencia de los reyes a conceder altos cargos a los miembros de su propia familia, lo que provocaba muchas intrigas, sobre todo cuando el rey estaba de campaña y las conxcubinas rivalizaban por ver a sus propios hijos en puestos de poder. Naturalmente, si el rey sabía imponerse, estos problemas tenían escasa trascendencia.

Sargón fue un rey fuerte y poderoso, pero acabó como suelen hacerlo los reyes guerreros: pagando con su vida en el campo de batalla. Para los supersticiosos asirios, esto era un mal augurio. Su hijo Senaquerib quiso borrar el recuerdo de su poder: abandonó la capital que con tanto cariño Sargón había fundado y se trasladó a Nínive. Sobre la ciudad de Jursabad pesaba un maleficio y los asirios jamás quisieron volver a ella.



No sabemos cómo era la torre de Babel, pero es de suponer que fuera una especie de zigurat como el de Ur o una torre más alta, como la de la ilustración. Desde ella sacerdotes y nobles observan a los esclavos, que acarrean cestas de fruta de los jardines colgantes.

BABILONIA

Ciudad de Mesopotamia famosa por sus leyendas, sus jardines colgantes, la torre de Babel y la cautividad de los judíos

Babilonia persiste en la memoria de los hombres con mayor fuerza que ninguna ciudad del mundo. Todavía hoy nos fascinan los relatos de la torre de Babel y de la cautividad del pueblo judío en la Babilonia del rey Nabucodonosor. Aunque los acontecimientos a que hacen referencia se habían producido muchos siglos antes, nos transmiten una imagen muy sugestiva de la ciudad y sus magníficos monumentos, centro de lujo y de decadencia que perecería en espantoso apocalipsis. Como tal, Babilonia ha pasado a ser símbolo de cualquier civilización perversa y decadente.

Esta imagen nos viene impuesta por la Biblia, que ya nos transmite la primera referencia a la ciudad en el Génesis. En este libro se narra cómo los descendientes de Noé, cuando todos los pueblos de la tierra hablaban la misma lengua, pretendieron construir una torre tan alta que llegara al cielo. Dios, viendo la determinación de este pueblo, pensó que la única manera de evitar que levantaran la torre era impidiendo que pudieran comunicarse entre sí. Por ello confundió («babel») su lengua y luego los dispersó por la faz de la tierra.

Se vuelve a citar extensamente Babilonia en la Biblia en los libros de los Reyes, Ezra, Isaías y Daniel, que narran la conquista de Jerusalén y el destierro del pueblo judío. Son relatos muy dolorosos, en los que los exiliados aparecen llorando junto a las aguas de Babilonia o que describen las aventuras del profeta Daniel en la cueva de los leones. Por aquella época se construyeron los jardines colgantes, una de las siete maravillas del mundo.

De modo que para imaginar lo que pudo haber sido Babilonia a juzgar por las ruinas que nos han quedado hemos de tener en cuenta los dos periodos de su historia: el desarrollo de la ciudad en el siglo XVIII a. de C. y el gran renacimiento de la época neobabilónica, 1.200 años después. A pesar del tiempo transcurrido, resultan sorprendentes las similitudes entre la Babilonia antigua y la moderna, muchas de ellas explicables por su emplazamiento físico. Ambas ciudades extraían su riqueza de las fértiles riberas del Éufrates y utilizaban el río como vía de comunicación y transporte. En cuanto a su arquitectura, el estilo era semejante, utilizando el adobe debido a la escasez de piedra y de madera en los alrededores.

Otro paralelismo se debe a la naturaleza de los relatos que los hebreos nos han transmitido sobre Babilonia. El libro del Génesis se concibió mientras los judíos estaban cautivos en la «nueva» Babilonia. Por ello, aunque sus autores, al hablar de la torre de Babel, mencionaran acontecimientos acaecidos mil años antes, hacían referencia continuamente a la Babilonia en la que estaban obligados a vivir. Y por eso su idea de la gran torre es tanto el gran templo construido por su carcelero Nabucodonosor como el edificio de tiempos muy anteriores.

Los orígenes de Babilonia

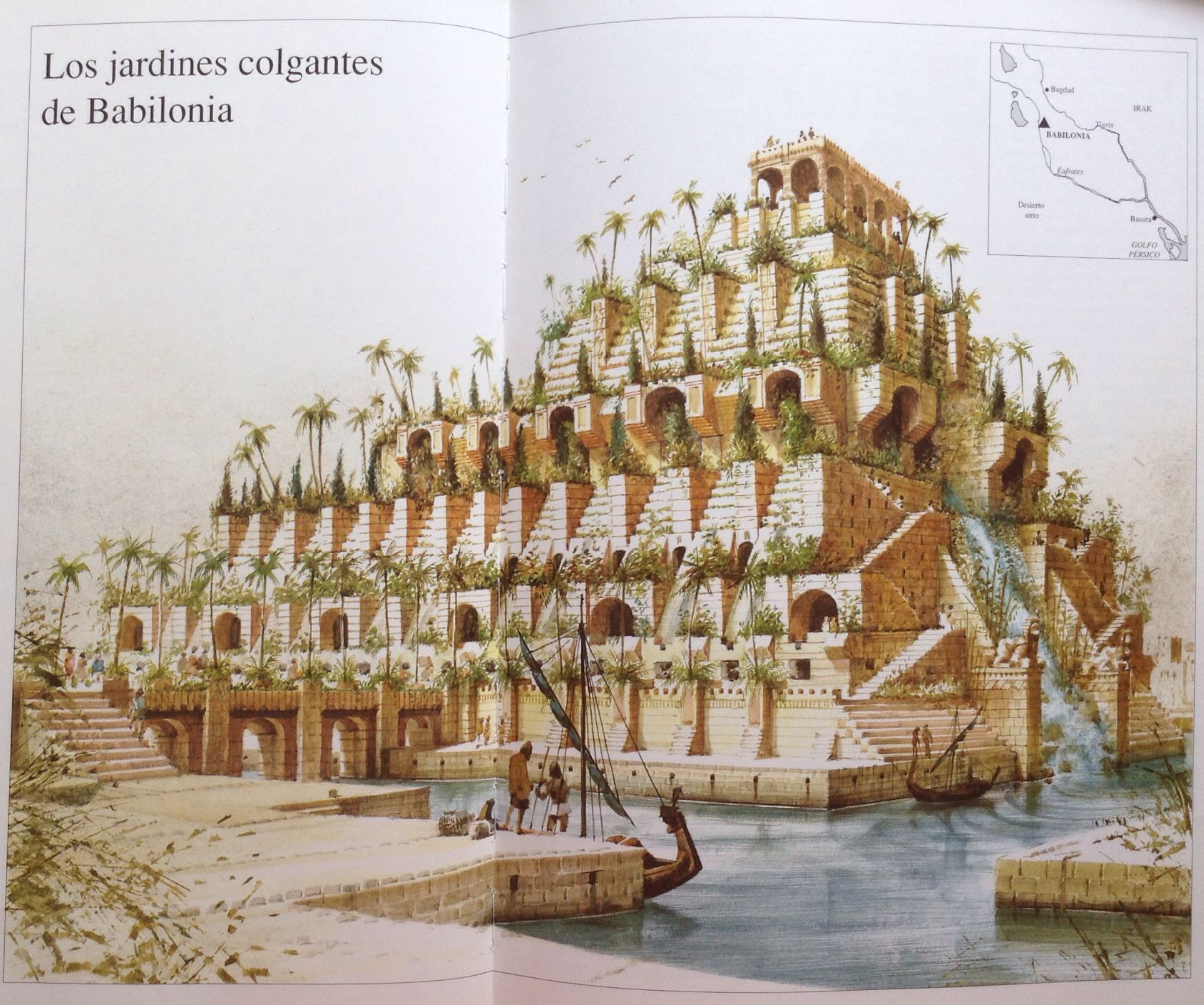
Poco sabemos de la primera Babilonia, aparte de que tenía una torre que inspiró el mito de Babel. Pero ¿era un lugar tan conflictivo como parece deducirse de la historia de la «confusión de lenguas»?

Después de la gloriosa tercera dinastía, la ciudad de Ur perdió la hegemonía sobre el territorio situado entre el Tigris y el Éufrates. Desde luego, hubo conflictos, pues varias ciudades rivalizaron por hacerse con el poder en Mesopotamia, entre ellas Mari, Larsa y, sobre todo, Babilonia. Esta última logró imponerse a las demás bajo el reinado del sexto monarca de la primera dinastía, llamado Hammurabi (1792-1750 a. de C.).

Hammurabi fue el primer gran líder de la historia de Babilonia. Logró imponer a un pueblo unificado una fuerte administración central. Pero comprendió que no bastaba con las reformas administrativas y supo centralizar y organizar la religión, buscando mayor poder para los sacerdotes y la unidad espiritual de su

Los jardines colgantes eran un oasis en la seca y polvorienta ciudad. Su disposición es un misterio, pero seguramente tendrían terrazas con palmeras y árboles frutales. Los arcos proporcionarían sombra y tal vez habría una cascada que reforzaría la sensación de frescor.

Los jardines colgantes de Babilonia



pueblo; ideó un sistema de concesión de tierras a cambio de importantes servicios públicos, tales como la construcción y el mantenimiento de los canales; y además, redactó uno de los más famosos códigos de leyes de la antigüedad.

El código de Hammurabi nos ha llegado grabado en una enorme estela de basalto; en la parte superior de la misma figura el rey con Shameth, dios solar y dios de la justicia. Debajo están inscritas las 282 leyes de Hammurabi, que tal vez sean una simple recopilación de leyes ya existentes; pero lo importante es que el rey ordenó que se recogieran y redactaran de forma sistemática.

¿Qué nos revela este texto sobre la vida en la antigua Babilonia? Había, al parecer, tres clases de personas; la mayoría eran libres, habían nacido libres y se dedicaban a diversas actividades: eran campesinos, mercaderes, artesanos, sacerdotes o administradores; tenían propiedad privada, podían participar en el consejo de gobierno y gozaban de la protección de la legislación babilónica. Por debajo de ellos había una clase social inferior, cuya categoría no está claramente definida en los textos que han llegado hasta nosotros, pero que no tenía propiedades y que no podía participar en el consejo; se les garantizaba la protección del palacio porque su situación no estaba contemplada en ningún código jurídico. Y en último término estaban los esclavos. En el código también se menciona a las mujeres, que gozaban de derechos importantes, aunque limitados. Por ejemplo, podían participar en la vida comercial, pero no se les permitía entablar procedimiento de divorcio.

El código trata muy diversas cuestiones. La legislación penal contempla casos de robo, asalto y asesinato. Las leyes sobre la propiedad hacen referencia a problemas de deudas, salarios y a la posesión de esclavos. También hay disposiciones sobre

matrimonios, divorcios, herencias, así como una normativa que regula las transacciones comerciales. Por lo general, las leyes están concebidas de una manera bastante primitiva, prevaleciendo la *lex talionis* (ojo por ojo y diente por diente). Sin embargo, algunas llaman la atención por su modernidad. Por ejemplo, a un médico se le podía castigar si perjudicaba la salud del paciente, aunque el castigo hoy nos parece curioso: si el médico era culpable de que el paciente perdiera un ojo, le castigaban privándole de uno de los suyos.

Desgraciadamente, no nos quedan demasiados vestigios arqueológicos de lo que fue la Babilonia de Hammurabi. Suponemos que la ciudad era bastante parecida a Ur, con casas de adobe de dos plantas y con patios centrales a los que darían las puertas de las casas, cerradas con cortinillas de juncos. En cuanto a los templos, serían similares a los grandes zigurats de Ur y de la Babilonia moderna, pero de menores dimensiones.

Después de la muerte de Hammurabi, Babilonia siguió siendo una ciudad importante, aunque disminuyó su prosperidad y los sucesores de Hammurabi perdieron muchos de los territorios que éste había conquistado. La ciudad sufrió un duro golpe en 1595 a. de C., cuando los hititas, con su rey Mursilis I al frente, saquearon la ciudad, arrasando templos y palacios. Luego se sucedieron épocas de relativa prosperidad y otras de enfrentamientos con sus poderosos vecinos, particularmente con Elam y Asiria. Durante una época, Babilonia dejó incluso de ser la capital, aunque la ciudad vivió una especie de renacimiento bajo el reinado de Nabucodonosor I (1125-1104 a. de C.), que logró defender Babilonia contra asirios y elamitas.



Emblema de la diosa Istar.

La «nueva» Babilonia

El rey Nabopolasar restableció la hegemonía de Babilonia en Mesopotamia. Para ello tuvo que apaciguar a facciones rivales dentro de la propia ciudad y enfrentarse a los ejércitos asirios. Los documentos de esta época están incompletos y son difíciles de interpretar, pero parece que el reinado de Nabopolasar se vio interrumpido en una ocasión en la que los asirios se apoderaron de Babilonia. Aunque no tardó en recuperar la ciudad, el poderío de Nabopolasar se vio muy limitado hasta que firmó un pacto con los medos.

Los medos eran una federación de pueblos indoeuropeos que vivían en Elam, región occidental de Irán, y que estaban también en guerra con Asiria, habiendo capturado las ciudades de Nínive y Nimrod. Con astuto oportunismo, Nabopolasar y su ejército se dirigieron hacia Assur, la capital de Asiria, con la esperanza de tomarla por sorpresa mientras se encontraba muy debilitada por el ataque de los medos, pero éstos se le adelantaron y, para cuando Nabopolasar llegó a Assur, la capital ya había caído en manos de los medos, que dominaban también las tierras circundantes. Nabopolasar comprendió que no valía la pena enfrentarse a los medos y en el año 614 a. de C. firmó un tratado con el rey medo Ciaxares; dos años más tarde ambos unían sus fuerzas para expulsar a los asirios de Nínive. Aunque el reino asirio siguió existiendo unos años aún después de esta derrota, su poderío estaba completamente debilitado y los babilonios ejercieron pleno dominio sobre esta zona.

Nabucodonosor, hijo de Nabopolasar, sentó las bases de un imperio que había creado su padre. Se le conoce por los relatos que en el Antiguo Testamento se hacen de la guerra que sostuvo contra Jerusalén, durante la cual puso sitio a la ciudad, exigió muy ricos tributos y se llevó muchos cautivos.

Pero el capturador de los judíos merece que se le recuerde por otros méritos. En primer lugar, aumentó la prosperidad de su reino, fomentando el comercio con otros países. Las fértiles riberas del Éufrates proporcionaban a los babilonios abundancia de trigo, dátiles y lana, que reportaban grandes beneficios a la ciudad. Babilonia utilizaba el mismo sistema de pesas y medidas por todo el imperio, y esto sin duda contribuía al éxito de sus empresas comerciales. Otra fuente de prosperidad era la red de bancos y prestamistas; la actividad de estos últimos estaba mal vista en la mayoría de los países de Oriente próximo en aquella época, pero en Babilonia resultaba socialmente aceptable y la gente acudía a la ciudad desde muy remotos lugares para pedir préstamos. De hecho, en el siglo XVI a. de C. había en la ciudad grandes familias de banqueros que vivían como reyes con los intereses que cobraban a sus deudores.

Pero el mayor logro de Nabucodonosor fue la reconstrucción de la capital. Las ruinas que subsisten son básicamente de la gran época de esplendor, durante los reinados de Nabopolasar y de Nabucodonosor, ambos principalísimos constructores de la antigüedad. Prosiguiendo la tradición mesopotámica de Ur, edificaron una gran ciudad fortificada con magníficos palacios reales y una zona sagrada en la que se levantaba el zigurat. Pero en Babilonia las dimensiones son mucho más grandiosas y los edificios más impresionantes.

Ya desde la distancia, la ciudad ofrecía un aspecto magnífico, con sus murallas y sus puertas. Nada más entrar, había un gran recinto rodeado por un alto muro en el que se refugiaban las gentes de la comarca en tiempos de guerra o de cualquier otro peligro. Después había otra muralla doble, con sus correspondientes torres. Heródoto, el historiador griego que tanta información nos ha dejado sobre el aspecto de la antigua Babilonia, decía que las murallas eran tan anchas que por encima de ellas podían circular a la vez dos carros tirados por cuatro caballos.

En las murallas se abrían nueve puertas, todas ellas grandes y bien defendidas, la más famosa de las cuales era la puerta de Istar, nombre de la diosa mesopotámica de la guerra. En tiempos de Nabucodonosor estaba revestida de azulejos con figuras de toros, dragones y leones (estos últimos, animales sagrados de Istar).



Las múltiples murallas de la ciudad y una de las puertas del torreón.

Al traspasar la puerta comenzaba una vía procesional, a ambos lados de la cual se levantaban muros cubiertos de azulejos con dibujos de leones. La vía pasaba por delante del templo de Ninna y del palacio real hasta llegar al recinto sagrado, en el que se encontraban el templo de Marduk y el gran zigurat o torre de Babel propiamente dicha. Esta vía procesional tenía más de 900 metros de largo y casi 20 de ancho. Estaba pavimentada con losas de piedra caliza unidas con betún; el que se utilizara piedra en lugar del ladrillo habitual para la pavimentación demuestra la importancia de esta vía, que queda subrayada por algunas inscripciones en las losas, en las que se dedica el camino al dios Marduk.

Los hallazgos arqueológicos demuestran que el palacio real constaba de una serie de patios y cinco grupos principales de edificios: el recinto de los funcionarios de palacio, los cuarteles de la guardia real, las salas de recepción o salón del trono, los aposentos privados del rey y la zona reservada a las mujeres.

Pero el más curioso de los edificios reales estaba fuera del palacio propiamente dicho, al noreste del mismo. Quedan vestigios de un edificio abovedado de unos 43 x 30 metros donde estarían seguramente los famosos jardines colgantes.

Cuando Nabopolasar firmó el tratado con el rey medo Ciaxares, lo ratificaron, como solía ser costumbre, con una boda. Nabucodonosor, el hijo de Nabopolasar, se casó con Amitya, hija del rey de los medos. Sin embargo, según la tradición, este matrimonio fue algo más que una alianza política. Parece que fue el amor lo que impulsó a Nabucodonosor a construir los jardines colgantes para que su esposa pudiera recordar las frondosas montañas de su patria.

Sea o no cierta esta leyenda, los jardines perduran en la imaginación popular, aunque no conocemos al detalle cómo eran. Algunos autores que los visitaron muchísimo tiempo después los describen como un edificio en terrazas cada vez más pequeñas, al estilo de los zigurats. Las paredes exteriores eran muy gruesas (de unos 7,5 metros) y había plantas y árboles en cada terraza. Es de suponer que haría el efecto de una pirámide verde, con palmeras, cipreses y otros árboles mediterráneos, además de plantas trepadoras que caerían por el borde de las terrazas, cubriendo en parte las paredes de ladrillo. Un complicado sistema de tuberías elevaría el agua para regar desde el río, creando un umbroso edén en el que refugiarse del tórrido sol de Babilonia, para huir del bullicio de la ciudad y disfrutar del fresco y del aroma de exóticas flores.

El otro edificio de Babilonia que tiene casi un valor mítico es el zigurat, popularmente conocido como torre de Babel. Hay dos interpretaciones de esta torre, una legendaria y otra arqueológica.

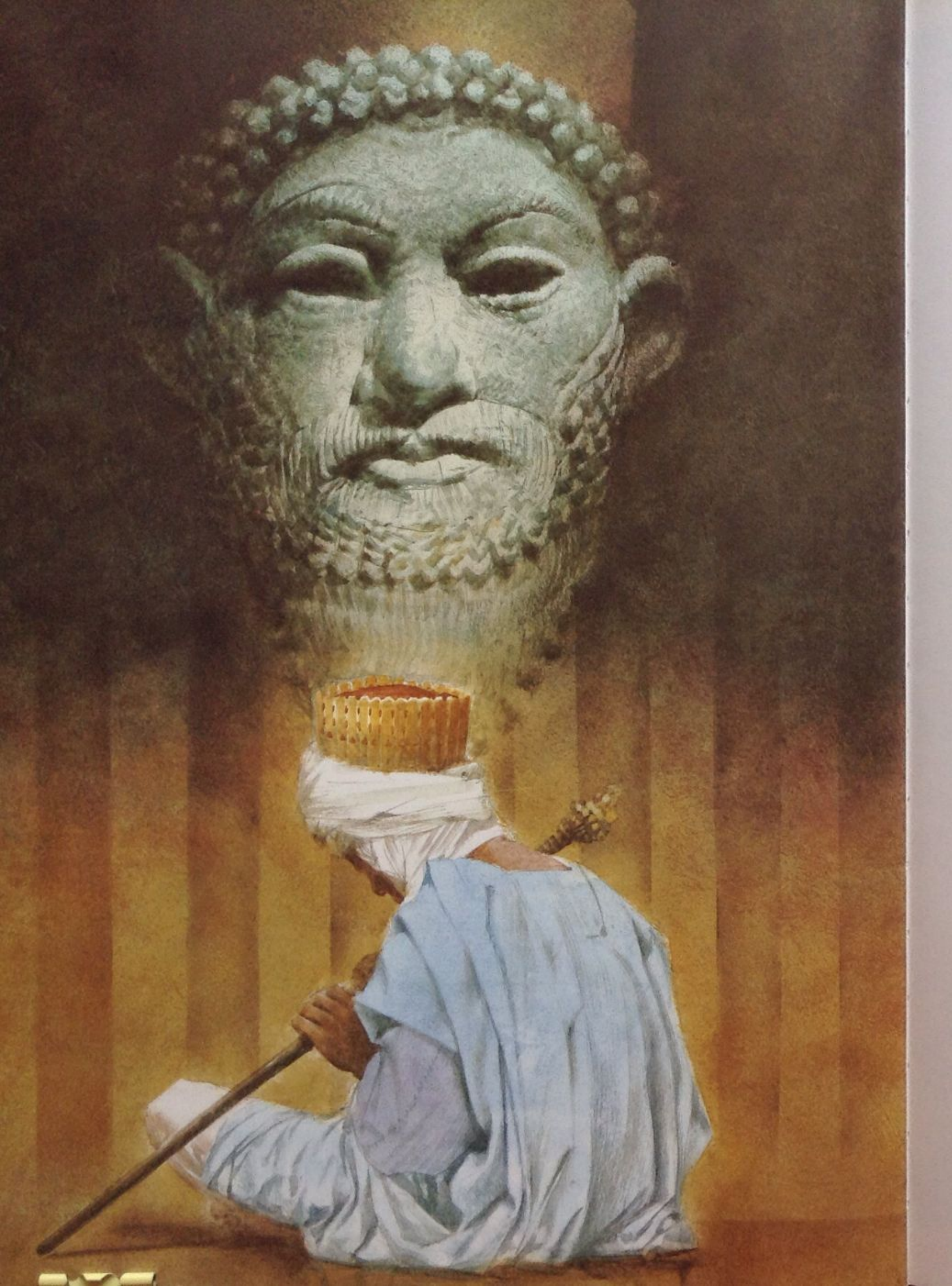
Según los arqueólogos, en tiempos de Nabopolasar la torre escalonada de Babilonia era una ruina. Al establecerse en la ciudad, el monarca decidió reconstruir la torre en honor de Marduk, principal dios de la ciudad, y lo hizo con unas dimensiones enormes; en la actualidad no queda más que la base del núcleo central de ladrillo, pero de ella deducimos que la base de la torre medía 91 metros cuadrados.

No es posible reconstruir exactamente el templo, pero, a juzgar por otros templos mesopotámicos anteriores y posteriores, tendría una disposición de terrazas escalonadas, más grandes por abajo que por arriba. Se accedería a ellas por rampas o escaleras construidas alrededor de la fachada.

La caída de Babilonia

Nabucodonosor murió en el año 562 a. de C. Le sucedieron una serie de monarcas de breves reinados de los que tenemos pocos datos, hasta que, en el año 555 a. de C., accedió al trono Nabonides, tal vez el más misterioso de todos los reyes de Babilonia. No era babilonio, sino oriundo de Harran, en el noroeste de Mesopotamia, y no se sabe por qué vivió varios años lejos de la capital, que dejó al cargo de su hijo Baltasar, el cual la gobernó como regente. Lo que seguramente sucedió fue que Nabonides adoraba al dios lunar Sin y los sacerdotes de Marduk se oponían a que se propagase el culto de Sin en Babilonia, por lo que Nabonides se vería forzado a refugiarse en Harran, de la que Sin era dios protector. Baltasar gobernó la capital, en la que adquirió fama de libertino, lo que contribuyó a la caída de la ciudad.

Nabonides regresó a Babilonia ante la amenaza de los persas, al mando de Ciro el Grande. Hacia el año 539 a. de C. los persas ya eran demasiado fuertes. A sus recursos militares unieron una eficaz campaña de propaganda, gracias a la cual fueron recibidos como libertadores de un pueblo que vivía bajo la tiranía de un regente y de un rey ausente. Babilonia siguió existiendo bajo Ciro, pero su época gloriosa ya había concluido cuando éste tomó la ciudad.



Las imágenes de los monarcas persas presidían los capiteles y las portadas de Persépolis. Un noble hace una breve pausa en medio del bullicio del palacio debajo de una de estas esculturas.

PERSÉPOLIS

Palacio aislado y centro de ceremonias de los emperadores persas entre los años 520 y 330 a. de C. aproximadamente

En el siglo VI a. de C. nació en Oriente próximo un imperio más grande que todos los que habían existido hasta la fecha y que no tenía precedentes por la rapidez con que se desarrolló. Los grandes monarcas persas de la dinastía aqueménida se extendieron desde su territorio original –lo que hoy es Irán– hasta lugares tan diversos como Lidia y las islas jónicas, Babilonia, Egipto e incluso algunas regiones del norte de la India.

Todo ello lo consiguieron en el espacio de unas décadas, durante las cuales desarrollaron también una cultura muy particular, que se pone especialmente de manifiesto en Persépolis, palacio real construido por el rey persa Darío, ejemplo de la arquitectura persa, que no es griega, ni egipcia, ni asiria, aunque incorpora elementos de todas ellas.

Los orígenes de una dinastía

Los monarcas persas se decían descendientes de un rey llamado Aquemenes, de ahí el origen de la dinastía aqueménida. Los primeros reyes eran medos, oriundos de las montañas del oeste de Irán, gente dura de un país duro, rodeado de guerreros asirios y de tribus belicosas como los escitas. Al ir ampliando sus territorios originales, los medos se aliaron a los persas, sus vecinos del sur, hasta el punto de que hoy nos referimos a los aqueménidas como persas.

El primer miembro destacado de esta dinastía fue Ciaxares, rey medo que se alió con los babilonios, desposando a la nieta de Nabucodonosor y atacando la capital asiria de Nínive en el año 612 a. de C. Este ataque supuso un éxito espectacular para Ciaxares, el cual, utilizando una combinación de infantería armada con lanzas y arcos, además de arqueros a caballo, obligó a los asirios a replegarse dentro de la ciudad. Al fin, las tropas de Ciaxares tomaron Nínive, saqueando la capital y llevándose a muchos prisioneros. La gran capital asiria quedaba asolada y la victoria sentó los cimientos para otras conquistas persas.

A Ciaxares le sucedió Ciro, apodado «el Grande» (559-529 a. de C.). Para entonces, la unión de medos y persas estaba firmemente asentada. Fue Ciro quien liberó Babilonia en el año 539 a. de C. de la tiranía del regente Baltasar; su comportamiento con los babilonios resulta muy revelador de su forma de actuar como líder y del funcionamiento del imperio persa.

Ciro era un gran diplomático. Asistió al festival de año nuevo en Babilonia y participó en los actos estrechando la mano del dios Marduk, con lo cual se ganó la aceptación de los babilonios. Además, pronunció un discurso oficial para que a nadie le quedara duda alguna de que él era el rey, discurso redactado en versos muy sencillos que cualquiera de sus súbditos podría recordar y repetir.

No obstante, Ciro perdonó la vida al errante rey Nabonides de Babilonia, al que había destronado, y cuando éste murió, en el año 538 a. de C., Ciro presidió los funerales oficiales. Además, mantuvo en sus puestos a la mayoría de los funcionarios, contentándose con nombrar un gobernador persa; pero en lo demás la ciudad siguió funcionando como en sus mejores tiempos. Eso sí, con un cambio muy importante: Ciro permitió que, en el año 537 a. de C., los exiliados judíos –cuyo número ascendía a 40.000– regresaran a Jerusalén.

Esta forma de actuar de Ciro pone de manifiesto dos características esenciales de los persas. El rey respetaba suficientemente a sus súbditos como para dejarles vivir con relativa libertad. Pero esta consideración se basaba en el principio de que un pueblo satisfecho es más fácil de gobernar y está más dispuesto a pagar los tributos y a respetar la autoridad del rey. Haciendo algunas concesiones, tanto a los judíos como a los babilonios, Ciro ganaba dos importantes bazas, una en Mesopotamia y otra en Palestina. Esta política sirvió de ejemplo durante la época de desarrollo y prosperidad del imperio persa,

El gran salón de audiencias, o apadana, y el salón de las cien columnas dominaban el palacio. En el gran espacio existente entre ambos se congregarían los grandes cortejos de los nobles y reyes que acudían a entregar sus ofrendas y tributos al emperador, mientras que los jardines de la zona norte le servirían a éste de descanso. En la ilustración, obras de acondicionamiento de la caseta de la guardia, ante la inminencia de una visita real.

aplicándose en todos los niveles, desde la legislación hasta la agricultura, pasando por la administración y la arquitectura.

Ciro consiguió grandes logros durante los treinta años que duró su reinado. Su hijo y sucesor, Cambises, siguió sus pasos, aunque no con resultados tan espectaculares. Su mayor éxito fue la conquista de Egipto en el año 525 a. de C., en una rápida y brillante campaña, al final de la cual se le rindieron también Libia y Cirene y Barce, dos ciudades griegas del norte de África. Cambises pretendió internarse en África remontando el Nilo para tomar Etiopía, pero se vio obligado a desistir, probablemente porque su ejército no estaba adecuadamente preparado para tan difícil expedición.

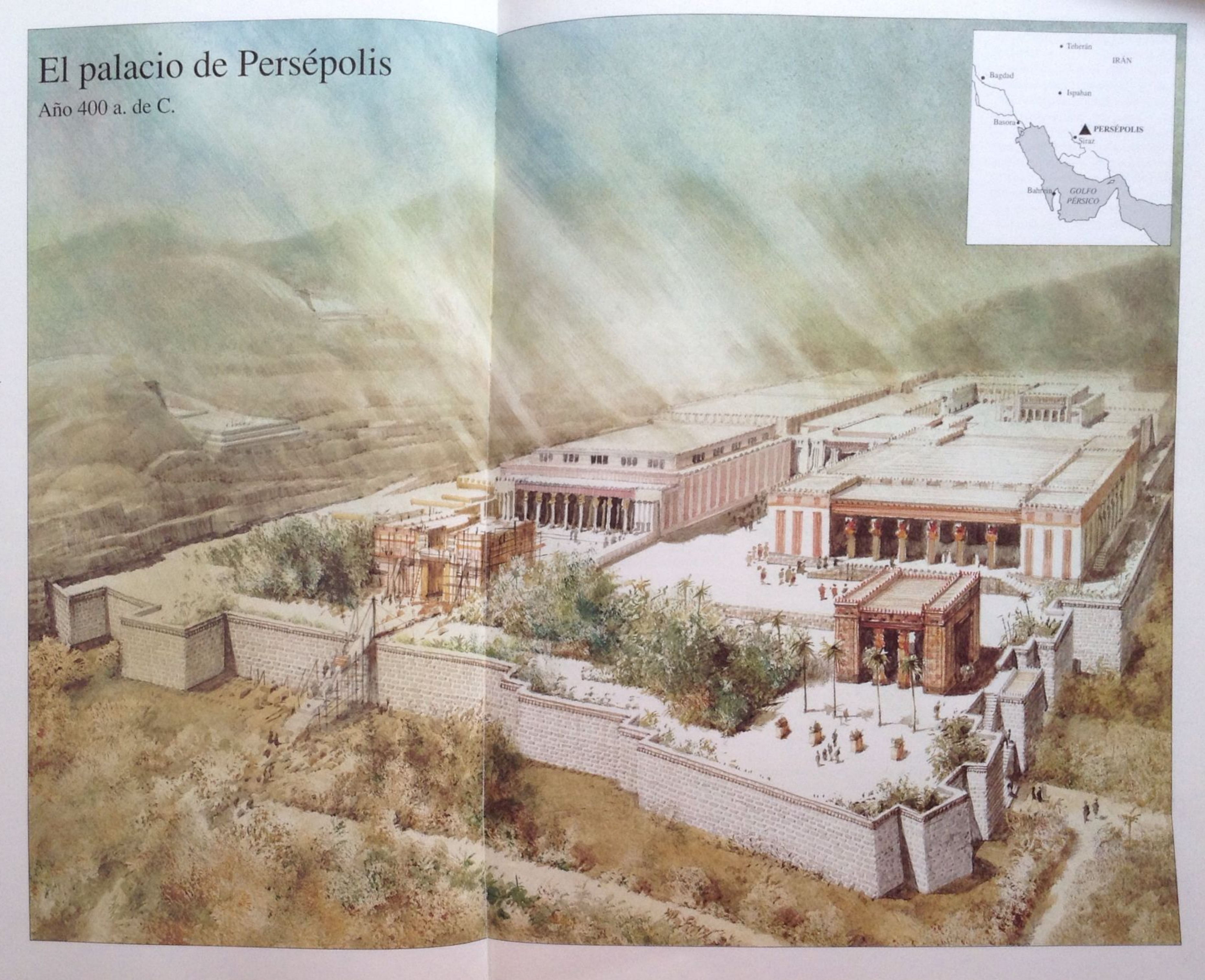
Cambises estuvo tres años en Egipto, pero hubo de regresar cuando le llegaron noticias de que un usurpador intentaba adueñarse de Persia. En el viaje de regreso, este justo monarca halló la muerte, dejando el camino expedito para que su primo Darío expulsara al usurpador y se hiciera con el poder.

El constructor de Persépolis

Tras los momentos de confusión producidos por la muerte de Cambises, no sabemos exactamente de qué medios se valió Darío para acceder al trono persa. Lo que sí nos consta es que fue un gobernante eficaz, que condujo a su imperio a una época de gran esplendor. Logró anexionar las zonas del norte de la India, llevó a cabo reformas administrativas que mejoraron el ya buen funcionamiento del imperio, racionalizó el sistema de comunicaciones, poniendo en marcha la construcción de la red de carreteras más importante hasta aquella época, y construyó Persépo-

El palacio de Persépolis

Año 400 a. de C.



lis, el monumento más majestuoso del arte persa.

De Ciro había heredado un fuerte sistema de gobierno. Aquel inmenso imperio se dividía en una serie de provincias o *satrapías*, cada una de ellas gobernada por un *sátrapa*, directamente responsable ante el rey. Darío comprendió que el sistema funcionaría bien siempre y cuando el rey se mantuviera fuerte, y quiso limitar el poder de los sátrapas para que no asumieran excesivo protagonismo.

Por tanto, Darío dispuso que los veinte sátrapas fueran persas y no oriundos de las provincias que gobernaban. Cada uno de ellos compartía el poder con un comandante del ejército, igualmente responsable ante el rey, de modo que era éste y no el sátrapa el que controlaba las fuerzas armadas. Otros funcionarios provinciales directamente responsables ante el rey eran los recaudadores de impuestos –con lo cual Darío controlaba las finanzas– y los secretarios, llamados «oídos del rey» y «ojos del rey», frecuentemente miembros de su familia, que le facilitaban un servicio vital de espionaje.

Un gran sistema de comunicaciones

El poder de Darío se hubiera visto mermado de no haber contado con un gran sistema de comunicaciones para controlar a todos estos funcionarios. Construyó una carretera de casi 3.000 kilómetros, que atravesaba el imperio desde la capital administrativa, Susa, al norte del golfo Pérsico, hasta Sardis, próxima al mar Egeo, y que comunicaba las regiones de Lidia, Frigia, Babilonia y Asiria con la capital, facilitando el acceso a otros muchos territorios. A lo largo del camino había 111 postas, que mantenían caballos de repuesto para los mensajeros reales, además de numerosas posadas para los viajeros.

La carretera real permitía a todos los funcionarios del imperio comunicarse con Susa con relativa facilidad, al tiempo que servía a Darío para controlar otros movimientos dentro de las fronteras del imperio: los ciudadanos podían utilizar la carretera igual que los mensajeros reales, pero había guardias que los vigilaban e informaban directamente al rey de cualquier movimiento sospechoso.



Tablilla con escritura cuneiforme.

Darío tuvo además la suerte de que, en sus tiempos, las pesadas tablillas de barro sobre las que escribían los sumerios se habían sustituido en gran parte por rollos de pergamino o piel. Ello facilitaba el transporte de documentos por la carretera real.

Esta gran vía de comunicación, que serpenteaba por Oriente próximo desde el golfo Pérsico hasta el Mediterráneo, suponía además la posibilidad de que la gran diversidad de pueblos que constituían el imperio persa pudiera relacionarse, celebrándose las grandes ceremonias multitudinarias a las que tan aficionados eran los monarcas persas y facilitando la presencia de artistas y artesanos de todos los confines del imperio, que acudían a prestar sus servicios a los palacios reales. Por su parte, los reyes podían conocer de este modo a sus súbditos y gobernarlos, por tanto, más justamente. En cuanto al arte, quedó sometido a una gran diversidad de influencias. Por lo que respecta a Persépolis, esa carretera era crucial tanto para la capital en sí como para los acontecimientos que se producían en ella.

El palacio aislado

Sin embargo, Persépolis se encontraba muy lejos de la carretera real, a unos 480 kilómetros al sureste de Susa, y tampoco estaba muy cerca de una adecuada reserva de agua. Pero su ubicación tenía algunas ventajas. Su proximidad con las montañas del sur garantizaba un clima agradablemente fresco en primavera, que es cuando solía estar habitada la ciudad. Y hasta el hecho de que Persépolis estuviera tan aislada podía ser una buena baza, pues un rey remoto puede revestirse de cierto poder místico, cosa que Darío encontraría muy útil.

Tras haber elegido este emplazamiento, que, según los documentos de la época, hasta entonces nunca había estado habitado, Darío comenzó las obras hacia el año 520 a. de C., prolongándose éstas durante más de sesenta años, a lo largo de los reinados de sus sucesores Jerjes y Artajerjes. Además de los innumerables aposentos de uso doméstico y los inmensos salones de recepción por los que Persépolis es famosa, construyeron un enorme tesoro para guardar objetos procedentes de todos los puntos del imperio. La gran terraza sobre la que se asienta el conjunto de edificios, el palacio, el tesoro y buena parte del salón de audiencias con sus 36 columnas quedaron terminados en tiempos de Darío. Jerjes (486-465 a. de C.) terminó el salón de audiencias, construyó otros aposentos domésticos, entre ellos el harén, y comenzó el gran salón del trono, o «salón de las cien columnas», que terminó Artajerjes (465-425 a. de C.).

A juzgar por los años que se invirtieron en su construcción, fue una ingente tarea. La terraza sobre la que se levanta el palacio es un rectángulo de 460 x 275 metros excavado en roca viva. Algunos de los bloques de piedra utilizados pesan veinte toneladas y los capiteles son tan pesados que tuvieron que colocarlos encima de las columnas por medio de cadenas y poleas. Todas estas operaciones estaban perfectamente planeadas de antemano.

De todos los puntos del imperio llegaron los obreros que intervinieron en la construcción. Los mejores canteros solían ser griegos. Ya en tiempos de Ciro, las obras de Pasagarda revelan que se utilizó para labrar la piedra el cincel dentado, propio de los griegos. Desde luego, algunos pliegues de las telas de los relieves de Persépolis parecen de mano griega. Además, cuando se analizaron estos relieves, los arqueólogos descubrieron, debajo de la capa de pintura, un *graffito* parecido al de un vaso griego del año 500 a. de C.

La mezcla de estilos que integran la arquitectura aqueménida no es nada sorprendente. Algunas puertas están flanqueadas por toros de piedra que recuerdan los de las ciudades asirias de Nínive y Jursabad. Los dinteles de las puertas recuerdan los egipcios; los pliegues de las telas son de estilo griego y la disposición de las grandes salas de columnas recuerda la arquitectura primitiva meda, aunque es mucho más elaborada.

Pero los artistas del imperio persa no plagiaban directamente el arte de otros países, porque los reyes persas pretendían conseguir un efecto diferente en este palacio. Por ejemplo, las esculturas tenían una calidad distinta de las griegas, porque estaban concebidas como telón de fondo de las ceremonias que se celebraban en palacio: son planas para no eclipsar la magnificencia de las procesiones reales que desfilaban ante ellas.

En la actualidad, lo que queda de Persépolis son los cimientos de la mayoría de los edificios. Se ven cientos de basas de columnas, por lo que se puede imaginar que en aquellas salas habría un verdadero bosque de columnas que sostendrían la techumbre, de cedro del Líbano. Donde más abundan es en los inmensos salones de audiencia, el de Darío, en el ala oeste del palacio, y el de Jerjes, en el ala este. De parecido estilo son los aposentos más pequeños del palacio real y del harén, en la esquina suroeste del complejo, y los del tesoro, en la zona sureste.

Las columnas, además de tener una función utilitaria, sirvieron también para que en sus capiteles dejaran los escultores de Persépolis buena muestra de su labor creativa. Los más impresionantes son los que coronan las columnas de 20 metros de altura del salón del trono y del salón de audiencias. En proporción con tan altas columnas, los capiteles miden casi metro y medio de alto. Algunos tiene forma de cabeza de animal –frecuentemente de toro– y generalmente son cabezas dobles; otros son grifos con cabeza de águila o rugientes leones, aunque se han encontrado también toros con cabeza de hombre, que recuerdan los del arte asirio. Son figuras enormemente expresivas, potentes símbolos del poderío del monarca que se sentaba en su trono bajo ellas.

Como complemento de los elementos arquitectónicos habría una abundante decoración a base de oro, con colgaduras de brocados y placas de oro repujado sobre la madera de las puertas. Muchas de las paredes estaban recubiertas de azulejo vidriado azul, rosa y amarillo, con motivos animales parecidos a los de Babilonia, y el resto de las paredes, así como los fustes y capiteles labrados de las columnas, estaban pintadas de vivos colores.

Máxima seguridad

Aparte de los salones de audiencia, el edificio más importante de Persépolis era el tesoro real, situado en este emplazamiento tan aislado para librarlo de saqueos y custodiarlo con plena seguridad. Como gran parte de la riqueza procedía de los tributos que entregaban los pueblos vasallos durante los festivales del año nuevo que se celebraban en Persépolis, resultaba muy fácil almacenarlos inmediatamente en el tesoro. Con el meticuloso orden que caracteriza al gobierno persa, se anotaban detalladamente las entradas de todos los tributos, de las que se encontraron en las oficinas de cuentas del tesoro más de 30.000 tablillas.

Repleto de alhajas y objetos de cristal y vidrio, copas y cuencos, muebles cubiertos de pan de oro, armas y alfombras, el tesoro era el almacén real. En las cien habitaciones del tesoro vivían además los artesanos que utilizaban los metales y piedras preciosos traídos de todos los puntos del imperio para elaborar artículos suntuarios.

¿Cuál era su objetivo?

Aparte de albergar el tesoro, este palacio, construido en un lugar remoto con todos los recursos de tan inmenso imperio, tiene que haber tenido algún objetivo especial. No era el centro administrativo –que se encontraba en Susa, ciudad situada en uno de los extremos del camino real, más próxima al corazón del imperio–, ni el lugar donde se coronaban los reyes, ceremonia que se celebraba en Pasagarda, residencia de Ciro, al noreste de Persépolis, que probablemente era también el centro de la religión persa. Persépolis representaba un papel diferente, aunque no menos importante, en el ceremonial del imperio. Allí se celebraban, en el mes de marzo, los ritos del equinoccio de primavera y el comienzo del año nuevo.

Durante unos días al año Persépolis se convertía en un hervidero de gentes. La ciudad próxima al palacio no tenía ni sitio ni comodidades suficientes para albergar a los dignatarios que acudían de otros lugares, de modo que la mayoría de ellos traían sus propias tiendas, que se plantaban al pie de la terraza sobre la que se levantaba el palacio. Gallardetes de colores y los vistosos ropajes de tan diversas gentes ponían una nota de alegría en tan árido paisaje. También el palacio se pintaba todos los años antes de que llegara la «invasión» de forasteros.

Además del rey, su familia cercana y la corte, llegaban los altos dignatarios de todas las satrapías para recibir al nuevo año y pagar tributo al rey; y estos tributos eran de lo más exótico que jamás se ha encontrado en lugar alguno.

El rey, sentado en un trono instalado sobre una elevada plataforma, era



Relieve que representa a Artajerjes I en su trono.

transportado hasta el salón de audiencias por sus servidores y allí aguardaba el comienzo de la larga procesión de súbditos que, a la tenue luz del salón, sólo vislumbraban los dorados reflejos de las vestiduras, la corona y el trono del monarca.


Florón tallado.

La gran procesión

Primero aparecían la guardia de a pie, los mozos de cuadra con los mejores caballos del rey y dos carros vacíos, uno para el rey y otro para el dios Ahuramazda, para que todos tuvieran muy presente la naturaleza religiosa de la ceremonia.

A continuación entraban los principales cortesanos, muy tranquilos, porque sabían que tenían el puesto garantizado al menos por otro año, charlando y bromeando, o comentando cualquier acontecimiento de la ciudad provisional instalada en las afueras de palacio.

Pero desde el punto de vista moderno, el grupo más interesante era el que llegaba a continuación, el de los representantes de las veinte satrapías. Vestidos con los trajes típicos de su región y cargados de regalos para el rey, tenían que formar un espléndido cortejo. No caminarían con tanto aplomo como los cortesanos, pues para muchos aquélla sería su primera visita a Persépolis y estarían preocupados por si sus presentes no eran adecuados o resultaban pobres comparados con los de otros sátrapas, o por si el rey les llamaba la atención por el modo en que manejaban los asuntos de gobierno o recaudaban los impuestos.

Por ello no es de extrañar que todos se excedieran a la hora de ofrecer muy ricos presentes, de los que nos quedan testimonio en los bajorrelieves de la escalera oriental del salón de audiencias. Todos ofrecían valiosas joyas, adornos y objetos de uso personal, pero además intentaban llevar alguna especialidad de su provincia que no hubiera en otros lugares: los medos traían los mejores caballos para las cuadras imperiales, los bactrianos y los habitantes de Parsa y de Aracosia traían camellos bactrianos, y los árabes dromedarios.

Mucho más exóticos eran los okapis o los colmillos de elefante procedentes de las provincias africanas como Etiopía o los antílopes de Libia y las jirafas de Abisinia. Los jónicos traían artísticas colmenas de abejas, cuya miel era muy apreciada en aquellos tiempos para endulzar los alimentos. Y aquellos que no tenían la posibilidad de contar con animales exóticos aportaban animales domésticos, como toros o carneros cebones, o lo compensaban de otra manera, por ejemplo, con carros cargados hasta arriba de ricas telas o enjoyadas armas.

La impresión general sería la de un abigarrado colorido, mucho bullicio y no pocos olores. Se comprende muy bien que los persas hicieran aquellas escalinatas de anchos escalones, ya que por ellas tenía que subir con facilidad desde un onagro de la India hasta una carreta cargada de armas. Y también que el salón de recepciones fuera tan grande, ya que tenía que dar cabida no sólo a los delegados, sino a sus animales y carretas. Pero hemos de tener en cuenta que el gran salón de audiencias, cuyos vestigios nos dan una impresión de gran amplitud, resultaría bastante oscuro y agobiante, ya que, además de las treinta y seis columnas (cada una de ellas de dos metros de diámetro), habría cientos de personas y docenas de animales.

Es difícil imaginar que con semejante barahúnda pudiera conservarse la dignidad. Pero el rey se situaba junto a la pared del fondo y los grupos de delegados se iban acercando en orden para ofrecerle los presentes. Con el tiempo, el rey se fue aislando más y así, durante el banquete que se celebraba tras las ofrendas, el monarca comía con algunos cortesanos elegidos en una salita cerrada por una celosía, desde la que podía ver sin ser visto.

¿Qué interés tenía Darío en celebrar de este modo en Persépolis el año nuevo? En primer lugar, era una manera de aumentar su riqueza recaudando tributos de sus súbditos, aunque esto podía haberlo conseguido igual mediante su eficaz sistema administrativo de sátrapas, generales, recaudadores de impuestos y «oídos del rey». Lo más importante es que era una ocasión para reunir a todo su imperio y para que el rey se enterara directamente de lo que sucedía en todos los confines del mismo. Y aunque apareciera algo distante en su trono, también sus súbditos sacaban la impresión de que se acercaban en alguna medida al monarca. La ceremonia significaba igualmente que el rey aceptaba sus valiosos regalos, pero siempre dentro de un código moral establecido.

Lecciones de religión

La religión persa era el zoroastrismo, culto que daba gran valor a los códigos morales. Originalmente, los persas adoraban a un gran número de dioses, todos ellos espíritus de la naturaleza, a los que había que apaciguar mediante sacrificios de animales. Los magos que dirigían esta religión primitiva bebían jugo de haoma, especie de hongo alucinógeno.

El zoroastrismo era muy diferente. En primer lugar, tenía un dios supremo, llamado Ahuramazda, «el señor de la sabiduría». Su profeta Zoroastro (o Zaratustra) fundó esta nueva religión después de haber tenido una visión en la que Ahuramazda le comunicó los preceptos de su fe. Los principios básicos de la misma eran que Ahuramazda representaba la fuerza del bien en el mundo, en continua lucha con el espíritu del mal, Ahrimán; con sus buenas obras, el hombre ayuda en su lucha a Ahuramazda, que al final resultará vencedor y premiará a los que le hayan ayudado con la vida eterna.

Algunos de estos principios no nos resultan ajenos, pues los hallamos en el cristianismo, pero en la Persia de finales del siglo VII a. de C. tienen que haber causado una especie de revolución. Al principio Zoroastro

consiguió pocos adeptos, hasta que se desplazó a Irán oriental y logró la conversión de Vishtaspa, el rey de aquel país. Cuando Ciro anexionó este reino al imperio persa, el zoroastrismo se extendió y su profeta fue a la corte, donde adquirió enorme influencia.

El zoroastrismo tenía gran atractivo para los reyes persas, no sólo porque valoraba la verdad por encima de la mentira, sino porque su dios se regía por unas normas establecidas, y no según su capricho, como al parecer actuaban los espíritus de la naturaleza. El dios Ahuramazda trataba a sus fieles como el monarca persa trataba a sus súbditos: según un código de leyes justas.

Lo que en el rey había de diplomático también apreciaba esta nueva religión. Ya dijimos que los persas dejaban que los pueblos sometidos vivieran con relativa libertad. El zoroastrismo tampoco imponía autoritariamente sus normas, pues los magos (sus sacerdotes) podían incorporar elementos de la antigua religión si les parecía conveniente.

Los documentos que tenemos no nos permiten conocer con todo detalle esta religión, aunque, según tradición persa, sus principios y normas estaban escritos, por mano de Zoroastro, en 12.000 pergaminos que fueron destruidos por Alejandro Magno cuando conquistó el país. No se sabe hasta qué punto esto pueda ser cierto, pero el hecho es que las referencias más antiguas que tenemos del profeta son de mil años después de su muerte. Lo que es evidente es que esta religión ejerció gran influencia sobre otras posteriores, entre ellas el cristianismo y el budismo.

El ocaso de los aqueménidas

Ciro y Darío reinaron sobre un imperio en su conjunto estable y bien organizado, pero con algunos problemas. Una nueva potencia surgía en el Mediterráneo que pondría fin a la hegemonía persa: los griegos. En los primeros tiempos del reinado de Darío, las ciudades-estado griegas estaban bajo control persa, pero hacia el año 499 a. de C. se produjo una serie de revueltas que se convertirían en guerras y que acabarían por minar el poder del imperio. Las primeras ciudades griegas que se sublevaron fueron Eretría, Atenas y Esparta. Estas dos últimas se aliaron contra Darío y en el año 490 a. de C. el rey envió un ejército para sofocar la rebelión.

Al principio los persas encontraron poca resistencia. Eretría se rindió sin excesiva oposición y las naves persas echaron anclas en la bahía de Maratón mientras el ejército se disponía a marchar sobre Atenas. Entonces fue cuando los atenienses sorprendieron a los persas: en lugar de aguardar al enemigo, tomaron la iniciativa y atacaron a los persas, obligándoles a retroceder hasta las naves. Luego regresaron rápidamente a Atenas, dispuestos a rechazar el ataque persa que se produciría al día siguiente. Pero sus enemigos, muy diezmados, no tuvieron más remedio que regresar a su territorio.

La batalla de Maratón no fue en realidad un golpe decisivo para los persas, que sólo perdían con ella una zona marginal del imperio. Pero significaba que aquella potencia no era tan invencible como parecía.

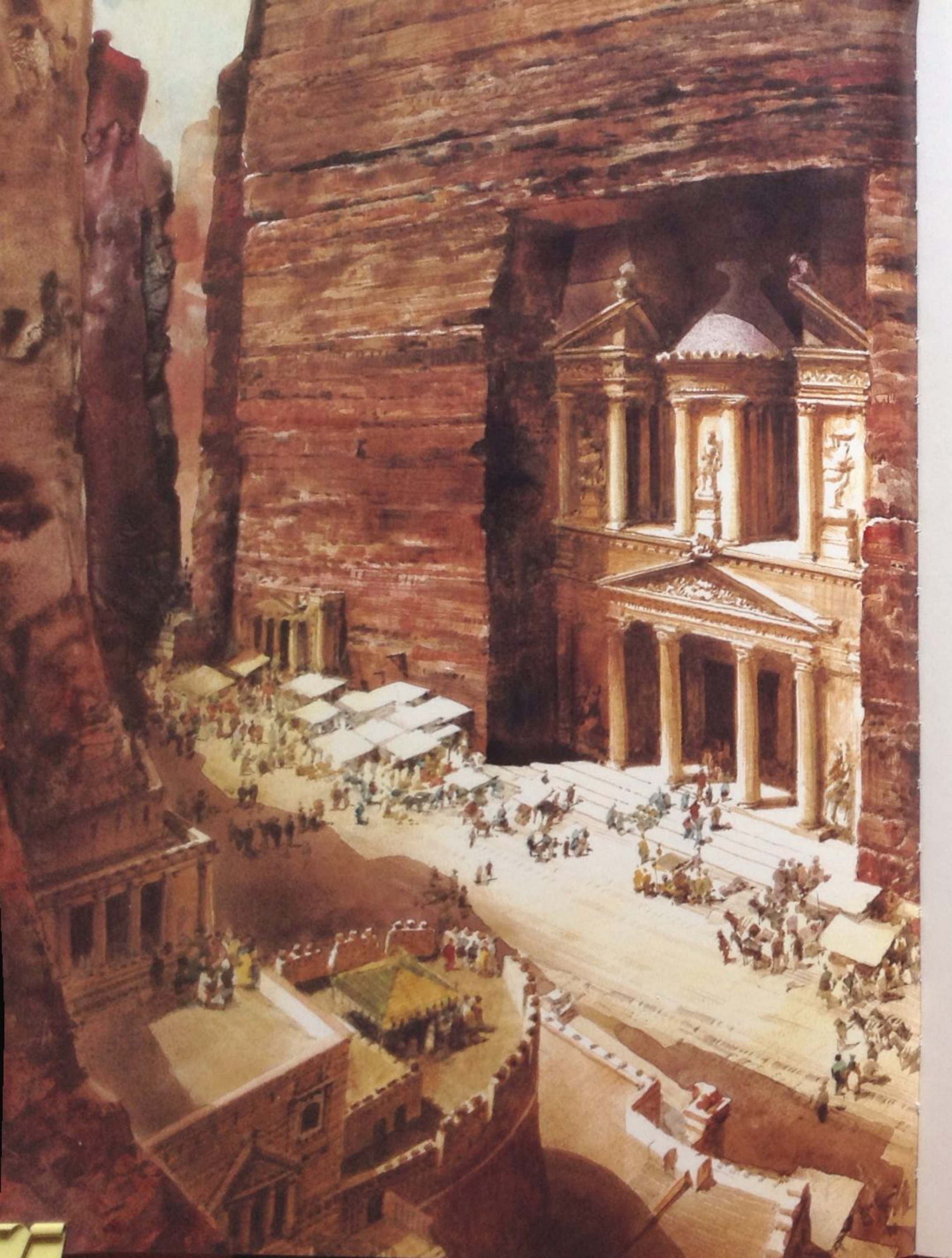
Al cabo de cuatro años se produjo un golpe más grave. A la muerte de Darío, que había mantenido la estabilidad durante más de treinta años, subió al trono su hijo Jerjes, que hubo de hacer frente inmediatamente a sublevaciones en Egipto y en Babilonia; estas sublevaciones tenían su origen en el reinado anterior y se debían al descontento creado en las provincias por el aumento de los impuestos y de las tasas de interés sobre los préstamos.


Libio portando un tributo.

A pesar de ello, Jerjes y Persépolis pudieron seguir haciendo frente a las guerras contra los griegos y, aunque al final Jerjes perdió todas sus posesiones en Europa, a su muerte, acaecida en el año 465 a. de C., todavía conservaba la mayoría de Oriente próximo. Lo que realmente erosionó el poderío de los aqueménidas fueron los factores económicos. Las sublevaciones internas y externas tuvieron como consecuencia que varios reyes acabaran sus días por muerte violenta y ninguno de ellos gobernó con la fuerza y la longevidad de Darío. En el año 330 a. de C. se produjo el golpe definitivo cuando los macedonios conquistaron Persépolis, asesinando al último de los reyes aqueménidas, Darío III.

Los logros del primer Darío se mantuvieron hasta ese momento. Había conquistado el imperio más grande hasta la fecha, administrándolo con suma habilidad. Para conocer sus amplios y diversos dominios, encargó un informe mucho más ambicioso que el *Domesday Book*, compendio elaborado por Guillermo I de Inglaterra 1.500 años más tarde. Durante su reinado se dieron importantes pasos en el terreno del arte y de las comunicaciones, así como en otras cuestiones prácticas, como la introducción en Europa de la gallina doméstica procedente de la India y de Oriente próximo. Y el punto de encuentro de todo este imperio fue, durante unas cuantas décadas, Persépolis.

Tras la conquista de los macedonios, Persépolis desapareció prácticamente. El palacio perdió su magnificencia, que pasó a formar parte de la leyenda. Los relieves en los que se representaban procesiones y las tablillas que recogían los éxitos logrados por Ciro y por Darío quedaron enterrados bajo las arenas del desierto.



Escena de bulliciosa actividad delante de la Jazna. Viajeros procedentes del oeste de Asia intercambian mercancías y noticias.

PETRA

Ciudad oculta de los nabateos, famosa por sus templos de piedra color «rojo-rosa»

Si hay un lugar en el mundo que merece ser incluido en un libro dedicado a los «lugares misteriosos», este lugar es sin duda Petra, ciudad excavada en la roca en el desierto de Jordania. Tallada en roca viva por un pueblo desconocido, oculta entre riscos y barrancos, perdida para los occidentales durante cientos de años y descubierta en el siglo XIX, «la ciudad de color rojo-rosa, casi tan antigua como el tiempo», Petra, se presenta a los ojos del visitante como un ejemplar único del mundo árabe. Su arquitectura, exótica conjunción de elementos persas, asirios, griegos y romanos, da una impresión de indiscutible clasicismo que nos recuerda que en su época de esplendor Petra vivía a la sombra del imperio romano.

Los habitantes de Petra eran nabateos, originalmente una tribu nómada del norte de Arabia que fue desplazándose hacia el norte, instalándose en el siglo VI a. de C. en una región al sur del Jordán que se llama Edom. Parece que se integraron de manera pacífica con los edomitas, que en siglos anteriores habían padecido los ataques de asirios, babilonios y caldeos y que verían con buenos ojos la llegada de un pueblo que no pretendía saquearlos ni violarlos.

En el siglo IV a. de C. los nabateos estaban firmemente asentados en Edom, habían abandonado prácticamente el nomadismo y comenzado a construir su capital en Petra, y habían encontrado un medio de vida en el comercio con los pueblos de Arabia, la exportación de betún a Egipto y la cría de ganado. Además empezaban a ejercer una actividad que les reportaría grandes beneficios y garantizaría la prosperidad de su ciudad. Y es que Petra, a pesar de lo inaccesible que pueda parecernos en la actualidad, se encontraba junto a las más importantes rutas comerciales del mundo antiguo.

Una de las rutas subía por el abrupto valle que conecta el golfo de Aqaba con el mar Muerto. Las caravanas solían recorrer la costa oriental del mar Muerto por un camino que unía Damasco por el norte (desde donde partía también una ruta hacia el Mediterráneo) con Aqaba (y por tanto Arabia) por el sur. Era una ruta sembrada de dificultades en la que eran esenciales los puntos de parada en los que se pudiera encontrar agua fresca. Uno de ellos era Petra, a mitad de camino entre el golfo y el mar Muerto, con un emplazamiento ideal para controlar el comercio.

Además había otra ruta este-oeste que unía las civilizaciones de Mesopotamia y Egipto y que también pasaba por Petra. Posteriormente, este eje este-oeste quedó integrado en la ruta de la seda y de las especias que, partiendo de China y pasando por la India y Oriente próximo, llegaba hasta el Mediterráneo, donde los productos se embarcaban hacia Grecia y Roma. La ruta hacia el mar pasaba por Gaza, al noroeste de Petra. De modo que esta ciudad se encontraba en una encrucijada de caminos, y el control de éstos representaba riqueza y poder.

Existían varias maneras de aprovecharse de las rutas comerciales. La más elemental y la que probablemente utilizaron en un principio los nabateos fue la de un bandolerismo relativamente moderado, robando exclusivamente lo necesario para que las caravanas no decidieran seguir otra ruta. Con el tiempo optarían por una solución más regularizada, consistente en cobrar impuestos sobre las mercancías que pasaban por territorio nabateo. Pero los habitantes de Petra fueron mucho más allá. Vivían en un país abrupto que conocían a la perfección; así que organizaron un sistema para guiar a las caravanas por los senderos y despeñaderos que rodeaban la ciudad.

La medida gozó de tanto éxito que los nabateos se hicieron los amos indiscutibles de un amplio territorio. Desgraciadamente, nos quedan pocos documentos escritos que se refieran a este pueblo; en el siglo IV a. de C., el historiador Diodoro Sículo lo describe como un pueblo básicamente nómada, aunque por otras fuentes sabemos que en aquella época las rutas comerciales ya pasaban por Petra y seguramente las estarían explotan-

do. Desde luego, lo hacían en el siglo III a. de C., pues existen documentos que citan numerosas aldeas nabateas, y en el II a. de C. se habla de los reyes nabateos y de las naves nabateas que se dedicaban a la piratería por aguas de Gaza; evidentemente, controlaban todas las rutas, incluso las del mar, en auge tras el reciente descubrimiento de los monzones.

Pero hasta el año 168 a. de C. no tenemos detalles de los nombres de los reyes nabateos y de la verdadera extensión de su reino, que en su momento de esplendor se extendía desde Damasco hasta Gaza. La llegada de los romanos, que tenían provincias en Siria y, después del año 6 d. de C., también en Judea, restringió su poder político, aunque les proporcionó una estabilidad que favorecía el auge de las relaciones comerciales y, por tanto, el florecimiento de la ciudad.

La llegada a Petra

Cuando el viajero llega a Petra lo suele hacer cruzando un estrecho desfiladero conocido por el nombre de Siq, uno de los más famosos e impresionantes caminos del mundo, flanqueado por tenebrosos y amenazadores peñascos; pero a pesar de tan mágico preámbulo, siempre se queda sobrecogido cuando llega ante la perfecta fachada de la Jazna, el edificio más famoso de Petra. Cortado en la roca, es un templo funerario de unos 30 metros de ancho por 40 de alto, maravillosamente conservado, de elegante y original clasicismo (los capiteles corintios decorados con hojas de acanto raras veces aparecen en el arte nabateo).

Algunos expertos opinan que el monumento es obra de artistas extranjeros. En cualquier caso, es una obra maestra de la arquitectura. La fila inferior de columnas –seis, en lugar de las cuatro habituales– dan a la fachada mayor amplitud; esta disposición se repite en la fila superior, pero en lugar de rematarse por un dintel o frontón a la manera clásica, se aligera este frontón «quebrándolo» para colocar en su centro una pieza maestra: un templete circular rematado por una urna.

Los beduinos que ocuparon la zona en tiempos más modernos estaban convencidos de que en la urna estaba escondido un tesoro y constantemente disparaban sobre ella para ver si lograban romper la piedra y descubrir aquellas riquezas. El que la palabra Jazna signifique precisamente tesoro puede ser indicativo de que la leyenda se base en algo de verdad o de la pervivencia del mito a lo largo de los tiempos.

Pero lo más probable es que la Jazna, como muchos de los edificios que se han conservado en Petra, fuera una tumba. Su interior está compuesto por una gran sala, muy sencilla y en forma de cubo casi perfecto y, detrás de ésta, una cámara pequeña en la que se colocaría el cadáver. Las habitaciones que se encuentran a ambos lados serían las que utilizarían los sacerdotes para disponer el ritual del enterramiento. Es posible que se trate de la tumba de Aretas III (86-62 a. de C.), que amplió el dominio nabateo hasta Damasco y Siria, y del que se sabe que se interesó por el arte helenístico, representado en la Jazna, con sus capiteles corintios, sus estatuas humanas y su acertada combinación de formas.

La ciudad de los muertos

Petra está llena de tumbas, aunque pocas tan magníficas como la Jazna; sus estilos arquitectónicos son muy diversos y reflejan las diferentes culturas con las que los nabateos tuvieron contacto. Pero a pesar de esta diversidad, todas estas tumbas tienen un aspecto parecido, en el sentido de que están excavadas en piedra, en las colinas de los alrededores de la ciudad. Y es una piedra de un color incomparable. John William Burgon, en su poema *Petra*, lo define con cierta imprecisión cuando dice que es una «ciudad de color rojo-rosa». Mucho más concreto es el cocinero Giorgio, personaje de Edward Lear, que define así sus colores: «Chocolate, jamón, curry en polvo y salmón».

Las tumbas resultan muy variadas. Algunas son apenas un agujero en la roca, escasamente decoradas, y otras ofrecen gran riqueza de elementos clásicos, como es el caso de la Jazna. Iain Browning, erudito autor del mejor libro moderno sobre Petra, clasifica las tumbas según sus fachadas. Las más primitivas son tumbas «rectilíneas», con decoración muy sencilla y a veces sin «fachada»; luego vienen las tumbas de influencia asiria, de construcción escalonada, como los edificios de Mesopotamia; a partir de éstas se van introduciendo las tumbas con cornisa o cornisa doble, a menudo con portadas de estilo clásico.

A continuación aparecen las grandes tumbas nabateas de estilo clásico como la Jazna, sin duda debidas a la afición del rey Aretas III por todo lo griego. Éstas tienen unas dimensiones mucho mayores que las de épocas anteriores y, aunque son de muy diversa calidad, todas pretenden impresionar por su magnificencia. En ellas encontramos frontones, pilastras, vanos ciegos y nichos, cornisas, capiteles y urnas, es decir, todo el vocabulario de la arquitectura helenística, en extrañas combinaciones que toman cuerpo en la piedra multicolor.

No se conoce con exactitud la función de estas tumbas. Se supone que la religión nabatea incluía el culto al monarca, que se divinizaba tras su muerte; al menos esto es lo que sucedió con el rey Obodas y, a juzgar por la grandiosidad de algunas de las tumbas, es de suponer que no sería el único.

Sin embargo, tenemos poquísimos datos acerca de la religión nabatea. Aparte de los reyes, se han identificado un dios y una diosa. El dios es Dusares, venerado por las clases privilegiadas, al que probablemente ya adoraban los edomitas antes de la llegada de los nabateos. La diosa es Al Uzza, cuyo culto es probablemente nabateo y a la que adoraba toda la población.

Dusares, principal divinidad de Petra («la ciudad de piedra»), se representa no como una estatua sino como un bloque de piedra. Estos bloques de piedra, que todavía hoy pueden verse en Petra, eran la morada del dios y se utilizaban como altares. Seguramente los obeliscos que aparecen en algunas de las tumbas también simbolizaban al dios Dusares. Las piedras son mudas y poco nos pueden decir acerca de la religión de este pueblo, pero tal vez convenga recordar que los judíos también comparaban a su dios con una roca.

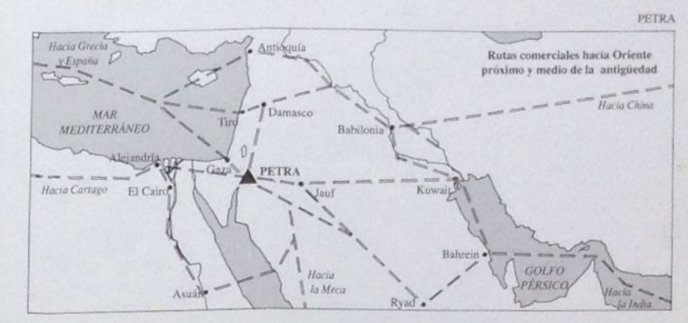
La ciudad de los vivos

Esta profusión de tumbas, junto con el silencio sobrenatural que impregna Petra, da la impresión de que se trata de una ciudad de los muertos, un centro de ritual y retiro espiritual. Pero en su origen habría en la ciudad muchos más edificios exentos de los que ahora se ven y serían sin duda edificios para los vivos, ya que la ciudad debió de ser, en su época de esplendor, un hervidero de gentes, repleto de caravanas y ajetreados mercaderes, bulliciosas calles y bien surtidos mercados. Petra sería una ciudad cosmopolita, llena de forasteros que, procedentes de muy lejanas tierras, harían allí un alto en el camino.

En tiempos de Aretas III Petra tendría cierto aire de ciudad romana, con una zona sagrada, o *témenos*, en la que habría una plaza rodeada de columnas con un gran templo en uno de sus extremos. Junto a ella estaría el mercado, y detrás de éste las casas (las de los ricos de piedra); y más allá, las rosadas colinas con sus tumbas, tal y como las vemos hoy.

El gran templo del *témenos*, el Kasr el Bint, es el más grande de los escasos edificios exentos que se conservan. Con un altar de mármol al aire libre y un pórtico sostenido por cuatro columnas en la fachada, data del reinado de Obodas II (30-9 a. de C.) y se convirtió en el centro de una zona que desarrollaron primero los nabateos y luego los romanos cuando se anexionaron la ciudad en el año 106 de nuestra era.

Los nabateos hicieron una gran puerta de acceso a la zona del *témenos*, que fue reconstruida a finales del siglo I d. de C. Los romanos añadieron una calle enlosada y con columnatas en el centro de la ciudad, que conducía hasta la entrada del *témenos*, en el que se habían construido nuevos templos. A juzgar por los yacimientos arqueológicos, ya los nabateos habían planificado estas obras que luego llevaron a cabo los romanos. Al sur de la calle con columnatas había tres mercados, cuyo origen se remonta probablemente a una época anterior a los romanos, especialmente el de abajo y el de en medio, aunque el de arriba, con una grandiosa entrada de columnas, puede que sea obra romana.



Mapa que muestra las numerosas rutas comerciales que pasaban por Petra o sus alrededores.

Los nabateos eran excelentes alfareros. Recientemente se han descubierto en Petra algunos hornos, llenos de ollas y vasijas sin cocer, de barro fino y decorado con hojas y ramas de delicados colores, que sorprenden por su desusada modernidad.

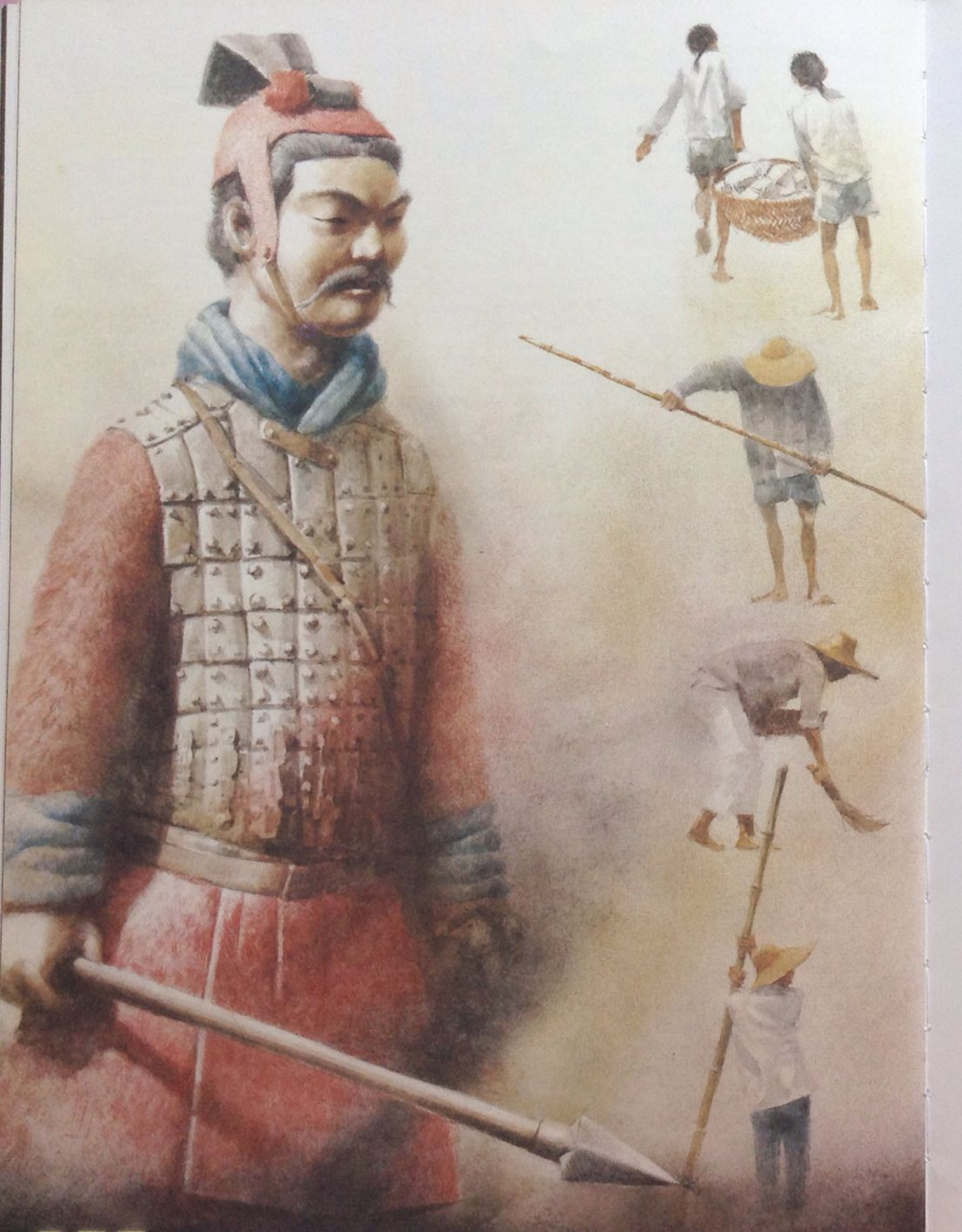
Además de esto, los nabateos sobresalieron por sus conocimientos de ingeniería. No hemos de olvidar que el agua es un recurso valiosísimo en el desierto de Edom, vital no sólo para los 20.000 habitantes de Petra, sino para los viajeros que se detenían a repostar en la ciudad. Las lluvias eran muy irregulares y se vivían muchos meses de sequía seguidos de periodos en los que las intensas precipitaciones podían convertir un estrecho sendero como el Siq en un traicionero río.

Para solucionar este problema se construyó Al Birka («la alberca»), un depósito de 2.500 metros cúbicos de capacidad, desde el que partía un canal excavado en la roca que distribuía el agua de las lluvias y de los manantiales por un acueducto hasta la ciudad, en la que había otro depósito de distribución. También se han descubierto otras conducciones para llevar el agua directamente a la ciudad desde algunos manantiales.

La llegada de los romanos

Los romanos llevaban ya mucho tiempo con los ojos clavados en Petra y en el territorio de los nabateos. Ya antes del año 106 d. de C. y del emperador Trajano habían conquistado una zona en las inmediaciones de Petra en la que crearon la provincia de Judea, que iba poco a poco rodeando la ciudad. Además, las rutas comerciales iban cambiando; muchos mercaderes transportaban por mar sus mercancías, entre Arabia y Egipto, y los que seguían haciéndolo por tierra solían tomar las rutas septentrionales, pues había un camino que unía Dura, en el Éufrates, con Damasco y Tiro, pasando por Palmira. El rey Rabbel II (70-106 d. de C.) trasladó la capital de Petra a Busra, en Siria, con el fin de atraerse el comercio. Pero el golpe final a la independencia nabatea le fue asestado cuando, a la muerte de Rabbel, el general sirio a las órdenes de Trajano tomó la ciudad. Los romanos crearon inmediatamente la provincia de Arabia, de la que Petra formó parte.

A juzgar por los restos de la calle con columnatas, la ciudad floreció bajo la dominación romana, pues la paz y la estabilidad del imperio romano facilitaron las relaciones comerciales y favorecieron los sistemas de irrigación y, por ende, la agricultura. Además de varios edificios en el centro, la ciudad pudo alardear de contar con un nuevo teatro (probablemente sobre los cimientos de otro más pequeño, construido en tiempos del rey nabateo Aretas IV). Los beneficios de la civilización romana se prolongaron hasta la época de las invasiones sasánidas, en el siglo III d. de C. Posteriormente, Petra formó parte del imperio bizantino, aunque nunca recuperó la estabilidad de que había gozado en tiempos de los nabateos y de los romanos. Perdió preponderancia como punto comercial y su recuerdo se borró de la memoria de las gentes; sólo de cuando en cuando recibía la visita de algún viajero.



La armadura de este soldado de infantería se basa en la de los famosos guerreros de terracota que aparecieron en la tumba del primer emperador en el monte Li. En los primeros tiempos habría un gran número de soldados y de campesinos en las inmediaciones de la muralla.

LA GRAN MURALLA CHINA

La muralla defensiva más larga del mundo, comenzada hacia el año 214 a. de C. y ampliada y conservada a lo largo de muchos siglos

La edificación más grande del mundo y la única construcción humana que puede verse desde la luna es la Gran Muralla defensiva que se extiende desde el mar Amarillo hasta el norte de Pekín, a lo largo de 2.400 kilómetros de territorio chino. En la actualidad, la mayor parte de la muralla tiene todavía 9 metros de altura y 4,5 metros de ancho en su parte superior. Y aunque fue reconstruida en los siglos XV y XVI d. de C., sigue siendo un elocuente testimonio de la visión, capacidad y tenacidad de sus artífices originales, el primer emperador chino Qin Shih-huang-ti y su ejército de obreros en el periodo inmediatamente anterior al año 214 a. de C.

La Gran Muralla china ha estado rodeada de leyendas desde el primer momento. En su ondulante línea, que pasaba por encima de montañas, a través de desiertos, valles y barrancos, se veía el cuerpo de un dragón. Y también se creía que había un elemento mágico en su construcción y que el primer emperador, que era brujo, una noche había recorrido China a lomos de un caballo volador, trazando la línea de la muralla. Según otra leyenda, el emperador tenía un látigo mágico con el que trazó un surco por las montañas y alteró el curso del río Amarillo para que se pudiera construir la muralla. También se decía que los gigantes le habían ayudado a mover las piedras necesarias para la obra. Y muchas cosas más.

El enemigo exterior

La Gran Muralla se construyó para protegerse del ataque de las tribus nómadas del norte, a las que los chinos llamaban hsiung nu, y cuyos descendientes fueron los temibles hunos, que invadieron grandes extensiones del imperio romano en el siglo V d. de C.

Desde luego, eran un terrible enemigo que, como siglos después hicieron los mongoles a las órdenes del caudillo Gengis Khan, no se hubieran detenido ante una simple muralla, máxime cuando ésta, a juzgar por los vestigios más antiguos, era básicamente un terraplén de tierra de escasa mampostería.

Sin embargo, aun en la primera época, la construcción varía de una región a otra. Así, en el este, donde abunda la piedra, se levantaba un muro de escombros, recubierto de piedra y rematado por un camino de ladrillo o losas de piedra, tan ancho que dicen que por él podrían circular al mismo tiempo cinco caballos uncidos. En cambio, en el oeste, donde no había mucha piedra y donde las fragosidades del terreno dificultarían además su transporte, se utilizó una mezcla de tierra y agua, contenida entre tablones de madera hasta que se secase. Naturalmente, esta especie de adobe no ofrecería excesiva resistencia a un enemigo empeñado en atacar.

Además de la muralla, había que construir miles de torres vigía; su altura, añadida a la ya considerable de la muralla en algunas zonas montañosas, significaba que los soldados del emperador estaban constantemente en guardia ante una posible invasión. Es de suponer que las torres originales fueran más sencillas que las de piedra labrada que subsisten en la actualidad.

Una nación unida

Los años inmediatamente anteriores a la construcción de la Gran Muralla fueron muy turbulentos para China, pues se vivieron los enfrentamientos de diferentes dinastías en pugna por el poder, al cabo de los cuales se impuso la dinastía Qin. Su victoria supuso, en primer lugar, la supremacía sobre las dinastías Qi, Yan, Zhao, Han y Wei. En el año 221 a. de C. los Qin derrocaron a los Qi, familia entonces reinante, e instauraron por primera vez en China un régimen oligárquico. El príncipe Qin que llevó a su familia a la victoria se llamaba Cheng, pero al tomar las riendas del poder cambió su nombre por el de Qin Shih-huang-ti, que quiere de-

La muralla y sus vigías se alineaban a lo largo de una serie de colinas, en los límites septentrionales de China. En esta ilustración se representa una escaramuza entre los nómadas procedentes del norte, que intentan tomar parte de la muralla, y las tropas de refuerzo chinas. Los arqueros, apostados en sus puestos en las torres vigía, protegen la muralla de trecho en trecho, siempre dispuestos a repeler cualquier agresión.



La Gran Muralla china

Año 50 d. de C.

cir «el primer emperador Qin». Esta unidad tuvo gran trascendencia para China y la muralla fue uno de sus principales símbolos.

Para poder gobernar aquel extenso imperio bajo un solo mando, fue preciso emprender una serie de reformas administrativas y económicas con el fin de unificar aquel conjunto de pueblos tan dispares. Así, se homologó el sistema de pesas y medidas, y también la moneda, el tamaño de los carros (para evitar que hubiera que descargarlos con el objeto de comprobar el peso de las mercancías en las fronteras) y los caracteres de la escritura.

Otra de las reformas fue la instauración de un eficaz sistema burocrático y de una red de distritos administrativos regionales, cada uno de ellos con su propia guarnición. Al mismo tiempo fue necesario crear rápidamente una red de carreteras que facilitara las comunicaciones dentro del imperio.

Los emperadores Qin comprendieron, como tantos otros gobernantes chinos, que la agricultura representaba la principal fuente de riqueza del país. Por ello fomentaron la creación de nuevos sistemas de irrigación para

mejorar la condición del suelo y garantizar la abundancia de cosechas, que representaba además una considerable fuente de ingresos por los impuestos que el emperador cobraba sobre el grano.

Otro conjunto de medidas adoptadas por la dinastía Qin estaba encaminado a debilitar la oposición política interna. Se cuenta que el primer emperador obligó a que todo el mundo –a excepción de los miembros del ejército imperial– entregara las armas en el palacio Hsienyang, donde se fundieron para fabricar enormes esculturas que adornaban la residencia del emperador. Puede que esto sea sólo una leyenda, pero denota la firmeza con que actuó el emperador.

No bastaba con privar al enemigo de sus armas. El primer emperador procedió también a desterrar a las familias rivales de sus propias zonas de influencia. Además tenía un astuto colaborador político, Li Su, que había observado que las anteriores dinastías se habían ido debilitando porque sus líderes solían ceder parte del poder a otros miembros de su familia, lo que fomentaba las luchas intestinas y la inestabilidad. Según un documento contemporáneo, el primer emperador, empeñado en que nadie pudiera arrebatarle la hegemonía, ordenó en un solo año el destierro de 120.000 familias.

Claro que no siempre logró sus propósitos. Continuamente había que reclutar tropas para defender las fronteras, lo que a veces redundaba en perjuicio de la agricultura. La exigencia de trabajos forzosos para la construcción del muro originaba los mismos problemas, con la consiguiente escasez de alimentos, que provocaba agitación en muchas zonas rurales. Como consecuencia de este descontento, parte de la población emigró hacia el norte, donde podía dedicarse al pastoreo y al comercio con los nómadas, reforzando con ello la economía de los enemigos del emperador. Estaba claro que para mantener la estabilidad de las zonas rurales y la fuente de ingresos del emperador había que procurar que el campesinado no abandonase su medio de vida.

En vista de estos acontecimientos, la muralla servía tanto para mantener a los súbditos del emperador dentro de China como para mantener a sus enemigos fuera. Pero tenía además para el pueblo chino un valor simbólico, puesto que representaba la unidad del nuevo imperio, así como su civilización y eficaz administración.

Otro importante factor que intervino en la construcción de la muralla fue el carácter del propio emperador, a la vez brillante administrador y paranoico obsesionado con su propia muerte. Sus grandiosos proyectos –un gran palacio, residencias para otros miembros de su familia, su mausoleo en el monte Li y la Gran Muralla– parecen indicar una personalidad megalomaníaca deseosa de dejar una profunda huella en la historia de China. En este sentido, la muralla vendría a decir: «Estos son los límites de mi imperio, el más grande que jamás hubo en el mundo».


El primer emperador.

La construcción de la muralla

Para los chinos una muralla era la solución a sus problemas, pues era un elemento habitual alrededor de las ciudades –la palabra *ch'eng* en chino significaba al mismo tiempo ciudad y muralla–. Además, los gobernantes Qin conocían perfectamente la técnica de construcción de las murallas, pues ya en el año 300 a. de C. habían comenzado a construir una en la región septentrional para impedir las incursiones de los nómadas. Tras las victorias sobre los Han y los Zhao, construyeron nuevos tramos de la misma. El primer emperador heredó unos 2.000 kilómetros de muralla, a los que añadió durante su reinado otros 800.

Cuando el primer emperador concibió la Gran Muralla, integró en ella las anteriores líneas defensivas, ya que la idea no era propiamente original suya.

Meng T'ien, general del emperador, procuró que la realización se llevara a cabo de manera sistemática. Grandes tramos de muralla cruzan montañas o desiertos en los que hay escasos recursos alimenticios. Antes de que comenzaran las obras, se instalaban a lo largo de la ruta treinta y cuatro bases de aprovisionamiento y se abría una serie de pistas para que tanto los obreros como los equipos y materiales pudieran trasladarse a las obras. A pesar de ello, en los primeros tiempos los bandidos que interceptaban las provisiones antes de que pudieran llegar a su destino constituyeron un verdadero azote.

Luego se levantaron las torres vigía a lo largo de la muralla y a dos flechazos de distancia unas de otras; con una base de 12 x 12 metros, otros 12 metros de alto y rematadas por otra sección más estrecha de 9 x 9 metros, tenían capacidad para albergar a las guarniciones y almacenar suministros suficientes para poder resistir un asedio, siempre y cuando los bandidos se mantuvieran a raya.

La construcción de la muralla era tan importante que el emperador estuvo dispuesto a exigir algunos sacrificios con tal de acelerarla. Las canciones populares de la época recogen las quejas de la gente, harta de tantos esfuerzos. Se cuenta que los capataces eran tan crueles que al que cometía algún error lo mataban y enterraban sus restos, sin más ceremonias, entre los materiales del muro.

Puede que algunas de estas historias fueran una exageración, pero lo cierto es que la muralla debió de cobrarse muchas víctimas. Su trazado sigue las vertientes de la cadena montañosa que constituye la principal línea de defensa, por lo que los obreros que trabajaron en ella habrán tenido que vencer grandes dificultades a costa de muchos sufrimientos.

Tampoco sería nada fácil trabajar en el desierto, con tormentas de arena que amenazarían con rellenar las zanjas antes de que pudieran echarse los cimientos. Por ello tenían que construir unos muretes de protección para evitar quedar sepultados por la arena.

La vida en la muralla

Hay un libro de tiempos de la dinastía Ming (1368-1644 d. de C.) sobre la formación militar que nos da idea de las condiciones en que vivían los soldados de la muralla. Aunque es un relato de época muy posterior a su construcción, es de suponer que las condiciones siguieran siendo parecidas en tiempos de los emperadores Ming, cuando se procedió a su restauración. Se describe el riguroso clima, extremadamente caluroso en verano y frío en invierno, contra el que había pocos medios de defenderse; además, las provisiones tardaban mucho tiempo en llegar y había poco sitio donde almacenarlas. De modo que los poemas en los que se expresa el dolor por la ausencia de los familiares que trabajan en la muralla parecen totalmente justificados.

Los guerreros del emperador

Qin Shih-huang-ti murió en el año 210 a. de C.. Su glorioso reinado se vio coronado por el más espectacular monumento, descubierto hace unos años: el mausoleo que contenía un ejército de miles de soldados de terracota, que ha hecho del emperador un personaje tan famoso en nuestra época como lo fuera en la suya.

Este ejército es muy revelador en cuanto a la vida en la Gran Muralla. Entre otras cosas, nos muestra el vestuario de los miembros de las distintas categorías y cuerpos del ejército. La armadura que llevaba la mayor parte de los soldados les cubría sólo la parte superior del cuerpo, lo que confirma las descripciones antiguas que existen sobre la táctica Qin, según las cuales esta dinastía prefería tomar la ofensiva y atacar de imprevisto, lo que exigía una armadura ligera que permitiera la rapidez de movimientos. Esto sería fundamental incluso en la muralla, pues cuando los centinelas avistaran al enemigo y dieran la alerta, las tropas tendrían que actuar con celeridad para repeler la agresión sin poner en peligro la propia muralla.

Pero, aunque reducida, la armadura era relativamente sofisticada. En los enterramientos del monte Li se han encontrado distintos modelos de cotas de malla, aunque algunos soldados llevaban una armadura más pesada, adecuada para la lucha cuerpo a cuerpo.

Con estos dos grandiosos proyectos, en los que debieron de intervenir miles de obreros para crear dos monumentos de dimensiones sin precedentes, se inauguraba la nueva dinastía Qin. Pero lo que no sabía el primer emperador es que su gloria iba a ser tan efímera. A su muerte subió al trono su hijo mayor, el príncipe Fu-su, que prometía ser digno sucesor suyo, pero que tuvo la desgracia de verse derrocado por su hermano menor Hu-hai, mero títere en manos de los políticos de la corte. Su falta de interés por los asuntos de estado provocó una serie de levantamientos en el año 208 a. de C. que pusieron fin a la dinastía Qin un año después.

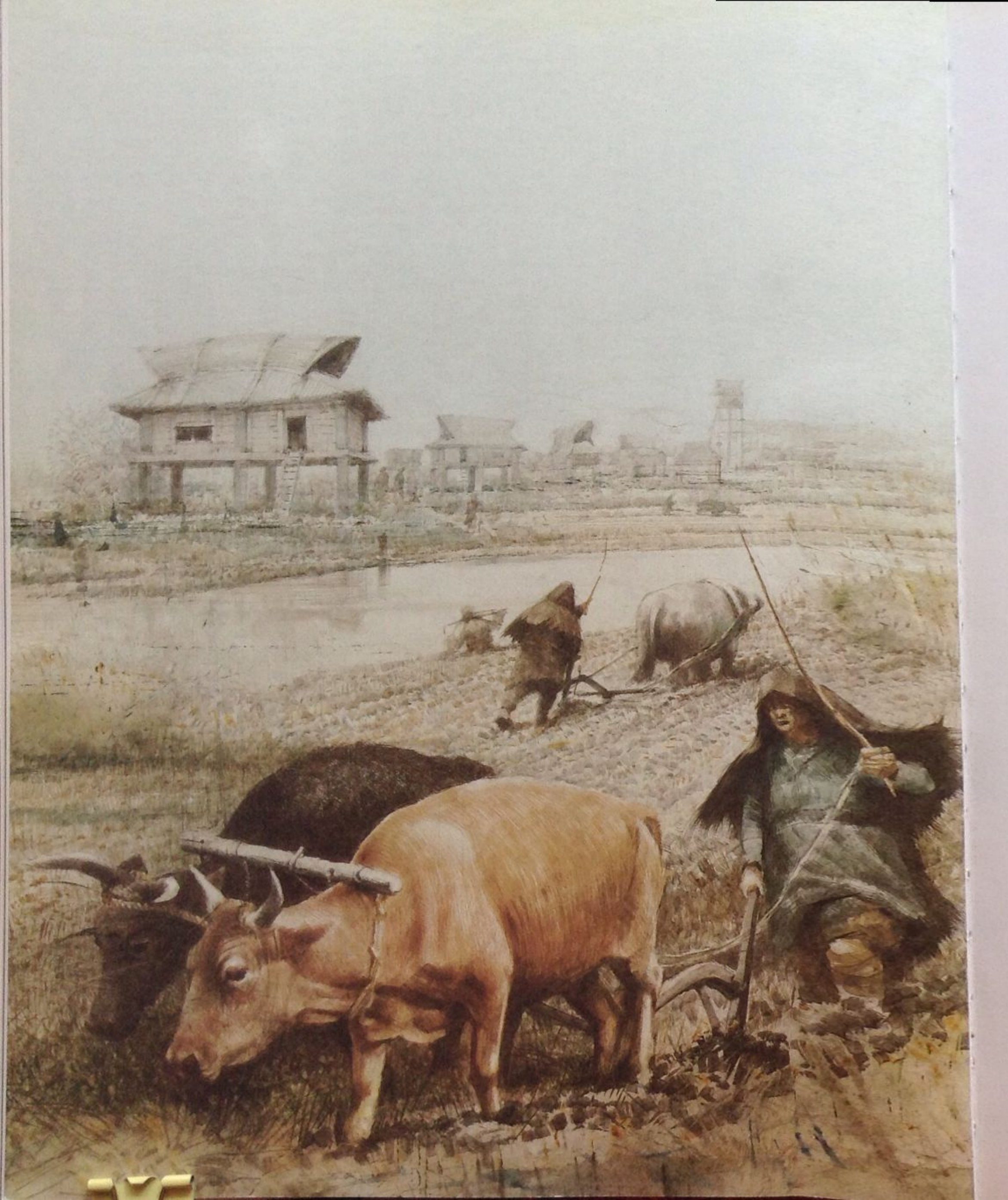
La Gran Muralla en años posteriores

El fin de la dinastía Qin no supuso el fin de la Gran Muralla, ya que otros emperadores, especialmente los de las dinastías Han y Ming, la ampliaron, reforzando las fortificaciones y añadiendo nuevos elementos defensivos. La mayor parte de las obras de construcción se llevaron a cabo durante el periodo Han (206 a. de C. -20 de nuestra era). Las guarniciones de los emperadores Han vigilaban una muralla de 10.000 kilómetros de longitud que se extendía desde Dunhuang, en la provincia de Gansu, hasta la región occidental de Xinjiang. Durante las siguientes dinastías no se realizaron grandes obras, aunque siguió utilizándose la muralla.

En cuanto a la organización de la vida en la muralla, la conocemos por otros documentos posteriores. En un texto de la dinastía T'ang (618-906 d. de C.) se especifican las señalizaciones de las hogueras que tenían que encender los soldados a trechos irregulares y que estaban situadas de tal forma que siempre podían verse tres de ellas desde cualquier punto. Las hogueras se prendían sobre plataformas situadas en puntos estratégicos, de preferencia en lugares elevados, y las mantenían grupos de nueve hombres, que vigilaban los movimientos del enemigo, transmitían inmediatamente las señales y llevaban la cuenta de los mensajes enviados. El número de columnas de humo representaba el número de tropas que se habían avistado. Por ejemplo, si el número de enemigos era de 500, se emitía una columna; y el número de éstas iba aumentando hasta un máximo de cuatro en caso de ejércitos de 10.000 soldados. La disposición de las hogueras permitía que las señales se transmitieran rápidamente y que los refuerzos pudieran acudir a tiempo.


Cántara con tres pies.

En la época de la dinastía Ming (1366-1644 d. de C.) todavía seguía utilizándose la muralla. En el libro *Ming Shi*, que narra la historia de la dinastía, se dice que durante el reinado del emperador Mu Zong se construyeron 3.000 torres vigía bajo la dirección del general Tan Lun. Cuando se acabaron las obras se apostaron en la muralla 9.000 soldados. En realidad, durante el periodo Ming la muralla era, más que una fortificación, un complejo militar, con ciudades fortificadas, guarniciones, castillos, torres vigía y otras torres, todo ello conectado por una muralla sólida y perfectamente mantenida.



Además del inevitable arroz, en el Japón del periodo yayoi se cultivaban también hortalizas, trigo, cáñamo y moreras para la cría de gusanos de seda. En la ilustración unos campesinos aran los campos cercanos al foso exterior de la población.

YOSHINOGARI

Espectacular fortaleza japonesa de la era yayoi, rodeada de un foso y con una gran sepultura real

Una de las más apasionantes excavaciones realizadas recientemente en Japón ha descubierto el emplazamiento de Yoshinogari, al suroeste de la isla japonesa de Kyushu, entre las actuales ciudades de Saga y Kurume. Se trata de un importante lugar, rodeado de un foso y protegido por fortificaciones de madera y torres vigía, que ha conseguido cautivar a los japoneses modernos y que les revelará muchas cosas sobre su pasado cuando esté enteramente explorado.

¿Cuáles son los orígenes de Yoshinogari y qué nuevos conocimientos aporta a la historia antigua de Japón? ¿En qué medida participa de los mitos y leyendas que envuelven la historia de este país? Para hallar alguna repuesta a las preguntas que nos plantea este lugar, hemos de remontarnos a las épocas de la historia japonesa que corresponden al imperio romano y a la vida de Cristo en Occidente.

El periodo yayoi

Los siglos comprendidos entre el año 300 a. de C. y el año 300 de nuestra era corresponden a la cultura yayoi. Se trata de un periodo importante en la historia de este país, porque fue entonces cuando se produjo el desarrollo de una economía rural, basada en el cultivo de arroz, que iba a mantenerse en Japón hasta épocas muy recientes. De ahí se deriva la importancia en la historia nipona del periodo yayoi, puesto que marcó unas pautas de desarrollo en Japón, al menos en lo que se refiere al campo, que habrían de perdurar unos 1.500 años.

Antiguamente solía pensarse que, considerando el desarrollo tan tremendo que experimentó el país, las nuevas técnicas agrícolas debieron llegar a Japón de la mano de invasores extranjeros. Los historiadores marcaban una clara ruptura entre la era yayoi y el periodo jomon, inmediatamente anterior a ésta.

Sin embargo, estudios más exhaustivos han puesto de manifiesto que esta transición se produjo de una forma gradual. Es poco probable que intervinieran fuerzas invasoras; fueron las propias gentes de la era yayoi las que debieron de ir perfeccionando poco a poco sus conocimientos a lo largo de un prolongado periodo. No obstante, aunque no hubiera invasores, seguramente se producirían guerras, que desempeñaron un papel importante en Yoshinogari, como siempre ha ocurrido en todos los tiempos.

Parte del conocimiento que poseemos actualmente del periodo yayoi nos lo proporciona un libro llamado *Wei Chih*, o registro Wei, terminado en el año 297 d. de C., fecha que corresponde al final del periodo yayoi. Esta obra nos ofrece una descripción de la sociedad japonesa de aquella época y, dada la auténtica tradición que existe en Japón de escribir tratados históricos, podemos considerarlo como un relato preciso y fiel a la realidad.

El *Wei Chih* nos habla de un pueblo constituido por unas cien comunidades, si bien el autor cita treinta comunidades con las que mantenía contacto en el momento de redactar el libro. Sus gentes estaban establecidas en una región cálida, de clima suave, y además del inevitable arroz, cultivaban trigo, cáñamo, hortalizas y moreras para la cría de gusanos de seda. Respetaban la ley y las buenas costumbres y vivían largos años, a veces hasta cien. Enterraban a sus muertos bajo túmulos de arena y guardaban luto durante diez días. Al término de un funeral, los participantes se sometían a un baño ritual de purificación.

Una de las comunidades o pequeños estados que se describen en el *Wei Chih* es el estado Yamatai, que después de haber sido gobernado durante algunos años por un hombre, padeció otros setenta u ochenta años de guerras.

Al término de este periodo, sus habitantes decidieron elegir a una mujer, llamada Himiko, para que los

El emplazamiento circuido de un foso pasó por varias etapas de edificación. La reconstrucción que presenta esta imagen corresponde al periodo yayoi reciente. Podemos observar casas, silos, torres vigía y grandes residencias.



gobernara. Himiko hechizó al pueblo con magia y brujería. Vivía en un palacio rodeado de torres y fortificaciones, y la servían mil mujeres y un solo hombre, que no era su marido, pues Himiko nunca tomó esposo, sino una especie de intermediario que ayudaba a la reina a comunicarse con el mundo exterior.

Himiko se ganó el respeto no sólo de su propio pueblo, sino también de otros muchos estados japoneses. Cuando murió, se levantó un gran túmulo funerario de más de cien pasos de diámetro y se celebró una gran ceremonia fúnebre.

La sucedió un hombre que se mostró totalmente incapaz de mantener el orden, por lo que el pueblo de Yamatai volvió a elegir una vez más una reina, una parienta de Himiko llamada Iyo, y todo volvió a la normalidad.

En realidad, nadie sabe a ciencia cierta quiénes eran los yamatai. Se han propuesto diversos emplazamientos del periodo yayoi, pero ninguno de ellos parecía corresponder en importancia al prominente estado yamatai hasta el descubrimiento de Yoshinogari.

Yoshinogari es el más grande de los emplazamientos fosados que se haya descubierto y posee gran cantidad de vestigios funerarios, entre ellos un túmulo funerario real de insólitas dimensiones.

Yoshinogari Año 300 d. de C.

Emplazamientos fosados

Antes de descubrir Yoshinogari, se conocían escasos emplazamientos del periodo yayoi circuidos por un foso. Cabe citar, entre los más importantes, el de Otsuka, con un foso de 200 metros de longitud, y el de Karako Kagi, aproximadamente el doble de largo que el anterior; el de Yoshinogari tiene unos 900 metros. ¿Por qué se construyeron estos emplazamientos defensivos y cuál es la causa de que el foso de Yoshinogari fuera tan largo?

En el periodo yayoi medio se produjeron tensiones, enfrentamientos entre los distintos estados y, en particular, entre los habitantes de los pueblos vecinos y los de los pueblos más importantes. Aquellos emplazamientos que contaban con recursos suficientes excavaron fosos, levantaron fortificaciones de madera y torres vigía para defenderse.

En la última fase del periodo yayoi, al empezar a desarrollarse un sistema de clases, hubo mayor estabilidad. Las clases acomodadas ocuparon las zonas fortificadas, más seguras, mientras que los demás habitantes quedaron relegados a la dura vida de los arrozales, fuera del recinto del foso. No cabe duda de que Yoshinogari debió ser un lugar reservado para unos pocos privilegiados, se tratara o no de la fortaleza de Himiko. Pero ¿qué más información nos ofrece el lugar sobre la vida en el periodo yayoi?

La vida durante el periodo yayoi

Afortunadamente, Yoshinogari nos ha proporcionado valiosísimas informaciones sobre la cultura de sus habitantes.

Uno de los aspectos obvios es la importancia del cultivo del arroz. Se han desenterrado muchos cuchillos de piedra pulida en forma de media luna. La cuchilla de piedra presenta dos perforaciones por las que pasaba una cuerda. La cuerda se anudaba a los dedos y el extremo arqueado se utilizaba para segar el arroz. Estas herramientas son semejantes a las que se han encontrado en otros poblados yayoi y se han seguido utilizando hasta épocas muy recientes en todo el sureste asiático. También se han encontrado vasijas típicas del



Modelo de casa con doble tejado.

periodo yayoi, con base bulbosa y estrecho cuello. Son de una factura meticulosa: su superficie se pulía antes de decorarlas con dibujos geométricos.

Asimismo han aparecido otros objetos más exóticos. Los habitantes de Yoshinogari debían ser expertos broncistas. Se han descubierto objetos de finalidad desconocida, tales como un curioso disco de bronce con brazos en espiral y un molde de piedra para la fabricación de estos discos. También son muy decorativos los espejos de bronce, de tamaño más bien pequeño, pues caben en la palma de la mano, pero exquisitamente labrados con dibujos geométricos. Son propios de un pueblo que sabía apreciar la belleza hasta en las pequeñas cosas y que probablemente utilizara aquellos objetos como atributos de una determinada condición social.

Sin embargo, para identificar con mayor certeza Yoshinogari con el hogar de Himiko sería preciso encontrar espejos de cobre, pues, según cierta fuente, la reina recibió cien de estos espejos.

Las tumbas

Los restos humanos hallados en Yoshinogari son impresionantes por su abundancia: hay más de varios miles de urnas funerarias, 350 sepulcros en cuevas y más de diez sarcófagos de piedra. También llama la atención el estado de los huesos humanos hallados en estas sepulturas: en algunos esqueletos falta la calavera, otros tienen heridas, en otros aparecen flechas en los huesos.

No sabemos en qué guerra pudieron morir todos aquellos hombres ni quiénes eran los enemigos de Yoshinogari. Acaso algunas de las comunidades de los alrededores que eran súbditas de este asentamiento se rebelaran contra él; también es posible que los soldados de algún estado vecino atacaran el asentamiento o que se produjera una lucha interna. En cualquier caso, los esqueletos que aparecieron son un testimonio muy elocuente de la dureza de los enfrentamientos.

En la zona norte hay un enterramiento que se destaca sobre los demás. La tumba fue construida mediante capas alternadas de tierra roja y negra, proceso que se conoce como *rammad*. Es el túmulo funerario más antiguo de Japón, tiene una forma rectangular de 24 metros de largo por 15 de ancho y está situado sobre una plataforma octogonal de mayores dimensiones. Evidentemente, se trata del enterramiento de algún personaje importante, lo cual confirma la teoría de que en Yoshinogari vivía una comunidad de notable influencia más allá de sus murallas.

Los edificios de Yoshinogari

Los habitantes de Yoshinogari vivían en las casas típicas del periodo yayoi medio y reciente. Eran viviendas de planta oval o cuadrada de unos seis metros de largo, hechas de madera y paja, rematadas por una cubierta de paja que bajaba hasta el suelo.

En medio de la vivienda se hallaba un hoyo de barro en el que se hacía fuego. A cierta distancia de éste estaban situados cuatro postes que soportaban la techumbre. Alrededor de esta habitación había una bancada, generalmente fabricada con tierra apisonada sostenida por tablones de madera, que se utilizaba de estante. Apenas había otros muebles. La bancada de tierra servía además para sujetar la techumbre de paja y para evitar que el agua que pudiera filtrarse por la cubierta entrara en la casa.

Además de las viviendas había otro tipo de edificios, como eran los almacenes de grano, propios de una comunidad agrícola que había desarrollado un sistema de clases en el que la clase dirigente controlaba la distribución de alimentos. Estos silos de arroz y de cereales eran más elevados que las casas y se construían sobre postes de madera para evitar las plagas.

Existían además torres vigía, indispensables para la defensa de un asentamiento tan grande e importante como Yoshinogari. No eran necesariamente edificaciones muy sólidas, puesto que lo importante era avistar al enemigo a tiempo para preparar las adecuadas defensas de la población. Eran, por tanto, torres elevadas, construidas sobre altos pilares de madera, rematadas por los típicos tejadillos en punta y levantadas en lugares estratégicos. Además, desde las torres se podía también vigilar a los habitantes de las comunidades vecinas sometidas a su yugo y que les suministraban los alimentos necesarios.

Asimismo había viviendas más grandes, seguramente con sus propias defensas –valla o foso–, pertenecientes a las clases dirigentes y con una estructura algo más elaborada que las viviendas corrientes, en particular con paredes y techo más convencionales. El tamaño de la tumba real nos permite suponer que la vivienda real sería también de importantes dimensiones.

La agricultura yayoi

El arroz constituía el principal cultivo. Los arrozales se hallaban en terrenos más bajos que el propio asentamiento, dividiéndose los campos mediante diques de tierra que constituían barreras para controlar el curso del agua y al mismo tiempo caminos por los que los agricultores podían llegar hasta su arrozal. A juzgar por otros emplazamientos, también debió haber zanjas o canales para el regadío y el drenaje. Es posible que el transporte por los arrozales se realizara mediante una pequeña canoa, sistema que sigue utilizándose en la actualidad. Los trabajadores llevaban zuecos de madera parecidos a los que todavía se usan hoy y de los que se han encontrado muchos en los yacimientos yayoi.

Además del cultivo del arroz, también se cosechaba mijo, calabazas y melones, así como otros productos de huerta en las inmediaciones de las viviendas.

Creencias religiosas

¿Qué tipo de religión tenía este pueblo? El periodo yayoi fue, al parecer, una época de transformaciones tanto en el terreno religioso como en el agrícola, cosa que se explica por el paso de un régimen de vida nómada basado en la caza y la recolección a otro más estable, aunque no sin dificultades, asentado en la agricultura. Y así fue desarrollándose la idea de que, aunque las fuerzas de la naturaleza eran muy poderosas, los seres humanos podían utilizarlas en beneficio propio.

Durante el periodo yayoi se fomentó el arte de la hechicería y la adivinación, apareciendo además un gran número de divinidades de la naturaleza: dioses de los árboles, de los arrozales y de los ríos, que luego se integrarían en el sintoísmo.

Cambiaron con ello los ritos funerarios, generalizándose los enterramientos en urnas, especialmente en la isla de Kyushu, en la que se encuentra Yoshinogari. Durante el periodo yayoi, la técnica de la cerámica alcanzó un grado de perfección tal que por primera vez pudieron fabricarse vasijas del tamaño de un cuerpo humano, aunque también se utilizaban ataúdes de madera. En algunos enterramientos se han hallado varios esqueletos en la misma urna o tumba, lo cual parece indicar que había dos ceremonias, una después de la muerte y otra cuando no quedaban más que los huesos.

A veces se enterraba a los muertos con objetos tales como armas o espejos de bronce, costumbre que revela la influencia china, ya que, además, muchos de estos espejos son chinos. Las vasijas se enterraban en posición vertical o ligeramente inclinadas. Aunque, comparadas con las grandes tumbas reales como la de Yoshinogari, estas vasijas son relativamente modestas, debieron pertenecer a personas de situación acomodada, pues siempre se encuentran en zonas prósperas. El hecho de que en Yoshinogari se haya encontrado un buen número de ellas hace suponer que había en el asentamiento una clase media muy considerable.

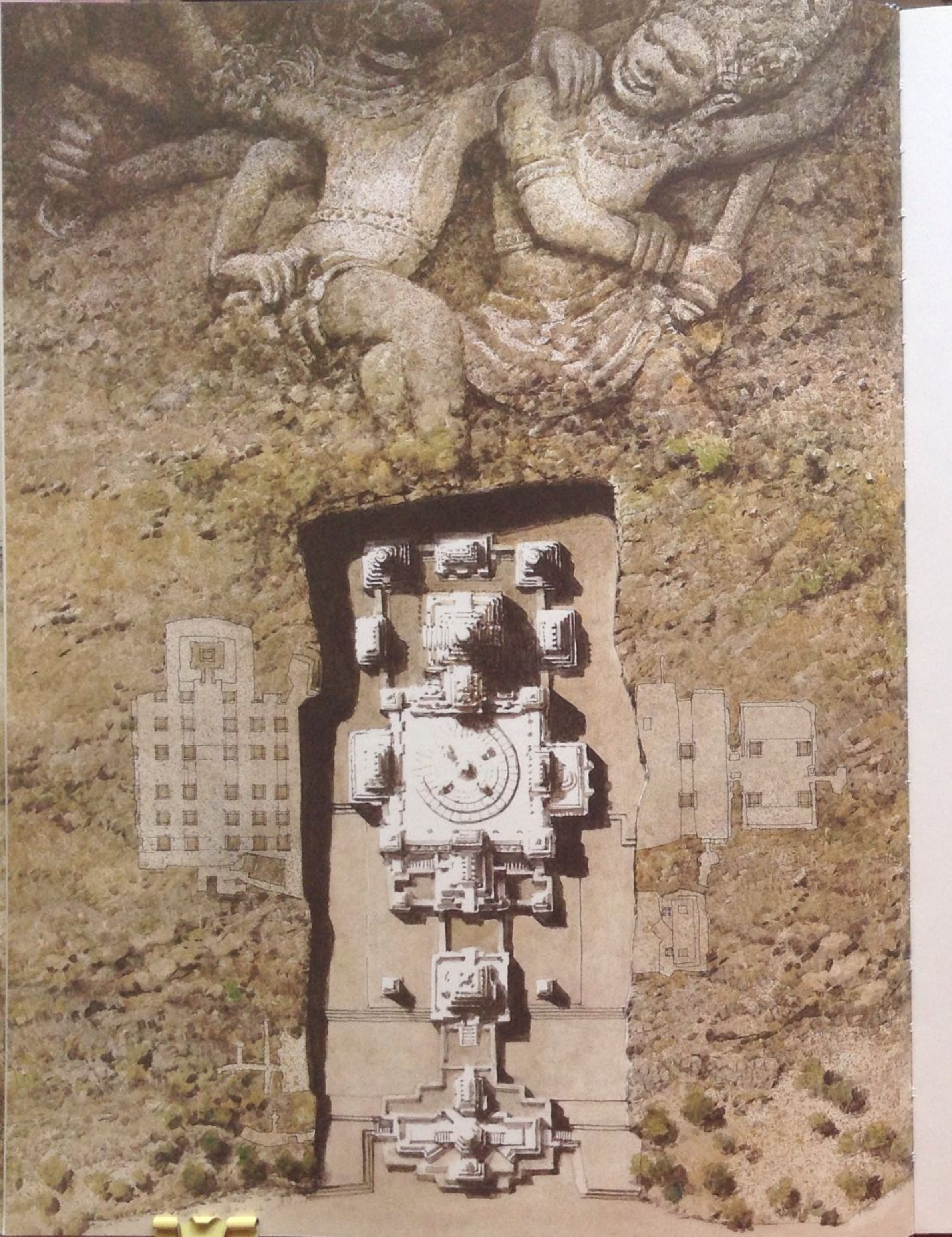


Figurilla de barro de una cámara funeraria.

El enigma de Yoshinogari

Hasta la fecha Yoshinogari plantea tantos problemas como resuelve. No sabemos exactamente el poder que tenía su pueblo ni la amplitud de su área de influencia, ni tampoco si en el asentamiento vivía Himiko o algún otro gobernante de los que figuran en la historia de la gran reina. Las excavaciones arqueológicas representan una ingente tarea por sus dimensiones y por la abundancia de materiales encontrados, aparte de las dificultades que supone la reserva con que suele verse en Japón cualquier actividad que implique turbar el descanso eterno de los antepasados. A pesar de ello, los arqueólogos están realizando una tarea digna de encomio. Lo que ya han excavado nos proporciona valiosas informaciones sobre un periodo de la historia japonesa del que quedan muy pocos vestigios, pues los edificios y otros enseres de madera han desaparecido y apenas existe testimonio escrito aparte del *Wei Chih*.

La excavación de Yoshinogari está causando tanta expectación como el descubrimiento de Cnosos o de Troya en su época en Europa. Sin embargo, al igual que estas ciudades, seguirá guardando celosamente sus secretos.



Combinación de plano y vista aérea en la que se puede apreciar la estructura del Kailasanata, en Ellora, excavado en el interior de la roca de la colina.

ELLORA

Magníficos templos del siglo VIII d. de C., excavados en la roca en un acantilado indio

En medio de la montañas de Hyderabad, al norte de la India, se encuentra Ellora, uno de los santuarios más famosos de Asia. Su emplazamiento se explica por la gran belleza natural del lugar, en una zona montañosa en la que abundan los torrentes y cascadas.

A pesar de los cambios religiosos que vivió la India, Ellora fue un centro de culto a lo largo de 500 años, durante los cuales se construyeron templos y santuarios de diferentes religiones, de los que en la actualidad quedan treinta y cuatro. No son edificios exentos, construidos de manera convencional, sino que están excavados en piedra viva, como los de Petra en Jordania o el de Abu Simbel en Egipto. Pero en tanto que éstos son interesantes por la riqueza de sus fachadas, los de Ellora difieren en el sentido de que tienen unos magníficos interiores. Y mientras que los monumentos de Petra y Abu Simbel se excavaban de fuera adentro en la pared vertical de la roca, los templos más hermosos de Ellora se construyeron excavando de arriba abajo, desde la parte superior del acantilado, lo cual produce un efecto muy distinto.

En la actualidad resulta difícil comprender por qué motivo los antiguos moradores de aquella región hicieron sus templos y santuarios así entre los años 600 y 1100, aunque existen algunas razones que explican que se les hubiese ocurrido la idea en un principio y que luego siguieran construyéndolos de este modo a lo largo de un periodo de cambio. En primer lugar, había razones de tipo práctico para hacer los santuarios dentro de la roca y no exentos. Los obreros excavaban túneles dentro de la roca introduciéndose en el acantilado desde la parte superior, para delimitar una zona en la que iban construyendo las puertas, pasillos, salas y santuarios propios de un templo. Y aunque parezca muy complicado, no lo sería más que el procedimiento de cortar los bloques de piedra en una cantera y luego transportarlos hasta el lugar donde se va a construir un monumento.

En segundo lugar, había razones de tipo artístico, pues los creadores de estos templos tenían más de escultores que de constructores o arquitectos. Desde sus orígenes, la sensibilidad religiosa de la India se ha expresado de manera muy elocuente en la escultura. Y en tercer lugar, había muy poderosas razones de tipo religioso. De los treinta y cuatro templos, doce eran budistas, diecisiete hindúes y cinco jainíes. Para cualquiera de estas religiones, el tipo de templo cueva como los que existen en Ellora resulta muy atractivo.

Los monjes budistas fueron los primeros en elegir Ellora, aunque es posible que ya antes hubiera en el lugar otros santuarios. Empezaron a construir sus templos hacia el año 600 y siguieron allí durante más de 200 años. Hemos de tener en cuenta que para los budistas el camino hacia la sabiduría suele representarse como una montaña que hay que ir subiendo hasta llegar al nirvana. Además, el aislamiento de Ellora resultaría muy atractivo para los primeros budistas, que, renunciando a los placeres del mundo, buscaban un lugar adecuado para la meditación que les conduciría a la verdad.

Por lo que respecta al hinduismo, en el que abundan las divinidades, es una religión que valora la riqueza y la fertilidad del mundo natural, por lo que habrá apreciado en lo que vale un lugar de tanta belleza natural y un templo que forma auténticamente parte de una roca. Además, Ellora tiene forma de media luna, lo que resultaría muy adecuado para el culto del gran dios hindú Siva, que era un dios lunar.

Al igual que a los budistas, a los hindúes también les resulta muy simbólico un templo-montaña, pero más que como camino hacia la sabiduría, como medio para que el ser humano pueda encontrar su lugar dentro de la creación. Por ello los templos hindúes están profusamente decorados con temas de la mitología hindú y un rico repertorio de anima-

les que representan la riqueza de la naturaleza. En Ellora los templos más espectaculares son precisamente los consagrados al hinduismo.

También las cuevas son muy significativas para los hindúes, pues en ellas se refugiaban, ya desde los primeros tiempos, los ermitaños que buscaban en la profundidad de la roca un paralelismo con la profundidad de su búsqueda espiritual. De esto a la construcción de un templo dentro de una cueva artificial no hay más que un paso. Por ello la oscuridad de los santuarios de Ellora –turbada en nuestros días por la luz de las linternas de los turistas– era una ventaja positiva, pues, al tiempo que servía de refugio contra el ardiente sol del exterior, representaba una especie de refugio espiritual, sobre todo en el sanctasanctórum del templo.

Para los seguidores del jainismo, religión que combina algunas de las características del budismo y del hinduismo, sintetizando austeridad y lujo, Ellora ejercía una gran fascinación. Sus templos, construidos en este apartado lugar que imprime austeridad, ofrecen toda la riqueza de sus elaboradas y opulentas esculturas.


Escultura de la fachada del templo.

El Kailasanata

El más espectacular de los templos de Ellora es, sin ninguna duda, el santuario hindú llamado Kailasanata, construido en el año 765 por el rey Krisna I, de la dinastía Rastrakuta, que había derrotado a los reyes de la dinastía Calukya. Estos últimos procedían del sur de la India y Krisna logró recuperar los territorios que se habían anexionado en el norte. En agradecimiento a su victoria mandó construir el templo, el más grande, complejo y ricamente decorado de todos los de Ellora. Está consagrado a Siva y su nombre hace referencia a Kailasa, la «morada de placer», montaña en la que reside el dios. La palabra Kailasanata significa «señor de Kailasa», referencia al propio dios Siva.

Los constructores del templo utilizaron el método habitual de abrir zanjas alrededor de un bloque de piedra dentro del cual se excava el edificio. El procedimiento para romper la roca consistía en introducir troncos de árboles en las zanjas, encima de los cuales echaban luego agua para que la madera se hinchase y reventara la piedra.

Había que extraer una gran cantidad de piedra antes de que los canteros pudieran comenzar las obras del templo propiamente dicho. Todo el tallado lo hacían con cinceles de 2,5 centímetros de ancho, pero trabajaban a mayor escala que en épocas anteriores. La zanja original tenía unas dimensiones de 85 x 49 metros, con una profundidad de 30 metros. Los canteros labraban en su interior puertas, porches, salas, galerías, escaleras y altares. En tres de los laterales hay una gran columnata que sirve de plataforma para las esculturas de la pared exterior del templo. Hay además dos capillas laterales lo suficientemente grandes como para poder ser templos independientes.

El entrar en el Kailasanata es una experiencia sobrecogedora, hecho del que fue consciente su constructor. El visitante atraviesa un imponente torreón de entrada y pasa al pabellón Nandi, santuario del toro sagrado de Siva. Este pabellón está flanqueado por dos enormes columnas de 15 metros de altura y rematadas por un tridente, también símbolo de Siva; junto a cada una de ellas hay un elefante de piedra de tamaño natural.

Después se pasa por un puente de piedra que comunica con la terraza, las escaleras y la entrada a la sala principal del templo, o *mandapa*, espacio cuadrado de 16 metros de lado, con cubierta soportada por 16 columnas. En esta sala se congregaban los fieles; detrás de ella está el sanctasanctórum, un oscuro santuario en el que se encuentra el *yonilinga*, escultura fálica en la que se simboliza la energía creativa de Siva. Sólo el sacerdote tenía acceso a tan recóndito lugar, sumido en un ambiente que el escritor Alistair Shearer describe como «una oscuridad subterránea y sobrecogedora, que da la impresión de que uno se adentra por las entrañas de la tierra».

Pero la gloria del Kailasanata radica en la riqueza de sus esculturas, que comienzan en la puerta del templo y cubren prácticamente tanto el interior como el exterior del mismo. Además de los grandes elefantes que flanquean la entrada del templo, hay otros tallados en la propia base, como si sostuvieran todo el edificio. En muchas de las paredes hay bajorrelieves que recogen escenas del *Ramayana*, poema épico hindú.

El *Ramayana* fue escrito entre el año 300 a. de C. y el año 300 de nuestra era. Narra la historia del rey Rama y de su hermosa esposa Sita, raptada por el demonio Ravana, que se la lleva a su fortaleza, en la isla de Lanka. Al final, Rama logra rescatarla con la ayuda del mono Hanuman. La epopeya tiene importancia religiosa porque Rama es visto como la encarnación del dios Visnú. De modo que, aunque el Kailasanata está consagrado a Siva, sus creadores incorporan en las paredes otros dioses en su forma humana.

Actos de culto

¿Qué culto se le daba a Siva en el Kailasanata? El hinduismo no requiere la participación de una «congregación», en el sentido occidental del término, pues el sacerdote representa a los fieles y puede, por tanto, celebrar los actos de culto independientemente. Sin embargo, en la práctica, muchos devotos acudían al templo, aunque no se les permitía entrar en el sanctasanctórum, lugar reservado al dios y al sacerdote, que se había sometido a los ritos de purificación.

La ceremonia empezaba con la solemne apertura de las puertas del santuario, tras la cual el sacerdote entonaba *mantras* ante la estatua, invocando la presencia temporal del dios del santuario. A continuación se procedía a adornar la imagen, bañándola y ungiéndola con óleos y pasta de sándalo, al tiempo que se quemaba alcanfor para purificar el aire. Luego se presentaban las ofrendas, consistentes en incienso, flores, agua bendita y alimentos; entre estos últimos había fruta, leche, *ghee* (especie de mantequilla) y distintos platos de arroz. Al igual que en la religión egipcia, se pensaba que el dios moraba en el templo y por ello se le ofrecían alimentos que luego se distribuían entre los presentes. Por último, se cerraban las puertas del santuario para que el dios se retirara a descansar hasta la siguiente ceremonia.

Estos actos de culto se celebraban cuatro veces al día, es decir, al amanecer, a mediodía, al ponerse el sol y a medianoche. Además, el sacerdote podía hacer otras ofrendas a solicitud de uno de los fieles. En la parte «pública» del templo se celebraban también festivales, en los que se recitaban leyendas, se cantaba y se bailaba, y procesiones en las que se llevaba la imagen del dios alrededor del templo. Aunque los templos hindúes de Ellora nos parezcan hoy muy silenciosos, podemos imaginar que todavía resuenan entre sus muros los ecos de los cánticos y de las voces de los que allí acudían a venerar a sus dioses.

El templo consagrado a Siva está lleno de relieves en los que se representan diversos episodios de la vida del dios, muchos de ellos en el patio que hay alrededor del templo, y sobre todo en la avenida de columnas. En uno vemos a Siva, con su esposa Parvati, jugando a los dados; en otro Siva está tocando una especie de cítara que se llama *vina*, es decir, está representado como dios creador, ya que en la mitología hindú el universo nació del sonido. En otro relieve se representan los esponsales de Siva y Parvati, presididos por Brahma, dios de la creación; y en muchos otros aparece bailando.

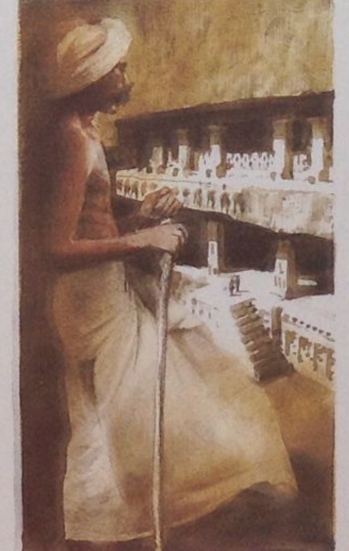
Otro grupo de relieves muestra escenas de la vida del dios Visnú y episodios de las epopeyas del *Mahabarata* y del *Ramayana*. En su conjunto, el templo es un derroche de esculturas que narran de manera visual, como las catedrales occidentales, las historias piadosas para enseñar a los que no sabían leer y deleitar a los que sí sabían.

Los santuarios budistas

Aunque no fuera más que por el Kailasanata, Ellora sería un lugar importantísimo. Pero es que además tiene otros treinta y tres templos, todos ellos fascinantes. Los más sencillos son los budistas, simples cuevas con celdas para la meditación, sin pilares ni elaboradas esculturas.

Los budistas fundaron también monasterios en los que vivían los monjes dedicados al estudio y a la meditación. Aunque de mayores dimensiones que los santuarios, eran también relativamente sencillos. Consistían en una sala central comunitaria, con mesas de piedra y cubierta sostenida por pilares, alrededor de la cual había una serie de celdas en las que los monjes dormían o estudiaban. En el monasterio había también un santuario con una estatua de Buda, que se cerraba con puertas de madera cuando no se celebraban actos de culto.

No todos los monasterios budistas son tan sobrios. Algunos (por ejemplo, el que se conoce como Cueva 10) son grandes edificios de tres pisos, con balcones en los que están las celdas de los monjes. A la Cueva 10 se la suele llamar «la cueva del carpintero», pues parece hecha de madera, con «vigas» de piedra puramente decorativas. Algunos autores interpretan este estilo arquitectónico como una nostalgia de épocas anteriores en las que los budistas de la India llevaban una vida más sencilla, alejados del mundo y dedicados de lleno a la meditación. Es posible que por esta misma razón hubieran llegado a Ellora en un principio.


Vista desde la columnata que rodea el Kailasanata.

Los templos jainíes

El rey Amoghavarsha (815-877) fue el más famoso monarca de la dinastía Rastrakuta. Se convirtió al jainismo y apoyó abiertamente a esta secta, de la que se construyeron varios templos en Ellora. La fusión de ascetismo y lujo de la doctrina jainí se pone de manifiesto en la arquitectura de sus templos, de los que los de Ellora son magníficos ejemplos.

Aunque no pueden compararse con el Kailasanata, uno de ellos, el Indra Sabha, es una pequeña joya. Consiste en un santuario central, también excavado en la roca y rodeado por una galería. Está decorado con pilares labrados, maravillosos pórticos esculpidos y relieves en los que se representa al dios Indra, así como una enorme flor de loto –símbolo de la sabiduría– esculpida en el techo.

Monumentos perdurables

Las cuevas artificiales de Ellora se construyeron originalmente como una alternativa a los santuarios de material menos duradero, como la madera o el bambú. Pero sus creadores hallaron en este tipo de arquitectura una manera muy adecuada de expresar su fe. Por ello siguió utilizándose este lugar durante muchos siglos y por los fieles de tres religiones de muy distintas características.

La ubicación de Ellora –en las principales rutas entre Ajanta (que también tenía famosas cuevas) y Ujjain, y entre Pathan y Broach– favoreció el éxito de este emplazamiento. Porque a donde iban los mercaderes también iban los peregrinos y los monjes mendicantes; por ello Ellora no fue una ciudad «perdida», como tantas de las que figuran en este libro. Su fama perduró, aunque sigue conservando su misterio y particular encanto.



Aunque los habitantes de los famosos monasterios de Nara llevaban una vida bastante espartana, la familia imperial y la corte, fundadores de dichos monasterios, vivían con gran lujo. Este retrato de dos cortesanos se inspira en un mural de la época de los templos.

NARA

Capital imperial japonesa y cuna del budismo en Japón en el año 710 d. de C.

Durante los siglos VI y VII Japón vivió dos grandes transformaciones cuyos efectos han perdurado en la historia de este país. En el siglo VI el budismo empezó a imponerse y a extenderse en Japón, procedente de China y después de cruzar la península coreana. En el siguiente siglo, un gobierno imperial fuerte se estableció en la ciudad de Asuka, desde la que se gobernaba todo Japón, y unificó un país hasta entonces compuesto por pueblos independientes.

Este cambio en el gobierno se produjo en el año 645, fecha de la llamada reforma taika. Naka-no-Oe, príncipe real, y Nakatomi-no-Kamarati, un cortesano, arrebataron el poder a la familia Soga. Con ello pretendían limitar al máximo las atribuciones de las familias aristócratas cuyos miembros gobernaban sus propias regiones como si fueran reyes. Nakatomi era un experto en sistemas de gobierno chinos y utilizó dos medios para mantenerse en el poder: en primer lugar, publicó un decreto por el que se expropiaban las tierras de los nobles regionales, que pasaban a propiedad del nuevo emperador, junto con los campesinos que las trabajaban. Para garantizar el cumplimiento del edicto, ordenó que se realizara un censo y se controlaran los campos.

La segunda decisión consistió en elegir una nueva capital en la que el emperador pudiera establecerse, sin necesidad de que la capital y el gobierno cambiaran de sede con cada monarca, y en la que se centralizaría la administración de todas las provincias. Al principio, el nuevo emperador, que adoptó el nombre de Tenchi, pensó en establecer su capital en el distrito de Asuka, donde ya contaba con un palacio. Pero no había suficiente solar para erigir una auténtica ciudad al estilo chino, con sus edificios administrativos, templos y otras dependencias. Los sucesores de Tenchi se decidieron por Nara, a unas 15 millas al noroeste de Asuka, y en el año 710 se fundó la nueva ciudad imperial.

La nueva ciudad

Nara era impresionante, una capital digna de un gran emperador, con su plano en forma de parrilla, sus palacios, edificios administrativos, mercados, graneros, monasterios budistas y pagodas. Durante muchos años su estilo influyó poderosamente sobre la arquitectura japonesa. Con sus tejados colgantes sostenidos por pilares de madera maciza pintada, sus puntales de recargada talla, que unían pilares y tejados, y sus frescos suelos de piedra, los edificios de Nara han pasado a representar una construcción típicamente japonesa.

Fue la emperatriz Gemmei quien decretó la construcción de la nueva capital; debía edificarse de tal forma que una vez acabada no se necesitara añadir nada más, pues sus proporciones serían tan perfectas que cualquier modificación estropearía su línea. Por consiguiente, sus planos se diseñaron meticulosamente. Cada uno de los grandes sectores de la ciudad estaba dividido en bloques, lo que permitía distribuir adecuadamente la propiedad urbana: las grandes familias tenían derecho a cuatro bloques. La nueva capital, además de su singular belleza y elegantes proporciones, se convirtió en el símbolo de la meticulosa organización del estado imperial. Pero tanto en el aspecto estético como administrativo, fue grande la influencia de la cultura de China, la poderosa vecina de Japón.

Su deuda con China

La emperatriz y sus arquitectos aceptaron conscientemente la influencia china. A lo largo del siglo anterior se habían estrechado los contactos con la gran potencia, incluso antes de que Nakatomi-no-Kamatari fomentara el acercamiento a China tras la reforma taika. En el año 607 el emperador chino Yangdi recibió en audiencia a un enviado imperial japonés, que regresó a su país con dos enviados chinos, lo cual marcaba el inicio de un periodo de contactos re-



El amplio patio se utilizaba para las procesiones ceremoniales. En él se hallaban la pagoda y la sala principal. En la galería cerrada que rodeaba el patio se podía pasear y charlar. Este monasterio es el edificio de madera más antiguo del mundo.

gulares entre ambos países. Monjes, sabios y funcionarios japoneses visitaron China durante el reinado de la emperatriz Suiko (593-628). Las teorías budistas y confucionistas empezaron a extenderse por Japón y se plasmaron en un códice redactado a instancias de Shotoku, príncipe regente de la emperatriz Suiko.

La influencia china también se hizo sentir en otros campos, como la medicina, la astrología, la tecnología y el arte, ya que los japoneses no dudaron en adoptar todos los aspectos de la civilización china que eran más avanzados que los suyos.

A menudo los conceptos chinos le venían a Japón como un guante. Ello se aprecia claramente en la arquitectura. Por ejemplo, los japoneses importaron en aquella época el concepto chino de pagoda, tan característico de los templos de Japón. Una pagoda es una torre, normalmente de cinco pisos, aunque pueden ser más, cada uno de los cuales posee un tejado de amplios voladizos. En la planta baja se hallan las imágenes o el santuario budista; las plantas siguientes son galerías dedicadas a la meditación. El objetivo de la pagoda era, pues, semejante al de los grandes monumentos budistas de piedra que encerraban imágenes de Buda: representaban el monte Meru, montaña del mundo, y sus niveles simbolizaban los distintos grados de sabiduría.

Pero en Japón lo más útil de la pagoda era su estructura. En este país son muy frecuentes los terremotos y la pagoda, edificada en torno a un único pilar de madera, podía resistir muchos seísmos; los arquitectos japoneses conservaron posteriormente este modelo de edificio.

Otra influencia fundamental de la China budista en la cultura de Nara fueron las enseñanzas de un monje chino que llegó a Japón a mediados del siglo VIII. Su nombre era Chienchen, si bien los japoneses lo llamaban Ganjin. Era un gran maestro budista que fue invitado a Nara en el año 741 para dirigir la instrucción de los monjes en los nuevos monasterios que se estaban construyendo en

El monasterio Horyu-ji, Nara

Año 710

la ciudad. Después de muchas dificultades y de un arriesgado viaje, Ganjin llegó a Nara en el año 753.

Aunque el monje era muy famoso, la gente de Nara no debía de estar preparada para el impacto que iba a suponer la llegada de Ganjin. Instruyó a los monjes y les ayudó a respetar las estrictas normas de su orden. Asimismo sus enseñanzas llegaron a la corte imperial y al propio emperador. De hecho, la familia imperial cedió a Ganjin uno de sus palacios, que se reconstruyó para albergar un nuevo monasterio que contaba con una sala de predicaciones para el maestro. Este monasterio, el Toshodai-ji o monasterio T'ang, es uno de los muchos que hicieron de Nara un monumento viviente a la fe budista del siglo VIII.

Dada la gran influencia que China ejercía sobre Japón, no es de extrañar que los japoneses acudieran a Chang'an, capital de aquel país, en busca de un modelo para su propia ciudad. Aunque Nara no era tan grande como Chang'an (que en aquella época era una de las mayores ciudades del mundo), podía competir con ésta en cuanto a la belleza de sus monumentos, como puede apreciarse por los templos que han llegado hasta nuestros días.

El monasterio de Horyu-ji

El más antiguo de los templos de la provincia de Nara que han llegado hasta nuestros días es el monasterio de Horyu-ji. Está situado a unos 18 kilómetros al sureste de Nara y se edificó antes de que empezara a urbanizarse la ciudad. Su importancia radica no sólo en su antigüedad, sino en que puede considerarse como modelo de edificios posteriores y porque en él se manifiesta la influencia china.

Se entra al monasterio cruzando una alta puerta de dos pisos, detrás de la cual se halla un amplio patio acristalado, en cuyo centro se encuentran los dos edificios principales del complejo, la pagoda y la sala principal o *kondo*, otra estructura impresionante de dos plantas. Detrás del patio existen numerosos edificios de servicio, las habitaciones de los monjes, estudiantes y visitantes, y una biblioteca.

Además de su gran belleza, con sus tejados curvilíneos, sus puntales tallados y sus murales, Horyu-ji pre-



Asura, uno de los guardianes sobrenaturales del budismo japonés.

senta la particularidad de estar enteramente construido en madera; de hecho, es una de las más antiguas estructuras de madera del mundo. En Occidente consideramos la madera como un material perecedero, pero en Japón la estructura de madera del monasterio ha contribuido a su longevidad, pues los edificios de madera son más resistentes a los terremotos que los de ladrillo o piedra.

Los templos de Nara

Dada la gran influencia de Ganjin y del budismo, primera religión de Japón, era lógico que la capital contara con sus propios monasterios budistas, muchos de ellos más suntuosos que el de Horyu-ji, construidos obviamente para fomentar la vida religiosa de la ciudad. No obstante, se siguen contado historias casi legendarias sobre algunos de ellos.

Por ejemplo, el de Todai-ji, sin duda el más imponente de todos, fue fundado por el emperador Shomu (724-749). Se dice que durante una epidemia de viruela que asoló Japón en el año 735 murieron varios miembros de la familia imperial. El emperador ordenó que se tallara una gran estatua de Buda para aplacar la ira de los dioses y para dar gracias por haber cedido la enfermedad; y el gran monasterio de Todai-ji se construyó para alojar la estatua. Puede que haya algo de cierto en la historia. Muchas de las escrituras budistas citan las recompensas que reciben quienes fundan monasterios o dan fondos para su restauración. A los monarcas se les prometía un reino próspero y la sucesión en el trono de sus herederos si hacían gala de su generosidad para con alguna fundación monástica. Al edificar el mayor y más espectacular monasterio del imperio, el monarca pudo pensar que evitaría que se abatieran nuevas plagas sobre Japón.

El gran Buda, de 16 metros de altura, sigue en el templo. La estatua representa a Vairocana Buda, fuente de todas las cosas del cosmos, según la teología budista de la época. Alrededor de la estatua aparecían otras imágenes de la fe budista: dos Bodhisattvas de laca, de unos 10 metros de altura cada una, y cuatro imponentes figuras de barro de 13 metros de altura, situadas en las esquinas de la sala, que representaban a los cuatros reyes guardianes.

En otra de las salas del Todai-ji, llamada Sangatsu-do, se hallan numerosas estatuas que representan figuras del budismo japonés. La mayoría de ellas son deidades indias que en la fe budista de Japón cumplen la función de guardianes. Cabe citar la inmensa imagen de Fukukensaku Kannon, con su reluciente corona de plata e incrustaciones de perlas, cuarzo, ágata y otras gemas; la de Gakko, que en su origen fue el dios indio de la luna, y de Nikko, dios del sol, ambos en serena actitud de oración o contemplación; y la estatua de vivos colores de Shukongojin, guardián que blande un amenazador rayo.

Además de la gran sala en la que se encuentra Buda, el templo tiene dos pagodas de 10 pisos cada una. El esplendor del conjunto se deriva del esfuerzo de los emperadores para que el budismo pudiera ser aceptado como religión oficial de Japón. En el año 685 el emperador Temmu decretó que cada familia tuviera un altar budista en su casa. En el año 741 el emperador Shomu dispuso que cada provincia tuviera un templo oficial; además existiría un templo nacional que funcionaría como centro administrativo para todo el país, y éste era el de Todai-ji.

Con una planta de 85 x 50 metros, la sala central del Todai-ji (que suele llamarse salón dorado) era más grande que las de los templos de Nara, aunque de estilo semejante: una serie de columnas de madera lacadas de rojo que sostenían un tejado colgante. Las dos pagodas siguen el modelo habitual japonés, aunque son más grandes, pues tienen 10 pisos en lugar de 5.

Debido a su gran tamaño, el templo resultó muy costoso, por lo que hubo que aumentar los impuestos, con el consiguiente descontento de los trabajadores al servicio del emperador y de los sacerdotes. Otro problema fue que, al destinar a la religión una parte tan importante de las arcas del tesoro, los sacerdotes adquirieron más poder que nunca y algunos se introdujeron en el gobierno, con la consiguiente corrupción. Es decir, que al crear el monumento más importante de Nara se forjaron también las condiciones que conducirían al ocaso de la cultura de Nara y al traslado de la capital.

Cuando el templo se reconstruyó en el siglo XI, se adoptó una forma más sencilla para evitar los gastos, el descontento y la corrupción a los que dio lugar el edificio original.

La vida en la Nara imperial

Es bien sabido que, antes de la llegada de los norteamericanos en el siglo XIX, Japón era un país que vivía de espaldas al mundo. Aunque esto es básicamente exacto, la influencia y los productos extranjeros ya habían llegado a Japón desde los primeros tiempos del periodo imperial. La influencia china es evidente en la arquitectura de Nara y en el budismo, así como en el uso de las plantas medicinales que los chinos conocían desde tiempos muy remotos. Pero además del legado chino, los japoneses conocieron, ya desde el siglo VIII, los tejidos de Asia central y el vidrio de Irán, país cuya influencia se refleja asimismo en el trabajo de taracea de algunos muebles de Nara.

Aunque el emperador tenía acceso a estos productos procedentes de otros países, la mayoría de los objetos utilizados en la corte eran de fabricación japonesa: así, las hermosas telas (especialmente sedas y brocados) y los vistosos muebles de taracea, como los que se han encontrado en el almacén situado detrás del salón principal del monasterio de Todai-ji, colocados allí por la emperatriz Komyo para deleite del alma de su marido. En este mismo tesoro se hallan también objetos de cerámica, tejidos y otras piezas de artesanía, tales como instrumentos musicales con incrustaciones, vasijas lacadas e incensarios de filigrana de plata. Todos estos objetos muestran una clara influencia china, sobre todo las piezas de cerámica con dos o tres vidriados de colores.

Otros objetos fabricados en Nara emplean materiales procedentes del sur de Asia: carey, marfil y madreperla. Todo ello contribuía al esplendor de la vida en palacio y los emperadores se jactaban de que su corte era tan fastuosa como la del emperador de China.

Las crónicas escritas por orden de emperadores y emperatrices durante el periodo de construcción de Nara nos aportan detalles de la vida en palacio que también conocemos por la antología de poemas de este periodo titulada *Man'yoshu*. Esta obra recoge unos 4.500 poemas, muchos de ellos escritos por miembros de la familia imperial. Reflejan una vida agradable en la que hay mucho tiempo para contemplar la naturaleza y en la que el único motivo de tristeza es el discurrir de las estaciones, el paso de los años y los amores perdidos.

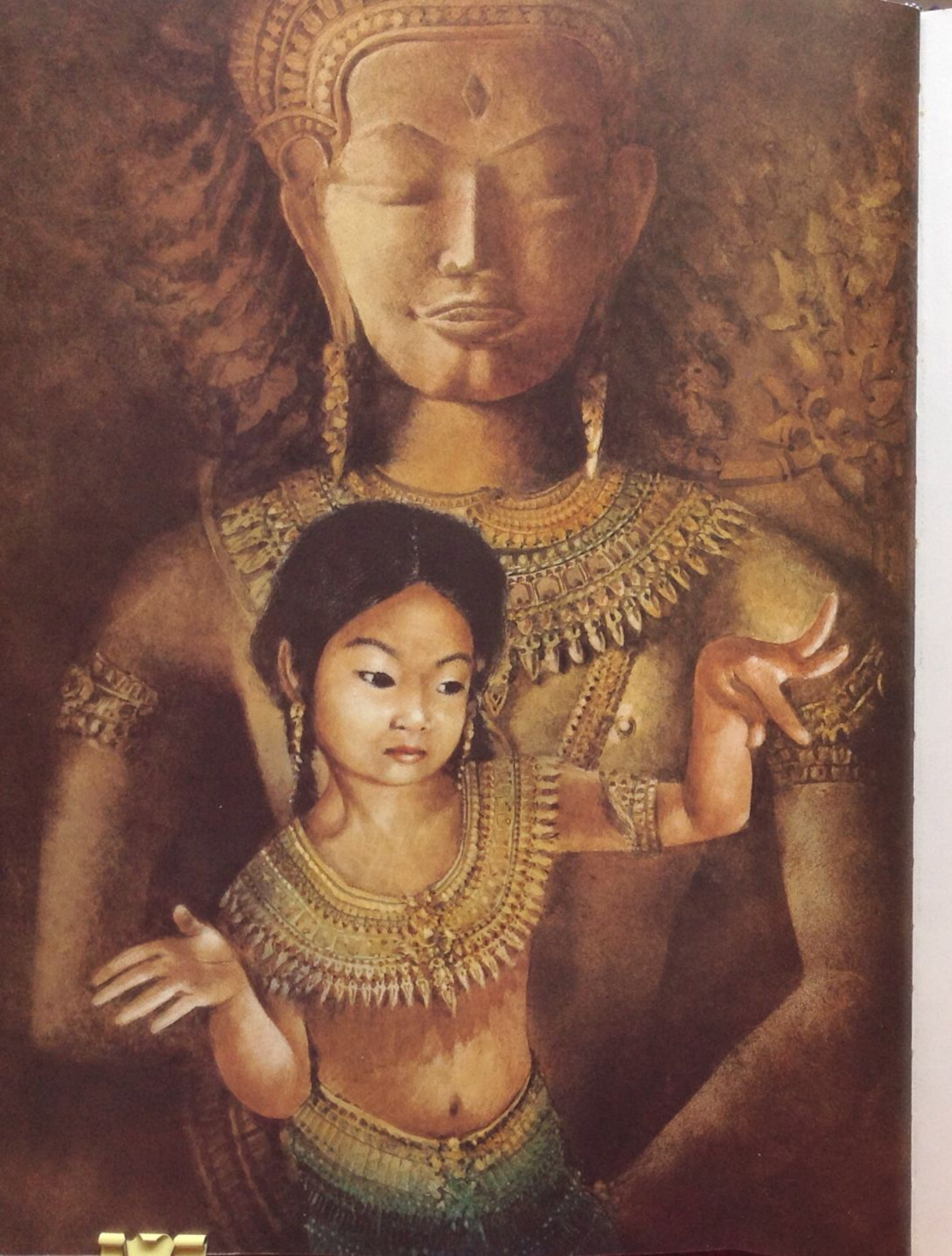
Pero esta antología recoge también otros poemas escritos por seres menos afortunados: son lamentos de los guardias fronterizos obligados a pasar mucho tiempo fuera de casa o relatos de algunos monjes que vivían en la pobreza. Muchos de ellos muestran el amor de los japoneses por la naturaleza y su sentido de la observación; no olvidemos que, aunque Nara era una ciudad de grandes dimensiones, estaba rodeada de campo. En general, en estos poemas encontramos poca influencia china y una expresión más auténtica de la fuerza de la cultura japonesa. Son un producto tan vital de la cultura de Nara como los poemas homéricos lo son de la cultura de Micenas.

El campesinado, numeroso y sumiso, era fuente de riqueza para los emperadores. La mayoría de los campesinos vivían fuera de la ciudad y trabajaban en el campo o criaban gusanos de seda y fabricaban las telas que los aristócratas utilizaban para vestirse. Pagaban religiosamente los impuestos que el emperador recaudaba para financiar la construcción de la ciudad, sin apenas recibir nada a cambio, excepto una mayor estabilidad del país que cuando éste estaba en manos de diferentes familias en cada región.

Hacia la civilización

Nara fue un paso fundamental hacia el desarrollo de una auténtica civilización japonesa, que ganó con ella una capital, un centro cultural y unas raíces religiosas. Y ha legado a los japoneses un sentido claro de su historia antigua, tanto en las magníficas muestras arquitectónicas como en la literatura producida dentro y fuera de la corte.

Sin embargo, Nara no duró como capital. Su ocaso se produjo a consecuencia de la dualidad de poderes religioso y secular. Los monjes budistas adquirieron excesivo poder frente al emperador. Hacia el año 794 los campesinos se rebelaron contra la leva de impuestos imperiales y abandonaron sus campos, que pasaron a manos de los monjes, los cuales incrementaron con ello aún más su poder. Se convirtieron en una fuerza con la que el emperador Kanmu apenas podía rivalizar, por lo que decidió trasladar la capital de Nara a Kyoto. Con ello acabó el dominio de Nara.



Las esculturas de Angkor-Vat y de otros templos de Angkor representan a los reyes jemeres a los que están dedicados en actitud de reposo, aunque también muestran aspectos más animados de la vida jemer. Un tema recurrente es el de los elegantes bailarines.

ANGKOR

Ciudad y templos de los jemeres, señores de Camboya, hacia los años 900-1150 d. de C.

El imperio jemer de Camboya es una de las civilizaciones peor conocidas hasta la fecha. No nos quedan vestigios de una gran literatura o religión como las de la India; ni debió de contar con una administración o un sistema filosófico tan complicados como los de la antigua China. Sin embargo, los jemeres dejaron una huella única en el entorno de Camboya: unos templos de piedra que pueden contarse entre los más bellos del mundo. De los múltiples templos que erigieron, el enorme complejo de Angkor-Vat, próximo a la capital imperial, es uno de los que mejor se han conservado y tal vez el más perfecto exponente de la arquitectura jemer.

Pero ¿quiénes eran los jemeres? Su nombre nos resulta familiar, puesto que en nuestra época han protagonizado a menudo hechos políticos que han contribuido a oscurecer sus orígenes y la historia de la religión que inspiró sus extraordinarios edificios. Para seguir la pista de los inicios de la civilización de Camboya hemos de volver al siglo I, mucho antes de la construcción del propio Angkor-Vat.

Fu-nan y Chen-la

El primer reino camboyano primitivo del que poseemos noticia escrita es el de Fu-nan, cuyos orígenes están envueltos en mitos. Las leyendas chinas nos hablan de un aventurero indio llamado Kaundinya que zarpó hacia Oriente, rumbo a Camboya, y conoció a una princesa medio mujer medio serpiente –en la mitología india esta criatura representa el espíritu del agua–. Kaundinya se casó con la princesa y juntos gobernaron un territorio que comprendía Camboya, el sur de Vietnam y el sur de Tailandia. Esta historia es, por supuesto, una leyenda; sin embargo, revela un elemento que sería importante en la cultura jemer de épocas posteriores: la estrecha relación entre la India, China y Camboya desde los orígenes de ésta.

Fu-nan fue un reino próspero, que dominó este rincón del mundo hasta el año 550 aproximadamente. Sus habitantes aprendieron a trabajar con metales y a tallar el marfil y el coral. Gran parte de la prosperidad de Funan se debía a su comercio con la India. Cuando el budismo empezó a extenderse, este comercio se intensificó, pues esta fe acabó con el estricto sistema de castas hindú y permitió que las clases altas se dedicaran al comercio. Otro hecho de importantes repercusiones en el futuro fue que las gentes de Fu-nan, aunque sus viviendas fueran de madera y desaparecieran hace mucho tiempo, empezaron a construir templos de ladrillo al estilo indio, que marcaron el inicio de la historia de la arquitectura religiosa camboyana, gracias a lo cual nos han quedado algunos vestigios de la misma.

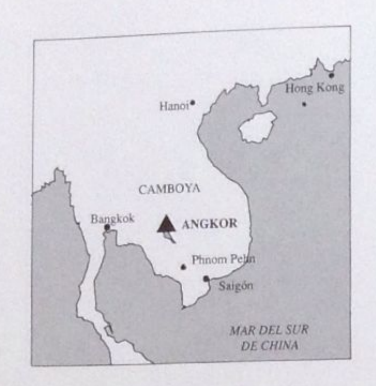
En la época de Fu-nan los jemeres vivían en el norte de Camboya, en un territorio llamado Chen-la, y eran vasallos de los reyes funaneses. En algún momento a mediados del siglo VI, hubo una disputa respecto a la sucesión al trono de Fu-nan y un rey jemer subió al poder. A partir de aquel momento el reino pasó a llamarse Chen-la.

Los primeros reyes jemeres eran monarcas absolutos, fuertes y emprendedores. Según las crónicas de la época, contaban con el apoyo de una aristocracia muy preparada y gobernaban un pueblo alegre e industrioso. Gracias a todo ello consiguieron crear un reino centralizado y sólido, que adquiriría suficiente poder para convertirse en un imperio. De él nos ha quedado una docena de templos de piedra, no muy grandes, pero de ricas tallas.

El imperio de los dioses-reyes

A finales del siglo VIII el reino de Chen-la, gobernado por un joven y débil monarca, atravesó una crisis que puso en peligro el futuro de la monarquía jemer. Según una historia de la época, el rey comentó que quería que le trajeran a palacio la cabeza del rey de Java, cosa que llegó hasta

Los altos tejados cónicos y las largas terrazas de Angkor-Vat se hallan en un recinto rodeado de un foso que los aísla del campo y de los edificios circundantes. Los templos jemeres están apartados del mundo y constituyen amplios espacios para la contemplación y la veneración de los reyes difuntos.



oídos de este último monarca, quien envió todo un ejército a Camboya con el fin de capturar al rey jemer y vengarse de la afrenta enviando la cabeza del prisionero a Chen-la. El nuevo rey de Chen-la permaneció como rehén en Java hasta que aceptó la soberanía de este reino. Pero al final, Jayavarman II, el nuevo rey, pudo regresar a Camboya hacia el año 790.

Jayavarman aprendió la lección y se convirtió en un gobernante enérgico. Gozaba de buena salud y permaneció en el trono durante sesenta años. Aunque trasladó su capital varias veces, fue él quien eligió el emplazamiento en torno a Angkor y quien promovió los grandes proyectos de construcción que han hecho famosos a los jemeres (aunque pocos de los edificios construidos en su época han llegado hasta nosotros), y fue él quien imprimió su sello personal a la religión jemer. Jayavarman también fue el primer emperador jemer y su reino pasó a llamarse ya no Chen-la sino Kambuya.

En Java los reyes eran considerados como semidioses y es posible que ello influyera en Jayavarman y en el culto a los reyes que estableció en Kambuya. Pero esta religión era aún más radical que la de Java: el rey poseía varios títulos, entre ellos el de «señor del universo y rey» y «*devaraja*» o «dios-rey». Era adorado como un enviado del cielo y se le simbolizaba mediante una estatua fálica llamada *lingam*. Cada nuevo rey jemer construía un templo para su *lingam*.

Si bien en la actualidad esta forma de religión nos parece extraña, era muy adecuada para los jemeres. Además de la influencia de Java, también hay que citar la de la India: el dios Siva había sido adorado durante mucho tiempo en forma de *lingam*. Y la condición semidivina de Jayavarman debió parecer creíble, pues había llegado a Kambuya como un salvador que rescataba al país de los excesos de un gobernante débil.

Los jemeres también adoptaron la simbología de las montañas, propia

El templo de Angkor-Vat Año 1150

de otras religiones. Edificaban sus templos en la montaña y los santuarios de épocas más recientes, situados en la llanura, poseen altas torres afiladas que representan la montaña y se asemejan a otros edificios religiosos en forma de montaña, como el templo budista de Borobudur, en Java.

Los constructores de Angkor

Son pocos los reyes jemeres que reinaron tantos años como Jayavarman. Pero algunos de los sucesores de éste dejaron su huella en el imperio de Kambuya. Así, Indravarman I (877-889) emprendió la construcción de un ambicioso sistema de irrigación que permitió tener mejores cosechas de arroz, con lo que se produjo un crecimiento de la población urbana. También ordenó la construcción de los impresionantes templos de Preah Ko y el Bakong. Su sucesor, Yasovarman I (889-900), construyó la primera auténtica ciudad de Angkor. Se le solía considerar como autor de los grandes monumentos de Angkor que aún pueden contemplarse, entre ellos el propio Angkor-Vat, y ello debido en gran parte a las extravagantes inscripciones dejadas en los mismos por sus escribas; pero en la actualidad se piensa que sus obras no fueron tan numerosas y que las inscripciones respondían a un deseo de ostentación.

La era dorada de Angkor no llegó hasta los siglos XI y XII. Fue el rey Suryavarman I (1001-1050) quien ordenó construir el palacio y la gran plaza de Angkor, así como el templo Baphuon. Bajo Suryavarman II (1113-hacia 1150) se edificó la perla de la arquitectura jemer, el Angkor-Vat. Apenas conocemos a este rey, pero el talento de sus arquitectos no tiene parangón en la historia de los jemeres.

El monumento a un rey

No se sabe quiénes fueron estos arquitectos, pues sus nombres no quedaron grabados, siguiendo la costumbre jemer. En cualquier caso, crearon para el rey un suntuoso y enorme templo, que posee una planta de 800 metros cuadrados y un foso a su alrededor de 200 metros de longitud. El templo se eleva en el interior de un recinto como una gran pirámide, sobre tres terrazas superpuestas. Se llega al templo por un camino dos veces más largo que la fachada del mismo, lo cual obliga a verlo desde un ángulo determinado, efecto intencionado de sus constructores, que consiguieron imprimir un marcado carácter a su obra.

De hecho, se trata de la obra cumbre del arte jemer, inspirada en sus predecesoras del milenio anterior, los pequeños templos del reino de Fu-nan, con sus torres de ladrillo. Mayor parecido guarda con los templos de Chen-la –una agrupación de construcciones del estilo de Fu-nan– o con las torres erigidas sobre terrazas, símbolos de la montaña, de los arquitectos de Kambuya.

Angkor-Vat consiste en una serie de rectángulos concéntricos que nos van acercando paulatinamente a la pirámide central en forma de montaña en la que se halla el santuario. Después de atravesar el gran foso, el visitante cruza un monumental portal y entra en una enorme galería decorada con bajorrelieves, en los que se representa la leyenda de Visnú y la tierra de Yama, señor de la muerte. Sigue una escalera que conduce a un gran patio de columnas, en cada esquina del cual se halla una pequeña torre piramidal y en cuyo centro se levanta la gran pirámide.

Estas altas torres, que se reflejan en las aguas de los estanques que las rodean, resultan impresionantes. Son cinco, pues se pensaba que el monte Meru, centro del universo tanto para los hindúes como para los budistas, tenía cinco picos. Es probable que los constructores de Angkor-Vat concibieran este área central como la montaña-templo del monumento. Este hecho nos recuerda la naturaleza extrañamente híbrida de la religión jemer, en la que se percibe la influencia hindú y la budista y cierta dosis de culto al rey.

Las propias torres poseen un diseño único, típicamente jemer. Cada una se halla sobre una base cuadrada y posee nueve niveles superpuestos en forma estrellada y acabados en punta. En cada planta de mampostería aparecen ornamentos que sobresalen, pero no distraen, de la forma de montaña de las torres.

Resulta asombroso el sentido del espacio arquitectónico que comunican estas galerías, escalinatas, patios y torres. Los detalles escultóricos que adornan las paredes, de excepcional calidad, presentan, entre otras cosas, las graciosas figuras de las *devatas* (deidades) y *apsaras* (ninfas), así como magníficos motivos florales, dragones y otras criaturas míticas.

Pero los bajorrelieves más interesantes, por las atractivas historias que representan, son los que adornan la galería en la primera planta de la torre. A pesar de la escasa profundidad de la talla, los escultores consiguieron una obra de asombrosa sutileza. Por el tipo de talla se parecen a las decoraciones murales asirias, aunque el tema es totalmente distinto, pues no se trata de triunfos de los reyes asirios, sino de episodios de la mitología india, en particular de los grandes textos mitológicos indios del *Mahabarata* y el *Ramayana*. Algunas escenas representadas miden hasta 2,5 metros de altura, dan la vuelta a la galería de la amplia terraza exterior del templo y suelen estar relacionadas con el reinado de Suryavarman II.



Bajorrelieve jemer que representa a marineros y pescadores.

Uno de los episodios se llama «la agitación del mar de la leche»: representa al dios Visnú con los demonios (o *asuras*) y deidades (o *devas*) tirando de la larga serpiente Vasuki. Al hacerlo, agitan el mar, en el que aparecen peces y otras criaturas. Gracias a ello Visnú obtiene del mar maravillas tales como la ambrosía de la inmortalidad y las joyas del buen gobierno. Todo esto significa que Suryavarman es inmortal y cuenta con la bendición de saber gobernar a su pueblo.

En otros relieves aparece Visnú luchando contra los *asuras*: el punto culminante de esta serie de relieves es la famosa batalla de Lanka, en la que Rama derrota a Ravana y el bien vence al mal. En algunos otros aparece la muerte como la única vencedora al final, aunque el rey es divinizado. El paralelismo mitológico utilizado en este caso es la batalla de Kurukshetra, en la que murieron casi todos los combatientes, sin que hubiera vencedores ni vencidos. La figura del juez supremo a la cabeza de todo el reino simboliza el destino divino de Suryavarman.

En otros dos paneles se muestra el cielo y el infierno hindúes, y una procesión de la corte de Suryavarman entre los dos. El infierno es el lugar en el que acaban los enemigos del rey. Una vez más vemos la estrecha vinculación entre la religión jemer y el poder político.

También se tratan otros tipos de temas en los relieves: *devatas* y *aspares* en grupos o por parejas, santos meditando o rezando en los rincones más tranquilos del edificio, diversos animales, como leones, serpientes y monos (utilizados en el ejército de Rama).

Templo y tumba

Los primeros especialistas que observaron la semejanza entre la vida del rey y la de los dioses hindúes en los bajorrelieves de Angkor sugirieron que estas decoraciones eran propias de una tumba, aunque también lo eran de un templo dedicado a un dios-rey. La respuesta a esta aparente contradicción es que, probablemente, el Angkor-Vat fuera un templo en vida del rey y una tumba una vez muerto éste.

Esto concordaría con la religión jemer en aquella época, pues para los jemeres el templo no era lugar de congregación como las catedrales medievales, sino ante todo el hogar simbólico del dios-rey. Los sacerdotes lo utilizaban para ciertos ritos y también debía de ser un centro de peregrinación. Por consiguiente, resultaba lógico que el templo cumpliera esta doble función.

La obra de los jemeres

Angkor-Vat es una obra maestra sin parangón en toda Camboya por su utilización del espacio, lo variado de su decoración y el aprovechamiento de la luz natural. Y, sin embargo, es una mezcla de sencillez y refinamiento. Así, los constructores jemeres sólo conocían la bóveda más elemental, una superposición de aros concéntricos de mampostería que convergían hacia el centro del techo. Esta sencilla técnica se utilizó para construir las torres de Angkor-Vat, aunque los jemeres la desarrollaron enormemente añadiendo espigas de hierro a la mampostería, que normalmente se sostiene únicamente por el peso y la gravedad, pues no se utiliza mortero.

Por otra parte, los templos carecen por completo de cimientos, pero la estructura es tan estable y el diseño tan equilibrado, que se han mantenido en pie.

Tanto en términos políticos como artísticos, la civilización jemer alcanzó su cumbre durante el reinado de Suryavarman. Más tarde volvió a florecer bajo Jayavarman VII (1181-hacia 1220), gran promotor de la arquitectura como lo fuera su antepasado, quien volvió a edificar la capital en Angkor Tom, donde levantó un gran templo, el Bayon, que compite con el Angkor-Vat en dimensiones y belleza.

Jayavarman VII consiguió muchos otros logros: era un ambicioso militar y amplió el imperio jemer tomando Burma, el sur de Malasia y Vietnam. De hecho, cuantas más ciudades y templos ordenaba construir, más esclavos necesitaba para realizar el trabajo, luego más campañas tenía que lanzar. Esto se convirtió en una obsesión, hasta tal punto que descuidó el mantenimiento de la unidad del imperio. Kambuya acabó exhausta después de tanta actividad. La administración no era capaz de controlar los vastísimos territorios recién conquistados y las provincias empezaron a escindirse del imperio con la misma rapidez con la que habían sido conquistadas, con la consiguiente pérdida de ingresos y de mano de obra.



Detalle de una de las estatuas de la galería.

A consecuencia de todo ello, al final del reinado de Jayavarman el imperio sufrió una grave crisis. Los jemeres cayeron en el siglo XV, cuando, en 1437, los tais tomaron Angkor. Al final del siglo los tais dominaban toda Kambuya y sellaron el destino de la antigua capital jemer destruyendo los aljibes y los canales de regadío que habían dado vida a Angkor.

Al perder el poder los reyes jemeres, decayó el culto a los reyes y se impuso una forma más competitiva de budismo. Era el fin de los templos-montaña de los jemeres.



El emperador Yong Le, de la dinastía Ming, contempla el plano de su nueva ciudad imperial. En aquella época se construyeron las salas de audiencia, los palacios, las puertas y las murallas. Sus sucesores añadieron oficinas, almacenes y edificios residenciales.

PEKÍN

La «Ciudad Prohibida» de los emperadores chinos, reconstruida durante la dinastía Ming hacia el año 1403 d. de C., y embellecida por las generaciones siguientes

La capital de China no ha estado siempre en Pekín. De hecho, ha cambiado de emplazamiento muchas veces durante la larga historia de este país. En la edad de bronce, primera gran época de la civilización china, la capital era Anyang, al norte del río Huang y al suroeste de Pekín. Más tarde, durante las dinastías Han y Tang, la capital pasó a Chang'an, actual Xi'an, situada a orillas del río Wei. Luego pasó a Nankín, aún más al sur, a orillas del río Yang Tse-Kiang.

Durante el periodo Yuan (1260-1368) el emperador se trasladó a Pekín, que se convirtió en capital, pero sólo provisionalmente. En 1368 Hung Wu, nuevo líder de China, derrocó a los Yuan, destruyó la ciudad imperial, fundó la dinastía Ming y volvió a instalarse en la antigua capital de Nankín, decisión fundamentalmente política. Pekín, antiguamente llamada Ta-tu, era la ciudad de los gobernadores Yuan y Hung Wu quería una capital Ming. Además, Pekín está situada muy al norte, cerca del territorio de los bárbaros, que continuamente amenazaban las defensas septentrionales del país. El relato de la rehabilitación de Pekín como capital y de la construcción de un palacio imperial tan grande que constituye una ciudad dentro de la ciudad es uno de los más fascinantes de la historia de China.

El sueño de Yong Le

Yong Le fue el tercer emperador de la dinastía Ming. Antes de asumir el cargo de emperador, siendo aún príncipe de Yen, demostró sus dotes como brillante militar sofocando rebeliones y deteniendo invasiones en el norte. Con ello consiguió ganarse el respeto de los pueblos septentrionales, quienes reconocieron en él a un gran soldado. No es de sorprender que Yong Le, una vez emperador, eligiera una ciudad del norte, Pekín, a sólo 64 kilómetros de la Gran Muralla, para erigir su ciudad imperial.

La historia de la elección de Pekín y del proyecto de la capital y del palacio imperial ha quedado envuelta entre leyendas. Cuenta una de ellas que un misterioso astrólogo se apareció a Yong Le cuando estaba siendo coronado emperador y le entregó un pergamino sellado con los planos de la nueva ciudad. Según otra versión, fue el monje budista que había sido tutor del joven Yong Le y que siguió actuando como su fiel consejero, quien tuvo un sueño en el que se le revelaron los planos de la ciudad.

En cualquier caso, la ciudad que creó el joven Yong Le tenía un aspecto de ensueño. La sucesión de edificios diferentes, con su desconcertante variedad de títulos y funciones, recuerda palacios, como el de Topkapi, que fueron centro de un imperio. Pero éste es más grande, suntuoso y misterioso que cualquiera de los demás.

Esto no es extraño, pues la gran China del periodo Ming contó con una cultura altamente desarrollada. El papel del emperador era tan complejo como el imperio que gobernaba. Necesitaba contar con salas de audiencia de diferentes tamaños con el fin de recibir a las delegaciones, grandes o pequeñas, nacionales o extranjeras, que acudían a verle. Necesitaba un santuario para realizar el rito de la purificación y templos budistas, taoístas y lamaístas. También precisaba amplios departamentos privados para alojar a su familia –incluidas sus numerosas esposas–, escuelas para los niños y un lugar para la celebración de los ritos ancestrales. En la ciudad imperial se previó todo esto, además de estancias administrativas, jardines, cancelas y paseos procesionales; el palacio se convirtió en una metrópoli, una gran comunidad cerrada al mundo exterior, cuyo nombre refleja esta aparente contradicción: Ciudad Prohibida.

Pekín estaba dividida en varias ciudades, según los estamentos sociales. Al sur se hallaba la ciudad exterior, más tarde llamada Ciudad China, con sus famosos templos del cielo y de la agricultura, y sus nume-

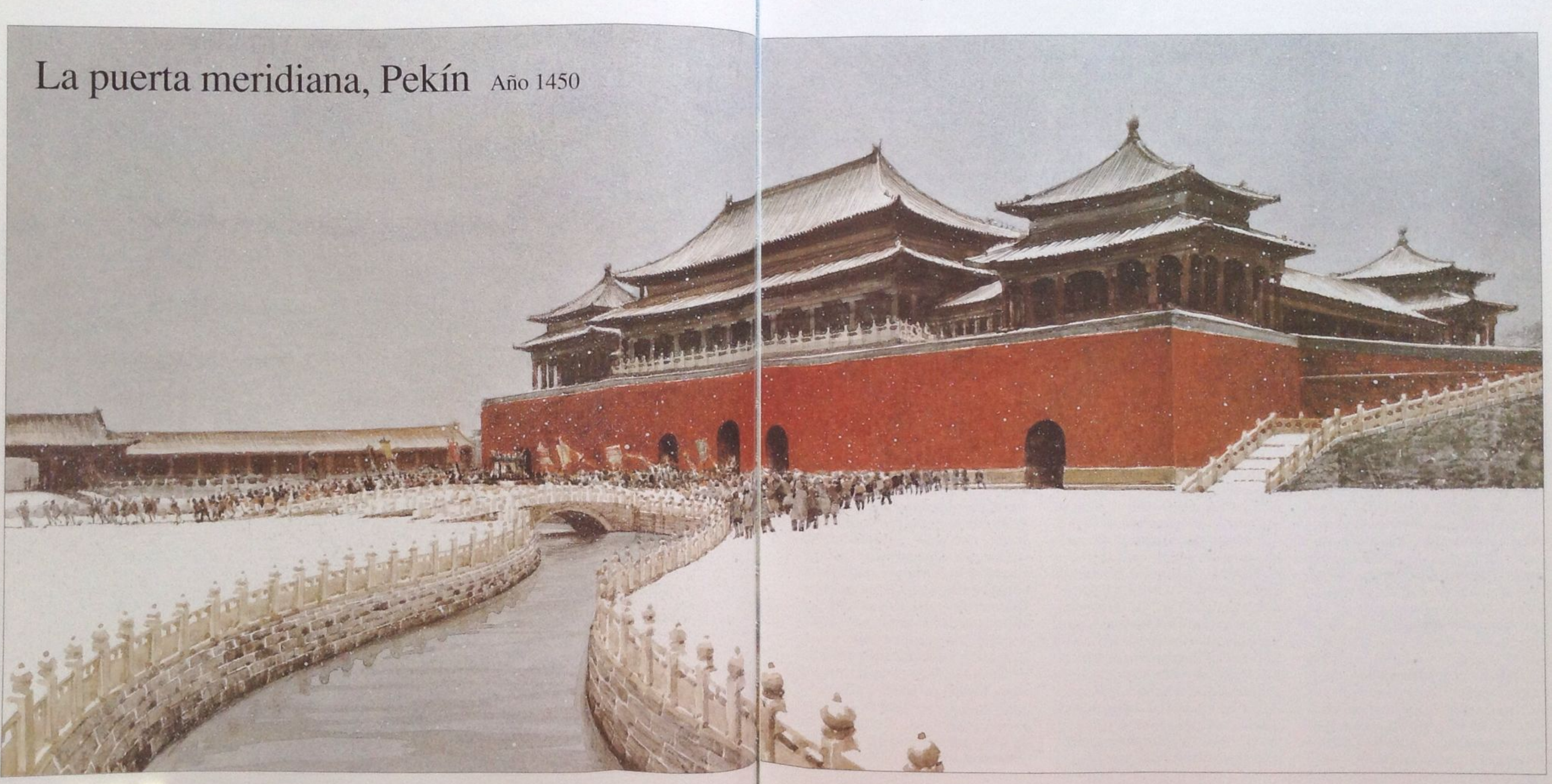
La nieve cae sobre la gran puerta meridiana, o Wu Men, pero la muchedumbre sigue entrando y saliendo de los arrabales de la ciudad. En primer plano, el río de Aguas Doradas y sus puentes de mármol.

MONGOLIA
PEKÍN
CHINA
Seúl
MAR AMARILLO
Río Amarillo
Yang Tse
Shangai

rosos edificios residenciales. En el centro de su larga muralla norte se encontraba una enorme puerta, llamada Qian Men, que conducía a los tres rectángulos concéntricos de la ciudad interior. En los arrabales (a menudo llamados Ciudad Tártara) había una gran variedad de edificios, desde templos hasta graneros, pasando por palacios de príncipes y establos para elefantes. En el corazón de Pekín se hallaba la Ciudad Imperial y en el interior de ésta, rodeada de un foso y unas murallas, la Ciudad Prohibida, con sus salas de audiencia y sus edificios ceremoniales. La gran puerta de Qian Men y el centro de la Ciudad Prohibida estaban comunicados a través del paseo imperial, que el emperador recorría en procesión para acudir a su santuario.

El urbanismo de Pekín de aquella época era muy sobrio. La mayoría de las calles seguían un eje norte-sur o este-oeste y los principales edificios de la Ciudad Prohibida tenían esta misma orientación norte-sur. Esto se debe a que la alineación exacta de los edificios ha sido siempre un aspecto fundamental para los arquitectos chinos, que siguen, todavía hoy, el misterioso arte del *feng shui*, es decir, de la planificación, alineación y ordenación interior de los edificios para propiciar la buena orientación. El misterioso astrólogo o el monje budista que revelaron a Yong Le los planos de la ciudad le habrían dado igualmente instrucciones sobre su alineación.

Feng shui significa «agua de viento». Consiste en intentar armonizar los edificios con las fuerzas naturales del entorno. Seguir los postulados del *feng shui* permitía no sólo construir palacios que proporcionaran salud y buena fortuna a sus habitantes, sino también edificar estructuras en armonía con el entorno. Por ello se diseñaban grandes e impresionantes salones que confirmaran el poder del emperador, pero también elegantes avenidas panorámicas, relajantes jardines y suntuosos canales. Todo ello puede encontrarse en la ciudad imperial de los Ming.



La construcción de la ciudad

Yong Le empezó a reconstruir la ciudad en el año 1404. Recurrió a tres arquitectos de gran fama: Hsu Tai, Yuan An y Feng Chiao. Eligieron un estilo inspirado en los métodos chinos tradicionales de construcción, con estructuras de madera, cubiertas soportadas por travesaños en compleja disposición, puntales ricamente tallados, cornisas, balaustradas y otros detalles.

Los edificios de la Ciudad Prohibida son en su mayoría bastante bajos –de uno o dos pisos–. Son pocos los de cierta altura porque las estructuras de madera no se prestan a ello y porque, según la tradición china, los edificios altos molestaban a los espíritus que moraban en el aire.

El estilo decorativo seguía asimismo una línea tradicional y los bajorrelieves de las salas presentaban casi siempre motivos chinos característicos: flores, mariposas, bambú o tortugas. También aparecía con gran frecuencia en la Ciudad Prohibida el dragón, símbolo del emperador, y el fénix, que representaba a la emperatriz y su familia. Los mejores ejemplares son las tallas de mármol del paseo del dragón, una avenida reservada exclusivamente para los espíritus, que conducía al corazón de la ciudad. Ni el propio emperador podía pisar el pavimento, por lo que era transportado en un palanquín por criados que caminaban a ambos lados de las piedras sagradas.

Uno de los edificios más prominentes de la ciudad es la puerta principal, Qian Men, impresionante por sus gruesas paredes de ladrillo y piedra, por la ausencia de ventanas en la parte inferior, su cubierta de tejas verdes y su gran portal central, por el que sólo podía pasar el emperador. Las amplias puertas de madera con remaches de hierro se cerraban cada noche al ponerse el sol.

Qian Men era la primera de una serie de puertas dispuestas a lo largo del eje central norte-sur que conducía a palacio. Para llegar a la Ciudad Prohibida era preciso atravesar Qian Men, Tien An Men, (puerta de la paz celestial), Wu Men (puerta meridiana), Tai He Men (puerta de la suprema armonía), y Qian Qing Men (puerta de la pureza celestial).



Dragón imperial inspirado en los modelos del paseo del dragón.

En torno a Qian Men y la amplia avenida frente a Tien An Men se congregaban todas las gentes procedentes de los confines del imperio que acudían a Pekín. Podía haber grupos de mongoles del norte, con su desharrapado aunque práctico atuendo de piel de borrego, que contrastarían con los elegantes nobles que cabalgaban sobre caballos ricamente guarnecidos.

Por las puertas también pasaban ruidosos rebaños de animales, traídos del campo a la ciudad para alimentar a la población. Entre aquellas manadas de cerdos y ovejas trataban de abrirse paso los estrechos carruajes de pasajeros y las carretas que transportaban las mercancías. Toda esta muchedumbre iba a desembocar, irónicamente, a la plaza situada frente a Tien An Men (puerta de la paz celestial). No en vano los emperadores se reservaban un camino para su tránsito exclusivo, pues de lo contrario tendrían que haberse abierto paso por medio de aquella barahúnda.

A medida que se iban atravesando las sucesivas puertas que conducían al centro de la ciudad el bullicio iba disminuyendo y, al llegar a Wu Men, la entrada de la Ciudad Prohibida, los personajes que allí se encontraban eran principalmente miembros de la corte, oficiales y dignatarios de otros países en visita a Pekín. La explanada situada frente a la puerta era una de las principales áreas ceremoniales de la ciudad.

Las salidas rituales del emperador de la Ciudad Prohibida eran unas de las ceremonias más espectaculares que podían contemplarse. El cortejo imperial podía ser larguísimo. Cierto viajero portugués cita 24 tambores haciendo sonar sus grandes instrumentos decorados, otros 24 trompetas, 100 alabarderos y 100 portaestandartes, 400 criados con sus antorchas y un número aún mayor de lanceros, abanicadores y chambelanes de corte, eunucos, nobles, oficiales y otros dignatarios.

En algunas ocasiones se colocaban elefantes unidos por las trompas en dos filas que se separaban al pasar el emperador, para marcar su camino. Al menos habría 48 de estos animales, a juzgar por la capacidad de los establos imperiales para elefantes de la ciudad exterior. El monarca viajaba a veces en un carruaje tirado por un elefante o en una enorme silla de manos llevada por 120 criados.

El emperador en su trono

Las tres grandes salas del palacio se hallan en el patio principal de la Ciudad Prohibida, construidas sobre terrazas de deslumbrante mármol blanco, adornadas con magníficas tallas de dragones y otros animales míticos. En la primera sala, el Tai He Dian, o sala de la suprema armonía, se celebraban los grandes acontecimientos de estado, en particular el año nuevo y el cumpleaños del emperador. Otros eventos, como la publicación de las listas de los candidatos a concursos imperiales o el nombramiento de generales antes de las campañas militares, iban acompañados de una ceremonia que se desarrollaba en el Tai He Dian.

La sala se halla situada en lo alto de las tres terrazas de mármol y se accede a ella desde el patio a través de tres escalinatas. La escalera central tenía en medio una rampa, extensión del paseo del dragón, igualmente decorada con motivos de dragones, que quedaba reservada para los espíritus y para el emperador, cuya silla se transportaba por encima, sin que ningún pie humano la tocara. Los demás participantes en la ceremonia accedían al Tai He Dian por las escalinatas laterales.

En lo alto de la rampa el emperador pasaba entre dos de las columnas que sostienen el tejado; las seis columnas centrales están cubiertas de pan de oro y adornadas con dragones, mientras que las demás están lacadas de rojo. El color rojo se utilizaba en la decoración siguiendo las teorías chinas de la armonía. De hecho, están presentes los cinco colores (siguiendo las especificaciones de los filósofos chinos): la terraza blanca, el pavimento oscuro, casi negro, del patio, las columnas rojas, el techo amarillo y el cielo azul.

El Zhong He Dian, o sala de la perfecta armonía, es un edificio cuadrado, situado en la misma terraza y algo más pequeño que el Tai He Dian. Allí se preparaba el emperador antes de entrar en el Tai He Dian. Se trata de un edificio suntuoso, pero con muebles sencillos, en el que se halla el trono. En él se guardaban asimismo las sillas de mano utilizadas por el emperador en sus desplazamientos por la Ciudad Prohibida.

En la última sala, el Bao He Dian, o sala de la conservación de la armonía, celebraba el emperador audiencia y recibía a gobernantes y altos dignatarios de los países dependientes de China, quienes le rendían tributo y requerían la bendición imperial. El emperador recibía también en esta sala a los sabios y a otras personalidades. Los gobernadores y administradores de China se elegían entre las filas de sabios y militares. La imagen familiar del sabio budista que sigue su camino sin preocuparse por las cosas de este mundo no coincide exactamente con la realidad; muchos de ellos aspiraban a ser recibidos en audiencia en el Bao He Dian con la esperanza de obtener un prestigioso cargo en palacio.

El emperador en su hogar

En un patio más pequeño, situado detrás de las tres salas, se hallaban los tres palacios imperiales, siguiendo el mismo eje norte-sur. El primero, el Qian Qing Gong, o palacio de la pureza celestial, fue residencia de varios emperadores Ming, si bien en épocas más recientes se utilizaba como salón de audiencias. El segundo, el Jiao Tai Dian, o sala de la unión, empezó siendo la sala del trono de la emperatriz y más tarde se guardaban en él atributos imperiales, tales como los sellos de antiguos emperadores. El tercero, el Kun Ning Gong, o palacio de la tranquilidad terrenal, era la residencia de la emperatriz. Estos palacios reflejan, tanto como las salas, la preocupación de los Ming por los símbolos imperiales. En sus fachadas aparecen tortugas y grullas de bronce, símbolos de la inmortalidad del emperador, así como una medida de capacidad de cereales y un reloj de sol, símbolos del buen juicio y de la rectitud imperiales.

El Qian Qing Gong fue gravemente dañado varias veces a lo largo de su historia, pero se rehabilitó para bien de los edificios colindantes, restaurándose los abundantes bajorrelieves con motivos de dragones, las elaboradas incrustaciones decorativas y la rica caligrafía. Entre las piezas del mobiliario se hallaba un gran trono con recargados motivos decorativos.

El Kun Ning Gong, palacio de la emperatriz, está dividido en dos cámaras de distintas dimensiones, pues en él se celebraban las nupcias imperiales. El emperador y su esposa imperial pasaban la primera noche de bodas en la más pequeña de las dos cámaras.

Lugares privados

En un recinto que se extiende por detrás de los palacios se halla el jardín imperial o Yu Hua Yuan, de ambiente más humano e íntimo que los grandes patios del resto de la ciudad, dedicados a las grandes procesiones y ceremonias públicas. Los árboles eran una especialidad de la exótica flora del jardín: pinos blancos de plateados troncos, magnolios y catalpas con sus capullos rosas. La pavimentación de piedra de los paseos del jardín presentaba un elaborado diseño. También había fuentes, pabellones y piedras naturales colocadas sobre pedestales.

Los jardines eran un deleite no sólo visual. Incensarios de bronce hacían flotar una pesada fragancia por todo el recinto. El tintineo de las campanillas de viento quebraba el silencio.

El jardín debía de constituir un agradable refugio para los hombres y mujeres de la corte, una vez terminadas sus obligaciones protocolarias y rituales. Se cuenta que en invierno las mujeres cubrían los magnolios desnudos con capullos artificiales, señal de lo mucho que apreciaban su jardín. De hecho, para los chinos el jardín es una creación sumamente artificial. A diferencia de algunos jardineros occidentales, los chinos no pretendían crear fieles réplicas de un paraíso natural.

La vida fuera del palacio

La primera vez que uno visita la Ciudad Prohibida sólo le da tiempo a dejarse impresionar por algunos de sus principales edificios. Pero las zonas de servicio también imprimen mucho carácter al recinto. Para la muchedumbre que tenía que cruzar la puerta principal las cocinas, almacenes, depósitos, oficinas administrativas, bibliotecas y escuelas eran tan importantes como las grandes salas y los palacios.

Por el contrario, el emperador utilizaba más el área residencial, al este de los palacios ceremoniales. Allí gozaba de la intimidad necesaria para reflexionar sobre su política –no sólo la construcción de la ciudad, sino también las campañas en el extranjero, incluidas las expediciones navales hasta la costa occidental de la India, el golfo Pérsico y la costa oriental de África–. Aquellas aventuras eran impresionantes. Pero el gran monumento de Yong Le, a pesar de las modificaciones a las que se ha visto sometido tras siglos de reconstrucción, revoluciones y disturbios, es la Ciudad Prohibida, su hogar espiritual y físico, y el corazón de su imperio.



El Taj Mahal nos es tan familiar que a menudo nos olvidamos de la mujer que inspiró esta obra maestra de la arquitectura. En la ilustración se representa a Mumtaz Mahal dominando las cúpulas y minaretes erigidos en su memoria.

TAJ MAHAL

Mausoleo construido por un emperador mongol
en memoria de su amada esposa

El Taj Mahal es uno de los edificios más famosos del mundo. Reproducido infinidad de veces en libros y folletos de viaje, se ha convertido en un símbolo internacional de la perfección y la pureza del diseño. Sobre él se cuentan muchas leyendas que nos hablan de los métodos y circunstancias de su edificación, y probablemente sólo algunas de estas historias estén basadas en hechos reales.

El Taj Mahal es un mausoleo, construido por Shah Jahan (1592-1666), emperador de la India entre 1628 y 1658, en memoria de su esposa favorita, Mumtaz Mahal. Shah Jahan perteneció a la dinastía mongola: era descendiente del despiadado Gengis Khan, azote de Asia durante el siglo XIII, del que heredó parte de su crueldad.

Se dice que asesinó a muchos de sus parientes más próximos para acceder al trono en el año 1628. Se le recuerda como un emperador despiadado con sus enemigos, tanto en la guerra (era un gran jefe militar) como en el amor (guardaba celosamente a sus mujeres en su harén y castigaba duramente a cualquier cortesano que pretendiera a alguna de ellas).

Mumtaz Mahal

Shah Jahan amaba a una mujer de su harén por encima de todas las demás y la eligió como consorte. Mumtaz Mahal, de brillante inteligencia, le dio trece hijos y se convirtió en su infatigable compañera y consejera política. Se dice, aunque tal vez sea exagerado, que después de su boda con Shah Jahan, fue ella quien llevó las riendas del imperio mongol. Lo cierto es que no sólo consiguió cautivar al emperador, sino que se ganó el amor de su pueblo. Hizo muchas obras de caridad y dio limosna a los mendigos y alimento a los pobres y necesitados que se congregaban cada mañana ante las puertas del palacio. Además llevaba un registro de las viudas y huérfanos y cuidaba de que estuvieran bien atendidos. Mumtaz supuso sin duda una influencia civilizadora en la corte mongola.

Sin embargo, aquélla estaba lejos de ser una corte civilizada tal como lo entendemos en la actualidad. Al ser la religión oficial la islámica, se castigaba sin piedad a quienes profesaban otra fe. Así, un grupo de cristianos portugueses establecidos en Bengala fueron brutalmente torturados, supuestamente a instancias de la propia Mumtaz Mahal.

Si bien hechos de este tipo pueden hacer aparecer a Mumtaz Mahal como una persona despiadada, es preciso considerarlos dentro de su contexto histórico. Los emperadores mongoles tenían que luchar para permanecer en el trono. El propio Shah Jahan tuvo que pasar a cuchillo a muchos de sus familiares para conseguir ser emperador. Y aun después de ser coronado, una vez recompensados todos sus seguidores con abundantes regalos y eliminados los posibles pretendientes a su cargo, tampoco estuvo a salvo. Sus propios hijos, sobre todo el famoso Aurangzeb, trataron de arrebatarle el trono. Un emperador mongol nunca podía confiarse y prueba de ello son las numerosas masacres y torturas perpetradas durante aquella época.

Un hombre de acción

Shah Jahan hizo lo que estaba en su mano para permanecer en el trono y no cabe duda de que Mumtaz Mahal le ayudó en este propósito. Los mongoles gobernaban un vasto imperio mediante un complejo sistema burocrático, con un protocolo y una política propios. Shah Jahan era el centro de este sistema. Se ocupaba personalmente de todas las cuestiones de estado, enviaba periódicamente a sus emisarios a las provincias, dictaba interminables cartas y oía las peticiones de ciudadanos de todo el imperio.

El emperador, sus hijos y los más fieles consejeros formaban un equipo muy compenetrado que se reunía cada mañana para tratar los asuntos confidenciales del imperio, preparar las campañas militares y decidir la suerte de las provincias. La autoridad

del emperador prevalecía siempre. De este equipo solía salir el sucesor al trono, pues participar en él era la mejor forma de aprender el arte del gobierno en el imperio mongol.

Shah Jahan participó de buena gana en estas reuniones hasta que un desgraciado hecho cambió su vida: la muerte de Mumtaz Mahal, en 1631, durante el alumbramiento de su decimocuarto hijo. Jahan estaba haciendo campaña, sofocando una rebelión en el Decán, y, como otras veces, Mumtaz Mahal quiso acompañarle. Al principio todo fue bien y nació una niña sana. Pero de repente Shah Jahan recibió la noticia de que su esposa estaba enferma. Los médicos que viajaban con el cortejo real nada pudieron hacer. El emperador guardó luto durante dos años.

El segundo amor de Shah Jahan

El emperador dejó un magnífico legado como expresión de su dolor. Siempre había sido un apasionado de las grandes obras de construcción, en las que había hallado otra forma de manifestar su poder y saciar sus ansias de acción. Antes de la muerte de Mumtaz ya había ampliado la Fortaleza Roja de Agra, reconstruyendo las grandes salas de audiencia y sustituyendo gran parte de la piedra arenisca roja, que daba nombre al edificio, por reluciente mármol blanco. También había ordenado la construcción de la Fortaleza Roja y la mezquita de Delhi. Otra de sus grandes obras en Delhi fue la mezquita de la Perla, toda blanca a excepción de algunos suelos de piedra amarilla y una inscripción negra. Aun sin el Taj Mahal, el reinado de Shah Jahan habría constituido una de las grandes épocas de la arquitectura india.

Los orfebres de la corona

El nombre del mausoleo que representa el mayor logro arquitectónico de Jahan significa «la corona de la región». Se desconoce al arquitecto autor del edificio, pero, según los testimonios de que disponemos, un ingente equipo de artesanos intervino en su construcción, además del arquitecto imperial, Ustad Ahmad Lahwari, y de Mula Murshid, un arquitecto persa. Se dice que intervinieron artistas de todo el mundo, desde arquitectos italianos exiliados hasta turcos errantes, aunque seguramente todos estos personajes son imaginarios. Sin embargo, conocemos los nombres de dos artesanos extranjeros que trabajaron en el Taj Mahal: un orfebre veneciano llamado Veroneo y el orífice francés Austin de Burdeos.

Fueron precisos tantos trabajadores para llevar a acabo el proyecto que se creó una nueva ciudad cerca de la obra, llamada Mumtazabad, para albergarlos a todos. Los constructores y artesanos que poblaron aquella ciudad provisional la convirtieron en un centro de actividad artística entre 1632 y 1643, durante la época de construcción del mausoleo. Algunos viajeros de entonces hablan de veinte mil artesanos, una manada de mil elefantes para transportar el mármol y cientos de mercaderes que acudían de Bagdad, Tíbet y Rusia con sus piedras preciosas, destinadas a decorar las paredes.

La joya en su entorno

Situado el mausoleo en un frondoso parque, su cúpula se ve de lejos, antes de llegar al recinto del Taj Mahal. Una amplia avenida de soportales, que originalmente fue la gran calle comercial de Mumtazabad, conduce a un patio situado frente a la entrada principal. La cancela, de recargadas incrustaciones y grandes dimensiones, tenía antiguamente una puerta de plata maciza; servía en primer lugar, y ante todo, para proteger los tesoros que encierra el mausoleo y los ricos metales y piedras preciosas incrustados en las paredes. En segundo lugar, advierte al visitante que está a punto de entrar en el recinto del Taj Mahal. Y en tercer lugar, divide dos zonas muy distintas: el bullicioso exterior y el apacible recinto sagrado.

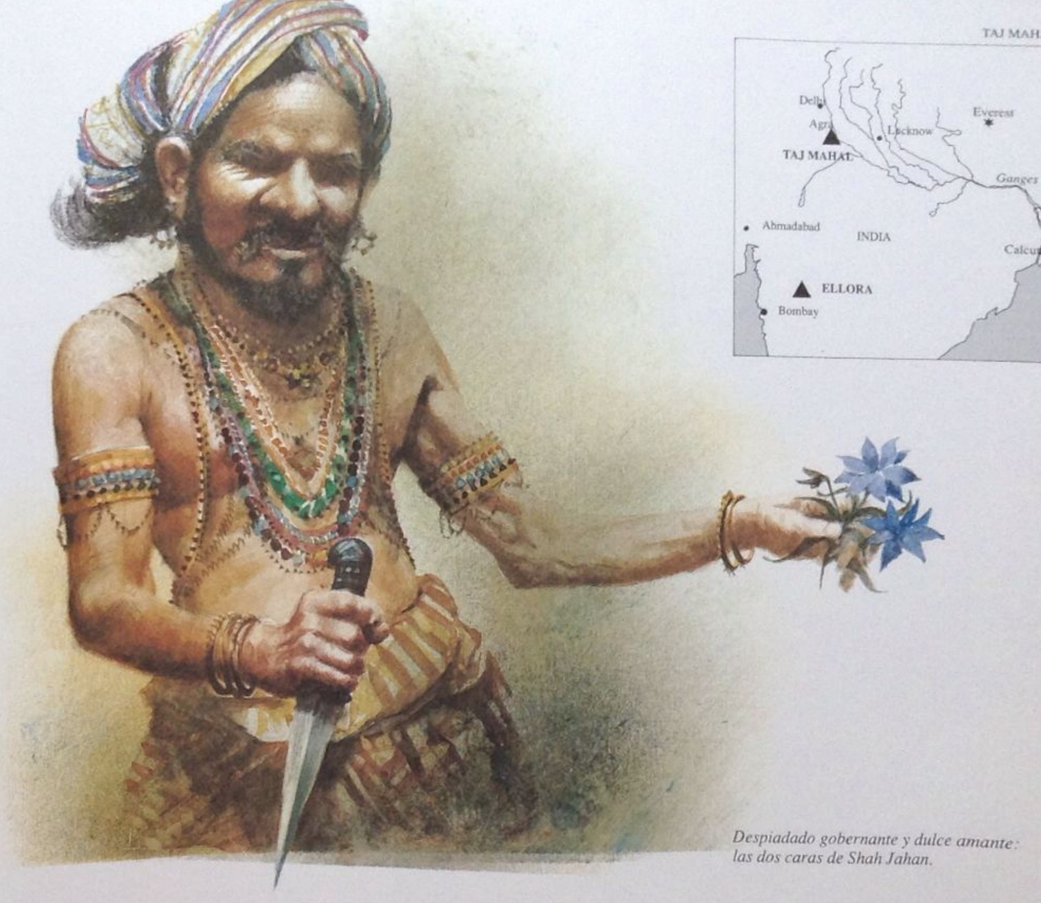
Cruzar el sombrío umbral de la cancela y divisar el Taj Mahal, que se recorta sobre el cielo y se refleja en el estanque al pie de la fachada, es como entrar en el paraíso terrenal. Esta era precisamente la intención de Shah Jahan, quien situó su mausoleo en un jardín porque en el arte islámico, como en muchas otras tradiciones, el jardín representa el paraíso. El suntuoso jardín que podemos contemplar en la actualidad debió de ser aún más deslumbrante en tiempos de Shah Jahan: peces nadando en las aguas del estanque, pavos reales y otras aves exóticas paseando libremente por el jardín y los soldados de uniforme blanco vigilando las terrazas de flores y ahuyentando a las aves de presa que pudieran aparecer en el cielo, haciendo diestro uso de sus cerbatanas.

Si bien el jardín era un lugar apacible, solían frecuentarlo los nobles, que acudían a sentarse y refrescarse en la hierba, y en algunas ocasiones el propio emperador y su séquito venían a ofrecerles sus respetos. La presencia de visitantes daba cierta dimensión humana a la austera simetría del jardín: cuatro praderas divididas en dieciséis cuadrantes cada una, con lo que existe un total de sesenta y cuatro terrazas de flores.

Señales y símbolos

Merece la pena detenerse en el significado simbólico de algunos de los elementos del edificio y de su jardín, de sobra conocidos por las gentes que acudían en tiempos a visitar el lugar y ofrecer sus respetos a Mumtaz Mahal. La primera característica del jardín que llama la atención al entrar es el agua, que refleja la cúpula del Taj Mahal. El agua es símbolo de pureza y de iniciación, y nos recuerda que estamos en un lugar sagrado y en un monumento a la memoria de alguien que merece ser venerado.

Por otra parte, se pensaba que el paraíso era una imagen especular de este mundo, cosa que también nos recuerda el reflejo de la cúpula en el estanque. Esta última, que corona el edificio, viene a reforzar dicha imagen, pues en el arte islámico la cúpula representa el cielo. El diseño geométrico de los jardines insiste en el tema de la perfección celestial. El número cuatro, fundamental en dicho diseño (cuatro praderas, cuatro grupos de dieciséis terrazas de flores, cuatrocientas flores en cada terraza) es otro símbolo islámico de plenitud y perfección. Por último, el color blanco del edificio, que sugiere pureza, simboliza la imagen islámica de la perla blanca, sustancia



Despiadado gobernante y dulce amante: las dos caras de Shah Jahan.

con la que se creó el mundo. El Taj Mahal es la auténtica imagen del cielo y de la tierra.

El exterior

En muchos edificios es el interior lo que llama la atención, pero en el Taj Mahal sucede lo contrario. Sus paredes encierran la tumba central y las cámaras y pasillos que conducen hasta la misma. A pesar de su gran belleza, parece estar más cuidada la arquitectura exterior, que recuerda una escultura abstracta. El diseño del edificio incita a pasear a su alrededor: recorriendo los lados más cortos y más largos del octógono se puede apreciar el edificio desde todos los ángulos y siempre la mirada se fija en la cúpula.

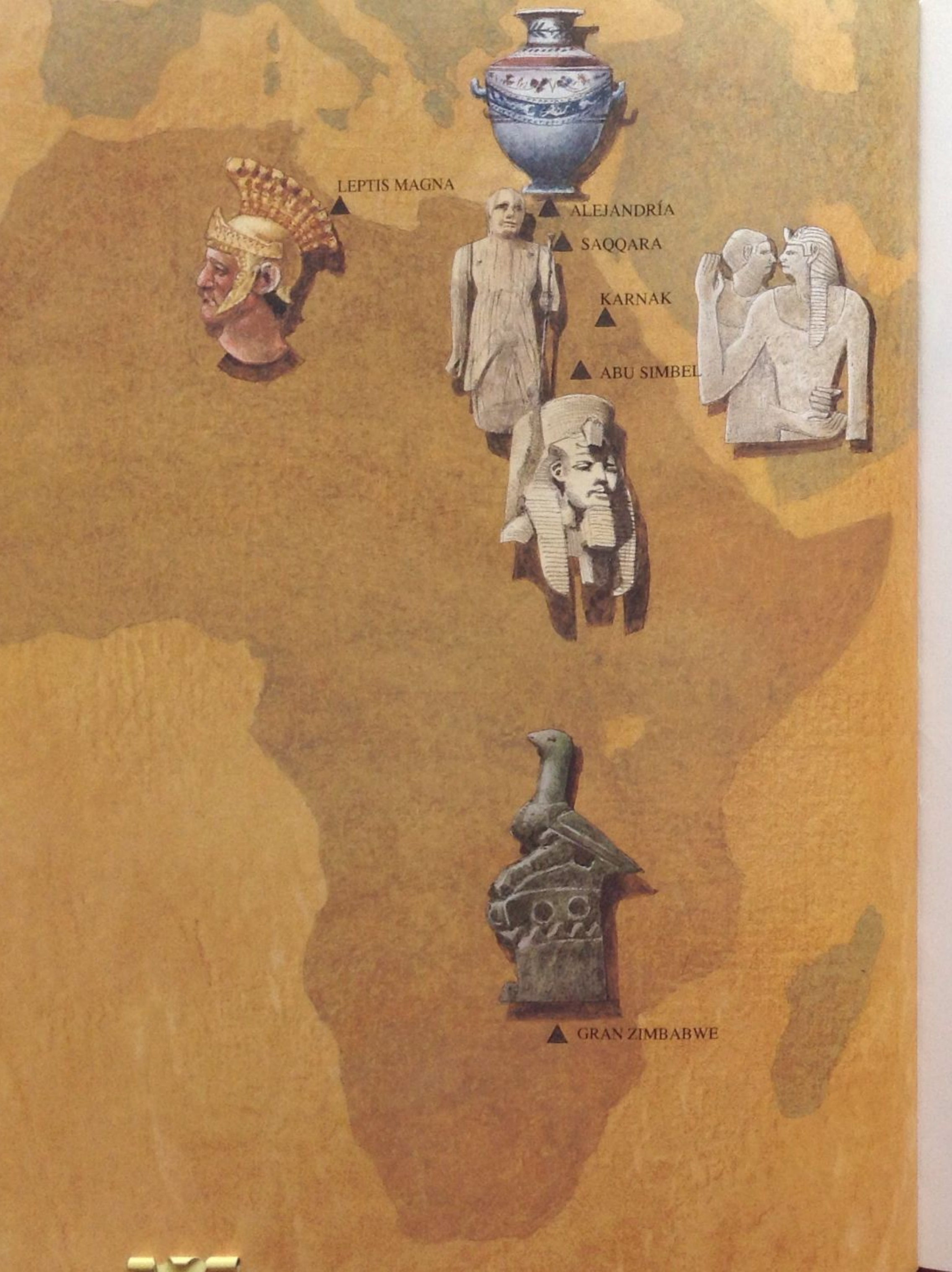
Ello se debe a que está colocada un poco por encima de la línea de techo del edificio principal, a que está rodeada de cúpulas menores y a la forma de las hornacinas superiores, cuya punta señala hacia la cúpula; en cualquier caso, la mente se detiene en la idea del cielo que la cúpula representa.

El santuario interior

Cualquiera que sea la puerta que elijamos para entrar al mausoleo central, pasamos ante los textos del Corán, escritos con delicada caligrafía. Los pasajes grabados corresponden al capítulo que se recita ante el lecho de muerte de un musulmán. En el Taj Mahal aparecen numerosas inscripciones del Corán –muchas más que en cualquiera de los otros edificios de Shah Jahan–, lo cual indica que consideraba a esta como su creación más sagrada e importante.

En el centro del edificio se hallan las tumbas. En tiempos estaban rodeadas de una rica celosía de plata con incrustaciones de piedras preciosas. El emperador dispuso que el cuerpo de su esposa descansara en la cripta, pero colocó un sarcófago vacío en el centro del mausoleo, justo encima del lugar en el que se hallan sus restos. El ataúd también está cubierto de inscripciones de elegante caligrafía.

Shah Jahan quiso construir un mausoleo negro al lado del Taj Mahal para su propio cuerpo. Pero nunca llegó a empezar este proyecto, pues su hijo, el nuevo emperador Aurangzeb, le usurpó el trono y enterró a su padre al lado de Mumtaz Mahal, colocando otro sarcófago al lado del de la reina. Mas de este modo el cuerpo de Shah Jahan descansa al lado del de su amada.



ÁFRICA

En África empieza la historia de la humanidad. En la garganta del Olduvai, en África oriental, fueron descubiertos los huesos fosilizados de los primeros homínidos, estrechamente relacionados con la especie *Homo sapiens*, a la que pertenecemos. Los arqueólogos suelen afirmar que fue en África donde nuestros antepasados empezaron a caminar sobre dos piernas y a fabricar herramientas.

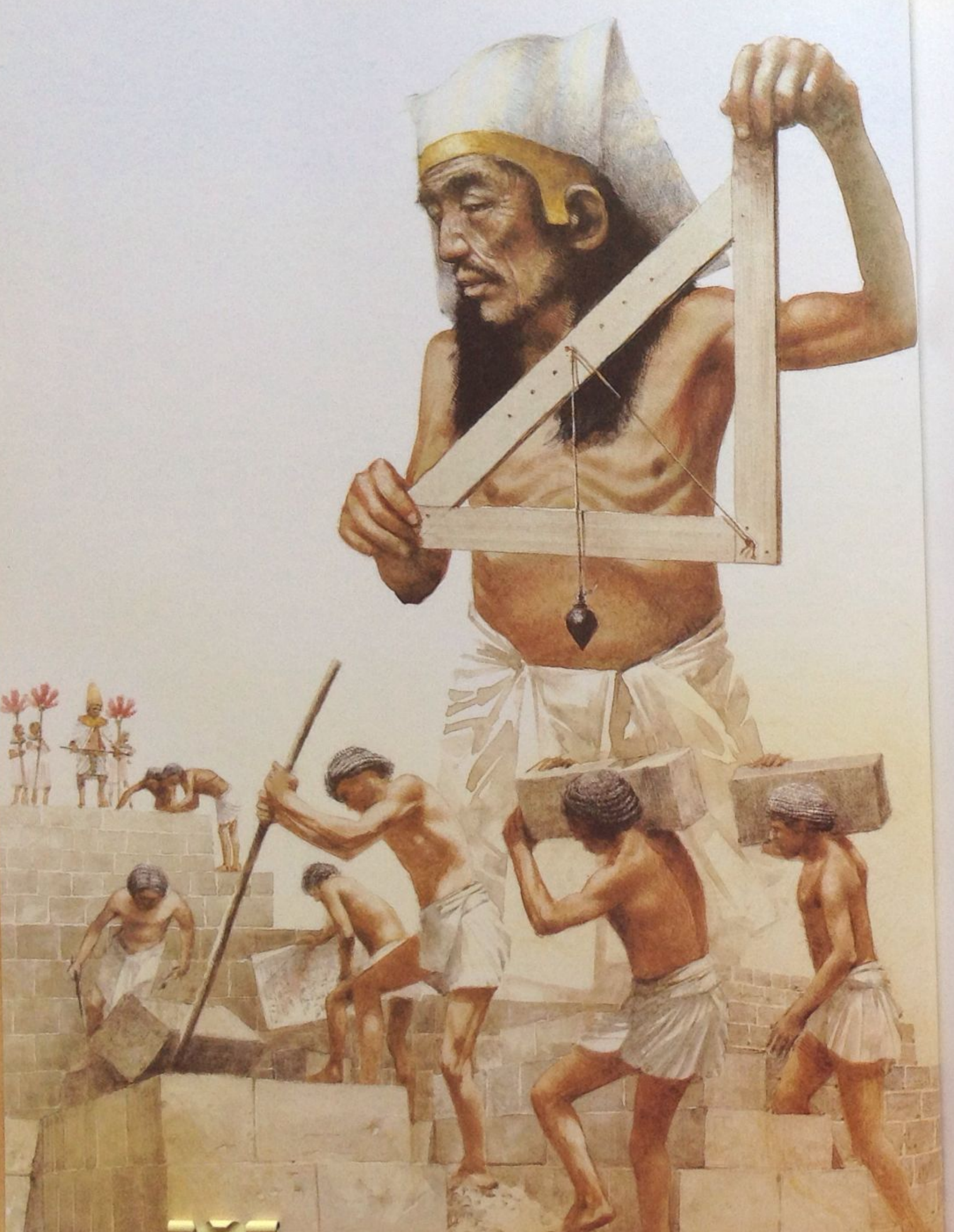
En un principio, los arqueólogos europeos no querían admitir que África hubiera tenido sus propias civilizaciones. Se pretendía que lugares como el Gran Zimbabwe o como Ife en Nigeria eran fruto de la acción de invasores «civilizados» venidos de fuera. Por suerte, los trabajos de otros arqueólogos africanos y europeos han compensado en cierta medida la estrechez de miras de sus predecesores. Los primeros europeos que escribieron sobre el tema estaban tan equivocados que muchos historiadores africanos se consideran los únicos con derecho a hablar de su continente. En este libro hemos llegado a un compromiso: incluimos el Gran Zimbabwe debido a su importancia, la fascinación que siempre ha provocado y su interés a la hora de ilustrar este problema histórico. También resulta revelador para la mayoría de las personas que no son especialistas en la materia y se han educado fuera de África. Pone de manifiesto las aptitudes tecnológicas de sus habitantes primitivos. Y además constituye un indicio de que originalmente el Gran Zimbabwe debió de estar rodeado de viviendas y de otros edificios de material más perecedero, y debió de ser el centro de una red comercial, agrícola y de artesanía.

Tanto los especialistas como quienes no lo son muestran mayor seguridad al hablar del antiguo Egipto. Gracias al mucho tiempo que duró esta civilización, sin que aparentemente se produjeran apenas cambios en su organización, su arte, creencias y vida diaria, al hecho de estar tan bien documentada y sernos tan familiar nos sentimos en un terreno más firme. Pero no por ello hemos de menospreciar la cultura egipcia. Los edificios del antiguo Egipto pueden contarse entre los más espléndidos del mundo y siguen encerrando enigmas y misterios.

El primer lugar de Egipto del que hablaremos en este libro, Saqqara, representa el imperio antiguo, conjunto de dinastías que se sucedieron entre los años 2686 y 2182 a. de C. aproximadamente. Fue la época de las pirámides, la más primitiva de las cuales es la pirámide escalonada de Saqqara. Los otros dos lugares de Egipto que veremos corresponden al imperio nuevo (hacia 1567-1085 a. de C.). Las semejanzas entre ambos imperios –y el imperio medio– son extraordinarias. Pero hemos elegido estos lugares por su individualidad. El complejo del templo de Karnak, extraordinario ya sólo por sus dimensiones, y el templo de Abu Simbel nos proporcionan gran cantidad de información sobre la religión egipcia. Pero también son obras arquitectónicas y escultóricas de excepción.

Otro lugar egipcio, Alejandría, nos muestra la cultura que siguió al Egipto indígena. La ciudad de Alejandro fue un exponente de la ciudad helenística que, desde Grecia, se extendió por todo el Mediterráneo. Ciudad clásica por excelencia, Alejandría tuvo una famosa biblioteca en la que se reunió todo el saber clásico y un faro exponente de la tecnología de la época y testimonio de la importancia comercial de la ciudad.

El otro lugar de África que trataremos muestra la huella que otro gran imperio clásico dejó en el continente. Leptis Magna fue una ciudad romana de cierto prestigio, sobre todo en el reinado del emperador Septimio Severo, oriundo de dicha ciudad. Fue edificada a la vista de la riqueza que el imperio pensó que podría extraer de África –fundamentalmente productos agrícolas–. Los romanos también se dieron cuenta del potencial de la ciudad como puerto. Leptis Magna ha permanecido como excelente ejemplo de la arquitectura urbana romana. Su interés arquitectónico y sus relaciones con el más famoso de sus hijos son factores característicos de la interdependencia de pueblos y ciudades, constante de los lugares presentados en este libro.



Imhotep, el arquitecto de la pirámide de Saqqara, supervisa su obra, mientras unos trabajadores acarrean bloques de piedra.

SAQQARA

El primer monumento de piedra del mundo, erigido hacia el año 2680 a. de C.

Las pirámides de Egipto son unas de las construcciones de la antigüedad que mejor conocemos. Las más famosas se hallan situadas a orillas del Nilo, en Gizeh, pero la más misteriosa, aunque menos conocida, es la pirámide escalonada de Saqqara, algo más al sur, cerca de la antigua capital de Menfis. Es una de las más antiguas edificaciones de piedra que han llegado hasta nuestros días y encierra la tumba de Zoser, uno de los primeros faraones, rey de la tercera dinastía, que vivió en la primera mitad del siglo XXVII a. de C. Fue construida por Imhotep, escriba y arquitecto tan reverenciado por los antiguos egipcios que era considerado como un dios. La pirámide está construida en seis niveles, por lo que parece una combinación de pirámide egipcia y zigurat sumerio.

De la tumba a la pirámide

En el antiguo Egipto los miembros de la aristocracia solían ser enterrados en tumbas subterráneas llamadas mastabas. Éstas quedaban señaladas por una modesta estructura en la superficie; pero la tumba en sí, en la que se incluían todos los objetos mortuorios que los egipcios enterraban junto a sus muertos para que les acompañaran en la otra vida, se hallaba por debajo de la superficie del suelo. Al parecer, así iba a ser originalmente la tumba de Zoser: una plataforma rectangular en forma de pirámide truncada, por debajo de la cual se hallaría un laberinto de pasadizos y cámaras mortuorias.

Pero, por alguna razón, a Imhotep se le ocurrió añadir un elemento alrededor de la base de la plataforma de la mastaba, que produciría el efecto de dos plataformas escalonadas, para dar mayor monumentalidad a la tumba. A continuación se modificaron algunos detalles más hasta que se decidió darle mayor altura: si se podían construir dos plataformas, ¿por qué no cuatro de dimensiones gradualmente más reducidas? La mastaba original quedó enterrada bajo una gran pirámide de piedra con cuatro niveles. De esta manera nació el concepto de tumba imperial que se iba a imponer en Egipto a lo largo de todo el imperio antiguo.

Sin embargo, Zoser y su arquitecto seguían sin estar totalmente satisfechos. El resultado final fue una pirámide con seis niveles, que a su vez dejó enterrada la pirámide de cuatro niveles bajo toneladas de piedra. Una vez terminada, alcanzó una altura total de 60 metros, con una base de 125 x 109 metros. Era la mayor estructura de piedra que se había construido hasta la fecha.

No es de sorprender que los egipcios admiraran la pirámide de Zoser. Se han encontrado inscripciones realizadas por egipcios que visitaron el lugar unos 1.000 años después de su edificación. Los primeros visitantes debieron encontrarse con una pirámide de muy distinta de la que podemos ver en la actualidad. En lugar de superficies desiguales de piedra toscamente labrada, debieron ver una lisa piedra caliza blanca traída de las proximidades de Tura, que hacía que la pirámide contrastara con su entorno natural. Resultaría tan grande y tan distinta de cualquier otra edificación que debieron pensar que era imposible haberla construido sin la ayuda de los dioses.

La decoración de las paredes era extraordinaria: azulejos azules de rica factura en algunas de ellas, relieves finamente tallados en otras. También había numerosas estatuas del rey y de todos los dioses del alto y bajo Egipto. Detrás de la enorme losa de granito que sellaba la entrada a la tumba de Zoser debían de hallarse bienes mortuorios de una riqueza sin parangón. Decenas de miles de vasijas (de todos los tipos de piedra imaginables, desde el alabastro blanco puro hasta las piedras jaspeadas) han llegado intactas hasta nuestros días. Pero sólo son una orientación de las riquezas que los saqueadores de tumbas debieron de llevarse en épocas recientes: desde las joyas más pequeñas hasta el ataúd del propio rey, que sin duda debía estar ricamente decorado en el interior de un sarcófago de piedra.

Esta vista de la pirámide escalonada nos permite apreciar el complejo de edificios funerarios. En el primer patio se celebraba la ceremonia del jubileo real. Los edificios rectangulares que aparecen a la derecha son las capillas de las princesas.

El complejo mortuorio

Quienes visitan Saqqara en la actualidad encuentran la pirámide en un glorioso aislamiento. Pero en la antigüedad estaba rodeada de una serie de edificios únicos en la arquitectura egipcia y no menos admirables que la propia pirámide. Una gran muralla circular de unos 10 metros de altura y 1,6 kilómetros de longitud rodeaba el lugar. Tenía 14 puertas, de las cuales 13 eran falsas. Sólo una de ellas daba acceso a la pirámide y a los edificios adyacentes. Desde esta única puerta una gran columnata conducía al patio que se hallaba ante la pirámide. Las columnas también eran falsas, pues estaban unidas a la muralla por su parte posterior y no servían de soporte. Alrededor del monumento de Zoser se hallaban capillas, patios y el templo funerario del rey. Muchas de las estructuras de las paredes son falsas: de hecho, algunos edificios consisten en un centro macizo de ladrillo recubierto de piedra.

Esta forma de construcción seguramente se debe en parte a la concepción egipcia de la vida de ultratumba. Los antiguos egipcios se llevaban a su tumba todos los objetos imaginables que pudieran servirles en la otra vida: desde alimentos hasta muebles, pasando por vasijas y joyas. Si no podían llevarse el objeto real, mandaban hacer una reproducción del mismo para su sepultura: los museos están llenos de estatuillas de madera que representan a sirvientes realizando todo tipo de tareas: pescando, amasando pan, cuidando de los rebaños y sacrificando animales. Por consiguiente, los extraños edificios falsos de Saqqara no necesitaban tener un interior, porque habían sido diseñados para ser habitados por los espíritus de los muertos. Al «representar» edificios auténticos constituyen construcciones «ideales» para albergar a los espíritus.

Dos de cada

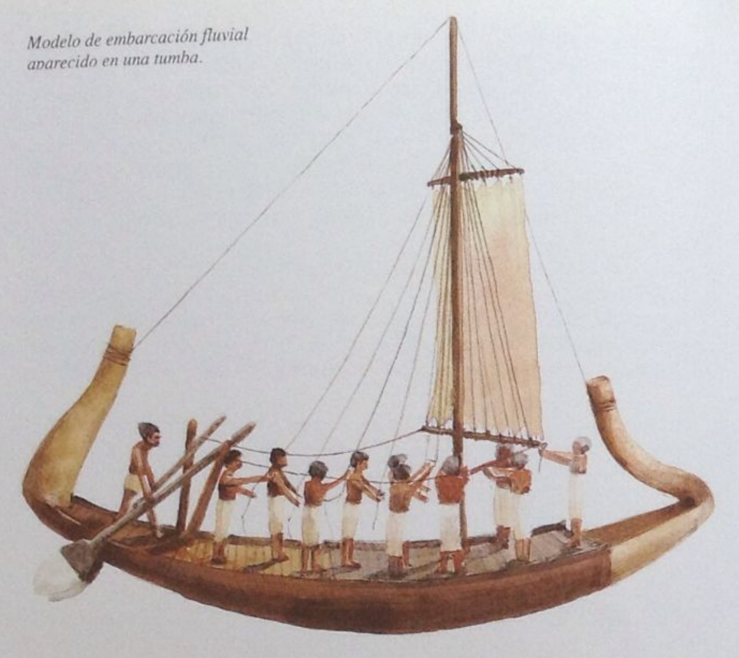
Uno de los enigmas de Saqqara es que existen dos ejemplares de muchos elementos: dos capillas, dos edificios con patio, hasta dos tumbas. Resulta menos misterioso si consideramos el cometido simbólico de los edificios. Gran parte del poder de los faraones se debía a que eran reyes del alto y del bajo Egipto: la doble corona que aparece en las representaciones de los reyes en los papiros y en las pinturas murales nos lo recuerda constantemente. Gracias a los papiros sabemos que los reyes egipcios celebraban complicados rituales para su coronación, así como ceremonias para confirmar su doble soberanía. Los edificios en los que

Pirámide escalonada de Zoser, Saqqara

Año 2680 a. de C.



se realizaban dichas ceremonias debieron de ser estructuras de madera levantadas especialmente para cada ocasión. Los ritos que se celebraban en su proximidad probablemente tuvieran una doble naturaleza y los elementos se encontraban duplicados, pues se destinaba uno a cada uno de los «dos reinos» en las ceremonias. Es probable que los edificios de Saqqara fueran imitaciones de estructuras ceremoniales.


Modelo de embarcación fluvial aparecido en una tumba.

El jubileo real

Una de las ceremonias que se realizaban de forma dual era el jubileo real, que se celebraba después de un número determinado de años de reinado del monarca. Para dicho jubileo se realizaban unos extraños ritos, entre ellos uno que aparece representado en un relieve mural de Saqqara, en el que se ve al rey, corriendo alrededor del complejo, blandiendo su látigo. No se conoce con seguridad el significado de este rito, pero uno de los propósitos del jubileo era renovar la vida del rey y confirmar su condición y fuerza físicas. La carrera ritual tal vez sirviera para demostrar que el rey se encontraba en forma y con suficiente energía para que se confirmara su imperio.

Durante la ceremonia del jubileo también se realizaba una repetición de la coronación, en la que el rey era coronado dos veces, una por el alto Egipto y otra por el bajo Egipto. Primero debía presentarse ante una de las capillas, en la que los dioses de los distritos (o *nomes*) del alto Egipto se encontraban reunidos. Después de que los dioses confirmaran su soberanía, el rey era coronado con la tiara blanca del alto Egipto y a continuación se dirigía en procesión a la otra capilla para someterse a un ritual semejante por el que se le otorgaba la corona roja del bajo reino.

Los últimos ritos

De todos es conocida la costumbre egipcia de embalsamar y momificar a sus muertos. Probablemente, el cuerpo de Zoser fue sometido a un largo proceso de preparación antes de ser enterrado. Las partes del cuerpo que se descomponen antes –intestinos, hígado y pulmones– eran extraídas y conservadas en lugar aparte del resto del cuerpo. A continuación se recubría el cuerpo de cristales de natrón para conservarlo y luego se vendaba.

Pronto se convirtió en costumbre decorar a la momia con una representación del rostro de la persona y unos dibujos muy elaborados. Posteriormente se empezaron a rellenar las cavidades del cuerpo, con lo que el cadáver conservaba su forma. Para ello se utilizaba toda una variedad de sustancias, desde virutas de madera hasta lino. Los ojos eran sustituidos por otros artificiales, las incisiones de los sacerdotes se cubrían con unas láminas metálicas y se metían amuletos entre los vendajes.

Después de envolver y decorar perfectamente el cadáver, se llevaba a cabo una serie de ceremonias, entre ellas el rito de la «apertura de la boca», a través del cual se le devolvía al difunto el uso de sus sentidos. Luego se colocaban en la tumba los bienes mortuorios y las estatuas. Estas últimas eran de gran importancia, porque el espíritu de un muerto podía habitar una de ellas y de este modo alimentarse de las ofrendas que se le hacían en otra ceremonia que se celebraba periódicamente.

Estas costumbres no explican la presencia de dos tumbas en Saqqara. Está claro que Zoser fue enterrado en la más grande y que hubo otras tumbas ocupadas por los miembros de la familia real, en algunas de las cuales todavía hay montones de vasijas. Pero la tumba real «de repuesto» es un misterio. Es de dimensiones muy reducidas –apenas 1,5 metros cuadrados–, lo cual resultaría incómodo para acomodar el cuerpo de un adulto; ello ha inducido a algunos expertos a sugerir que podría ser la sepultura de las entrañas del rey. Otra hipótesis es que tuviera alguna función relacionada con las ceremonias del jubileo.

El gobierno del imperio antiguo

La civilización egipcia prosperó porque consiguió dominar el entorno del valle del Nilo y porque desarrolló un sistema administrativo eficaz. Las ciudades y lugares sagrados de Egipto están distribuidos a lo largo de las orillas del Nilo, en una región que se ve afectada por las inundaciones y que por esta razón adquirió gran fertilidad. Pero las inundaciones eran tan violentas que fue preciso construir un sistema de irrigación para contener las aguas. Para ello era necesaria una administración eficaz que organizara el proyecto.

Los administradores pertenecían a una de las clases más poderosas de la sociedad egipcia: la de los escribas. En las antiguas pinturas egipcias siempre aparecen escribas cuando se trata de contar los productos del campo –la cosecha de trigo, el ganado, las bandadas de ocas– y de aplicar el impuesto correspondiente. Uno de los escribas de mayor renombre fue Imhotep.

Este hombre, visir o primer ministro de Zoser, fue famoso en su época, pero su fama se extendió aún más después de su muerte. Los egipcios le veneraron como escriba, astrónomo, escritor, físico y arquitecto. Su fama como curandero perduró hasta la época de los griegos. Imhotep gozó de tal renombre que en una inscripción de Saqqara su nombre aparece al mismo nivel que el del rey.

Aun así, no sabemos cuál fue el papel preciso de Imhotep en la creación de la pirámide escalonada. Suele hacerse referencia a él en su calidad de arquitecto, pero este término no siempre designa el mismo tipo de trabajo. En la actualidad consideramos que el diseñador es la persona clave en la creación de un gran edificio. Los pueblos de la antigüedad, conscientes de la gran cantidad de mano de obra que se precisaba para construir un edificio tan importante como una pirámide, concedían probablemente mayor importancia a la persona que coordinaba todo el trabajo, el actual aparejador o administrador. Es muy posible que Imhotep cumpliera esta importante función.

La pirámide escalonada era un símbolo del poder del rey y de sus administradores, y de la unidad de los dos reinos, del alto y del bajo Egipto. Este símbolo resultó tan eficaz que los siguientes reyes egipcios quisieron confirmar su posición en esta vida y en la otra con las pirámides.

Si bien es una obra excepcional, la pirámide de Zoser tiene varias características que la identifican como edificio primitivo de piedra. Los obreros de Imhotep no tenían los conocimientos técnicos necesarios para desplazar los grandes bloques de piedra que más tarde utilizaron los constructores de pirámides, por lo que los bloques de Saqqara son relativamente pequeños. Además, en Saqqara los pilares van adosados a la muralla, pues los egipcios aún no dominaban el arte de construir las columnas exentas que habrían de caracterizar los edificios posteriores.

La vida en torno a la pirámide

Saqqara es uno de los lugares más extraordinarios del mundo, y no sólo por la presencia de la pirámide escalonada. Las mastabas de Saqqara también resultan fascinantes gracias a sus relieves murales, que nos ofrecen imágenes de la vida en el Egipto del imperio antiguo.

Estas imágenes muestran que ya estaba sólidamente asentado el modelo de cultura agrícola egipcia que iba a sostener el reino durante 3.000 años. Algunas de las escenas más gráficas se encuentran en la tumba de Mereruka, gobernador de la ciudad, que data aproximadamente del año 2360 a. de C. Muestran cómo se cosecha el grano, se atan las gavillas, se apilan y se trillan. Unos asnos con alforjas aseguraban el transporte de la cosecha (en el imperio antiguo aún no se utilizaba la rueda). Otros trabajadores procesan la planta del lino, cuyas fibras se utilizan para hacer tejido, mientras que las semillas se prensan para obtener aceite. Otros transportan algunos de estos productos para ofrecérselos a los dioses.

Las decoraciones de las paredes de las mastabas también nos recuerdan el refinamiento de la vida en Egipto. Hay grupos de bailarines, una familia sentada escuchando música y médicos curando a enfermos. En las paredes de otras tumbas aparecen pintados distintos grupos de hombres, unos construyendo naves y otros celebrando un juicio.

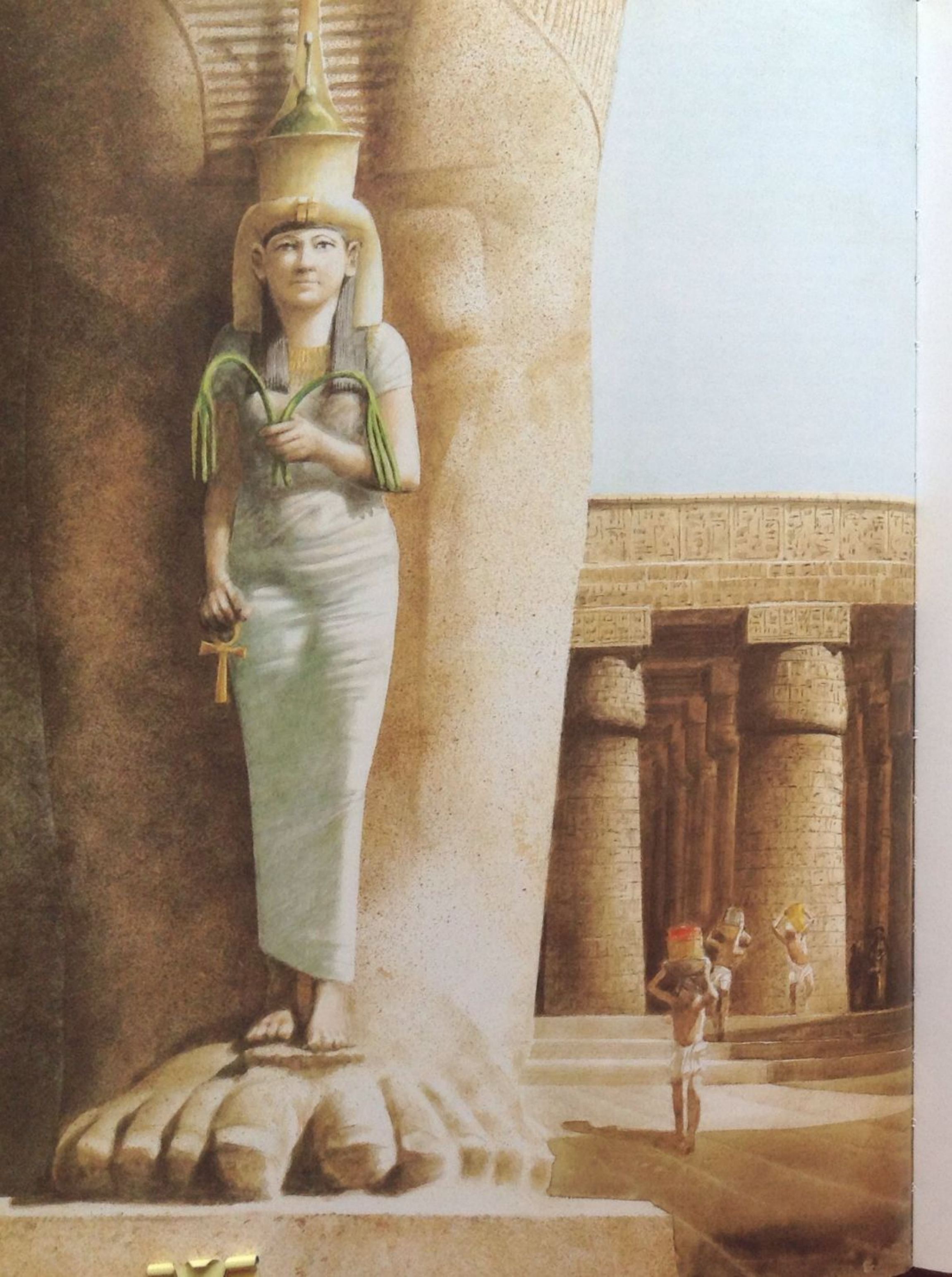

Anubis, el dios con cabeza de chacal.

Saqqara nos ofrece una viva imagen del delicado equilibrio que permitió que el imperio antiguo egipcio sobreviviera tanto tiempo. Por un lado, los faraones y sus sacerdotes y escribas, que recaudaban una parte de las cosechas, con lo que financiaban la construcción de tumbas y templos. Por otra parte, las legiones de obreros, creando riqueza para sus superiores en la escala social, pero felices de hacerlo porque el faraón y sus administradores habían creado el sistema de irrigación que había permitido que pudieran labrar sus tierras.

Pero la pirámide escalonada es más que un símbolo del poder del faraón sobre su pueblo. Algunos textos egipcios se refieren a una escalera por la que el rey podía subir al cielo. Tal vez no sea demasiado descabellado identificar la pirámide escalonada con esta escalera. La pirámide escalonada refleja esa mezcla de poder simbólico y utilidad práctica que caracteriza tantos vestigios del antiguo Egipto.

Los sucesores de Zoser en los tronos del alto y del bajo Egipto quisieron, al parecer, perpetuar este simbolismo y ser enterrados debajo de pirámides escalonadas. Los constructores que trabajaron para Sekhemkhet, sucesor de Zoser, demostraron haber aprendido de la pirámide escalonada: para la pirámide de Sekhemkhet se utilizaron piedras mucho mayores y el edificio era de dimensiones más ambiciosas. Pero el reinado de Sekhem-khet apenas duró seis años y la pirámide quedó inacabada.

En la época de la cuarta dinastía (hacia 2615-2500 a. de C.) los reyes reformaron la pirámide escalonada, dándole su forma definitva. Esto fue fruto de la influencia del culto a Ra, dios del sol, pues los planos inclinados de la pirámide representan los rayos del sol. Pero aunque el simbolismo sea distinto, los nuevos arquitectos supieron reconocer la vigorosa forma de la pirámide escalonada, una forma que habría de convertirse en sinónimo de soberanía para casi todo el imperio antiguo



Con sus voluminosas columnas, cubiertas de jeroglíficos y de pinturas, y sus colosales estatuas, la primera impresión que causa el conjunto de edificios religiosos de Karnak es de inmensidad.

KARNAK

Emplazamiento de algunos de los templos más admirables de Egipto

A unos 600 kilómetros al sur de El Cairo se halla Karnak. La fama de este conjunto de templos, con sus murallas, sus avenidas procesionales bordeadas de esfinges y sus grandes salas ceremoniales, está harto justificada. El visitante queda impresionado por sus obeliscos, sus pilares esculpidos, sus relieves y estelas.

El nuevo imperio de Tebas

En 1786 a. de C. finaliza el periodo de la historia de Egipto conocido como imperio medio. Siguió un «periodo intermedio» durante el cual varios reyes gobernaron las distintas regiones del país. En aquella época sólo un reino permaneció intacto: el reino de Tebas. Fueron los tebanos los que, por el norte de Egipto, cerraron el paso a los hicsos, pueblo invasor oriundo de Asia; y fueron ellos los que, finalmente, reunificaron Egipto en el año 1550 a. de C., para fundar lo que se ha dado en llamar el imperio nuevo, cuya capital fue Tebas.

Los reyes tebanos consiguieron fundar un auténtico imperio. Hombres muy activos, anexionaron ciudades-estado en Siria, Líbano, Israel y Jordania. Con unos territorios tan amplios para gobernar, el imperio nuevo precisaba de una eficiente administración de funcionarios hábilmente escogidos. En general, los faraones del imperio nuevo seleccionaban con gran meticulosidad a sus consejeros entre las personas más sobresalientes y capacitadas en lugar de elegir miembros de la familia real, como se había hecho tantas veces en el pasado. Y puesto que la mayoría de los funcionarios procedían de las filas de sacerdotes y escribas, no es de sorprender que la construcción de edificios religiosos se beneficiara del poder de estas influyentes personas y que en Karnak, próximo a la capital, Tebas, se levantaran ricos templos.

Karnak era ya un lugar sagrado antes de la fundación del imperio nuevo. Su nombre en egipcio antiguo era Ipet-isut, que significa o bien «el más selecto de los lugares» o «el lugar donde se ofrecía tributo», y los arqueólogos descubrieron que ya había templos en este lugar en el reinado de Senusret I (1971-1926 a. de C.), monarca de la duodécima dinastía. Pero fue en el imperio nuevo, en el que la devoción al dios Amón alcanzó su apogeo, cuando Karnak se convirtió en el centro religioso de Egipto.

El rey de los dioses

Amón fue durante mucho tiempo uno de los más importantes dioses de Egipto. Empezó siendo la deidad local de un distrito del medio Egipto. Pero en la época en que se instauró su culto en Tebas, ya era un dios nacional. Anteriormente, en la época de Senusret I, se le había concedido el título de «rey de los dioses». Es lógico que un dios del sol se convirtiera en protagonista en un país en el que el sol es un fenómeno de la vida diaria y en el que la agricultura es vital para la supervivencia. De hecho, los egipcios tenían varios dioses del sol. Uno de ellos era Jeper, que tenía cabeza de escarabajo pelotero, insecto que empuja bolas de estiércol por el suelo; los egipcios imaginaban que un escarabajo celestial, semejante a los de la tierra, empujaba al sol por el cielo. Otro de los dioses del sol era Harakte, cuyo paso diario se representaba mediante un velero surcando los cielos.

Amón era otro de los dioses del sol, más poderoso pero también más misterioso que los demás. Se le representa de distintas maneras: como un carnero, como un hombre con cabeza de carnero o como un hombre con una corona, un cetro y un *ankh*, símbolo egipcio de la vida. Bajo este último aspecto, Amón está próximo al faraón, que también lleva corona, y a menudo cetro y *ankh*. Por su asociación con el monarca, al que protege en la guerra y en la paz, Amón se convirtió en principal dios del sol.

Los faraones adoptaron plenamente su culto al principio del imperio nuevo, época en la que se ensalzó su papel como manifestación del dios-sol. Paralelamente, su templo de Karnak tiene una larga historia, pero el con-

En la época de Ramsés II el templo alcanzó unas dimensiones impresionantes. La sala hipóstila (parte superior izquierda) fue construida delante de los patios primitivos y los pilonos fueron adornados con gallardetes. En el recinto el ambiente era muy tranquilo: el acceso estaba reservado a los sacerdotes.

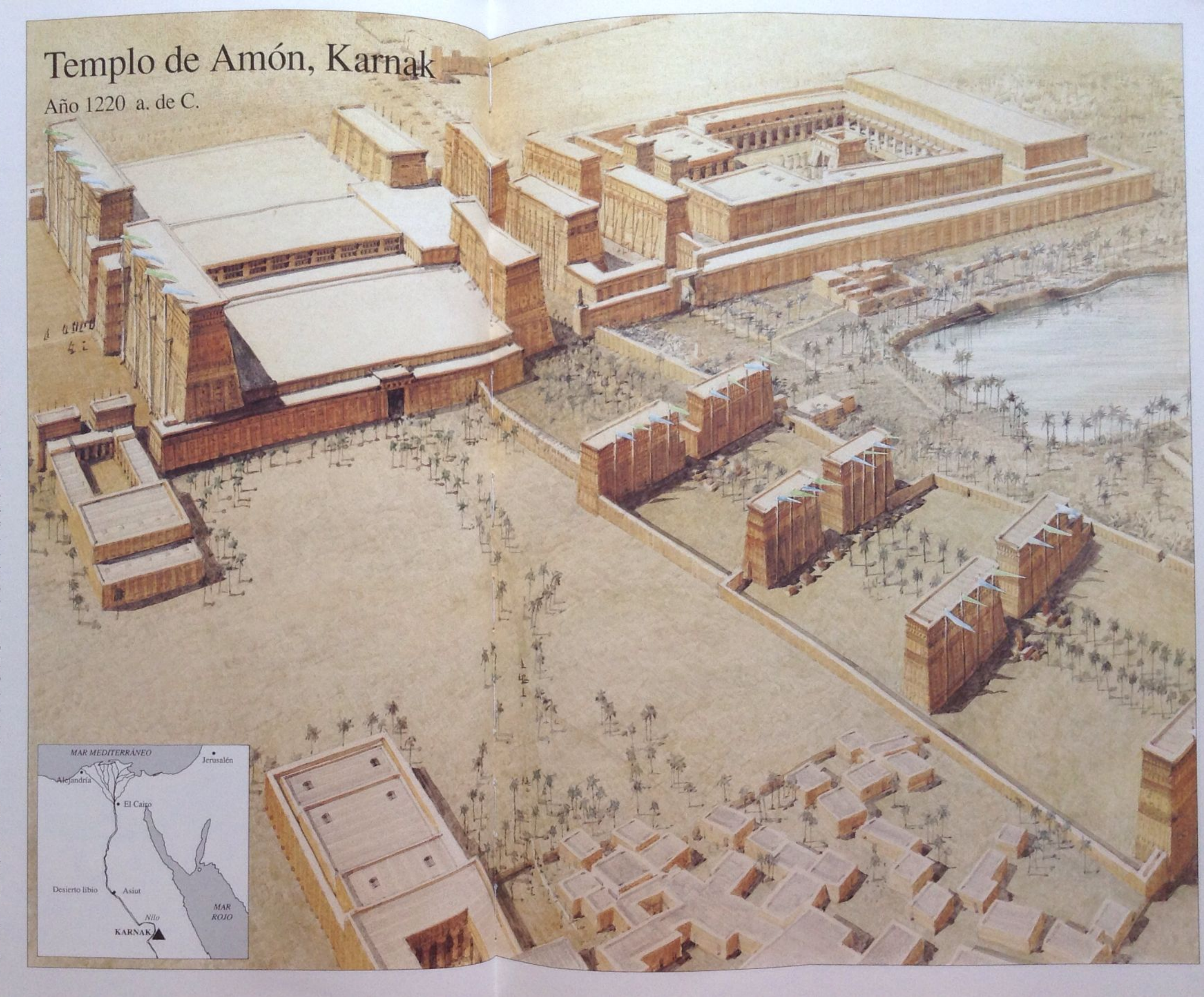
junto alcanzó su momento de máximo esplendor en el imperio nuevo, sobre todo durante el reinado del rey Ramsés II (1290-1224 a. de C.). Ramsés, uno de los monarcas egipcios de más largo reinado, luchó contra los hititas y mandó edificar numerosos edificios conmemorativos y estatuas monumentales.

La supremacía de Amón fue larga, pero su reinado se vio interrumpido en varias ocasiones. La más notable de éstas se produjo durante el reinado de Akenaton (1353-1335 a. de C.), el «faraón hereje», que echó a los numerosos dioses del panteón egipcio e instauró en él a un único dios del sol. Sin embargo, no eligió a Amón, que representaba al dios naciente, sino a Atón, dios del sol en todo su esplendor. A consecuencia de ello, se produjo una revolución en la vida religiosa del país; los templos de Amón fueron profanados y sus estatuas mutiladas. Tebas se vio gravemente afectada, porque el nuevo rey trasladó su capital a Tel el Amarna, con lo que, inmediatamente, la región de Karnak perdió parte de su influencia.

Pero la supremacía de Atón no duró mucho tiempo. A la muerte del faraón hereje, le sucedió el rey-niño Tutankhamon, famoso en la actualidad por su tumba; fue el impulsor de la renovación de los viejos templos y de la restauración de los antiguos dioses, entre ellos Amón.

El hogar del dios

El templo de Amón en Karnak, ampliado por orden de Ramsés II, consistía en una serie de patios, a los que se accedía a través de una puerta, que los egiptólogos suelen llamar pilono. En los patios se hallan las salas de ceremonias que constituyen la gran gloria del templo. Su característica más notable era que la cubierta descansaba sobre un gran número de amplias columnas, que han



dado su nombre habitual a las salas, conocidas como «salas hipóstilas» (de *stylos*, pilar en griego).

En la actualidad se accede al templo a través del primer pilono, estructura edificada después de los faraones, en el periodo ptolomeico. Para imaginarnos el templo tal como era en la época de Ramsés debemos olvidarnos del primer pilono y del patio que se halla detrás de éste. Durante el reinado de Ramsés se entraba por el segundo pilono. Esta elevada estructura de paredes en talud resultaba impresionante, aunque nada comparable con el efecto que causaba la sala que había a continuación, la gran sala hipóstila, de enormes dimensiones (casi 5.000 metros cuadrados). El tejado se sostenía sobre 134 columnas de piedra, dispuestas en 16 filas; las seis columnas que componían cada una de las dos filas centrales eran mayores que las demás.

La gran sala hipóstila se empezó a construir durante el reinado de Ramsés I (1307-1306 a. de C.). Después de su breve reinado, su hijo, Seti I (1306-1290 a. de C.), continuó esta obra, sin llegar a concluirla; fue Ramsés II quien la terminó.

El transporte de la piedra y la colocación de los pilares sólo fueron unos de los múltiples aspectos de la creación del edificio. Todos los pilares –y de hecho casi todas las superficies de piedra– están magníficamente decorados con bajorrelieves, originalmente policromados. Los relieves de la sala presentan temas religiosos, especialmente la adoración al dios Amón. Las tallas que decoran las paredes exteriores muestran escenas de la vida diaria, tales como las campañas militares de Ramsés. Incluso nos ofrecen el texto egipcio del tratado entre el rey y los hititas después de la batalla de Qadesh. También aparecen las batallas, menos famosas, de Seti I, padre de Ramsés, entre ellas las de las campañas del Líbano, de Palestina y de Siria, y se nos recuerda que las escenas se representan en la pared del templo porque en él se ofrecían en sacrificio a Amón los botines y los prisioneros de guerra.

La gran sala hipóstila resulta impresionante a la vista, con su bosque



Estatua descubierta cerca del séptimo pilono.

de columnas, la mayoría de las cuales no sólo son altísimas, sino que su diámetro es igual a la distancia que las separa. Con la cubierta y las paredes intactas, debía dar una impresión muy distinta, desde luego imponente, pero mucho más oscura y claustrofóbica. Las ventanas situadas por encima de las dos filas centrales de columnas debían filtrar algo de luz. Pero al ser tantas y estar tan juntas las columnas, no debía percibirse claramente la verdadera dimensión de la sala y sus relieves policromados apenas se distinguirían en la penumbra.

Detrás de la sala hipóstila

La pared posterior de la sala hipóstila está constituida por el tercer pilono del templo, que en su origen fue la entrada principal, en época de Amenhotep III (1391-1353 a. de C.). El edificio contiene ruinas de templos más antiguos y en la actualidad los arqueólogos están extrayendo bloques de piedra del pilono para reconstruir estos edificios primitivos. Seguidamente encontramos otros tres pilonos, que conducen a las partes más antiguas del templo, hasta que llegamos a los edificios erigidos en época de Tutmosis III (1479-1425 a. de C.), otro faraón y brillante jefe militar. Gracias a sus campañas, Egipto extendió su poder a Libia y Nubia, así como a Asia Menor. Con ello, Tutmosis no creaba un imperio en el sentido moderno de la palabra, con un estricto sistema de gobierno, sino que sometía a otros pueblos, obligándolos a pagar tributos a Egipto, que de este modo veía multiplicadas sus riquezas.

Este método de extorsión legal fue muy importante para Karnak, pues los sacerdotes del templo fueron los primeros en beneficiarse de las riquezas recaudadas. Uno de los edificios de Tutmosis en Karnak es la sala de registros, que, además de los papiros que recogen la crónica de la vida y la época del faraón, también debió de contener los botines procedentes de África y Asia Menor: metales preciosos, tales como el oro y la plata, materiales como el marfil, el ébano y el lapislázuli, y artículos suntuarios fabricados con ellos.

El último edificio de la serie construida para Tutmosis III es el templo de festividades, situado en la parte más oriental del conjunto. Tiene un extraño diseño, único en la arquitectura egipcia, constituido por unas columnas de mayor diámetro en la parte superior que en la base. Se ha sugerido que el faraón debió elegir deliberadamente esta forma porque la estructura resultante, semejante a una tienda de campaña, le recordaría sus hazañas militares.

Los rituales en el templo

Debido a las grandes dimensiones de las ruinas de Karnak, resulta difícil imaginar su aspecto preciso en la época de Ramsés II. Muchos detalles se han perdido por completo. Por ejemplo, los entrantes que aparecen en la fachada de los pilonos probablemente albergaran astas para banderas, aunque no sabemos cómo serían los gallardetes. Es posible imaginar algunos de los rituales que se celebraban y tratar de recrear parte de la vida religiosa de Egipto en aquella época.

Para los antiguos egipcios la religión organizada era básicamente tarea de sacerdotes y reyes. La religiosidad del pueblo se orientaba hacia los dioses lares y deidades populares más que hacia los dioses de los templos. De hecho, el recinto de los templos quedaba cerrado al publico y sólo los sacerdotes y el rey (el sumo sacerdote) podían acceder a ellos.

Los ritos que se celebraban en los templos de Karnak consistían en ofrendas a los dioses. Se pensaba que el dios sería benévolo con Egipto si se le hacían sacrificios diarios.

El ritual básico era bastante sencillo. En primer lugar, el sacerdote celebraba una ceremonia de purificación en la que se hallaba la estatua del dios. Se abrían las puertas del santuario y el sacerdote ungía la estatua y la vestía con sus atributos de gala. Luego se depositaban alimentos al pie de la estatua y el sacerdote se retiraba, caminando hacia atrás y barriendo el suelo a medida que retrocedía para borrar cualquier huella de pisada.

Posteriormente se retiraban los alimentos, que se ofrecían a los sacerdotes, quienes los aceptaban gustosos, en pago por sus servicios.

No todas las ceremonias se celebraban en la más estricta intimidad sacerdotal. En uno de los templos de Karnak, el de Amón, «oidor de plegarias», la gente podía suplicar al dios y dedicarle oraciones. El dios debía responder a las súplicas inclinándose hacia el orante o eligiendo entre distintas alternativas. Otro caso en el que el pueblo podía participar en la ceremonia se dio durante el reinado de Tutmosis III (1479-1425 a. de C.), cuando el rey dispuso que se erigiera su propia estatua al lado de la de Amón en una zona del recinto que estuviera abierta al público. De esta forma se animaba a la gente a rogar tanto al dios-rey como al rey de los dioses, con lo que quedaba de manifiesto la condición semidivina del faraón.

El poder de los sacerdotes

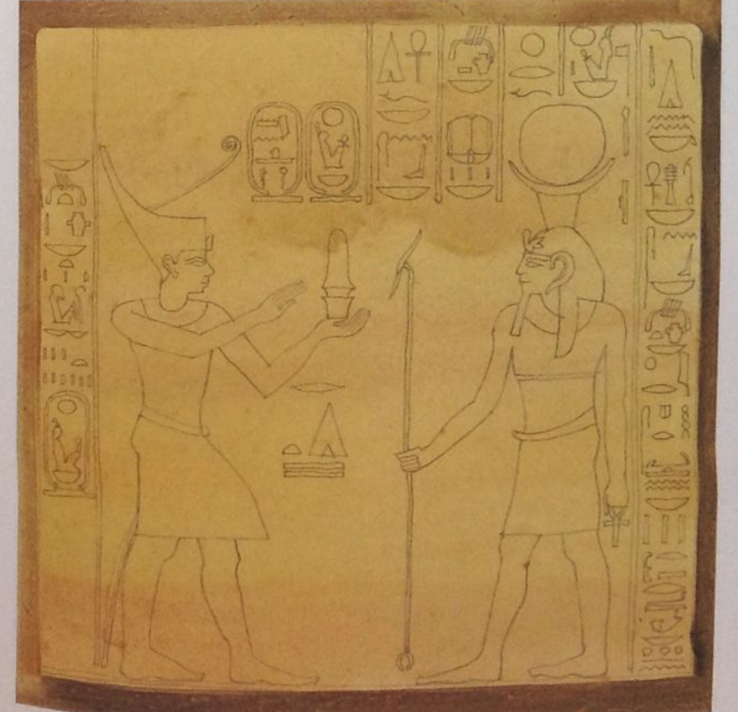
A juzgar por un papiro perteneciente al reinado de Ramsés III (1194-1163 a. de C.), había más de 80.000 sirvientes y esclavos al servicio del dios. Existían más de 5.000 estatuas dedicadas al culto de Amón y los objetos que se utilizaban para dicho culto se fabricaban y restauraban en 46 talleres.

Tal vez todo esto nos sorprenda menos si consideramos las dimensiones del templo: casi 283.000 hectáreas de tierra y más de 421.000 cabezas de ganado. Tenía propiedades por todo Egipto, desde el delta del Nilo, al norte, hasta Nubia, al sur. Además de ganado, poseía otros animales, algunos de los cuales eran sagrados para los dioses que veneraban los egipcios. Los animales sagrados de Amón eran el carnero y la oca. En el templo aún pueden verse esfinges con cabeza de carnero. Las bandadas de ocas sagradas se criaban en las proximidades del templo.

Todas estas tierras, ganado y sirvientes son un claro reflejo del poder de los sacerdotes y de los templos durante el imperio nuevo. Cuando el rey y los sacerdotes se mantuvieron unidos, como ocurrió en época de Tutmosis III, consiguieron incrementar el poder de Egipto. Pero cuando la balanza se inclinaba a favor de los sacerdotes, la situación de Egipto era muy inestable. Esto fue lo que ocurrió hacia el año 1080 a. de C., cuando Herihor, alto sacerdote de Amón, reclamó la corona y trató de convertir a Egipto en un estado eclesiástico. Herihor aparece en un bajorrelieve haciendo ofrendas a los dioses, en el templo de Jonsu, al sur del recinto religioso de Karnak. Ocupa el lugar que normalmente corresponde al rey.

En parte como consecuencia de la subida al poder de Herihor y del fracaso de Egipto en su intento de someter a provincias de las que se extraían ricos tributos, como Nubia, se produjo una serie de invasiones. Libios, kushitas y asirios gobernaron sucesivamente Egipto. Si bien el país se recuperó brevemente durante la vigésimo sexta dinastía, en la que los nobles modificaron radicalmente la situación económica del imperio, aquel fue el principio del fin de la independencia egipcia.

A pesar de ello, muchos de los invasores respetaron el conjunto de templos de Karnak. Los kushitas incluso le añadieron algunos edificios. Y gracias a la enorme cantidad de piedra que había en Karnak, por mucho que se quitara en épocas posteriores para otras obras de construcción, siempre quedó la suficiente para permitirnos imaginar lo que debió ser el santuario de Amón.



El rey Amenofis III hace una ofrenda a su imagen deificada.

ABU SIMBEL

Templo construido por el rey Ramsés II,
tallado en la roca de un acantilado próximo al Nilo, en Nubia

Las cuatro estatuas colosales que constituyen la fachada del gran templo de Abu Simbel representan al rey Ramsés II, fundador del templo. Talladas en roca viva, abren el templo al mundo mucho más de lo que lo está la mayoría de los templos egipcios, que solían quedar aislados en recintos cerrados.

Uno de los territorios más codiciados por los antiguos egipcios era Nubia, región situada sobre la primera catarata del Nilo. Se trataba de una zona muy rica en recursos naturales, sobre todo en oro, pero habitada, al menos en la parte que queda por encima de la segunda catarata, por un pueblo guerrero dispuesto a defender sus propiedades.

Los egipcios tuvieron que luchar para conquistar Nubia. Conseguían apoderarse de ella en una batalla para volverla a perder en la siguiente. Varias pinturas egipcias representan a los nubios pagando tributo a sus amos egipcios y en dichas pinturas se destacan unos grandes y pesados anillos de oro. Nubia era una región muy valiosa para Egipto, valor que los egipcios reconocieron construyendo allí dos de sus monumentos más imponentes: los dos templos edificados por Ramsés II, a unos 80 kilómetros al norte de la segunda catarata del Nilo, en Abu Simbel. Si bien gran parte de Nubia es muy árida, con escasas tierras fértiles, incluso a orillas del Nilo, en Abu Simbel había una gran extensión de tierra cultivable, que probablemente permitía mantener a una numerosa población. Era el lugar adecuado para un santuario y para un monumento que reflejaría el poderío egipcio de la zona.

El legado de Ramsés

Ramsés II fue uno de los mayores impulsores de grandes obras del antiguo Egipto. También fue un famoso militar, que dirigió campañas tanto contra los hititas como en Nubia, donde continuó la labor iniciada por su padre, Seti I, que a su vez había heredado del rey Horemheb y de su predecesor en el trono, Ramsés I, un importante poderío sobre Nubia. Aun así, Seti tuvo que sofocar varias rebeliones en la zona. Ramsés siguió la lucha emprendida por éste y consiguió imponer la supremacía egipcia en la región.

Esto queda especialmente de manifiesto en su explotación de las minas de oro de Nubia. Bajo Seti I no se había logrado explotarlas a pleno rendimiento debido a la falta de agua. Para tratar de remediar esta situación, Seti ordenó que se perforaran varios pozos, sin obtener ningún resultado. Por este motivo aquellos que acudían a extraer el oro morían de sed por el camino. Sin embargo, Ramsés II ordenó que se volviera a intentar sacar agua del pozo, cavando a mayor profundidad en la roca. Cavaron otros 12 codos más de profundidad y hallaron agua, lo cual permitió la plena explotación de la región.

La forma en que Ramsés llevó sus asuntos en Nubia hizo crecer su fama de hábil diplomático y administrador. Para compensar al país por todo el oro que extraía, le devolvió una parte de aquella riqueza en forma de monumentos arquitectónicos enclavados en el paisaje: toda una serie de templos tallados en la roca escarpada, de un estilo que prácticamente no se había utilizado en Egipto antes de su reinado. Entre los acantilados arenosos de la baja Nubia, sus trabajadores crearon templos en Derr, Wadi al-Sebua, Gerf Hussein y Beit el Wali. Esta serie culminó con los dos templos de la orilla occidental del Nilo, en Abu Simbel.

Para sus templos más importantes Ramsés II y sus arquitectos decidieron adoptar el método de construcción tallada en roca viva, horadando profundamente el acantilado para abrir las salas y esculpiendo en la



cara exterior de la roca magníficas fachadas. La del gran templo está dominada por cuatro estatuas colosales del propio rey. El templo menor, al este, también tiene estatuas colosales, cuatro del rey y dos de la reina, Nefertari. Al inmortalizar en piedra nubia a los dos personajes más importantes de la familia real egipcia, Ramsés conseguía que los habitantes de aquella región tuvieran siempre presente quiénes eran sus gobernantes.

Un lugar sagrado

¿Por qué eligió Ramsés Nubia, tan lejos del núcleo de su imperio, para construir un templo de esa magnitud? Probablemente confluyeran varias circunstancias de tipo religioso, económico, artístico y político. En primer lugar, es probable que Abu Simbel fuera ya un lugar sagrado antes de que llegaran los egipcios. En segundo lugar, el hecho de que hubiera una extensión de tierra fértil en los alrededores significaba que había recursos para alimentar al numeroso equipo de trabajadores que se precisaría para la obra. En tercer lugar, los canteros del faraón debieron encontrar apropiada la fachada del acantilado; algo más al sur, la estratificación del terreno no se prestaba a este tipo de arquitectura tallada en roca viva, por lo que Ramsés tuvo que construir templos de mampostería de estilo más tradicional. Por último, en cuarto lugar, el emplazamiento, situado cerca de la segunda catarata, se hallaba al lado de la frontera tradicional de Egipto; haciendo sentir su presencia en aquel lugar, Ramsés expresaba de forma implícita que su poder alcanzaba hasta las fronteras: era una especie de desafío lanzado a las poblaciones que residían en la alta Nubia.

El gran templo

Lo más sobresaliente del gran templo es su fachada, con las cuatro imponentes estatuas de Ramsés, de casi 20 metros de altura cada una. Para los constructores del templo el rey era la figura principal, aunque en la fachada también aparecen otros personajes. Están representados de forma prominente Ptah, Amón y Ra-Harajtis, los tres dioses a los que está dedicado el templo, y a los pies del rey se hallan estatuas de los miembros de la familia real.



Cabeza de porcelana.

Varios de los bajorrelieves de la fachada seguramente recordaban a los nubios su condición de súbditos del faraón: por ejemplo, las tallas realizadas en los pedestales sobre los que se hallan colocados los colosos representan a los asiáticos y africanos cautivos. En los tronos en los que están sentadas las estatuas de Ramsés hay relieves que representan la unión del alto y del bajo Egipto, confirmando el poder del faraón que ya sugieren las imponentes dimensiones de las estatuas.

Pero esta fachada no es sólo un reclamo político. Las estatuas se identifican mediante inscripciones que ponen de manifiesto su carácter religioso. En particular, se relaciona en ellas a Ramsés con los dioses egipcios del sol. Las estatuas llevan, respectivamente, los nombres de «sol de los soberanos», «soberano de las dos tierras», «bienamado del dios Amón» y «bienamado de Atón, dios del sol». Además los babuinos sentados en la parte superior de la fachada del templo se encuentran en una postura que suele relacionarse con la adoración del sol.

En el interior, la primera cámara contiene ocho sólidos pilares, cada uno de los cuales lleva una imagen de Ramsés, esta vez de pie, tocado con la doble corona del alto y del bajo Egipto, y con el báculo y el látigo en la mano, símbolos de la realeza. En los relieves murales aparece una gran variedad de elementos humanos y divinos, representaciones de las batallas del rey junto con inscripciones referentes a ritos religiosos. Pero incluso las batallas reciben un tratamiento religioso. Ramsés aparece venciendo en solitario a los hititas, hazaña que consigue gracias a la ayuda de Amón, dios del sol, y por ser su representante en la tierra. Pasada la gran sala se encuentra una cámara más pequeña que, al igual que el santuario situado en una parte aún más recóndita del templo, muestra temas religiosos en sus decoraciones murales. Las estatuas del interior del santuario vuelven a recordar el estrecho vínculo existente en Egipto entre lo divino y lo humano.

Los dioses del templo

Dos de las deidades del gran templo, Amón y Ra-Harajtis, eran dioses del sol; la tercera, Ptah, era un dios de la creación y de los artesanos; la cuarta era el propio Ramsés, el dios-rey. Los dioses estaban relacionados entre sí por su estrecha vinculación con el faraón.

Amón, íntimamente relacionado con el faraón, fue supuestamente el dios que Ramsés invocó durante la batalla de Qadesh; se dice que el dios le insufló al rey la fuerza de 10.000 hombres, con lo que el monarca consiguió derrotar en solitario al enemigo. Amón estaba también relacionado con Nubia, principalmente por la campaña de construcción de templos diseñada para fomentar la presencia de Egipto en esta provincia meridional. El gran templo formaba parte de la serie de santuarios dedicados a Amón, entre los que se cuentan el templo de Amada (entre la primera y la segunda cataratas), erigido por Tutmosis III, y el templo de Gebel Barkal (situado en la región de la cuarta catarata), construido por el rey Horemheb.

Ra-Harajtis era otro dios del sol. Su nombre está compuesto por los nombres de dos deidades, Ra, dios del sol, y Horus. De hecho, Harajtis significa «Horus del horizonte», con lo que se expresa que el dios, al igual que el sol, sale por Oriente al alba. La relación de este dios con el rey queda de manifiesto en las inscripciones en las que se equipara al faraón con Harajtis. En cuanto a Ptah, dios creador, las estatuas que el rey erigió en su templo de Menfis muestran la relación del dios con Ramsés.

Los sacrificios rituales ofrecidos a estos dioses se realizaban en el santuario. El sacerdote se preparaba en una de las cámaras laterales que daba a la sala principal, antes de presentarse en el santuario interior y hacer sus ofrendas.

El templo, al estar horadado en la roca, no tenía ventanas por las que pudiera entrar la luz, por lo que el interior resultaba muy oscuro y misterioso. Pero una vez al año, debido a la orientación del templo, los rayos del sol naciente penetraban por la puerta de entrada e iluminaban la sala principal y las laterales. El efecto causado, al bañarse el santuario del dios del sol y de las cuatro estatuas reverenciadas con la luz del mismísimo sol, era espectacular.

Los constructores de Abu Simbel

Una inscripción que aparece en una de las puertas interiores del gran templo data del primer año del reinado de Ramsés. Por ello se puede pensar que las obras de construcción del templo estaban bastante avanzadas cuando Ramsés II accedió al trono y que el monumento fue proyectado por Seti. La presencia de tantos elementos que recuerdan a este último faraón confirmaría esta hipótesis. Los reyes egipcios eran muy dados a proclamar como suyas las obras de monarcas anteriores, tal como hizo Ramsés II en diversas ocasiones. En el caso de Abu Simbel es probable que las grandes excavaciones se llevaran a cabo en el reinado de Seti, mientras que en época de Ramsés se realizaría la fachada y la decoración.

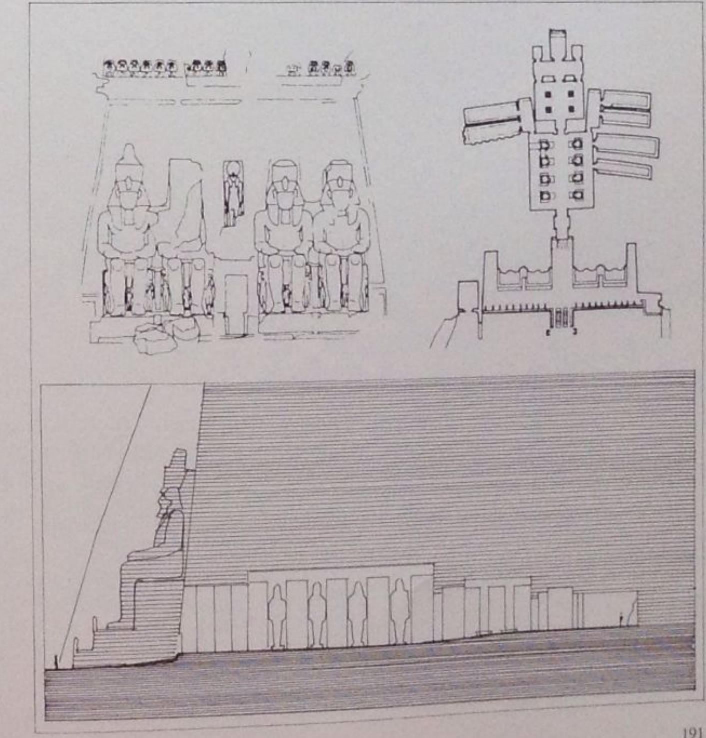
La mano de obra empleada se nutrió de esclavos, prisioneros de guerra de las campañas egipcias en Nubia. Esto era una práctica habitual en el imperio egipcio. Además de una inscripción de Abu Simbel en que se dice que los prisioneros se empleaban en estos menesteres, otras inscripciones nos revelan que Ramsés recurrió a prisioneros libios para la construcción de Wadi al-Sebua y que donó prisioneros para el templo de Buhen.

El gran rescate

En nuestro siglo, en la década de los años sesenta, se observó que la construcción de la presa de Asuán iba a provocar una elevación del nivel de las aguas del Nilo que sumergería muchos templos nubios. Se realizó un esfuerzo internacional para remediar esta situación, proponiéndose muchos sistemas diferentes para ello. Entre los planes de rescate propuestos, se habló de colocar los templos sobre unos gatos hidráulicos, de construir una plataforma de cemento bajo los templos que permitiera que éstos flotaran al crecer el nivel de las aguas, y de desmontar las piedras de los templos y trasladarlas una a una a lugares más elevados. Ésta fue la propuesta que se aceptó en 1963.

Se desarrollaron técnicas especiales para desmontar la fachada. Si bien se utilizaron grandes sierras mecánicas para cortar los bloques de piedra con la mayor profundidad posible, fue preciso recurrir a sierras de mano para recortar la piedra a ras de la superficie visible del bajorrelieve. Con ello se dañaba lo menos posible la superficie de las colosales estatuas y los demás detalles de la fachada. También se diseñó una técnica especial para levantar las piedras, pues ninguna maquinaria podía tocar la delicada superficie de las areniscas. La solución consistía en perforar las superficies ocultas de piedra e introducir unos soportes en los que pudiera engancharse la grúa.

Los templos se colocaron en el mismo acantilado en el que habían sido construidos originalmente, sólo que a mayor altitud. Se mantuvo la misma orientación, con lo que se conservó el efecto del sol penetrando en el templo. Una vez colocadas las piedras en su nuevo emplazamiento, se construyó una bóveda de cemento para sostener un montículo de tierra que cubrió toda la obra, imitando el efecto original de un templo subterráneo.



El plano y la sección del templo muestran cómo las cámaras se adentran en el interior de la roca. La parte sombreada de la fachada representa la zona del templo reparada en la actualidad.



Monedas y mosaicos nos dan una idea del aspecto del faro, de su estructura escalonada y de sus ventanas. Conocemos menos detalles del interior. Además de escaleras o rampas, había una linterna en la parte superior. Al parecer, la luz se dirigía mediante un sistema de espejos.

ALEJANDRÍA

Ciudad de Alejandro Magno y los Ptolomeos, cuna del saber y escenario del famoso faro

La trayectoria de Alejandro Magno fue una de las más extraordinarias de la antigüedad. A los veinticinco años, este brillante general oriundo de Macedonia había conquistado Grecia, Persia y Siria. Cuando hubo quedado claro que Alejandro era enemigo de los persas, Egipto también cayó bajo su poder. Por primera vez, el reino del Nilo entró a formar parte de un amplio imperio cuyo centro no era el rincón egipcio del norte de África.

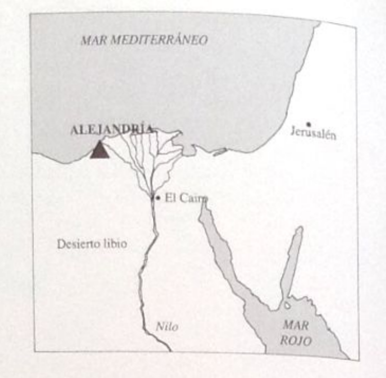
Alejandro buscaba una nueva capital que le permitiera acceder fácilmente al Mediterráneo y al resto de sus posesiones, y eligió una ciudad llamada Rhakotis. Era ésta una ciudad egipcia relativamente poco importante. Al estar situada en la costa, sus ingresos procedían del comercio local; pero Alejandro tenía planes más ambiciosos para la ciudad. La principal característica que le atraía de Rhakotis era su magnífico puerto natural. La ciudad estaba situada en el centro de un espolón de tierra que sobresalía de la costa continental a la altura del extremo occidental del delta del Nilo. Al sur, las aguas del lago Mareotis constituían un puerto seguro para los barcos. Pero éstos podían también fondear más al norte, donde se hallaba una larga isla que habría de convertirse en el emplazamiento del famoso faro. Uno de los principales proyectos de los constructores de la nueva ciudad consistió en crear un dique que uniera esta isla con el espolón, con lo que se abrían puertos a cada lado. Por consiguiente, no podía haber mejor emplazamiento para los navíos de Alejandro.

De este modo, el antiguo puerto de Rhakotis se convirtió en la ciudad de Alejandría. El emperador macedonio encargó a su arquitecto Dinócrates que erigiera una ciudad al estilo griego, con su plano tradicional en forma de parrilla, que diseñara el puerto y que lo adornara con elementos del arte clásico. A diferencia de las grandes ciudades griegas como Atenas y Esparta, en las que, sin duda, se inspiraron sus constructores, Alejandría fue una ciudad que se empezó desde cero y se diseñó como conjunto. Poseía una unidad visual que pocas ciudades clásicas tenían. Pero aunque las obras de construcción se empezaron inmediatamente, Alejandro no llegó a ver más que una pequeña parte de la ciudad. Su ansia de conquistas lo alejó de su imperio, al que sólo regresó después de muerto.

El emperador murió joven, a los treinta y tres años. Le sucedió su hermanastro, Filipo III Arrhidaios, que nombró gobernador de Egipto a un Ptolomeo, hijo de Lago, uno de los jefes militares más brillantes de Alejandro. El poder central del imperio quedó debilitado tras el asesinato de Filipo en el año 317 a. de C.; su sucesor, Alejandro IV, conoció el mismo destino siete años más tarde. A consecuencia de estos acontecimientos, Ptolomeo reforzó su poder en Egipto, hasta que este país se convirtió prácticamente en un estado independiente. Finalmente, Ptolomeo se proclamó rey de Egipto en el año 305 a. de C., otorgándose el título de «Soter», que significaba salvador. La dinastía fundada por Ptolomeo se perpetuó hasta una de sus más ilustres hijas, Cleopatra, tras cuya muerte, en el año 30 a. de C., Egipto pasó a poder de los romanos.

La familia de los Ptolomeos ejerció una influencia perenne en la historia de Alejandría, ciudad desde la que gobernaron. Si bien el gran concepto de la ciudad fue obra de Alejandro, muchos de los edificios que han llegado hasta nuestros días fueron creados bajo los Ptolomeos. Los tres primeros Ptolomeos, Ptolomeo I Soter (305-282 a. de C.), Ptolomeo II Filadelfo (282-246 a. de C.) y Ptolomeo III Evergetes (246-221 a. de C.), fueron los monarcas cuyas grandes obras arquitectónicas dejaron una importante huella en el entramado de la ciudad. El faro, el edificio más famoso de Alejandría, fue construido durante el reinado de Ptolomeo II (si bien es muy posible que ya apareciera en el proyecto urbanístico

Con sus templos y otros edificios públicos, Alejandría era en época de los Ptolomeos una típica ciudad helenística. Su arquitectura mostraba influencias de muchos otros puertos mediterráneos. Pero el faro era una construcción única, con un estilo singular y desconocido hasta entonces. No es de extrañar que se convirtiera en el símbolo de la ciudad.



original de Alejandro), mientras que la biblioteca y la universidad, las dos instituciones más prestigiosas de la ciudad, fueron fundadas por Ptolomeo I. Su familia se adaptó con gran acierto a la cultura cosmopolita de la región y dotó asimismo a la ciudad de un palacio tan grande que era casi una ciudad en sí, con sus templos y demás edificios públicos.

Faro y torre vigía

El faro era la construcción más notable de Alejandría y constituía una de las siete maravillas del mundo. Alto y blanco, dominaba uno de los mejores emplazamientos de la ciudad y se convirtió en el símbolo de Alejandría para todos los viajeros que llegaban a ella. Con la construcción del faro Ptolomeo II respondía a dos necesidades de la ciudad. En primer lugar, la costa aluvial de Egipto resultaba de difícil navegación para los barcos que surcaban el Mediterráneo. Arrecifes de piedra caliza bordean la costa, por lo que acercarse a ella resultaba doblemente peligroso y entre los capitanes de barco ya se habían hecho famosas rocas tales como el Cuerno de Toro, a la entrada del puerto. Por consiguiente, era fundamental contar con un faro que señalara el emplazamiento de la ciudad y que guiara a los navíos por la vía más segura. La ciudad también necesitaba disponer de un dispositivo de defensa. A pesar de las dificultades que ofrecía la costa, siempre cabía la posibilidad de un ataque por mar. La solución obvia era erigir una torre que sirviera de

Alejandría, la ciudad y el faro Año 270 a. de C.

punto de vigilancia y cuya luz permitiera advertir a los navíos de la posición de la costa.

El arquitecto, contemporáneo del matemático Euclides, recurrió a todos los sabios de la ciudad de Alejandría para llevar a cabo el proyecto. El faro resultó inmenso –sus cuatro pisos alcanzaban al menos 122 metros de alto, puede que incluso 152 metros–. En segundo lugar, si bien no conocemos exactamente el funcionamiento mecánico del faro, incorporaba algunos de los elementos de ingeniería y diseño más avanzados de su época.

El faro se alzaba sobre la isla de Faros, que le ha dado su nombre, situada al noroeste de la gran ciudad. La isla constituía en sí una comunidad, establecida en una pequeña ciudad amurallada, y seguramente muchos de sus habitantes trabajaban como mecánicos, obreros o vigías en la gran torre. Ésta se hallaba situada en uno de los extremos de la isla y consistía en una deslumbrante estructura blanca de mármol o piedra caliza. En su base se hallaba una plataforma rodeada de un muro que la protegía del mar y en la que se almacenaba agua potable.

El piso inferior de la torre era cuadrado, bastante sencillo, y en su interior se hallaban las habitaciones del personal de mantenimiento y los guardas del faro. También se podían apostar vigías en numerosas ventanas. Esta parte del faro contenía una rampa por la que se accedía a los pisos superiores. Probablemente fuera una rampa de caracol o incluso una espiral doble, una para bajar y otra para subir. Además, posiblemente hubiera un rudimentario, pero robusto, ascensor en el centro de las rampas, que se utilizaría para transportar el combustible de forma rápida y eficiente hasta el quemador.

La segunda planta tenía forma octogonal, más estrecha que la planta inferior. Probablemente no contuviera más que las rampas y el ascensor, al igual que sucedía con la tercera planta, circular. Los dos niveles siguientes albergaban el faro en sí. Su linterna proporcionaba de noche una potente luz: seguramente se utilizaban espejos para orientar el haz de luz hacia el mar. Durante el día la señal era el humo que se elevaba de la llama. Los espejos constituían uno de los misterios del faro: los primeros relatos hablan de cristal y de «piedra transparente». Pero es más probable que los alejandrinos utilizaran un metal pulido, material habitual para los espejos en la antigüedad.

Situado en el extremo nororiental de la isla, el faro permitía vigilar el puerto oriental de Alejandría, donde fondeaba la flota real. Si bien de estilo helenístico –la última tendencia del arte griego que Alejandro había traído consigo a Egipto–, el aspecto sólido y monumental del faro también recordaba algunos de los templos egipcios. Como muchas otras cosas en Alejandría, el faro era fundamentalmente cosmopolita.

No conocemos con seguridad el nombre del arquitecto del faro. Se solía considerar que había sido obra de Sóstrato, mencionado en una dedicatoria recogida por Estrabón y Luciano. Pero en la actualidad se cree más probable que Sóstrato fuera un rico cortesano que patrocinó el faro, con lo que el nombre del arquitecto sigue siendo una incógnita.

Cuna del saber

Es harto conocida la destrucción de la biblioteca de Alejandría. Se solía afirmar que César le había prendido fuego durante la toma de la ciudad. Pero en la actualidad se piensa que en los incendios del puerto perecieron únicamente los libros que se estaban transportando a la biblioteca y que la colección principal permaneció intacta hasta que los cristianos prendieron fuego a la biblioteca en el año 391 de nuestra era.

La biblioteca de Alejandría no era una mera colección de libros. Constituía el núcleo de un complejo denominado *museion*, es decir, literalmente, un santuario en el que se podía adorar a las musas, muy numerosas en la Grecia antigua. Pero en la época de los Ptolomeos, el concepto de «museo» era mucho más amplio: la palabra hacía referencia a un complejo cultural e intelectual en el que podía venerarse a las musas a través de la actividad erudita. Fue Ptolomeo I el que fundó el museo de Alejandría. Hizo venir a la ciudad al filósofo Demetrio Falero para crear un museo que habría de superar a su modelo de Atenas. Constaba de la biblioteca, laboratorios y observatorios, un zoológico y diversas instalaciones para los estudiantes, tales como un comedor. Probablemente también hubiera salas de lectura. Por consiguiente, las actividades que se desarrollaban dentro del museo eran muy variadas, incluyendo una labor tanto literaria como científica, y los eruditos seguramente daban charlas al tiempo que llevaban a cabo investigaciones. El museo cumplía en la sociedad alejandrina la función que en nuestras sociedades realiza la universidad.

Pero el museo era también un centro religioso, presidido por un sacerdote nombrado por el rey. Con el patronato real y con su cuerpo de eruditos independientes, el museo se desarrolló en todo su esplendor a lo largo del siglo III a. de C. Filósofos de tierras lejanas acudían a Alejandría, que durante una época fue el centro intelectual del mundo. Pero después de este gran siglo se produjo una transferencia del dominio intelectual, que pasó a los alejandrinos, quedando excluidos aquellos que venían de tierras lejanas. Lógicamente, el nivel de erudición decreció, aunque el museo siguió siendo un importante centro de enseñanza dentro de Egipto.

La biblioteca

El grupo cada vez mayor de eruditos reunidos en Alejandría necesitaba fuentes escritas. La famosa biblioteca en la que se recogieron estas fuentes no se creó hasta el reinado de Ptolomeo II, mucho después de la fundación del museo. Al igual que este último, contaba con el patronato real y el puesto de bibliotecario era de designación real. No sabemos gran cosa de la organización de la biblioteca. Ignoramos, por ejemplo, si disponía de salas de lectura o si era simplemente un almacén de documentos, con pilas de rollos de pergamino que los lectores se llevaban al propio museo.

Debía de estar muy bien organizada. Habría un procedimiento metódico de catalogación de los nuevos libros –detalles sobre la persona que había traído el ejemplar a la biblioteca y procedencia del mismo, además de los datos habituales que recogen las bibliotecas modernas, tales como autor, título, etc.–. También debía de haber un departamento de escribas,



Escultura griega de la época de Alejandro.

encargados de copiar los libros a medida que entraban en la biblioteca –fase esencial en una cultura que desconocía la imprenta–. Los escribas de Alejandría elevaron mucho la cota de legibilidad de su obra y la calidad de su presentación.

Este elevado nivel de organización y presentación era fundamental en una biblioteca tan grande. Las fuentes más fidedignas citan casi medio millón de rollos, pero la mayoría de éstos contenían más de una obra. Al parecer, estaban repartidos entre dos edificios: una gran biblioteca en palacio, en la que se conservaba la mayoría de las obras, y otra menor, tal vez en el museo, que contenía aproximadamente la décima parte de los rollos. Esto acaso pueda considerarse como un antecedente de la práctica de las bibliotecas modernas, que conservan la mayor parte de los libros en un almacén privado, dejando únicamente al alcance de la mano en estanterías abiertas los volúmenes más frecuentemente consultados. O tal vez la biblioteca más pequeña albergara los originales y el almacén de palacio las copias.

Seguramente los bibliotecarios trataban de reunir tantas obras en griego –sobre todos los temas, desde las ciencias naturales hasta la literatura– como les fuera posible: constituían la esencia de la cultura alejandrina. Pero también se coleccionaban obras de la literatura egipcia (traducidas), así como textos persas y de las tierras bíblicas.

El mundo del comercio

Alejandría no era sólo una gran cuna del saber. Su fundador eligió su emplazamiento por ser tan accesible para los barcos y la ciudad siguió siendo un importante puerto, un centro comercial y la residencia real. El puerto era, después del faro, el elemento más notable de la ciudad. En la actualidad la isla en la que se hallaba el faro está unida con el continente a través de un istmo que se ha ido construyendo a lo largo de los siglos. Pero en época de los Ptolomeos sólo existía entre ambos una calzada artificial, conocida como *heptastadion* (pues tenía siete estadios de longitud), que tenía varios usos. Permitía pasar de la ciudad a la isla de Faros, conducía la canalización que suministraba agua potable a la ciudad, dividía el puerto en dos, con lo que amortiguaba las peligrosas corrientes que dificultaban la navegación en estos parajes marítimos y, gracias a sus dos arcos en el centro, los barcos podían pasar de un puerto a otro.

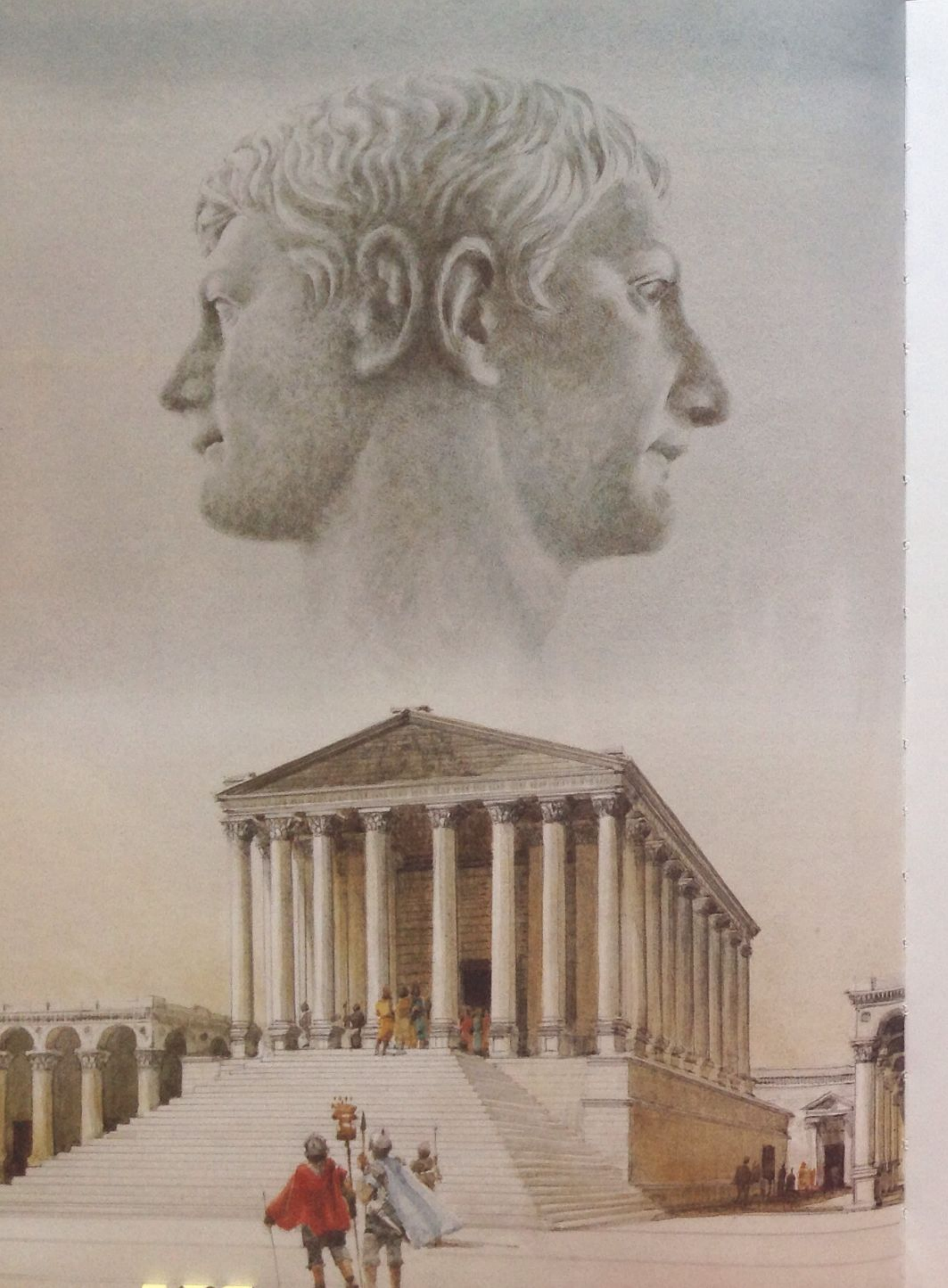
De los dos puertos creados por el *heptastadion*, el más oriental, o gran puerto, era el más importante. Algunos de los edificios del palacio real, situados en el promontorio de Silsileh, en el extremo oriental del puerto, quedaban contiguos a los muelles. Por consiguiente, es normal que fondearan en él los navíos reales. Pero el gran puerto estaba subdividido en distintos embarcaderos y, además del muelle real, había otros muchos lugares en los que se podía amarrar barcos. Las aguas eran profundas hasta la misma línea de muelle, por lo que incluso los navíos más grandes podían atracar al pie del mismo, facilitándose su descarga.

También los palacios reales eran magníficos. No sabemos gran cosa de su construcción, pero algunos testimonios que han llegado hasta nuestros días ponen de manifiesto que la sede del gobierno se hallaba dentro del recinto de palacio, con lo que en conjunto debió ser un complejo de enormes dimensiones. Parece que había un gran parque y muchos y espaciosos patios.

¿Cómo era la vida en aquella ciudad egipcia helenizada? Al principio, los egipcios quedaron aislados. Todos los cargos de responsabilidad pasaron a manos de los colaboradores extranjeros y de los familiares de los Ptolomeos, y los únicos egipcios que mantuvieron en parte su antigua posición fueron los sacerdotes. Aunque la comunidad griega trajo consigo a sus propios dioses, los egipcios siguieron venerando a los suyos. E incluso ejercieron cierta influencia en los griegos, quienes identificaban a su Dioniso con el egipcio Osiris. No obstante, no hay pruebas de que se produjera una auténtica simbiosis entre ambos pueblos. Más bien hubo una aproximación de la mente curiosa de los griegos ante una cultura que les resultaba nueva y que trataron de hacer suya.

Los egipcios reconocieron a los Ptolomeos como sus soberanos. En cierta medida, tampoco les quedó otra alternativa; pero los Ptolomeos, muy acertadamente, les facilitaron las cosas reclamando el título de faraones. Sin embargo, los distintos componentes de la sociedad alejandrina no consiguieron acercarse: los griegos se mantuvieron aislados, ostentando los cargos más prestigiosos; los egipcios, al menos al principio, obedecían a sus amos; también había una importante población judía que formaba un grupo aparte.

Poco a poco fue creciendo el descontento de los egipcios. Durante el reinado de Ptolomeo III se produjo una rebelión y sus sucesores tuvieron que hacer frente a revueltas semejantes. A medida que los egipcios fueron ocupando cargos de más categoría iba creciendo su influencia, a la par que disminuía la de los griegos. En la época en que los romanos tomaron Alejandría y todo Egipto, se encontraron con una monarquía debilitada y una administración desorganizada, divida entre los intereses enfrentados de egipcios y griegos, con lo cual no fue difícil dominar al país. La edad dorada de Alejandría había sido breve.



Este templo dominaba el foro, una de las partes de la ciudad reconstruida por Septimio Severo. Los habitantes de Leptis siempre celebraron el éxito de su conciudadano Severo, aunque éste probablemente jamás regresó a su ciudad natal, por lo que no conoció los edificios que mandó construir.

LEPTIS MAGNA

Puerto del norte de África, reconstruido por los romanos, que alcanzó su esplendor entre los años 46 a. de C. y 211 de nuestra era

Una de las regiones más prósperas del imperio romano era el norte de África. Los romanos sembraron trigo en los campos de su provincia africana, construyeron carreteras y erigieron ciudades. En el siglo I a. de C. la zona que corresponde a la actual Argelia vivió un momento de esplendor, abasteciendo con su trigo a gran parte del imperio.

Los vestigios que los romanos dejaron son reflejo de esta prosperidad. Ciudades como Timgad poseían todos los atributos de las ciudades romanas: edificios públicos, anfiteatros, templos y baños. En la fértil región de las llanuras y valles de Argelia podía apreciarse la riqueza proporcionada por la agricultura, origen del lujo de las ciudades. Sin embargo, más al este, en la Libia actual, se hallaba otra ciudad tan magnífica como aquéllas, aunque rodeada por el árido Sáhara. Esta ciudad, Leptis Magna, era una Roma en miniatura al borde del desierto. En apenas un siglo se erigió una fantástica ciudad, que más tarde se amplió y embelleció con arcos de triunfo y esculturas monumentales de excelente calidad.

Los orígenes

La historia de Leptis Magna se remonta a épocas anteriores a los romanos. En el siglo VII a. de C. ya era un núcleo comercial de los fenicios, pueblo de grandes viajeros y comerciantes, originario de la costa oriental del Mediterráneo. Su ciudad más importante en el norte de África era Cartago, cuyo emplazamiento les proporcionaba una excelente base en el centro de la franja meridional del Mediterráneo desde la cual emprender sus viajes comerciales. Pero necesitaban otra base más cerca de su territorio y Leptis era el lugar idóneo, pues contaba con agua potable y disponía de una ensenada –el río Lebda– en la que los barcos podían fondear.

Leptis resultó muy útil a los fenicios, aun sin rivalizar con la prepotencia de Cartago. Acabó convirtiéndose en la capital de una de las tres colonias cartaginesas, conocida como Tripolitania. Al pasar a ser capital, Leptis adquirió cierta importancia. Poseía su propio sistema jurídico y seguramente contaba con un puerto y almacenes para guardar los bienes que los fenicios compraban y vendían. Pero los romanos reconstruyeron hasta tal punto la ciudad que apenas es posible imaginar el aspecto que tenía en sus orígenes.

Los romanos dieron un gran paso adelante en su dominación del norte de África con la conquista de Cartago en el año 146 a. de C. Esto tuvo repercusiones de primera magnitud, si bien no inmediatas, para Leptis. Julio César no adscribió la ciudad al imperio hasta el año 46 a. de C., después de décadas de comercio pacífico entre Roma y lo que había sobrevivido de Tripolitania.

Romanización de la ciudad

Probablemente, Leptis tenía ya muchas de las características de una ciudad romana cuando pasó a formar parte del imperio en el año 46 a. de C. Debía de haber edificios administrativos y públicos, construidos en torno a un foro central, y el puerto debió de ser parte fundamental de la ciudad. Pero en los primeros años del imperio de Roma se llevaron a cabo importantísimos programas de reconstrucción, a consecuencia de los cuales se añadió un calificativo al nombre de la ciudad, que pasó a llamarse Leptis Magna (Leptis la Grande), para distinguirla de otra Leptis, más pequeña, situada en la costa al sur de Cartago.

Debió de existir un auténtico foro romano, área central empedrada en la que los ciudadanos podían reunirse, pasear y charlar, rodeada de templos y de la basílica, que cumplía las funciones de ayuntamiento de la ciudad, tanto para las tareas administrativas como jurídicas. Los templos, imponentes estructuras erigidas sobre elevadas plataformas, tenían en la fachada un pórtico de columnas al que se accedía por una escalinata.

Del foro, situado al noreste de la ciudad, cerca del mar, salía en direc-

A finales del reinado de Severo Leptis Magna era una auténtica ciudad clásica. Algunos edificios, como el mercado (un patio rectangular con dos pabellones octogonales), se reconstruyeron en el estilo clásico del primer periodo romano. Otros edificios, como el templo y la basílica frente al foro, se reconstruyeron en época de Severo, al igual que el puerto y sus almacenes.

ción suroeste la calle principal de Leptis, cruzada en ángulo recto por las demás bocacalles, dibujando el plano urbano romano típico, en forma de parrilla. En la calle principal se hallaban los grandes edificios públicos, entre ellos, un gran mercado, el *chalcidicum* (posiblemente otro mercado), el teatro y otros templos, todos ellos construidos entre los años 9 a. de C. y 12 d. de C., en la época en la que Leptis estaba conquistando su identidad como auténtica ciudad romana.

El mercado es un buen exponente de la arquitectura de la época. Construido entre los años 9 y 8 a. de C., consistía en un gran patio rectangular rodeado de soportales. En el centro del patio se hallaban dos elegantes edificios octogonales llamados *pabellones*, igualmente rodeados de columnas. A juzgar por las ruinas y por el trazado realizado por los arqueólogos que han querido reconstruirlo idealmente, debió de ser un sobrio edificio clásico. Los capiteles corintios serían prácticamente los únicos elementos decorativos. Pero el mercado en plena actividad no daría una impresión tan austera, ya que entre las columnas se colocaban los puestos, que eran unas losas de mármol sostenidas por grifos o delfines de piedra tallada.

También habría puestos alrededor de los pabellones, dos a cada lado, con un espacio abierto entre las dos columnas centrales para permitir el acceso a la parte posterior de los puestos. El mercado debía de ser un lugar de gran colorido, propio de una ciudad cosmopolita, no sólo por la variedad de productos que en él se vendían, sino por el policromado de los arquitrabes de yeso que unían las columnas. En él se encontraban romanos, púnicos y libios nativos, y la coexistencia de las tres culturas que-



da de manifiesto en la piedra que se utilizaba en el mercado como patrón de medidas, que tenía grabadas las unidades de medida correspondientes a cada una de dichas culturas.

La siguiente etapa de edificación correspondió al reinado del emperador Adriano (117-138 a. de C.), uno de cuyos edificios más imponentes son los baños de Adriano, para los que se utilizó, por primera vez en Leptis Magna, el mármol. Estos baños seguían el modelo romano típico, con sus salas de frío y de calor, su piscina al aire libre, sus vestuarios y letrinas, y constituían el lugar de reunión y conversación de los hombres. Además, simbolizaban la integración de Leptis en el imperio romano, cuyas costumbres y estilos de vida no tardó en adoptar.

Vida social en Leptis Magna

Pero no hay que imaginarse a Leptis como una colonia africana poblada por romanos que vivían en ella con gran comodidad. Muchos de sus habitantes –acaso la mayoría de ellos– descendían de los fenicios que, procedentes de Oriente próximo o de Cartago, se establecieron en la ciudad. Aun así, la sociedad seguía un modelo romano, con las clases sociales tradicionales –esclavos, trabajadores, las clases medias urbanas y la elite de acaudalados terratenientes–. También había adoptado los pasatiempos romanos típicos: la vida social en los baños y el foro, las carreras de cuadrigas en el circo y las luchas de gladiadores en el anfiteatro.

No obstante, los fenicios dejaron una profunda huella. Así, los dioses venerados en Leptis llevaban nombres romanos, pero correspondían a deidades fenicias. Muchos de los antropónimos de los ciudadanos eran orientales y a veces les añadían nombres romanos, creando extraños híbridos. Un prominente ciudadano se llamaba Boncar Claudio y otro, de nombre Annobal Rufo Tabafi, romanizó su apellido en Tapapi.

Los primeros benefactores

La familia de Annobal Rufo se contaba entre las más influyentes de Leptis Magna en los primeros tiempos de la ocupación romana. El propio Annobal Rufo edificó el mercado cubierto y más tarde, entre los años 1 y 2 de nuestra era, financió la construcción del teatro, en el que dejó su nombre grabado tanto en latín como en púnico, la lengua de Cartago. En el año 42 otro Tapapi unió el teatro y el mercado construyendo un pórtico y un templo, y hacia el año 62 un tercer Tapapi embelleció el puerto con otro pórtico.

El emperador local

El florecimiento de Leptis Magna aconteció durante el gobierno del emperador Septimio Severo. Nacido en Leptis, Severo procedía de una familia entre la cual se contaban varios oficiales del gobierno imperial. Su abuelo había sido prefecto y su tío era gobernador de la provincia de África. A pesar de su éxito, la familia había conservado fuertes vínculos en África. De hecho, algunos de sus miembros permanecieron en Leptis y jamás aprendieron latín.

Severo fue un gran viajero. Colaboró con su tío, el cónsul de África, siendo emperador Marco Aurelio. A continuación pasó un breve periodo en Atenas, ascendió a gobernador de la provincia de Panonia Superior (correspondiente al territorio austro-húngaro), y en el año 193 d. de C. fue proclamado emperador. Militar de profesión, el emperador Severo dirigió enérgicas campañas, defendió las fronteras orientales del imperio y las rutas comerciales que unían Roma con Asia, luchó en Egipto y Nubia, y en el año 211 d. de C. realizó el que habría de ser su más largo pero último viaje, a las islas Británicas, donde murió en York en ese mismo año.

No existen pruebas de que Severo regresara a Leptis una vez proclamado emperador, pero, en cualquier caso, no olvidó su ciudad natal, pues en su reinado se erigieron los más ambiciosos monumentos y los mayores edificios de Leptis.



Nave del puerto.

La edificación de Severo

Entre los distintos proyectos arquitectónicos del emperador, cabe citar aquellos en apariencia únicamente funcionales, como el amplio desarrollo del puerto de esta ciudad que iniciaba su andadura como puerto comercial, y aquellos otros más espectaculares, como la vía monumental, rodeada de columnas y comercios, que unía la zona antigua del foro con la parte moderna de la ciudad, o el nuevo foro y la nueva basílica, reflejo de la prosperidad de Leptis Magna.

El arco de Severo

Uno de los monumentos más espectaculares de Severo fue un gran arco de triunfo situado en el cruce de las dos vías principales de la ciudad. De planta cuadrada, era en realidad cuatro arcos en uno, con delicados bajorrelieves y columnas corintias visibles desde cualquier punto por el que se aproximara uno al arco. Construido en piedra caliza, tenía un revestimiento de mármol en cuyos frisos se representaban escenas para ensalzar al emperador: Severo con su esposa, Julia Domna, y los hijos de ambos; la matanza de un toro para su sacrificio; el sitio de una ciudad y su toma por parte del emperador; grupos de magistrados y soldados imperiales de la ciudad; el emperador con distintos dioses tutelares.

El arco de Severo es una de las grandes obras de la escultura romana. Los bajorrelieves presentan un gran realismo, lo cual se conseguía utilizando la técnica de la perforación: se realizaba una serie de agujeros y se vaciaban los espacios que quedaban entre ellos hasta conseguir una línea, método que, utilizado por manos expertas, permitía a la vez precisión y gran expresividad; al mismo tiempo, el escultor podía cubrir grandes superficies de piedra, realizando profundas tallas (algunas incisiones de los fragmentos que han sobrevivido tienen hasta 25 centímetros de profundidad, a lo cual hay que añadir



Fragmento de escultura de un arco.

el desgaste de la piedra con el paso del tiempo).

Hasta nuestros días han llegado muchos fragmentos del arco, pero ninguna de las inscripciones, lo cual resulta extraño, pues no cabe duda de que los romanos –muy aficionados a grabar inscripciones– debieron dejar explicado en la piedra el motivo de la construcción del arco y los acontecimientos que éste conmemoraba. Algunos expertos opinan que celebra el regreso del emperador a su ciudad natal, pero no existen pruebas escritas de ello. Es más probable que fuera erigido por familiares de Severo para conmemorar alguno de sus triunfos en Roma o tal vez para recibir una visita del emperador que nunca llegó a producirse.

El foro

Los edificios más representativos de la época de Severo se erigieron alrededor del nuevo foro, que se construyó al sur del antiguo y que quedaba dominado por la basílica y un templo especialmente llamativo, no sólo por sus numerosas columnas de granito egipcio rosa, sino también por hallarse situado sobre un elevado pedestal de 5,8 metros de altura, accediéndose a él por una ancha escalinata de 27 escalones. Una vez arriba, el visitante podía apreciar otra importante característica del templo: los ricos bajorrelieves tallados en las bases de las columnas representaban escenas de la gigantomaquia, mítica lucha entre gigantes y dioses, de la que salieron vencedores estos últimos gracias a la ayuda del héroe Heracles. Los gigantes eran figuras extraordinarias, con musculosos torsos humanos y piernas en forma de serpiente.

La gente de Leptis compartía con sus antepasados más primitivos la fascinación por aquellos guerreros nacidos de la tierra y que, al ser derrotados, fueron enterrados, según la leyenda, al pie de los volcanes del mundo. Pero es probable que los romanos tuvieran otro motivo para representar el triunfo de los dioses sobre los gigantes en el primer templo de la ciudad, pues al identificar a los gigantes con el pueblo subyugado y a los dioses con las autoridades del imperio, aquellas escenas servían de advertencia contra una posible rebelión.

En muchas de las basas de las columnas y en otras piedras talladas de la ciudad aparecen los nombres de los canteros. Uno de los misterios de Leptis es que estos nombres no son romanos, púnicos o libios, sino griegos. Es posible que estos griegos, cuya historia desconocemos, tallaran la piedra en su tierra, pues gran parte del mármol tallado fue importado de Grecia; pero también es posible que acudieran a Leptis con los bloques de piedra sin tallar. Sin embargo, los ligeros desajustes observados al realizar mediciones en las columnas y otros fragmentos indican que pudiera tratarse de material «prefabricado» en otro país y ensamblado en Leptis.

El puerto romano

Leptis fue siempre un puerto, una ensenada natural en la desembocadura del río Lebda, cuyo emplazamiento resultaba tan ideal para Severo como lo había sido para los cartagineses. El puerto volvió a florecer gracias a la influencia de Severo. Se construyeron almacenes a lo largo de las dos barras que se adentran en el Mediterráneo desde la desembocadura del río y en el extremo de la barra oriental se construyó un faro.

Estas instalaciones fueron utilizadas tanto por los barcos que bordeaban la costa septentrional de África como por los que se dirigían a Leptis para abastecer la ciudad con todo aquello que podía ofrecerle el imperio y que regresaban con los artículos de lujo que África proporcionaba a Roma: piedras y metales preciosos, marfil, ébano, esclavos y animales.

El comercio fue boyante mientras Leptis contó con el apoyo del emperador y su familia. Pero, tras la muerte de Severo, los romanos debieron de encontrar formas más fáciles de conseguir los bienes que les proporcionaba Leptis y prosiguieron el comercio con África adentrándose hacia el este, donde hallaron artículos de lujo y un producto aún más necesario: cereales. Leptis poseía algunos recursos agrícolas, pero se hallaba demasiado cerca del desierto para producir suficientes alimentos o vender sus mercancías. Por ello, sin el apoyo de Severo, el complejo portuario apenas llegó a utilizarse.

El destino de Leptis Magna

En el siglo IV d. de C., al disminuir la población, los edificios situados en los arrabales quedaron deshabitados. Se levantó una nueva muralla como protección contra el avance del desierto. En el año 455 d. de C. los pueblos germánicos empezaron a invadir el norte de África y destruyeron las murallas de Leptis.

El orden volvió a reinar en la ciudad bajo el emperador bizantino Justiniano. Se reconstruyeron las murallas, pero sólo alrededor de la parte de la ciudad más próxima al puerto. Entre los años 533 y 643 d. de C., durante la invasión árabe, una pequeña comunidad siguió viviendo en los alrededores del puerto, que se fue enarenando rápidamente. A su llegada, los árabes encontraron escasas cosas de valor en la ciudad y la abandonaron a merced de las arenas del desierto.





Los mercaderes que se adentraban por el continente desde los puertos de África oriental se detenían en el Gran Zimbabwe, dejando cuentas de collares, objetos de hierro y conchas de cauri. El recinto era un centro de trueque de mercancías: entraban productos agrícolas de los alrededores y salían objetos de artesanía fabricados en el interior del recinto.

GRAN ZIMBABWE

Recintos africanos de piedra que datan de los años 1200-1450 d. de C., situados en el núcleo de una red agrícola y comercial

A 240 kilómetros aproximadamente al norte del río Limpopo, en el actual Zimbabwe, se hallan unas de las ruinas más extraordinarias del continente africano. En cierta época se las denominaba Zimbabwe, palabra que procede de los términos «dzimba daz babwe», que en shona, el idioma local, significaba casa de piedra, o de «dzimba woye», es decir, casas veneradas o casas del rey o jefe. En la actualidad se conocen como Gran Zimbabwe para distinguirlas del nombre del país en el que se hallan situadas. De hecho, en la elevada meseta, situada a unos 900-1.200 metros de altitud, entre los ríos Zambeze y Limpopo, se encuentran numerosas ruinas. El Gran Zimbabwe es la más grande y representativa desde el punto de vista arqueológico.

Los edificios que se han conservado en el Gran Zimbabwe son cercas de piedra redondas u ovaladas que originalmente contenían viviendas de daga, tierra arcillosa que se mezclaba con grava menuda y luego se recubría con una fina capa de arcilla, que le daba dureza y un agradable acabado. Los habitantes del Gran Zimbabwe utilizaban la daga con gran habilidad. Sus cabañas eran circulares, de unos 3 a 6 metros de diámetro, con paredes de unos 30-45 centímetros de espesor. El acabado de los solados era el mismo que el de las paredes y las puertas estaban encuadradas por sólidos marcos de madera. Pero la construcción de daga no era suficiente para sostener el pesado tejado de madera y paja habitual en el Gran Zimbabwe, por lo que éste se apoyaba sobre hileras de postes de madera que rodeaban las paredes exteriores de la vivienda. Estas casas contaban con una o dos habitaciones, dependiendo de las dimensiones, y la mayoría de ellas tenían unas plataformas de daga que probablemente se utilizaran como camas.

Al mayor de estos recintos de piedra se le denomina en la actualidad enclave elíptico. Sus paredes describen un óvalo de unos 100 metros de largo, hecho de mampostería de gran calidad, con bloques de tamaño uniforme, y decorado en su parte superior con una greca en zigzag. En el interior había varias construcciones y plataformas de daga (que tal vez albergaran estatuas religiosas), recintos de piedra más pequeños (en los que probablemente también había cabañas de daga) y una misteriosa torre cónica de sólida mampostería.

Uno de los mayores misterios del enclave elíptico es su doble pared. El muro exterior, de excelente factura, encierra otro muro peor construido, que al parecer debió de constituir la muralla primitiva del enclave. Según una teoría, el jefe que ordenó la construcción de la nueva muralla no permitió que se destruyera la antigua antes de que la otra estuviera acabada para garantizar la defensa del lugar en todo momento. Pero esto no explica por qué no se destruyó por completo el muro interior una vez que la nueva muralla estuvo erigida.

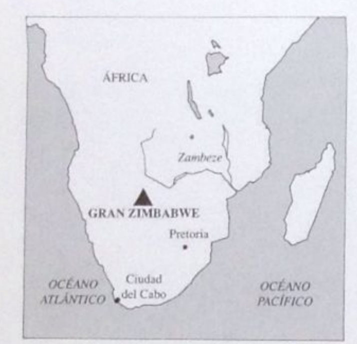
Algunos expertos opinan que, teniendo en cuenta el emplazamiento del Gran Zimbabwe, muy expuesto sobre la meseta, los edificios no servían para proteger a sus habitantes sino para indicar la categoría de éstos. En tal caso, el doble muro correspondería a un rango superior en la jerarquía que el muro sencillo.

Los muros se construían sin mortero, empezando por la hilera más baja; los canteros se subían a las hileras inferiores para superponer las siguientes. No había ventanas y el muro describía un suave arco, por lo que tampoco presentaba esquinas, consiguiéndose una construcción sencilla pero muy resistente.

El Gran Zimbabwe es uno de los monumentos arqueológicos más misteriosos que se conocen, debido a las dimensiones del enclave elíptico y a la elevada calidad de construcción apreciable en sus vestigios. Los primeros arqueólogos que realizaron investigaciones en aquel lugar, a finales del siglo pasado, tenían tantos

La comunidad del Gran Zimbabwe Año 1300

Las ruinas de piedra que han llegado hasta nuestros días en el Gran Zimbabwe debieron de ser el centro de una comunidad que vivía en casas construidas con materiales perecederos: barro y paja. De dicha comunidad procedían los canteros y obreros que construyeron las murallas, así como los administradores que aseguraban el buen funcionamiento de la comunidad.



prejuicios que no podían creer que los pueblos indígenas hubieran sido capaces de crear algo tan sofisticado. Les pareció increíble que la gente del lugar hubiera utilizado la piedra como material de construcción, algo nada común en África, a pesar de las numerosas ruinas de piedra del área del Gran Zimbabwe.

Basándose en ciertos indicios que demostraban que en la zona se había traficado con oro, algunos europeos afirmaron que habían encontrado el mítico emplazamiento de las minas del rey Salomón, lo que provocó una increíble avalancha de buscadores del tesoro oculto, con la consiguiente desaparición de gran cantidad de material arqueológico. Según otra teoría, fueron los árabes venidos del norte de África los que construyeron el Gran Zimbabwe.

Lamentablemente, estas teorías nos aportan más datos sobre los prejuicios de los arqueólogos del siglo XIX que sobre la historia del Gran Zimbabwe. Investigaciones más recientes han estudiado el lugar con espíritu más objetivo y no han encontrado razón alguna para afirmar que las paredes no fueran concebidas y construidas por gentes del lugar. Al argumento según el cual entre los siglos XIII y XV, época de

la construcción del Gran Zimbabwe, no era habitual construir con piedra en esta parte del mundo, puede oponérsele la forma en la que los albañiles locales aprendieron su oficio. Las paredes más primitivas son más desiguales, con bloques de distintas formas y líneas tortuosas. Pero las construcciones posteriores son excelentes, hallándose bloques de forma y tamaño uniformes alineados con toda regularidad. Es decir, no hizo falta que expertos canteros acudieran de otros lugares del mundo para enseñar a los nativos a utilizar la piedra.

Además, las paredes de piedra no se reservaban sólo para una elite. Probablemente el jefe de la región vivía en el enclave elíptico. Pero a su alrededor había muchos recintos de piedra ocupados por otras gentes, algunos de los cuales eran casi tan grandes, si bien no estaban tan bien construidos, como el enclave elíptico. Este modelo de asentamiento no parece obra de un invasor extranjero.

Los pobladores

En el siglo IV este área estaba ocupada por agricultores de subsistencia. Cultivaban cereales, criaban algo de ganado y vivían en cabañas de daga similares a las que habrían de construirse en el Gran Zimbabwe siglos más tarde. También conocían el hierro y en algunas ruinas cercanas al Gran Zimbabwe se han hallado objetos correspondientes a las primeras épocas de la edad de hierro.

Hacia los siglos IX o X apareció en la región un pueblo ganadero, para el que el ganado debía de tener un significado religioso. Se asentó en nuevos territorios, edificó nuevos poblados y empezó a explotar las minas de oro y a utilizar la piedra para la construcción. Sus gentes también debieron de ser comerciantes, pues en sus asentamientos y en sus tumbas se han encontrado numerosas cuentas de cristal que no son originarias de aquella zona. Fue este pueblo, u otro desarrollado de una forma semejante, el que debió de fundar el Gran Zimbabwe. Vivía de sus cultivos, la explotación del oro les proporcionaba un elemento de trueque y, gracias a su dominio de la construcción en piedra, fue capaz de crear asentamientos más permanentes que sus antecesores, con lo que sentó las bases de un largo periodo de prosperidad.

Las dimensiones de algunos edificios de piedra nos dan una idea del número de habitantes. Si bien los cálculos son meramente orientativos, conociendo aproximadamente el número de cabañas contenidas en cada recinto y considerando el número de pobladores shona que vive actualmente en una cabaña, Peter Garlake, máxima autoridad sobre el Gran Zimbabwe, ha llegado a la conclusión de que en las ruinas debían vivir entre 100 y 200 adultos. Fuera de las murallas la población era mucho mayor, entre 1.000 y 2.500 adultos, según Garlake, y posiblemente se ocupara de la construcción de recintos y de los trabajos artesanos y agrícolas.

En los campos vecinos existían otros recintos de piedra, probablemente sometidos a la autoridad del jefe del enclave elíptico del Gran Zimbabwe. Estas «cortes provinciales», como las llama Garlake, ampliaban el ámbito de influencia del Gran Zimbabwe, pero, aun así, no serían más de 750 personas las que vivían en las ruinas circundantes y algunas más las que habitaban en las viviendas de daga que quedaban fuera de los recintos.

Cada corte provincial poseía sus tierras, que se extendían desde la cuenca hasta la estepa. Los agricultores iban desplazándose según la estación. En la época de las lluvias se quedaban en la meseta, cercana a la cuenca, donde abundaban los pastos, evitándose de este modo el peligro de la mosca tse-tse, que invadía la estepa en aquella época del año. Pero en la temporada seca, cuando desaparecía la mosca tse-tse, bajaban a las estepas con el ganado. Este modelo de vida es semejante al de otros pueblos de la región.

El poder de los shona

Estas pequeñas comunidades eran ricas y poderosas, en gran parte gracias al comercio. Entre las ruinas se han encontrado objetos importados, como cuencos persas y platos chinos, pero en pequeñas cantidades, lo cual parece indicar que mercaderes que pasaban por el lugar para vender otras mercancías los regalaron o vendieron a los habitantes de la comunidad. Los objetos hallados en grandes cantidades son básicamente piezas de hierro, hilo de latón, cuentas de cristal y caparazones de cauri. Las cuentas son semejantes a las encontradas en la costa oriental de África; es posible que el Gran Zimbabwe fuera una parada en la ruta de los mercaderes que se adentraban en el continente por los puertos orientales.



Pájaro tallado en esteatita.

También se ha dado mucha importancia a otra fuente de riqueza del pueblo shona: el oro. Había oro en las colinas al norte del poblado, pero no es probable que existieran los grandes tesoros que los primeros exploradores esperaban encontrar o que los defensores de la teoría de «las minas del rey Salomón» suponían que se encontraban bajo las ruinas.

De cualquier modo, ni los primitivos habitantes del poblado ni las gentes con las que trataban daban gran valor al oro. Se ha encontrado un gran número de pulseras y ajorcas, unas de hilo de oro y otras de hilo de cobre y de bronce, lo cual parece indicar que los tres metales se valoraban de manera parecida.

Los artesanos

Se ha encontrado una impresionante cantidad de objetos de hierro tales como puntas de flecha, de lanza, hojas de cuchillo, hachas y azadas. Los arqueólogos han descubierto también algunas de las herramientas utilizadas por los herreros: pinzas para sostener el metal al rojo vivo y martillos para darle forma, además de otros instrumentos utilizados para fabricar alambre.

Los shona eran muy aficionados a los objetos de metal batido y utilizaban una técnica poco frecuente, que consiste en martillear cualquiera de los bordes de un objeto para que se doblen hacia dentro. Por ejemplo, las puntas de lanza presentan una línea reforzada en el centro, donde se unen los extremos de los bordes, lo cual confiere mayor resistencia a la herramienta. Curiosamente, los herreros shona de épocas más recientes utilizaban una técnica similar.

Los habitantes del Gran Zimbabwe también conocían la cerámica y fabricaban recipientes muy primitivos por el método de enroscar largos «chorizos» de barro en círculos, pues no conocían el torno. Estos recipientes eran de tamaño reducido y al parecer no se vendían sino que se reservaban para uso doméstico. Lo que probablemente sí vendían eran sus hilados y tejidos. Se han encontrado cientos de discos con un agujero en el centro, que debían de ser las pesas de los telares. Los shona llevan cultivando algodón desde principios del siglo XVI, aunque es posible que ya lo hicieran durante la época del Gran Zimbabwe.

Símbolos sagrados

Algunos de los objetos encontrados en el Gran Zimbabwe son mucho más misteriosos que las herramientas y las pesas de telar. Por ejemplo, las esculturas de aves realizadas en esteatita gris verdosa. Suelen tener unos 35 centímetros de alto y, al parecer, se colocaban sobre columnas de un metro. Aunque la talla es buena, no es posible identificar las aves, pues son obras más estilizadas que realistas.

Los primeros exploradores encontraron otras columnas que no estaban rematadas por pájaros. Algunas de ellas estaban situadas sobre los muros exteriores del recinto y otras agrupadas sobre las plataformas de daga. Dichas columnas y esculturas no tenían una finalidad utilitaria sino que eran objetos de culto. Las columnas agrupadas parecen indicar que las plataformas eran zonas sagradas y algunos autores suponen que las columnas conmemoraban a los muertos. Los antepasados desempeñaban un papel importante en la religión shona y algunos pueblos centroafricanos todavía utilizan objetos parecidos para apaciguar los espíritus de los muertos. No sería raro que la gente acudiese a estos «altares» para ofrecer alimentos a sus antepasados.

Otra clave para comprender estos símbolos es la gran torre cónica, la estructura de piedra maciza que se eleva junto a la muralla exterior en el extremo sureste del enclave elíptico. Tiene 5,4 metros de diámetro en la base y una altura de 9 metros. No cabe duda de que era el núcleo de todo el conjunto y, al estar situada frente a una gran plataforma escalonada, habrá tenido alguna finalidad ceremonial. Su forma recuerda los contenedores de daga que utilizaban estos pueblos en el siglo pasado para almacenar grano.

Por tanto, resulta plausible que la torre fuera un silo simbólico junto al cual se colocaría el jefe del Gran Zimbabwe para recibir tributos en forma de grano de los territorios circundantes. Si aceptamos la teoría de los antepasados en esta religión, podemos imaginar que el jefe aceptaba el tributo que se ofrecía no sólo a su persona sino a sus antecesores. Esta ceremonia probablemente se realizaría al mismo tiempo que un rito de fertilidad. La forma de la torre recordaba a los presentes que los silos estarían llenos al final de la cosecha.

Esta interpretación es muy sugestiva y nos recuerda que aunque los shona tenían un sistema comercial muy próspero, la agricultura seguía desempeñando un papel vital en la economía de esta comunidad rural. Y lo que es más importante, que el control de este recurso esencial –la fertilidad del suelo– daba a los habitantes del enclave elíptico un gran poder sobre sus súbditos.

La decadencia de una comunidad

La comunidad del Gran Zimbabwe conoció una gran prosperidad. Supo adaptarse a su entorno, explotando el potencial agrícola de los campos, aprovechando su emplazamiento geográfico para el comercio y utilizando la piedra local para la construcción. Esto fue especialmente cierto durante el periodo de construcción y ocupación de los edificios de piedra, es decir, entre los siglos XIII y XV.

¿Por qué abandonaron este lugar los habitantes del enclave elíptico y de los recintos circundantes? Los arqueólogos europeos que valoraban en exceso su comercio de oro lo achacaron a la llegada de los mercaderes portugueses que dominaron la costa oriental de África. Ambos acontecimientos se produjeron aproximadamente en la misma época. La decadencia del Gran Zimbabwe empezó en el siglo XVI, afectando igualmente a su comercio. Pero los mercaderes portugueses tenían gran interés en explotar la ruta que penetraba en el continente hasta los yacimientos auríferos sobre los que se asentaba el Gran Zimbabwe y la ciudad estaba en buena situación para poder comerciar con los recién llegados o, al menos, para controlar su comercio en el continente; la llegada de los europeos no debería haber aniquilado a los pueblos aborígenes.

Es más probable que la causa de su decadencia fuera un problema agrícola producido por el agotamiento de la tierra debido al exceso de cultivo, por alguna enfermedad del ganado o por pertinaces sequías. Cualquiera que fuera la causa, se produjo una época de hambrunas que diezmaron la población. Esto puede haber dejado vía libre a los pueblos de la zona media del Zambeze, que se adueñaron del comercio con la costa, enriqueciéndose al tiempo que se empobrecían los habitantes del Gran Zimbabwe.



EL NUEVO MUNDO

Se piensa que los primeros pobladores de Norteamérica llegaron a esta parte del continente procedentes de Siberia, atravesando un puente terrestre, entre 40.000 y 25.000 años atrás. Poco a poco, fueron desplazándose hacia el sur y el este, viviendo de la caza de animales como el mamut y el búfalo gigante, y de los productos naturales que encontraban. Hace 10.000 años estos pueblos ya habían recorrido todo el continente.

Hacia el año 300 a. de C. el pueblo de México empezó a cultivar productos que iban a proporcionar una rica fuente de alimentación a la región en los milenios siguientes: maíz, habas, chiles, chayotes y aguacates. Sin estas cosechas, tan alimenticias y adaptadas al clima y al suelo de la región, no se habría producido la extraordinaria sucesión de civilizaciones en Centroamérica.

La primera de estas culturas fue la olmeca (hacia 1200 a. de C.-400 de nuestra era), cuyo pueblo se estableció alrededor de San Lorenzo, región de montañas y llanuras, con escasa piedra aprovechable para la construcción, por lo que utilizaron el barro, en particular para edificar sus pirámides, precursoras de las que habrían de levantar más tarde en piedra los pueblos centroamericanos. Los olmecas eran asimismo excelentes escultores. El calendario y la escritura, dos grandes características de la civilización centroamericana, también aparecieron con los olmecas, si bien al final de su periodo de existencia, por lo que sólo llegaron a hacer un uso limitado de ambos inventos. Por otra parte, los olmecas no llegaron a desarrollar la ciudad lo suficiente para convertirse en una civilización plenamente desarrollada.

A los olmecas sucedieron los mayas, que compartían un mismo grupo de lenguas y ocuparon un área que abarca la actual Guatemala, la península de Yucatán y partes de El Salvador, Honduras y Belice. Por su utilización de la escritura jeroglífica, su escultura y su arquitectura, la civilización maya es la primera que se desarrolla plenamente en el continente americano. Los mayas de las llanuras nos han dejado un importante legado. La arquitectura maya se caracteriza principalmente por sus grandes pirámides de piedra y, entre sus esculturas, se han hallado estelas talladas en piedra que conmemoran a los jefes y a sus obras y marcan el paso del tiempo según el calendario maya.

Hemos elegido la ciudad de Copán, al oeste de Honduras, para representar a los mayas en este libro. Podríamos haber escogido cualquier otra, como Tikal o Palenque; pero Copán, aunque situada en el extremo oriental del territorio maya, presenta muchas características propias de esta civilización y es de una incomparable belleza.

Después de los mayas vinieron los toltecas, pueblo que floreció entre los siglos X y XII. Establecieron su capital, Tollan, la actual Tula, a 55 kilómetros al norte de Ciudad de México, y dominaron las regiones central septentrional y occidental de México y el norte de la península de Yucatán. Los toltecas recibieron importantes influencias de los mayas, ocuparon gran parte de su territorio y, de hecho, los especialistas a veces tienen dificultad en adscribir ciertas obras a una u otra cultura; pero si bien ambas culturas son similares, los toltecas, de los que trataremos aquí hablando de Chichén Itzá, realizaban al parecer rituales con sacrificios humanos.

A la tolteca sucedió la última gran cultura centroamericana, la azteca. En la tradición europea se la conoce mejor por ser el pueblo que los europeos encontraron a su llegada a México. Presentamos aquí la historia de su súbita ascensión y caída a través de Tenochtitlán, su capital, situada en el emplazamiento de la actual Ciudad de México.

Hemos elegido Machu Picchu para representar la cultura inca, otra gran civilización americana. Al haber quedado más vestigios de sus viviendas, conocemos mejor su estilo de vida que el de muchas otras civilizaciones americanas.

Por último, en Norteamérica hay emplazamientos prehistóricos, como Pueblo Bonito, que tienen un encanto único y presentan un gran parecido con asentamientos de épocas muy anteriores en otras partes del mundo.



En Copán, como en otras ciudades mayas, el juego de pelota constituía un componente básico de la vida ritual. El tocado de este jugador muestra la riqueza del atuendo de algunos participantes.

COPÁN

Típica ciudad maya (hacia el año 725 d. de C.), con numerosos templos y estelas de piedra tallada

La ciudad maya de Copán se halla situada al oeste de Honduras, en un valle cercano a la frontera con Guatemala, y ocupa una superficie de 60 acres (240.000 metros cuadrados). No es la más importante ni la mayor de las grandes ciudades mayas, pero tiene un carácter especial. Sus dos grandes plazas y sus asombrosas pirámides, sus numerosas estelas de piedra tallada y su extraordinaria escalinata de jeroglíficos, realizada con escritura glífica, hacen de ella un lugar único.

Los primeros pobladores, probablemente indios del norte, llegaron a México y a las regiones circundantes hacia el año 10000 a. de C. Vivían de la caza e iban detrás de sus presas, y no se asentaron en un lugar hasta el desarrollo de la agricultura, lo que ocurrió entre los años 6500 y 1500 a. de C. aproximadamente. Cuando aprendieron a cultivar maíz, aguacates, habas y tomates, abandonaron la vida nómada y, a finales de este periodo, empezaron a agruparse formando poblados.

El desarrollo de la agricultura y de las cosechas supuso un crecimiento de la población, de los asentamientos, y una mayor especialización en las tareas, apareciendo alfareros, tejedores, comerciantes y sacerdotes. Hacia el año 500 a. de C. los pueblos de la península de Yucatán y sus alrededores empezaron a convertirse en el símbolo de la civilización maya. Ello ocurrió en tiempos de la cultura olmeca, la primera civilización mexicana, que floreció entre los años 1200 y 100 a. de C. Los olmecas, pobladores de las llanuras de la costa del golfo, utilizaban los números y la escritura, de los que probablemente fueron los inventores en Centroamérica. También legaron a los mayas un importante simbolismo religioso, que incluía el templo piramidal y la forma de representar a los dioses. Por ejemplo, el jaguar, elemento fundamental de la cultura maya, es originariamente un símbolo olmeca.

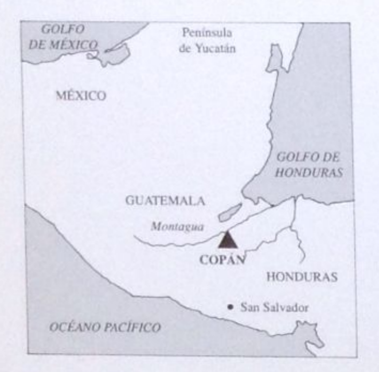
Durante el apogeo olmeca se desarrollaron en México otros centros, como la ciudad de Monte Albán, en el valle de Oaxaca, que creció en parte por su contacto con los olmecas y en parte porque sus habitantes necesitaban su propia base urbana independiente. Entre tanto, al norte, se desarrollaba de forma semejante la ciudad de Teotihuacán, que llegó a convertirse en la capital de su propio imperio y fue precursora del periodo clásico de la civilización maya, entre los años 300 y 900 d. de C. Las ruinas de Copán son un vestigio del periodo clásico, si bien las investigaciones recientes sugieren que la ciudad fue fundada por los olmecas en tiempos mucho más remotos.

El mundo maya

Las civilizaciones centroamericanas de aquellas épocas poseen varias características comunes que las distinguen de las de otros emplazamientos del Nuevo Mundo. Sus gentes sabían escribir y utilizaban un tipo de jeroglíficos que aún no se han descifrado del todo y que grababan en las estelas de piedra o en «libros» plegados hechos de corteza de higuera o de pergamino. Poseían extensos conocimientos de astronomía y un elaborado sistema de calendario que les permitía registrar el pasado y predecir el futuro. Jugaban a un extraño juego ritual de pelota en recintos construidos específicamente para este fin. Tenían una religión compleja con numerosos dioses; las ceremonias se celebraban en templos piramidales y se ofrecían sacrificios, tanto de vidas humanas como de sangre que extraían de su cuerpo.

Era una cultura sofisticada, pero con sorprendentes limitaciones. No empezaron a trabajar los metales hasta bastante tarde y aun entonces sólo los utilizaban para fabricar objetos suntuarios o de culto, y no herramientas. Pero los mayas suplían esta carencia gracias a su dominio de la piedra, con la que eran capaces de tallar filos tan cortantes como una navaja. Aunque conocían la rueda –se han hallado juguetes con ruedas–, no la utilizaban para el transporte, sino que contaban con la fuerza humana para desplazar cargas. Y aunque eran

Aunque sólo una elite participaba en las ceremonias que se celebraban en lo alto de las pirámides, los espacios abiertos de la ciudad tenían cabida para un gran número de personas, que podían seguir desde abajo el desarrollo de los rituales y leer en los bajorrelieves de las estelas de piedra situadas en las plazas la historia de su pueblo.



excelentes labradores, apenas criaban animales domésticos.

La ciudad del sureste

Copán debe gran parte de su carácter a su situación al sureste del territorio maya, que geográficamente corresponde a la región del altiplano, un claro en la selva, cuyos colores se reflejan en el de la piedra verdosa de la zona; pero culturalmente pertenece a las áreas centrales más bajas, pues sus pirámides y demás monumentos repiten el estilo de las ciudades situadas más al norte de la península de Yucatán.

En Copán muchos de los grandes edificios religiosos están colocados sobre una plataforma que los exploradores europeos apodaron «acrópolis», destinada a darles mayor altura. El templo más famoso de la acrópolis es el de la escalera jeroglífica. Frente a la acrópolis se halla otra gran área ceremonial de la ciudad, la gran plaza, donde hay otros templos y un espacio abierto sembrado de estelas de piedra tallada.

La piedra local se presta perfectamente a la talla y los escultores de Copán desarrollaron una gran maestría en este arte. Sus estelas, altares y bajorrelieves decorativos en las fachadas y entradas de los templos

La ciudad de Copán Año 725 d. de C.

ofrecen excelentes representaciones de los dioses mayas, como el joven dios de la lluvia y el dios del maíz, tocado con hojas de mazorca; sus rostros se aprecian con gran detalle y nos sorprende el realismo de estas esculturas, que, a diferencia de otras obras mayas, parecen auténticos retratos que nos muestran unos personajes de cara redonda y ojos rasgados, más bajos y robustos que otros modelos mayas.

Lo que podemos ver hoy sólo es el centro ceremonial de la ciudad, en su mayoría formado por edificios religiosos. El pueblo debía ocupar viviendas más sencillas, probablemente de madera, que desaparecieron hace muchos años y que estarían situadas alrededor del recinto principal. Los arqueólogos calculan que en la gran ciudad maya de Tikal debió de haber una población de unos 40.000 personas. Copán era más pequeña, pero contaba con varios miles de viviendas.

Los escribas y su calendario

La profusión de inscripciones y la gran calidad de las obras de arte que han llegado hasta nosotros en Copán parecen sugerir que fue un emporio de la erudición y enseñanza mayas. Esta impresión se confirmó recientemente cuando se descubrió que uno de los palacios del lugar estaba dedicado a los escribas hombres-mono. Los hombres-mono eran dos figuras de la mitología maya, patrones de los escribas, artistas y bailarines.

Es posible que el palacio de los escribas hombres-mono perteneciera a un escriba de alto rango. Los escribas constituían una clase importante en la sociedad maya, en la que probablemente desempeñaban el papel de sacerdotes (no hay pruebas de que, en el periodo clásico, hubiera una casta independiente de sacerdotes) y se encargaban del calendario.

Los escribas de Copán ejercieron particular influencia a través de sus trabajos sobre el calendario lunar. En el año 682 d. de C. empezaron a utilizar un sistema de cálculo basándose en el principio de que el mes lunar duraba 29,53020 días. Los astrónomos actuales consideran que la cifra exacta es 29,53059, lo que demuestra la exactitud de los cálculos de los escribas de Copán. Sus métodos fueron adoptados por otros centros mayas.



Glifos de un calendario maya.

El papel de la ciudad

La civilización maya consistía en una serie de ciudades-estado, como Tikal, Copán, Usmal y Chichén Itzá, cada una de las cuales controlaba un territorio circundante que comprendía terrenos agrícolas y pequeños centros urbanos. Un ejemplo de estos últimos es Quirigua, a unos 48 kilómetros al norte de Copán, que para los mayas era un centro de gran importancia por sus yacimientos de obsidiana, mineral con el que se fabricaban instrumentos cortantes. La existencia de minas de obsidiana en su territorio fue una fuente de poder para los jefes de Copán y las defendieron con todos los medios a su alcance.

En lo alto de la pirámide

Las pirámides mayas eran lugares de culto. En lo alto de cada pirámide se hallaba un templo al que se accedía a través de una escalinata. Es probable que sólo una pequeña elite de ciudadanos (principalmente los escribas) estuvieran autorizados a subir a lo alto de las pirámides para llevar a cabo las ceremonias.

El pueblo observaría, desde la explanada o desde la escalinata, cómo el «sacerdote» quemaba el incienso y ofrecía sacrificios humanos al dios de la lluvia o del maíz, con la esperanza de que éstos proporcionaran buenas cosechas y prosperidad para el siguiente año. Aunque la ceremonia se celebraba a bastante distancia del pueblo, éste la seguía atentamente, pues las líneas de la pirámide guiaban su mirada hacia el centro de interés de la escena.

Si se hacía un sacrificio, cuatro ancianos destacados de la comunidad, conocidos como *chaces*, presenciaban la ceremonia. Además de honrar a Chac Xib Chac, dios de la lluvia, con su presencia, cumplían una función práctica, pues eran los encargados de sostener a la víctima boca abajo, cada uno por una extremidad, para que se moviera lo menos posible y se mantuviera cierto decoro.

A veces se ofrecían en sacrificio animales en vez de seres humanos. Michael D. Coe, experto en la materia, considera que durante el periodo clásico era mucho más frecuente el sacrificio de perros, ardillas, iguanas y pájaros que el de víctimas humanas. Otra alternativa al sacrificio humano era la mutilación. A los mayas les impresionaba mucho cualquier derramamiento de sangre, por pequeño que fuera, y se mutilaban practicándose cortes en las partes más sensibles del cuerpo, como los labios, la lengua, las mejillas, el pene. Para ello utilizaban espinas de pastinaca y, más tarde, afiladas agujas de metal.

En lo alto de la pirámide también se celebraban otros ritos en los que no se realizaban sacrificios. En uno de ellos solía estar presente el *chilam*, especie de adivino, que entraba en trance y formulaba augurios que interpretaban los escribas.

Los dioses de los mayas

Los dioses mayas eran numerosos. La mayoría de ellos descendían, al parecer, de dos deidades, Itzamna e Ix Chel. El primero era el dios de la escritura y la sabiduría; por su parte, Ix Chel era la diosa del alumbramiento, la medicina y el tejido.

Otros dioses importantes estaban relacionados con el clima impredecible de Centroamérica. Los cuatro *chaces*, o dioses de la lluvia, aparecían frecuentemente y, como hemos visto, estaban representados en varios rituales mayas. También era importante Ah Kinchil, dios del sol. Cada clase social poseía su propio dios, por lo que había deidades de la agricultura, caza, poesía, baile y otras actividades. Además, cada dios tenía su dios asociado en el otro mundo (por ejemplo, el de Ah Kinchil era el famoso dios jaguar) y muchos de ellos tenían asociados a un dios del sexo opuesto. El panteón se fue ampliando con el tiempo. Así, Kukulcán o Quetzalcóatl, el dios de las clases gobernantes, representado por una serpiente emplumada, no adquirió importancia hasta muy tarde.

Rituales de vida y de muerte

Como cabría esperar de un pueblo obsesionado por el orden del calendario y de las estaciones, los mayas vivían de acuerdo con un régimen perfectamente regulado, guiados por la religión y la costumbre, desde el nacimiento hasta la muerte. Al poco de nacer, los niños eran bautizados en una ceremonia en la que participaban los ancianos de la ciudad, junto con un sacerdote o un escriba que realizaba los ritos de purificación con agua bendita e incienso.



Quetzalcóatl.

Según los testimonios posteriores a la conquista española, a partir de este momento, los niños vivían separados de su familia. Se pintaban de negro (color de los guerreros mayas) y aprendían todo aquello que necesitarían saber de adultos –especialmente el arte de la guerra–. Las niñas eran educadas por sus madres y ambos sexos sólo se unían mediante el matrimonio, después del cual los hombres cambiaban la pintura negra de su cuerpo por otras decoraciones de mayor colorido –entre ellas, tatuajes– características de los mayas.

Los mayas poseían un rígido sistema de clases sociales. En lo alto de la escala social se hallaban los grandes nobles, terratenientes y jefes políticos y militares. De sus filas probablemente salieran los escribas de más alto rango. En el siguiente escalafón se hallaban los plebeyos libres y, por debajo de éstos, los esclavos, al servicio de los nobles, la mayoría de los cuales eran prisioneros de guerra.

La muerte también tenía sus rituales y constituía la segregación final. La mayoría de la gente era enterrada bajo su propia casa con sus bienes funerarios, es decir, sus pertenencias y algún alimento en la boca. Los nobles contaban con el privilegio de tener un templo mortuorio por encima de sus sepulcros.

Guerra y paz

La sociedad maya era fundamentalmente guerrera. La división del territorio maya en ciudades-estado provocó numerosos enfrentamientos por la tierra y los recursos, y a menudo tropas de una ciudad atacaban por sorpresa otra ciudad, después de lo cual había una batalla formal, en la que el grueso de los soldados –armados con lanzas, dardos y hondas– iniciaban el ataque acompañados de sus mascotas e ídolos. Después del asalto inicial, cuando una de las partes llegaba a las murallas de la ciudad contraria, se producía una lucha sin cuartel, cuyo objetivo principal era la captura de los jefes enemigos, que solían ser decapitados, aunque también se saqueaba y se destruía la ciudad.

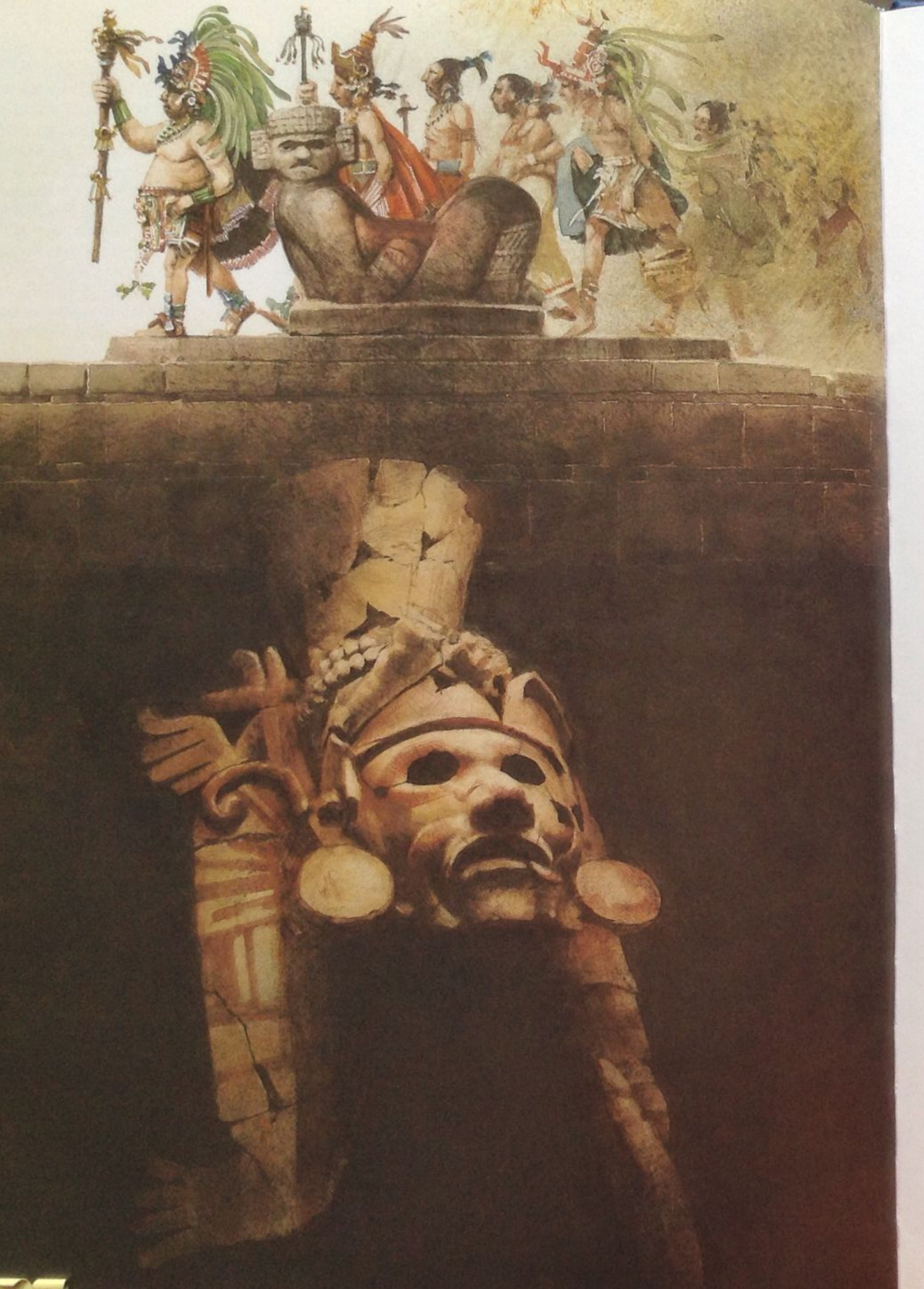
Pero, en conjunto, los mayas adultos dedicaban poco tiempo de su vida a la guerra, por muy sanguinaria que ésta fuera. La producción de alimentos era una necesidad demasiado acuciante para descuidarla. La agricultura desempeñó un papel fundamental en el auge de las ciudades mayas, sobre todo en aquellas situadas en las llanuras. Los mayas siguieron cultivando los mismos productos que sus antepasados –maíz, legumbres, chayotes, chiles– y despoblando los bosques a medida que agotaban los terrenos agrícolas. Debía de resultar difícil talar árboles sin la ayuda de instrumentos metálicos y es posible que antes de echarlos abajo les quitaran algún anillo de corteza para que fueran secándose.

En la época de la conquista española las familias mayas conservaron sus huertas, con sus verduras y árboles frutales, para contar con una fuente suplementaria de alimentos. Es posible que estos vergeles también existieran en el periodo clásico, cuando Copán estaba en su apogeo. Los mayas también cazaban animales salvajes, como ciervos y jabalíes, utilizando dardos que disparaban mediante unas cerbatanas llamadas *atlatl*, así como lazos y trampas ocultas. Tenían una técnica particularmente ingeniosa para pescar, que consistía en utilizar algún tipo de droga (como las hojas de un árbol llamado atontapeces).

Una ciudad clásica

El apogeo de Copán coincidió con el periodo clásico de la civilización maya. La decadencia de ésta se produjo al mismo tiempo que prosperaban los toltecas, otro pueblo muy desarrollado, establecido en el norte de Yucatán, cuyos baluartes eran Tula y Chichén Itzá. Los toltecas invadieron parte del territorio central maya, sin interesarse por las ciudades más septentrionales como Copán. No obstante, la prosperidad de Copán fue decayendo paulatinamente, acaso por la pérdida de aquellos territorios, y tras el periodo clásico sus habitantes debieron de marcharse a otro lugar.

Pero aunque las ciudades del sur, como Copán, perdieron su importancia como centros ceremoniales, los mayas no desaparecieron. Son los antepasados de los actuales pueblos que ocupan la península de Yucatán y algunas regiones de Guatemala y Honduras, y siguieron desarrollándose en las llanuras y entre la selva tropical que al final acabó por invadir sus ruinas arquitectónicas.



Una procesión pasa por delante de un chacmool, *figura típica de Chichén Itzá. La figura sostiene un plato en el que seguramente se colocaban los corazones de las víctimas del sacrificio.*

CHICHÉN ITZÁ

Una de las grandes ciudades toltecas, que data aproximadamente del año 1000 d. de C.

La ciudad centroamericana de Chichén Itzá constituye una mezcla de historia y mito, muy difícil de desenmarañar. Situada al noroeste de Yucatán, tiene muchas características de una ciudad maya de la época clásica, entre ellas las grandes plazas, los templos piramidales, los juegos de pelota y las tallas de piedra. Pero presenta mayor complejidad que muchas otras ciudades mayas. En primer lugar, por sus dimensiones: el juego de pelota es el más grande de toda Centroamérica. En segundo lugar, parece haber sido construida en dos periodos distintos. En tercer lugar, el estilo artístico del segundo periodo es muy distinto del estilo del primero y del de otras ciudades mayas como Copán. Las tallas presentan mayor número de escenas de guerra y de sacrificios humanos. Parece probable que esta diferencia en los motivos decorativos corresponda a un cambio en la civilización. Pero ¿a qué se debió este cambio?

La llegada de los toltecas

Los vestigios artísticos de Chichén Itzá sugieren la existencia de estrechos vínculos entre esta ciudad y Tula, capital de los toltecas, nueva potencia de Yucatán entre los años 950 y 1150. Basta echar una ojeada a ambas ciudades para observar sorprendentes semejanzas. Ambas poseen frisos con soldados, jaguares e individuos con pectorales en forma de mariposa, y una figura escultórica llamada *chacmool*, un hombre de tamaño natural acostado boca arriba, con las rodillas dobladas y la cabeza girada hacia la derecha, apoyado sobre los codos y sosteniendo un plato entre sus manos.

También hay semejanzas en la arquitectura. Las columnas, muy numerosas en algunos edificios de ambas ciudades, llaman la atención por representar figuras humanas y serpientes. Los restos de calaveras son indicio de una preocupación aún mayor por la muerte y los sacrificios que en los centros mayas de épocas más tempranas. Estas semejanzas hicieron pensar a los primeros arqueólogos de Chichén que los toltecas habían traído su arte de Tula y edificado su segunda ciudad en Chichén Itzá. Pero ésta ya era un centro importante antes de que los toltecas se desarrollaran y existen pruebas de que parte de las piezas de arte de estilo tolteca se realizaron antes en Chichén que en Tula. ¿Existió una influencia en sentido contrario?

Nigel Davies, gran autoridad en la materia, opina que estas ciudades no ejercieron una influencia directa la una sobre la otra. A fines del siglo X algunos toltecas se desplazaron de su patria, al norte de la actual Ciudad de México, hasta Tabasco, patria originaria de la gente de Itzá. De allí siguieron su andadura, probablemente a instancias de Itzá, hasta Chichén, donde crearon un arte de estilo peculiar, que Davies ha denominado «la unión del militarismo tolteca con la genialidad maya»; posteriormente, algunos de ellos volvieron a Tula, donde edificaron réplicas de las imponentes construcciones que crearon en Chichén. Ambas ciudades prosperaron bajo el imperio de los toltecas, hasta que empezó su decadencia a finales del siglo XII.

Esta sucesión de acontecimientos explica, al menos en parte, la combinación de estilos arquitectónicos y de técnicas de construcción utilizados en Chichén Itzá. Por ejemplo, existe un tipo de mampostería que utiliza grandes bloques de piedra de corte tosco y otro cuyos cortes son mucho más precisos. No obstante, la calidad del mortero utilizado en el primero es mejor que la del segundo, pues los bloques de piedra permanecen perfectamente cimentados a pesar de haberse derrumbado el edificio. Por consiguiente, no se trata del aprendizaje y perfeccionamiento de una técnica con el paso del tiempo, sino de dos técnicas distintas de construcción.

La teoría de Davies también permite explicar la referencia que aparece en el *Libro del profeta Jaguar*, según la cual un jefe llamado Quetzalcóatl llegó a Chichén Itzá para

El templo piramidal que se conoce con el nombre de «el castillo» y el peculiar caracol dominaban el centro de Chichén Itzá, que en esta ilustración aparece reconstruido en su apogeo. En el castillo se han hallado vestigios de templos anteriores.



Edificios sagrados de Chichén Itzá Año 1180

gobernar la ciudad entre los años 968 y 987. Aclara en particular la proliferación de imágenes de serpiente en las tallas de Chichén, pues Quetzalcóatl era el dios, con forma de serpiente emplumada, de las clases dominantes mayas. Pero aquí se confunden el mito y la historia, pues el dios maya original que llevaba ese nombre era una deidad pacífica, mientras que el Quetzalcóatl de Chichén fue, al parecer, un guerrero. Es probable que el monarca adoptara el nombre del dios, pero cambiara el culto por otro más adecuado a su carácter belicoso.

La vida tolteca...

La gente de Chichén Itzá debía de llevar una vida semejante a la de los habitantes de las ciudades mayas como Copán. La actividad fundamental era la agricultura, que se completaba con el tejido, la alfarería y la fabricación de cuchillos y otras herramientas de obsidiana. Los hombres adultos estaban obligados a realizar un servicio militar, probablemente prolongado, dado el carácter guerrero de los toltecas.

Pero la distribución geográfica de los habitantes era algo distinta, pues muchos de ellos no vivían en las ciudades sino a cierta distancia del centro ceremonial, en pequeños pueblos de cabañas de adobe, en los que cuatro o cinco núcleos familiares

compartían una parcela de tierra. Eran agricultores y artesanos cuya vida en nada se parecía a la de los miembros de las clases altas, que eran jefes militares y sacerdotes. De hecho, es probable que en la sociedad tolteca los sacerdotes fueran al mismo tiempo jefes militares, pues la religión y la guerra estaban vinculadas a todos los niveles. El hecho de que el rey fuera denominado guerrero y sumo sacerdote podría significar que desempeñaba ambos cargos, si bien en otras civilizaciones constituyen títulos de cortesía.



Bajorrelieve del juego de pelota.

... y la muerte

Uno de los centros de Chichén Itzá era el juego de pelota. Se trataba de una gran plaza de 128 metros de largo por 60 de ancho, rodeada de muros de 8 metros de alto; desde los miradores, reservados para los nobles, y las terrazas de los templos circundantes se podía seguir perfectamente el desarrollo del juego, que era más bien un ritual sagrado, del que tenemos alguna información gracias a los testimonios de la época de la conquista española de México.

Se precisaban dos equipos y una pelota de caucho. El juego consistía en colar la pelota por unos aros de piedra situados a ambas extremidades de la pista, lo cual debía de ser bastante difícil, pues no se podía dar a la pelota con las manos ni con los pies, sino con las rodillas, hombros y brazos, por lo que muy raramente se marcaba un tanto. Generalmente vencía el equipo que hubiera cometido menos faltas.

En muchos relieves mayas que representan escenas de este juego los contrincantes aparecen ataviados como dioses. El propósito del juego tal vez fuera aplacar a los dioses representados por cada uno de los equipos. En Chichén Itzá (aunque no en todos los lugares donde se practicaba el juego de pelota) el equipo que perdía también perdía la vida. Generalmente, los jugadores eran decapitados: hay un relieve en Chichén Itzá en el que aparece un jugador decapitado, de cuyo cuello salen siete serpientes, que probablemente representen no sólo chorros de sangre sino la presencia del propio dios-serpiente.

Dioses y sacrificios

Aunque en muchos sentidos Quetzalcóatl fuera un dios pacífico, los sacrificios humanos formaban parte de los mitos relacionados con él. Cierta historia nos cuenta cómo el sol era el quinto de una serie de astros y que los cuatro primeros habían sido destruidos, sucesivamente, por jaguares, el fuego, el viento y el agua. Se dice que Quetzalcóatl creó este quinto sol y devolvió la vida a la tierra sacrificándose a sí mismo y entregando su corazón y su sangre. Con el sacrificio humano se pretendía aplazar la destrucción del quinto sol y el fin de la vida en la tierra. Las peculiares figuras *chacmool* también intervenían en estos sacrificios, pues se piensa que en los platos que sostienen se colocaban los corazones y la sangre humana que se ofrecía al dios en sacrificio.

El centro de culto de Quetzalcóatl era la gran pirámide situada en el corazón de la ciudad tolteca, que en la actualidad se denomina «el castillo» y constituye el edificio más impresionante de Chichén Itzá, con sus 24 metros de altura y sus cuatro escalinatas laterales que conducían al templo. Tiene una sencilla planta cuadrada, con entradas a cada lado. Sin embargo, las estructuras del castillo y de su templo no son tan sencillas como parece: tanto la historia de su construcción como sus características arquitectónicas reflejan la preocupación de mayas y toltecas por el calendario. Al final de un ciclo de 52 años los toltecas volvían a construir su templo, destruyendo previamente el antiguo. En el castillo las excavaciones han puesto de manifiesto que el templo primitivo estaba encerrado en el interior de la pirámide.

El templo interior, aunque más pequeño, era tan espectacular como el grande. Encerraba un trono de piedra en forma de jaguar con ojos de jade y dientes de concha, y esculturas de *chacmool*. La pirámide exterior posee 365 escalones que conducen desde la plaza hasta el templo, clara referencia al calendario, y nueve terrazas, relacionadas con las nueve regiones del mundo de ultratumba de los mayas. En el exterior aparecen máscaras del dios del cielo, aunque existen bajorrelieves que no son de tema religioso, como los que representan a guerreros toltecas en las jambas de las puertas del templo.

La guerra es la protagonista en otro gran templo de Chichén Itzá llamado templo de los guerreros. Se trata de una plataforma escalonada parecida a una pirámide truncada, que sirve de base al templo y está rodeada de un edificio bajo con una cubierta sostenida por un bosque de columnas. Estas columnas han dado al templo su nombre, pues están decoradas con bajorrelieves de soldados toltecas. Llevan el típico atuendo del guerrero tolteca: pectorales en forma de mariposa, diademas de plumas en la cabeza, pendientes y aros en la nariz, y van armados con jabalinas y lanzas. En el interior del templo situado en lo alto de la plataforma aparecen más figuras de guerreros, aunque es más frecuente el tema religioso: la serpiente emplumada puede apreciarse en las columnas que se hallan a la entrada del templo.

El pozo sagrado

Otro elemento de Chichén Itzá relacionado con los sacrificios humanos es el pozo sagrado o *cenote*. Según la tradición, se arrojaba a las víctimas al pozo en tiempo de sequía para aplacar a Tlaloc, dios de la lluvia. Se creía que, de alguna forma, las víctimas sobrevivían, aunque nunca más se las volvía a ver.

Escritores de épocas más recientes, aficionados a recalcar la atrocidad de las prácticas toltecas, hablaban del sacrificio de bellas vírgenes arrojadas al pozo. Pero la arqueología reveló datos muy distintos. En el fondo del pozo se hallaron 41 esqueletos, 8 de mujeres adultas, 13 de hombres adultos y 20 de niños. Pero lo más sorprendente es que la mayoría de los huesos datan de épocas posteriores a la decadencia tolteca. Al parecer, las ofrendas que se hacían al dios de la lluvia durante el periodo tolteca consistían en piezas de jade y discos de oro. Estas magníficas piezas de metal batido representaban a guerreros toltecas sometiendo a sus víctimas mayas. Pero no guardan una relación clara con el pozo o con los que pudieran ser arrojados a él: sólo eran objetos valiosos que constituían una ofrenda para el dios de la lluvia.

El culto a este dios era importante, como es lógico en una región tropical. A unos cuatro kilómetros al este de Chichén se halla una cueva dedicada al dios de la lluvia, en la que había docenas de incensarios de arcilla o de piedra, algunos de los cuales tenían la forma de la cabeza de Tlaloc. Estas vasijas se colocaban en el centro de la cueva, alrededor de una gran columna constituida por la unión entre una estalactita y una estalagmita. Por su humedad las cuevas constituían un hogar perfecto para el dios de la lluvia, pero no existen pruebas de que en ellas se realizaran sacrificios humanos.

El misterioso «caracol»

Existe en Chichén Itzá un edificio que no guarda relación con la muerte o los sacrificios. Es la única construcción redonda de las épocas maya y tolteca, con una estructura poco habitual en aquella época y lugar: se trata del «caracol». Debe su nombre a la escalera en espiral que conducía hasta la parte superior. No se conoce con seguridad el uso que se hacía de este edificio, si bien es posible que fuera un observatorio para escudriñar el cielo. Por su altura, también debió de ser una torre vigía.

El enigma final

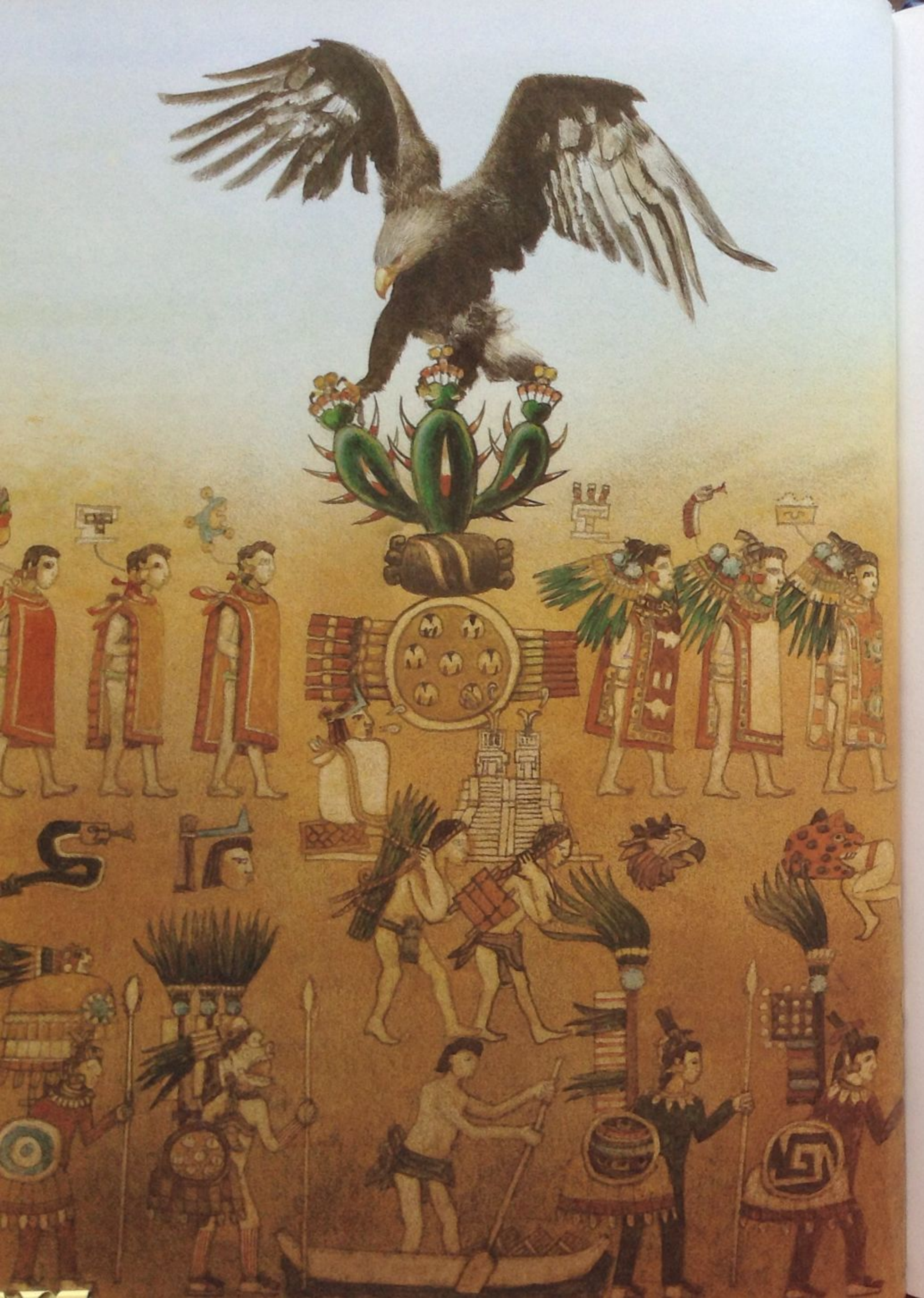
Chichén Itzá fue abandonada hacia el año 1224. Tula fue destruida por un incendio a finales del siglo XII, pero no se sabe si fue reconstruida antes de la llegada de sus nuevos ocupantes, los aztecas. Según la leyenda, Topiltzin, el último jefe tolteca, fue expulsado de Tula por sus invasores.

Es posible que la caída de Tula provocara la decadencia de Chichén, pues es obvio que los destinos de las dos ciudades estaban unidos y Chichén es uno de los pocos lugares a cierta distancia de Tula en los que se ha encontrado un número significativo de objetos que ponen de manifiesto la existencia de una comunicación y de un comercio entre ambas ciudades. Los toltecas, a pesar de su carácter belicoso, no tuvieron un imperio, por lo que es posible que Chichén pereciera al no poder contar con el apoyo de la capital. Tal vez consigamos más respuestas a través del estudio –todavía poco desarrollado– de las inscripciones de los pueblos centroamericanos primitivos. Pero de momento, parece que Chichén Itzá fue una ciudad más pacífica en su decadencia que en el apogeo de su poder.





Juego de pelota en Chichén Itzá. Militares de alto rango observan cómo los jugadores tratan de colar la pelota por el aro.



Esta ilustración, inspirada en un códice azteca, representa la leyenda de la fundación de la ciudad, con el águila posándose sobre un cactus en un pantano. Debajo aparecen escenas de la vida y leyendas del pueblo azteca.

TENOCHTITLÁN

Capital azteca del siglo XV d. de C., situada en el emplazamiento de la actual Ciudad de México

Después de la caída de los toltecas, diversos pueblos trataron de tomar las riendas del poder en México: los culhuas, grupos seminómadas como los chichimecas y los otomíes. Los tepanecas y los acolhuas, con sus capitales en Azcapotzalco, a orillas del lago Texcoco, y en Coatlichán, respectivamente, trataron de establecer un imperio que fuera algo más que un mero poder local.

En medio de esta confusión de pueblos guerreros, fueron los mexicas los que se hicieron con el poder. Procedían de Aztlán, lugar del que tomaron su nombre: aztecas. Aparecen por primera vez en el siglo XIII, como pueblo nómada que se establece en Chapultepec, cerca de la orilla occidental del lago Texcoco, hacia el año 1250. Era un pueblo salvaje que proclamaba una doble ascendencia: por un lado, las bárbaras tribus del sur; por otro, los crueles pero civilizados toltecas. Los aztecas eran tan bárbaros que sus vecinos los expulsaron de la región de Chapultepec en el año 1319, por lo que no tuvieron más remedio que volver a la vida errante.

De este periodo nómada nació la gran ciudad azteca de Tenochtitlán, situada en el emplazamiento de la actual Ciudad de México. Cuenta la leyenda que el dios azteca Huitzilopochtli ordenó al pueblo que vagara hasta encontrar un cactus en el que se hubiera posado un águila para devorar a una serpiente; también sería un lugar en el que nadarían los peces. Se piensa que los aztecas anduvieron errantes durante unos cien años antes de dar con un lugar de estas características y, cuando lo hallaron, empezaron a construir su ciudad de Tenochtitlán, nombre que significa «el sitio del cactus».

La ciudad de la laguna

Era un lugar inhóspito para levantar una ciudad, pues los terrenos pantanosos sobre los que se construyó Tenochtitlán parecían tan poco adecuados para su urbanización como los de la ciudad de Venecia. Y, sin embargo, estas duras condiciones resultaron provechosas. Las marismas constituían una excelente reserva de aves salvajes, que llevaban 15.000 años sirviendo de alimento a las poblaciones de la zona. El suelo, rico en sedimentos, era lo suficientemente fértil para ser cultivado y ya había sido explotado por los olmecas hacia el año 1000 a. de C.

En cambio, la construcción de la ciudad resultaba difícil debido a la falta de materiales, por lo que los aztecas tuvieron que comerciar con sus vecinos para conseguir lo que necesitaban. Ello les indujo a establecer contacto con los tepanecas, sus principales rivales en el valle de México, y durante cierto tiempo estuvieron a su merced. Los reyes aztecas eran nombrados por los tepanecas y gozaban de escasa independencia. Pero al final se sacudieron el yugo de sus opresores y se convirtieron en la potencia indiscutida de México.

La ciudad azteca empezó a desarrollarse en torno a dos núcleos y en el siglo XVI, en el momento de su apogeo, después de varios siglos de crecimiento paulatino, Tenochtitlán era una inmensa metrópoli, altamente organizada. Estaba dividida en barrios llamados *calpulli*, que constituían la unidad básica de la sociedad azteca. Algunos *calpulli* correspondían a grupos de artesanos o de comerciantes, otros a familias de obreros situados a un nivel inferior de la escala social. Pero a pesar de su diversidad, mantenían cierta cohesión. Cada uno poseía su templo, su escuela y tenía derecho a elegir a un representante en el gobierno. A medida que los aztecas fueron cosechando triunfos militares, las escuelas adquirieron mayor importancia, pues era el lugar en el que se entrenaba y preparaba a los guerreros que habrían de participar en las campañas.

La mayoría de los habitantes vivían en casas de un solo piso con un patio en el centro. Al principio eran construcciones de madera, pero más tarde, a medida que los aztecas fueron prosperando y adquiriendo mayores

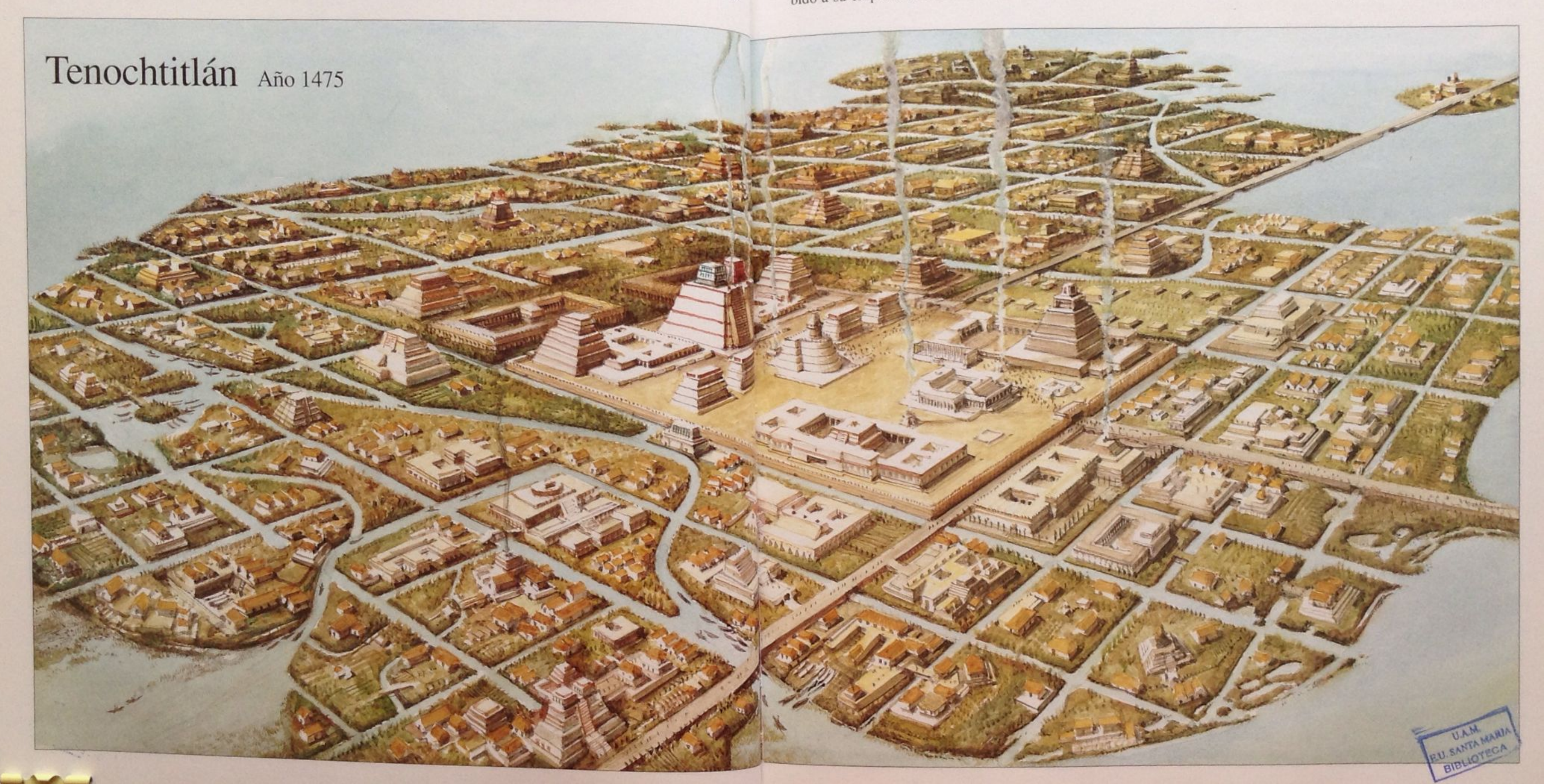
Tenochtitlán, la Venecia centroamericana, era una ciudad sobre las aguas. Poseía una red de canales entre islotes y bancos de arena. En su corazón se hallaba el recinto sagrado, en torno al gran templo, desde el que se dominaba toda la ciudad.

conocimientos en la construcción, las fueron sustituyendo por otras de adobe o de piedra. Debido a la naturaleza pantanosa del terreno y al peligro de que los suelos quedaran nuevamente inundados, las casas precisaban unos cimientos especiales, que consistían en largas vigas de madera que se hundían en el barro y soportaban el peso de la estructura superior.

La mayoría de las grandes calles eran canales, por los que cruzaban numerosos puentes que conducían a las bocacalles y avenidas. Para proteger a sus habitantes de las inundaciones o de las invasiones, las ventanas de las viviendas no daban al exterior sino a los patios, que se utilizaban como huertos para el cultivo de hortalizas y como corrales para la cría de pavos.

Se precisaban canoas para circular en el interior de la ciudad, mientras que la comunicación con las tierras del continente quedaba asegurada a través de tres amplios caminos. Debido a su emplazamiento lacustre, el agua potable requería un sistema de canalización; con ese objeto se construyeron dos acueductos, uno de los cuales poseía dos cañerías, de tal forma que pudiera utilizarse una mientras la otra se limpiaba o reparaba. La preocupación de los aztecas por la higiene quedó confirmada en los testimonios de los conquistadores españoles que llegaron en el año 1519. Las carreteras se limpiaban periódicamente y se utilizaban grandes barcazas para sacar la basura de la ciudad.

También era importante controlar el agua en los arrabales de la ciudad. Se construyó un dique para secar las tierras pantanosas, que pudieron aprovecharse para la agricultura intensiva, lo cual resultaba fundamental para una ciudad que en la época de la conquista española contaba con unos 200.000 habitantes. Los aztecas adquirieron gran experiencia en la recuperación de tierras. Uno de los métodos que utilizaban consistía en crear en la ciénaga plataformas de barro y plantas acuáticas, que se



consolidaban mediante una barrera de juncos. Las plataformas solían ser largas y estrechas (de unos 100 x 20 metros). En los extremos de las islitas se plantaban árboles, cuyas raíces reforzaban el efecto de barrera de los juncos, con lo que se retenía el suelo y se evitaba que el agua lo arrastrara.

Los suelos recuperados y drenados eran ricos y fértiles. Se utilizaba un sistema de rotación de las cosechas en distintas franjas de terreno, por lo que siempre había cultivos en distintas fases de desarrollo, lo cual garantizaba una provisión ininterrumpida de alimentos. La rotación de habas y maíz permitía reponer el nitrógeno del suelo, con lo que éste mantenía su fertilidad.

El recinto sagrado

En el corazón de la ciudad se hallaba la zona de los templos. El recinto estaba protegido por un gran muro coronado de cabezas de serpiente talladas. En su interior se encontraban los santuarios de Quetzalcóatl, dios del viento y de la estela matutina, en forma de serpiente emplumada; de Tezcatlipoca, dios del cielo de la noche y de los jóvenes guerreros; y de Ciuacóatl, la diosa madre. También había un juego de pelota, en el que seguía practicándose el juego ritual de mayas y toltecas, y un depósito en el que se amontonaban las calaveras de cientos de víctimas de los sacrificios.

Pero el edificio más extraordinario del recinto sagrado era la gran pirámide, en cuyo alto se hallaban dos templos, el de Huitzilopochtli, dios de la guerra, la conquista, los tributos y dios azteca del sol, y el de Tlaloc, dios de la lluvia, del agua benefactora y de las cosechas. La pirámide, con su base de 100 x 80 metros y sus 30 metros de altura, dominaba los edificios circundantes y era un punto fundamental en el centro de la ciudad, ya que no sólo se destacaba por sus grandes dimensiones, sino también por los vivos colores de sus fachadas. Las balaustradas de la escalinata central estaban adornadas con cabezas de serpientes emplumadas talladas en la piedra. El templo de Huitzilopochtli tenía un fondo rojo sobre el que se destacaba la pintura blanca de las calaveras que lo adornaban. El de Tlaloc presentaba listas azules y blancas. Los sacerdotes que oficiaban en estos templos contribuían a su colorido con sus vivos atuendos.

Este recinto era de vital importancia para los aztecas. Prueba de ello es que no sólo ocupaba el corazón de la ciudad sino que los templos estaban dedicados a los dioses que regían dos aspectos fundamentales de la vida de los aztecas: la agricultura y la guerra. Además, los aztecas reconstruían continuamente sus templos, lo cual viene a confirmar dicha importancia. Las excavaciones han puesto de manifiesto que se realizaron siete grandes construcciones, así como otras restauraciones de menor envergadura.

En el recinto se han encontrado más de 7.000 objetos, desde cocodrilos hasta esculturas, ofrecidos en sacrificio a los dioses. Abundan las esculturas del dios Xiuhtecuhtli, padre de los dioses, así como las máscaras, las conchas y corales labrados, y las serpientes talladas. Se encontraron muchas imágenes de Tlaloc, pero ninguna de Huitzilopochtli, pues es probable que al dios de la guerra se le ofrecieran bienes procedentes de los territorios conquistados en lugar de imágenes que lo representaran.



Vasija con una máscara de Tlaloc.

Comercio y tributos

Una ciudad como Tenochtitlán tenía que tener acceso a importantes riquezas para ser capaz de alimentar a su población y de mantener y restaurar sus templos. El gran mercado en el centro de la ciudad, en el que se podía comprar de todo, desde ropa hasta piezas de obsidiana, cobre y cerámica, y en el que se reunían tanto los ricos comerciantes como los pequeños tenderos, pone de manifiesto que Tenochtitlán fue un importante centro comercial.

Los mercaderes constituían una de las clases más importantes de la sociedad azteca. Poseían grandes riquezas, tenían sus propios tribunales y su propia jerarquía y privilegios. También representaban al gobierno, y no sólo en cuestiones comerciales. Debido a sus frecuentes viajes, eran excelentes espías y muchos de ellos regresaban a Tenochtitlán con informaciones que se aprovechaban para futuras campañas militares.

Los aztecas recaudaban tributos de toda Centroamérica. Muchos de los objetos más valiosos encontrados en Ciudad de México –artículos de jade y metales preciosos– proceden de las regiones circundantes, de las que también provenían las telas con las que se ataviaban los sacerdotes y los altos oficiales, así como objetos de uso diario e incluso alimentos. A pesar de este tributo, cuya recaudación era supervisada por uno o dos funcionarios del gobierno central, los estados bajo el yugo azteca gozaban de relativa independencia y eran gobernados por sus propios jefes.

Algunos de los tributos parecen excesivos, aun teniendo en cuenta la importancia de Tenochtitlán. El *Códice de Mendoza*, uno de los principales documentos sobre el estado azteca, cita 123.400 mantos de algodón, prenda que sólo podían llevar los miembros de las altas clases sociales. Es posible que los aztecas trocaran este tipo de productos por otros, lo cual pone de manifiesto la estrecha relación entre comercio y tributos.

De estas riquezas sólo se beneficiaban el rey, su corte y los altos sacerdotes. A diferencia de lo que ocurría en las ciudades mayas y aztecas, sacerdotes y gobernantes pertenecían a dos clases distintas. En el recinto del templo existían paredes que separaban las pirámides de los palacios, situados en la zona este, que consistían en edificios de dos pisos con un patio en el centro, estanques y jardines, dependencias para los criados y salas administrativas.

El rey era una figura reverenciada que se mantenía a distancia del pueblo: éste no podía mirarle a la cara. Incluso los cortesanos solían postrarse en su presencia. Contaba con un consejo de cuatro hombres, dos de ellos jefes militares, para asesorarle, planear las campañas militares y tomar decisiones políticas. También había otro consejo más numeroso (entre 12 y 20 miembros) que probablemente se ocupaba de las tareas administrativas de gobierno. Por debajo de éste se hallaban los jueces (rigurosamente controlados y gravemente castigados en caso de corrupción), funcionarios y mercaderes, y, pieza importantísima en una sociedad militarizada, los comandantes del ejército. Por debajo de ellos estaban los artesanos y obreros.



Bajorrelieve de la diosa Coyolxauqui, cuya excavación condujo al descubrimiento del gran templo.

Los artesanos tenían cierta posición social. Su importancia radicaba en que eran los creadores y fabricantes de los atributos que identificaban a las altas clases. Así, los maestros plumeros creaban deslumbrantes tocados y escudos ceremoniales. Su condición social era semejante a la que tienen los orfebres en otras sociedades y también en la azteca, pues las altas clases utilizaban muchos adornos de oro en su atuendo.

Un esplendor fugaz

Al principio de su historia Tenochtitlán vivió en constante desarrollo. Hacia el año 1415 era ya una auténtica ciudad y durante los ochenta años siguientes se convirtió en la metrópoli de 1.000 hectáreas de extensión que describieron los conquistadores españoles, quienes quedaron atónitos ante la misma a su llegada en 1519; en efecto, Sevilla, la principal ciudad española de aquella época, contaba con tan sólo 15.000 habitantes, es decir, la décima parte de la población de Tenochtitlán. Los habitantes de la ciudad azteca tenían otros hábitos y veneraban a dioses extraños. También los edificios eran muy distintos de los que los españoles conocían.

Teniendo en cuenta las grandes diferencias entre ambas civilizaciones, es sorprendente que Moctezuma, jefe azteca, y Hernán Cortés, el conquistador español, llegaran a entenderse. Pero de hecho, los españoles pudieron moverse libremente por Tenochtitlán durante algunos años. El conflicto surgió cuando Cortés se marchó y los aztecas trataron de expulsar a Alvarado, su colaborador. Cortés regresó y obligó a Moctezuma a sofocar la rebelión. Éste, al hacerlo, perdió crédito ante su propio pueblo. Fue humillantemente lapidado y murió miserablemente. Cortés se halló ante un dilema. Por un lado, muchos de sus compañeros querían apoderarse del país a la fuerza para poder establecerse en él y explotar sus recursos y a su pueblo. Por otro lado, el gobierno español deseaba que se diera un trato justo a la gente del lugar y el propio Cortés había establecido una relación de respeto mutuo con los jefes aztecas.

Cortés se marchó, pero volvió al cabo de seis meses y, espoleado por los que pretendían explotar la región, decidió tomar la ciudad por la fuerza. Entonces se pusieron de manifiesto las verdaderas diferencias entre ambas culturas. Cortés combatía de una forma totalmente extraña para los aztecas. Para el primitivo pueblo mexicano la guerra era un elaborado ritual y su objetivo principal no era matar al enemigo en el campo de batalla, sino hacer prisioneros para ofrecerlos en sacrificio. Por esta razón, Cortés pudo derrotar a los aztecas con escasos efectivos. Algunos pueblos locales, como los tlaxcaltecas, comprendieron cuál era su poder y se aliaron con él. Con estos refuerzos Cortés destruyó el suministro de agua, sofocó toda resistencia y arrasó la ciudad.





La lluvia era fundamental para la agricultura desarrollada por la población de Pueblo Bonito. Sus habitantes sentían por el trueno un temor casi reverencial. Este habitante del pueblo se ha detenido en lo alto de una de las escaleras para adorar al dios del que depende su supervivencia.

PUEBLO BONITO

Patria, en Nuevo México, de los anasazi (1100-1200 d. de C.), antigua ciudad diseñada como un bloque de pisos

En el cañón del Chaco se halla la mayor concentración de vestigios arqueológicos de Estados Unidos. Actualmente resulta increíble que aquello fuera el crisol de la civilización americana, pues se trata de una franja de tierra seca de unos 20 kilómetros de largo por uno y medio de ancho, situada en el estado de Nuevo México, al noroeste de Albuquerque. Pero hace 900 años disponía de agua suficiente para que floreciera la agricultura. Unas 10.000 personas habitaban en el cañón, la mayoría de ellas en unas espectaculares y complejas ciudades de piedra llamadas pueblos.

La mayor de estas ciudades era Pueblo Bonito, que poseía tanto viviendas como centros ceremoniales. Pueblo Bonito estaba bien fortificada y se hallaba también adecuadamente adaptada a las necesidades de la vida diaria. Se trataba de una sociedad próspera, altamente desarrollada en algunos aspectos y primitiva en otros. Por ejemplo, su organización social era muy compleja, de tipo matriarcal; los habitantes desarrollaron un elaborado sistema de irrigación, eran magníficos alfareros y construyeron unos edificios extraordinarios. Sin embargo, no sabían leer ni escribir, y sólo utilizaban primitivas herramientas de piedra.

En la actualidad conocemos muy bien algunos aspectos de su cultura, pero otros, especialmente lo que se refiere a su decadencia, siguen siendo un enigma.

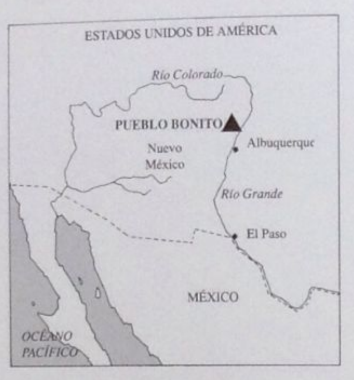
Los primeros pobladores llegaron a la actual región de Nuevo México hacia el año 7000 a. de C. Se trataba de pueblos nómadas, que, cuando se introdujeron cultivos como el maíz, procedente de Centroamérica, se asentaron definitivamente en esta zona –lo que ocurrió hacia el año 100 de nuestra era– y empezaron a cultivar la tierra y a fabricar las cestas que les han hecho famosos. Vivían en cuevas excavadas en torno a una cámara ceremonial, pero hacia el año 700 comenzaron a edificar en superficie, con lo que se dio inicio a la época de los pueblos.

Los primeros bloques de pisos

Los habitantes del cañón del Chaco tardaron otros 400 años en alcanzar el nivel de desarrollo arquitectónico que hizo posible la construcción de Pueblo Bonito. Éste consiste en una amplia estructura semicircular, cuya sección, una larga fachada, da al río Chaco, que atraviesa el cañón, mientras que los muros circulares miran hacia el acantilado. En los extremos del pueblo había hasta cuatro pisos de viviendas, cuyas fachadas sin ventanas constituían una muralla defensiva contra los enemigos, principalmente pueblos nómadas que todavía vagaban por la región. La parte interior del edificio tenía menos pisos y en el centro se hallaba un patio.

Un poblado tan complejo como éste no podía estar aislado. En la época de Pueblo Bonito una red de caminos atravesaba el cañón del Chaco en todas las direcciones y, gracias a unas escaleras de piedra en los extremos del cañón, éste quedaba perfectamente comunicado con el interior y el exterior. Trece de las principales ruinas del cañón están comunicadas por medio de esos caminos, hecho que sugiere que debió de existir un intrincado sistema social, así como una red comercial y de distribución de productos muy desarrollada.

La mayoría de las viviendas del pueblo estaban formadas por habitaciones de 5 x 4 metros, con ventanas que daban al patio central; a los pisos superiores se llegaba por escaleras o por aberturas situadas en los tejados. Al igual que en algunos asentamientos primitivos del Viejo Mundo, las azoteas se utilizaban como calles y eran también lugares donde la gente podía sentarse a trabajar. Las viviendas eran agradablemente frescas, a pesar del calor del desierto, gracias a sus paredes de piedra o ladrillo enfoscado con piedra arenisca.



Pueblo Bonito, complejo en forma de D situado frente al cañón, estaba constituido por una serie de rectángulos (viviendas y almacenes) y de círculos (salas ceremoniales o kivas). Las kivas no tenían tejado para permitir la salida del humo y para que los hombres que se sentaran en su interior pudieran contemplar el cielo y aguardar la llegada del trueno.

Algunas habitaciones de los pisos inferiores eran oscuras y cerradas, y es probable que se utilizaran como despensas. Cuando Pueblo Bonito empezó a decaer, al disminuir la población y no necesitarse tantas habitaciones, algunas de las de los pisos inferiores se utilizaron como basureros. Los desperdicios amontonados en los rincones de esas habitaciones constituyen para los arqueólogos una fascinante fuente de información sobre la alfarería y las herramientas utilizadas por la gente del pueblo.

Pero no todas las habitaciones tenían la misma construcción en Pueblo Bonito. Existe un núcleo de habitaciones más antiguas, situadas en el centro del gran semicírculo, que parecen construidas antes que las demás. La mampostería es distinta, hecha de bloques de piedra arenisca cimentados con grandes cantidades de barro, en el que han quedado huellas de manos, lo que sugiere que los primitivos constructores utilizaron métodos sencillísimos para alisar las paredes.

Al crecer el pueblo, las viejas casas se fundieron en la nueva estructura en lugar de ser reconstruidas. Por otra parte, las herramientas y objetos hallados en las casas más antiguas son más primitivos. Todo ello ha inducido a algunos arqueólogos a interpretar la historia del pueblo de una forma peculiar. Piensan que la población primitiva fue conquistada por invasores que edificaron sus casas al lado de las existentes, de modo que antiguos y nuevos habitantes tuvieron que convivir en el mismo lugar. Desde luego, parece que los habitantes de las nuevas casas debían de ser una especie de elite. Sin embargo, no es evidente que los progresos tecnológicos observados se produjeran gracias a la influencia de una fuerza invasora, pues es posible que fueran fruto del desarrollo de la propia población original de Pueblo Bonito.

La vida cotidiana

Aunque las habitaciones son grandes, había espacio justo para toda

Pueblo Bonito Año 1100

una familia. Al parecer, apenas había muebles, pues los arqueólogos sólo encontraron un taburete de madera de pino en todo el pueblo. Estudios más recientes de los pueblos locales han puesto de manifiesto que lo normal era sentarse en el suelo para comer. Probablemente también dormían en el suelo, sobre mantas o esterillas de juncos o de tallos de sauce, que también se colocaban debajo de los cadáveres. En algunas habitaciones se han encontrado bancos de piedra y alacenas, así como algunas perchas en las paredes. Algunas casas tienen estanterías y armarios empotrados. Todo estaba en su sitio. Ya hemos citado las habitaciones de los pisos inferiores, en las que debían de guardarse buenas reservas de alimentos para hacer frente a los frecuentes periodos de sequía que sufría la región. Esas reservas también serían de utilidad en caso de un ataque enemigo.

Otro inconveniente aparente era la falta de ventanas, que nos sugiere unas viviendas oscuras y escasamente ventiladas. Sin embargo, los constructores resolvieron este problema instalando ventiladores en casi todas las habitaciones para hacer circular el aire, con lo que el ambiente era más agradable y también se avivaba el fuego. Las paredes interiores se enjalbegaban periódicamente con el objeto de disimular el hollín, lo cual daba a las habitaciones mayor luminosidad.

Aunque los habitantes de Pueblo Bonito trataron de hacer de sus viviendas lugares confortables, pasaban la mayor parte del tiempo fuera de casa.

Los hombres se encargaban de conseguir alimentos trabajando los campos irrigados con escasas herramientas (apenas algunos azadones) y muchísimo esfuerzo físico. Completaban la dieta proporcionada por los cultivos con la caza –principalmente ciervos, alces, antílopes y ovejas, a juzgar por los huesos encontrados entre las basuras–.

Por su parte, las mujeres se dedicaban a hilar, a tejer y a realizar otras labores de artesanía. Normalmente, la mayor parte de estos trabajos los llevaban a cabo en las azoteas de las casas.



Un hombre cortando caña de maíz con un cuchillo de pedernal.

El centro religioso

En Pueblo Bonito había otro tipo de habitaciones, unas cámaras circulares llamadas *kivas*, que constituían el centro de la vida religiosa de la comunidad, como lo habían sido anteriormente para los primitivos habitantes de los acantilados. Cada *kiva* tenía una bancada de piedra a lo largo de la pared interior y un hogar central en el que ardía el fuego ritual. El pueblo poseía varias *kivas* mayores o templos, y otras menores reservadas probablemente a los miembros de determinadas familias.

Estas *kivas* fueron cuidadosamente construidas; cada una disponía de un eficaz sistema de ventilación que consistía en una boca de alimentación y un conducto subterráneo que llevaba el aire hasta el hogar, con lo que se avivaba el fuego, en la época en las que las *kivas* aún tenían tejado, formado por un complicado sistema de troncos de pino superpuestos con un agujero en medio que servía de tiro.

Dado el número y las dimensiones de las *kivas* en Pueblo Bonito, es de suponer que sus habitantes concedían gran importancia a la religión. Aunque no sabían escribir, los vestigios de objetos litúrgicos y las propias *kivas* que nos han dejado nos permiten hacernos una idea del tipo de religión que practicaban. También nos ayuda a ello el conocimiento de las costumbres religiosas de habitantes de los pueblos de épocas más recientes, inspiradas sin duda en las de sus antepasados. Las *kivas* debían de utilizarse para los ritos religiosos, así como para las reuniones de los hombres que se dedicaban a la contemplación y, en palabras de Neil Judd, arqueólogo que realizó las excavaciones en Pueblo Bonito, a «pasar el rato».

Se han encontrado fragmentos de sauce pelado, lo cual indica que la gente de Pueblo Bonito debió de fabricar palillos de oración, como los modernos habitantes de los pueblos. Estos palillos se tallaban y se adornaban con plumas y se ofrecían a los dioses enterrándolos, echándolos al río o empotrándolos en las paredes o en el suelo de una nueva vivienda. En los montones de basura del pueblo se han encontrado huesos de distintas especies de aves (variedades de águilas, loros, aras, pavos), así como plumas de ara.

Los arqueólogos han excavado otros objetos que probablemente se utilizaban en ritos religiosos: unos largos palos con el extremo curvado y rollos de corteza de cedro utilizados como antorchas. Se han descubierto igualmente muchas pipas de barro con asombrosos dibujos geométricos parecidos a los de las vasijas de uso diario, que, a juzgar por prácticas más recientes, debían de fumarse al principio y al final de las ceremonias religiosas.

Pipas, antorchas y fuegos ceremoniales sugieren una religión relacionada con el fuego. Otro elemento fundamental de esta religión debió de ser el tiempo, puesto que la lluvia es un elemento fundamental para la agricultura y para la supervivencia. Fuego y agua se unen en el trueno, que debía provocar un sentimiento sobrenatural en los habitantes de los pueblos, a cuya fuerza violenta, inexplicable, pero generadora de vida, probablemente hicieran ofrendas.

Debido a la falta de testimonios escritos, es fácil caer en una simplificación excesiva de la religión del pueblo, limitándola a un culto al tiempo. Pero debió de ser más compleja. Los objetos utilizados como ofrendas son extremadamente variados. En algunos lugares los arqueólogos han encontrado colecciones de herramientas, vasijas y abalorios, comunes a muchas culturas, y cuya función no guarda relación con la ofrenda. Pero en otros lugares han encontrado huesos de animales –de oso negro, perro y de puma–, que probablemente fueran ofrendas simbólicas. Sabemos que los pueblos de épocas más recientes relacionaban a los osos, procedentes del oeste, con la muerte. Tal vez fuera así en Pueblo Bonito, aunque no tenemos ninguna prueba de ello. La religión de los pueblos en el siglo XII sigue siendo un enigma.

Artesanía de los pueblos

Muchos de los objetos de artesanía encontrados en Pueblo Bonito nos revelan datos sobre la vida diaria de sus habitantes. La alfarería era la artesanía más desarrollada y los dibujos geométricos con que adornaban sus vasijas siguen admirándonos en la actualidad. Esta actividad fue desarrollándose al unísono de la cultura, por lo que los mejores ejemplares de alfarería datan de la época del apogeo de Pueblo Bonito, en el siglo XII. Estas vasijas presentan un dibujo negro sobre fondo blanco, realizado mediante la aplicación de un barniz blanquecino de caolina líquida antes de dar una mano de pintura negra, a base de óxido de hierro o de un pigmento extraído de la *Cleome serrulata*, planta originaria de las Montañas Rocosas. No se han encontrado hornos, pero ello no significa que las vasijas se fabricaran en otro lugar, pues es muy posible que los artesanos de Pueblo Bonito utilizaran hornos provisionales, como se hace en los pueblos modernos.



Jarra con dibujos geométricos característicos.

Algunos miembros de la sociedad poseían amplias colecciones de objetos de artesanía. En el altar de una tumba se encontraron sesenta y dos cuencos, así como varios jarros y cántaros. En otros lugares se han descubierto vasijas de todos los tipos y tamaños (entre ellos contenedores de agua en forma de bulba y «cantimploras» portátiles con un lazo para llevarlas colgadas de una cuerda), así como cucharones y otros objetos.

Los habitantes de los pueblos también fabricaban y decoraban cestas, arte heredado de sus antepasados del cañón del Chaco, a pesar de las múltiples diferencias que existían entre ambas culturas. Las mujeres del pueblo tejían y cosían cosas tan útiles como bolsas, sábanas y prendas de ropa. Quedan poquísimos restos orgánicos de tejido de la época de gran auge de la ciudad, pero se han encontrado fragmentos de sandalias, realizadas en tela.

Atuendo personal

Con sus tejidos y sus palos adornados de plumas, no cabe duda de que los habitantes de Pueblo Bonito llevaban atuendos de rico colorido, sobre todo para las ceremonias. A ello hay que añadir las joyas, pues se ha encontrado gran cantidad de cuentas; en dos tumbas aparecieron unas 15.000 cuentas de turquesas, piedras del color favorito de aquel pueblo, pues simboliza los cielos de verano y el lejano Pacífico.

La turquesa se extraía de la roca a cierta distancia de Pueblo Bonito. Otros materiales, como el azabache (con el que se fabricaban sortijas) y el cobre (se han encontrado campanas de cobre en Pueblo Bonito), también escaseaban. Se utilizaban asimismo otros materiales para hacer collares: piedras más comunes, como los esquistos, incluso conchas, lo cual resulta bastante sorprendente, aunque es de suponer que las traían los mercaderes atraídos por el desarrollado mercado del cañón.

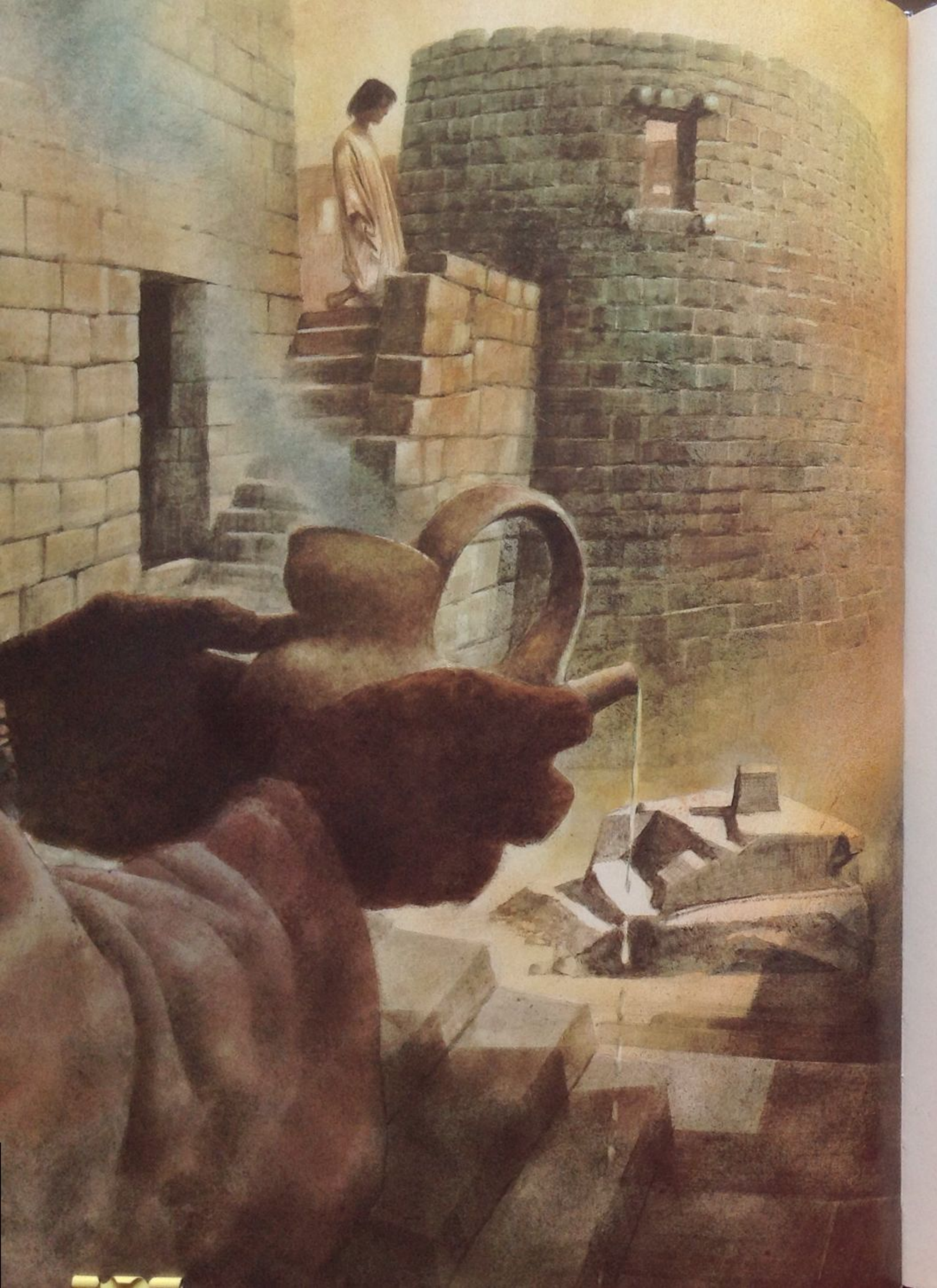
Cualquiera que fuera la procedencia de los materiales utilizados, las piezas de joyería estaban trabajadas de forma sencilla pero esmerada, sin labrados, pero con algunas características sorprendentes, como son pequeñas perforaciones, a veces tan pequeñas que resulta difícil adivinar cómo las hicieron. Los miembros del equipo arqueológico de Neil Judd tuvieron que recurrir a una broca cuya punta era una espina de cactus y a un abrasivo arenoso para realizar agujeros semejantes con los mismos recursos de que disponían las gentes de Pueblo Bonito.

Para las grandes ceremonias los habitantes del pueblo se pintaban el cuerpo. Probablemente utilizaban el mismo pigmento rojo que los modernos navajos para proteger su piel del sol, así como otros colores, tales como el amarillo y el marrón, a base de óxido de hierro, y el azul y el verde, a base de carbonato de cobre.

El abandono de Pueblo Bonito

A partir de finales del siglo XII la población de Pueblo Bonito fue disminuyendo hasta que acabó abandonando el pueblo, sin que se conozca el motivo. Es posible que fueran atacados por indios nómadas, aunque parece poco probable, pues el pueblo contaba con buenas defensas.

Otra hipótesis que se ha elaborado puede que esté más cerca de la verdad. Para la buena marcha del pueblo era fundamental controlar el abastecimiento de agua, por lo que los habitantes la almacenaban en aljibes naturales para su propio uso y para regar los campos. Sin embargo, es fácil que se produjera algún problema de abastecimiento, máxime cuando, gracias a la prosperidad, la población había ido creciendo. Se había incrementado el consumo de madera como combustible y material de construcción, lo que supuso la tala de muchos árboles. Por consiguiente, el suelo del cañón ya no retenía la misma cantidad de agua de escorrentía y las tormentas arrastraban gran parte del suelo, abriendo un gran canal en medio del cañón por el que el agua acabaría por correr. La falta de suelo arable y la dificultad para controlar las inundaciones agotaron la tierra. Y las cosechas que antaño habían mantenido a una floreciente población empezaron a escasear, acarreando hambrunas, muertes y la decadencia.



Esta escena, que se desarrolla en los edificios de Machu Picchu, muestra la perfecta mampostería y la utilización de la piedra en la ciudad. En el centro aparece la piedra intihuatana, *dedicada a Inti, dios del sol, que se utilizaba como reloj solar y para marcar las alineaciones con los rayos del sol en el solsticio.*

MACHU PICCHU

Ciudad de Perú en la cima de una montaña,
que se consideró como la ciudad perdida de los incas

Existen emplazamientos de importancia relativamente pequeña para las culturas o civilizaciones que les han dado origen, pero que adquieren renombre mundial cuando los exploradores y arqueólogos los dan a conocer. Así ocurrió con Machu Picchu, la ciudad inca situada en una cresta montañosa al suroeste de los Andes, a unos 100 kilómetros al norte de la capital inca de Cuzco.

En tiempo de los incas no era más que una pequeña ciudad de 1.000 habitantes, como tantas otras, alejada de las grandes vías que atravesaban el imperio. El territorio inca abarcaba desde la actual frontera de Ecuador y Colombia hasta la parte central-meridional de Chile. También ocupaba gran parte de Bolivia y la región de los Andes. Una ciudad de 1.000 habitantes es poca cosa dentro de un imperio tan grande y tan complejo. Pero en la actualidad Machu Picchu es uno de los asentamientos incas más famosos. Nos ha proporcionado muchos datos sobre el pueblo que vivió en aquel y en otros asentamientos semejantes. Debido a su escasa importancia y aislamiento históricos, los conquistadores españoles lo pasaron por alto, gracias a lo cual ha llegado hasta nuestros días impresionantemente bien conservado. Con su espléndido emplazamiento natural, sobre la falda en terrazas de la montaña, junto a un escarpado acantilado, se ha convertido en un extraordinario baluarte de la cultura inca.

La sociedad inca

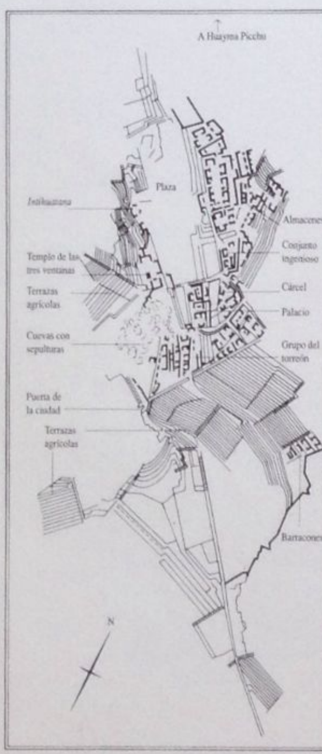
La geografía peruana dio origen a una sociedad rural. Su relieve montañoso dificultaba las comunicaciones, por lo que muchos pueblos y ciudades sólo contaban con sus propios recursos, principalmente la horticultura. Además de las cosechas que también conocieron las grandes civilizaciones mexicanas (maíz, chayotes, chiles, leguminosas, etc.), los peruanos primitivos cultivaban la patata y la coca, desconocidas en Europa hasta que los españoles las trajeron del continente americano. El cultivo de la patata era particularmente frecuente en el altiplano. Los peruanos tenían una dieta fundamentalmente vegetariana, aunque criaban animales como las llamas, las alpacas y las vicuñas, con cuya lana fabricaban maravillosos tejidos.

Este tipo de comunidades agrícolas existía antes de que los incas erigieran su imperio en el siglo V d. de C., los cuales heredaron los métodos agrícolas y la organización social existentes. Los pueblos estaban compuestos por varias familias que descendían de un antepasado común. Sus miembros vivían en pequeñas casas de piedra o ladrillo. Los ancianos elegían a un jefe, pero la tierra era un bien común que se cultivaba mediante un sistema de rotación de las cosechas.

Un entramado de pueblos como éste, en un país en el que las comunicaciones no resultaban fáciles, necesitaba una fuerza de cohesión. Los incas se beneficiaron en parte de la estructura relativamente rígida de las sociedades de estos pueblos. Y ello queda de manifiesto en la arquitectura de ciudades como Machu Picchu. La ciudad gira en torno a una gran plaza, en la que están situados los templos y demás edificios públicos, así como las viviendas de las clases altas –sacerdotes, sacerdotisas y principales familias–; las casas del resto de la población se agrupan alrededor de este núcleo central.

Esta estructura refleja el poder del jefe local. Pero los incas no confiaban plenamente en la forma en que estos jefes administraban sus tierras. Por ello, desarrollaron una red de funcionarios itinerantes, llamados *tucricucs*, que aseguraban el contacto entre las provincias y la familia real y los ancianos de Cuzco. También elaboraron un censo e idearon un método para actualizar los datos. Utilizaban para ello unas cuerdas con nudos, llamadas *quipus*, para registrar los números con un sistema decimal semejante al que utilizamos en la actualidad.

El extraordinario emplazamiento de la ciudad aseguraba su defensa y, al mismo tiempo, proporcionaba piedra de buena calidad para la construcción de edificios. La plaza central era espaciosa, al igual que el resto de la ciudad. Sin embargo, el entorno montañoso no era el más apropiado para la agricultura, actividad de la que dependían los habitantes de Machu Picchu, por lo que se vieron obligados a construir terrazas escalonadas en la ladera de la montaña.



Gracias a estos datos sabían cuántos hombres tenían disponibles para fines militares y para la realización de grandes obras de construcción civil, como terrazas cultivables o el trazado de carreteras, fundamentales para el imperio inca. En las principales ciudades también se construían enormes almacenes, con capacidad para fabulosas cantidades de trigo y otros alimentos. A diferencia de otros jefes, los emperadores incas controlaban sus recursos amontonando la producción de los campos en lugar de regular el comercio.

La ciudad de Machu Picchu

Año 1500

La ciudad y el entorno

En cierto sentido, Machu Picchu no responde a la descripción de una típica ciudad inca. Dado su emplazamiento en una estrecha cresta rocosa, hubo de adaptar la arquitectura inca tradicional a las peculiares condiciones del entorno. Aun así, nos proporciona gran cantidad de información sobre el estilo de construcción y de vida de los incas. La mayoría de las sencillas casas de piedra eran de una sola planta y las puertas eran simples cortinas. Probablemente utilizaban escaleras de cuerda para subir a los pisos superiores de los edificios de más de una planta. La techumbre solía ser de icho y se fijaba a la mampostería atándola a una argolla de piedra del aguilón.

Es posible que algunas casas tuvieran tejados de piedra en voladizo. Pocas de ellas eran perfectamente rectangulares, lo cual no quiere decir que los incas no fueran buenos constructores, sino todo lo contrario, pues la forma trapezoidal de las casas se debía a una hábil adaptación de las líneas al terreno. Además, la talla de la piedra pone de manifiesto que eran excelentes canteros. Al no utilizar mortero, para dar estabilidad a las estructuras era preciso cortar los bloques de granito con sumo cuidado, cosa que hacían con simples herramientas de piedra. Pulían la superficie de la piedra con arena y agua y biselaban los bordes para asegurar un mejor aparejo de los bloques. Con ello conseguían unos bellos edificios capaces de soportar los terremotos, frecuentes en la región.

Pero más relevantes que las casas son las construcciones talladas en la roca: las escalinatas de acceso a la cresta, los canales de conducción del agua, los estanques y fuentes dan una impresión única de simbiosis entre la ciudad y su entorno. El agua era un elemento fundamental para las gentes de este pueblo de montaña. Había manantiales, pero además se construyó un acueducto y una serie de aljibes horadados en la roca granítica, a veces mediante la extracción de una simple losa. En algunos se había practicado un agujero en una de las esquinas para que el agua pudiera fluir por conductos subterráneos hasta el siguiente aljibe. En definitiva, se trataba de un elaborado sistema de canalización del agua. A veces, estos aljibes se llaman «baños», aunque es poco probable que los utilizaran para bañarse, dado el clima de la montaña peruana.

Cuando se levantaba una casa sobre un peñasco, en lugar de extraerlo, se aprovechaba tallándolo para convertirlo en algo útil, como, por ejemplo, una piedra de moler maíz. Al grupo de edificios que tienen esta característica se le llama conjunto ingenioso

En el interior de las casas apenas había muebles, acaso alguna bancada de piedra adosada a la pared. Los utensilios y otros enseres se guardaban en hornacinas o se colgaban de la pared. Se dormía en el suelo, sobre una esterilla de juncos. Pero los incas pasaban mucho más tiempo fuera que dentro de casa. La mayor parte de las tareas domésticas, como tejer y cocinar, se realizaban al aire libre, en los espacios que quedaban entre los grupos de casas.

Así ocurría con la fabricación de tejidos, de calidad inigualable: con lana de llama o alpaca, los incas conseguían un hilado tan fino como el algodón, y ello con unos husos sencillísimos. Utilizaban una amplia gama de técnicas para tejer y, a pesar de desarrollarlas con instrumentos muy rudimentarios, lograban tejidos de máxima calidad. Además, dominaban la técnica del teñido y fabricaban hilos de distintos colores mediante plantas locales y un insecto rojo llamado cochinilla.



Hombres segando el maíz .

La mayoría de los vestigios de tejidos que nos quedan de los antiguos incas, en los que puede comprobarse la calidad de los mismos, proceden de la costa peruana; en los enterramientos situados a mayor profundidad se han conservado intactas algunas prendas de tejido antiguo. En cambio, en el altiplano de Machu Picchu la mayoría de las tumbas fueron profanadas antes de que Hiram Bingham descubriera la ciudad en 1912 y empezara a realizar excavaciones. En cualquier caso, no es probable que los tejidos se hubieran conservado en esta región, mucho más fría y húmeda. Ahora bien, la fabricación de tejidos era una actividad fundamental de la cultura inca, que debió de realizarse tanto en las montañas como en la costa. En la época de apogeo de la ciudad las grises paredes y escalinatas de granito debieron de constituir el telón de fondo de una explosión de colores y formas, al realizar la gente sus labores diarias.

Los incas también eran grandes alfareros. Aunque la mayoría de los vestigios incas de esta actividad proceden de la costa, Hiram Bingham encontró vasijas en tumbas de las afueras de Machu Picchu, algunas de ellas de impresionante factura. Como señaló el propio Bingham, es natural que en la alta montaña el cuerpo requiera mayor cantidad de calor y de líquidos, necesidades que suplían la sopa y la cerveza. Gran parte de las vasijas encontradas en Machu Picchu, ollas y elegantes jarras ennegrecidas a la llama y con decoraciones geométricas, eran recipientes para contener estos líquidos.

Una ciudad aislada

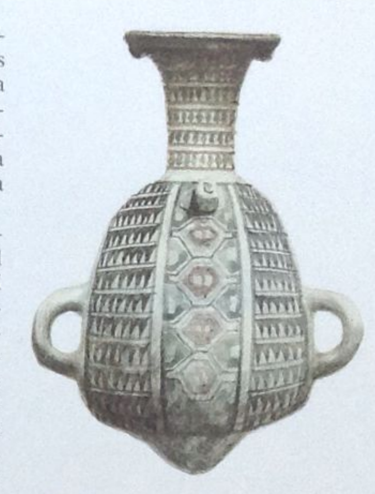
Machu Picchu era una magnífica fortaleza. La ciudad estaba rodeada, por tres de sus lados, por montañas y despeñaderos, algunos de más de 457 metros de profundidad. Sólo se podía acceder a ella por el sur, donde los habitantes erigieron una muralla maciza para proteger la ciudad, cuya puerta se encontraba en uno de los extremos. Como muchas otras puertas, entradas y ventanas incas, ésta tiene forma trapezoidal, más estrecha en la parte superior; hay unas argollas de piedra que indican que la puerta original, de madera, se reforzaba con una tranca, también de madera, que se fijaba a la pared con una soga cuando la ciudad necesitaba mayor protección.

Machu Picchu, fortaleza infranqueable perdida en la montaña, corría el riesgo de quedar aislada del resto del imperio inca. Los mensajeros oficiales llegaban a la ciudad, pero no debían de acudir con excesiva frecuencia. Es probable que los habitantes utilizaran señales de humo lanzadas desde los edificios más altos de la ciudad y desde Huayna Picchu, la montaña vecina. El puesto de señalización, construido con gran habilidad y desafiando una caída de 915 metros, también debió constituir una excelente torre vigía. De hecho, servía tanto para comunicar como para incomunicar la ciudad, pues, cuando de Cuzco vinieran funcionarios indeseados, eran avistados mucho antes de que llegaran.

Al sur de la ciudad, fuera de las murallas, también encontramos vestigios de la habilidad de los constructores incas: las terrazas escalonadas, construidas en la ladera de la montaña para aprovechar el terreno cultivable. Existe una pendiente bastante pronunciada, por lo que entre dos muros de 5 metros de altura apenas hay unos 3,5 metros de terreno. Cada terraza tuvo que ser cuidadosamente preparada para el cultivo, colocando primero grava y luego mantillo, traído de terrenos más fértiles. Estas tierras se vigilaban desde un grupo de barracones situados al suroeste y lo mejor de la cosecha probablemente iría a parar a la casa del jefe de la ciudad. El resto serviría para alimentar a la población. Los hombres de los barracones tenían que alistarse de cuando en cuando en el ejército del emperador.

El centro religioso

En el corazón de Machu Picchu, al este de la principal zona de viviendas, se hallaba la gran plaza central, un amplio recinto adyacente a otra plaza sagrada, en la que se encontraban los templos de piedra y un importante edificio, igualmente de piedra, llamado la casa del sacerdote. La presencia de restos de cerámica al pie de las ventanas del templo indica que aquel debía ser el lugar de las ofrendas. Cerca de allí se hallaba una de las edificaciones más misteriosas de la ciudad, llamada el templo *intihuanta*, o sea, «el lugar al que está atado el sol»; esto sugiere que en aquel templo debían celebrarse las ceremonias en honor del sol naciente en el solsticio de verano, es decir, el primer día del año ceremonial inca. Contiene un altar con un original pilar de piedra, probablemente alineado con el sol en el solsticio. La mayoría de los templos y santuarios incas estaban orientados hacia levante o hacia poniente.



Jarra para almacenar cerveza de maíz.

Es bien sabido que los incas rendían culto al sol. Aunque Inti, el dios del sol, no era el dios principal (honor que se reservaba a Viracocha, dios de la creación), Inti era el dios más popular, símbolo de la vida y de la fertilidad, el que proporcionaba calor y luz. Las sacerdotisas incas, llamadas «las elegidas», presidían los cultos de todos los dioses, siendo los más importantes los de las estrellas, la luna, el trueno y Venus. Pero las elegidas estaban muy estrechamente vinculadas al culto del sol.

Hiram Bingham, fascinado por la belleza de Machu Picchu, por su incomparable emplazamiento y por su proximidad con el sol, dada su altitud, pensó que Machu Picchu debió de ser una capital religiosa, específicamente dedicada al culto del sol, y el último baluarte de los incas. Los arqueólogos modernos no comparten esta opinión, pues consideran que Machu Picchu es demasiado pequeña para haber sido una capital religiosa, como lo fuera Cuzco, incomparablemente mayor. Además, la misteriosa Vilcabamba, ciudad en cuya busca iba Bingham, apareció muy lejos de Machu Picchu, en el otro extremo de la selva amazónica. En cualquier caso, no cabe duda de que en Machu Picchu se adoraba al sol y debió de existir un gran disco de oro con una cara rodeada de rayos dorados, colocado en alto en los templos de la plaza sagrada.

Otra deidad importante debió ser Illapa, dios del tiempo y del trueno. En las regiones más áridas se le invocaba para que proporcionara el agua que precisaban las cosechas. En esta húmeda zona de montaña la sacerdotisa lo invocaría muy a menudo para apelar a su compasión. Como comunidad agrícola, también es probable que adoraran a Pacamama, diosa de la tierra.

La ciudad enigmática

Machu Picchu sigue encerrando numerosos misterios. Desconocemos el topónimo original que utilizaban sus habitantes: Machu Picchu no es más que el nombre de una de las montañas vecinas.

Tampoco conocemos el destino de sus habitantes. Machu Picchu no aparece en ninguno de los testimonios de los conquistadores españoles. Debió alcanzar su apogeo poco antes de la conquista, pero es muy probable que sus habitantes la abandonaran antes de la llegada de los españoles, por lo que no debió de durar más de 134 años, entre la creación del imperio inca, en 1438, y la llegada de los españoles, en 1572. ¿Cuál fue la causa de su desaparición? Es posible que sus habitantes fueran víctimas de alguna epidemia y, al ser una comunidad tan cerrada y aislada, la enfermedad se propagaría inmediatamente. Ésta es una explicación mucho más plausible que la de un final violento, pues no hay vestigios de masacre ni de destrucción masiva. Pero nunca lo sabremos con seguridad.



Las cabezas de piedra de la isla de Pascua eran alzadas sobre su pedestal posiblemente con palancas. Una rampa de piedra protegía uno de los lados de la estatua y servía de base contra la cual hacer palanca. El bloque de piedra a modo de tocado probablemente se atara con cuerdas antes de enderezar la estatua.

ISLA DE PASCUA

Emplazamiento de las más enigmáticas esculturas de piedra del mundo

La isla de Pascua es uno de los lugares más solitarios del mundo. Situada a más de 4.000 kilómetros de la masa terrestre más cercana (las costas de Perú y de Chile) y a 2.000 kilómetros de la isla más próxima, apenas tiene 25 kilómetros de punta a punta. Uno de los grandes misterios que envuelven esta isla es el origen de sus primeros habitantes y la forma en que llegaron hasta allí.

La isla de Pascua es un lugar árido, con escasos árboles y sus tierras se hallan al pie de cráteres de volcanes apagados. Sin embargo, en el pasado debió de ser algo menos inhóspita de lo que es ahora. Los análisis realizados sobre restos de polen ponen de manifiesto que en algún momento debió de haber palmeras en la isla y los habitantes posiblemente cultivaran boniatos, plátanos y caña de azúcar, productos llegados –probablemente, con los colonizadores primitivos– de Polinesia, al oeste de la isla.

En el siglo XVIII, cuando los primeros europeos descubrieron la isla de Pascua, hallaron los desoladores vestigios de una cultura antaño floreciente y quedaron sorprendidísimos ante las gigantescas e inquietantes cabezas de piedra, rematadas con enormes bloques a modo de tocado o moño, dispuestas en fila sobre plataformas de piedra, junto a la costa, mirando hacia el interior de la isla.

El hecho de que los indígenas hablaran una lengua prácticamente incomprensible hizo que los europeos apenas pudieran recabar información sobre su cultura; además, debido a la escasez de agua y alimentos, apenas suficientes para los nativos, los visitantes no podían permanecer demasiado tiempo en la isla. En el siglo XIX la mayoría de los habitantes fueron trasladados a Perú como esclavos, pero casi todos murieron. Este hecho, además de ser harto vergonzosa, también es lamentable porque se perdió otra oportunidad de conocer las costumbres de los indígenas de la isla. Por tanto, es tarea de la arqueología tratar de reconstruir la historia de la cultura de la isla y descubrir la procedencia de sus habitantes, el modo de construcción y el significado de las estatuas, y el tipo de vida de sus gentes.

El desarrollo de una cultura

La fecha de llegada a la isla de los primeros colonizadores sigue siendo una incógnita. La primera fecha establecida por el método del carbono-14 se remonta al año 400 d. de C., lo cual sugiere que en aquella época ya estaba habitada. Los arqueólogos han dividido convencionalmente la historia de la isla en tres etapas a partir de esta fecha. En el periodo antiguo (400-1100) los habitantes construyeron terrazas ceremoniales de magnífica mampostería. Estas terrazas solían estar orientadas hacia levante, lo que podría indicar que los indígenas primitivos rendían culto al sol. Durante este periodo también se construyeron algunas estatuas, aunque no las que han hecho famosa a la isla, sino otras figuras de menor tamaño hechas con distintas clases de piedra.

Las plataformas ceremoniales escalonadas de piedra, llamadas *ahu*, fueron construidas en el periodo medio (1100-1680). La mayoría de ellas son antiguas terrazas ceremoniales convertidas. Las *ahu* sirven de pedestal a las estatuas de gran tamaño, de cabezas y orejas alargadas, talladas en una toba amarillo-verdosa, mientras que el bloque a modo de tocado es de toba roja. La mayoría de ellas miden entre 3 y 6 metros, si bien existe una de 10 metros y otra, inacabada, de 21 metros.

Durante el periodo reciente (1680-1868) la cultura de la isla decayó y su población decreció. Al principio se pensó que tuvo lugar una ruptura clara entre los dos primeros periodos con la invasión, o al menos la llegada, y la influencia de nuevos colonizadores. Pero ahora se piensa que la ruptura se produjo entre el segundo periodo y la etapa de decadencia.

Una de las mayores controversias respecto a la isla es el origen de los

primeros colonizadores. Pudieron venir del oeste, procedentes de otras islas de la Polinesia, o del este, de Sudamérica. Existen ciertas semejanzas culturales entre la isla de Pascua y otras islas polinesias, mientras que Sudamérica está más lejos, tanto geográfica como culturalmente.

El gran defensor de la teoría sudamericana fue el arqueólogo noruego Thor Heyerdahl, quien recalcó la semejanza física entre las estatuas de larga cabeza de la isla de Pascua y algunos tipos étnicos sudamericanos. También señaló que la batata, cultivo muy extendido en la isla, es originaria de la región andina. En su opinión, la principal objeción que podía hacerse a esta teoría era la dificultad del viaje; pero en 1947 demostró que era posible zarpando él mismo desde Callao, puerto peruano, con su balsa *Kon Tiki*, construida con los materiales y técnicas que pudieran haber utilizado los sudamericanos, hasta arribar a la isla de Pascua. Su travesía fue un éxito y, aunque no quedó duda de que era posible que otros lo hubieran hecho antes que él, tampoco consistía una prueba irrefutable.

Pero es muy posible que alguna gente llegara a la isla procedente de Perú o Chile, en pequeñas expediciones, lo cual explicaría la presencia de la batata, la única planta que tuvo que venir del este y no debió de llegar a la isla por generación espontánea. Los más recientes estudios asistidos por ordenador han avanzado una interesante posibilidad. En cierta ocasión se llegó a pensar que la batata había llegado a la isla en algún barco a la deriva que hubiera perdido el rumbo. Pero el estudio de las corrientes ha demostrado que es imposible que un barco a la deriva llegue a la isla de Pascua. Ello nos induce a pensar que hubo un viaje, y deliberado, aunque sus protagonistas no fueran la fuerza invasora sugerida por Heyerdahl.

Las estatuas

Los habitantes de la isla de Pascua erigieron unas de las esculturas megalíticas más famosas del mundo. Afortunadamente, abandonaron las obras de construcción de las estatuas en un estado que nos permite conocer los métodos de trabajo que empleaban. Dejaron tras de sí muchas estatuas a medio acabar en varias canteras, situadas en Rano Raraku, un volcán extinto que se halla en la punta oriental de la isla. Los canteros utilizaban tobas talladas en la ladera del volcán y prácticamente terminaban las estatuas en la misma cantera. Realizaban las tallas con herramientas de piedra, con las que esculpían los rasgos laterales y frontales de la cabeza. Poco a poco, una enorme cabeza surgía de la roca y el cantero iba trabajando la parte posterior de la figura hasta dejar la estatua unida a la roca únicamente por una delgada franja. Entonces se colocaban postes de madera maciza en la boca del cráter, atados con resistentes sogas, que utilizaban para deslizar la estatua por la ladera del volcán hasta una explanada situada algo más abajo, donde se reunían todas las estatuas para darles los últimos retoques antes de llevarlas a su *ahu*. Entretanto se preparaban los tocados de piedra con toba de color rojo de otro volcán, el Puna Pau, al oeste de la isla. Entre las dos canteras y las distintas *ahu* de la isla existía una red de pistas.

¿Cómo se acarreaban aquellas pesadas piedras desde la cantera hasta las *ahu*? En la isla no existían vehículos de ruedas, por lo que el medio de transporte más probable habrá sido el rodillo arrastrado por hombres; transportando la estatua de esta forma, se aseguraba que su superficie no se dañara. Otro problema sería poner la estatua en posición vertical encima de la *ahu*. William Mulloy, experto en la materia, sugiere que posiblemente construyeran una rampa de piedra frente a la *ahu*, desde la cual poder alzar la estatua haciendo palanca. Para evitar el problema de elevar el bloque a modo de tocado hasta lo alto de la cabeza de la estatua, probablemente se atara a la cabeza con una cuerda antes de alzarla. Una vez en pie, se desmontaba la rampa y se soltaba la cuerda, y ya sólo quedaba decorar las figuras, introduciendo coral blanco y tobas rojas en los ojos.

¿Cuál era el significado de estas estatuas? Los habitantes de la isla informaron al capitán James Cook, que arribó a estas costas en el siglo XVIII, de que cada estatua tenía un nombre. Estos nombres a menudo



Talla que representa una balsa y una mujer con un pez, hallada en una de las cuevas de la isla.

incluían la palabra *ariki*, que significa dios o rey. Más recientemente, los nativos contaron a los visitantes que cada vez que un rey moría se erigía una estatua, a la que se daba el nombre de ese rey. El culto a los antepasados es una práctica común en otras islas de esta parte del Pacífico, por lo que es muy posible que también existiera en la isla de Pascua.

Los habitantes en su isla

Los hallazgos realizados en la isla de Pascua indican que se trataba de un pueblo autosuficiente, cuyo sustento era la pesca y una agricultura elemental. Fabricaban anzuelos de piedra y hueso, utilizaban cuencos de piedra para comer, talaban árboles y tallaban la madera con azadas de piedra, y utilizaban cuchillos de obsidiana y de basalto. No se han encontrado piezas de alfarería, argumento en contra de su origen sudamericano, pues en la región andina esta artesanía estaba muy desarrollada.

Los primeros exploradores que llegaron a la isla de Pascua quedaron sorprendidos ante el escaso número de casas que vieron, a pesar de la abundante población que salía a recibirlos. Ello se debe, principalmente, a que, en la época de la decadencia de su cultura, muchos isleños vivían bajo tierra, mientras que los demás habitaban en cabañas fabricadas con postes de madera unidos con material vegetal y con tejados de paja.

Pero no siempre habitaron en este tipo de viviendas. Hay vestigios de casas de piedra, circulares, elípticas o en forma de barco. Los arqueólogos no se habían interesado demasiado por aquellas casas hasta la importante expedición de Thor Heyerdahl a la isla en 1955. El equipo de Heyerdahl las estudió y llegó a la conclusión de que debían corresponder al periodo medio. Estas casas poseían paredes de piedra gruesas y bajas (algo más de un metro), un alto tejado de paja y unas puertas de entrada que atravesaban el tejado.

En la isla se ha encontrado también otro tipo de construcción en piedra: pequeñas torres llamadas *tupa*, hechas con distintos tipos de piedra y con un tejado redondo. Parece que la piedra utilizada procede de las ruinas de casas más antiguas, lo que ha inducido a los arqueólogos a pensar que las *tupas* corresponden al periodo reciente. Se ignora cuál era su función. No debían de ser viviendas, pues se hallan en lugares dispersos de la costa. Tal vez fueran refugios de pescadores o torres vigía, aunque es poco probable, pues apenas ofrecen mejor vista del mar que los terrenos adyacentes.

Desconocemos por completo la estructura jerárquica y la organización social de la isla de Pascua durante la época de construcción de las estatuas. Algunos arqueólogos señalan las divisiones territoriales existentes en el siglo XVIII, cuando Cook llegó a la isla. Ésta estaba dividida en tres sectores independientes, cada uno de los cuales contaba con un jefe, una determinada porción de costa y de tierra interior, y su propia *ahu*. Era un sistema en el que la religión representaba el poder y el jefe cuya *ahu* fuera mayor sería la persona más influyente de la isla. Es posible que estas divisiones del siglo XVIII ya existieran en el periodo medio. Sin embargo, otros especialistas, aduciendo la semejanza de las estatuas en las distintas partes de la isla y observando que la piedra en la que se tallaron procede de la misma cantera, opinan que la isla estaba dirigida por un solo jefe. Esta interpretación parece más plausible, pues no es muy probable que la población en cuyo territorio se hallaba la cantera de la que se conseguía un material tan valioso permitiera el acceso a la misma de su rival.

Un estilo de vida precario

Los habitantes de la isla de Pascua del periodo medio vivían de forma precaria. En cuanto empezó a escasear la limitada reserva de madera, utilizada para la construcción de tejados y para acarrear y levantar las estatuas, la vida ceremonial de la isla no pudo seguir su curso. Además, para construir monumentos de esta envergadura era preciso contar con una poderosa autoridad central. Era un trabajo muy laborioso y era preciso controlar a los obreros. Se ha calculado, a título de ejemplo, el tiempo y la mano de obra necesarios para dejar la mayor de las estatuas colocada en su *ahu*: 30 hombres durante un año para tallarla, 90 hombres durante cinco meses para arrastrarla desde la cantera hasta el *ahu* y ponerla en pie. De las 600 estatuas que quedan en la isla, 450 ya estaban en su sitio cuando se suspendieron los trabajos en la cantera. Fue una tarea impresionante para una población de unos cuantos miles de personas.

Un problema como la escasez de madera –o de alimentos– podía interrumpir aquel trabajo. Pero la realidad, probablemente, fue aún más cruda. Según la tradición, desde el siglo XVII fueron muy frecuentes las luchas tribales en la isla, hecho que confirman vestigios arqueológicos como las numerosas puntas de lanza halladas de aquella época. Se piensa que dos facciones, los «orejas largas» y los «orejas cortas», estuvieron enfrentadas durante décadas, lo que provocó la interrupción de la construcción de estatuas y de casas de piedra, por lo que la mayor parte de los habitantes empezaron a cobijarse en cuevas o viviendas improvisadas. La mayoría de las grandes estatuas fueron derribadas y muchas de las *ahu* se convirtieron en tumbas de los que morían en combate.

Otros descubrimientos vinieron a arrojar algo de luz sobre la historia más reciente de la isla de Pascua. En el siglo XIX se hallaron unas tablillas de madera con unas inscripciones de grafía desconocida llamada *rongo rongo*. Nadie ha sido capaz de descifrarlas y los últimos habitantes de la isla que tal vez conocieron estos glifos fueron deportados a Perú como esclavos antes de que los arqueólogos descubrieran las tablillas. Al parecer, son del periodo reciente, por lo que apenas guardarían relación con el primitivo culto de las estatuas. Sin embargo, parece probable que tuvieran algún significado ritual y que sus inscripciones sean salmos.

Pero ¿para qué tipo de religión se entonaban aquellos salmos? Podría haber sido el culto al pájaro, practicado en Orongo, en la punta suroeste de la isla. Orongo era un pueblo de unas 50 casas de piedra construidas a principios del siglo XVI. A escasa distancia de la costa de Orongo se halla una pequeña isla llamada Motu Nui, en cuyos acantilados aparecen numerosas figuras talladas en la roca, que representan hombres con cabeza de pájaro, algunos de los cuales sostienen huevos. Según la tradición de la isla, los jefes de las principales tribus se reunían todos los años en Orongo. Cada uno de estos hombres enviaba a un criado a nado a la isla de Motu Nui, en la que debía esperar a que los gaviotines agolondrinados, aves migratorias, llegaran y pusieran sus huevos. El amo del primer criado que encontraba un huevo era honrado durante el resto del año.

Como muchos de los lugares descritos en el presente libro, la isla de Pascua plantea numerosas preguntas a las que resulta difícil responder con toda seguridad. El misterio que rodea esta isla se acentúa por el hecho de estar tan aislada, tan fuera de las rutas de la mayoría de los turistas, a excepción de los más aventureros. Para entender sus monumentos debemos plantearnos una pregunta elemental: ¿en qué forma responde un pueblo determinado a su entorno y a sus necesidades espirituales específicas? Es lo que debemos preguntarnos respecto de cualquier lugar que queramos entender, ya sea un lugar remoto o cercano, misterioso o cotidiano.

REFERENCIAS GEOGRÁFICAS

Tarxien
Arqueología: Si bien ciertos obreros de la construcción descubrieron accidentalmente el hipogeo de Hal Saflieni ya en 1902, los trabajos de excavación sistemática, dirigidos por Themistocles Zammit, se iniciaron en 1907. Este arqueólogo estudió el hipogeo y realizó importantes excavaciones en Tarxien. Pero hubo que esperar hasta después de la Segunda Guerra Mundial para que el estudio de la prehistoria de Malta diera un nuevo paso adelante, al encargar la Universidad de Malta el análisis completo de numerosos monumentos. La mayoría de los objetos descubiertos en los emplazamientos malteses están expuestos en el Museo Nacional de La Valletta.
Acceso: Malta es una isla pequeña (25 kilómetros de punta a punta) y se puede llegar fácilmente hasta los templos. Muchas de las ruinas se encuentran actualmente en las afueras de La Valletta y están perfectamente comunicadas con el centro urbano. A los vestigios de Gozo puede llegarse desde Malta en barco.

Skara Brae
Arqueología: Skara Brae se descubrió en 1850, después de que una gran tormenta barriera parte de las dunas de arena de la bahía de Skaill. Las excavaciones sistemáticas de las ruinas parcialmente descubiertas no se iniciaron hasta 1927, bajo la dirección de V. Gordon Childe. En aquella época sólo se pudieron fechar las ruinas comparando los objetos hallados con otros semejantes aparecidos en el sur de Inglaterra. Por ello, hasta 1972-1973, fecha en la que se volvieron a emprender las excavaciones, no se pudo determinar con precisión a qué época correspondía el poblado. La mayoría de los objetos hallados en el emplazamiento se encuentran expuestos en el Museo Nacional de Arte Antiguo de Escocia, en Edimburgo, aunque algunos se han dejado *in situ*.
Acceso: Skara Brae se encuentra en Mainland, la mayor de las islas Orcadas. Se accede por carretera a lo largo de la costa occidental desde Kirkwall –que tiene aeropuerto– o desde Stromness, principal puerto de transbordadores.

Stonehenge
Arqueología: Nuestro concepto de Stonehenge ha ido variando con el tiempo. Inigo Jones, arquitecto de Jaime I de Inglaterra, creía que había sido construido por los romanos, en tanto que John Aubrey, anticuario del siglo XVIII, expuso por primera vez la hipótesis de que hubiera sido construido por los druidas. Los victorianos lo pusieron de moda visitando los círculos de piedra durante el solsticio de verano. En la actualidad se han divulgado las teorías de un Stonehenge científico, al estudiarse la relación del monumento con la astronomía. Al avanzar la arqueología, se han desarrollado también los trabajos de especialistas como R. J. C. Atkinson y Aubrey Burl.
Acceso: Situado en la llanura de Salisbury, al sur de Inglaterra, se puede llegar a Stonehenge por carretera desde la propia Salisbury. En la actualidad no se puede visitar durante el solsticio de verano.

Cnosos
Arqueología: Mucho de lo que sabemos sobre Cnosos se lo debemos a sir Arthur Evans, que inició las excavaciones en el año 1900, aunque su labor pionera dio lugar a muchas controversias, pues no fue tan minucioso como los arqueólogos modernos; sus tareas de reconstrucción en el palacio han suscitado numerosas críticas. Después de 1928 los trabajos arqueológicos los realizó un equipo del Instituto Británico de Atenas. Recientemente se han llevado a cabo estudios en los enterramientos de Cnosos; en ellos se han descubierto sorprendentes restos de sacrificios humanos. Muchos de los hallazgos del palacio y de otros emplazamientos minoicos se pueden ver en el Museo de Herakleion.
Acceso: Cnosos se encuentra al sur de Herakleion (Iraklion), capital de Creta, que cuenta con un aeropuerto internacional.

Micenas
Arqueología: Fueron las excavaciones de Heinrich Schliemann las que atrajeron la atención de los arqueólogos modernos sobre Micenas. Sus hallazgos ocuparon los titulares de toda la prensa, pero su labor dificultó la de arqueólogos posteriores, ya que Schliemann tenía demasiado empeño en hallar objetos de oro y en establecer comparaciones con Homero para actuar de manera rigurosa y científica. Los arqueólogos posteriores –particularmente Alan Wace y Georg Karo– han intentado explicar detalladamente el significado de las ruinas, especialmente de las cámaras y los túmulos mortuorios. Además, la labor del brillante criptógrafo Michael Ventris, que descifró la escritura lineal B, ha arrojado mucha luz sobre Micenas.
Acceso: Micenas se encuentra en las proximidades de la carretera principal que conduce por el oeste desde Corinto (Korinthos) hasta Nauplia (Nauplion). Existe un servicio de autobuses desde Argos, además de una estación de ferrocarril.

Biskupin
Arqueología: Las labores de excavación comenzaron en 1933, bajo la dirección de Jozef Kostrzewski y un equipo de la Universidad de Poznan. Realizaron un trabajo arqueológico ejemplar por su minuciosidad, pero, desgraciadamente, gran parte de su labor fue destruida por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. En 1947 los arqueólogos polacos reanudaron sus tareas de investigación y, aunque Biskupin no es muy conocido fuera de Polonia, es un emplazamiento documentadísimo que cuenta con un buen museo y una excelente reconstrucción de los edificios.
Acceso: La ciudad más próxima es Poznan, a la que se puede acceder por carretera y por ferrocarril desde Berlín y Varsovia. Biskupin se encuentra cerca del pueblo de Rogowo, a unos 80 kilómetros de Poznan por carretera.

Delfos
Arqueología: Reconstruir un lugar de las características de Delfos es como solucionar un enorme rompecabezas. Muchas de las piedras del santuario de Apolo se encuentran todavía en el lugar, pero no en su posición primitiva. De modo que la labor de los arqueólogos –desde los primeros equipos de la Escuela Francesa de Arqueología en Atenas, a finales del siglo pasado, hasta los investigadores contemporáneos– consiste en medir los bloques de piedra, establecer su posición original y reconstruir los edificios. Ya se ha llevado a cabo gran parte de esta tarea. Hay un excelente museo en el emplazamiento, en el que se puede apreciar gran número de objetos, entre ellos la famosa estatua del *Auriga*.
Acceso: Delfos se encuentra en la carretera principal que conduce desde Tebas (Thirai) hasta Amtissa, a unos 130 kilómetros al noroeste de Atenas.

Epidauro
Arqueología: Los primeros que realizaron excavaciones en Epidauro fueron Panayotis Kavvadias y un equipo de la Sociedad Arqueológica de Atenas, que trabajaron allí entre 1881 y 1928. Su labor sirvió de base para todos los estudios posteriores, entre los que cabe destacarlos de los especialistas alemanes Armin von Gerkan y Wolfgang Müller-Wiener, que se centraron en el teatro. Éste también ha sido estudiado por otros muchos especialistas que han analizado obras de teatro escritas para Atenas. En el emplazamiento existe un museo que alberga numerosas esculturas y fragmentos arquitectónicos del santuario de Asclepio. Otros hallazgos se encuentran en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas.
Acceso: Epidauro se encuentra en las proximidades de la carretera que une por el este Corinto con Nauplia, a unos kilómetros al sur del pueblo moderno de Epidauro.

Rodas
Arqueología: *El coloso de Rodas* desapareció hace tantísimo tiempo que no se puede hablar de vestigios arqueológicos en el sentido convencional de la expresión: ni siquiera conocemos su emplazamiento exacto. Por eso, hemos de remitirnos a los relatos que los escritores de la antigüedad –Plinio, Estrabón y Filo de Bizancio– hicieron de esta estatua.
Acceso: La ciudad de Rodas se encuentra en el extremo septentrional de la isla del mismo nombre. El estrecho de Mármara la separa de la costa suroccidental de Turquía. Cuenta con un aeropuerto (al que llegan vuelos de Atenas y otros lugares) y un puerto que enlaza la isla con la península griega.

Santa Sofía
Arqueología: La gran iglesia de Justiniano todavía se mantiene en pie, aunque no se han reconstruido totalmente ni su mobiliario ni las decoraciones de las paredes, especialmente los mosaicos; además, la imaginación del visitante ha de prescindir de los minaretes y las inscripciones posteriores a la caída de Constantinopla. Entre los numerosos historiadores de la arquitectura que han estudiado este edificio, cabe citar a W. R. Lethaby y H. Swainson, quienes publicaron un prolijo estudio sobre la iglesia en 1894. La obra más exhaustiva publicada hasta la fecha es la de Rowland Mainstone, que ofrece un detallado estudio de la arquitectura, la decoración, la historia y la liturgia de la gran iglesia de Justiniano.
Acceso: La iglesia de Santa Sofía se encuentra en el centro de la ciudad antigua de Estambul. La capital cuenta con un aeropuerto internacional y está bien comunicada con el resto de Turquía.

Mistra
Arqueología: Pocos viajeros visitaron Mistra después de la caída del imperio bizantino, ya que el arte bizantino no gozaba de popularidad. La decadencia de la ciudad se vio frenada por la labor de un erudito francés del siglo XIX llamado Gabriel Millet, que escribió varios libros sobre las iglesias de Mistra, haciendo especial referencia a sus pinturas murales. Su entusiasmo se contagió a otros eruditos, así como a las autoridades griegas, que se interesaron por el lugar y, durante la primera mitad del siglo XX, reconstruyeron algunos edificios y restauraron meticulosamente los frescos. Posteriormente, Steven Runciman, famoso bizantinista, escribió un libro sobre la historia de Mistra.
Acceso: Mistra se encuentra en el corazón del Peloponeso, a unos kilómetros al oeste de Esparta. Por su proximidad con esta capital es fácil acceder a ella en coche o en autobús.

Topkapi
Arqueología: Topkapi es en la actualidad un museo del sultanato. La visita a Topkapi es apasionante, pues encierra algunos de los tesoros más admirables de los sultanes. Pero hay que hacer un gran esfuerzo de imaginación para recrear el palacio primitivo. Lamentablemente, los eruditos han analizado los tesoros –desde las miniaturas hasta las esmeraldas, pasando por la porcelana y las armas– en detrimento de la historia arquitectónica. Posiblemente, el visitante se encuentra más cerca del ambiente original del palacio en los frescos patios y los aposentos privados.
Acceso: Topkapi se encuentra en el centro del barrio antiguo de Estambul, frente al Bósforo. A la capital se llega por avión desde todas las partes del mundo y está bien comunicada con el resto de Turquía.

Catal Hoyuk
Arqueología: Debemos nuestros conocimientos sobre Catal Hoyuk al arqueólogo James Mellaart, quien inició unas meticulosas excavaciones en 1961 tras descubrir el túmulo. En lugar de cavar una trinchera vertical, Mellaart realizó las excavaciones en franjas horizontales, descubriendo toda la sección de la ciudad y «pelando» capa tras capa. De este modo, además de conseguir una información de incalculable valor, se han conservado muchos santuarios y sus pinturas murales.
Acceso: Catal Hoyuk se encuentra a unos 50 kilómetros al sur de Konya, desde donde se accede por carretera. Konya es una gran ciudad a la que se llega por carretera desde Ankara. Para llegar a Catal Hoyuk desde Konya, se toma la carretera a Karaman (al sur de la ciudad) y, al cabo de 34 kilómetros, se gira a la izquierda hacia Kumra.

Mohenjo-Daro
Arqueología: Las excavaciones se iniciaron en 1922, un año después de que los estudios realizados en Harappa revelaran por primera vez que existían importantes vestigios de la civilización del Indo. Pero las labores más importantes las llevó a cabo sir Mortimer Wheeler en la década de los años 50. Wheeler identificó el granero y descubrió, entre otras, las fortificaciones del extremo sureste de la ciudad. Existe gran cantidad de ruinas, así como un pequeño museo con una importante colección de hallazgos. Otras piezas se encuentran en los museos de Karachi y Lahore.
Acceso: Se puede llegar a Mohenjo-Daro por tren desde Lahore o Karachi. El emplazamiento se encuentra a cierta distancia de la estación. También se puede llegar en autobús desde Larkhana.

Ur
Arqueología: El primero y más famoso de los científicos que excavaron las ruinas de Ur fue el arqueólogo británico sir Leonard Woolley, quien halló las joyas reales colocadas sobre las calaveras de sus dueños y otros objetos aún más perecederos, como instrumentos musicales. Los hallazgos de Woolley se distribuyeron entre el Museo Británico de Londres, el Museo de Pensilvania en Filadelfia y el Museo de Bagdad. En Ur puede encontrar el visitante importantes ruinas del famoso zigurat y un gran número de vestigios de casas y otros edificios.
Acceso: Las ruinas de la ciudad y del zigurat se encuentran a 16 kilómetros al oeste de Nasiriyya, en el valle inferior del Éufrates, a unos 2,5 kilómetros de la estación de ferrocarril.

Bogazkoy
Arqueología: Charles Texier, artista y viajero francés que visitó el lugar en 1834, fue el primer occidental que descubrió Bogazkoy. Pero los trabajos de excavación no se iniciaron hasta 1906, bajo la dirección del alemán Hugo Winkler y del arqueólogo turco Makridi. En el pueblo moderno de Bogazkoy existe un pequeño museo, aunque la mayoría de los objetos se encuentran en el Museo de Ankara; en el Museo de Arte Oriental Antiguo de Estambul se halla una de las esfinges de la portada. Las ruinas ofrecen una evocadora colección de murallas y cimientos en un entorno de gran belleza.
Acceso: Hay excursiones organizadas en autobús desde Ankara, capital de Turquía.

Troya
Arqueología: No se puede citar Troya sin mencionar la labor de Heinrich Schliemann, que realizó sus excavaciones en la década de 1870. Aunque no se pueden aprobar sus métodos (se abrió camino por el túmulo que cubría los restos destruyendo muchas piezas en su afán por descubrir el tesoro), es preciso admirar su entusiasmo. Su labor sirvió para revelar a otros arqueólogos más rigurosos la importancia del emplazamiento. Sus sucesores en el siglo XX, Wilhelm Dörpfeld y Carl Blegen, han proporcionado el marco necesario para comprender los vestigios hallados en el lugar. Existe un pequeño museo *in situ*.
Acceso: Troya se halla al sur de Canakkale, Turquía, ciudad de la que parten frecuentes autobuses y a la que se llega, también en autobús, desde Bursa, Estambul, Izmir y Edirne.

Jursabad
Arqueología: Paul Emile Botta fue la primera persona que excavó el lugar, en condiciones muy difíciles, a mediados del siglo XIX. En 1851 tomó el relevo Victor Place, que realizó los primeros planos y reconstrucciones de Jursabad, los cuales figuran en sus hermosos libros sobre Asiria. Posteriormente, entre 1928 y 1935, el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago prosiguió las excavaciones, revisando las conclusiones de Place y descubriendo otras zonas de la ciudad, entre ellas varios templos y edificios públicos. Los viajeros que no puedan visitar Jursabad hallarán piezas muy hermosas procedentes de este lugar en el Museo Británico de Londres.
Acceso: Jursabad se encuentra al nordeste de la ciudad de Mosul, en el norte de Irak, desde donde se puede llegar por carretera. Cerca de Jursabad se encuentra Nínive, el otro gran emplazamiento asirio.

Babilonia
Arqueología: Robert Koldewey, arquitecto convertido en arqueólogo, dirigió las primeras excavaciones de Babilonia entre 1899 y 1917, a instancias de la Sociedad Orientalista Alemana, y realizó los primeros planos precisos de la ciudad. En época más reciente, el Departamento de Historia Antigua de Iraq prosiguió los trabajos de Koldewey, emprendiendo además la minuciosa restauración de algunos edificios, por ejemplo el templo dedicado a Ninna, la diosa madre. El visitante puede también admirar la magnífica puerta de Istar. Aquellos que no puedan viajar a Iraq encontrarán los más importantes hallazgos de Babilonia en los museos de Berlín, especialmente en el magnífico Museo de Oriente Medio.
Acceso: Babilonia se encuentra a orillas del río Éufrates, junto a la moderna ciudad de Hilla, a unos 88 kilómetros al sur de Bagdad, capital de Iraq.

Persépolis
Arqueología: Las tareas de excavación de Persépolis se iniciaron en las décadas de 1920 y 1930 bajo la dirección de un equipo del Instituto Oriental de Chicago, continuándose en la década de 1940 por el Servicio Arqueológico Iraní, que en años más recientes ha proseguido la labor, mientras que un equipo italiano ha restaurado parte de la estructura del palacio. Hay un museo *in situ* en el que se pueden admirar algunos restos, entre ellos varias piezas escultóricas de los salones de recepción de Jerjes, junto con objetos prehistóricos hallados en los alrededores. Otras piezas se encuentran en el Museo Arqueológico de Teherán. Pero aquellos que no puedan visitar Irán encontrarán importantes colecciones en el Museo del Louvre de París y en el Museo de Arte Metropolitano de Nueva York.
Acceso: Persépolis se encuentra en la provincia de Fars, a unos 80 kilómetros al noroeste de la ciudad de Shiraz, junto a la carretera principal que enlaza Shiraz con Isfahán.

Petra
Arqueología: John L. Burckhardt, joven erudito y aventurero, disfrazado de musulmán indio, logró ser admitido en «la ciudad prohibida» y con ello redescubrir Petra para Occidente. Posteriormente, visitaron la ciudad otras personas, entre ellas Alois Musil, que llevó a cabo la primera investigación sistemática sobre el lugar, publicada en 1907. En época más reciente han realizado excavaciones arqueológicas en Petra la Escuela Británica de Arqueología de Jerusalén, el Departamento Jordano de Historia Antigua y la Universidad de Jordania. Existe un centro de información donde se facilitan a los turistas detalles sobre el emplazamiento y donde además se muestran algunos de los objetos hallados en la ciudad.
Acceso: Desde Amán salen autobuses y excursiones organizadas, entre ellas una visita de un día a Petra. También se puede tomar un taxi desde Amán hasta Wadi Musa, pueblo situado en las proximidades de Petra.

Gran Muralla China
Arqueología: Aunque se han realizado muchos estudios sobre la Gran Muralla China, pocos detalles han llegado hasta Occidente. Tras la Revolución Cultural se intentó borrar el recuerdo del primer emperador y su relación con la Gran Muralla. Recientemente se ha suscitado su recuerdo a raíz de las excavaciones realizadas en su tumba en el monte Li, cuyos hallazgos se han exhibido por todo el mundo. Se están llevando a cabo restauraciones de la muralla, que se encuentra en buenas condiciones en los lugares a los que tienen acceso los turistas.
Acceso: El principal lugar en el que se visita la Gran Muralla es Ba Da Ling, a unos 64 kilómetros de Pekín, adonde se puede llegar desde la capital tanto por tren como por carretera.

Yoshinogari
Arqueología: Las excavaciones realizadas recientemente en este emplazamiento han tenido una respuesta entusiasta en Japón y los resultados de los hallazgos se han publicado en todo el mundo. Sin embargo, es demasiado pronto para sacar conclusiones firmes sobre la importancia de este lugar.
Acceso: Yoshinogari se encuentra en el Kyushu, cerca de la actual ciudad de Saga, desde la que tiene fácil acceso.

Ellora
Arqueología: La Sociedad Asiática, fundada en Calcuta en 1784, fue la precursora de la labor arqueológica desarrollada en la India. Dicha sociedad estaba originalmente orientada a la investigación lingüística, pero, al tener que estudiar inscripciones, sus miembros empezaron a interesarse por la arqueología. En particular, el pionero H. H. Wilson estudió diversas inscripciones antes de centrarse en el templo de Ellora, cuya primera crónica en lengua inglesa, obra de sir Charles Ware Malet, data de 1794. A pesar de esta actividad, el capitán J. B. Seely, que viajó hasta los templos a principios del siglo XIX, tuvo que hacer una campaña en 1824 para que se conservaran los monumentos de Ellora, sumidos en el abandono. Gracias a sus esfuerzos, los templos han llegado hasta nuestros días en buenas condiciones.
Acceso: Ellora se halla en el estado de Maharashtra, en la India occidental. Hay vuelos diarios desde Bombay a Aurangabad, y frecuentes autobuses entres ambas ciudades –en tren, el viaje resulta más complicado–. Ellora está a 29 kilómetros de Aurangabad, desde donde salen autobuses, excursiones organizadas y taxis que conducen hasta los templos. Quienes quieran pasar más de un día en Ellora también pueden hallar alojamiento *in situ*.

Nara
Acceso: Se puede llegar a los edificios de la antigua Nara desde la moderna ciudad del mismo nombre. Nara está bien comunicada con el resto de Japón.

Angkor
Arqueología: A mediados del siglo XIX se empezó a difundir por Europa la noticia de que en Angkor existían ruinas muy bien conservadas. En 1860 Henri Mouhot, naturalista convertido en arqueólogo, llegó por primera vez a la ciudad de los jemeres, donde hizo detallados planos y dibujos, contagiando a muchos otros su fascinación por Angkor. El trabajo de los arqueólogos franceses ha tenido gran importancia para este centro; cabe destacar la labor de Georges Coedès y de la Escuela Francesa de Extremo Oriente.
Acceso: Angkor está situado en el noroeste de Camboya, al norte de la actual ciudad de Siem Riep. Sólo los más intrépidos viajeros logran llegar a Angkor, ya que la única manera recomendable de hacerlo es en excursión de un día por vuelo chárter a Siem Riep. Las carreteras están cerradas para los extranjeros y se encuentra a considerable distancia de Phnom Pehn.

Pekín
Arqueología: El primer contacto de los occidentales con la ciudad imperial de Pekín tuvo lugar con la llegada a la misma de un grupo de jesuitas en el año 1600. Posteriormente, visitaron la ciudad otros viajeros, diplomáticos y misioneros británicos, holandeses y rusos, que relataron sus vivencias, tan inusuales para Occidente. Todavía en la actualidad la Ciudad Prohibida tiene un misteriosa connotación para los que nunca han visitado China. Muchas partes de la ciudad imperial han sido restauradas y en muchas de sus salas se exhiben tesoros del arte chino, por ejemplo piezas de bronce, pinturas y esculturas de jade.
Acceso: La ciudad imperial se encuentra en el centro de Pekín, por lo que puede ser fácilmente visitada.

Taj Mahal
Acceso: El Taj Mahal se encuentra en Agra, en el estado de Uttar Pradesh, a unos 175 kilómetros al sur de Delhi, ciudad que cuenta con un importante aeropuerto y que enlaza con Agra por carretera y ferrocarril.

Saqqara
Arqueología: El arqueólogo francés Auguste Mariette fue el primero que realizó excavaciones sistemáticas en Saqqara; aunque no logró ver concluida su tarea, supo comunicar su interés a otros, por ejemplo los británicos C. M. Firth y J. E. Quibell, que excavaron la pirámide de Zoser en la década de 1920. Su labor puso de manifiesto el tamaño y la complejidad de los enterramientos, desde la propia pirámide hasta el recinto que la rodea. Estudiaron además otros templos situados en este emplazamiento. Como resultado de la labor llevada a cabo por Firth, Quibell y muchos otros arqueólogos, se han podido reconstruir diversos edificios mortuorios *in situ*, con lo cual los visitantes pueden hacerse una idea del aspecto original del lugar. Muchas de las tumbas, con sus pinturas y relieves murales, fueron excavadas por Walter Bryan Emery entre 1936 y 1956. Todavía hay muchos arqueólogos trabajando en Saqqara.
Acceso: Es fácil llegar a Saqqara, que se encuentra junto a Menfis, a 32 kilómetros al suroeste de El Cairo. A la capital llegan regularmente vuelos internacionales.

Karnak
Arqueología: A diferencia de muchos emplazamientos egipcios, completamente enterrados bajo la arena, Karnak siempre estuvo visible. Sin embargo, fue preciso llevar a cabo grandes tareas de limpieza, iniciadas en 1895 por Georges Legrain: se retiraron muchos escombros, se volvió a colocar en posición vertical un gran número de columnas, se reconstruyó el segundo pilono, que se había caído, y se descubrieron muchas esculturas, obeliscos y otras piezas. Los arqueólogos franceses Henri Chevrier y Pierre Lacau continuaron la labor de Legrain, seguidos por un gran número de arqueólogos. En Luxor, muy cerca de Karnak, se encuentra un museo pequeño, pero muy bien documentado.
Acceso: Karnak se encuentra en la orilla oriental del Nilo, junto a la moderna ciudad de Luxor, a 670 kilómetros al sur de El Cairo, en el emplazamiento de la antigua Tebas. Entre El Cairo y Luxor hay servicios de aviones y trenes. En Luxor se pueden alquilar coches de caballos para visitar los distintos lugares.

Abu Simbel
Arqueología: Los templos de Abu Simbel quedaron enterrados bajo la arena hasta que los redescubrió el explorador suizo Burckhardt en 1813. Muchos otros viajeros y arqueólogos siguieron sus pasos. La fama del templo alcanzó nuevas cotas cuando se vio amenazado por la construcción de la presa de Asuán. El éxito de la operación de salvamento y el aumento del nivel del agua de la presa han hecho posible que los templos tengan en la actualidad una disposición semejante a la que tenían originalmente. También se ha mantenido la orientación de los templos hacia levante.
Acceso: El gran templo de Ramsés se encuentra a orillas del Nilo, en el Alto Egipto, a 1.230 kilómetros al sur de El Cairo. Se puede volar allí desde la capital o desde Asuán, pero hay que reservar los billetes con mucha antelación.

Alejandría
Arqueología: Como no quedan vestigios del faro ni de la biblioteca ni de muchos otros monumentos de tiempos de Alejandro y de los Ptolomeos, los trabajos arqueológicos en Alejandría se han centrado en algunas partes de la ciudad que quedan fuera del ámbito de este libro. La labor de algunos eruditos que han intentado reconstruir los grandes edificios de los Ptolomeos ha de basarse en los textos de los autores clásicos. Afortunadamente, Alejandría fue siempre un lugar con amplia actividad literaria, con lo que abundan los textos sobre la misma. El erudito que ha estudiado con más intensidad dichas fuentes es P. M. Fraser, cuya ingente obra *La Alejandría de los Ptolomeos* es uno de los relatos más exhaustivos que se han escrito sobre ciudad alguna. En Alejandría hay un museo grecorromano que nos da cierta idea de la gloria clásica de esta ciudad.
Acceso: La ciudad se encuentra en el delta del Nilo y es el principal puerto de Egipto. Se halla a 190 kilómetros al noroeste de El Cairo y está comunicada con la capital por tren y avión.

Leptis Magna
Arqueología: Como Leptis Magna no fue invadida sino abandonada y como, al igual que en Persépolis, sus ruinas quedaron bajo la arena, no fue difícil excavarla. Cuando se retiró la arena, quedaron al descubierto muchos edificios admirablemente conservados. En algunos casos las columnas tenían toda su altura y las estatuas se encontraban en su posición original. Esta labor arqueológica fue realizada por un equipo italiano bajo la dirección de Pietro Romanelli; más recientemente,

el Departamento de Historia Antigua de Libia ha proseguido las excavaciones. La mayor parte de las piezas se encuentra en el Museo de Trípoli.
Acceso: Leptis Magna se encuentra cerca de la ciudad de Homs, en la costa libia, a unos 100 kilómetros al este de la capital, Trípoli. Una carretera principal enlaza ambas ciudades.

Gran Zimbabwe
Arqueología: El geólogo alemán Carl Mauch fue el primer europeo que llegó al Gran Zimbabwe. En 1871 formuló la hipótesis de las minas del rey Salomón, que se hizo muy popular entre los colonos blancos, hasta el punto de que, a finales del siglo XIX, se formó una empresa, Rhodesia Ancient Ruins Ltd., con el fin de hallar el tesoro. Las excavaciones resultaron muy decepcionantes desde el punto de vista económico y se disolvió la compañía. A principios del siglo XX ciertos arqueólogos profesionales, entre los que cabe citar a David Randall-MacIver y Gertrude Caton-Thompson, abordaron las ruinas con un planteamiento distinto. Ambos concluyeron que eran obra de los pobladores de aquella región y que no databan de los tiempos bíblicos, sino de la edad media. Que los negros de épocas relativamente recientes fueran capaces de tales logros ofendió a los colonos blancos del sur de África. Pero estudios posteriores han confirmado esta hipótesis: Zimbabwe fue «devuelto» moralmente a los negros, convirtiéndose en un símbolo de su país.
Acceso: Las ruinas del Gran Zimbabwe se encuentran a varios kilómetros al sur de la capital, Harare, desde la que se puede llegar por carretera.

Copán
Arqueología: El coronel Juan Galindo fue el primero en publicar, en 1835, una descripción sobre las ruinas de Copán, en un libro que incitó a otros exploradores, entre ellos a John Stephens y a Frederick Catherwood, a estudiar los emplazamientos mayas. Éstos compraron las ruinas, las drenaron y realizaron excavaciones. En la década de 1880 Percival Maudslay realizó un estudio detallado de las mismas, descubriendo los jeroglíficos de la escalera y muchos otros vestigios importantes. Era un buen fotógrafo y sus documentos han sido de incalculable valor para los eruditos que han estudiado el emplazamiento. Entre 1935 y 1947 se llevaron a cabo excavaciones y restauraciones patrocinadas por los norteamericanos y se creó además un museo local.
Acceso: Copán se encuentra en Honduras, cerca de la frontera con Guatemala. Se puede llegar por vuelo chárter desde la ciudad de Guatemala o desde Tegucigalpa. Hay también autobuses desde San Pedro Sula hasta La Entrada y desde La Entrada hasta Copán.

Chichén Itzá
Arqueología: Los viajeros y arqueólogos John Stephens y Frederick Catherwood describieron las ruinas de Chichén Itzá por primera vez, aunque no realizaron excavaciones en este lugar. Para ello hubo que esperar a E. H. Thompson, quien rastreó el cenote del sacrificio, encontrando gran número de restos humanos y otros objetos. Pero esto no fue un trabajo científico; las tareas profesionales las emprendió en 1924 un equipo del Instituto Carnegie de Washington. Su proyecto, que duró 17 años, sentó las bases para posteriores trabajos de arqueología maya. El lugar fue estudiado desde casi todos los puntos de vista, desde el lenguaje hasta la arquitectura, pasando por la medicina y la ecología. Se restauró con toda fidelidad un gran número de edificios.
Acceso: Chichén Itzá se halla en la península de Yucatán, al oeste de Valladolid y a unos 110 kilómetros al este de la capital, Mérida. Desde ambas ciudades parten autobuses para Chichén Itzá. También hay una pista de aterrizaje próxima al lugar.

Tenochtitlán
Arqueología: Tenochtitlán se halla debajo de la actual Ciudad de México. No se conocía el emplazamiento del gran templo azteca hasta que en 1978 se descubrió una gran piedra tallada que indicaba su ubicación. Desde entonces se han realizado nueve excavaciones y el Instituto Mexicano de Arqueología ha puesto en marcha el Proyecto del Gran Templo. Se ha destruido una importante zona de la Ciudad de México para facilitar las excavaciones. Gracias a ello se ha arrojado luz sobre la historia del templo y sus reconstrucciones. Los hallazgos se hallan expuestos en el Museo de la Ciudad de México.
Acceso: Se accede fácilmente al emplazamiento, situado en el corazón de la capital.

Pueblo Bonito
Arqueología: Pueblo Bonito fue redescubierto por el teniente James Simpson, oficial del ejército norteamericano que participó en una expedición contra los indios navajos. Su diario de campaña, publicado en 1852, contiene una larga descripción de las impresionantes ruinas de este lugar, que serviría de acicate a numerosos visitantes y, a finales de siglo, a los arqueólogos profesionales. En las décadas de 1930 a 1950 los equipos de Neil M. Judd llevaron a cabo las tareas más importantes que se han realizado en el lugar; sus conclusiones, publicadas por la Smithsonian Institution de Washington, son referencia obligada para cualquier persona que pretenda conocer la cultura de Pueblo Bonito.
Acceso: Pueblo Bonito se encuentra al noroeste del estado de Nuevo México, a unos 160 kilómetros al noroeste de Albuquerque, desde donde salen varias carreteras, todas ellas de difícil tránsito.

Machu Picchu
Arqueología: Hiram Bingham y los miembros de la expedición de la Universidad de Yale a Perú en 1911 fueron los primeros arqueólogos que visitaron Machu Picchu. Bingham pensó que había hallado la ciudad semilegendaria cuna de los incas. Al año siguiente volvió a Machu Picchu con la ayuda de la revista *National Geographic* y de la Universidad de Yale, y realizó excavaciones que parecieron confirmar su hipótesis sobre la importancia de aquella ciudad. Posteriormente, otros arqueólogos localizaron Vilcabamba, la ciudad perdida de los incas, en otro emplazamiento, poniendo de manifiesto que Machu Picchu era una ciudad de menor importancia dentro del imperio inca.
Acceso: La ciudad se encuentra situada al suroeste de los Andes, a unos 100 kilómetros al norte de Cuzco. Se puede llegar en tren y luego en autobús desde Cuzco, donde también se puede encontrar alojamiento.

Isla de Pascua
Arqueología: El explorador y capitán James Cook fue el primero que reveló la existencia de la isla de Pascua. Desde entonces, y a pesar de su lejanía, muchos exploradores y aventureros han visitado el lugar. En nuestro siglo el más famoso ha sido Thor Heyerdahl, que en un principio pensó que los habitantes de la isla de Pascua pudieron haber llegado desde Sudamérica; por ello, realizó esta misma travesía en una balsa de madera llamada *Kon Tiki*. Además, llevó a cabo un gran número de excavaciones en la isla. Los investigadores posteriores, aun reconociendo el valor de la obra de Heyerdahl, afirman que no hay pruebas arqueológicas que indiquen que hubiera un asentamiento americano significativo en la isla de Pascua.
Acceso: La isla de Pascua se encuentra en un lugar remoto del océano Pacífico, al oeste de la costa de Chile. Puede volarse a la isla desde Tahití y Santiago de Chile.

BIBLIOGRAFÍA

Tarxien
Evans, J. D.: *Malta* [*Malta*]. Londres, 1959.
Evans, J. D.: *The Prehistoric Antiquities of the Maltese Islands* [*Antigüedades prehistóricas de las islas maltesas*]. Londres, 1972.
Trump, D. H.: *Malta: An Archaeological Guide* [*Guía de arqueología de Malta*]. Londres, 1972.
Trump, D. H.: «Megalithic Architecture in Malta» [«Arquitectura megalítica en Malta»] en *Antiquity and Man: Essays in Honour of Glyn Daniel* [*El hombre y la antigüedad: ensayos en honor de Glyn Daniel*]. Londres, 1981.

Skara Brae
Childe, V. G. y Clarke, D. V.: *Skara Brae* [*Skara Brae*]. Edimburgo, 1988.
Ritchie, A.: *Scotland BC* [*Escocia a. de C.*]. Edimburgo, 1988.

Stonehenge
Atkinson, R. J. C.: *Stonehenge* [*Stonehenge*]. Harmondsworth, 1979.
Burl, A.: *The Stonehenge People* [*Los pobladores de Stonehenge*]. Londres, 1987.
Chippindale, C.: *Stonehenge*. Trad. Jesús Pardo. Barcelona: Destino, 1989.

Biskupin
Gardawski, A.: «An Early Bronze Age Kraal at Biskupin» [«Un poblado de la edad del bronce antiguo en Biskupin»], *Antiquity*, vol. XXXII, 1958, p. 121-123.
Kostrewski, J.: «Biskupin: An Early Iron Age Village in Western Poland» [Biskupin: un poblado de la edad del hierro antiguo en Polonia occidental], *Antiquity*, vol. XII, 1938, p. 311-317.

Cnosos
Blázquez, J. M., López Melero, R. y Sayas, J. J.: *Historia de Grecia antigua*. Madrid: Cátedra, 1989.
Evans, A.: *The Palace of Minos* [*El palacio de Minos*]. Londres, 1921-1935.
Graham, J. W.: *The Palaces of Crete* [*Los palacios de Creta*]. Princeton, 1962.
Hood, S.: *The Minoans* [*Los minoicos*]. Londres, 1971.
Willetts, R. F.: *Everyday Life in Ancient Crete* [*La vidad cotidiana en la antigua Creta*]. Londres y Nueva York, 1969.

Micenas
Higgins, R.: *Minoan and Mycenaean Art* [*Arte minoico y micénico*]. Londres, 1967.
Hooker, J. T.: *Mycenaean Greece* [*La Grecia micénica*]. Londres, 1977.
Taylor, W.: *The Mycenaeans* [*Los micénicos*]. Londres, 1964.

Delfos
Andronicos, M.: *Delphi* [*Delfos*]. Atenas, 1985.
Robertson, D. S.: *Arquitectura griega y romana*. Trad. Lorenzo Abad y Rafael Fontán. Madrid: Cátedra, 1988.

Epidauro
Blanco Freijeiro, A.: *El arte griego*. Madrid: Anaya, 1990
Tomlinson, R. A.: *Epidauros* [*Epidauro*]. Londres, 1983.

Rodas
Clayton, P. y Price, M.: *The Seven Wonders of the Ancient World* [*Las siete maravillas de la antigüedad*]. Londres, 1988.
Craik, E. M.: *The Dorian Aegean* [*El Egeo dórico*]. Londres, 1980.

Santa Sofía
Kinross, L.: *Hagia Sophia* [*Santa Sofía*]. Londres, 1973.
Mainstone, R. J.: *Hagia Shopia* [*Santa Sofía*]. Londres, 1988.
Runciman, S.: *Bizancio: estilo y civilización*. Trad. Consuelo Luca de Tena. Madrid: Xarait, 1988.
Yarza Luaces, J.: *El arte bizantino*. Madrid: Anaya, 1991

Mistra
Chatzidakis, M.: *Mystras: The Medieval City and Castle* [*Mistra: el castillo y la ciudad medievales*]. Atenas, 1985.
Runciman, S.: *Mistra: Byzantine Capital of the Peloponnese* [*Mistra: capital bizantina del Peloponeso*]. Londres, 1980.

Topkapi
Aksit, I.: *Topkapi* [*Topkapi*]. Estambul, sin fecha.
Morin, E.: *Capital musulmana bajo Solimán el Magnífico: Estambul*. Bilbao: Mensajero, 1990.

Catal Hoyuk
Mellaart, J.: *Catal Hüyük: A Neolithic Town in Anatolia* [*Catal Hoyuk, ciudad neolítica de Anatolia*]. Londres, 1967.
Mellaart, J.: *The Archaeology of Ancient Turkey* [*Arqueología en la antigua Turquía*]. Londres, 1978.

Mohenjo-Daro
Marshall, J.: *Mohenjo-daro and the Indus Civilization* [*Mohenjo-Daro y la civilización del Indo*]. Londres, 1931.
Raikes, R. L.: «The End of the Ancient Cities of the Indus» [«El fin de las antiguas ciudades del Indo], *American Anthropologist*, vol. 64, nº 2, 1964.
Wheeler, M.: *Civilizations of the Indus Valley and Beyond* [*Las civilizaciones del valle del Indo y sus alrededores*]. Londres, 1966.
Wheeler, M.: *The Indus Civilization* [*La civilización del Indo*]. Cambridge, 1968.

Ur
García, M. C. y Santacana, J.: *El cercano Oriente: los sumerios*. Madrid: Anaya, 1990.
Kramer, S. N.: *La historia empieza en Sumer*. Barcelona: Orbis, 1985.
Lloyd, S.: *The Archaeology of Mesopotamia* [*Arqueología en Mesopotamia*]. Londres, 1978.
Woolley, L.: *Ur «of the Chaldees»* [*Ur «de los caldeos»*]. Londres, 1982.

Bogazkoy
Bittel, K.: *Hattusha, Capital of the Hittites* [*Hattussa, capital de los hititas*]. Nueva York, 1970.
Bittel, K.: *Los hititas*. Madrid: Aguilar, 1976.
Ceram, C. W.: *El misterio de los hititas*. Barcelona: Destino, 1966.
Gurney, O. R.: *The Hittites* [*Los hititas*]. Hardmondsworth, 1980.
Hicks, J.: *The Empire Builders* [*Los constructores del imperio*]. Amsterdam, 1974.
Macqueen, J. G.: *The Hittites and their Contemporaries in Asia Minor* [*Los hititas y sus contemporáneos en Asia Menor*]. Londres, 1986.

Troya
Blegen, C.: *Troy and the Trojans* [*Troya y los troyanos*]. Londres, 1963.
Wood, M.: *In Search of the Trojan War* [*En busca de la guerra de Troya*]. Londres, 1987.

Jursabad
Olmstead, A. J.: *History of Assyria* [*Historia de Asiria*]. Nueva York, 1923.
Saggs, H. W. F.: *The Might that was Assyria* [*El poderío de la antigua Asiria*]. Londres, 1984.

Babilonia
Koldewey, R.: *The Excavations at Babylon* [*Las excavaciones de Babilonia*]. Londres, 1914.
Lara Peinado, F.: *Así vivían en Babilonia*. Madrid: Anaya, 1989.
Morin, E.: *Una ciudad en Mesopotamia bajo Nabucodonosor: Babilonia*. Trad. Jesús Mendibelzúa. Bilbao: Mensajero, 1990.
Oates, J.: *Babylon* [*Babilonia*]. Londres, 1986.
Saggs, H. W. F.: *The Greatness that was Babylon* [*El esplendor de la antigua Babilonia*]. Londres, 1962.

Persépolis
Arberry, A. J.: *El legado de Persia*. Trad. Martín Escurria. Madrid: Edersa, 1967.
Collins, R.: *The Medes and Persians* [*Medas y persas*]. Londres, 1974.
Hicks, J.: *The Persians* [*Los persas*]. Londres, 1979.
Matheson, S. A.: *Persia: An Archaeological Guide* [*Guía arqueológica de Persia*]. Londres, 1976.
Sami, A.: *Persepolis* [*Persépolis*]. Shiraz, 1955.

Petra
Browning, I.: *Petra* [*Petra*]. Londres, 1986.
Khoumi, R. G.: *Petra: A guide to the Capital of the Nabateans* [*Petra: guía de la capital de los nabateos*]. Londres, 1986.
Kennedy, A.: *Petra: Its History and Monuments* [*Historia y monumentos de Petra*]. Londres, 1925.
Murray, M.: *Petra: The Rock City of Edom* [*Petra: la ciudad de piedra de Edom*]. Londres, 1939.

Gran Muralla china
Chesneaux, J.: *Historia de China*. Barcelona: Vicens-Vives, 1972.
Cotterell, A.: *The First Emperor of China* [*El primer emperador de China*]. Londres, 1981.
Fryer, J.: *The Great Wall of China* [*La Gran Muralla china*]. Londres, 1975.
Jin, Y.: *The Great Wall* [*La Gran Muralla*]. Pekín, 1986.
Needham, J.: *Grandeza y miseria de la tradición científica china*. Barcelona: Anagrama, 1977.

Nara
Kidder, J. E.: *Early Buddhist Japan* [*Japón en tiempos del budismo primitivo*]. Londres, 1972.
Ooka, M.: *Temples of Nara and their Art* [*Los templos de Nara y su arte*]. Nueva York y Tokio, 1973.
Paine, R. T. y Soper, A.: *The Art and Architecture of Japan* [*Arte y arquitectura en Japón*]. Harmondsworth, 1974.
Shimizu, C.: *El arte japonés*. Trad. Mireia Bofill. Barcelona: Paidos Ibérica, 1986.

Ellora
Goetz, H.: *Historia de la India*. Bilbao: International Book Creation, 1968.
Le Bon, G.: *The World of Ancient India* [*El mundo de la antigua India*]. Ginebra, 1974.
Rowland, B.: *The Art and Architecture of India: Buddhist, Hindu, Jain* [*Arte y arquitectura de la India: budista, hindú y jainí*]. Harmondsworth, 1967.
Shearer, A.: *The Traveller's Key to Northern India* [Guía del viajero para India septentrional]. Londres, 1987.

Angkor
Auboyer, J.: *Angkor*. Barcelona: Polígrafa, 1971.
Krasa, M.: *The Temples of Angkor* [*Los templos de Angkor*]. Londres, 1963.
MacDonald, M.: *Angkor and the Khmers* [*Angkor y los jemeres*]. Oxford, 1987.
Mazzeo, D. y Antonini, C. S.: *Ancient Cambodia* [*La antigua Camboya*]. Londres, 1980.

Pekín
Arlington, L. C. y Lewisohn, W.: *In Search of Old Peking* [*En busca del antiguo Pekín*]. Londres, 1967.
Bonavia, D.: *Peking* [*Pekín*]. Londres, 1978.
MacFarquhar, R.: *The Forbidden City* [*La Ciudad Prohibida*]. Londres, 1972.
Soren, O.: *The Imperial Palaces of Peking* [*Los palacios imperiales de Pekín*]. Londres, 1926.
Yutang, L.: *Imperial Peking* [*El Pekín imperial*]. Nueva York, 1961.

Taj Mahal
Carroll, D.: *The Taj Mahal* [*El Taj Mahal*]. Nueva York, 1978.
Gascoigne, B.: *Los grandes mongoles*. Trad. Esteban Riambau. Barcelona: Noguer, 1972.

Saqqara
Kurt, L.: *Pirámides, esfinges y faraones*. Barcelona: Destino, 1989.
Lauer, J. P.: *Saqqara: The Royal Cemetery of Memphis* [*Saqqara, cementerio real de Menfis*]. Londres, 1976.

Karnak
Enguix, R.: *El antiguo Egipto*. Madrid: Anaya, 1989.
Kamil, J.: *Luxor: A Guide to Ancient Thebes* [*Luxor: guía de la antigua Tebas*]. Londres, 1983.

Abu Simbel
Adams, W. Y.: *Nubia: Corridor to Africa* [*Nubia, pasaje hacia África*]. Londres, 1977.
Emery, W. B.: *Egypt in Nubia* [*Egipto en Nubia*]. Londres, 1965.
Keating, R.: *Nubian Rescue* [*El rescate de Nubia*]. Londres, 1975.
Säve-Söderbergh, T.: *Temples and Tombs of Ancient Nubia* [*Templos y tumbas de la antigua Nubia*]. París y Londres, 1987.
Trigger, B.: *Nubia under the Pharaohs* [*Nubia bajo los faraones*]. Londres, 1976.

Alejandría
Ballesteros Arranz, E.: *El helenismo*. San Sebastián de los Reyes: Hiares, 1983.
Bell, H. I.: *Egypt from Alexander the Great to the Arab Conquest* [*Egipto desde Alejandro Magno hasta la conquista árabe*]. Oxford, 1948.
Fraser, P. M.: *Ptolemaic Alexandria* [*La Alejandría de los Ptolomeos*]. 3 vols. Oxford, 1972.

Leptis Magna
Bandinelli y otros: *The Buried City: Excavations at Leptis Magna* [*La ciudad enterrada: excavaciones en Leptis Magna*]. Londres, 1966.
Perkins, J. B. W.: «The Art of the Severan Age in the Light of the Tripolitanian Discoveries» [«Arte en tiempos de Severo a la luz de los descubrimientos tripolitanos»], *Proceedings of the British Academy*, XXXVII, 1951.

Gran Zimbabwe
Caton-Thompson, G.: *The Zimbabwe Culture* [*La cultura de Zimbabwe*]. Londres, 1971.
Garlake, P. S.: *Great Zimbabwe* [*El Gran Zimbabwe*]. Londres, 1973.
Summers, R.: *Zimbabwe: A Rhodesian Mystery* [*Zimbabwe, enigma de Rodesia*]. Johannesburgo, 1963.

Copán
Ciudad Ruiz, A.: *Los mayas*. Madrid: Anaya, 1988.
Coe, M. y otros: *La América antigua: civilizaciones precolombinas*. Trad. Thema. Barcelona: Círculo de Lectores, 1990.
Hammond, N.: *La civilización maya*. Trad. José Manuel Gómez-Tabanera. Madrid: Istmo, 1984.

Chichén Itzá
Ciudad Ruiz, A.: *Las culturas del antiguo México*. Madrid: Alhambra, 1988.
Ruppert, K.: *Chichen Itza: Architectural Notes and Plans* [*Chichén Itzá: planos y apuntes arquitectónicos*]. Washington, 1952.

Tenochtitlán
Broda, J., Carrasco, D. y Matos, E.: *Moctezuma, The Great Temple of Tenochtitlan* [*Moctezuma, el Gran Templo de Tenochtitlán*]. Berkeley, Los Angeles, Londres, 1987.
Rojas, J. L. de: *Los aztecas*. Madrid: Anaya, 1988.

Pueblo Bonito
Judd, N. M.: *The Material Culture of Pueblo Bonito* [*La cultura material de Pueblo Bonito*]. Washington, 1954.
Judd, N. M.: *The Architecture of Pueblo Bonito* [*La arquitectura de Pueblo Bonito*]. Washington, sin fecha.
Willey, G. R.: *An Introduction to North American Archaeology* [*Introducción a la arqueología norteamericana*]. 2 vols. Englewood Cliffs NJ, 1966.

Machu Picchu
Alcina Franch, J.: *Los incas*. Madrid: Anaya, 1988.
Bingham, H.: *Lost City of the Incas* [*La ciudad perdida de los incas*]. Londres, 1951.

Isla de Pascua
Bellwood, P.: *Man's Conquest of the Pacific* [*La conquista del Pacífico*]. Londres, 1978.
Bellwood, P.: *The Polynesians: Prehistory of an Island People* [*Los polinesios: prehistoria de un pueblo isleño*]. Londres, 1987.

ÍNDICE

(Las referencias a las ilustraciones aparecen en cursiva.)

UNA VISITA COMENTADA A ALGUNOS DE LOS LUGARES MÁS ANTIGUOS Y MISTERIOSOS DEL MUNDO

Robert Ingpen y Philip Wilkinson nos conducen por más de cuarenta lugares de todo el mundo que llevan siglos envueltos en mitos y misterios: ciudades olvidadas, inmensos templos y enigmáticos monumentos que despiertan nuestra curiosidad y estimulan nuestra imaginación. La *Enciclopedia de lugares misteriosos* presenta lugares tan diversos y con un folclore tan rico como Stonehenge, la isla de Pascua, Troya, Babilonia, el Taj Mahal, Persépolis y el Gran Zimbabwe.

Más de 200 magníficas ilustraciones a todo color, junto con un ameno texto, recrean los hechos que dieron pie a las leyendas.

